

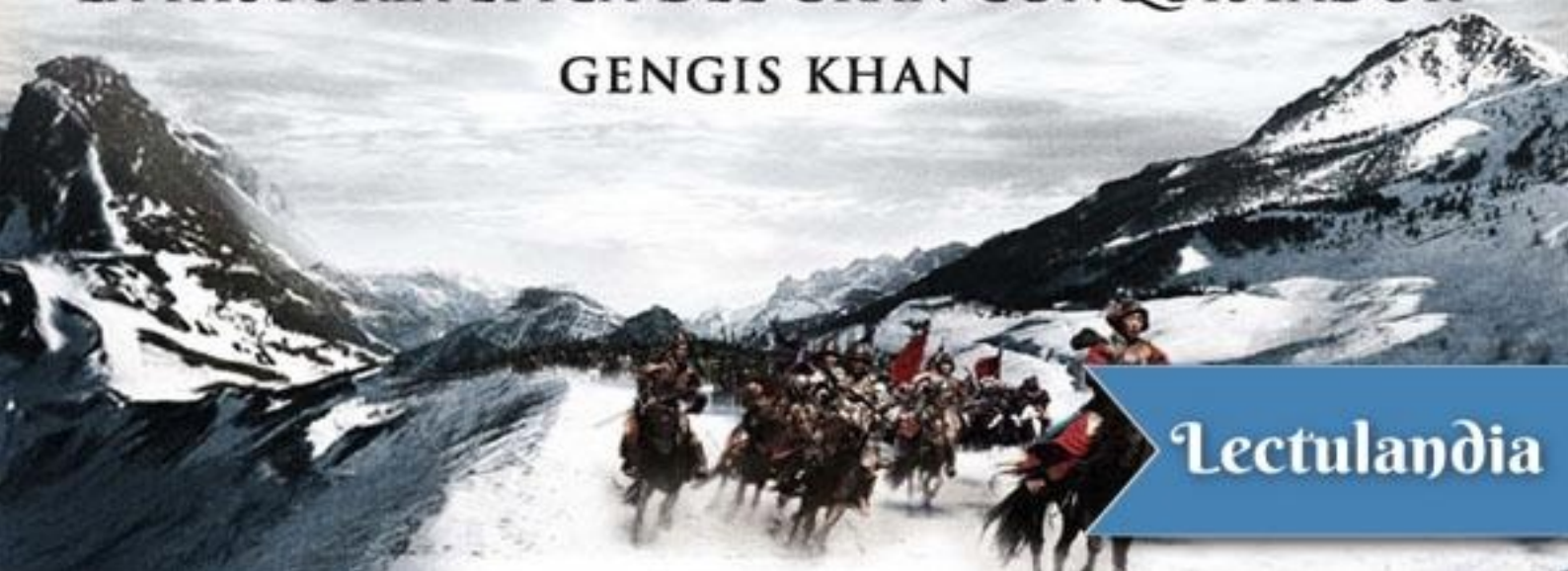
CONN IGGULDEN

BEST SELLER INTERNACIONAL



EL SEÑOR DE LAS FLECHAS

LA HISTORIA ÉPICA DEL GRAN CONQUISTADOR
GENGIS KHAN



Lectulandia

El joven Temujin se ha convertido en Gengis Khan, el victorioso comandante que conseguirá unir a las tribus más belicosas de las estepas. Su intención es forjar una nueva nación en las salvajes llanuras y montañas de Mongolia, un nacimiento sangriento que pondrá a un continente de rodillas.

Durante miles de años, las tribus han sido mantenidas a raya por las fortalezas del imperio de los Chin, una tierra de enorme riqueza e ingentes ejércitos imbatibles. A cambio, los guerreros de Gengis sólo poseen el arco, el caballo y una disciplina de hierro nacida de una tierra de hielo, hambre y muerte. Las murallas de piedra se ciernen sobre los jinetes mongoles, su khan deberá derrotar al antiguo enemigo y llevar a su pueblo a la grandeza o ver cómo su gente se dispersa y sus sueños se rompen en mil pedazos.

Lectulandia

Conn Iggulden

El señor de las flechas

Conquistador - II

ePub r1.2

Maki 03.11.14

Título original: *Lords of the Bow*
Conn Iggulden, 2008
Traducción: Teresa Martín Lorenzo

Editor digital: Maki
Fuente/scan: maperusa
Revisión y corrección de erratas: simio y asunsao
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mí hija, Sofía.

PRÓLOGO

EL khan de los naimanos era viejo. Su anciano cuerpo temblaba con el viento que azotaba las colinas. Mucho más abajo, el ejército que había reunido oponía resistencia al jefe mongol que se hacía llamar Gengis. Más de doce tribus luchaban en las estribaciones rocosas al lado de los naimanos tratando de resistir las oleadas de ataques de las tropas de Gengis Khan. A través del claro aire de la montaña, el khan oía los gritos y aullidos de los hombres, pero estaba casi ciego y no podía ver la batalla.

—Cuéntame lo que está pasando —volvió a pedirle a su chamán en un susurro.

Kokchu todavía no había cumplido los treinta años y, aunque nubes de pesar ensombrecían sus ojos, su vista era aguda y penetrante.

—Los jajirat han depuesto sus arcos y espadas, mi señor. Han perdido el valor, como habías vaticinado.

—Lo honran demasiado con su miedo —contestó el khan, ciñéndose el deel al escuálido cuerpo—. Háblame de mis naimanos: ¿siguen luchando?

Kokchu observó con calma las turbulentas masas de hombres y caballos antes de responder. Gengis los había pillado a todos por sorpresa surgiendo de las praderas al rayar el alba, cuando los mejores exploradores habían afirmado que se encontraba aún a cientos de kilómetros de distancia. El enemigo se había lanzado sobre la alianza naimana con la ferocidad de hombres acostumbrados a la victoria, pero los suyos habían dispuesto de una oportunidad para rechazar su carga. Kokchu maldijo en silencio a la tribu de los jajirat, que habían traído tantos hombres de las montañas que por un momento le habían hecho creer que podrían vencer a sus enemigos. Por un instante, su alianza había sido un acontecimiento grandioso, algo imposible sólo unos años antes... pero había perdurado lo que duró la primera carga, y luego el terror la había hecho añicos y los jajirat se habían retirado.

Mientras observaba, Kokchu maldecía entre dientes al ver cómo algunos de los guerreros a los que su khan había dado la bienvenida peleaban ahora contra sus hermanos. Su mente era la de una jauría de perros, que cambiaba de rumbo según soplara el viento.

—Siguen luchando, mi señor —respondió al fin—. Han resistido la carga y sus flechas están cayendo sobre los hombres de Gengis.

El khan de los naimanos juntó sus huesudas manos y se le pusieron blancos los nudillos.

—Eso está muy bien, Kokchu, pero debería regresar a su lado, para infundirles ánimo.

El chamán se volvió hacia el hombre al que había servido durante toda su edad adulta con una mirada febril.

—Morirás si lo haces, mi señor. Lo he visto. Tus vasallos defenderán esta colina contra las mismas almas de los muertos. —Ocultó su vergüenza. El khan había

confiado en su consejo, pero cuando la primera línea de los naimanos se quebró ante sus ojos, Kokchu había visto su propia muerte bajo las silbantes flechas. Todo lo que quería en ese momento era alejarse de allí.

—Me has servido bien, Kokchu —aseguró el khan con un suspiro—. Te he mostrado mi gratitud. Ahora, dime una vez más qué estás viendo.

Kokchu tomó una rápida bocanada de aire antes de contestar.

—Los hermanos de Gengis se han unido a la batalla. Uno de ellos lidera la carga contra los flancos de nuestros guerreros. Está abriendo una profunda brecha en nuestras filas. —Se detuvo, mordiéndose el labio. Vio una flecha ascender zumbando como una mosca hacia ellos y clavarse en el suelo hasta las plumas, a apenas un metro por debajo de donde estaban acucillados.

—Debemos subir un poco más, mi señor —aconsejó, poniéndose en pie sin retirar la vista de la salvaje masa que bullía en la falda de la colina.

El anciano khan se levantó con él, ayudado por dos guerreros que observaban con expresión impasible la destrucción de sus amigos y hermanos. A un gesto de Kokchu, ambos dieron media vuelta hacia la cima y ayudaron a trepar a su viejo khan.

—¿Hemos contraatacado, Kokchu? —preguntó con voz temblorosa.

Kokchu se giró y su rostro se crispó ante el espectáculo que se ofrecía a su vista: las flechas surcaban el aire y parecían avanzar lentamente, como si atravesaran aceite. La fuerza naimana había sido dividida en dos por la carga de Gengis. La armadura de sus guerreros, copiada de los Chin, era mejor que el cuero cocido que utilizaban los naimanos. Sobre sus túnicas de seda, cada uno de los hombres llevaba una coraza formada por cientos de tiras de hierro de un dedo de ancho cosidas a un tupido lienzo. Con todo, no podía detener los impactos más potentes, aunque a menudo la cabeza de flecha quedaba atrapada en la seda. Kokchu vio cómo los guerreros de Gengis capeaban la lluvia de proyectiles. El estandarte con la cola de caballo de la tribu de los merkitas fue pisoteado y ellos también arrojaron las armas y se arrodillaron ante su rival con los pechos palpitantes. Sólo los oirates y los naimanos continuaban peleando, enfurecidos, sabiendo que no podrían resistir mucho más. La gran alianza se había formado para rechazar a un único enemigo y con su derrota se evaporaba toda esperanza de libertad. Kokchu frunció el ceño, considerando su futuro.

—Los hombres luchan con orgullo, mi señor. No saldrán huyendo, no mientras tú los estés mirando. —Vio que cientos de guerreros de Gengis habían alcanzado el pie de la montaña y lanzaban torvas miradas hacia las líneas de vasallos. A esa altura, el viento era glacial y Kokchu sintió que le inundaban la ira y la desesperación. Había llegado demasiado lejos para fracasar en una reseca colina bajo el frío sol... Todos los secretos que había aprendido de su padre, que había incluso superado, se perderían con un solo golpe de una espada, o una flecha, y su vida acabaría. Durante un instante, odió al viejo khan que había intentado oponer resistencia a la nueva potencia de las llanuras. Había fracasado y eso lo convertía en un necio, por muy fuerte que fuera una vez. En silencio, Kokchu maldijo la mala suerte que aún le

acechaba.

Mientras ascendían, el khan de los naimanos jadeaba y agitó una mano fatigada para avisar a los hombres que lo sostenían por los brazos.

—Necesito descansar aquí —musitó, meneando la cabeza.

—Mi señor están demasiado cerca —replicó Kokchu. Los vasallos hicieron caso omiso del chamán y ayudaron a su khan a encontrar un montículo en la hierba donde pudiera sentarse.

—Entonces, ¿hemos perdido? —preguntó el khan—. ¿Cómo, si no es pasando sobre los cadáveres de los naimanos, habrían podido alcanzar esta colina los perros de Gengis?

Kokchu evitó mirar a los vasallos a los ojos. Ellos conocían la verdad tan bien como él mismo, pero nadie quería pronunciar las palabras que aniquilarían la última esperanza de un viejo. En el suelo, allá abajo, se veían las marcas de curvas y brochazos de los cadáveres, como una sangrienta caligrafía sobre la hierba. Los oirates habían luchado bien y habían resistido con valentía, pero finalmente también ellos habían caído. El ejército de Gengis se movía con agilidad, aprovechando todas las debilidades que advertían en las líneas enemigas. Kokchu observó a varios grupos formados por decenas y centenas de hombres atravesar el campo de batalla a la carrera, mientras sus oficiales se comunicaban a asombrosa velocidad. Sólo quedaba el inmenso coraje de los guerreros naimanos para enfrentarse a la tormenta, y no sería suficiente. Kokchu recobró la esperanza por un momento cuando los guerreros recuperaron la falda de la colina, pero era un pequeño grupo de hombres exhaustos y fueron barridos por la siguiente carga de envergadura lanzada sobre ellos.

—Tus vasallos aún están dispuestos a morir por ti, mi señor —murmuró Kokchu. Era lo único que podía decir. El resto del ejército que la noche anterior parecía tan brillante y poderoso había sido destruido. A sus oídos llegaban los gritos de los moribundos.

El khan asintió, cerrando los ojos.

—Creía que podríamos obtener la victoria —musitó con un hilo de voz—. Si todo ha terminado, dile a mis hijos que depongan sus espadas. No haré que mueran por nada.

Los hijos del khan habían sido asesinados cuando las tropas de Gengis se abalanzaron sobre los naimanos. Los dos vasallos miraron fijamente a Kokchu cuando escucharon la orden, ocultando su dolor y su ira. El mayor de ellos desenfundó su espada y comprobó el filo. Al hablar, las venas de su rostro y cuello se mostraron con claridad como una delicada malla bajo su piel.

—Yo avisaré a tus hijos, señor, si me permites dejarte.

El khan alzó la cabeza.

—Diles que conserven la vida, Murakh, para poder ver adonde nos lleva a todos este Gengis.

Murakh se limpió con rabia las lágrimas que habían aflorado a sus ojos cuando se

volvió hacia el otro vasallo, ignorando a Kokchu, como si no estuviera allí.

—Protege al khan, hijo mío —ordenó con suavidad y el joven hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Murakh le puso la mano en el hombro y se inclinó hacia delante, uniendo su frente a la de su hijo durante unos instantes. Sin mirar al chamán que los había llevado a la colina, Murakh inició el descenso de la pendiente a grandes zancadas.

El khan suspiró con la mente atormentada.

—Diles que dejen paso al conquistador —susurró. Kokchu lo observaba con una temblorosa gota de sudor pendiendo de la nariz—. Quizá muestre piedad hacia mis hijos cuando me haya matado a mí.

Mucho más abajo, Kokchu vio que Murakh, el vasallo, alcanzaba al último puñado de defensores. Al verle llegar se irguieron como pudieron: aquellos hombres rotos, agotados, levantaron pese a todo la barbilla y se esforzaron en no dejar traslucir que habían tenido miedo. Kokchu oyó cómo se despedían unos de otros mientras se dirigían con paso ligero hacia el enemigo.

Al pie de la montaña, Kokchu divisó al propio Gengis atravesando una masa de guerreros con la armadura manchada de sangre. Kokchu sintió cómo su mirada le pasaba por encima y, temblando, tocó el puño de su cuchillo. ¿Perdonaría Gengis la vida a un chamán que lo deslizara por la garganta de su propio khan? El anciano seguía sentado con la cabeza gacha, su cuello tan delgado que movía a la compasión. Tal vez gracias a ese asesinato conservara la vida y, en aquel momento, la muerte le inspiraba un terror desesperado.

Durante largo tiempo, Gengis mantuvo la vista fija en lo alto sin moverse y Kokchu dejó caer la mano. No conocía a ese frío guerrero que venía de ninguna parte con la luz del amanecer. Kokchu se sentó junto a su khan y contempló cómo el último de los naimanos descendía en busca de la muerte. El chamán entonó entonces un antiguo hechizo de protección que su padre le había enseñado para que los enemigos se pasaran a su bando. Al escuchar las rimas, la tensión del viejo khan pareció remitir.

Murakh había sido una vez el primer guerrero de los naimanos y ese día no había luchado. Con un aullido ululante, se arrojó contra las líneas de los hombres de Gengis sin pensar ni por un instante en su propia defensa. Los últimos naimanos, sintiendo que su agotamiento desaparecía, lo siguieron gritando. Sus flechas tumbaron a algunos guerreros de Gengis, pero éstos enseguida se levantaban y rompían los astiles, enseñando los dientes mientras seguían avanzando. Cuando Murakh mató al primer hombre que se interpuso en su camino, doce más lo atacaron desde todos los flancos y sus costillas empezaron a sangrar por multitud de cortes.

El cántico de Kokchu prosiguió mientras observaba con ojos asombrados cómo Gengis soplaba un cuerno y sus hombres se retiraban de los jadeantes supervivientes naimanos.

Murakh seguía en pie; aturdido, pero con vida. Kokchu vio que Gengis lo llamaba, pero no logró distinguir las palabras. Murakh negó con la cabeza y escupió sangre en el suelo mientras levantaba la espada una vez más. Sólo quedaban unos pocos naimanos en pie, todos ellos heridos, con la sangre chorreándoles por las piernas. Ellos también alzaron sus hojas, tambaleándose al hacerlo.

—¡Habéis luchado bien!, —exclamó Gengis—. Rendíos ante mí y os daré la bienvenida en mis hogueras. Seréis tratados con honor.

Murakh le sonrió enseñando los dientes teñidos de rojo.

—Escupo sobre el honor de los Lobos —respondió.

Gengis permaneció muy quieto sobre su silla un momento antes de encogerse de hombros y dejar caer su brazo de nuevo. La línea se lanzó hacia delante y Murakh y los demás fueron aplastados por la arrolladora ola de hombres y de filos.

Sobre la alta colina, Kokchu se puso en pie. La salmodia murió en su garganta cuando Gengis desmontó y comenzó a escalar la ladera. La batalla había concluido. Los muertos se contaban por centenares, pero los que se habían rendido eran millares. A Kokchu su destino le era indiferente.

—Se acerca —comunicó Kokchu suavemente, atisbando el pie de la montaña. Su estómago se encogió y los músculos de sus piernas se estremecieron como un caballo acosado por las moscas. El hombre que había unido las tribus de las llanuras bajo su estandarte ascendía por la pendiente con paso decidido y expresión impávida. Kokchu observó que su armadura estaba abollada y varias escamas de metal colgaban de hilos. La lucha había sido dura, pero Gengis trepaba con la boca cerrada, como si no sintiera el esfuerzo.

—¿Han sobrevivido mis hijos? —susurró el khan, rompiendo su silencio. Alargó la mano y se aferró a la manga de la túnica de Kokchu.

—No —respondió Kokchu con un súbito arrebató de crueldad. La mano cayó sin fuerzas y el viejo quedó encorvado. Mientras el chamán lo contemplaba, los ojos lechosos se alzaron una vez más y había nuevas fuerzas en su actitud.

—Entonces, que venga ya ese Gengis —exclamó—. ¿Qué puede importarme ahora?

Kokchu no contestó, incapaz de retirar su mirada del guerrero que ascendía la colina. El frío viento le golpeaba la nuca y supo que nunca antes lo había percibido con tal suavidad. Había visto a hombres enfrentarse al fin; él les había dado muerte con los más oscuros ritos, enviando sus almas hacia la lejanía. Vio su propia muerte llegar en el paso firme de ese hombre y por un instante casi perdió los nervios y echó a correr. No fue el valor lo que lo retuvo allí. Era un hombre de palabras y hechizos más temido entre los naimanos de lo que nunca lo había sido su padre. Con la certidumbre de la llegada del invierno, huir significaba morir. Oyó el suspiro del metal cuando el hijo de Murakh desenvainó la espada, pero no le confortó. Había

algo pavoroso en la regularidad del tranquilo paso del destructor. Los ejércitos no lo habían detenido. El viejo khan levantó la cabeza hacia él, presintiendo que se aproximaba del mismo modo que sus ojos ciegos aún podían localizar el sol.

Gengis hizo una pausa antes de alcanzar a los tres hombres y se quedó mirándolos. Era alto y su piel brillaba lustrosa y saludable. Tenía los ojos amarillos como los lobos y Kokchu no vio en ellos ninguna compasión. Mientras el chamán seguía paralizado, Gengis desenfundó una espada, aún marcada por los rastros de sangre. El hijo de Murakh dio un paso adelante para interponerse entre ambos khanes. Gengis se volvió hacia él con un destello de irritación en la mirada y el joven se puso tenso.

—Baja la colina, chico, si deseas vivir —dijo Gengis—. Ya he visto bastantes miembros de mi pueblo morir hoy.

Sin una sola palabra, el joven sacudió la cabeza y Gengis suspiró. Con un veloz golpe, arrojó lejos la espada del muchacho a la vez que adelantaba la mano libre y le clavaba un puñal en la garganta. Cuando la vida abandonó al hijo de Murakh, su cuerpo cayó en los brazos abiertos de Gengis, que emitió un gruñido al recibir el peso y lo echó a un lado con esfuerzo. Kokchu observó cómo el flácido cuerpo caía a trompicones por la pendiente.

Con calma, Gengis limpió su cuchillo y, cuando lo volvió a meter en la funda de su cintura, su fatiga resultó súbitamente evidente.

—Habría tratado a los naimanos con honor si os hubierais unido a mí —afirmó.

El anciano khan se giró hacia él con la mirada vacía.

—Ya has oído mi respuesta —repuso, con voz fuerte—. Ahora envíame junto a mis hijos.

Gengis asintió. Su espada descendió con aparente lentitud. La cabeza del khan se separó de sus hombros y salió rodando colina abajo. El cuerpo apenas se sacudió bajo el filo de la espada y sólo se inclinó ligeramente hacia un lado. Kokchu oyó la sangre salpicar las rocas mientras todos y cada uno de sus sentidos pedía a gritos vivir. Palideció cuando Gengis se giró hacia él y, desesperado, empezó a hablar a borbotones.

—No puedes derramar la sangre de un chamán, señor. No puedes. Soy un hombre poderoso, uno que comprende el poder. Golpéame y descubrirás que tengo la piel de hierro. En vez de eso, déjame servirte. Déjame proclamar tu victoria.

—¿Tan bien como serviste al khan de los naimanos trayéndolo aquí a morir? —respondió Gengis.

—¿No lo alejé de la batalla? Te vi venir en sueños, señor. Preparé el camino para ti tan bien como pude. ¿No eres tú el futuro de las tribus? Mi voz es la voz de los espíritus. Yo gobierno las aguas, mientras tú gobiernas en el cielo y la tierra. Permíteme servirte.

Gengis, manteniendo su espada perfectamente inmóvil, vaciló. El hombre al que se enfrentaba llevaba un deel marrón oscuro sobre una túnica y unos pantalones

mugrientos. El deel estaba decorado con motivos bordados, remolinos de púrpura ennegrecidos por la grasa y la suciedad. Las botas de Kokchu estaban atadas con cuerdas, como las que llevaría un hombre que se ha hecho con ellas cuando al último propietario ya no le servían para nada.

Y, sin embargo, había algo en el modo en que esos ojos relucían en el oscuro rostro. Gengis recordó cómo Eeluk de los Lobos había asesinado al chamán de su padre. Quizá el destino de Eeluk hubiera quedado sellado en ese sangriento día tantos años atrás. Kokchu mantenía la mirada fija en él mientras aguardaba el golpe que acabaría con su vida.

—No necesito otro contador de historias —replicó Gengis—. Ya tengo tres hombres que afirman que los espíritus hablan a través de ellos.

Kokchu notó la curiosidad en los ojos del khan y no dudó.

—Son niños, mi señor. Déjame que te haga una demostración —pidió. Sin esperar respuesta, alargó la mano hacia el interior de su deel y sacó un alargado pedazo de acero atado torpemente a una empuñadura de cuerno. Sintió cómo Gengis alzaba la espada y Kokchu levantó su mano libre con la palma abierta para rechazar el golpe, cerrando los ojos.

Con un tremendo esfuerzo de voluntad, el chamán trató de no pensar en el viento que fustigaba su piel y en el frío miedo que le devoraba el estómago. Murmuró las palabras que su padre le había enseñado a fuerza de golpes y sintió que la calma de un trance le invadía con más brusquedad y velocidad de lo que él mismo habría esperado. Los espíritus estaban con él y su caricia ralentizó su corazón. En un segundo, estaba en otro lugar, mirando.

Gengis abrió los ojos, admirado, mientras Kokchu llevaba el puñal a su propio antebrazo y hundía en la carne la delgada hoja. El chamán no dejó traslucir ningún dolor mientras el metal lo atravesaba y Gengis contempló, fascinado, cómo la punta hacía que la piel se levantara por el otro lado. El metal emergió negro y Kokchu parpadeó despacio, casi con pereza, mientras extraía el puñal.

Observó los ojos del joven khan mientras sacaba el puñal. Estaban clavados en la herida. Kokchu inspiró profundamente, sintiendo que el trance se acentuaba hasta que una inmensa frialdad se aposentó en todos y cada uno de sus miembros.

—¿Hay sangre, señor? —susurró, sabiendo la respuesta de antemano.

Gengis frunció el ceño. No envainó la espada, pero se adelantó y pasó su áspero pulgar por la herida ovalada del brazo del chamán.

—Ni una gota. Es un truco muy útil —admitió a regañadientes—. ¿Puede enseñarse?

Kokchu sonrió, ya sin miedo.

—Los espíritus no se acercan a aquellos que no han elegido, señor.

Gengis asintió y se alejó unos pasos. A pesar del helado viento, el chamán hedía como una cabra vieja y no sabía qué pensar de esa extraña herida que no sangraba.

Con un gruñido, pasó los dedos por el filo de su espada y la enfundó.

—Te daré un año de vida, chamán. Es tiempo suficiente para que pruebes tu valía. Kokchu se postró de hinojos, apoyando la cara en el suelo.

—Eres el gran khan, como he vaticinado —la alabó, con lágrimas marcando el polvo de sus mejillas. Entonces sintió que la frialdad de los espíritus susurrantes lo abandonaba. Tiró de su manga para cubrir la mancha de sangre, que crecía a toda velocidad.

—Es cierto —respondió Gengis. Miró hacia el ejército que aguardaba su regreso en la falda de la colina—. El mundo oirá mi nombre. —Cuando volvió a hablar lo hizo en una voz tan baja que Kokchu tuvo que esforzarse para oír sus palabras.

—Ésta no es una época de muerte, chamán. Somos un solo pueblo y no habrá más batallas entre nosotros. Haré que todos nos unamos. Las audaces caerán a nuestro paso, conquistaremos nuevas tierras por las que cabalgaremos a voluntad. Las mujeres llorarán y su llanto me dará satisfacción.

Bajó la vista hacia aquel chamán postrado ante él, con el ceño fruncido.

—Vivirás, chamán. Ya te lo he dicho. Ahora, ponte en pie y bajemos.

Al pie de la montaña, Gengis saludó con un gesto a sus hermanos, Kachiun y Khasar. Desde que comenzara la reunión de las tribus, ambos habían ido ganando autoridad, pero seguían siendo jóvenes y Kachiun sonrió cuando su hermano avanzó entre sus guerreros.

—¿Y éste quién es? —preguntó Khasar; mirando con fijeza a Kokchu y su andrajoso deel.

—El chamán de los naimanos —contestó Gengis.

Otro hombre se aproximó con su poni y desmontó, con la mirada clavada en Kokchu. Arslan había sido espadero de la tribu de los naimanos y Kokchu lo reconoció. Ese hombre era un asesino, recordó, al que habían forzado al destierro. No se sorprendió de encontrar a alguien de su calaña entre los oficiales de confianza de Gengis.

—Te recuerdo —aseguró Arslan—. Entonces, ¿tu padre ha muerto?

—Hace años, perjuro —respondió Kokchu, irritado por el tono. Por primera vez, se dio cuenta de que había perdido la autoridad que tanto le había costado conseguir entre los naimanos. Había pocos hombres en aquella tribu que no bajaran los ojos al encontrarse con su mirada, por miedo a que los acusara de deslealtad y tuvieran que enfrentarse a sus cuchillos y su fuego. Kokchu miró directamente a los ojos del traidor naimano sin encogerse. Llegarían a saber quién era con el tiempo.

Gengis percibió la tensión entre ambos con una expresión casi divertida.

—Sin ofensas, chamán. No para el primer guerrero que se unió a mi bandera. Los naimanos ya no existen, ni hay vínculos con ninguna tribu. Ahora están todas bajo mi mando.

—Lo he visto en mis visiones —respondió Kokchu de inmediato—. Los espíritus

te han bendecido.

El rostro de Gengis se endureció al oír aquellas palabras.

—Ha sido una bendición muy dura. El ejército que ves a tu alrededor ha sido reunido a base de fuerza y destreza. Si las almas de nuestros padres nos estaban ayudando, han sido demasiado sutiles para que yo las notara.

Kokchu pestañeó. El khan de los naimanos era crédulo y fácil de manejar. Se percató de que ese nuevo jefe no estaba tan abierto como él a su influencia. Sin embargo, paladeó el dulce aire que entraba en sus pulmones. Estaba vivo y sólo una hora antes no habría apostado ni siquiera por eso.

Gengis se volvió hacia sus hermanos, desterrando a Kokchu de sus pensamientos.

—Que los nuevos hombres presten juramento ante mí esta tarde, al ponerse el sol —le ordenó a Khasar—. Haz que se mezclen con los demás para que empiecen a sentirse parte de nosotros, en vez de enemigos derrotados. Hazlo con cuidado. No puedo permitirme tener que vigilar mis espaldas.

Khasar hizo una leve inclinación de cabeza antes de dar media vuelta y atravesar con amplias zancadas el grupo de guerreros en dirección a donde las tribus vencidas aún esperaban de rodillas.

Kokchu vio cómo, al mirarse, una sonrisa de afecto mutuo se dibujaba en los labios de Gengis y su hermano menor, Kachiun. Ambos eran amigos, se dijo Kokchu, que estaba empezando a aprender todo cuanto podía. Hasta el más pequeño detalle sería útil en años venideros.

—Hemos destruido la alianza, Kachiun. ¿No te dije que lo lograríamos? —preguntó Gengis, palmeándole la espalda—. Tus caballos con armadura llegaron en el momento justo.

—Tal como me enseñaste —contestó Kachiun, pronunciando el elogio sin ningún esfuerzo.

—Con los nuevos guerreros, éste es un ejército que conquistará las llanuras —añadió Gengis, sonriendo—. Es hora de emprender el camino, por fin —continuó, y se quedó pensativo un momento—. Envía jinetes en todas direcciones, Kachiun. Quiero que desaparezcan de las tierras todas las familias nómadas y las pequeñas tribus. Diles que vengan a la montaña negra en la próxima primavera, cerca del río Onon. Es una llanura que podrá dar cabida a los miles de miembros de nuestro pueblo. Allí nos reuniremos, listos para partir.

—¿Qué mensaje debo darles? —preguntó Kachiun.

—Diles que vengan a mí —respondió con suavidad—. Diles que Gengis los convoca a una reunión. Ahora no hay nadie que pueda oponerse a nosotros. Pueden seguirme o pasar sus últimos días esperando a que mis guerreros aparezcan en el horizonte. Diles eso. —Miró a su alrededor con satisfacción. En siete años, había reunido más de diez mil hombres. Con los supervivientes de la alianza de tribus que acababa de derrotar, casi había duplicado esa cifra. No quedaba nadie en las estepas que pudiera desafiar su liderazgo. Retiró la vista del sol y la posó en el este,

imaginando las colosales y ricas ciudades de los Chin.

—Nos han mantenido divididos durante mil generaciones Kachiun. Nos han manipulado hasta que no éramos más que perros salvajes. Eso ha quedado atrás. Ahora he reunido a nuestro pueblo y van a empezar a temblar Porque voy a darles motivos.

PRIMERA PARTE

He aquí viene un pueblo del aquilón; y una nación grande, y muchos reyes se levantarán de los lados de la tierra. Arco y lanza manejarán; serán crueles, y no tendrán piedad; su tropel sonará como el mar, y montarán sobre caballos; se apercibirán como hombre a la pelea.

Jeremías 50:41-42

I

En el anochecer estival, el campamento de los mongoles se extendía muchos kilómetros a lo largo y a lo ancho, en todas direcciones, y, sin embargo, la llanura en la sombra de la montaña negra era tan grande que hacía que la nutrida congregación pareciera pequeña. Las tiendas salpicaban el paisaje hasta donde alcanzaba la vista y, a su alrededor ardían miles de fogatas iluminando el suelo. Más lejos aún, rebaños de cabras, ovejas, yaks y ponis arrancaban a la tierra su hierba con constante apetito. Cada amanecer eran conducidos hasta el río a pacer donde los pastos eran mejores antes de retornar a las gers. Aunque Gengis garantizaba la paz, la tensión y las sospechas iban creciendo día a día. Ninguno de ellos había visto nunca una multitud así y era fácil sentirse encerrado en una aglomeración tan numerosa de familias. Entre ellas se intercambiaban insultos reales e imaginarios que brotaban de la presión que todos experimentaban al vivir tan cerca de guerreros que no conocían. Por las noches se producían numerosas peleas entre los jóvenes, pese a que estaban prohibidas. Cada vez que despuntaba el alba se hallaban uno o dos nuevos cadáveres de hombres que habían buscado saldar una cuenta o una rencilla pendiente. Las tribus murmuraban entre ellas mientras esperaban noticias de por qué las habían hecho venir a un lugar tan alejado de sus propias tierras.

En el centro del ejército de tiendas y carros se elevaba la ger del propio Gengis, que no se parecía a nada que se hubiera visto antes en las llanuras. Tenía la mitad de altura pero el doble del ancho que las demás y había sido construida con materiales más resistentes que el entramado de mimbre de las tiendas que la rodeaban. La estructura había resultado ser demasiado pesada para permitir un fácil desmantelamiento y para transportarla la montaban sobre un carromato con ruedas tirado por ocho bueyes. Cuando cayó la noche, muchos cientos de guerreros dirigieron sus pasos hacia allí, sólo para confirmar lo que habían oído y maravillarse.

En el interior, la gran tienda estaba iluminada con lámparas de aceite de oveja, que arrojaban una cálida luz sobre sus habitantes y espesaban el aire. Las paredes estaban cubiertas de estandartes de guerra de seda, pero Gengis despreciaba toda ostentación de riqueza y se sentaba en un tosco banco de madera. Sus hermanos lo rodeaban acomodados sin formalidad sobre pilas de sillas y mantas de caballos y charlaban despreocupadamente.

Un guerrero joven, nervioso y aún sudoroso por la larga cabalgata que lo había traído hasta tan impresionante multitud, estaba sentado frente a Gengis. Los hombres en torno al khan no parecían estar prestando atención, pero el mensajero era consciente de que sus manos nunca estaban demasiado lejos de sus armas. No parecían tensos o preocupados por su presencia y consideró que tal vez sus manos siempre estuvieran próximas a la espada. Su pueblo había tomado una decisión y confiaba en que los khanes más ancianos supieran lo que estaban haciendo.

—Si ya has terminado el té, me gustaría escuchar tu mensaje —pidió Gengis.

El emisario asintió, dejando la chata taza a sus pies, en el suelo. Tragó el último sorbo mientras cerraba los ojos y reataba: «Éstas son las palabras de Barchuk, que es el khan de los uighurs».

Las conversaciones y risas que se oían a su alrededor cesaron mientras hablaba y supo que todos le estaban escuchando. Su nerviosismo se incrementó.

—He recibido con gozo las noticias de tu gloria, mi señor Gengis Khan. Nos habíamos cansado de esperar que nuestros pueblos se conocieran entre sí y se levantaran. El sol está alto en el cielo. El río está libre de hielo. Eres el gurkhan, el que nos guiará a todos. Dedicaré a ti mi fuerza y mi conocimiento.

El mensajero se detuvo y se enjugó el sudor de la frente. Cuando abrió los ojos, vio que Gengis le estaba observando con aire burlón y su estómago se encogió de miedo.

—Son palabras muy hermosas —aseguró Gengis—, pero ¿dónde están los uighurs? Han dispuesto de un año para encontrar este lugar. Si tengo que ir a traerlos personalmente... —Dejó que la amenaza quedara flotando en el aire.

El mensajero habló con rapidez.

—Mi señor, nos llevó meses sólo construir los carromatos para viajar. No nos hemos movido de nuestras tierras durante muchas generaciones. Cinco grandes templos tuvieron que ser desmontados piedra a piedra, cada una de las piedras numerada para poder construirlos de nuevo. Sólo nuestros pergaminos llenaron una docena de carros y no pueden avanzar muy aprisa.

—¿Tenéis escritura? —preguntó Gengis, echándose hacia delante con interés.

El mensajero asintió sin orgullo.

—Hace ya muchos años, señor. Hemos recopilado los escritos de las naciones del oeste siempre que nos han permitido obtenerlos comerciando con ellos. Nuestro khan es un hombre de gran erudición e incluso ha copiado obras de los Chin y de los Xi Xia.

—¿Así que tengo que dar la bienvenida a eruditos y profesores en este lugar? —preguntó Gengis—. ¿Lucharéis con los pergaminos?

El mensajero se sonrojó mientras los hombres de la ger se reían entre dientes.

—También hay cuatro mil guerreros, mi señor. Seguirán a Barchuk allí donde los guíe.

—Me seguirán a mí o serán abandonados en la hierba a merced de las bestias —respondió Gengis. Por un instante, el emisario se quedó sin palabras, mirando fijamente, pero luego bajó la vista hacia el suelo de madera pulida y permaneció en silencio.

Gengis contuvo su irritación.

—No has dicho cuándo van a venir esos eruditos uighurs —dijo—. Calculo que tardarán sólo unos pocos días más, señor. Me marché hace tres lunas y estaban casi listos para partir. Ya no puede quedar mucho para que lleguen, si tienes paciencia.

—Por cuatro mil, esperaré —replicó Gengis en tono suave, pensativo—.

¿Conoces el alfabeto de los Chin?

—No tengo conmigo mis letras, señor. Mi khan sabe leer sus palabras.

—¿Dicen esos pergaminos cómo conquistar una ciudad hecha de piedra?

El mensajero dudó al percibir el agudo interés de los hombres que lo rodeaban.

—No he oído nada semejante, señor. Los Chin escriben de filosofía, las palabras de Buda, Confucio y Lao Tse. No escriben sobre la guerra o, si lo hacen, no nos han permitido ver esos pergaminos.

—Entonces no me sirven para nada —espetó Gengis—. Que te den algo de comer y ten cuidado de no iniciar una pelea con tu soberbia. Juzgaré a los uighurs cuando por fin los tenga ante mí.

El emisario hizo una profunda reverencia antes de salir de la ger y suspiró aliviado en cuanto abandonó aquella atmósfera cargada de humo. Una vez más, se preguntó si su khan comprendía la promesa que implicaban sus palabras. Los uighurs ya no se gobernaban a sí mismos.

Al contemplar el vasto campamento que lo rodeaba, el mensajero observó que había luces centelleando en muchos kilómetros a la redonda. Una sola palabra del hombre que acababa de conocer bastaría para hacerlas partir en cualquier dirección. Quizá el khan de los uighurs no había tenido elección.

Hoelun humedeció el paño en un cubo y, a continuación, lo extendió sobre la frente de su hijo. Temuge siempre había sido más débil que el resto de sus hermanos y parecía una carga añadida que cayera enfermo más a menudo que Khasar o Kachiun, o que el mismo Temujin.

Sonrió con ironía al pensar que ahora debía llamar «Gengis» a su hijo. Gengis quería decir océano y era una palabra hermosa cuyo significado habitual había sido tergiversado y ampliado por su ambición. Él, que en sus veintiséis años de vida nunca había visto el mar. Por otro lado, ella desde luego tampoco.

Temuge se revolvió en sueños, y su rostro se crispó cuando su madre le palpó el estómago con los dedos.

—Parece que se ha quedado tranquilo. Voy a salir un rato, si te parece —dijo Borte.

Hoelun miró con frialdad a la mujer que Temujin había tomado por esposa. Borte le había dado cuatro hijos perfectos y, durante una época, Hoelun creyó que llegarían a quererse como hermanas, o al menos a ser amigas. Hubo un tiempo en que la joven había estado llena de vida y entusiasmo, pero habían sucedido cosas que la habían afectado en lo más íntimo, en lo invisible. Hoelun sabía cómo miraba Temujin al mayor de sus hijos. No jugaba con el pequeño Jochi y prácticamente lo ignoraba. Borte había luchado contra esa desconfianza, pero se había instalado entre ellos como una cuña de hierro clavada en una madera resistente. El hecho de que los otros tres chicos hubieran heredado los ojos amarillos de su padre no era de ninguna ayuda. Los

de Jochi eran castaño oscuro, tan oscuro como su pelo en la penumbra. Mientras que Temujin adoraba a los demás niños, Jochi corría a refugiarse en las faldas de su madre, incapaz de comprender la frialdad del rostro de su padre cuando posaba en él su mirada. Hoelun notó que la joven miraba de reojo a la puerta de la tienda, sin duda pensando en sus hijos.

—Tienes sirvientes que pueden ocuparse de acostarlos —replicó Hoelun, en tono de reproche—. Si Temuge se despierta, te voy a necesitar a mi lado.

Mientras hablaba, sus yemas masajeaban con suavidad un oscuro nudo escondido bajo la piel del vientre de su hijo, a sólo unos dedos de distancia de su negro vello púbico. Había visto lesiones así con anterioridad, cuando los hombres levantaban pesos que excedían sus fuerzas. El dolor era insoportable, pero la mayoría se recuperaba. Temuge no tenía ese tipo de suerte y jamás la había tenido. Ahora que se había hecho mayor parecía menos un guerrero que nunca. Cuando dormía tenía rostro de poeta y por eso mismo ella lo amaba. Tal vez porque su padre se habría regocijado al ver en qué hombres se habían convertido sus otros hijos, ella siempre había sentido una ternura especial hacia Temuge. No se había convertido en un hombre despiadado como los demás, pese a haber soportado las mismas penalidades. Suspiró para sí y en la penumbra sintió los ojos de Borte posarse sobre ella.

—Puede que se recupere —la alentó Borte. Hoelun hizo un gesto de dolor. A su hijo le salían ampollas cuando se exponía al sol y rara vez llevaba consigo una hoja mayor que un cuchillo de mesa. A Hoelun no le había importado cuando empezó a aprender las historias de las tribus, grabándolas en su mente a tal velocidad que los ancianos quedaban asombrados por su excelente memoria. No todos podían ser hábiles con las armas y los caballos, se dijo. Sabía que Temuge detestaba las burlas y pullas que le lanzaban cuando trabajaba, aunque pocos se atrevían a arriesgarse a que Gengis las oyera. Temuge se negaba a mencionar los insultos y ésa era también una forma de coraje. Ninguno de sus hijos carecía de temple.

Ambas mujeres alzaron la vista cuando la pequeña puerta de la tienda se abrió. Hoelun frunció el ceño al ver entrar a Kokchu, que las saludó con una breve inclinación de cabeza. La intensa mirada del chamán se clavó de inmediato en la figura tendida de su hijo y Hoelun luchó por no mostrar su disgusto, aunque ella misma era incapaz de comprender su propia reacción. Había algo en ese chamán que le daba escalofríos y había hecho caso omiso de los mensajeros que le había enviado hasta el momento. Por un instante, se irguió, luchando entre la indignación y el cansancio.

—No te he hecho llamar —espetó con frialdad.

Kokchu no pareció notar el tono de su voz.

—He enviado a un siervo para rogar que me permitieras hablar un momento contigo, madre de los khanes. Quizá no haya llegado todavía. Todo el campamento está hablando de la enfermedad de tu Hijo.

Hoelun sintió que el chamán fijaba los ojos en ella, dispuesto a aguardar hasta ser

formalmente bienvenido, y ella volvió a posar su vista en Temuge. Kokchu estaba siempre observando como si, dentro de él, hubiera otro que mirara hacia fuera. Hoelun había observado cómo se introducía en los círculos más próximos a Gengis y sabía que aquel recién llegado nunca le gustaría. Los guerreros podían apestar a excrementos, a grasa de oveja y sudor, pero así olía un hombre sano. Kokchu desprendía un repulsivo hedor a carne podrida, aunque Hoelun no lograba distinguir si procedía de sus ropas o de su propio cuerpo.

Ante su silencio, el chamán debería haber salido de la ger a menos que deseara arriesgarse a que la madre del gran khan llamara a los guardias. Sin embargo, habló con tranquilo descaro, seguro en cierto modo de que Hoelun no le diría que se marchara.

—Poseo ciertos poderes curativos y, si me lo permites, lo examinaré.

Hoelun se esforzó por reprimir su rechazo. El chamán de los olkhun'ut sólo había entonado unas salmodias ante el cuerpo de Temuge, sin resultado.

—Te doy la bienvenida a mi hogar, Kokchu —dijo Hoelun por fin. Notó cómo se relajaba sutilmente y no pudo evitar sentir que se había aproximado en exceso a algo desagradable.

—Mi hijo está dormido. El dolor es muy intenso cuando está despierto y deseo que descanse.

Kokchu atravesó la pequeña tienda y se acuclilló junto a las dos mujeres. En un gesto inconsciente, ambas se retiraron de su lado.

—Necesita curación más que descanso, creo yo. —Kokchu escudriñó con calma a Temuge, inclinándose sobre él para olerle el aliento. Al ver que alargaba la mano hacia su estómago desnudo y palpaba el área donde se localizaba el bulto, Hoelun se estremeció al imaginarse el dolor de su hijo, pero no lo detuvo. Temuge gimió en sueños y Hoelun contuvo el aliento.

Un rato después, Kokchu asintió para sí.

—Debes prepararte, anciana madre. Este muchacho va a morir.

La mano de Hoelun salió disparada y agarró la delgada muñeca del chamán, que se asombró de la fuerza de la mujer.

—Se ha desgarrado las tripas, chamán. Lo he visto muchas veces. Lo he visto hasta en ponis y cabras y siempre sobreviven.

Kokchu se liberó de sus temblorosos dedos con la otra mano. Le gustó ver el terror en los ojos de Hoelun. Si tenía miedo, podría ser suya, en cuerpo y alma. Si hubiera sido una joven madre naimana, podría haber buscado favores sexuales a cambio de la curación de su hijo, pero en ese nuevo campamento, necesitaba impresionar al gran khan. Al responder mantuvo la expresión impertérrita.

—¿Ves lo oscuro que está el bulto? Es un tumor que no puede extirparse. Tal vez, si estuviera en la piel, lo podría quemar, pero sus garras habrán penetrado en su estómago y pulmones. Lo está devorando implacablemente y no estará satisfecho hasta que lo mate.

—Te equivocas —espetó Hoelun, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Kokchu bajó la mirada para que no pudiera ver el destello de triunfo en los suyos.

—Ojalá me equivocara, madre. He visto cosas así antes y su apetito es insaciable. Continuará ensañándose con él hasta que perezcan juntos. —Para apoyar su argumento, alargó la mano y pellizcó la hinchazón. Temuge dio un respingo y se despertó con un grito ahogado.

—¿Quién eres? —preguntó Temuge a Kokchu, jadeante. Trató de incorporarse, pero el dolor le hizo gritar y cayó de espaldas en el estrecho camastro. Tiró de la manta con manos rápidas para cubrir su desnudez y sus mejillas se ruborizaron bajo el escrutinio de Kokchu.

—Es un chamán, Temuge. Va a ponerte bien —lo tranquilizó Hoelun. La frente de Temuge se perló de sudor frío y su madre se lo secó dándole unos ligeros toques con el paño mientras el joven se volvía a tender. Al rato, su respiración se fue haciendo más lenta y, exhausto, se quedó dormido de nuevo. La tensión de Hoelun disminuyó un poco, pero no así el terror que Kokchu había introducido en su hogar.

—Si no hay esperanza, chamán, ¿por qué sigues aquí? —inquirió—. Hay otros hombres y mujeres que necesitan tus poderes sanadores. —No podía eliminar la aspereza de su tono y no podía adivinar el placer que eso le producía a Kokchu.

—He derrotado al monstruo que lo está devorando en dos ocasiones en mi vida. Es un rito oscuro y peligroso para el hombre que lo practica además de para el enfermo. Te lo digo para que no desesperes, pero sería absurdo tener esperanzas. Acepta la idea de que ha muerto y, si consigo devolvértelo, te llenarás de gozo.

Hoelun sintió un escalofrío al mirar al chamán a los ojos. Se dio cuenta de que olía a sangre, aunque no había ni rastro de ella en su piel. Apretó los puños al imaginar a ese hombre tocando a su perfecto hijo, pero la había atemorizado con su cháchara sobre la muerte y ahora estaba indefensa ante él.

—¿Qué tengo que hacer? —susurró.

Kokchu permaneció muy quieto mientras lo consideraba.

—Necesitaré todas mis fuerzas para que los espíritus accedan a entrar en tu hijo. Hará falta una cabra para absorber el tumor y otra para purificarlo con sangre. Tengo las hierbas que necesito, si estoy suficientemente fuerte.

—¿Y si fracasas? —preguntó Borte de repente.

Kokchu respiró hondo, dejando que el aire vibrara al atravesar sus labios.

—Si me fallan las fuerzas cuando empiece a cantar sobreviviré. Si llego a la última etapa y los espíritus me llevan, entonces veréis cómo soy arrancado de mi cuerpo, que aún vivirá durante un tiempo. Pero sin su alma, no será más que carne vacía. Esto no es ningún juego, madre.

Hoelun lo miró: había vuelto a despertar sus sospechas. Parecía tan convincente y, sin embargo, sus veloces ojos siempre estaban observando, vigilando cómo eran recibidas sus palabras.

—Trae dos cabras, Borte. Veamos qué es capaz de hacer.

Fuera estaba oscuro y mientras Borte iba a buscar a los animales, Kokchu utilizó el paño para secar el pecho y el abdomen de Temuge. Cuando le introdujo los dedos en la boca, el joven se despertó otra vez aterrorizado, con los ojos brillantes.

—No te muevas, chico. Te ayudaré si tengo la fuerza suficiente —le dijo Kokchu. No se giró cuando trajeron las cabras balando y las arrastraron hasta dejarlas a su lado, concentrando toda su atención en el joven a su cuidado.

Con la morosidad que corresponde a los rituales, Kokchu extrajo cuatro vasijas de latón de su túnica y las colocó en el suelo. Echó un montón de polvo gris en cada una de ellas y encendió una astilla en el hornillo. Al poco, las serpenteantes volutas de humo gris espesaban el aire de la ger hasta hacerlo irrespirable. Kokchu aspiró profundamente ese aire, llenándose los pulmones con él. Hoelun tosió poniéndose la mano en la boca y se sonrojó. Los gases estaban empezando a marearla, pero no dejaría solo a su hijo con un hombre en el que no confiaba.

En un susurro, Kokchu comenzó a entonar una monótona salmodia en la lengua más antigua de su pueblo, casi olvidada. Hoelun se echó para atrás en su asiento mientras la escuchaba, recordando los sonidos de los sanadores y chamanes de su juventud. Los recuerdos que evocó en Borte eran más oscuros: había oído a su marido recitar las antiguas palabras una noche muy larga antes de destripar a sus secuestradores y de meterle en la boca a su esposa delgadas tajadas de su corazón quemado. Era una lengua de sangre y crueldad, muy apropiada para las estepas invernales. No había una sola palabra para designar la bondad, o el amor. Mientras escuchaba al chamán, los jirones de humo iban envolviéndola, adormeciendo su piel. Las repetitivas rimas despertaron en su mente un torrente de imágenes sanguinarias y no pudo dominar las arcadas.

—Cálmate, mujer —bramó Kokchu, con una mirada salvaje—. Guarda silencio mientras llegan los espíritus. —Su cántico se reanudó con mayor energía, con Kokchu repitiendo de forma hipnótica las frases una y otra vez, intensificando el volumen y la urgencia. La primera cabra baló desesperada cuando la sostuvo sobre el cuerpo de Temuge, con la mirada fija en los atemorizados ojos del muchacho. Con su cuchillo, Kokchu le cortó el pescuezo a la cabra y la mantuvo allí mientras su sangre manaba humeante sobre el hijo de Hoelun. Temuge chilló al sentir ese calor repentino, pero Hoelun le rozó los labios con la mano y el chico se tranquilizó.

Kokchu dejó caer al animal, que seguía pataleando. Su salmodia se aceleró y cerró los ojos, apretando con la mano las tripas de Temuge. Para su sorpresa, el joven seguía en silencio y tuvo que retorcer el bulto con más fuerza para hacerle gritar. La sangre ocultó el brusco ademán con el que desenredó la parte estrangulada de intestino y lo empujó de nuevo tras la pared de músculo. Su padre le había enseñado el ritual con un tumor real y Kokchu había visto al anciano cantando mientras los hombres y las mujeres chillaban, llegando incluso a gritar a su vez en sus bocas abiertas de modo que su saliva les entraba en la garganta. El padre de Kokchu los había agotado hasta tal punto que se sentían desorientados y se volvían locos y creían.

Había visto bultos espantosos encoger y desaparecer tras superar ese punto de agonía y de fe. Si un hombre se entregaba por entero a un chaman, a veces los espíritus recompensaban esa confianza.

Emplear esa sabiduría para engañar a un muchacho con el estómago herniado no era honorable, pero la recompensa sería magnífica. Temuge era el hermano del khan y un hombre en esa posición siempre sería un valioso aliado. Pensó en las advertencias de su padre sobre los peligros que acechaban a aquellos que abusaban de los espíritus con mentiras y trucos. Nunca había entendido el poder, ni lo embriagador que podía llegar a ser. Los espíritus revoloteaban alrededor de la fe como las moscas en torno a la carne muerta. No había nada malo en hacer que la fe creciera en el campamento del khan. Su autoridad no podía sino aumentar.

Kokchu respiraba trabajosamente mientras entonaba su monótono canto, con los ojos en blanco, y adentraba su mano más aún en la barriga de Temuge. Con un grito de triunfo, hizo como si diera un fuerte tirón, sacando un pequeño trozo de hígado de ternera que antes había escondido allí. Al apretarlo en su mano, se agitó como si tuviera vida, y Borte y Hoelun retrocedieron.

Kokchu prosiguió su salmodia mientras tiraba de la otra cabra para acercarla hacia él. Ese animal también se debatió, pero el chamán metió la mano por detrás de sus amarillos dientes, aunque la cabra empezó a roerle los nudillos. Empujó la hedionda carne por su gástrico hasta que la bestia no pudo por menos que tragarla en medio de entrecortados espasmos. Cuando el chamán vio que la garganta se movía, la masajeó frotando con fuerza para empujar al hígado hasta el estómago de la cabra. Luego la soltó.

—Que no entre en contacto con los demás animales —ordenó, jadeante— o el tumor se contagiará y vivirá de nuevo, y tal vez incluso regrese hasta tu hijo. —El sudor resbalaba por su nariz mientras las miraba—. Sería mejor quemarla hasta que no queden de ella más que las cenizas. No debe ser comida porque su carne aún contiene el tumor. Aseguraos bien de que es así. No tengo fuerzas para repetir el ritual.

Se dejó caer sin fuerzas como si se hubiera desmayado, aunque seguía respirando como un perro al sol.

—El dolor ha desaparecido —oyó decir a Temuge, en tono sorprendido—. Tengo la zona dolorida, pero mucho menos que antes. —Kokchu percibió cómo Hoelun se inclinaba sobre su hijo y le oyó emitir un grito ahogado cuando su madre tocó el lugar por donde sus intestinos habían atravesado el músculo estomacal.

—La piel no está rasgada —advirtió Temuge. Kokchu notó la admiración en su voz y eligió ese momento para abrir los ojos e incorporarse. Tenía la vista cansada y entornó los ojos para mirar a través de la nube de humo de la tienda.

Sus largos dedos rebuscaron en los bolsillos de su deel y extrajo un trozo de crin de caballo trenzada que estaba manchada con sangre seca.

—Esto ha sido bendecido —les dijo—. Lo ataré a la herida para que nada pueda

penetrar en ella.

Todos permanecieron callados mientras arrancaba una mugrienta cinta de tela de su deel y hacía que Temuge se incorporara. Kokchu salmodiaba entre dientes mientras la ataba alrededor de la barriga del joven, cubriendo el rígido trozo de pelo con franjas y franjas de tela y tensando cada una de las vueltas hasta que el amuleto quedó oculto a la vista. Cuando lo hubo atado, Kokchu se echó para atrás, satisfecho al saber que las tripas ya no se saldrían y arruinarían todo su trabajo.

—Mantén el amuleto en su sitio durante una luna —indicó con voz fatigada—. Si dejas que caiga, quizá el tumor vuelva a encontrar refugio en ti una vez más. —Cerró los ojos, como si estuviera exhausto—. Ahora tengo que dormir. Dormiré esta noche y la mayor parte de mañana. Quemad esa cabra antes de que propague el mal. En unas pocas horas como mucho estará muerta.

Puesto que había rodado el hígado con una dosis de veneno suficiente para matar a un hombre adulto, sabía que estaba diciendo la verdad. No habría ningún animal sospechosamente sano que pudiera malograr su éxito.

—Te doy las gracias por lo que has hecho —intervino Hoelun—. No lo entiendo...

Kokchu sonrió con aire cansado.

—Me costó veinte años de estudio llegar a dominar mis poderes, anciana madre. No creas que puedes entenderlo en una sola noche. Tu hijo se curará, como habría sucedido si el tumor no hubiera empezado a retorcerse en su interior. —Se quedó pensativo durante un momento. No conocía a aquella mujer pero estaba seguro de que le contaría a Gengis lo que había pasado. Para no tener ninguna duda de que así era, volvió a hablar.

—Debo pedirte que no le cuentes a nadie lo que has visto. Todavía existen tribus en las que asesinan a aquéllos que practican la antigua magia. Se considera demasiado peligrosa. —Se encogió de hombros—. Tal vez lo sea.

Diciendo eso, sabía a ciencia cierta que la historia se difundiría por todo el campamento antes de que rayara el nuevo día. Siempre había alguien que quería un hechizo contra la enfermedad, o que una maldición cayera sobre su enemigo. Dejarían leche y carne a la puerta de su ger y con el poder vendrían también el respeto y el miedo. Deseaba que le tuvieran miedo, porque cuando le temieran, le darían todo lo que les pidiera. ¿Qué importaba si no había salvado una vida esta vez? La fe estaría allí cuando tuviera otra vida en sus manos. Había arrojado una piedra al río y las ondas se propagarían muy lejos.

Gengis y sus generales estaban solos en la gran ger cuando la luna ascendió sobre sus huestes. Había sido un día ajetreado para todos ellos, pero no podían dormir mientras él permaneciera despierto: al día siguiente habría bostezos y ojos enrojecidos por doquier. Gengis parecía tan fresco como estaba esa misma mañana, cuando había

recibido a doscientos hombres y mujeres de una tribu túrquica que procedían de una zona tan al noroeste que no entendían más que unas pocas palabras de lo que les decía. Aun así, habían venido.

—Cada día llegan más, y sólo quedan dos lunas de verano —afirmó Gengis, mirando con orgullo a los hombres que habían estado a su lado desde los primeros días. A sus cincuenta años, Arslan estaba empezando a envejecer tras los largos años de guerra. Él y su hijo Jelme se habían unido a Gengis cuando no tenía nada más que su ingenio y a sus tres hermanos. Ambos habían permanecido absolutamente leales a él durante los años más duros y Gengis les había hecho prosperar y obtener esposas y riqueza. Gengis hizo un gesto con la cabeza al espadero que se había convertido en su general, alegrándose al comprobar que su espalda seguía tan erguida como siempre.

Temuge no asistía a sus reuniones, ni siquiera cuando estaba bien. De todos sus hermanos, era el único que no había mostrado ninguna aptitud para la estrategia. Gengis le adoraba, pero no podía confiar en su capacidad para liderar a otros. Meneó la cabeza, dándose cuenta de que sus pensamientos estaban divagando. También él estaba cansado, aunque no iba a permitir que los demás lo notaran.

—Algunas de las nuevas tribus ni siquiera han oído hablar de los Chin —dijo Kachiun—. Los que han llegado esta mañana iban vestidos con ropas que nunca antes había visto. No son mongoles como nosotros.

—Tal vez —replicó Gengis—, pero haré que se sientan bienvenidas. Esperemos a que demuestren su valía en la batalla antes de juzgarlos. No son tártaros ni enemigos de sangre de ninguno de nosotros. Al menos nadie me llamará para aclarar alguna rencilla que se remonta a decenas de generaciones. Nos serán útiles.

Tomó un trago de un basto tazón de barro, relamiéndose al paladear la amargura del airag negro, y prosiguió:

—No bajéis la guardia en el campamento, hermanos míos. Han venido porque no venir sería como pedir que los destruyéramos. Todavía no confían en nosotros. Muchos de ellos sólo conocen mi nombre y nada más.

—He apostado hombres en todas las hogueras para escuchar —intervino Kachiun—. Siempre habrá alguien que quiera sacar provecho en una reunión de este tipo. Seguro que mientras estamos aquí hablando, habrá mil conversaciones sobre nosotros. Mis hombres escucharán incluso los susurros. Sabré si es necesario actuar.

Gengis miró a su hermano haciendo un gesto de asentimiento. Se sentía orgulloso de él. Gracias a la práctica del arco, Kachiun se había convertido en un hombre robusto con unos hombros de una inmensa anchura. Compartían un vínculo que Gengis no sentía con ningún otro, ni siquiera con Khasar.

—Aun así, siento que me cosquillea la espalda cuando atravieso el campamento. Mientras aguardamos, se van inquietando cada vez más, pero vendrán más, así que todavía no puedo avanzar. Ya sólo los uighurs serán de gran valor. Los que están aquí pueden ponernos a prueba, así que estad preparados y no permitáis que ningún insulto quede sin castigo. Confiaré en vuestro juicio, aunque arrojéis docenas de cabezas a

mis pies.

Los generales de la ger entrecruzaron sus miradas sin sonreír. Por cada hombre que habían traído a la inmensa llanura, habían venido dos más. La ventaja de la que disfrutaban era que ninguno de los khanes más fuertes conocía el alcance de su apoyo. Todo el que se aproximaba a la sombra de la montaña negra veía un solo ejército y no se paraban a pensar en el hecho de que estaba compuesto de cien facciones distintas, observándose entre sí con mutua desconfianza.

Gengis por fin dejó escapar un bostezo.

—Id a dormir un poco, hermanos míos —ordenó, cansado—. Está a punto de amanecer y los rebaños deben ser conducidos a pastos nuevos.

—Iré a ver cómo está Temuge antes de acostarme —dijo Kachiun.

Gengis suspiró.

—Esperemos que el padre cielo le devuelva la salud. No puedo perder a mi único hermano sensato.

Kachiun resopló, abriendo de un empujón la pequeña puerta que daba al aire exterior. Cuando todos hubieron salido, Gengis se puso en pie, haciendo crujir los huesos con un rápido movimiento de las manos para aliviar la rigidez de su cuello. La ger familiar estaba cerca, aunque sus hijos estarían dormidos. Una noche más en la que tendría que meterse a trompicones entre las mantas sin que su familia supiera que había llegado a casa.

II

Gengis observó a su hermano pequeño con inquietud. Temuge se había pasado toda la mañana contándole a cualquiera que quisiera escucharle cómo le había curado Kokchu. A pesar de sus dimensiones, el campamento era un lugar opresivo y las noticias corrían de boca en boca como la pólvora. A mediodía, lo estarían comentando los últimos nómadas llegados de las estepas.

—Entonces, ¿cómo sabes que no era una parte estrangulada de intestino? —preguntó Gengis, mirándolo con atención. En la tienda de la familia, Temuge parecía un poco más alto de lo normal y había algo más que entusiasmo iluminando su rostro. Cada vez que mencionaba el nombre de Kokchu, su voz descendía hasta convertirse en un murmullo. A Gengis su admiración le resultaba irritante.

—¡Vi cómo me lo sacaba, hermano! Se agitaba y se retorció en su mano y cuando lo vi casi vomito. Cuando desapareció, el dolor desapareció con él. —Temuge llevó su mano a aquella zona y su rostro se crispó.

—Así que no desapareció del todo —apuntó Gengis.

Temuge se encogió de hombros. El área por encima y por debajo del vendaje era una masa púrpura y amarilla, aunque el color se iba apagando gradualmente.

—Antes me estaba devorando vivo. Esto no es peor que un cardenal.

—Y, sin embargo, dices que no hay ningún corte —replicó Gengis, sorprendido.

Temuge negó con la cabeza, recordando su entusiasmo. Había explorado la zona con los dedos en la oscuridad de la noche, antes del amanecer. Bajo la apretada tira de tela, sentía una grieta en el músculo que tenía un tacto increíblemente suave. Estaba seguro de que era el lugar del que le había arrancado el tumor.

—Tiene poderes, hermano. Más que ninguno de los charlatanes que hemos visto antes. Creo en lo que veo. Sabes que los ojos no mienten.

Gengis asintió.

—Le recompensaré con yeguas, ovejas y ropas nuevas. Tal vez un cuchillo nuevo y unas botas. No puedo permitir que el hombre que ha salvado a mi hermano tenga aspecto de pordiosero.

Temuge se estremeció súbitamente inseguro.

—No quería que la historia se supiera, Gengis. Si lo recompensas, todo el mundo sabrá lo que hizo.

—Todo el mundo lo sabe ya —respondió Gengis—. Kachiun me lo contó al amanecer y tres personas más han venido a hablarme de ello antes de que tú y yo nos encontráramos. No hay secretos en este campamento, deberías saberlo.

Temuge asintió con aire pensativo.

—Entonces no le importará o lo perdonará si le importa. —Vaciló antes de continuar, poniéndose nervioso bajo la mirada de su hermano—. Con tu permiso, aprenderé de él. Creo que me aceptará como discípulo, y nunca he sentido un deseo

tan grande de saber... —Se interrumpió cuando Gengis frunció el ceño.

—Confiaba en que te reincorporarías a tus tareas con los guerreros, Temuge. ¿No quieres cabalgar a mi lado?

Temuge se sonrojó y clavó la mirada en el suelo.

—Sabes tan bien como yo que nunca seré un gran oficial. Quizá podría llegar a ser competente, pero los hombres siempre sabrán que fui ascendido por mis lazos de sangre y no por mi destreza. Déjame aprender de Kokchu. No creo que me rechace.

Mientras lo consideraba, Gengis permaneció sentado, perfectamente inmóvil. Más de una vez Temuge había sido objeto de burla entre las tribus. Su habilidad con el arc era nula y sus prácticas con la espada, con el rostro colorado por el esfuerzo, no ayudaban en absoluto a granjearse su respeto. Se dio cuenta de que su hermano estaba temblando y tenía el rostro crispado por el temor de que Gengis se negara. Temuge no había encontrado su sitio entre las tribus y muchas noches Gengis había deseado que su hermano por fin descubriera algo que pudiera hacer. Y, sin embargo, se resistía a dejarlo ir tan fácilmente. Hombres como Kokchu se mantenían separados de las tribus. Sin duda eran temidos, y eso era bueno, pero no formaban parte de la familia. No se les daba la bienvenida ni se los saludaba como a viejos amigos. Gengis meneó la cabeza ligeramente. También Temuge había estado siempre separado de las tribus, como un observador. Quizá ése fuera el camino que tomaría su vida.

—A condición de que practiques con la espada y el arco dos horas todos los días. Dame tu palabra de que lo harás y ratificaré tu elección, tu camino.

Temuge asintió, sonriendo con timidez.

—Lo haré. Tal vez te sea de más utilidad como chamán de lo que he sido como guerrero.

Los ojos de Gengis se endurecieron.

—Sigues siendo un guerrero, Temuge, aunque nunca haya sido fácil para ti. Aprende lo que desees de ese hombre, pero en la intimidad de tu corazón recuerda que eres mi hermano y el hijo de nuestro padre.

Temuge sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos y bajó la cabeza para que su hermano no las viera y se avergonzara de él.

—Nunca lo olvido —contestó.

—Entonces dile a tu nuevo maestro que venga a verme y será recompensado. Lo abrazaré delante de mis generales y les haré saber que es valioso para mí. Mi sombra garantizará que seas tratado con gentileza en el campamento.

Temuge hizo una profunda reverencia antes de dar media vuelta y marcharse, y Gengis se quedó solo con sus pensamientos, que giraban oscuros en su mente. Había abrigado la esperanza de que Temuge se endureciera y cabalgara junto a él y sus hermanos. Todavía no había conocido a ningún chamán que le gustara y Kokchu tenía toda la arrogancia de los de su clase. Gengis suspiró para sí. Quizá todo estuviera justificado: la curación había sido extraordinaria y recordaba bien cómo Kokchu había atravesado su propia carne sin derramar ni una sola gota de sangre. Se

acordó de que se decía que los Chin tenían magos entre sus filas. Podría ser útil contar con hombres que pudieran igualarlos. Suspiró de nuevo. Que su hermano acabara perteneciendo a esa raza de hombres nunca había entrado en sus planes.

Khasar dio un paseo por el campamento, disfrutando del ajetreo y el bullicio. En cada pequeño espacio libre de terreno iban apareciendo nuevas gers y Gengis había ordenado que se excavaran profundos pozos para letrinas en cada intersección. Con tantos hombres, mujeres y niños congregados en un solo lugar, todos los días había nuevos problemas a los que hacer frente, pero a Khasar no le interesaban ese tipo de detalles. Kachiun parecía disfrutar con los desafíos y había organizado un grupo de cincuenta hombres fornidos para cavar los agujeros y ayudar a erigir las tiendas. Khasar vio a dos de ellos construyendo un refugio para proteger de la lluvia los haces de flechas de abedul recién confeccionadas. Muchos guerreros fabricaban sus propias flechas, pero Kachiun había encargado un número elevadísimo de ellas para el ejército y, en cada tienda por la que pasaba, Khasar veía a mujeres y niños ocupados manejando plumas, hilo y cola, reuniendo haces de cincuenta saetas listos para ser transportados. Las forjas de las tribus rugían y escupían fuego durante toda la noche para fabricar las cabezas y cada amanecer llegaban a las filas de guerreros nuevos arcos para que los probaran.

El vasto campamento era un lugar donde florecía la vida y el trabajo y a Khasar le gustaba ver a su pueblo afanarse tanto en sus tareas. En la distancia, se oyó el chillido de un niño que acababa de nacer y el joven guerrero sonrió para sí. Sus pies seguían senderos que el uso había abierto en la hierba, dejando al descubierto el barro.

Cuando se mancharan, el campamento dejaría en el terreno un gigantesco dibujo de formas que Khasar trató de imaginar.

Como estaba relajado, al principio no se percató del tumulto que había en un cruce de caminos a unos pasos por delante de él. Siete hombres que formaban una única masa furiosa luchaban para obligar a un semental renuente a que se arrodillara. Khasar se detuvo a mirar cómo castraban al animal e hizo una mueca de dolor cuando el caballo sacudió una pata, golpeó en el estómago con su casco a uno de los hombres y lo dejó tirado en el suelo, retorciéndose. El poni era joven y su musculatura era poderosa. Se rebelaba contra los hombres, utilizando su enorme fuerza contra las cuerdas con que lo habían atado. Cuando por fin lo derribaran, le amarrarían las patas, dejándolo indefenso ante el cuchillo de castrar. No parecían tener mucha idea de lo que estaban haciendo; Khasar meneó la cabeza divertido y decidió acercarse al grupo.

Cuando dio la vuelta al animal para evitar sus patadas, éste se encabritó y levantó en el impulso a uno de los hombres. El poni bufó furioso y retrocedió hacia Khasar, pisándole un pie y haciéndole gritar de dolor. El hombre más próximo a él reaccionó al oírlo, dándole un revés en la cara para que se quitara de en medio.

La ira que sintió Khasar fue tan grande como la del caballo atado y descargó un golpe brutal sobre su agresor que se tambaleó, aturdido. Khasar vio que los demás soltaban las cuerdas y lo miraban con ojos amenazantes. El poni aprovechó la inesperada libertad para echar a correr desbocado y con la cabeza gacha, a través del campamento. Alrededor del grupo de hombres, los otros sementales de la manada relincharon respondiendo a sus llamadas y Khasar quedó solo frente a unos hombres furiosos. Los miró sin miedo, sabiendo que reconocerían su armadura.

—Sois woyela —dijo, tratando de romper la tensión—. Haré que vuelvan a capturar a vuestro caballo y que os lo traigan.

Ellos guardaron silencio e intercambiaron miradas. Todos se parecían entre sí y Khasar se dio cuenta de que eran los hijos del khan woyela. Su padre había llegado unos cuantos días antes, trayendo consigo quinientos guerreros y sus familias. Tenía fama de poseer un genio muy vivo y un sentido del honor muy agudizado. Cuando aquellos hombres empezaron a rodearlo, Khasar pensó que sus hijos habían heredado esos mismos rasgos.

Por un momento, Khasar pensó que tal vez lo dejaran marchar sin pelear, pero aquél al que había golpeado estaba loco de rabia y fue el que más se acercó a él, reforzado por la presencia de sus hermanos. En un lado de la cara, una marca lívida mostraba dónde le había pegado Khasar.

—¿Qué derecho tienes a interferir? —espetó uno de los otros. Lo estaban acosando deliberadamente y Khasar notó que el trajín del campamento había cesado a su alrededor. Había muchas familias observando el intercambio de palabras y, con desaliento, supo que no podía echarse atrás sin avergonzar a Gengis e incluso poner en peligro su control sobre el campamento.

—Estaba intentando pasar —aventuró con las mandíbulas apretadas, preparándose—. Si el buey de tu hermano no me hubiera golpeado, ese poni ya, estaría en el suelo. La próxima vez atadle antes las patas.

Uno de los más altos escupió en el suelo, cerca de sus pies, y Khasar apretó los puños. Entonces una voz cortó el aire.

—¿Qué es esto?

El efecto de esa voz sobre los hermanos fue instantáneo. Quedaron paralizados. Khasar se giró y vio a un hombre entrado en años con las mismas facciones de los otros. Sólo podía ser el khan de los woyela y Khasar no podía hacer otra cosa que inclinar la cabeza ante él. Todavía no se habían desenvainado las espadas y sabía que no debía insultar al único hombre que quizá pudiera controlar a sus hijos.

—Eres el hermano del hombre que se hace llamar Gengis —dijo el khan—. Pero éste es el campamento woyela. ¿Por qué has venido aquí a enfurecer a mis hijos y arruinar su trabajo?

Khasar se sonrojó, irritado. Sin duda Kachiun habría sido informado de la confrontación y habría venido de camino, pero, por un momento, no estuvo seguro de si podría responder a eso sin perder la calma. Era evidente que el khan de los

woyela estaba disfrutando de la situación y Khasar estaba convencido de que lo había visto todo desde el principio. Cuando hubo controlado su temperamento, habló al khan despacio y con claridad.

—He golpeado al hombre que me golpeó. Hoy no hay motivo para que se produzca un derramamiento de sangre.

Como respuesta, la boca del khan se retorció en una mueca desdeñosa. Allí mismo había cien guerreros que responderían de inmediato a su llamada y sus hijos estaban dispuestos a infundir humildad a fuerza de golpes en ese hombre que se erguía con tanto orgullo frente a ellos.

—Me esperaba esa respuesta. Pero el honor no puede echarse a un lado cuando no resulta conveniente. Esta parte del campamento es territorio woyela. Has entrado aquí sin autorización.

Khasar adoptó la impasible expresión del guerrero para ocultar su irritación.

—Las órdenes de mi hermano fueron claras —contestó—. Todas las tribus pueden utilizar las tierras mientras estamos reunidos. Aquí no hay ningún territorio woyela.

Los hijos del khan se pusieron a murmurar entre ellos al oír esas palabras y el propio khan pareció ponerse tenso.

—Yo digo que sí lo hay y no veo a nadie con el rango suficiente para cuestionar mi palabra. Pero veo que te escondes tras la sombra de tu hermano.

Khasar inspiró lentamente. Si se acogía a la protección de Gengis, el incidente concluiría. El khan de los woyela no era tan tonto como para retar a su hermano en el campamento, con un vasto ejército listo para reaccionar a su llamada. Y, sin embargo, el hombre lo miraba como una serpiente a punto de atacar y Khasar se preguntó si realmente habría sido el azar el que había puesto a los hermanos y al salvaje semental en su camino esa mañana. Siempre habría hombres deseando poner a prueba a aquellos que se atrevían a liderarlos en combate. Khasar sacudió la cabeza para despejarse. A Kachiun le encantaban la política y las negociaciones, pero a él no le gustaban, no para que el khan y sus hijos se lucieran de cara a la galería.

—No derramaré sangre aquí —comenzó a decir Khasar reconociendo el destello de triunfo en los ojos del khan— pero no necesitaré resguardarme bajo la sombra de mi hermano. —A la vez que hablaba, asestó un brutal puñetazo en la barbilla del hermano que estaba más cerca de él, abatiéndolo. Los otros rugieron y saltaron sobre él casi como si fueran un solo hombre. Le llovieron golpes en la cabeza y los hombros y retrocedió, afirmó las piernas y descargó un buen golpe en la cara de uno de ellos, notando cómo se rompía el hueso. A Khasar le gustaba pelear tanto como a cualquier hombre que ha crecido entre hermanos, pero tenía todas las de perder y casi se desplomó cuando le echaron la cabeza para atrás de un impacto y le machacaron la armadura a golpes. Al menos esa zona estaba protegida y, mientras siguiera en pie, podía agacharse y esquivar sus puñetazos a la vez que se defendía pegándose con todo el que podía.

Justo cuando pensaba aquello, uno de ellos lo sujetó por la cintura y lo tiró al suelo. Khasar soltó una fuerte patada y oyó un chillido mientras se cubría la cabeza para protegerse de sus botas. ¿Dónde estaba Kachiun, por todos los espíritus? Khasar sentía la sangre manando de su nariz y sus labios habían empezado a hincharse. Le zumbaba la cabeza por un puntapié que había recibido en la oreja derecha. Si recibía muchos más golpes como ése, quedaría lesionado de forma permanente.

Sintió el peso de uno de ellos que se había sentado a horcajadas sobre él y le tiraba de los brazos para retirarlos de su cara. Khasar alzó la vista y miró al hombre por un hueco. Eligió el momento oportuno y le metió el pulgar en el ojo a su atacante con todas sus fuerzas. Pareció ceder bajo el golpe y deseó haberlo dejado ciego. Con un grito, el hijo del khan woyela se separó de él rodando, pero las patadas no hicieron más que intensificarse.

Oyó un aullido de dolor que brotaba de algún lugar cercano y, por un instante, Khasar se vio solo y trató de ponerse en pie. Vio que un extraño había saltado sobre los hermanos woyela, derribando a uno de ellos y propinándole a otro una buena patada en la rodilla. El recién llegado era poco más que un niño, pero sabía cómo poner todo su peso en los golpes. Khasar le sonrió con sus labios partidos, pero estaba demasiado aturdido para levantarse.

—¡Parad ahora mismo! —ordenó una voz a sus espaldas y Khasar sintió que le inundaba una ola de esperanza antes de darse cuenta de que Temuge no había llegado con una docena de hombres para ayudarlo. Su hermano pequeño se encaramó en la masa de brazos y piernas que pataleaban y golpeaban y tiró de uno de los woyela, sacándolo de allí.

—¡Trae a Kachiun! —gritó Khasar; sintiendo que se le caía el alma a los pies. Lo único que iba a conseguir Temuge era que le dieran una paliza y entonces finalmente habría sangre. Gengis podía aceptar que un hermano se peleara, pero la implicación de un segundo hermano significaría un ataque personal contra su familia demasiado grande como para pasarlo por alto. El khan de los woyela parecía ajeno al peligro y Khasar le oyó reírse cuando uno de sus hijos le pegó un puñetazo a Temuge en la cara, haciéndolo caer de rodillas. El joven desconocido también había perdido la ventaja de la sorpresa y estaba recibiendo un aluvión de patadas y guantazos. Los hijos del khan woyela se reían a carcajadas mientras concentraban sus esfuerzos en sus dos nuevos rivales y Khasar se encolerizó al oír a Temuge gritar de dolor y humillación, protegiéndose con las manos de sus puntapiés mientras luchaba por incorporarse.

Entonces se oyó otro sonido: una serie de fuertes crujidos que hicieron que los woyela aullaran y se replegaran. Khasar continuó en el suelo, protegiéndose la cabeza, hasta que reconoció la voz de Kachiun, tensa de ira. Había traído a varios hombres con él y lo que había oído Khasar eran los palos con los que se habían armado.

—¡Levántate si puedes, hermano! ¡Dime cuál de ellos quieres que muera! —le

gritó Kachiun a Khasar. Cuando Khasar bajó por fin las manos, escupió una flema rojiza en el suelo y se alzó apoyándose en los brazos. Su rostro era una masa amoratada y sanguinolenta y, al verlo, el khan de los woyela se puso rígido y su regocijo se extinguió.

—Esto es un asunto privado —se precipitó a decir el khan cuando Kachiun lo fulminó con la mirada—. Tu hermano no pidió privilegios de rango.

Kachiun se volvió hacia Khasar, que se encogió de hombros, sintiendo al instante un dolor que pintó una mueca crispada en su rostro.

También Temuge se había vuelto a poner en pie y su rostro aparecía pálido como la leche. Su mirada era fría y su vergüenza lo había puesto más furioso de lo que Khasar o Kachiun lo habían visto jamás. El tercer hombre se enderezó dolorido y Khasar le dio las gracias con una inclinación de cabeza. A él también lo habían apaleado, pero esbozó una sonrisa contagiosa mientras apoyaba jadeante las manos en las rodillas.

—Tened cuidado —advirtió Kachiun a sus hermanos en un murmullo apenas audible. Había traído consigo a apenas doce de sus trabajadores, los que estaban más cerca de él cuando le avisaron de la pelea. Sólo resistirían unos minutos frente a los hombres armados de los woyela. Entre la multitud relucían miradas llenas de dureza y el khan recobró parte de su confianza.

—El honor ha quedado satisfecho —declaró—. No hay cuentas pendientes entre nosotros. —Miró a Khasar para comprobar qué efecto producían en él sus palabras. Khasar sonrió torciendo la boca. Había oído el sonido de pasos marciales acercándose. Todos los presentes se irguieron alarmados al oír el tintineante avance de los guerreros armados. Sólo podía ser Gengis.

—¿Que no hay cuentas pendientes? —preguntó Kachiun al khan en un áspero susurro—. Eso no es decisión tuya, woyela.

Todos los ojos se volvieron hacia Gengis. Caminaba junto a Arslan y otros cinco hombres con sus corazas, completamente pertrechados para la batalla. Todos ellos portaban espadas y los hijos del khan woyela se miraron entre ellos, preocupados al caer en la cuenta de lo que habían hecho. Habían hablado de poner a prueba a uno de los hermanos de Gengis y esa parte había salido a la perfección, pero la llegada de Temuge los había arrastrado a aguas más profundas y ahora ninguno de ellos sabía cómo se resolvería la situación.

Gengis observó con atención la escena, con el rostro impasible como una máscara. Su mirada se detuvo en Temuge y, por un instante, sus ojos de lobo se endurecieron al ver cómo le temblaban las manos a su hermano pequeño. El khan de los woyela fue el primero en hablar.

—El problema ya está resuelto, señor —aseguró—. Ha sido una mera distracción, una riña a causa de un caballo —tragó saliva con esfuerzo—, no hay necesidad de que tu autoridad intervenga en este asunto.

Gengis hizo caso omiso de sus palabras.

—¿Kachiun?

Khasar dominó su ira para responder con voz calmada.

—No sé cuál fue el desencadenante de la pelea. Eso puede decírtelo mejor Khasar.

Khasar se estremeció al oír su nombre. Bajo la fija mirada de Gengis, eligió con cuidado sus palabras. En un momento dado, todo el campamento estaría al comente de lo sucedido y no quería que lo miraran como a un niño que había ido a quejarse a su padre. No si quería liderarlos más tarde en una batalla.

—He quedado satisfecho con mi parte en esto, hermano —contestó apretando los dientes—. Si siento la necesidad de seguir discutiéndolo con estos hombres, lo haré otro día.

—No, no lo harás —espetó Gengis, captando la amenaza implícita al igual que los propios woyela—. Lo prohíbo.

Khasar hizo una inclinación de cabeza.

—Como quieras, señor —respondió.

Gengis posó la mirada en Temuge, percibiendo su vergüenza por haber recibido una paliza en público, unida a la encendida ira que había sorprendido antes a Khasar y Kachiun.

—Tú también estás marcado, Temuge. No puedo creer que hayas tomado parte en esto.

—Intentó pararlo —contestó Kachiun—. Lo tiraron contra el suelo de rodillas y...

—¡Ya basta! —chilló Temuge—. Con el tiempo, iré devolviendo todos los golpes recibidos. —Se ruborizó y dio la impresión de que iba a echarse a llorar como un niño. Gengis lo miró fijamente y de repente su propia ira estalló. Con un gruñido, sacudió la cabeza y avanzó a grandes zancadas hacia los hermanos woyela. Uno de ellos no reaccionó con suficiente prontitud y Gengis lo derribó de un empujón con el hombro, sin que el gran khan diera muestras de haber notado el impacto siquiera. El khan woyela alzó las manos implorando clemencia, pero Gengis lo agarró por el deel y tiró de él hacia delante. Cuando Gengis desenfundó la espada, los guerreros woyela desenvainaron las suyas con un áspero sonido metálico.

—¡Quietos! —rugió Gengis, con la voz que se había hecho oír en el fragor de cientos de batallas, pero los guerreros desobedecieron la orden y, mientras se cerraban sobre él, Gengis alzó al khan como a una marmota que acabara de apresar. Con dos rápidos movimientos, pasó el filo de la espada por los muslos del khan, cercenando los músculos.

—Si habéis obligado a mi hermano a arrodillarse, woyela, tú no te pondrás en pie nunca más —exclamó. El khan empezó a lanzar alaridos y cayó al suelo mientras la sangre chorreaba hasta sus pies. Antes de que los guerreros pudieran llegar a él, Gengis elevó la mirada y la clavó con dureza en ellos.

—Si cuando mi corazón lata diez veces queda una sola espada en la mano de

cualquiera de vosotros, ningún hombre, mujer o niño woyela sobrevivirá a esta noche.

Los oficiales que había entre los guerreros vacilaron y alzaron los brazos para detener a los demás. Gengis se erguía ante ellos sin ningún temor, mientras, a sus pies, su khan se tendía sobre un costado, gimiendo. Los hijos todavía estaban paralizados, horrorizados por lo que acababan de presenciar. Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, el khan hizo un ademán que sus oficiales eligieron interpretar como asentimiento. Enfundaron sus espadas y los guerreros los imitaron, con los ojos desorbitados. Gengis asintió con la cabeza.

—Cuando partamos a la batalla, vosotros, woyela, seréis la guardia de mi hermano —les dijo y se giró hacia Khasar—. Si los aceptas. —Khasar asintió en un murmullo, con el rostro hinchado vacío de expresión—. Entonces este asunto ha concluido. La venganza ha quedado saldada y se ha hecho justicia.

Gengis miró a sus hermanos a los ojos y los tres se unieron a él mientras regresaba a la gran ger y a los asuntos del día. Khasar dio una palmada en el hombro del joven que le había ayudado para que los siguiera y no se quedara allí a recibir otra paliza.

—Este chico vino en mi ayuda —explicó Khasar mientras caminaban—. No le tiene miedo a nada, hermano.

Durante un instante, Gengis miró al muchacho y notó su orgullo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con brusquedad, indignado aún por lo que había visto.

—Tsubodai de los uriankhai, señor.

—Ven a verme cuando quieras un buen caballo y una armadura —dijo Gengis. Tsubodai sonrió de oreja a oreja y Khasar le dio un leve puñetazo en el hombro, complacido. A sus espaldas, el khan de los woyela era atendido por sus mujeres. Con tales heridas, nunca volvería a poder erguirse y puede que jamás volviera a caminar.

Cuando Gengis y sus hermanos pasaron por delante de las distintas tribus congregadas bajo la montaña negra, muchos los miraron con admiración y aprobación. Había demostrado que no permitiría que se le desafiara sin castigo y había obtenido una pequeña victoria.

Los uighurs fueron avistados en el horizonte cuando declinaba el verano y las crecidas de las aguas de las montañas estaban a punto de desbordar el río Onon. Las llanuras aún conservaban su color verde brillante y las alondras saltaban y trinaban al ver pasar los carromatos de los uighurs.

Era una impresionante exhibición de fuerza y Gengis respondió situando a cinco mil de sus jinetes en filas frente al inmenso campamento. No se presentó a darles la bienvenida en persona, sabiendo que su ausencia sería entendida como una sutil desaprobación por su tardanza. Rodeado por los woyela, fue Khasar quien avanzó a

caballo para recibir a los recién llegados, y ninguno de los hijos del khan woyela osó retirar la vista de su nuca.

Cuando los uighurs estuvieron más próximos, Khasar se acercó al carro que precedía la oscura serpiente de personas y animales. Sus ojos repasaron con rapidez a los guerreros, juzgando su calidad. Estaban bien armados y parecían fieros y alerta, aunque sabía que las apariencias podían inducir a engaño. Aprenderían las tácticas que habían reportado la victoria a Gengis o, si no, se limitarían a llevar mensajes entre las tropas.

Los uighurs eran mercaderes de caballos además de estudiosos y a Khasar le complació ver la vasta manada que los acompañaba. Habría unos tres ponis por guerrero y se dijo que a lo largo del siguiente mes habría mucho bullicio en el campamento cuando las demás tribus se pusieran a negociar para reponer sus líneas de sangre.

Cuando alzó la mano, los guerreros que rodeaban el primer carro se detuvieron, adoptando una posición defensiva y llevando las manos a la empuñadura de sus espadas. Khasar pensó que los uighurs debían contar con unas buenas reservas de acero para que tantos de ellos llevaran espadas. Tal vez también se comerciaría con hierro en el campamento. Había todavía demasiados hombres que, aparte de su arco, no poseían más que un cuchillo. Khasar dirigió su mirada al hombre bajo, canoso, que conducía el carro. Había sido él quien levantó la mano para ordenar a la columna que se detuviera y Khasar notó en la forma en que lo miraban los guerreros que aguardaban órdenes de él. A pesar de que el corte de su deel era muy sencillo, tenía que ser el khan de los uighurs, Barchuk. Khasar decidió honrarlo hablando en primer lugar.

—Bienvenido al campamento, señor —saludó en tono formal—. Tu tribu es la última en llegar pero mi señor Gengis ha recibido tu mensaje con buena voluntad y ha asignado unas tierras de pasto para vuestras familias.

Asintiendo pensativo, el desconocido observó a los jinetes que esperaban en formación detrás de Khasar.

—Ya imagino que tenemos que ser los últimos. Me cuesta creer que haya algún guerrero más en el mundo, viendo el tamaño de las huestes reunidas en esta llanura. Sois los primeros hombres que vemos en muchos días de viaje. —Meneó la cabeza admirado al recordarlo—. Los uighurs nos pondremos en manos de Gengis, como prometí. Muéstranos dónde podemos plantar nuestras tiendas y nosotros haremos el resto.

A Khasar le gustó la franqueza algo brusca del khan, muy distinta de la pose exigente de algunos khanes con los que había tratado. Sonrió.

—Soy su hermano, Khasar —dijo—. Os lo mostraré yo mismo.

—Siéntate junto a mí, entonces, Khasar. Estoy deseando que me pongas al corriente de todo. —El khan dio unos golpecitos en el banco de madera del carromato y Khasar desmontó, y envió su caballo a la primera fila de los guerreros woyela con

una palmada en la grupa.

—Si somos los últimos, entonces puede que no falte mucho para que Gengis arroje esta inmensa flecha contra sus enemigos —añadió el khan mientras Khasar trepaba y se acomodaba a su lado. Barchuk chasqueó la lengua y el buey tiró del carro, que echó a andar con una sacudida. Complacido, Khasar observó que los guerreros uighurs mantenían la formación a su alrededor. Por fin podrían partir hacia la lucha.

—Sólo él puede decirlo, señor. —Los moretones que le habían producido los woyela habían desaparecido casi por completo pero, aunque no hizo ningún comentario, notó que los ojos de Barchuk los registraban. Tras ver cómo habían sido humillados los woyela, el campamento había permanecido en silencio durante un tiempo, pero al aproximarse el final del verano, los hombres estaban inquietos de nuevo y, ahora que los uighurs habían llegado, pensó que su hermano se pondría en marcha a los pocos días. Sintió que su propia excitación crecía ante esa perspectiva. Habían logrado reunir a las tribus y Gengis les tomaría juramento de lealtad. Después de eso, irían a la guerra y él y sus hermanos librarían a su pueblo del yugo de los Chin.

—Pareces alegre, Khasar —observó Barchuk mientras guiaba el carro para esquivar un montículo en la hierba. El khan era mayor, pero su cuerpo era enjuto y nervudo y sus ojos parecían tener siempre una expresión divertida.

—Estaba pensando que nunca antes hemos estado unidos, señor. Siempre hemos estado enfrentados por alguna rencilla o algún soborno de los Chin. —Hizo un amplio gesto con la mano para abarcar el campamento de la llanura—. ¿Esto? Esto es algo nuevo.

—Puede acabar con la destrucción de nuestro pueblo —murmuró Barchuk, observándolo con atención. Khasar esbozó una ancha sonrisa. Recordaba a Kachiun y a Gengis debatiendo ese mismo tema y repitió sus palabras.

—Sí, pero ninguno de nosotros, ningún hombre, mujer o niño estará vivo dentro de cien años. Todos los que ves aquí ahora no serán más que huesos.

Vio que Barchuk fruncía el ceño, desconcertado y, mientras continuaba, deseó poseer la habilidad de Kachiun para hablar.

—¿Cuál es el sentido de la vida sino la conquista? Robar mujeres y tierras. Prefiero estar aquí y ver esto que vivir toda mi vida en paz.

Barchuk asintió con la cabeza.

—Eres un filósofo, Khasar.

Khasar se rió entre dientes.

—Eres el único que piensa eso. No, soy el hermano del gran khan y éste es nuestro momento.

III

Barchuk de los uighurs habló durante horas mientras el sol se ponía en el exterior de la gran tienda. Gengis estaba fascinado por la sabiduría de aquel hombre y, si mencionaba un concepto que no comprendía, hacía que el khan lo explicara una y otra vez hasta que entendía por completo el significado.

De todos los temas tratados, cualquiera relacionado con los Chin hacía que Gengis se echara hacia delante en su asiento como un halcón, con los ojos brillantes de interés. Los uighurs habían llegado de unas tierras situadas en el extremo suroeste que hacía frontera con el desierto del Gobi y el reino Chin de Xi Xia. Gengis se deleitaba escuchando todos los detalles que ofrecía Barchuk sobre las caravanas comerciales de los Chin, sus ropas y costumbres y, en especial, sobre sus armas y sus armaduras. Ciertamente que aquellos mercaderes no contaban con las mejores guardias, pero cada brizna de información caía en el desierto de la imaginación de Gengis como agua de manantial y era absorbida al instante.

—La paz os ha reportado riqueza y seguridad —dijo Gengis cuando Barchuk hizo una pausa para aclararse la garganta con un trago de té—. Tal vez podríais haberos dirigido al rey de los Xi Xia para aliaros contra mí. ¿No lo considerasteis?

—Por supuesto —respondió Barchuk, desarmándolo con su honestidad— pero si al oírme hablar has tenido la impresión de que tenemos con ellos una relación amistosa, te engañas. Comercian con nosotros porque tienen mercados para las pieles de leopardo de las nieves de las montañas, para las maderas duras, incluso para las semillas de plantas raras que los ayudan en su estudio de la curación. A cambio, nos venden hierro en bruto, alfombras, té y, a veces, algún pergamino que ya hayan copiado muchas veces. —Se detuvo y sonrió irónicamente a los hombres congregados—. Traen sus literas y sus guardias a los pueblos uighurs, pero en sus rostros se puede leer el desdén, incluso en los de aquéllos que ellos llaman esclavos. —Los recuerdos le hicieron ruborizarse de irritación y se pasó una mano por la frente antes de continuar—. Como he aprendido su lengua, los conozco demasiado bien como para pedirles ayuda. Tienes que verlos para comprender a qué me refiero, señor. Los que no son súbditos Xi Xia no les importan en absoluto. Incluso los Chin los consideran un pueblo aparte, aunque comparten muchas de sus costumbres. Pagan tributos al emperador Chin y a pesar de encontrarse bajo su protección, siguen sintiéndose independientes de su poderoso vecino. Su arrogancia es colosal, señor.

Barchuk se inclinó hacia delante y alargó la mano para palmear a Gengis en la rodilla. No pareció darse cuenta de la tensión que se propagó entre los hombres que los rodeaban.

—Hemos recibido sus migajas durante muchas generaciones, señor, mientras ellos se quedan la mejor carne tras sus muros y sus fortalezas.

—Y te gustaría verlos derrotados —murmuró Gengis.

—Sí. Todo lo que pido es que sus bibliotecas se nos entreguen a los uighurs para

estudiarlas. Además, hemos visto unas raras gemas y una piedra que es como leche y fuego. No comercian con esos bienes, les ofrezcamos lo que les ofrezcamos.

Gengis observaba atentamente al khan mientras éste hablaba. Barchuk sabía que no tenía derecho a exigir ningún botín de guerra. Las tribus no recibían pago por ir a luchar y cualquier cosa que ganaran o saquearan era suyo por tradición. Barchuk pedía mucho, pero Gengis se dio cuenta de que no había ningún otro grupo que pudiera tener interés en las bibliotecas de los Xi Xia. Sólo de pensarlo le entraron ganas de reír.

—Tendrás los pergaminos, Barchuk. Te doy mi palabra. Todo lo demás será para los vencedores y está en las manos del padre cielo. No puedo darte un privilegio especial.

Barchuk se echó para atrás en su asiento y asintió algo reticente.

—Es suficiente, con todo lo demás que les quitamos. He visto a mi gente atropellada por sus caballos, señor. He visto a mi gente morir de hambre mientras los Xi Xia engordaban con cosechas que guardaban sólo para sí. He venido con mis guerreros para que paguen un precio por su arrogancia y hemos dejado nuestras aldeas y nuestros campos vacíos. Los uighurs están contigo, sus gers, sus caballos y su sal y su sangre.

Gengis alargó la mano y ambos sellaron el juramento con un rápido apretón que ocultaba la seriedad de la declaración que acababa de pronunciarse. Las tribus aguardaban fuera de la tienda y Gengis pediría un juramento similar de ellos en cuanto estuviera preparado. Ofrecerlo en privado era una demostración de apoyo que Gengis no tomaba a la ligera.

—Te pido una cosa más, Barchuk, antes de que salgas a hablar con ellos —le dijo. Barchuk, que ya se estaba levantando, se quedó parado, expectante, al darse cuenta de que la conversación no había terminado—. Mi hermano menor ha expresado interés en aprender —continuó Gengis—. Ponte en pie, Temuge, para que pueda verte. —Barchuk se giró para mirar al esbelto joven que se levantaba ante él y le saludaba con una inclinación de cabeza. El khan respondió a su vez con una brusca inclinación y se volvió hacia Gengis.

—Mi chamán, Kokchu, será su guía en el aprendizaje cuando llegue el momento, pero me gustaría que leyeran y aprendieran todo lo que consideren que merece la pena, incluyendo los pergaminos que posees, así como los que puedas conseguir de nuestros enemigos.

—Los uighurs están a tu disposición, señor —contestó Barchuk. No era pedir demasiado y no comprendía por qué Gengis parecía sentirse tan incómodo al sacar el tema. A sus espaldas, Temuge sonrió encantado y Kokchu inclinó la cabeza como si hubiera sido objeto de un gran honor.

—Entonces está decidido —sentenció Gengis. Sus ojos estaban en sombra y titilaban con las lámparas que se habían encendido para evitar la oscuridad de la noche—. Si los Xi Xia son tan ricos como dices, serán los primeros en enterarse de

que nos ponemos en marcha. ¿Los apoyarán los Chin?

Barchuk se encogió de hombros.

—No puedo decirlo con certeza. Sus tierras son limítrofes, pero los Xi Xia siempre han estado separados en su reino. Los Chin pueden reunir un ejército contra ti para eliminar una posible amenaza posterior. O puede que dejen morir hasta el último hombre sin levantar un dedo. Nadie puede adivinar cómo funcionan sus mentes.

También Gengis se encogió de hombros.

—Si me hubieras dicho hace diez años que los keraítas se estaban enfrentando a un gran ejército, me habría reído y me habría alegrado por no estar implicado en la batalla. Ahora los llamo hermanos. No importa si los Chin se lanzan contra nosotros. Si lo hacen, los destruiré más rápido todavía. A decir verdad, preferiría luchar contra ellos en una llanura que tener que escalar los elevados muros de sus ciudades.

—Incluso las ciudades pueden caer señor —aseguró Barchuk con suavidad, sintiendo cómo se encendía su propio entusiasmo.

—Y caerán —contestó Gengis—. Cuando llegue el momento, caerán. Me has mostrado el punto vulnerable de los Chin en estos Xi Xia. Por allí les sacaré las tripas y luego les arrancaré el corazón.

—Me siento honrado de servirte, señor —dijo Barchuk. Se puso en pie e hizo una profunda reverencia, manteniendo la postura hasta que Gengis hizo un gesto para que se levantara.

—Las tribus están reunidas —continuó Gengis, alzándose y estirando la espalda—. Si queremos cruzar el desierto, tendremos que hacer acopio de agua y alimentar a los caballos. Una vez los hombres hayan prestado juramento, nada más nos retendrá en este lugar. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: Llegamos aquí como tribus, Barchuk. Nos marchamos convertidos en una nación. Si estás registrando los hechos importantes en esos pergaminos tal y como describes, asegúrate de escribir eso.

Los ojos de Barchuk brillaron, reflejando la fascinación que sentía por el hombre que comandaría el inmenso ejército.

—Se hará como dices, señor. Le enseñaré a tu chamán y a tu hermano el alfabeto para que puedan leértelos.

Gengis parpadeó sorprendido, intrigado por la idea de ver a su hermano repitiendo palabras atrapadas en una tesa piel de becerro.

—Sería interesante ver algo así —afirmó. Tomó a Barchuk por el hombro, otorgándole el honor de abandonar la ger en su compañía. Los generales los siguieron. En el exterior, se oía el respetuoso murmullo de las tribus que estaban allí reunidas aguardando a su líder.

A pesar de que la noche estival ya había caído, el campamento relucía amarillo bajo las estrellas, iluminado por diez mil llamas ondeantes. En el centro se había

despejado un amplio anillo alrededor de la ger de Gengis, y los guerreros de cien facciones habían dejado atrás a sus familias para reunirse bajo esa luz parpadeante. De un hombre a otro, la armadura podía pasar de ser una simple pieza de cuero rígido a exhibir las perfectas formas de las escamas de hierro y los cascos copiados de los Chin. Algunas llevaban el sello de su tribu, aunque la mayoría estaban sin marcar lo que demostraba que eran nuevas y que sólo había una tribu bajo el cielo. Muchos de ellos llevaban espadas recién salidas de las forjas, que habían estado trabajando noche y día desde la llegada a la llanura. Bajo el sol, hombres sudorosos habían excavado enormes agujeros y transportado el mineral hasta las llamas, donde, bajo su fascinada mirada, los espaderos fabricaban armas que podían empuñar. Más de un hombre se había quemado los dedos agarrándolas antes de que se hubieran enfriado por completo, pero nunca habían soñado poseer una hoja larga como aquélla y no les importaba.

El viento soplaba siempre en las estepas, pero esa noche, mientras esperaban a Gengis, la brisa era dulce y suave.

Cuando salió el gran khan, Barchuk de los uighurs fue guiado desde el carromato hasta la primera fila formada en torno a las ruedas de hierro y madera. Gengis se detuvo un momento, oteó por encima de las cabezas de la multitud congregada ante él y se maravilló de sus dimensiones. Sus hermanos, Arslan y Jelme y, por último, el chamán, Kokchu, descendieron y todos ellos hicieron una pausa para admirar las innumerables filas que se extendían bajo diversos focos de luz.

Entonces se quedó solo, y cerró los ojos un instante. Dio las gracias al padre cielo por traerle a aquel lugar donde aguardaban esas inmensas huestes para seguirle. Pronunció unas cuantas palabras al espíritu de su padre por si podía verle. Sabía que Yesugei estaría orgulloso de su hijo. Había abierto nuevos caminos para su pueblo y sólo los espíritus podían decir dónde les llevarían. Cuando abrió los ojos, descubrió que Borte había traído a sus cuatro hijos, tres de los cuales eran todavía demasiado pequeños para quedarse solos, y los había colocado en la primera fila. Gengis los saludó con una rápida inclinación de cabeza y su mirada se detuvo en el mayor, Jochi, y en Chagatai, a quien había bautizado con el nombre del chamán de los Lobos. Con casi nueve años, Jochi sentía un respeto reverencial por su padre y bajó los ojos, mientras que Chagatai simplemente se le quedó mirando sin pestañear, evidentemente nervioso.

—Los hombres que nos hemos congregado aquí venimos de cientos de tribus distintas —bramó Gengis. Quería que su voz se proyectara para que todos la oyeran, pero ni siquiera una garganta entrenada en el campo de batalla era capaz de llegar tan lejos. Los que no pudieran oírle tendrían que seguir el discurso por los que sí podían —. He traído a los Lobos a esta llanura, a los olkhun'ut y a los keraítas. He traído conmigo a los merkitas y a los jajirat, a los uiratos y a los naimanos. Están aquí los woyela, los tuvan, los uighurs y los uriankhai. —Según iba nombrando cada grupo, se percibía un pequeño revuelo en la zona que ocupaban.

Se percató de que los hombres de cada tribu habían permanecido juntos incluso esa noche. La asimilación de los que pusieran el honor tribal por encima de todo no sería fácil. Se dijo que no importaba. Conseguiría inculcarles miras más altas. Impecable, su memoria recorrió los nombres de cada tribu que había cabalgado hasta la llanura para unirse a él a la sombra de la montaña negra. No olvidó a ninguna, sabiendo que la omisión sería notada y recordada.

—Además, he convocado a aquéllos que ya no tenían tribu —continuó—, pero sí honor y han respondido a la llamada de la sangre. Se nos han unido, depositando su confianza en nosotros. Y os digo a todos que ya no hay tribus bajo el padre cielo. Hay una sola nación mongol que nace esta noche, en este lugar.

Algunos de los reunidos empezaron a vitorear, mientras que otros se mantuvieron imperturbables. El propio Gengis había adoptado la expresión impertérrita del guerrero. Necesitaba que comprendieran que acceder a lo que les pedía no implicaba perder el honor.

—Somos hermanos de sangre que fuimos separados hace demasiado tiempo para que ninguno de los presentes pueda saberlo. Reivindico la existencia de una familia más amplia de tribus, un vínculo de sangre entre todos vosotros. Os llamo como hermanos a uniros bajo mi estandarte y a cabalgar juntos como una sola familia, como una sola nación. —Hizo una pausa y valoró la reacción de los guerreros.

Ya habían oído antes esa idea, que había ido pasando entre susurros de tribu en tribu desde que se reunieron y, sin embargo, oírla de sus labios los impresionó. No hubo vítores entre la mayor parte de los hombres y Gengis tuvo que tragarse un súbito brote de irritación. Los espíritus sabían que los amaba, pero a veces su propio pueblo era exasperante.

—Obtendremos suficiente botín como para igualar la montaña que tenéis a vuestra espalda. Tendréis ponis y mujeres y oro, aceites y dulces manjares. Conquistaréis tierras que haréis vuestras y seréis temidos allá donde se oiga vuestro nombre. Todos los hombres presentes serán khanes para aquellos que se inclinen ante ellos.

Por fin esas palabras despertaron una ovación entre las filas de guerreros y Gengis se arriesgó a esbozar una pequeña sonrisa, complacido de haber dado con el tono adecuado. Que los khanes menores se preocuparan por la ambición de los que los rodeaban. Creía en cada palabra que pronunciaba.

—Al sur se extiende el gran desierto —exclamó. Al instante se hizo el silencio y sintió la atención como una fuerza—. Lo cruzaremos a una velocidad que los reinos de los Chin no pueden ni imaginar. Caeremos sobre el primero de ellos como lobos sobre corderos y se dispersarán ante nuestras espadas y arcos. Os entregaré sus riquezas y sus mujeres. Allí es donde plantaré mi estandarte y la tierra temblará a mi paso. La tierra madre sabrá que sus hijos y hermanos han hallado su legado y se regocijará al oír el trueno en las planicies.

De nuevo se escucharon vítores y Gengis levantó los brazos para pedir silencio,

aunque su entusiasmo le complacía.

—Nos adentraremos en el país seco, llevando con nosotros toda el agua que necesitemos para lanzar un ataque repentino. Después de eso, no nos detendremos hasta que el mar nos rodee en todas direcciones. El que os dice esto es Gengis y nunca faltó a mi palabra.

Los guerreros soltaron un rugido apreciativo y Gengis chasqueó los dedos para llamar a Khasar, que aguardaba abajo, delante del carro. Khasar le pasó una pesada vara de abedul plateado a la que habían atado ocho crines. La multitud empezó a murmurar cuando la vieron. Algunos reconocieron el color negro de los merkitas o la cola roja de los naimanos atadas junto a las demás. Todos ellos habían sido el estandarte del khan de alguna de las grandes tribus y Gengis los había congregado a todos sobre aquella llanura. Cuando tomó la vara en sus manos, Khasar le entregó una cola de caballo teñida del azul de los uighurs.

Barchuk entornó los ojos ante el símbolo más potente de todos, pero con las huestes a su espalda, seguía sintiéndose lleno de emoción y de visión de futuro. Cuando notó que los ojos de Gengis se detenían sobre él, inclinó la cabeza.

Con dedos ágiles, Gengis ató el extremo de la última crin junto a las demás y clavó la vara entre la madera que tenía a sus pies. La brisa agitó el estandarte multicolor haciendo que las colas restallaran y se retorcieran como si estuvieran vivas.

—He atado una serie de colores —exclamó—. Cuando se vuelvan blancos, no habrá diferencias entre ellos. Será el estandarte de una nación.

A sus pies, sus oficiales levantaron las espadas y las huestes respondieron, enardecidas por la emoción del momento. Miles de armas agujerearon el cielo y Gengis inclinó la cabeza, conmovido. El ruido prosiguió durante largo tiempo a pesar de que él levantó su mano libre y la agitó en el aire para pedir calma.

—El juramento que habéis prestado es vinculante, hermanos míos. Y, sin embargo, no es más fuerte que la sangre que ya nos une a todos. Arrodillaos ante mí.

Las primeras filas se postraron de inmediato y el resto las imitaron en olas que se iban extendiendo a medida que notaban qué estaba sucediendo. Gengis observó con atención si se producía algún tipo de vacilación, pero no la hubo. Todos estaban con él.

Kokchu regresó al carro subiendo los escalones con una expresión cuidadosamente impasible. Nunca en sus momentos de máxima ambición había llegado a soñar con un momento así. Temuge había hablado en su favor y Kokchu se alegró de haber llevado al muchacho a realizar esa sugerencia.

Cuando las tribus se arrodillaron, Kokchu se deleitó en su estatus. Se preguntó si Gengis se había parado a pensar que él sería el único que no había prestado juramento. Khasar, Kachiun y Temuge se arrodillaron en la hierba junto a todos los demás, independientemente de que fueran khanes o guerreros.

—¡Bajo el mando de un solo khan, somos una nación! —gritó Kokchu por

encima de sus cabezas con el corazón exultante de emoción. Las palabras volvieron a él en un eco, llenando el valle en oleadas cuando los que estaban situados en las últimas filas las repitieron—. Ofrezco gers, sal y sangre, con todo mi honor.

Kokchu se aferró a la barandillas del carromato mientras repetían con él. Después de esa noche, todos sabrían quién era el chamán del gran khan. Miró hacia arriba mientras las palabras llegaban desde las filas de más y más atrás. Bajo esos claros cielos, los espíritus estarían retorciéndose de pura y salvaje alegría, invisibles e ignorados por todos excepto por los más poderosos entre los de su vocación. En el canto de miles, Kokchu los sintió girar en el aire y se regocijó. Por fin, las tribus quedaron en silencio y dejó escapar un largo suspiro.

—Ahora tú, chamán —murmuró Gengis a su espalda. Kokchu dio un respingo, sorprendido, antes de postrarse de rodillas y repetir el mismo juramento que los demás.

Cuando Kokchu retornó al grupo que rodeaba el carro, Gengis desenfundó la espada de su padre. Los que estaban suficientemente cerca pudieron ver el brillo satisfecho de sus ojos.

—Está hecho. Somos una nación y partiremos juntos a la guerra. Esta noche que ningún hombre piense en su tribu con añoranza. Ahora somos una familia más grande y podemos salir a conquistar todas las tierras.

Dejó caer el brazo mientras los hombres bramaban, esta vez como uno solo. El olor a asado de cordero flotaba en la brisa y Gengis avanzó con paso ligero mientras los guerreros hacían los preparativos para una noche de alcohol y comida suficientes para hincharse la barriga. Antes del amanecer habría mil semillas de niños sembradas por los guerreros borrachos. Gengis pensó regresar a los brazos de Borte en su tienda y disimuló el descontento que le invadió al pensar en su mirada acusadora. Había cumplido con su deber como mujer, nadie podía negarlo, pero la paternidad de Jochi seguía en duda, como una espina clavada en su curtida piel.

Sacudió la cabeza para alejar de ella esos pensamientos inútiles y aceptó el odre de airag negro que le tendía Kachiun. Esa noche bebería hasta quedar inconsciente, como khan de todas las tribus. Por la mañana se prepararía para cruzar las secas tierras del desierto de Gobi y recorrer el camino que había elegido para ellos.

IV

El viento ululaba en torno a los carros, transportando una fina niebla de arena que obligaba a hombres y mujeres a escupir constantemente y dibujaba muecas en sus rostros cada vez que aparecía arenilla en la comida. Las moscas los atormentaban a todos, acercándose a saborear la sal de su sudor y dejando marcas rojas allí donde los mordían. Durante el día, los uighurs les habían enseñado cómo protegerse el rostro con un paño, dejando sólo los ojos al aire para escudriñar el desolado paisaje que resplandecía bajo el calor. Aquellos que llevaban armadura apenas podían rozar sus cascos y piezas de cuello de lo calientes que estaban, pero no se quejaban.

Al cabo de una semana, el ejército de Gengis empezó a escalar una cadena de colinas de color marrón rojizo para adentrarse en una vasta llanura de dunas onduladas. Aunque habían cazado en la falda de la montaña, los animales comenzaron a escasear a medida que el calor se fue incrementando. Sobre la abrasadora arena, el único signo de vida eran los diminutos escorpiones negros que se escabullían velocísimos huyendo de sus ponis y desaparecían en sus madrigueras. Una y otra vez los carros se quedaban atascados y tenían que ser liberados de su trampa de arena en el momento más caluroso del día. Era una labor agotadora, pero cada hora perdida los acercaba más a la posibilidad de quedarse sin agua.

Habían llenado a reventar miles de odres de piel de cabra, que habían sido cerrados con tendones y ahora se achicharraban al sol. Al no disponer de otra fuente de agua, las reservas iban mermando a ojos vistas y, en el terrible calor, descubrieron que muchos de los odres habían estallado bajo el peso del resto. Habían almacenado agua suficiente para sólo veinte días y ya habían transcurrido doce. Cada dos días, los guerreros bebían la sangre de sus monturas, así como unas cuantas tazas de agua tibia y salobre, pero estaban al límite de su resistencia, empezaron a sentirse aturridos y apáticos, y tenían los labios tan agrietados por la sequedad que sangraban.

Gengis cabalgaba con sus hermanos a la cabeza del ejército, guiñando los ojos en la deslumbrante luz para divisar algún indicio de las montañas que le habían dicho que se encontrarían. Los uighurs se habían adentrado mucho en el desierto para comerciar y dependía de Barchuk para guiarlos. Frunció el ceño mientras consideraba la interminable cuenca llana, cuyas ondulaciones negras y amarillas se extendían hasta el horizonte. El calor del día en el desierto era el peor que había soportado nunca, pero su piel se había tostado y nuevas líneas de tierra y arena surcaban su cara. Casi se había alegrado del frío de la primera noche hasta que pasó a ser tan cortante que la protección que brindaban las pieles de las gers resultaba insuficiente. Los uighurs habían enseñado a las demás tribus cómo calentar piedras al fuego y, a continuación, a acostarse sobre una capa de ellas mientras se enfriaban. Más de un guerrero tenía manchas marrones en las espaldas de sus deels donde las rocas habían quemado la tela, pero habían vencido al frío y, si sobrevivían a la sed constante, no

habría nada en el desierto que pudiera impedir su avance. Gengis se enjugaba el sudor de la frente a intervalos y movía un guijarro en la boca para mantener el flujo de saliva.

Echó una ojeada a sus espaldas y vio a Barchuk acercándose a él por un costado. Los uighurs le habían cubierto los ojos a sus caballos con una tira de tela y los animales cabalgaban a ciegas. Gengis había intentado hacer lo mismo con sus propias monturas, pero las bestias que no lo habían experimentado antes corcoveaban y resoplaban hasta que les quitaban la tela, para luego sufrir durante los calurosos días: a muchos de los animales se les había formado una costra de mugre entre amarillenta y blancuzca sobre los párpados y, si algún día conseguían salir del desierto, iban a necesitar que les pusieran ungüentos curativos. Por muy fuertes que fueran, había que darles su cuota del precioso líquido. A pie, la nueva nación moriría en el desierto.

Barchuk señaló hacia el suelo, agitando la mano y elevando la voz para hacerse oír por encima del infatigable viento.

—¿Ves las motas azules en la arena, señor?

Gengis asintió y formó un poco de saliva en su reseca boca para poder contestar.

—Marcan el comienzo del último tramo que hay antes de llegar a las montañas Yinshan. Aquí hay cobre. Hemos comerciado con cobre con los Xi Xia.

—¿Cuánto más tenemos que avanzar entonces hasta ver esas montañas? —inquirió Gengis con voz ronca, negándose a alimentar en exceso sus esperanzas.

Barchuk se encogió de hombros con la imperturbabilidad de los mongoles.

—No lo sabemos con certeza, pero los mercaderes de los Xi Xia siguen estando frescos cuando se topan con nuestras rutas en este lugar y sus caballos apenas llevan la marca del polvo. Ya no podemos estar muy lejos.

Gengis se volvió a mirar por encima del hombro a la silenciosa masa de jinetes y carromatos. Había traído al desierto a sesenta mil guerreros así como a sus esposas e hijos. No alcanzaba a ver el final de la hilera que se prolongaba por kilómetros y kilómetros y las formas se confundían unas con otras hasta que no eran más que una mancha oscura que temblaba en el calor. Apenas les quedaba agua y pronto se verían obligados a sacrificar a los rebaños, coger sólo la carne que pudieran transportar y dejar el resto sobre las dunas. Barchuk siguió su mirada y se rió entre dientes.

—Han sufrido mucho, señor, pero ya falta poco para que estemos llamando a las puertas del reino Xi Xia.

Cansado, Gengis bufó para sí. El conocimiento del khan de los inghurs los había llevado hasta ese inhóspito lugar, pero hasta el momento no tenían más que su palabra de que el reino era tan rico y fértil como había afirmado. A ningún guerrero de los uighurs se le había permitido viajar más allá de las montañas que bordeaban el desierto por el sur y Gengis no tenía forma de planificar su ataque. Reflexionó sobre ello con irritación mientras su caballo hacía salir corriendo por la arena a otro escorpión. Se lo había jugado todo a la posibilidad de encontrar un punto débil en las defensas de los Chin, pero seguía preguntándose qué impresión le produciría ver una

inmensa ciudad de piedra, tan alta como una montaña. Puede que ante algo así sus jinetes sólo pudieran quedarse mirando llenos de frustración.

La arena bajo los cascos de su poni se tornó verde y azul mientras cabalgaban y vieron amplias franjas de aquellos extraños colores extendiéndose en todas direcciones. Cuando hicieron un alto para comer, los niños se divirtieron arrojando la arena hacia el rielo y haciendo dibujos en ella con un palo. Gengis no podía compartir su deleite: las reservas de agua cada vez eran más escasas y su pueblo tiritaba por las noches a pesar de las rocas calientes.

La jornada ofrecía pocas diversiones para los soldados de su ejército, que caían en un sueño pesado al acabar el día. Dos veces en esos doce días, Gengis había sido llamado para resolver alguna disputa entre las tribus. El calor y la sed enardecían los ánimos. En ambas ocasiones había mandado ejecutar a los hombres implicados y había dejado claro que no permitiría que nada pusiera en peligro la paz del campamento. Consideraba que habían penetrado en territorio enemigo y, si los oficiales no conseguían hacer frente a un alboroto, su intervención tenía como consecuencia un desenlace de implacable firmeza. Esa amenaza bastaba para disuadir a la mayoría de los exaltados guerreros de desobedecer abiertamente, pero su pueblo nunca había sido fácil de gobernar y demasiadas horas en silencio los volvía irritables y difíciles.

Cuando el amanecer decimocuarto volvió a traer ese abrasador calor, Gengis no pudo por menos que hacer una mueca al quitarse las mantas de un tirón y desperdigar las piedras que tenía debajo y que sus sirvientes recogerían para calentarle durante la próxima noche. Se sentía agarrotado y cansado y una película de arenilla recubría su piel produciéndole un incómodo picor. Cuando el pequeño Jochi chocó contra él por culpa de algún tipo de juego con sus hermanos, Gengis le dio un fuerte coscorrón y el muchacho corrió llorando hacia su madre para que lo consolara. Bajo el calor del desierto, todos estaban irascibles y sólo las promesas de Barchuk de que al final les aguardaban una verde pradera y un río hacía que mantuvieran la vista clavada en el horizonte, hacia el que su imaginación alargaba la mano.

El día decimosexto, aparecieron ante su vista las bajas estribaciones de unas negras colinas. Los guerreros uighurs que habían salido a explorar regresaron a medio galope. Sus monturas creaban nubes de arena a su paso y avanzaban con esfuerzo. A su alrededor, la tierra estaba casi totalmente verde y sobresalían afloramientos de cobre y roca negra como hojas afiladas. Una vez más, las familias podían ver el liquen y los arbustos aferrándose a la vida en la sombra de las rocas y, al alba, los cazadores regresaron con liebres y ratones de campo capturados en sus trampas nocturnas. El ánimo de las familias mejoró sutilmente, pero todos estaban muertos de sed y tenían los ojos irritados, por lo que el mal humor del campamento no desapareció. A pesar de la fatiga generalizada, Gengis incrementó las patrullas en torno al ejército principal y ordenó a los hombres que entrenaran y practicaran con los arcos y las espadas. Los guerreros estaban flacos y tostados por el sol del desierto,

pero acometieron el entrenamiento con firme entereza, resueltos a no desfallecer ante la mirada atenta del gran khan. De forma lenta e imperceptible, el paso fue acelerándose de nuevo, mientras que los carros más pesados se iban quedando a la cola de la procesión.

A medida que se aproximaban a las colinas, Gengis vio que eran mucho más altas de lo que en un primer momento le habían parecido. Estaban compuestas de la misma roca negra que brotaba de la arena que lo rodeaba, afiladas y abruptas. Era imposible escalarlas y se dio cuenta de que a menos que hubiera un paso a través de los picos, se verían forzados a recorrer todo su perímetro. Con la poca agua que restaba, los carros eran más ligeros, pero sabía que tenían que encontrar el valle de Barchuk enseguida o empezarían a morir. Las tribus le habían aceptado como khan, pero si los había llevado a un lugar de insolación y muerte, si iban a morir, se vengarían de él mientras todavía tuvieran fuerzas. Gengis cabalgaba con la espalda muy erguida sobre la silla, sintiendo el escozor de las llagas de su boca. A sus espaldas, las tribus intercambiaban hoscas murmullos.

Kachiun y Khasar entornaron los ojos en la calima al pie de los escarpados muros rocosos. Junto a dos de los exploradores, se habían adelantado al ejército principal para buscar un paso. Los exploradores eran hombres experimentados y los agudos ojos de uno de ellos habían identificado un prometedor corte entre dos picos. Su primer tramo era bastante bueno ya que las empinadas pendientes daban paso a un estrecho cañón que hizo resonar el ruido de los cascos de los cuatro jinetes. A ambos lados, las rocas se elevaban hacia el cielo, demasiado altas sólo para que un hombre pudiera escalarlas, y no digamos si llevaba consigo carros y caballos. No hacía falta ser especialmente diestro rastreando para ver que el paso había sido ensanchado por el uso y el pequeño grupo espoleó a sus monturas hasta el medio galope, con la esperanza de poder informar de que habían hallado un camino hacia el reino Xi Xia a través de las colinas.

Al acabar una curva del sendero, los exploradores tiraron de las riendas estupefactos, demasiado impresionados para hablar. La salida del cañón estaba bloqueada por un enorme muro de la misma piedra negra que conformaba las montañas. Cada bloque por sí solo parecía ser demasiado pesado para que las tribus pudieran moverlo y el muro tenía un aspecto extraño, había algo en él que no cuadraba. No contaban en sus filas con artesanos que trabajaran la piedra. Con esas claras líneas y suaves superficies era obvio que se trataba de una obra del hombre, pero sus gigantescas dimensiones y escala era algo que sólo habían visto en rocas y valles. En la base descubrieron la prueba definitiva de que no se trataba de algo fruto de la naturaleza. Habían colocado una antigua y resistente puerta de hierro negro y madera en la base del muro.

—¡Mirad qué tamaño tiene! —observó Kachiun, meneando la cabeza—. ¿Cómo

vamos a atravesarla?

Los exploradores simplemente se encogieron de hombros y Khasar silbó suavemente para sí.

—Sería fácil atraparnos en este lugar sin vida. Debemos decírselo a Gengis de inmediato, antes de que entre siguiéndonos.

—Querrá saber si hay guerreros apostados allí arriba, hermano. Ya lo sabes.

Khasar miró las escarpadas laderas que se alzaban a ambos lados y lo invadió una súbita sensación de vulnerabilidad. Era sencillo imaginarse a hombres lanzando piedras desde lo alto y no habría ningún modo de esquivarlas. Se quedó mirando pensativo al par de exploradores que los habían acompañado al desfiladero. Habían sido guerreros de los keraítas antes de que Gengis los reivindicara para su ejército. Ahora, aguardaban órdenes sin inmutarse, ocultando su sobrecogimiento ante el tamaño del muro que tenían delante.

—Quizá lo construyeron sólo para bloquear la entrada de un ejército desde el desierto —le dijo Khasar a su hermano—. Puede que no haya hombres destacados aquí.

Mientras hablaba, uno de los exploradores señaló hacia arriba, dirigiendo su mirada hacia una diminuta figura que se movía sobre el muro. No podía ser más que un soldado y Khasar sintió que se le caía el alma a los pies. Si existía otro paso, Barchuk no lo conocía y si trataban de encontrar un camino para atravesar las montañas, las tropas de Gengis empezarían a mermar. Khasar tomó una decisión, consciente de que podría significar la muerte de los dos exploradores.

—Cabalgad hasta el pie de la montaña y luego volved aquí —les ordenó. Ambos hombres inclinaron las cabezas en señal de asentimiento e intercambiaron una mirada con rostro imperturbable. Como uno solo, clavaron los talones en sus monturas y exclamaron «arre» para hacer correr a los caballos. La arena saltó por los aires cuando se lanzaron al galope hacia el pie de la muralla negra, y Khasar y Kachiun los siguieron con la vista, entrecerrando los ojos para evitar deslumbrarse.

—¿Crees que la alcanzarán? —preguntó Kachiun. Khasar se encogió de hombros sin hablar, demasiado atento a lo que estaba sucediendo en el muro.

Kachiun creyó ver un gesto brusco en aquel distante guardia. Los exploradores tuvieron la sensatez de no cabalgar juntos y, a galope tendido, tomaron caminos separados, zigzagueando para dificultarle el tiro a los posibles arqueros. Durante mucho tiempo, el único sonido que se oyó fue el eco de sus cascos. Los hermanos observaban conteniendo el aliento.

Kachiun soltó una maldición al ver aparecer una línea de arqueros sobre el muro.

—Vamos —los animó entre dientes. Unas manchas negras descendieron como un relámpago sobre los dos exploradores, que galopaban como locos, y Kachiun vio que uno de ellos viraba de forma temeraria al llegar a la enorme puerta. Le vieron golpear la madera con el puño mientras hacía que su montura diera media vuelta, pero los arqueros estaban lanzando tanda tras tanda de flechas y, un instante después, él y su

caballo quedaron atravesados por una docena de proyectiles. El moribundo lanzó un alarido mientras su montura iniciaba el retorno, pero perdió pie y tropezó. Las flechas siguieron clavándose una tras otra en él hasta que por fin ambos cayeron prácticamente a la vez y se quedaron inmóviles sobre la arena.

El segundo explorador tuvo más suerte, aunque no llegó a tocar el muro. Durante un tiempo, pareció que podría escapar de las saetas y Khasar y Kachiun le jalearon. Entonces se levantó bruscamente en su asiento y su caballo se encabritó. Ambos cayeron y el animal, coceando, se dio la vuelta en el suelo aplastando al jinete con su cuerpo.

El caballo se puso en pie y regresó cojeando hacia los hermanos, dejando atrás el cadáver destrozado del explorador.

Khasar desmontó y cogió las bamboleantes riendas. La pierna estaba rota y nadie podría ya montar ese poni. En silencio, Khasar ató las riendas a su silla. No pensaba dejar allí al animal con tantas bocas por alimentar en el campamento.

—Ya tenemos la respuesta, hermano —murmuró Khasar—, aunque no es la que deseaba recibir. ¿Cómo vamos a llegar hasta ellos?

Kachiun meneó la cabeza.

—Encontraremos el modo —contestó, volviéndose hacia la oscura línea de arqueros que los observaba. Algunos de ellos alzaron los brazos, aunque no supo distinguir si se burlaban o los saludaban con respeto—. Aunque tengamos que tirar la muralla abajo, piedra a piedra.

Tan pronto como avistaron a Khasar y a Kachiun cabalgando solos, las fuerzas de Gengis pararon en seco. Antes de alcanzar las líneas exteriores de guerreros montados, los hermanos pasaron junto a varios grupos de escaramuza que se quedaron vigilando las montañas que ellos dejaban atrás. Gengis y sus oficiales habían aprendido lecciones muy duras en los años en los que fueron reuniendo las tribus en un solo ejército y unos chicos salieron corriendo a avisarlo de que sus hermanos se estaban aproximando.

Ninguno de los dos respondió a los que los llamaron. Adustos y en silencio, se dirigieron a la ger de su hermano, que parecía una lapa blanca pegada a su carro. Cuando llegaron, Khasar desmontó de un salto y echó una mirada al muchacho que se adelantó para coger las riendas.

—Tsubodai —lo saludó, esforzándose por sonreír. El joven guerrero parecía nervioso y Khasar se acordó de que le había prometido una armadura y un buen caballo. Hizo una mueca: no había momento peor—. Tenemos que hablar de muchas cosas con el khan. Ven en otro momento a buscar tu caballo. —El rostro de Tsubodai reflejó su decepción, y Khasar resopló y tomó al chico del hombro cuando se daba la vuelta para alejarse. Recordó el valor del muchacho al lanzarse de un salto sobre los hijos del khan woyela. Era un favor que podía devolver—. Puede que tenga un

momento cuando acabemos. Así que ven conmigo si sabes guardar silencio. — Tsubodai recuperó su sonrisa al instante, sintiendo las cosquillas del nerviosismo invadirle al pensar que iba a conocer al gran khan en persona. Con la boca seca, subió los escalones del carro y siguió a los hermanos al oscuro interior.

Gengis ya estaba esperándolos, con su joven mensajero todavía jadeando a su lado.

—¿Dónde están los exploradores? —preguntó, notando sus expresiones serias.

—Han muerto, hermano. Y el paso está cerrado con un muro de roca negra con una altura de cien gers, puede que más.

—Vimos unos cincuenta arqueros apostados —añadió Kachiun—. No eran demasiado hábiles, para nuestros estándares, pero no podían fallar. El muro está al final de un estrecho paso, un desfiladero entre empinadas laderas de piedra. No vi ningún modo de flanquearlas.

Gengis se levantó de su asiento con el ceño fruncido. Hizo un chasquido con la garganta mientras salía de la tienda y se sumergía en la brillante luz del sol. Khasar y Kachiun lo siguieron, sin darse cuenta de que tras ellos venía el ingenuo Tsubodai.

Cuando Gengis descendió a la arena verdiazul, se detuvo y miró hacia ellos, que aún no habían bajado del carro. Tomó un palo e hizo un gesto con él, trazando una línea en el suelo.

—Mostrádmelo —les ordenó. Fue Kachiun el que cogió el palo e hizo un dibujo con trazos seguros y claros. Khasar observó fascinado cómo su hermano recreaba el cañón que había visto unas pocas horas antes. A un lado, Kachiun dibujó una copia de la puerta en forma de arco y Gengis se frotó la barbilla irritado.

—Podríamos destripar los carromatos y fabricar escudos de madera con ellos para que los hombres se puedan acercar —dijo sin convicción.

Kachiun negó con la cabeza.

—Eso nos protegería de sus flechas hasta llegar a la puerta, pero una vez estuviéramos allí podrían arrojarnos piedras. Desde esa altura, unas pocas tablas acabarían destrozadas.

Gengis levantó la cabeza y miró por encima de las filas de las familias hacia la desarbolada extensión del desierto inspeccionándola en todas direcciones. No había nada con lo que pudieran construir.

—Entonces tendremos que obligarlos a que salgan de allí —replicó—. Una retirada fingida en la que dejaremos atrás objetos de valor. Enviaré a hombres protegidos con las mejores armaduras que sobrevivirán a las flechas, pero que retrocederán ante ellos presa del pánico, dando muchos alaridos. —La perspectiva lo hizo sonreír—. A lo mejor le enseñó a nuestros guerreros un poco de humildad.

Kachiun pasó la punta de la bota por el borde del dibujo.

—Podría funcionar si supiéramos cuándo abren la puerta, pero el cañón tiene una curva. En cuanto giremos y no veamos nada, será imposible saber en qué momento salen. Si pudiera llevar a un par de muchachos a los peñascos de los lados, podrían

hacernos una señal, pero es una escalada peligrosa y en esas rocas no hay salientes que te cubran: estarán a la vista.

—¿Puedo hablar señor? —intervino Tsubodai de repente.

Khasar dio un respingo, indignado.

—Te dije que te mantuvieras callado. ¿Es que no ves que esto es importante? — La mirada de los tres hombres se posó sobre el joven guerrero y su rostro se tiñó de rojo oscuro.

—Lo siento. Se me ha ocurrido un modo de saber cuándo salen.

—¿Quién eres tú? —preguntó Gengis.

Tsubodai habló con voz temblorosa mientras hacía una inclinación de cabeza.

—Tsubodai de los uriankhai, señor. De la nación, señor. Yo... —añadió avergonzado por haber metido la pata.

Gengis alzó una mano.

—Me acuerdo. Dime en qué estás pensando.

Con visible esfuerzo, Tsubodai se tragó su nerviosismo y se lo dijo. Le sorprendía que no lo hubieran pensado. En concreto, tenía la sensación de que la mirada de Gengis iba a atravesarle y acabó clavando la vista al frente.

Tsubodai sufría en silencio mientras los tres hermanos deliberaban. Un siglo más tarde, Gengis asintió.

—Podría funcionar —admitió, a regañadientes. Tsubodai sintió que crecía varios centímetros.

Khasar le dirigió una breve sonrisa, como si fuera responsable de su ingenio.

—Ocúpate de organizarlo, Kachiun —ordenó Gengis. El orgullo de Tsubodai lo hizo sonreír—. Luego cabalgaré hasta ese sitio que has descrito. —Su humor cambió al pensar en destruir algunos de los carromatos que habían transportado a las familias a través del desierto. Al tener tan poca madera, todos ellos habían sido reparados varias veces y habían ido pasando de generación en generación. Pero no había forma de evitarlo.

—Coge los primeros diez carros que veas y fabrica con los tablones una barricada que pueda levantarse y transportarse.

Notó que la mirada de Kachiun se posaba en la ger del khan a su espalda y bufó.

—Empieza con el siguiente carromato que veas, hermano. Ni se te ocurra coger el mío.

Kachiun se alejó deprisa para reunir los hombres y materiales que necesitaría. Gengis se quedó allí, delante del joven guerrero.

—Te he prometido un caballo y una armadura. ¿Qué más te gustaría que te diera?

Tsubodai se sintió confuso, y su rostro palideció. No había discurrido esa idea para agrandar la deuda del khan, sino únicamente para solucionar un problema que le había intrigado.

Nada, señor. Para mí es suficiente poder cabalgar junto a mi pueblo.

Gengis lo miró con fijeza y se rascó la mejilla.

—Tiene coraje e inteligencia, Khasar. Dale diez hombres para el ataque contra el muro. —Sus ojos amarillos se posaron de nuevo en Tsubodai, que se había quedado paralizado en el sitio, abrumado—. Me fijaré en cómo lideras a guerreros con más experiencia. —Hizo una pausa para que asimilara las noticias y añadió una aguda amenaza para moderar el creciente orgullo del joven—. Si les fallas, morirás ese mismo día antes de la puesta del sol.

Como respuesta, Tsubodai hizo una profunda reverencia. La advertencia apenas había hecho mella en su entusiasmo. Gengis gruñó para sí.

—Que traigan a mi caballo, Khasar. Iré a ver ese muro y a esos arqueros que creen que pueden interponerse en mi camino.

V

Los defensores Xi Xia no podían saber cuántos mongoles habían cruzado el desierto para enfrentarse a ellos. Aunque Gengis llegó hasta el límite del área de alcance de los arcos con una docena de oficiales, mantuvo la fuerza principal del ejército muy atrás, antes de la curva del cañón. Había decidido no enviar escaladores a lo alto de las empinadas paredes. El plan dependía de que los defensores creyeran que eran un grupo de ignorantes pastores. Si apostaban observadores en las cumbres revelarían que al menos contaban con cierto talento en la planificación y despertarían las sospechas de los soldados del fuerte. Gengis se mordió el labio mientras estudiaba el fuerte Xi Xia. Había muchos arqueros apiñados en lo alto del muro y, cada cierto tiempo, uno de ellos lanzaba una flecha para medir el alcance de sus arcos y prepararse así para cualquier posible ataque. Gengis vio la última de las saetas clavarse a una docena de pasos frente a él. Sus hombres podían llegar más lejos y escupió desdeñoso en dirección a los arqueros enemigos.

El aire estaba quieto y pesado en el cañón, donde no podía soplar ningún viento. El calor del desierto seguía siendo fuerte mientras el sol pasaba por encima de sus cabezas y reducía sus sombras a la mínima expresión. Tocó la espada de su padre para que le diera suerte y luego hizo girar a su montura y regresó a donde le esperaba una centena de guerreros.

Estaban en silencio, como les había ordenado, pero la excitación era visible en sus jóvenes rostros. Como a todos los mongoles, la idea de tender una trampa al enemigo los seducía aún más que vencerlos por pura fuerza.

—Ya tenemos el escudo fabricado con las maderas —dijo Khasar a su lado—. Es burdo, pero resistirá hasta el pie de la montaña. Les he dado martillos de forja para tratar de derribar la puerta. Quién sabe, tal vez consigan entrar.

—Por si lo logran, ten dispuesto otro centenar de hombres para mandar una carga de refuerzo —dispuso Gengis. Se volvió hacia Kachiun que estaba por allí cerca supervisando los últimos detalles—: Mantén a los demás alejados, Kachiun. Podría convertirse fácilmente en una fosa común para todos ellos si se apiñan allí cuando sólo unos pocos pueden pasar al otro lado de cada vez. No quiero que pierdan el control.

—Pondré a Arslan a la cabeza del segundo grupo —respondió Kachiun. Era una buena elección y Gengis hizo un gesto de asentimiento. El espadero era capaz de obedecer órdenes incluso bajo una lluvia de flechas.

A sus espaldas, el muro parecía pesar todavía sobre ellos, aunque ya no estaba a la vista. Gengis ignoraba qué les aguardaba detrás de esas oscuras rocas o cuántos hombres defendían el paso. Pero no importaba. En menos de dos días, los últimos odres de agua estarían vacíos. A partir de entonces su pueblo empezaría a morir; vencido por la sed y por las ambiciones de su khan. El fuerte tenía que caer.

Muchos de los hombres portaban diversos objetos valiosos, como hermosas

espadas y lanzas, con el fin de abandonarlas en la arena para llamar la atención de los defensores y hacerlos salir. Todos llevaban las mejores armaduras, copias del diseño Chin. Bajo el ardiente calor; las escamas de hierro quemaban la piel desnuda y sus túnicas de seda pronto estuvieron empapadas de sudor. Dieron un trago a los odres de la cada vez más escasa reserva de agua. Gengis no había racionado el agua a unos hombres que estaban a punto de arriesgar sus vidas.

—Hemos hecho todo cuanto está en nuestra mano, hermano —anunció Khasar, interrumpiendo sus pensamientos. Ambos hombres continuaban observando la escena cuando Kokchu apareció entre los guerreros, salpicándolos con el precioso líquido y entonando una salmodia. Muchos de los hombres agacharon la cabeza para recibir su bendición y Gengis frunció el ceño. Se imaginó a Temuge haciendo lo mismo en el futuro y no consiguió hallar ninguna gloria en esa labor.

—Debería formar parte del grupo de asalto —murmuró Gengis.

Kachiun lo oyó y negó con la cabeza.

—No deben verte salir huyendo de nada, hermano. Puede que el plan fracase y las tribus sufran una derrota aplastante. No puedes ser visto como un cobarde y ni la mitad del ejército conoce el plan, todavía no. Les basta ver que estás vigilando. He elegido a la mayoría por su templanza y su valor. Seguirán las órdenes.

—Es esencial que lo hagan —contestó Gengis.

Sus hermanos se retiraron a un lado para dejar libre el paso al grupo de atacantes y el gran escudo de madera. Los hombres lo sostenían por encima de sus cabezas con orgullo y la silenciosa tensión se acrecentó aún más.

—Ese muro será derribado —les dijo Gengis—. Si no es con espadas y martillos, entonces con astucia. Algunos de vosotros moriréis, pero el padre cielo ama el espíritu guerrero y os dará la bienvenida. Abriréis el paso para el dulce reino que se extiende más allá. Haced sonar los tambores y los cuernos. Que los oigan y se inquieten en su precioso fuerte. Haced que su redoble y su gemido lleguen hasta los corazones de los Xi Xia, e incluso hasta los Chin en sus ciudades.

Los guerreros respiraron hondo, preparándose para la carrera que se aproximaba. En la distancia, se oyó el agudo trino de un pájaro que ascendía suspendido en las corrientes de aire caliente que pasaban por encima de las colinas. Kokchu exclamó que era un buen presagio y la mayoría de los hombres alzaron la vista hacia la bóveda celeste que se extendía sobre sus cabezas. Una docena de tamborileros empezaron a aporrear las pieles con los ritmos de batalla y ese sonido familiar les dio aliento a todos ellos, acelerando su corazón. Gengis bajó el brazo con fuerza y el ejército rugió y los cuernos gimieron. El primer grupo avanzó al trote hasta el punto donde empezaba el cañón principal y entonces aceleraron, vociferando su estruendoso desafío. Como un eco, llegaron hasta ellos los gritos de alarma desde el fuerte.

—Ahora veremos —musitó Gengis, apretando y aflojando su mano sobre una espada invisible.

Las voces de los guerreros se estrellaban contra las laderas del paso mientras lo recorrían al galope. Sufrían bajo el peso de la barricada que sostenían sobre sus cabezas, prácticamente cegados por el sudor; pero, al poco tiempo, ésta demostró su utilidad cuando quedó atravesada por numerosas flechas negras, cuyas plumas coloreadas temblaron aún unos segundos sobre la madera. Gengis notó que los arqueros eran disciplinados y dejaban partir las flechas a la orden de uno de sus soldados. Uno o dos disparos dieron en el blanco y para cuando la barricada llegó al muro, tres figuras habían quedado inmóviles, tendidas boca abajo en la arena.

Un ruido sordo de golpes inundó el paso cuando los hombres atacaron la puerta con sus martillos. Un creciente enjambre de arqueros se movía en lo alto del muro, echándose hacia delante para lanzar las flechas lo más recto posible hacia abajo, en busca del más mínimo resquicio. Se oían gritos. Algunos hombres del borde exterior del escudo lanzaron un aullido y cayeron fuera de su protección, y de inmediato sus cuerpos se agitaron, sacudidos por un impacto tras otro.

Gengis maldijo entre dientes cuando vio que los soldados subían al parapeto unas enormes piedras. Había barajado esa posibilidad con sus generales, pero la tensión crispó su rostro mientras observaba a un oficial con un casco emplumado alzar el brazo y bramar una orden. La primera piedra pareció tardar un siglo en llegar abajo y Gengis oyó el crujido que produjo al chocar contra sus hombres que cayeron de rodillas. Cuando lograron levantarse de nuevo, los jinetes pertrechados con martillos aporrearon todavía con más fuerza y los golpes resonaron a un ritmo tan rápido como los tambores que habían quedado a sus espaldas.

Cayeron dos rocas más antes de que el escudo se partiera en dos. Los martillos se desplomaron en la arena y un potente rugido de pánico se elevó desde el suelo mientras los arqueros hacían nuevos blancos. Gengis apretó los puños mientras contemplaba cómo se dispersaban sus hombres. La puerta del muro había resistido y todo cuanto podían hacer era agitar con furia sus armas hacia el enemigo que se cernía sobre ellos en lo alto. Los guerreros seguían cayendo uno tras otro y, de pronto, sin previo aviso, iniciaron el regreso hacia la salida en desbandada, en una carrera desesperada hacia la salvación.

Mientras corrían, otros más fueron derribados por tandas de silbantes flechas. Apenas una docena de ellos lograron alcanzar la zona que estaba fuera del alcance de los proyectiles. Jadeantes, apoyaron las manos en las rodillas para recuperar el resuello. Detrás de ellos, el paso quedó cubierto de todos los objetos que habían dejado caer en su retirada. Entre ellos, quedaron los cadáveres, de los que sobresalían las flechas como púas.

Gengis se dirigió con paso lento al centro del camino y levantó la vista hacia los orgullosos defensores. Podía oír sus gritos de júbilo y le costó darles la espalda. Cuando lo hizo, los vítores se intensificaron y el gran khan se alejó muy erguido, sintiendo el esfuerzo de sus músculos agarrotados, hasta que estuvo fuera de su vista.

Desde el punto más alto del muro, Liu Ken lo observó alejarse, tan satisfecho que tuvo que esforzarse para no alterar la máscara de impasibilidad que había mostrado a los soldados que lo rodeaban. Ellos sonreían abiertamente y se palmeaban la espalda unos a otros, como si hubieran obtenido una gran victoria. Sintió que su estupidez le iba a hacer perder los estribos.

—Cambia el turno y sitúa cinco sui de arqueros que estén frescos aquí arriba —ordenó con brusquedad. Las sonrisas se desvanecieron—. Hemos perdido miles de flechas en el desfiladero, así que asegúrate de que se rellenen los carcajes. Dale agua a todos los hombres.

Liu apoyó las manos en la antigua piedra y escudriñó el paso. Sus arqueros habían eliminado a casi todos los guerreros que habían estado a tiro, le habían complacido. Se dijo que debía felicitar al oficial que estaba a cargo del muro. El ruido de los martillos le había preocupado, pero la puerta había aguantado. Liu Ken esbozó una pequeña sonrisa para sus adentros. Si no hubiera sido así, los mongoles habrían entrado directamente en un complejo amurallado con arqueros apostados en todos sus lados. El fuerte poseía un maravilloso diseño y se alegró de que su turno no hubiera terminado antes de haber tenido la ocasión de ver cómo la construcción pasaba esa prueba.

Frunció el ceño al contemplar los trozos de madera rota sobre la arena. Todo lo que había oído contar de las tribus sugería que, si algún día se aproximaban, atacarían como animales salvajes. Sin embargo, la barricada revelaba una astuta planificación y eso le molestaba. Se aseguraría de incluir ese detalle en su informe al gobernador de la provincia. Que él decidiera cuál era el mejor modo de responder. Liu observó los cadáveres desperdigados, cavilando. Era la primera vez que utilizaban las rocas. Tras pasar años listas junto al muro, la mayoría estaban cubiertas de musgo. También tendrían que reponerlas con piedras de los almacenes, aunque había empleados para ese tipo de actividades mundanas. Pensó que ya era hora de que hicieran algo más que repartir la comida y el agua entre los hombres.

Liu se giró al oír el repiqueteo de las sandalias y ocultó su consternación cuando vio al comandante del fuerte ascendiendo los escalones que llevaban al muro. Shen Ti era un administrador más que un soldado y Liu se preparó para responder a sus necias preguntas. Las largas escaleras habían dejado jadeando al gordo comandante, así que Liu tuvo que retirar la vista para no presenciar esa muestra de debilidad de su superior. Esperó en silencio a que Shen Ti se le uniera junto al muro y mirara hacia abajo con ojos brillantes, respirando aún con dificultad.

—Hemos hecho salir corriendo a esos perros —dijo Shen Ti, recobrándose.

Liu inclinó la cabeza, asintiendo. No había visto al comandante durante el ataque. Seguro que se había refugiado con sus concubinas en sus habitaciones privadas al otro lado del fuerte. Riéndose sardónicamente para sus adentros, Liu pensó en las palabras de Sun Tzu sobre la guerra defensiva. No había duda de que Shen Ti era un

experto a la hora de esconderse en «los recovecos de la Tierra», pero sólo porque Liu había estado allí para dispersar a los atacantes. Aun así, le debía respeto a su rango.

—Dejaré los cadáveres allí el resto del día, señor, para estar seguro de que ninguno de ellos está fingiendo estar muerto. Al amanecer enviaré algunos hombres a recoger las armas y nuestras flechas.

Shen Ti miró con atención los cadáveres que yacían en el cañón. Vio que había varias cajas en el suelo, así como una hermosa lanza tan larga como un hombre. Sabía que si dejaba que se ocuparan de ello los soldados, cualquier objeto de valor desaparecería en colecciones privadas. Algo destelló en la arena verde y dorada y lo miró entornando los ojos.

—Tú los supervisarás, Liu. Envía a unos hombres ahora para que comprueben que la puerta no está dañada. Diles que me entreguen todo lo que tenga algún valor para que lo examine.

Liu ocultó una mueca ante la manifiesta codicia del gordo comandante. Pensó que los uighurs nunca tenían nada de valor. No había ningún motivo para esperar nada más que unos pedacitos de metal reluciente de esos andrajosos guerreros de las tribus. Y, sin embargo, él no era un noble e hizo una reverencia tan profunda como le permitía la armadura.

—Como ordene, señor. —Dejó a Shen Ti mirando con fijeza hacia abajo con una leve sonrisa dibujada en sus carnosos labios. Liu chasqueó los dedos para llamar la atención de un grupo de arqueros que se estaban turnando para beber de un cubo de agua.

—Voy a salir a desvalijar a los muertos. —Respiró hondo, consciente de que había permitido que se notara su rabia por tener que cumplir una orden tan vergonzosa—. Regresad a vuestras posiciones y preparaos para otro ataque.

Los hombres se apresuraron a obedecer, y soltaron el cubo con tanta brusquedad que aterrizó con un sonido metálico y quedó girando sobre sí mismo sin que nadie lo detuviera mientras los soldados se dirigían al muro a la carrera. Liu suspiró y, a continuación, se concentró en la tarea encomendada. Sin duda los uighurs tendrían que pagar por el ataque cuando el rey fuera informado sobre él. En las pacíficas tierras de los Xi Xia, sería el tema de conversación de la corte, quizá durante meses. El incidente estrangularía el comercio durante una generación y serían enviadas expediciones de castigo contra todos los asentamientos uighurs. A Liu no le gustaban ese tipo de guerras y consideró solicitar que lo transfirieran de nuevo a la ciudad de Yinchuan. Siempre hacían falta buenos guardias con experiencia.

Con concisión y sequedad, ordenó a una docena de lanceros que le siguieran y descendieron los fríos escalones que llevaban hasta la puerta exterior. Desde dentro, aparecía intacta y, a la sombra de los muros, consideró el destino que aguardaba a los que fueran tan estúpidos como para tirarla abajo. No le gustaría estar entre ellos, se dijo. Para él era ya un acto reflejo comprobar que la puerta interior estaba candada antes de alzar la mano hacia la barra que mantenía cerrada la puerta exterior. Sun Tzu

era tal vez el mayor pensador militar que los Chin hubieran producido nunca, pero no había tenido en cuenta las dificultades que creaba el hecho de que fueran hombres tan codiciosos como Shen Ti los que dieran las órdenes.

Liu respiró hondo y empujó la puerta, dejando entrar un potente rayo de luz solar. Los hombres que venían tras él bullieron un poco hasta que estuvieron en posición y, a continuación, Liu hizo una inclinación de cabeza en dirección a su capitán.

—Quiero que dos hombres se queden aquí y hagan guardia junto a la puerta. El resto de vosotros tenéis que recoger las flechas que aún sean reutilizables y cualquier cosa que pueda ser de valor. Si surge algún problema, dejadlo todo y corred hacia la entrada. No está permitido hablar y ninguno de vosotros avanzará más de cincuenta pasos, aunque haya esmeraldas del tamaño de huevos de pato reluciendo en la arena. ¿Habéis comprendido?

Los soldados saludaron como un solo hombre y su capitán tocó a dos de ellos en el hombro designándolos para guardar la puerta. Liu asintió, entornando los ojos bajo el sol mientras se acostumbraban a la luz. No podía esperar estándares demasiado elevados en el tipo de soldados que acababan en el fuerte. Prácticamente todos ellos habían cometido un error en el ejército permanente, o habían ofendido a alguien con influencia. Hasta Shen Ti había cometido algún secreto error en su pasado político, estaba seguro, aunque ese gordo nunca se desahogaría con un simple soldado, independientemente de su rango.

Liu dejó salir una larga bocanada de aire mientras repasaba mentalmente la lista de defensas. Había hecho cuanto había podido, pero seguía teniendo una sensación desagradable en los huesos. Pisó uno de los cadáveres, frunciendo el ceño al notar que llevaba una armadura muy similar a las suyas. No había constancia de que los uighurs hubieran copiado la armadura de los Chin. Era algo burda, pero de una calidad suficiente como para cumplir su cometido y Liu sintió que su inquietud aumentaba.

Preparado para retroceder de un salto, pisó con fuerza una mano extendida. Oyó cómo se rompía el hueso y, cuando no percibió ningún movimiento, asintió para sí y continuó su camino. Los cadáveres se habían acumulado sobre todo en las inmediaciones de la puerta. Se fijó en dos cuerpos despatarrados con flechas sobresaliendo de sus gargantas. A su lado habían quedado tirados unos pesados martillos y Liu cogió uno de ellos y lo apoyó contra el muro para que lo llevaran dentro a su regreso. También estaba bien fabricado.

Al final del paso, Liu entrecerró los ojos mientras sus hombres se abrían en abanico y empezaban a agacharse a recoger armas de la arena. Liu comenzó a relajarse un poco. Vio a dos soldados arrancando flechas de un cuerpo que, debido al número de disparos que habían dado en el blanco, parecía un puercoespín. Salió con paso amplio de la sombra proyectada por el muro, torciendo el rostro al recibir la súbita claridad. Treinta pasos por delante de él había dos cajas y sabía que Shen Ti estaría vigilando para ver si encontraba algo de valor en su interior. Por qué las tribus

habrían traído consigo oro y plata en un ataque era algo que Liu no podía entender, pero cruzó el banco de arena en dirección a las cajas, con la mano lista sobre su espada. ¿Podrían contener serpientes o escorpiones? Había oído que ese tipo de trucos se habían empleado para atacar algunas ciudades, aunque por lo general eran arrojados por encima de los muros. Los guerreros de las tribus no habían traído catapultas o escaleras para el asalto.

Liu desenfundó su espada y hundió la punta en la arena, haciendo palanca para levantar la caja por un lado. Varios pájaros salieron volando del espacio cerrado, remontándose hacia lo alto mientras él se echaba para atrás, perplejo.

Durante un momento, Liu se quedó parado mirando a las aves fijamente, incapaz de comprender por qué las habían dejado allí, achicharrándose sobre la arena. Alzó la cabeza para contemplar su vuelo y entonces, con ojos desorbitados, cayó en la cuenta: los pájaros eran una señal. Un sordo estruendo llegó a sus oídos y el suelo pareció vibrar bajo sus pies.

—¡Regresad a la puerta! —chilló Liu, agitando su espada. A su alrededor, los soldados lo miraron asustados, algunos de ellos con los brazos cargados de flechas y espadas—. ¡Corred! ¡Regresad! —gritó Liu de nuevo. Echando una ojeada hacia el fondo del paso, vio las primeras líneas oscuras de caballos al galope y él mismo dio media vuelta para dirigirse a la puerta. Si esos tontos eran demasiado lentos, sólo sería culpa suya, pensó, mientras los pensamientos se agolpaban en su mente.

Pero antes de haber recorrido más que unos pocos pasos, se detuvo en seco: alrededor de la puerta, algunos de los cadáveres se habían levantado de un salto, con las flechas todavía alojadas en el cuerpo. Uno de ellos era el que había permanecido perfectamente inmóvil mientras Liu le rompía la mano con su sandalia. Liu tragó, presa del pánico, al oír el bramido creciendo a sus espaldas y empezó a correr otra vez. Vio que la puerta empezaba a cerrarse, pero uno de los enemigos estaba allí para meter la mano en el hueco. El guerrero aulló de dolor mientras la puerta le trituraba la mano, pero había otros a su lado que tiraron de ella y la abrieron, abalanzándose sobre los defensores.

Liu gritó y su voz se convirtió en un aullido de rabia. No llegó a ver la flecha que se le clavó en la nuca. Cayó contra la arena, sintiendo su aguijón mientras la oscuridad se apoderaba de él. La puerta interior estaba cerrada, seguro. La había visto cerrarse detrás de él, así que todavía había una oportunidad. Su propia sangre interrumpió sus pensamientos y el retumbar de los cascos se fue desvaneciendo hasta desaparecer.

Tsubodai se levantó de la arena. A la flecha que lo había derribado le siguieron otras dos que se habían alojado en su armadura. Las costillas le dolían terriblemente y cada paso que daba suponía una agonía mientras sentía la sangre caliente manar y gotear por su muslo. El estruendo de los jinetes avanzando a galope tendido inundaba el

cañón. Tsubodai miró hacia arriba al oír el zumbido de la cuerda de los arcos y vio que las flechas negras empezaban a caer sobre ellos. Un caballo herido relinchó a sus espaldas mientras el muchacho contemplaba la masa de cuerpos que bloqueaba la puerta, impidiendo que se cerrara. Se dirigió hacia ella tambaleándose.

Miró a su alrededor buscando con la mirada a los diez hombres que Gengis había puesto bajo su mando. Reconoció a cuatro de ellos entre las figuras que corrían hacia la puerta, mientras que el resto seguía yaciendo en la arena, muertos de verdad. Tsubodai tragó saliva, apenado, mientras pasaba por encima de un miembro de los uriankhai que había conocido.

La intensidad del estrépito provocado por los jinetes aumentó hasta que creyó que lo tirarían al suelo. Pensó que sus heridas debían de haberle aturdido, porque todo parecía estar sucediendo muy despacio y, sin embargo, oía cada inspiración y espiración atravesar trabajosamente su boca abierta. La cerró, irritado por esa muestra de debilidad. Unos pasos delante de él, los supervivientes del asalto se precipitaban a través de la puerta con las espadas en ristre. Tsubodai oyó el crujido de los arcos, amortiguado por la gruesa piedra del muro. Vislumbró a varios hombres cayendo con un grito nada más pasar, ensartados por varias flechas, con la vista dirigida hacia arriba. En ese mismo instante, su mente se despejó y sus sentidos se agudizaron. Las saetas seguían clavándose a su alrededor en la arena, pero hizo caso omiso de ellas. Con un bramido, ordenó a sus guerreros, que estaban a punto de alcanzar la puerta, que se detuvieran. Su voz sonó ronca, pero comprobó con alivio que los hombres respondían.

—Usad trozos de madera como escudo. Recoged los martillos —les ordenó Tsubodai, señalándolos. Oyó el tintineo de las armaduras de varios hombres descendiendo de un salto a la arena que lo rodeaba. Khasar aterrizó ya corriendo a su lado y Tsubodai lo agarró por el brazo.

—Dentro hay arqueros. Todavía podemos utilizar la madera rota.

Las flechas se hundían en la arena dejando sólo las plumas a la vista. Con calma, Khasar miró durante un instante la mano de Tsubodai para recordarle al joven guerrero su estatus. Cuando lo soltó, empezó a dar órdenes a voz en cuello. En torno a ellos, los hombres recogieron los pedazos del escudo original y, sosteniéndolos sobre sus cabezas, echaron a correr a través de la puerta.

Cuando los mongoles recogieron los martillos, los arqueros apostados en lo alto del muro dispararon hacia el espacio entre ambas puertas. A pesar del tosco escudo, algunos proyectiles hicieron diana. Fuera, desde la ardiente arena, Khasar ordenó enviar descargas de flechas contra los arqueros del muro exterior, obligando a los soldados rivales a mantenerse a cubierto y haciéndoles fallar el tiro hasta que el ejército pudo avanzar. Se mordió el labio al comprobar lo expuesta que era la posición, pero hasta que la puerta interior no hubiera caído, estarían atrapados. El ruido sordo de los martillos resonaba por encima de los gemidos de los moribundos.

—Entra ahí y asegúrate de que no puedan disfrutar de un descanso mientras

aguardamos —le gritó Khasar a Tsubodai. El joven hizo una breve inclinación de cabeza y corrió a unirse a sus hombres.

Pasó de una franja de sombra a la brillante luz del sol y vio por el rabillo del ojo una línea de arqueros de expresión impasible disparando flecha tras flecha hacia ese agujero de muerte.

Tsubodai apenas tuvo tiempo de agacharse bajo un trozo de tabla rota. Una flecha le arañó el brazo y maldijo en voz alta. Vio que sólo uno del grupo original de sus diez hombres seguía con vida.

El espacio que existía entre las puertas era deliberadamente estrecho y sólo cabía allí una docena de guerreros. Excepto aquéllos que blandían martillos con fuerza desesperada, todos los hombres sostenían trozos de madera sobre la cabeza, tan apretujados como podían. El suelo seguía siendo arenoso y estaba erizado de flechas usadas, más juntas entre sí que los pelos del lomo de un perro. Cayeron aún más flechas y Tsubodai oyó a alguien dar órdenes en un lenguaje extraño por encima de su cabeza. Si tenían piedras, todo el grupo de asalto quedaría aplastado antes de que cediera la puerta interior, se dijo, luchando para controlar el terror. Se sintió encerrado, atrapado. El hombre más próximo a él había perdido el casco en el ataque. Dio un grito de dolor y cayó con las plumas de una flecha, lanzada directamente desde arriba, que sobresalía de su cuello. Tsubodai cogió la plancha y la sostuvo en alto, con el rostro crispándose con cada vibrante impacto. Los golpes de martillo continuaron con desquiciante lentitud y, de pronto, Tsubodai oyó un gruñido de satisfacción de uno de los guerreros y el sonido cambió: los que estaban más cerca empezaron a dar patadas a la madera resquebrajada.

La puerta cedió y los hombres cayeron en un revoltijo sobre el polvoriento suelo que se extendía tras ella. Los primeros que la cruzaron murieron al instante bajo la lluvia de flechas disparadas por las ballestas de una línea de soldados. Detrás de ellos, los hombres de Khasar rugieron presintiendo que se podía entrar. Empujaron hacia delante, comprimiendo el grupo que estaba en la puerta y tropezando con los cadáveres.

A Tsubodai le parecía increíble seguir todavía vivo. Desenvainó la espada que le había dado el propio Gengis y avanzó a la carrera hacia la masa de hombres que luchaban encarnizadamente, libres al fin de las estrecheces de aquel matadero. Los ballesteros no tuvieron ocasión de recargar las armas y Tsubodai mató al primer enemigo, que lo miró paralizado y horrorizado antes de caer con una embestida directa a la garganta. La mitad de los que habían entrado en el fuerte estaban heridos y ensangrentados, pero habían sobrevivido y, cuando se toparon con las primeras líneas de defensores, estaban exultantes. Algunos de los primeros en entrar subieron los escalones de madera hasta un nivel superior, sonriendo al ver que los arqueros seguían disparando hacia el mortífero agujero entre las puertas. Los arcos mongoles lanzaron sus flechas hacia los que luchaban arriba, derribando a los soldados Xi Xia como si los hubieran golpeado con un martillo.

El ejército de Gengis comenzó a entrar por la estrecha puerta, abriéndose como un estallido en el interior del fuerte. Hubo muy poco orden en la primera carga del asalto. Hasta que guerreros de más edad como Khasar o Arslan tomaran el mando, Tsubodai sabía que era libre para matar tantos soldados como pudiera y, lleno de euforia, lanzó un grito salvaje.

Sin Liu Ken para organizar la defensa, los guerreros Xi Xia rompieron filas y echaron a correr delante de los invasores, dispersándose presa del pánico. Dejando su caballo en el paso, Gengis cruzó la primera puerta y se agachó para atravesar el agujero hecho en la puerta interior. El triunfo y el orgullo iluminaban su rostro al observar a sus guerreros arremeter contra los soldados del fuerte. En toda su historia, las tribus nunca habían tenido la oportunidad de devolver el golpe a aquéllos que los habían mantenido sojuzgados. A Gengis no le importaba que los soldados Xi Xia se consideraran diferentes de los Chin. Para su pueblo, formaban parte de esa raza antigua y odiada. Vio que algunos de los defensores habían depuesto las armas y meneó la cabeza, llamando a Arslan que pasaba por su lado a grandes zancadas.

—Sin prisioneros, Arslan —ordenó Gengis. Su general asintió con la cabeza.

A partir de entonces la masacre se desarrolló de forma metódica. Encontraron a algunos hombres escondidos en los sótanos del fuerte y los sacaron a rastras para ejecutarlos. A medida que avanzaba el día, los cadáveres de los soldados iban siendo apilados sobre las losas rojas del patio central. Un pozo que había en el patio se convirtió en el ojo del huracán cuando todos los hombres, con la garganta seca, tuvieron tiempo para saciar su sed con el agua que iban sacando cubo tras cubo, hasta quedar empapados y jadeantes. Habían vencido al desierto.

Cuando el sol empezó a ponerse, el propio Gengis caminó hacia el pozo, pisando las pilas de cadáveres retorcidos. Los guerreros guardaron silencio al oírle avanzar y uno de ellos llenó el cubo de cuero y se lo entregó al khan. Cuando Gengis bebió por fin y sonrió, rugieron y aullaron con voces tan altas que resonaron en todos los muros que los rodeaban. Habían encontrado el camino a través de un laberinto de estancias y pasillos, claustros y pasajes, que les resultaron muy extraños. Como una jauría de perros salvajes, llegaron al otro lado del fuerte, dejando las losas negras manchadas de sangre a sus espaldas.

El comandante del fuerte fue descubierto en una estancia de varias habitaciones adornadas con seda y valiosos tapices. Fueron necesarios tres hombres para derribar la puerta de hierro y roble y revelar a Shen Ti, oculto con una docena de mujeres aterrorizadas. Cuando Khasar entró a grandes zancadas en la estancia, Shen Ti trató de quitarse la vida con una daga. Presa del terror, la hoja se le resbaló de las manos sudorosas y sólo logró marcar una raya en su garganta. Khasar enfundó la espada y tomó la mano regordeta del comandante por encima de la empuñadura del cuchillo, guiándolo otra vez hacia el cuello. Shen Ti perdió los nervios y se debatió, pero

Khasar lo tenía agarrado con fuerza y le pasó la daga por la yugular con un movimiento brusco y rápido, dando un paso atrás cuando la sangre brotó a chorros y el hombre murió entre espasmos.

—Ése era el último —anunció Khasar. Echó un vistazo a las mujeres y asintió para sí. Eran criaturas extrañas, con la piel empolvada, tan blanca como la leche de yegua, pero las encontró atractivas. En la habitación el aroma de jazmín se mezclaba con el hedor a sangre y Khasar les dirigió una sonrisa voraz. Su hermano Kachiun había conseguido una chica olkhun'ut como esposa y ya tenía dos niños en su ger. La primera esposa de Khasar había muerto y no tenía a nadie. Se preguntó si Gengis le permitiría casarse con dos o tres de aquellas mujeres extranjeras. La idea le atraía enormemente. Se aproximó a la lejana ventana y se puso a contemplar las tierras de los Xi Xia.

El fuerte estaba en lo alto de las montañas y Khasar admiró un vasto valle, con laderas escarpadas que se prolongaban hasta desaparecer en la niebla a ambos lados. Muy abajo, vio unas tierras verdes, salpicadas de granjas y aldeas. Khasar respiró profundamente, complacido.

—Será como recolectar fruta madura —dijo, volviéndose hacia Arslan que acababa de entrar—. Envía a alguien a llamar a mis hermanos. Tienen que ver esto.

VI

El rey estaba en la estancia más elevada de su palacio, contemplando el llano valle de los Xi Xia. Cuando la neblina del alba se levantaba de los campos, era un paisaje de una gran belleza. Si no supiera que había un ejército allí fuera, donde aún no podía verlo, el valle habría parecido tan apacible como cualquier otra mañana. Los canales relucían bajo el sol como líneas de oro, transportando la preciosa agua hasta las cosechas. Se veían incluso algunas distantes figuras de granjeros, que seguían trabajando sin pensar en el ejército que había penetrado en su país desde el desierto del norte.

Rai Chiang se ajustó la túnica de seda verde que llevaba, con dibujos bordados en oro. A juzgar únicamente por la expresión de su rostro, el rey parecía tranquilo, pero mientras observaba el amanecer, sus dedos retorcián nerviosos un hilo, que siguió toqueteando sin parar hasta que coincidió entre sus uñas y se rompió. Frunció el ceño, bajando la vista para confirmar el desastre. La túnica era obra de tejedores Chin, y la llevaba para que le diera suerte en la cuestión de los refuerzos. Había enviado una carta por medio de sus dos exploradores más veloces en cuanto le habían informado de la invasión, pero la respuesta se demoraba.

Suspiró para sí y, sin que se diera cuenta, sus dedos empezaron a retorcer otro hilo. Si el viejo emperador Chin estuviera vivo, ya habría cincuenta mil soldados en marcha para defender su pequeño reino, estaba seguro. Qué capricho de los dioses haberse llevado a su aliado en el preciso momento en que necesitaba su ayuda. El príncipe Wei era un extraño para él y Rai Chiang no sabía si ese arrogante hijo sería tan generoso como su padre.

Rai Chiang consideró las diferencias entre ambas regiones, preguntándose si podría haber hecho más para garantizar el apoyo de los Chin. Su más distante antecesor había sido un príncipe Chin y gobernó la provincia como si fuera su propio feudo. A él no le habría resultado deshonroso pedir ayuda. El reino Xi Xia había sido olvidado en el gran conflicto acaecido siglos atrás, cuando príncipes más importantes lucharon entre sí hasta que el Imperio Chin se separó en dos partes. Rai Chiang era el gobernante sexagésimo cuarto nombrado después de ese sangriento periodo. Desde la muerte de su padre había pasado casi tres décadas dedicado a mantener a su pueblo libre de la sombra de los Chin, cultivando otras alianzas y evitando ser responsable de cualquier tipo de ofensa que pudiera provocar que su reino fuera obligado a retornar al redil por la fuerza. Uno de sus hijos heredaría un día esa frágil paz. Rai Chiang pagaba sus tributos, enviaba a sus mercaderes a comerciar y sus guerreros aumentaban las filas del ejército imperial. A cambio, era tratado como un aliado honorable.

Cierto que Rai Chiang había encargado un nuevo alfabeto para su pueblo que se parecía bastante poco a la escritura Chin. El viejo emperador Chin le había enviado unos raros textos de Lao Tse y el buda Sakyamuni para que los tradujera. ¿Acaso no

era eso un gesto de aceptación, si no de aprobación? El mismo valle de los Xi Xia estaba separado de las tierras Chin, bordeado de montañas y el río Amarillo como fronteras naturales. Con una nueva lengua, los Xi Xia se distanciarían aún más de la influencia de los Chin. Era un juego peligroso y delicado, pero sabía que tenía la visión y la energía necesarias para brindar un buen futuro a su pueblo. Pensó en las nuevas rutas comerciales que había abierto hacia el oeste y la riqueza que estaba entrando por ellas. Todo eso estaba ahora en peligro por culpa de esas tribus que habían salido rugiendo del desierto.

Rai Chiang se preguntó si el príncipe Wei se daría cuenta de que los mongoles habían entrado por el reino Xi Xia, sorteando así su precioso muro del noroeste. No les serviría de nada ahora que el lobo había hallado la puerta que daba al campo.

—Tienes que apoyarme —susurró para sus adentros. Le sublevaba depender de la ayuda militar de los Chin, después de tantas generaciones alejando poco a poco a su pueblo de esa dependencia. Todavía no sabía si podría soportar el precio que el príncipe Wei le pediría a cambio de su apoyo. El reino podría salvarse sólo para convertirse en una provincia de nuevo.

Rai Chiang golpeteó con los dedos, irritado, al pensar en admitir tropas Chin en sus tierras. Los necesitaba desesperadamente, pero ¿Y si no se marchaban cuando la batalla hubiera concluido? ¿Y si ni siquiera venían?

Doscientas mil personas se refugiaban ya dentro de los muros de Yinchuan, con varios miles más congregados en el exterior de las puertas cerradas. Por la noche, los más desesperados trataban de escalar el muro y entrar en la ciudad, y los guardias del rey se veían obligados a expulsarlos de nuevo con espadas, o a lanzar una descarga de flechas hacia ellos. El sol salía todos los días sobre nuevos cadáveres y los soldados tenían que salir de Yinchuan para enterrarlos antes de que pudieran propagar alguna enfermedad, trabajando bajo las resentidas miradas del resto de campesinos. Era un asunto penoso y desagradable, pero la ciudad sólo tenía alimento para un número limitado de bocas y las puertas debían permanecer cerradas. Rai Chiang siguió jugando inconscientemente con los hilos de oro hasta que bajo sus uñas brotaron algunas gotas de sangre.

Aquellos afortunados que habían encontrado refugio en la ciudad dormían en las calles: las camas de toda posada y casa de huéspedes estaban ocupadas desde hacía ya mucho tiempo. El precio de la comida estaba subiendo más y más cada día y el mercado negro prosperaba a pesar de que los guardias ahorcaban a todo aquél que fuera pillado acaparando provisiones. Mientras aguardaban a que los bárbaros atacaran, Yinchuan era una ciudad aterrorizada, pero habían pasado tres meses en los que lo único que había llegado eran los informes de la destrucción: las huestes de Gengis iban devastando todo lo que encontraban a su paso. Todavía no habían llegado a Yinchuan, aunque sus exploradores habían sido avistados cabalgando en la distancia.

Se oyó un gong y Rai Chiang dio un respingo. Le parecía increíble que ya fuera la

hora del dragón. Había estado inmerso en sus cavilaciones, pero no le habían reportado la habitual sensación de paz antes de que el día comenzara de verdad. Sacudió la cabeza para alejar a los maliciosos espíritus que socavaban la voluntad de los hombres fuertes. Tal vez el amanecer trajera mejores noticias. Preparándose para ser visto, se enderezó en su trono de oro lacado y ocultó la manga con el hilo roto bajo la otra. Cuando hubiera hablado con sus ministros, haría que le trajeran una nueva túnica y se daría un baño refrescante para que su sangre fluyera con menos turbulencia.

El gong sonó por segunda vez y las puertas que daban a su cámara se abrieron en perfecto silencio. Entró una hilera de hombres formada por sus consejeros de más confianza, sus pasos amortiguados con zapatos de fieltro para no rayar el suelo pulido. Rai Chiang los observó con rostro impasible, sabiendo que su tranquilidad y confianza dependían de sus maneras. Si mostraba un solo gesto de nerviosismo, a sus consejeros les invadirían las mismas oleadas de pánico que atravesaban los barrios bajos y las calles de la ciudad.

Dos esclavos tomaron posiciones a ambos lados del rey, creando una suave brisa con unos enormes abanicos. Rai Chiang apenas percibió su presencia al ver que a su primer ministro le era casi imposible mantener la calma. Se obligó a sí mismo a aguardar hasta que todos hubieran tocado el suelo con su frente y proclamado su juramento de lealtad. Eran palabras antiguas y reconfortantes. Su padre y abuelo las habían escuchado muchas miles de veces en esa misma estancia.

Por fin, se dispusieron a comenzar a tratar los asuntos del día y las grandes puertas se cerraron tras ellos. Era necio pensar que su privacidad era completa, reflexionó Rai Chiang. Todo lo que se decía allí que fuera importante se comentaba en los mercados antes de que cayera el sol. Observó a los ministros con atención, buscando algún signo de que el miedo hubiera penetrado en sus pechos, pero no vio nada y su ánimo se aligeró levemente.

—Su majestad imperial hijo de los cielos, rey y padre de todos nosotros — empezó su primer ministro—. Traigo una carta del emperador Wei de los Chin. —No se aproximó él mismo, sino que entregó el pergamino a un esclavo. El joven se arrodilló y extendió el pergamino de valioso papel en el que Rai Chiang reconoció el timbre personal del príncipe Wei. Rai Chiang tomó la carta y rompió el sello de cera, ocultando el débil rayo de esperanza que se había encendido en su pecho.

El mensaje podía leerse en unos segundos y, a pesar de su autocontrol Rai Chiang frunció el ceño. Notaba que todos los presentes estaban deseosos de saber cuáles eran las nuevas y el revés que había sufrido su calma le hizo leer aquellas líneas en voz alta.

—El hecho de que nuestros enemigos se ataquen entre sí supone una ventaja para nosotros. ¿Dónde reside el peligro para los Chin? Luchad con todas vuestras fuerzas contra esos invasores y los Chin vengarán vuestra memoria.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala mientras los ministros digerían esas

palabras. Uno o dos de ellos palideció, visiblemente afectado. No recibirían refuerzos. Aún peor, el nuevo emperador los había descrito como enemigos y ya no podía seguir siendo considerado un aliado como su padre lo había sido. Era posible que en aquellas pocas palabras que habían escuchado se hubiera sellado el final del reino Xi Xia.

—¿Está listo nuestro ejército? —inquirió Rai Chiang con suavidad, rompiendo el silencio.

Su primer ministro hizo una profunda reverencia antes de responder disimulando su miedo. Se sentía incapaz de explicarle a su rey cuánto dejaba que desear la preparación bélica de sus soldados. Tras vanas generaciones de paz, habían adquirido muchas más destrezas para amedrentar a prostitutas y obtener sus favores que para guerrear.

—Los cuarteles están repletos, majestad. Con tu guardia real al frente, expulsarán a esos animales de vuelta al desierto.

Rai Chiang permanecía sentado en su trono, completamente inmóvil consciente de que ninguno de ellos osaría interrumpir sus pensamientos.

—¿Quién mantendrá a salvo la ciudad si mi guardia personal se marcha a las llanuras? —preguntó por fin—. ¿Los campesinos? No, he ofrecido refugio y alimento a la milicia durante años. Ha llegado la hora de que se ganen lo que han recibido de mi mano. —Hizo caso omiso de la tensión que se pintó en el rostro del primer ministro. Aquel hombre era sólo un primo suyo y, aunque gobernaba con rígida disciplina a los escribas de la ciudad, se perdía en cualquier materia que requiriera ideas originales.

—Mandad a buscar a mi general, quiero planear el ataque —ordenó Rai Chiang—. Al parecer, el momento para las conversaciones y las cartas ha terminado. Consideraré las palabras del... emperador Wei, y mi respuesta cuando hayamos hecho frente a la amenaza más inminente.

Los ministros salieron en fila de la estancia; la rigidez de su porte dejaba traslucir su nerviosismo. El reino llevaba más de tres siglos en paz y ya no quedaba nadie allí que pudiera recordar los horrores de la guerra.

—Esta ubicación es perfecta para nosotros —dijo Kachiun, contemplando toda la extensión de las llanuras de los Xi Xia. A su espalda se elevaban las imponentes montañas, pero su mirada se demoró en los campos verdes y dorados, cargados de florecientes cosechas. Las tribus habían cubierto terreno a una velocidad increíble a lo largo de los pasados tres meses, cabalgando sin descanso de pueblo en pueblo sin encontrar apenas resistencia. Tres ciudades habían caído antes de que las noticias se hubieran propagado y los habitantes del pequeño reino empezaran a salir huyendo de los invasores. Al principio, las tribus habían hecho prisioneros, pero cuando reunieron un total de cerca de cuarenta mil, Gengis se hartó de oír sus voces

quejumbrosas. Su ejército no podía alimentar tantas bocas y no quería dejarlos atrás a pesar de que aquellos miserables granjeros no parecían suponer ninguna amenaza. Había dado la orden y la matanza se había prolongado durante todo un día. Los cadáveres habían quedado pudriéndose bajo el sol y Gengis se había aproximado a las pilas de cuerpos sólo una vez para comprobar que sus órdenes se habían ejecutado como mandó. Después de eso, no volvió a pensar en ellos.

Sólo habían dejado con vida a las mujeres para que sirvieran de premio a los guerreros y Kachiun había encontrado una pareja de raras bellezas esa misma mañana. Ambas le estaban aguardando en su tienda y se dio cuenta de que sus pensamientos se desviaban hacia allí en vez de concentrarse en el siguiente paso que darían en el asalto. Sacudió la cabeza para despejarse.

—Los campesinos no parecen belicosos en absoluto y estos canales son perfectos para saciar la sed de nuestros caballos —continuó, echando una mirada a su hermano mayor.

Gengis estaba sentado sobre una montaña de sillas de montar en las inmediaciones de su ger, con la barbilla apoyada en sus manos entrelazadas. En torno a ambos, el ambiente era festivo y vio a una pandilla de chicos entretenidos clavando varas de abedul en el suelo. Alzó la cabeza con interés al descubrir a sus dos hijos mayores en aquel bullicioso grupo, empujándose entre sí mientras discutían cuál era el mejor modo de colocar los palos. Jochi y Chagatai eran una compañía peligrosa para los muchachos de las tribus ya que, con frecuencia, los metían en problemas y peleas que acababan haciendo que las mujeres de las gers los separaran con una tanda de bofetadas.

Gengis suspiró, pasándose la lengua por el labio inferior mientras reflexionaba.

—Somos como un oso que ha metido su zarpa en un panal de miel, Kachiun, pero se revolverán contra nosotros. Barchuk me ha dicho que los mercaderes Xi Xia presumían de poseer un poderoso ejército permanente. Todavía no nos hemos encontrado con él.

Kachiun se encogió de hombros, mostrando lo poco que le inquietaba esa perspectiva.

—Puede ser. Todavía no hemos llegado a su ciudad principal. Puede que se estén escondiendo detrás de sus murallas. Podríamos organizar un asedio para hacerles morir de hambre o derribar los muros sobre ellos.

Gengis frunció el ceño mirando a su hermano.

—No será tan sencillo, Kachiun. Pensaba que la irreflexión era cosa de Khasar. Te tengo a mi lado para que seas la voz de la cautela y el sentido común cuando los guerreros se sienten demasiado seguros y pagados de sí mismos. No hemos librado una sola batalla en este reino y no quiero que los hombres estén gordos y lentos cuando llegue el momento. Haz que vuelvan a iniciar los entrenamientos y sácales la pereza del cuerpo. Y la tuya también.

La reprimenda hizo que Kachiun se sonrojara.

—Como deseas, hermano —respondió, haciendo una inclinación de cabeza. Se dio cuenta de que Gengis estaba observando a sus hijos, que se habían montado en sus peludos ponis. Se disponían a competir en un juego de habilidad aprendido de los olkhun'ut y Gengis se había distraído mirando a Jochi y Chagatai prepararse para galopar a lo largo de la hilera de varas clavadas en el suelo.

Jochi fue más rápido haciendo girar a su caballo y salió al galope siguiendo la línea con su arco infantil tensado al máximo. Gengis y Kachiun observaron cómo disparaba su flecha a toda velocidad y la cabeza de la saeta se hundía en la delgada vara. Había sido un buen tiro y, al instante, Jochi se agachó alargando la mano izquierda para recoger el palo de madera antes de que se cayera y lo alzó triunfante por encima de su cabeza mientras regresaba hacia sus compañeros. Todos lo vitorearon excepto Chagatai, que simplemente resopló antes de comenzar su propio recorrido.

—Tu hijo va a ser un excelente guerrero —murmuró Kachiun. La cara de Gengis se crispó al oír aquellas palabras y Kachiun no lo miró, sabiendo la expresión que encontraría en su rostro.

—Mientras puedan refugiarse tras unos muros que tienen cinco veces la altura de un hombre —insistió Gengis con terquedad—, pueden reírse de nosotros mientras cabalgamos por las llanuras que rodean su ciudad. ¿Qué le importan al rey unos cientos de aldeas? Mientras la ciudad de Yinchuan, donde él reside, siga a salvo, nuestros ataques no le habrán molestado más que la picadura de una avispa.

Kachiun guardó silencio mientras Chagatai iniciaba el recorrido. Su flecha se clavó en el palo, pero cuando alargó la mano para sujetarla antes de que cayera, se le escapó. Jochi se rió de su hermano y Kachiun vio que el rostro de Chagatai se oscurecía de ira. Por supuesto, ambos sabían que su padre estaba observando.

A su espalda, Gengis adoptó su decisión y se puso en pie.

—Dile a los hombres que se despejen y se preparen para la marcha. Quiero ver esa ciudad de piedra que tanto ha impresionado a los exploradores. De una manera o de otra encontraremos el modo de penetrar en ella. —Gengis no dejó que su hermano notase la inquietud que lo embargaba. Nunca había visto una ciudad circundada por altos muros como los que habían descrito los hombres de su avanzadilla. Confió en que verla lo ayudara a idear algún modo de entrar en ella sin tener que presenciar cómo sus tropas se estrellaban inútilmente contra la piedra.

Cuando se marchó para transmitir las órdenes, vio que Chagatai le decía algo a su hermano mayor. Jochi saltó sobre él desde su poni cuando Chagatai pasó por su lado y ambos cayeron contra el suelo en un confuso revoltijo de codos y pies desnudos. Kachiun sonrió de oreja a oreja, recordando su propia infancia.

La tierra que habían descubierto al otro lado de las montañas era rica y fértil. Tal vez tuvieran que luchar para conservarla, pero no podía imaginarse una fuerza capaz de derrotar al ejército que habían traído a lo largo de miles de kilómetros desde su hogar. Cuando era pequeño, una vez había levantado una enorme roca con una

palanca para tirarla por una pendiente y vio cómo ganaba velocidad en la caída. Al principio caía despacio, pero, sólo un poco más tarde, avanzaba con una fuerza imparable.

El color de la guerra de los Xi Xia era el escarlata. Los soldados del rey llevaban armaduras lacadas con un tono rojo vivo y la estancia en la que Rai Chiang se reunió con su general estaba desprovista de ornamentos excepto por las paredes pulidas, de ese mismo color. Una única mesa interrumpía el eco del vacío y sobre ella se encorvaban ambos hombres para estudiar los mapas de la región, sujetos por pesos de plomo. La secesión original de los Chin había sido planificada dentro de esos muros rojos: era un lugar para salvar y conservar un reino que poseía una larga historia propia. La tonalidad de la coraza lacada del general Giam era tan semejante al color de la estancia que casi se desvanecía frente a las paredes. Por su parte, Rai Chiang vestía una túnica de oro sobre pantalones de seda negra.

El general era un hombre canoso, lleno de dignidad. Mientras observaba los mapas, sintió el peso de la historia de los Xi Xia en el aire de esa antigua sala, un peso tan grande como la responsabilidad que tendrían que soportar sus hombros.

Situó otro marcador de marfil sobre las líneas de tinta azul oscuro.

—Su campamento está aquí, majestad, no demasiado alejado del lugar por donde entraron en el reino. Envían a sus guerreros en todas direcciones en incursiones de cien li.

—Un hombre no puede cabalgar más en un mismo día, así que deben de montar campamentos para pasar la noche —murmuró Rai Chiang—. Quizá podríamos atacarlos allí.

Su general meneó con suavidad la cabeza, claramente reacio a contradecir a su rey.

—No descansan, majestad, ni se detienen a comer. Tenemos exploradores que afirman que cabalgan esa distancia y luego regresan entre el amanecer y el atardecer. Cuando hacen prisioneros van más despacio y los conducen delante de las tropas. No tienen infantería y llevan consigo provisiones desde el campamento principal.

Rai Chiang frunció el ceño con sutileza, sabiendo que eso sería crítica suficiente para hacer que el general sufriera en su presencia.

—Su campamento no es importante, general. El ejército debe atacar y derrotar a esos jinetes que han causado tanta destrucción. Me han llegado noticias de que han dejado atrás una pila de campesinos muertos tan alta como una montaña. ¿Quién recogerá las cosechas? ¡La ciudad podría morir de hambre aunque esos invasores se marcharan hoy mismo!

El general Giam convirtió su rostro en una máscara para no arriesgarse a acentuar la ira de su rey.

—Nuestro ejército necesitará tiempo para formarse y preparar el terreno. Si la

guardia real los lidera, puedo ocuparme de que los campos sean sembrados de pinchos de hierro que detendrán cualquier tipo de carga. Si mantenemos la disciplina, los aplastaremos.

—Habría preferido que hubiera soldados Chin con mi propia milicia —dijo Rai Chiang, casi para sí mismo.

El general carraspeó para aclararse la garganta, consciente de que era un tema delicado.

—Por eso necesitamos aún más la guardia personal de su majestad. La milicia es escasamente mejor que un puñado de campesinos armados. No podrían luchar por sí solos.

Rai Chiang posó sus pálidos ojos en su general.

—Mi padre contaba con cuarenta mil soldados entrenados para vigilar los muros de Yinchuan. Cuando era pequeño, observaba las filas rojas desfilando a través de la ciudad el día de su cumpleaños y me parecía que no tenían fin. —Hizo una mueca irritada—. He escuchado voces necias y he antepuesto el coste de tantos hombres a los peligros a los que podemos enfrentarnos. Ahora hay poco más de veinte mil soldados en mi guardia personal ¿y me pides que los aleje de mí? ¿Quién defendería entonces la ciudad? ¿Quién formaría los equipos para utilizar los arcos grandes y protegería los muros? ¿Crees que los campesinos y mercaderes nos serán de alguna utilidad una vez que mi guardia se haya marchado de aquí? Habrá motines para conseguir comida, habrá incendios. Idea un plan para vencer sin ella, general. No hay otra opción.

El general Giam era hijo de uno de los tíos del rey y el ascenso había llegado con facilidad. Sin embargo, poseía suficiente coraje como para hacer frente a la desaprobación de Rai Chiang.

—Si me entregas diez mil hombres de tu guardia, ellos estabilizarán a los otros. Formarán un núcleo que el enemigo no podrá romper.

—Incluso diez mil son demasiados —espetó Rai Chiang.

El general Giam tragó saliva.

—Sin caballería no puedo vencer, mi señor. Si me das cinco mil miembros de tu guardia y tres mil de los jinetes que montan caballería pesada, tendría una oportunidad. Si no puedes darme eso, deberías ejecutarme ahora mismo.

Rai Chiang levantó la vista del mapa y sus ojos se encontraron con los del general Giam, que sostuvo la mirada con firmeza. Sonrió divertido al notar la perla de sudor que resbalaba por la mejilla de su subordinado.

—Muy bien. Es un término medio que me permite entregarte lo mejor que tenemos y a la vez mantener a suficientes guardias para defender la ciudad. Coge mil ballesteros, dos mil soldados de caballería y dos mil piqueros. Serán el núcleo que dirija a los demás frente al enemigo.

El general Giam cerró los ojos en silencioso agradecimiento durante un instante. Rai Chiang se había vuelto hacia el mapa y no se percató de aquel gesto.

—Puedes vaciar los almacenes de armaduras. Puede que la milicia no sea mi guardia roja, pero quizá tener su aspecto los haga sentir más valientes. Aliviará el tedio de ahorcar a los especuladores y de blanquear los cuarteles, no tengo ninguna duda. No me falles en esto, general.

—No fallaré, mi majestad.

Gengis cabalgaba al frente de su ejército, una vasta línea de jinetes que se extendía a través de la llanura de los Xi Xia. Al llegar a los canales, la línea se curvó cuando los hombres se desafiaron los unos a los otros a ver quién saltaba antes el cauce, riéndose y llamando a los que caían en las oscuras aguas y tenían que redoblar la velocidad para ponerse a la altura de sus compañeros.

La ciudad de Yinchuan había sido una mancha en el horizonte durante horas antes de que Gengis diera la orden de hacer un alto. Los cuernos resonaron en distintos puntos a lo largo de la línea y las huestes se detuvieron: un eco de órdenes fue transmitiéndose de unos a otros para alertar a los hombres de las alas. Estaban en un país hostil y no dejarían que los pillaran desprevenidos.

La ciudad se alzaba imponente en la lejanía. A pesar de estar a kilómetros de distancia, seguía resultando una construcción gigantesca, que intimidaba por sus enormes dimensiones. Gengis entornó los ojos para mirarla a través de la calima del sol del mediodía. La piedra que los constructores habían empleado era de color gris oscuro y vio una especie de columnas que podrían ser torres anejas a los muros. No lograba imaginarse cuál podía ser su uso y se esforzó en ocultar su perplejidad delante de los guerreros.

Miró en derredor y comprobó que su pueblo no podía caer en una emboscada en un terreno tan llano. Las cosechas podrían esconder soldados que avanzaran arrastrándose, pero sus exploradores los avistarían mucho antes de que se hubieran aproximado a ellos. El lugar era el más seguro que podían encontrar en esas circunstancias para plantar su campamento y tomó la decisión de que se quedaran allí. Desmontó y empezó a dar órdenes.

Detrás de él, las tribus se apresuraron a emprender las rutinas que todos conocían. Amarraron las piezas de las gers con cuerdas y cada familia, muy habituada a la tarea, levantó la suya. De los carromatos fueron surgiendo una aldea, un pueblo, una ciudad rodeada por grandes rebaños de animales balando. Poco tiempo después, el carro del propio Gengis estuvo listo y el olor del cordero friéndose inundó el aire.

Arslan recorrió la línea a pie junto a su hijo Jelme. Bajo su atenta mirada, los guerreros de todas las tribus se erguían cuanto podían y reducían sus charlas al mínimo. Gengis los miró complacido y los recibió con una sonrisa cuando llegaron hasta él.

—Nunca he visto unas tierras tan llanas —dijo Arslan—. No hay ningún lugar donde refugiarse, ningún lugar adonde replegarse si nos arrollan. Aquí estamos

demasiado expuestos.

Su hijo Jelme levantó la vista al oír aquellas palabras, pero guardó silencio. Arslan doblaba en edad a los otros generales y era un líder cauto e inteligente. Nunca sería el orador al que las tribus siguieran al fin del mundo, pero su destreza era respetada, y su genio, temido.

—No nos harán dar media vuelta. No ahora que estamos aquí —respondió Gengis, dándole unas palmadas en el hombro—. Conseguiré que salgan de la ciudad y, si no lo hacen, puede que simplemente construya una enorme rampa de tierra hasta lo alto de sus muros y entre a caballo. Eso resultaría espectacular ¿a que sí?

La sonrisa que esbozó Arslan era tensa. Era uno de los que se había aproximado a Yinchuan, lo suficiente para moverlos a desperdiciar algunas flechas tratando de alcanzarlo.

—Es como una montaña, señor. Lo verás cuando te acerques a sus murallas. Cada esquina cuenta con una torre y en los muros se han abierto hendiduras por donde los arqueros asoman la cara para vernos pasar. Herirlos nos resultaría muy difícil, mientras que nosotros somos un blanco fácil para ellos.

El buen humor de Gengis quedó empañado.

—Lo veré antes de tomar una decisión. Si no caen ante nosotros, haré que pasen hambre hasta que tengan que salir.

Jelme asintió ante esa idea. Había cabalgado con su padre lo suficientemente cerca como para sentir la sombra de la ciudad cernerse sobre él. Era un hombre acostumbrado a las abiertas estepas, y se había dado cuenta de que se sentía irritado al pensar en un hormiguero de hombres. La mera idea lo ofendía.

—Los canales atraviesan la ciudad, señor —dijo Jelme—, a través de túneles cerrados con barrotes de hierro. Me han dicho que se llevan las heces de todo ese montón de hombres y animales. Podemos encontrar alguna debilidad allí.

Gengis se animó. Había cabalgado durante todo el día y estaba fatigado. Habría tiempo para planificar el asalto al día siguiente, cuando hubiera comido y descansado.

—Encontraremos el modo de hacerla caer —prometió a los demás.

VII

Sin ningún signo de oposición, los jóvenes guerreros a las órdenes de Gengis pasaban los días cabalgando tan cerca de la ciudad como se atrevían, poniendo a prueba su coraje. Los más valerosos galopaban a la sombra de los muros mientras las flechas pasaban silbando por encima de sus cabezas. Sus regocijados gritos resonaban en los campos retando al enemigo, aunque sólo un arquero Xi Xia logró un blanco directo en tres días. Aun en ese caso, el guerrero recuperó su montura y se alejó tras extraer la flecha de su armadura y tirarla al suelo con desprecio.

También Gengis se aproximó a caballo, con sus generales y oficiales, pero la vista que se alzaba ante él no le sirvió de ninguna inspiración. Hasta los canales que penetraban en la ciudad estaban protegidos por barrotes de hierro tan gruesos como el antebrazo de un hombre, firmemente encajados en la piedra. Pensó que tal vez todavía pudieran entrar derribando a golpes esos barrotes, aunque la perspectiva de arrastrarse por túneles fríos y húmedos resultaba extremadamente desagradable para un hombre de las estepas.

Cuando cayó la noche, sus hermanos y generales se reunieron en la gran ger para comer y debatir el problema. El humor de Gengis se había agriado una vez más, pero Arslan lo conocía desde el principio mismo de su auge y no temía hablar con franqueza.

—Con el mismo tipo de escudo de madera que utilizamos contra el fuerte, podríamos proteger a los hombres el tiempo suficiente para tirar a martillazos las rejas del canal —dijo Arslan, masticando—. Aunque no me gusta el aspecto de esas construcciones de los muros. Nunca habría creído que un arco pudiera ser tan grande. Si son reales, tienen que lanzar flechas tan largas como un hombre. ¿Quién sabe cuánto daño pueden hacer?

—No podemos quedarnos aquí fuera para siempre mientras ellos envían mensajes a sus aliados —murmuró Kachiun— y no podemos marcharnos y dejar atrás la ciudad dándole a su ejército la posibilidad de atacarnos por la espalda. Debemos entrar en la ciudad o retornar al desierto y renunciar a todo lo que hemos ganado.

Gengis echó una rápida mirada a su hermano pequeño con expresión sombría.

—Eso no sucederá —declaró con más confianza de la que sentía—. Tenemos sus cosechas. ¿Cuánto puede soportar una ciudad antes de que los de dentro empiecen a comerse los unos a los otros? El tiempo está de nuestro lado.

—Todavía no los estamos perjudicando demasiado, yo creo —replicó Kachiun—. Tienen los canales para suministrarles agua y, por lo que sabemos, la ciudad está repleta de grano y carne salada. —Vio que esa imagen hacía que Gengis frunciera el ceño, pero continuó—. Podríamos estar aquí años, esperando, y ¿quién sabe cuántos ejércitos se han puesto en marcha para prestarles su apoyo? ¿Puede que para cuando estén muriéndose de hambre estemos luchando contra los propios Chin y nos

encontremos atrapados entre los dos!

—¡Entonces dame una respuesta! —espetó Gengis—. Los eruditos uighurs me han contado que todas las ciudades de las tierras de los Chin son así, o incluso más grandes, si es que eres capaz de imaginarlo. Si han sido construidas por hombres, pueden ser destruidas por hombres, no tengo ninguna duda. Ahora decidme cómo.

—Podríamos envenenar el agua de los canales —dijo Khasar; alargando el cuchillo hacia otro trozo de carne. Lo ensartó en medio de un repentino silencio y alzó la vista para mirar a los que lo rodeaban—. ¿Qué? Ésta no es nuestra tierra.

—Eso es muy cruel —censuró Kachiun a su hermano, hablando por todos los presentes—. ¿Qué beberíamos nosotros, entonces?

—Beberíamos agua limpia de una zona más arriba —contestó Khasar encogiéndose de hombros.

Gengis escuchaba, considerando su propuesta.

—Necesitamos impulsarlos a salir —intervino—. No permitiré que se envenene agua limpia, pero podemos abrir brechas en los canales y dejar que los habitantes de la ciudad pasen sed. Que vean destruido el trabajo de generaciones y quizá salgan a las llanuras a enfrentarse a nosotros.

—Me ocuparé de que lo hagan —sentando Jelme.

Gengis hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Y tú, Khasar. Enviad cien hombres a romper los barrotes en el lugar donde los canales entran en la ciudad.

—Para protegerlos habrá que destripar más carros. A las familias no les va a gustar —apuntó Khasar.

Gengis resopló.

—Construiré más cuando estemos en esa ciudad maldita. Entonces nos darán las gracias.

Todos los hombres reunidos en la tienda oyeron cómo se aproximaba el repiqueteo de los cascos de los caballos al galope. Gengis se detuvo con un trozo de cordero grasiento entre los dedos. Levantó la mirada mientras escuchaba los pasos resonar en los escalones y veía abrirse la puerta de la ger.

—Están saliendo, señor.

—¿En la oscuridad? —preguntó Gengis, incrédulo.

—No hay luna, pero estaba lo bastante cerca como para oírlos, señor parloteaban como pájaros y hacían más ruido que unos niños.

Gengis arrojó el pedazo de carne en la fuente situada en el centro de la tienda.

—Volved con vuestros hombres, hermanos míos. Que se preparen. —Su mirada cruzó la ger para posarse en Arslan y Jelme, que estaban sentados juntos.

—Arslan, tú te quedarás con cinco mil para proteger a las familias. El resto vendrá conmigo. —La perspectiva de luchar dibujó una ancha sonrisa en su rostro y los presentes lo imitaron.

—Nada de años, Kachiun. Ni siquiera un día más. Haz que los exploradores más

veloces salgan al galope. Quiero saber qué están haciendo nuestros enemigos en cuanto salga el sol. Entonces repartiré las órdenes.

Al estar tan al sur, las temperaturas del otoño seguían siendo altas y las cosechas sin segar se encorvaban bajo su propio peso mientras empezaban a pudrirse en los campos. Algunos exploradores mongoles aullaban retando al ejército rojo que había abandonado la seguridad de Yinchuan y ahora marchaba hacia ellos, mientras otros regresaban a comunicarle los pormenores a Gengis. Entraban en la gran tienda en grupos de tres e iban informando de lo que habían averiguado.

Gengis caminaba arriba y abajo con amplias zancadas, escuchando a cada uno de sus hombres describir la escena.

—No me gusta ese asunto de las cestas —le dijo a Kachiun—. ¿Qué pueden estar sembrando en este suelo? —Había oído que había cientos de hombres que caminaban juntos en una formación concreta delante de las huestes de Yinchuan. Cada uno de ellos llevaba una cesta sobre los hombros y un hombre a sus espaldas iba metiendo la mano en ella, una y otra vez, para luego arrojar algo al suelo extendiendo el brazo con fuerza.

El khan de los uighurs había sido convocado para explicar el misterio. Barchuk había interrogado atentamente a los exploradores, sacándoles hasta el más pequeño detalle que pudieran recordar.

—Podría ser algo para ralentizar a nuestros caballos, señor —concluyó por fin—. Piedras afiladas, quizá, o hierro. Han sembrado una amplia franja de esas semillas por el límite exterior de su ejército y no muestran ningún signo de que vayan a cruzarlo. Si su intención es atraernos hacia allí, quizá lo que esperan es que la carga se vaya a pique.

Gengis le dio unas palmadas en el hombro.

—Sea lo que sea, no dejaré que sean ellos los que elijan el campo de batalla —contestó—. Vas a conseguir tus pergaminos, Barchuk.

—Observó a su alrededor los rostros brillantes de sus hombres de confianza. Ninguno de ellos podía saber realmente a qué tipo de rival se enfrentaban. La masacre que se había producido en el fuerte para entrar en las tierras de los Xi Xia tenía poco que ver con las formaciones de lucha de la propia ciudad del rey. Sintió su corazón batir con fuerza ante la idea de entablar por fin batalla contra los enemigos de su pueblo. No fracasarían ahora ¿no?, después de tanta preparación. Kokchu había dicho que las propias estrellas proclamaban un nuevo destino para su pueblo. Con el chamán asistiéndolo, Gengis había sacrificado una cabra blanca al padre cielo, utilizando el nombre en la más antigua lengua de chamanes. Tángri no los rechazaría. Llevaban demasiado tiempo siendo débiles por culpa de los Chin y sus ciudades de oro. Ahora eran fuertes y verían caer esas ciudades.

Los generales permanecieron erguidos en perfecta inmovilidad, mientras Kokchu

introducía la mano en unos diminutos recipientes y dibujaba líneas en sus rostros con el dedo. Cuando se miraron los unos a los otros, fueron incapaces de ver a los hombres que conocían: vieron sólo las máscaras de guerra y varios pares de ojos feroces y terribles.

El chamán dejó a Gengis para el final y marcó una línea roja desde lo alto de la frente del khan, pasando por los ojos y descendiendo por ambos lados de la boca.

—El hierro no te tocará, señor. La piedra no te romperá. Eres el Lobo y el padre cielo vela por ti.

Gengis lo miró fijamente, sin parpadear, notando la sangre caliente sobre su piel. Por fin, hizo una inclinación de cabeza y abandonó la ger se subió a su caballo y desde allí observó las líneas que los guerreros habían formado a ambos lados. Contempló la ciudad en la distancia y, frente a ella, una masa borrosa de hombres rojos esperando darle una lección de humildad y ver cómo sus ambiciones resultaban frustradas. Miró a izquierda y a derecha a lo largo de la línea y alzó el brazo.

Empezaron a retumbar los tambores, llevados por cien muchachos desarmados. Cada uno de ellos se había peleado con sus compañeros para obtener el derecho a unirse a los guerreros y muchos aún exhibían las marcas de la lucha. Gengis sintió su propia fuerza al tocar la empuñadura de la espada de su padre para que le diera buena suerte. Bajó el brazo y, como un solo hombre, sus guerreros avanzaron con gran estruendo por la planicie de los Xi Xia en dirección a la ciudad de Yinchuan.

—Ya vienen, señor —informó nervioso el primer ministro de Rai Chiang. El mirador de la torre del rey, en una posición estratégica, ofrecía la mejor vista de la llanura que se podía encontrar en toda la ciudad y Rai Chiang no se había negado a recibir a sus consejeros en sus habitaciones privadas.

En su armadura lacada, los soldados parecían una brillante salpicadura de sangre en el terreno que se extendía delante de la ciudad. Rai Chiang creyó divisar la distante figura del general Giam, con su blanca barba, subiendo y bajando las líneas a lomos de su caballo. Las picas relucían en la luz matutina mientras los regimientos se colocaban en formación. Reconoció a su propia guardia real situándose en las alas. Eran los mejores jinetes de Xi Xia y no se arrepentía de haberlos prestado para realizar esa tarea.

Se había sentido profundamente herido por tener que permanecer escondido en su ciudad mientras sus tierras eran saqueadas y devastadas por las tribus. La mera imagen de un ejército haciendo frente al invasor le levantó el ánimo. Giam era un pensador sólido, un hombre con el que se podía contar. Ciertamente que en su ascenso hasta obtener el mando del ejército no había participado en ninguna batalla, pero Rai Chiang había revisado sus planes y no había encontrado en ellos ningún fallo. El rey bebía un pálido vino blanco mientras aguardaba, deleitándose en la idea de ver a sus enemigos destruidos ante sus ojos. Las noticias de la victoria llegarían al emperador

Wei y éste experimentaría una amarga decepción. Si los Chin les hubieran enviado refuerzos, Rai Chiang habría estado en deuda con ellos durante el resto de su vida. El emperador Wei poseía la suficiente sutileza como para saber cuándo había renunciado a una posición ventajosa en cuestiones de comercio y poder y ése era un pensamiento embriagador para Rai Chiang. Se aseguraría de que los Chin fueran informados de todos los detalles de la batalla.

El general Giam observó la nube de polvo que levantaban sus rivales en su avance. Se dio cuenta de que el suelo se estaba secando: ningún campesino se atrevía a regar sus cosechas. Aquéllos que lo habían intentado habían sido asesinados por los batidores del invasor, aparentemente como juego o para iniciar a los más jóvenes. Eso acabaría hoy, se prometió Giam.

Sus órdenes se comunicaban a las filas de soldados mediante unos estandartes que se elevaban sobre altas pértigas para que ondearan en la brisa a la vista de todos. Mientras revisaba las filas cabalgando arriba y abajo, las cruces negras se mezclaron con los banderines rojos, un símbolo de que debían mantenerse firmes en posición. Más allá del espacio ocupado por el ejército, los campos habían sido sembrados con cien mil púas de hierro, escondidas entre la hierba. Giam aguardaba con paciencia a que las tribus los atacaran. Se produciría una carnicería y, a continuación, ordenaría alzar las banderas indicando un ataque en formación cerrada mientras los mongoles estuvieran todavía aturcidos.

La caballería real defendía las alas y asintió para sí al ver sus excelentes caballos, bufando y piafando nerviosamente. Los piqueros del rey ocupaban el centro de sus tropas. Tenían un aire resuelto y un aspecto espléndido con sus uniformes escarlata, que recordaban a las escamas de los peces exóticos. Cuando la nube de polvo creció y todos los soldados sintieron ya la tierra temblar bajo sus pies, sus adustos rostros ayudaron a calmar a los demás. Giam vio que una de las banderas se hundía y envió a un hombre hacia allí para reprender al portaestandartes. El ejército de los Xi Xia estaba alterado, lo percibía en la expresión de sus rostros. Recobrarían el ánimo cuando vieran cómo se rompía la línea de ataque de sus enemigos. Giam notó que su vejiga protestaba y maldijo entre dientes, sabiendo que no podía desmontar ahora que el enemigo se dirigía a toda velocidad hacia ellos. En las filas descubrió a varios hombres que estaban orinando en el polvoriento suelo, preparándose para la batalla.

Se vio obligado a dar las órdenes a gritos por encima del estruendo de los caballos al galope. Los oficiales de la guardia se habían repartido a lo largo de la línea y repitieron la orden de aguantar en posición.

—Sólo un poco más —murmuró. Empezó a reconocer figuras individualizadas entre sus rivales y su estómago dio un vuelco al ver cuántos eran. Notó la mirada de sus conciudadanos sobre su espalda y supo que el rey estaría observando junto con todos los demás hombres y mujeres que pudieran hallar un lugar sobre las murallas.

La supervivencia de Yinchuan dependía de ellos, pero no los defraudarían.

Su segundo de a bordo se aproximó, listo para retransmitir las órdenes de Giam.

—Será una gran victoria, general —afirmó. Giam percibió la tensión en la voz de su subordinado y se obligó a darle la espalda al enemigo.

—Con la mirada del rey posada sobre nosotros, los hombres no deben descorazonarse. ¿Saben que está observando?

—Me he asegurado de que así fuera, general. Ellos...-Sus ojos se abrieron desmesuradamente y, con un brusco giro, Giam volvió la mirada hacia la línea de carga que avanzaba golpeando con sus cascos la llanura.

Desde el centro de la línea, cien ponis se adelantaron al galope y sus jinetes formaron una columna similar al astil de una flecha. Giam los contempló sin entender mientras se acercaban a la zona de pinchos ocultos entre la hierba. Vaciló, indeciso sobre cómo afectaría esa nueva formación a sus planes. Sintió que un hilo de sudor le caía resbalando desde el nacimiento del pelo y desenvainó la espada para calmar sus manos.

—Ya casi estamos... —susurró. Los jinetes cabalgaban inclinados sobre los lomos de sus ponis, con el rostro crispado bajo la fuerza del viento. Giam observó cómo entraban en la trampa que habían preparado y, durante un instante terrorífico, pensó que de algún modo atravesarían sin más la línea de púas. Entonces, de pronto, el primer caballo gritó y dio un traspié que le hizo caer con gran estrépito. Tras él se desplomaron varias docenas de caballos más: los pinchos perforaban la parte blanda de sus cascos y al corcovear arrojaban a los hombres hacia su muerte. La delgada columna titubeó y, por un momento, Giam experimentó una feroz alegría. Vio que la primera línea de jinetes se deshacía cuando la masa de guerreros que los seguían tiraron con furia de sus riendas. Casi todos los que se habían internado a toda velocidad en la zona de pinchos yacían lisiados o muertos sobre la hierba y desde las filas rojas se elevaron vítores de júbilo.

Giam vio que las banderas se alzaban orgullosas sobre las pértigas y apretó el puño derecho lleno de excitación. ¡Que se acercaran a pie y verían qué les tenía preparado!

Más allá del caos de hombres y caballos gimiendo, el grueso del enemigo se arremolinaba sin formación, perdido el ímpetu inicial ante la muerte de sus hermanos. Bajo la mirada de Giam, los indisciplinados guerreros de las tribus cayeron presa del pánico. La única táctica que conocían era cargar como salvajes y se la habían arrebatado con su treta. Sin previo aviso, cientos de ellos dieron media vuelta y regresaron al galope hacia sus propias líneas. La huida en desbandada se propagó como la pólvora entre ellos y Giam vio a los oficiales mongoles vociferando órdenes contradictorias hacia los fugitivos y golpearlos con el dorso de sus espadas cuando pasaban a su lado. Detrás de ellos, el pueblo de Yinchuan rugía entusiasmado.

Giam se giró súbitamente en la silla. Toda su primera fila dio medio paso adelante, ansiosos por saltar como perros sujetos con una cadena. Veía cómo se

incrementaba en ellos la sed de sangre y sabía que tenía que controlarlos.

—¡Quietos! —bramó—. Oficiales, controlad a vuestros hombres. La orden es esperar en posición. —Pero nada podía detenerlos. Un segundo paso rompió el último resquicio de contención y las filas rojas, relucientes en sus nuevas armaduras, se abalanzaron hacia delante dando gritos. El aire se llenó de polvo. Sólo la guardia del rey mantuvo su posición y, al poco, la caballería de las alas se vio forzada a avanzar con los otros para no dejarlos a descubierto. Giam clamó de nuevo, desesperado, y sus propios oficiales corrieron arriba y abajo de las líneas tratando de parar a su ejército. Era imposible. Habían visto al enemigo cabalgando a la sombra de la ciudad durante casi dos meses. Allí tenían al fin la oportunidad de hacerlos sufrir. Mientras corrían y alcanzaban la barrera de púas de hierro, la milicia retaba a sus enemigos a gritos. Los pinchos no eran peligrosos para los hombres a pie y pasaron por encima de ellos a gran velocidad, matando a aquellos guerreros que aún estaban con vida y apuñalando los cadáveres una y otra vez hasta convertirlos en bultos sanguinolentos sobre la hierba.

Giam utilizó su montura para bloquear el avance de las líneas de hombres lo mejor que pudo. Airado, hizo que los cuernos tocaran retirada, pero los hombres estaban sordos y ciegos a todo excepto al enemigo y al rey que los observaba. Era imposible hacer que regresaran a sus puestos.

Desde lo alto de su caballo, Giam vio el repentino cambio en la formación de las tribus antes que ninguno de sus hombres. Ante sus ojos, la desbandada terminó y se formaron nuevas líneas de guerreros mongoles, perfectas, con una disciplina escalofriante. Las tropas escarlata de Xi Xia habían recorrido unos ochocientos metros más allá de las trampas y pozos que habían excavado la noche anterior y seguían corriendo, deseosos de manchar de sangre sus espadas y alejar a esos enemigos de su ciudad. Sin previo aviso, tuvieron frente a sí a un ejército seguro de sí mismo en campo abierto. Gengis dio una única orden y todos los hombres iniciaron el trote. Los guerreros mongoles sacaron sus arcos de unos bolsillos de cuero adosados a las sillas de sus monturas y las primeras flechas de los carcajes de sus caderas o espaldas. Guiaban a sus ponis sólo con las rodillas, cabalgando con las puntas de las largas flechas dirigidas hacia el suelo. Gengis gritó otra orden y los guerreros pusieron sus ponis a medio galope y luego, al instante, a galope tendido, a la vez que situaban ya las flechas junto a sus rostros para lanzar la primera descarga.

Al verse atrapados en campo abierto, el temor atravesó las desordenadas masas del ejército rojo. Las líneas de los Xi Xia se apretaron unas contra otras mientras algunos, en retaguardia, todavía seguían vitoreando, ignorantes de que el ejército mongol se precipitaba sobre ellos de nuevo. Giam empezó a bramar órdenes, intentando desesperadamente incrementar el espacio entre las filas, pero sólo respondió la guardia del rey. Cuando se vieron ante una carga masiva por segunda vez, los hombres de la milicia se apiñaron todavía más, aterrorizados y confusos.

Veinte mil flechas silbantes hicieron caer de rodillas a las líneas rojas. No podían

devolver las descargas ante tal destrucción. Sus ballesteros sólo podrían disparar a ciegas hacia el enemigo, obstaculizados por la confusión de sus compañeros de armas. Los mongoles tensaron y lanzaron diez veces cada sesenta segundos con una puntería arrolladora. La armadura escarlata salvó a unos cuantos, pero cuando se alzaban chillando, otras muchas saetas se hundían en sus cuerpos hasta que ya no se volvían a levantar. Los mongoles se aproximaban velozmente para iniciar el cuerpo a cuerpo, Giam clavó los talones en su caballo y corrió por delante de las malogradas líneas de soldados hasta los piqueros del rey, en un intento desesperado de lograr que resistieran. De algún modo, logró recorrer esa distancia sin un solo rasguño.

Con su roja armadura, nada distinguía a los guardias del rey del resto de la milicia. Cuando Giam asumió el mando, vio a algunos soldados huyendo a la carrera entre las filas de la guardia, perseguidos por jinetes mongoles que aullaban como lobos. Los guardias no escaparon y, con voz seca, Giam dio la orden de alzar las picas, que fue transmitida de fila en fila. Los mongoles advirtieron demasiado tarde que ese grupo no era presa del pánico como los otros. Las hojas de las picas colocadas en un determinado ángulo podían partir a un hombre a la carga por la mitad y decenas de guerreros de las tribus cayeron al intentar atravesar las filas de la guardia al galope. Giam sintió que la esperanza de salvar el día se despertaba en su pecho.

La caballería real había avanzado para defender las alas frente al móvil enemigo. Cuando la milicia fue aplastada, Giam sólo contaba con los pocos miles de soldados entrenados del rey y unos cientos rezagados. Los mongoles parecían disfrutar atacando a los jinetes Xi Xia. Cada vez que la caballería de la guardia trataba de iniciar la carga, las tribus se precipitaban sobre ellos a máxima velocidad y derribaban a varios hombres con sus arcos. Los más feroces se lanzaron sobre los guardias con las espadas en ristre, acercándose y alejándose en trayectorias zigzagueantes como insectos venenosos. Aunque la caballería mantenía la disciplina, habían sido entrenados para derrotar a tropas de infantería en campo abierto y no eran capaces de rechazar ataques que provenían de todas direcciones. A tanta distancia de la ciudad, las cargas se estaban convirtiendo en una masacre.

Los piqueros sobrevivieron las primeras cargas lanzadas contra ellos destripando los caballos mongoles. Cuando la caballería real cayó y sus miembros se dispersaron, los que luchaban a pie quedaron expuestos. Los piqueros no podían girarse con facilidad para dar la cara a sus rivales y siempre que lo intentaban, eran demasiado lentos. Giam seguía vociferando órdenes, cada vez más desalentado, pero los mongoles los rodearon y los hicieron pedazos con una lluvia de flechas que una vez más no le incluyeron entre sus víctimas. Todos los que cayeron se desplomaron con una docena de saetas dentro del cuerpo o bien fueron derribados de la silla por una espada empleada a galope tendido. Las picas se quebraron y fueron pisoteadas. Los escasos supervivientes trataron de echar a correr hacia la sombra de los muros buscando la protección de los arqueros. Prácticamente todos ellos fueron derribados

de sus monturas.

Las puertas estaban cerradas. Cuando Giam se volvió para echar una mirada fugaz a la ciudad, se sintió sofocado por la vergüenza. El rey estaría observando, horrorizado. El ejército estaba destrozado, perdido. Sólo unos pocos hombres maltrechos, exhaustos, habían conseguido alcanzar las murallas. Sin saber cómo, Giam había permanecido sobre la silla, más consciente que nunca de la mirada de su soberano sobre él. Atormentado, alzó la espada y galopó suavemente hacia las líneas mongolas hasta que lo avistaron.

Una flecha tras otra se quebró contra su roja armadura mientras se aproximaba a sus enemigos. Antes de que hubiera alcanzado la línea, un joven guerrero lanzó su caballo a la carrera para irle al encuentro con la espada en ristre. Giam dio un grito salvaje al asestar el golpe, pero el guerrero lo esquivó agachándose, abriendo a la vez un hondo tajo bajo el brazo derecho del general. Giam se balanceó sobre su montura, que disminuyó el trote hasta el paso. Oía al guerrero cabalgar en círculos a su alrededor; pero su brazo pendía sólo de los tendones y no podía levantar la espada. La sangre le corría por los muslos y alzó la vista un instante para recibir el siguiente golpe, cuyo dolor no llegó a sentir y que le arrebató la cabeza, poniendo fin a su vergüenza.

Gengis cabalgó con aire triunfante a través de los montones de cadáveres escarlata, cuya armadura se asemejaba a brillantes caparazones de escarabajos. En la mano derecha sostenía una larga pica con la cabeza del general Xi Xia y, en la punta, su barba blanca ondeaba en la brisa. La sangre fluía desde el astil hasta su mano, donde se secaba, haciendo que los dedos se pegaran entre sí. Algunos soldados enemigos habían escapado corriendo entre los pinchos de hierro, donde sus jinetes no podían seguirlos. Sin cejar en su empeño, había enviado grupos de guerreros a pie, que llevaban sus caballos de las riendas. Había sido un avance lento y, en total, calculó que mil soldados habían conseguido aproximarse lo bastante a la ciudad como para quedar cubiertos por los arqueros. Gengis se rió al ver aquellos hombres descompuestos cobijándose a la sombra de Yinchuan. Las puertas permanecían cerradas y todo lo que podían hacer aquellos desgraciados era seguir con la mirada fija y perdida a sus guerreros, que cabalgaban entre los muertos, riéndose a carcajadas y llamándose unos a otros.

Gengis desmontó al llegar a la hierba y dejó la ensangrentada pica apoyada en el flanco palpitante de su caballo. Se agachó para coger uno de los pinchos y lo examinó con curiosidad. Era un objeto simple formado por cuatro puntas unidas de manera que una permaneciera siempre hacia arriba independientemente de cómo cayera el objeto. Si le hubiera tocado a él adoptar la posición defensiva, pensó que los habría distribuido en bandas que dibujaran círculos concéntricos alrededor del ejército, pero aun así, se dijo, aquellos defensores no respondían a la definición de guerrero que él

conocía. Sus propios hombres eran más disciplinados, habían recibido la lección de una tierra más dura que el apacible valle de los Xi Xia.

Mientras recorría a pie el campo de batalla, Gengis halló en el suelo algunos fragmentos de armadura arrancados y rotos. Estudió uno de aquellos pedazos con interés, observando cómo se había descascarillado la laca roja por los bordes. Algunos de los soldados Xi Xia habían luchado bien, pero los arcos mongoles los habían derribado igualmente. Era un buen presagio para el futuro y la confirmación definitiva de que había traído a su pueblo al lugar adecuado. Los hombres lo sabían y miraban a su khan con admiración y respeto. Los había conducido a través del desierto y los había enfrentado a rivales con escasas habilidades marciales. Aquél era un buen día.

Su mirada se posó en diez hombres vestidos con deels marcados con el bordado azul de los uighurs que caminaban entre los muertos. Uno de ellos llevaba un saco consigo y vio que los demás se inclinaban sobre los cadáveres y hacían un rápido y brusco movimiento con un cuchillo.

—¿Qué hacéis? —les preguntó elevando la voz. Al ver quién se dirigía a ellos, se irguieron con orgullo.

—Barchuk de los uighurs nos dijo que querías saber la cifra de muertos —respondió uno de ellos—. Les estamos cortando la oreja para contarlas más tarde.

Gengis parpadeó. Al mirar a su alrededor, confirmó que muchos de los cadáveres tenían un tajo rojo en el lugar que por la mañana ocupaba su oreja. El saco ya estaba bastante abultado.

—Podéis darle las gracias a Barchuk en mi nombre —comenzó a decir y, a continuación, su voz se apagó. Mientras los guerreros intercambiaban miradas nerviosas, Gengis pasó entre los cadáveres con tres amplias zancadas haciendo que las moscas alzaran el vuelo zumbando.

—Aquí hay un hombre que no tiene ninguna de las dos orejas —dijo Gengis. Los guerreros uighurs se aproximaron a toda prisa y, al ver al soldado desorejado, el hombre que transportaba el saco empezó a maldecir a sus compañeros.

—¡Basura miserable! ¿Cómo vamos a hacer bien los cálculos si les cortáis las dos orejas?

Gengis echó un vistazo a sus caras y estalló en carcajadas mientras retomaba junto a su poni.

Aún se estaba riendo entre dientes mientras recogía la pica y arrojaba al suelo el pincho de negras puntas. Avanzó al paso hacia las murallas con su macabro trofeo, midiendo mentalmente el alcance de los arcos de los Xi Xia.

A plena vista de los hombres que se refugiaban tras las murallas de la ciudad, hundió la pica en el suelo con todo su peso y se retiró, levantando la vista hacia ellos. Como esperaba, una lluvia de delgadas flechas se elevó en el aire en su dirección, pero estaba suficientemente lejos y no se inmutó. En vez de alejarse, desenvainó la espada de su padre y la alzó hacia ellos, mientras a sus espaldas sus tropas rugían y

entonaban cánticos de victoria.

La expresión de Gengis se endureció de nuevo. Había iniciado en la guerra a su nueva nación. Había demostrado que podían vencer incluso enfrentándose a soldados Chin. Y, sin embargo, todavía no había hallado el modo de entrar en una ciudad que se burlaba de él con su poderío. Se dirigió despacio hacia donde se habían reunido sus hermanos y los saludó con una inclinación de cabeza y una orden:

—Romped los canales.

VIII

A pesar de que todos los hombres sanos golpeaban los canales con piedras y martillos de hierro, tardaron seis días en reducir a escombros los conductos que circundaban Yinchuan. Al principio, Gengis contempló la destrucción con salvaje placer confiando en que los ríos de la montaña inundaran la ciudad.

Después, le inquietó comprobar que las aguas subían tan deprisa en la planicie que sus guerreros tuvieron que trabajar con los pies sumergidos hasta el tobillo antes de acabar de destruir el último de los canales. Los días de bochorno provocaban el deshielo de enormes cantidades de nieve de los picos de las montañas y realmente no había considerado dónde podría ir toda esa agua una vez rompieran las canalizaciones que la llevaban a la ciudad y las cosechas.

Incluso las tierras que estaban en ligera pendiente quedaron convertidas en un barrizal al mediodía del tercer día y, aunque las cosechas estaban inundadas, las aguas continuaron subiendo. Gengis notó la expresión divertida que se pintó en los rostros de sus generales al percatarse del error. En un primer momento, disfrutaron de la repentina mejora de la caza: empezaron a aparecer animales pequeños huyendo de la inundación que podían divisar desde lejos por las salpicaduras que levantaban a su paso. Las flechas atravesaron cientos de liebres, que recogieron transformadas en resbaladizos fardos de piel mojada, pero para entonces existía el peligro de que las gers quedaran inservibles. Gengis se vio obligado a mover el campamento varios kilómetros hacia el norte antes de que el agua invadiera toda la llanura.

Por la noche, habían alcanzado un punto por encima del sistema de canales en el que el suelo seguía estando firme. Yinchuan era una mancha oscura en la distancia y, en el terreno que separaba el nuevo campamento de la ciudad, había brotado un nuevo lago de la nada. No tendría más de treinta centímetros de profundidad, pero el sol del atardecer se reflejaba en él y lo hacía brillar con tonos dorados a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Gengis estaba sentado en los escalones que llevaban a su tienda cuando su hermano Khasar apareció con una expresión cuidadosamente neutral. Nadie se había atrevido a decirle nada al hombre que los lideraba, pero esa noche había multitud de caras esforzándose en permanecer serias en el campamento. Las tribus adoraban las bromas y tener que huir de la llanura perseguidos por las aguas era el tipo de cosas que les resultaba cómico.

Khasar siguió la irritada mirada de su hermano hacia la amplia extensión de agua.

—Bueno, hemos aprendido una valiosa lección —murmuró Khasar—. ¿Le ordeno a los guardias que estén alerta por si algún enemigo se presenta a nado?

Gengis miró a su hermano con cara de pocos amigos. Frente a ambos, los niños de la tribu retozaban junto al borde del agua, recubiertos de un negro y fétido barro que se arrojaban a puñados los unos a los otros, Jochi y Chagatai estaban en el centro del grupo, como siempre, encantados con el nuevo aspecto que había adquirido la

llanura Xi Xia.

—El suelo absorberá el agua —replicó Gengis, frunciendo el ceño Khasar se encogió de hombros.

—Si desviamos el agua, sí. Creo que el terreno estará demasiado blando durante un tiempo para cabalgar sobre él. Me da la impresión de que destruir los canales puede no haber sido el mejor plan que se nos haya ocurrido en nuestra vida.

Gengis se volvió a mirar a su hermano, que lo observaba con gesto sardónico, y soltó una risotada mientras se ponía en pie.

—Aprendemos, hermano. Hay tantas cosas aquí que son nuevas para nosotros. La próxima vez te prometo que no romperemos los canales. ¿Contento?

—Sí —contestó Khasar risueño—. Estaba empezando a pensar que mi hermano no podía cometer un error. Ha sido un día muy agradable para mí.

—Pues me alegro por ti —dijo Gengis. Ambos posaron la mirada en los chicos, que habían empezado a pelearse otra vez junto a la orilla. Chagatai se abalanzó sobre su hermano y se revolcaron juntos en el fango, primero uno arriba y luego el otro—. Nadie nos atacará desde el desierto y ningún ejército nos alcanzará aquí con ese lago nuevo en la mitad del camino. Vamos a festejarlo y celebrar nuestra victoria esta noche —concluyó.

Khasar asintió, esbozando una enorme sonrisa.

—¿Sabes qué, hermano mío? Ésa sí que es una buena idea.

Rai Chiang se aferró a los brazos de su butaca dorada, mirando con fijeza la llanura anegada de agua. La ciudad tenía almacenes de carne salada y grano, pero si las cosechas se pudrían, ya no habría más. Le dio vueltas al problema una y otra vez en la cabeza, desesperado. Aunque aún no lo sabían, muchos en la ciudad morirían de hambre. La parte de la guardia que había permanecido a su lado sería arrollada por la muchedumbre hambrienta cuando llegara el invierno y la ruina de Yinchuan se produciría desde su interior.

Por lo que podía ver, las aguas llegaban hasta las montañas. Detrás de la ciudad, al sur, seguía habiendo campos y pueblos donde aún no habían entrado ni los invasores ni las aguas, pero no bastaban para alimentar a todo el pueblo Xi Xia. Pensó en la milicia de aquellos lugares. Si despojaba esas aldeas de todos sus hombres, podría reunir otro ejército, pero perdería las provincias a manos de los bandidos en cuanto la hambruna empezara a hacerse sentir. Era exasperante, pero era incapaz de encontrar una solución a sus problemas.

Suspiró y, al oírle, su primer ministro levantó la vista.

—Mi padre me dijo que me asegurara de que los campesinos siempre tuvieran alimento —dijo Rai Chiang en voz alta—. En aquel momento no comprendí lo importante que era. ¿Qué más da si unos pocos pasan hambre cada invierno? ¿No muestra eso acaso el descontento de los dioses?

El primer ministro asintió con gesto solemne.

—Sin el ejemplo del sufrimiento, majestad, nuestro pueblo no trabajaría. Mientras puedan ver cuál es el resultado de la pereza, trabajarán sin descanso bajo el sol para obtener el sustento para ellos y sus familias. Así han ordenado los dioses el mundo y no podemos oponernos a su voluntad.

—Pero ahora, todos van a pasar hambre —exclamó Rai Chiang, cansado de la monótona voz del funcionario—. En vez de ser sólo un ejemplo, una lección moral, la mitad de nuestro pueblo estará reclamando comida y peleándose en las calles.

—Tal vez, majestad —respondió el ministro, con indiferencia—. Muchos morirán, pero el reino perdurará. Las cosechas crecerán de nuevo y, el año que viene, habrá abundancia de alimentos para las bocas de los campesinos. Los que sobrevivan al invierno, se pondrán gordos y bendecirán tu nombre.

Rai Chiang no encontró las palabras para contradecirle. Desde la torre de su palacio, observaba obsesivamente la multitud que se amontonaba en las calles. Los mendigos más pobres habían oído la noticia de que las cosechas estaban siendo abandonadas en los campos inundados por las aguas de las montañas y que se estaban malogrando. Todavía no tenían hambre, pero estarían imaginando el frío del invierno y ya se habían producido algunos disturbios. Obedeciendo sus órdenes, sus guardias habían sido implacables, ejecutando a cientos de hombres al más mínimo signo de agitación. El pueblo había aprendido a temer al rey y, sin embargo, él los temía más a ellos.

—¿No puede salvarse nada? —inquirió por fin. Tal vez fuera su imaginación, pero le parecía poder oler en la brisa el penetrante aroma que despiden la vegetación cuando se pudre.

El primer ministro reflexionó un momento mientras revisaba una lista de hechos registrados en la ciudad, como si pudiera encontrar algún tipo de inspiración en ella.

—Si los invasores se marcharan hoy, majestad, sin duda podríamos salvar parte de los cereales más resistentes. Podríamos sembrar arroz en los campos inundados y obtener una cosecha. Podríamos reconstruir los canales, o redirigir el curso del agua en torno a la llanura. Quizá podríamos salvar o reemplazar un diezmo de la producción.

—Pero es que los invasores no se van a marchar —prosiguió Rai Chiang. Golpeó el brazo del sillón con el puño—. Nos han derrotado. Esos piojosos y mugrientos mongoles han herido el mismo corazón de Xi Xia y entre tanto yo tengo que sentarme aquí y presidir nuestra ruina bajo este hedor a trigo podrido.

El primer ministro agachó la cabeza ante tal diatriba, sin atreverse a hablar. Dos de sus colegas habían sido ejecutados esa misma mañana por orden de un rey cada vez más iracundo. No deseaba unirse a ellos.

El rey se puso en pie y juntó las manos a la espalda.

—Se me han agotado las alternativas. Ni quitándole su milicia a todos los pueblos del sur reuniría una cifra de soldados igual a la que se enfrentó a ellos y fracasó.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que esos pueblos se convirtieran en bastiones de bandoleros sin los soldados del rey para mantenerlos bajo control? Perdería el sur además del norte y, a continuación, caería la ciudad. —Maldijo entre dientes y el ministro palideció—. No pienso quedarme sentado esperando a que los campesinos se amotinen contra mí o a que este nauseabundo olor llene todas y cada una de las estancias de la ciudad. Envía mensajeros a hablar con el líder de esa gente. Dile que le concedo audiencia para discutir sus demandas sobre mi pueblo.

—Majestad, son poco más que perros salvajes —contestó barbotando el ministro—. Es imposible negociar con ellos.

Rai Chiang se volvió con los ojos llenos de furia hacia su súbdito.

—Envíalos. No he sido capaz de destruir a ese ejército de perros salvajes. Todo lo que sé es que no consentiré que me arrebaté mi ciudad. Quizá pueda sobornarlo para que se vaya.

El ministro se sonrojó abrumado por la vergüenza que suponía la tarea encomendada, pero se postró en el suelo ante su rey, tocando con la frente la fría madera.

Al atardecer los hombres de las tribus estaban borrachos y cantando. Los contadores de historias habían relatado anécdotas de la batalla y de cómo Gengis había atraído al enemigo para que saliera de su círculo sembrado de hierros. Relataron también poemas cómicos que hicieron que los niños se retorcieran de risa y, antes de que desapareciera la última luz, se celebraron numerosas competiciones de lucha y de arco, cuyos vencedores, tocados con una corona de hierba, bebieron hasta perder la consciencia.

Gengis y sus generales presidían el festejo. Gengis bendijo más de diez nuevos matrimonios y regaló armas y ponis de su propia manada a aquellos guerreros que se habían distinguido en la lucha. Las gers estaban repletas de mujeres capturadas en las aldeas, aunque no todas las esposas recibieron con buena cara a las recién llegadas. Más de una riña entre mujeres había terminado en un derramamiento de sangre, y todas las veces las nervudas féminas mongolas habían resultado victoriosas frente a las cautivas de sus esposos. Antes de que cayera la noche, Kachiun había tenido que acudir a la escena de tres homicidios distintos: el licor de airag hacía arder la ira en las venas. Había ordenado que dos hombres y una mujer fueran atados a un palo y que fueran golpeados hasta que manara la sangre de sus cuerpos. Los que habían muerto no le importaban, pero no deseaba ver a las tribus caer en una orgía de lujuria y violencia. Tal vez gracias a su mano de hierro, cuando aparecieron las primeras estrellas en el cielo, el humor de las tribus seguía siendo alegre y, aunque algunos añoraban las estepas de su patria, miraban a sus líderes con orgullo.

Junto a la ger donde Gengis se reunía con sus generales estaba el hogar de su familia, que no era mayor ni exhibía más ornamentos que el resto de tiendas levantadas por las demás familias de la nueva nación. Mientras él aclamaba junto a los demás a los participantes en los combates de lucha y se iban encendiendo las antorchas en el vasto campamento, su esposa Borte cantaba suavemente para sus cuatro hijos mientras comían. Había sido difícil dar con Jochi y Chagatai en la penumbra del atardecer, ya que los niños querían compartir por más tiempo el bullicio y la diversión de la fiesta y no querían irse a dormir. Borte se había visto obligada a mandar a tres guerreros a registrar las tiendas buscándolos y por fin los habían traído de vuelta, aún luchando por zafarse. En el interior de la pequeña ger, se lanzaban miradas desafiantes el uno al otro mientras Borte canturreaba para adormecer a Ogedai y al pequeño Tolui. Había sido un día agotador para ellos y, poco después, los dos pequeños estaban soñando entre las mantas.

Borte se volvió hacia Jochi, frunciendo el ceño al ver su expresión enfadada.

—No has comido nada, hombrecito —le reprendió. El muchacho se sorbió la nariz sin responder y Borte se inclinó sobre él—. ¿No será airag lo que estoy notando en tu aliento? —preguntó en tono autoritario. La actitud de Jochi cambió en un instante y subió las rodillas como si se protegiera.

—Podría ser —respondió Chagatai, contento de tener una oportunidad de ver sufrir a su hermano—. Algunos hombres le dieron una bebida y le he visto vomitar en la hierba.

—¡Cierra la boca! —gritó Jochi, poniéndose en pie de un salto. Borte, contra cuya fuerza no podía competir el chico, lo sujetó del brazo. Chagatai sonrió de oreja a oreja, plenamente satisfecho.

—Está enfadado porque esta mañana se le ha roto su arco favorito —espetó Jochi, mientras intentaba librarse de la férrea mano que lo inmovilizaba—. ¡Suéltame!

Como respuesta, Borte le dio una bofetada que lo hizo caer entre las mantas. No fue un golpe fuerte, pero el niño se llevó la mano a la cara, entre asustado y sorprendido.

—He visto cómo os peleabais todo el día —dijo, enojada—. ¿Cuándo vais a daros cuenta de que no podéis seguir luchando como cachorros delante de las tribus? Vosotros no. ¿Creéis que a vuestro padre eso le hace feliz? Si se lo digo, veréis...

—No se lo digas —pidió Jochi enseguida, con el miedo asomando a su rostro.

Borte se ablandó al instante.

—No, no se lo diré si os portáis bien y trabajáis. No vais a heredar nada de él sólo por ser sus hijos. ¿Es Aíslan sangre de su sangre? ¿O Jelme? Si demostráis que tenéis madera de líderes, os elegiré, pero no esperéis que os prefiera frente a hombres que sean mejores que vosotros.

Ambos chicos la escucharon con atención y Borte se dio cuenta de que nunca

antes les había hablado así. Se sorprendió al notar cómo absorbían cada palabra que salía de sus labios y consideró qué más podía decirles antes de que se distrajeran.

—Comeos la cena mientras me escucháis —ordenó. Observó complacida cómo los dos muchachos cogían los platos de carne y empezaban a engullir la comida a pesar de que se había quedado completamente helada. Mientras aguardaban a que su madre continuara hablando, no le quitaban los ojos de encima—. Creí que, a estas alturas, vuestro padre ya os lo habría explicado —murmuró—. Si fuera el khan de una pequeña tribu, quizá su hijo mayor podría esperar heredar su espada, su caballo y sus vasallos. Eso es lo que esperaba vuestro padre del abuelo Yesugei, aunque su hermano Bekter era el primogénito.

—¿Qué le pasó a Bekter? —preguntó Jochi.

—Padre y Kachiun lo mataron —contestó Chagatai, con expresión triunfante. Borte se estremeció y Jochi se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

—¿De verdad?

Su madre suspiró.

—Esa historia os la contaré otro día. No sé dónde ha podido oírla Chagatai, pero tendría que saber que no debería escuchar los cotilleos de las fogatas.

Chagatai hizo un rápido gesto de asentimiento a su hermano Jochi a espaldas de su madre, entusiasmado al ver la inquietud pintada en su rostro. Borte lo pilló antes de que pudiera quedarse quieto de nuevo y le lanzó una mirada irritada.

—Vuestro padre no es un simple khan de las colinas —les dijo—. Tiene más tribus de las que pueden contarse con los dedos. ¿Creéis que se lo entregaría todo a un pelele? —Se giró hacia Chagatai—. ¿O a un tonto? —Meneó la cabeza—. No, no lo hará. Tiene hermanos pequeños y esos hermanos tendrán hijos. El próximo khan puede ser uno de ellos, si no se siente satisfecho con los hombres en los que os convertiréis.

Jochi bajó la cabeza mientras asimilaba la información.

—Soy el mejor con el arco —musitó—. Y mi poni sólo es lento porque es muy pequeño. Cuando tenga una montura de hombre, seré más rápido.

Chagatai soltó un resoplido.

—No estoy hablando de dotes para la guerra —intervino Borte, molesta—. Ambos llegaréis a ser excelentes guerreros, lo he visto en los dos. —Antes de que pudieran vanagloriarse por el raro cumplido, continuó—: Vuestro padre os analizará para saber si sois capaces de liderar a otros hombres y pensar con rapidez. ¿Visteis cómo ascendió a Tsubodai a comandante de cien hombres? Ese chico es un desconocido, no pertenece a ningún linaje importante, pero vuestro padre respeta su mente y su destreza. Lo pondrá a prueba, pero podría ser uno de sus generales cuando sea un adulto. Podría mandar a mil, tal vez incluso a diez mil guerreros en la batalla. ¿Haríais vosotros lo mismo?

—¿Por qué no? —dijo Chagatai instantáneamente.

Borte se volvió hacia él.

—Cuando estás jugando con tus amigos, ¿eres tú al que los demás siguen? ¿Siguen tus ideas o eres tú quien sigue las suyas? Piénsalo bien, porque habrá muchos que te adularán por ser hijo de tu padre. Piensa en aquéllos a los que tú respetas. ¿Te escuchan?

Chagatai se mordió los labios mientras reflexionaba. Se encogió de hombros.

—Algunos de ellos. No son más que niños.

—¿Por qué iban a seguirte cuando te pasas los días peleándote con tu hermano? —contestó su madre, insistiendo.

El rostro del niño se llenó de resentimiento al enfrentarse a ideas demasiado grandes para él. Levantó la barbilla con aire desafiante.

—No seguirán a Jochi. Él cree que deberían, pero nunca lo harán.

Al oír esas palabras, Borte sintió que una daga fría se clavaba en su pecho.

—¿Es eso verdad, hijo mío? —preguntó con suavidad—. ¿Por qué no van a seguir a tu hermano mayor?

Chagatai miró hacia otro lado, y Borte alargó la mano y le agarró el brazo con tanta fuerza que le hizo daño. El niño no se quejó, aunque las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Hay secretos entre nosotros, Chagatai? —le preguntó Borte; con la voz crispada—. ¿Por qué nunca seguirán a Jochi?

—¡Porque es un bastardo tártaro! —chilló Chagatai. Esta vez, la bofetada de Borte no fue suave. Le echó la cabeza hacia un lado y el niño cayó sobre la cama despatarrado y aturdido. Un hilillo de sangre empezó a gotear de su nariz y Chagatai estalló en sollozos, impresionado.

Detrás de Borte, Jochi habló en voz baja.

—Les dice eso todo el tiempo —admitió. Su voz estaba llena de rabia y desolación, y Borte se dio cuenta de que estaba llorando por el dolor de su hijo. El llanto de Chagatai había despertado a los dos pequeños y ellos también empezaron a sollozar, afectados por la escena que estaba teniendo lugar en la ger, sin comprenderla.

Borte abrió los brazos hacia Jochi y lo abrazó.

—No puedes desear que esas palabras regresen a la estúpida boca de tu hermano —murmuró con la boca en su pelo. Entonces se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos, intentando hacérselo entender—. Algunas palabras pueden ser un peso muy cruel sobre un hombre, a menos que consiga ignorarlas. Tendrás que ser mejor que los demás para ganarte la aprobación de tu padre. Ahora lo sabes.

—Entonces, ¿es verdad? —susurró, retirando la vista. Jochi sintió cómo la espalda de su madre se ponía rígida mientras consideraba su respuesta y él también empezó a llorar suavemente.

—Tu padre y yo te empezamos un invierno en una estepa lejana, a cientos de kilómetros de los tártaros. Es verdad que durante un tiempo estuve separada de él y él... mató a los hombres que me secuestraron, pero tú eres su hijo y el mío. Su

primogénito.

—Pero mis ojos son distintos —replicó.

Borte resopló.

—Y los de Bekter también. Era hijo de Yesugei, pero tenía los ojos oscuros como los tuyos. Nadie se atrevió nunca a sugerir que no fuera de la misma sangre que su padre. No pienses en eso, Jochi. Eres el nieto de Yesugei y el hijo de Gengis. Un día serás khan.

Mientras Chagatai se sorbía los mocos y se limpiaba la sangre con el dorso de la mano, Jochi hizo una mueca y se echó hacia atrás para mirar a su madre. Era evidente que estaba reuniendo valor y respiró hondo antes de hablar. Su voz tembló, humillándolo delante de sus hermanos.

—Él mató a su hermano —dijo— y he visto la forma en que me mira. ¿No me quiere ni un poco?

Borte apretó al niño contra su pecho, sintiendo que se le rompía el corazón.

—Claro que te quiere. Conseguirás que te vea como su heredero. Harás que se sienta orgulloso de ti.

IX

Los cinco mil guerreros tardaron aún más tiempo en desviar los canales con tierra y escombros de lo que habían tardado en destruirlos. Gengis había dado la orden cuando vio que los niveles del agua amenazaban incluso el terreno elevado del nuevo campamento. Cuando concluyeron la tarea, el agua formó nuevos lagos al este y al oeste, pero por fin el camino hacia Yinchuan empezó a secarse bajo el sol. La tierra estaba llena de plantas negras y grasientas y nubes de mosquitos que irritaban a las tribus. Al avanzar sus ponis se hundían hasta las rodillas en fango pegajoso, lo que dificultaba la labor de los batidores y acentuaba la sensación de confinamiento en las gers. Cada noche se producían numerosas discusiones y riñas entre las tribus y a Kachiun cada vez le costaba más mantener la paz.

Las noticias de que ocho jinetes se esforzaban en atravesar la anegada planicie fue bienvenida por todos aquellos que se habían hartado de estar inactivos. No habían atravesado el desierto para quedarse parados en ese lugar. Hasta los niños habían perdido el interés en las aguas de las creadas y muchos de ellos habían caído enfermos por beber agua estancada.

Gengis observó a los jinetes Xi Xia pugnando por avanzar por el barro. Había reunido a cinco mil de sus guerreros para esperarlos en terreno seco, situándolos justo al borde del fango, de modo que sus enemigos no tuvieran donde descansar. Los caballos Xi Xia ya estaban resollando por el esfuerzo de arrancar cada pata de la espesa tierra y a los jinetes les costaba mantener la dignidad mientras hacían lo que podían por no caerse.

Con enorme satisfacción, Gengis vio que uno de ellos efectivamente terminó resbalando de la silla cuando su montura dio un bandazo al meterse en un agujero. Burlonas, las tribus se desternillaron de risa mientras el hombre tiraba con ferocidad de las riendas y montaba de nuevo, empapado de agua mezclada con tierra. Gengis miró de reojo a Barchuk, que estaba a su lado, y notó su expresión de satisfacción. Estaba allí en calidad de intérprete, pero Kokchu y Temuge estaban junto a ellos también para oír qué tenían que decir los heraldos del rey. Ambos habían emprendido sus estudios de la lengua de los Chin con un placer, en opinión de Gengis, indecente. Era evidente que el chamán y el hermano pequeño de Gengis estaban nerviosos y contentos ante la oportunidad de poner a prueba su recién adquirido conocimiento.

Los jinetes se detuvieron cuando Gengis alzó la palma extendida. Estaban a suficiente distancia para poder oír su mensaje y, aunque parecían ir desarmados, no era un hombre confiado. Si él estuviera en la posición de los Xi Xia, sin duda una tentativa de asesinar a su líder sería una de las opciones que estaría considerando. A su espalda, las tribus observaban en silencio con los arcos dobles en la mano.

—¿Os habéis perdido? —exclamó Gengis. Los mensajeros miraron a uno del grupo, un soldado ataviado con una elegante armadura que incluía una pieza de

cabeza recubierta con escamas de hierro. Gengis asintió para sí, adivinando que aquel hombre hablaría en nombre de todos. No se sintió decepcionado.

—Traigo un mensaje del rey de los Xi Xia —respondió el soldado. Para decepción de Temuge y Kokchu, las palabras, pronunciadas con perfecta claridad, pertenecían a la lengua de las tribus.

Gengis lanzó una mirada inquisitiva a Barchuk y el Khan de los uighurs habló en un murmullo, moviendo apenas los labios.

—Lo he visto antes, en los días de comercio. Es un oficial de rango medio, muy orgulloso.

—Lo parece, con esa armadura tan hermosa —respondió Gengis, antes de alzar la voz para dirigirse a los soldados.

—Desmontad para hablar conmigo —exigió Gengis. Los jinetes se miraron con expresión resignada y Gengis ocultó su diversión mientras descendían al espeso barro. Los soldados quedaron prácticamente inmovilizados y sus expresiones le levantaron el ánimo.

—¿Qué tiene que decir vuestro rey? —prosiguió Gengis, mirando fijamente al oficial, que se había puesto rojo de ira al arruinarse las botas con el fango y se tomó un momento para controlar sus emociones antes de responder.

—Mi rey te pide que aceptes una tregua y te reúnas con él a la sombra de los muros de Yinchuan. Su honor garantizará que nadie te ataque mientras estés allí.

—¿Qué tiene que decirme? —repitió Gengis, como si no hubiera escuchado ninguna respuesta.

El color rojo del rostro del soldado se intensificó.

—Si supiera lo que está pensando, esa reunión tendría escaso sentido —soltó. Los que lo rodeaban miraron con nerviosismo a las huestes de guerreros mongoles que los observaban sin soltar sus arcos. Habían sido testigos de la extraordinaria precisión de esas armas y sus ojos rogaron a su portavoz que no incurriera en ninguna ofensa que pudiera provocar un ataque.

Gengis sonrió.

—¿Cómo te llamas, malhumorado?

—Ho Sa. Soy Hsiao-Wei de Yinchuan. Podrías llamarme khan, quizá, un oficial de rango.

—Yo no te llamaría khan —replicó Gengis—. Pero te doy la bienvenida a mi campamento, Ho Sa. Envía a esas cabras de vuelta al hogar y te recibiré en mi tienda y compartiré mi té y mi sal contigo.

Ho Sa se volvió hacia sus compañeros e hizo un brusco gesto con la cabeza señalando la ciudad. Uno de ellos pronunció una retahíla de sílabas incomprensibles que hicieron que Kokchu y Temuge alargaran el cuello para oír mejor. Ho Sa miró a su compañero y se encogió de hombros y, a continuación, Gengis vio que los otros siete montaban a sus caballos y daban media vuelta para regresar a la ciudad.

—Esos caballos son muy hermosos —dijo Barchuk, junto a su oído. Gengis miró

al khan de los uighurs y asintió, cruzando una mirada con Arslan que se encontraba entre los guerreros que aguardaban en línea a su lado. Con un firme ademán, Gengis señaló con dos dedos al grupo que se alejaba, como una serpiente al ataque.

Un instante después, cien flechas atravesaron el aire y derribaron limpiamente a los siete jinetes de sus sillas. Uno de los caballos murió también y Arslan, furioso, reprobó al desafortunado guerrero responsable de esa incompetencia. Bajo la atenta mirada de Gengis, Arslan le arrebató el arco y cercenó la cuerda con un brusco movimiento de su cuchillo antes de devolvérselo. El guerrero lo recogió humillado, con la cabeza gacha.

Los cadáveres quedaron tendidos en la planicie, boca abajo, hundidos en el fango. En ese tipo de terreno, era difícil que un caballo se desbocara. Sin jinete sobre el lomo que los instara a avanzar, se quedaron inmóviles y sin energía, devolviendo la mirada a las tribus. Dos de ellos acariciaron con el hocico los cuerpos de los hombres que habían conocido, relinchando nerviosamente al percibir el olor de la sangre.

Ho Sa observaba la escena con los labios apretados de rabia cuando Gengis se giró hacia él.

—Eran buenos caballos —espetó Gengis. La expresión del soldado no cambió y el khan se encogió de hombros—. Las palabras no son pesadas. No hace falta más que uno de vosotros para transportar mi respuesta.

Hizo que Ho Sa fuera conducido a la gran ger y que le ofrecieran té salado, mientras él permanecía allí para ver cómo capturaban los caballos y los reconducían al campamento.

—Seré el primero en elegir —le dijo a Barchuk. El khan de los uighurs asintió con la cabeza, alzando la vista durante un instante. Que Gengis eligiera el primero significaba que se quedaría con el mejor, pero aun así todos los animales eran buenas y valiosas monturas.

A pesar de que la estación estaba ya muy avanzada, el sol abrasaba el valle de los Xi Xia, y para cuando Gengis salió a caballo hacia la ciudad, la tierra, cocida, se había cubierto de una fina costra. El rey había solicitado que trajera sólo a tres acompañantes, pero otros cinco mil cabalgaron con él los primeros kilómetros. Cuando estaba lo bastante cerca como para distinguir detalles del pabellón erigido delante de la ciudad, la curiosidad de Gengis era inmensa. ¿Qué podría querer el rey de él?

Un poco a regañadientes, dejó atrás a su escolta, sabiendo que Khasar correría a ayudarlo a una señal suya. Había barajado las posibilidades de organizar un ataque sorpresa contra el rey mientras parlamentaban, pero Rai Chiang no era ningún idiota. La carpa de color melocotón que habían levantado estaba muy próxima a las murallas de la ciudad. Sus enormes arcos, con sus flechas de punta de hierro, largas como un hombre, podían destruir el pabellón en escasos momentos y asegurarse de que Gengis

no sobreviviera. El rey era más vulnerable fuera de los muros, pero el equilibrio era delicado.

Gengis cabalgaba muy estirado en la silla, a unos pasos por delante de Arslan, Kachiun y Barchuk de los uighurs. Iban armados y llevaban unas dagas escondidas en su armadura por si el rey insistía en que se despojaran de sus espadas.

Gengis trató de animar su adusta expresión mientras absorbía todos los detalles del toldo melocotón. Le gustaba ese color y se preguntó dónde podría encontrar seda de esa amplitud y calidad. Apretó los dientes al ver la ciudad intacta frente a sí. Si hubiera hallado un modo de entrar, no habría accedido a reunirse con el rey de los Xi Xia. Le fastidiaba pensar que, como le habían dicho, todas las ciudades de las tierras de los Chin estuvieran tan bien protegidas como ésta y todavía no hubiera descubierto la forma de romper sus defensas.

Los cuatro jinetes guardaron silencio mientras entraban en la fresca sombra y desmontaban. El toldo los ocultaba de la vista de los arqueros y Gengis sintió cómo se relajaba al acercarse a los guardias del rey, aún sin hablar.

No cabía ninguna duda de que habían sido elegidos para impresionarlos, se dijo, observándolos. Alguien había considerado las dificultades que implicaba esa reunión. La entrada al pabellón era ancha para que pudiera comprobar que no había ningún asesino escondido para atraparlo según entraba. Los guardias eran de compleción fornida y no lo saludaron ni dieron muestra alguna de haberlo visto, sino que mantuvieron la vista fija en la línea de guerreros que Gengis había destacado en la distancia como si fueran estatuas.

A pesar de que había varios asientos, en el pabellón no había más que un hombre y Gengis lo saludó.

—¿Dónde está tu rey, Ho Sa? ¿Es demasiado temprano para él?

—Ya viene, mi señor khan. Un rey nunca es el primero en llegar.

Gengis enarcó una ceja mientras consideraba si debía sentirse ofendido.

—Quizá debería marcharme. Al fin y al cabo, no fui yo quien le pidió que viniera.

Ho Sa se sonrojó y Gengis sonrió. Era fácil irritar a aquel hombre, pero se había dado cuenta de que le gustaba, pese a su elevado amor propio. Antes de que pudiera contestar, el sonido de los cuernos resonó en las murallas de la ciudad y los cuatro mongoles echaron mano a sus espadas. Ho Sa levantó la mano.

—El rey garantiza la paz, mi señor khan. Los cuernos suenan para hacerme saber que está abandonando la ciudad.

—Sal a verlo llegar —indicó Gengis a Arslan—. Dime cuántos hombres vienen con él. —Hizo un esfuerzo por relajar los músculos allí donde se habían contraído. Ya en otras ocasiones se había encontrado con khanes y los había matado en sus propias tiendas. No había nada nuevo en esa reunión, se dijo, y, sin embargo, no conseguía desterrar una cierta sensación de reverencia y fascinación de su interior, un eco de las maneras de Ho Sa. Gengis sonrió ante su propia necedad, dándose cuenta de que tenía mucho que ver con estar tan lejos de casa. Todo era nuevo y diferente de las

estepas que tan bien recordaba, pero no había otro lugar donde habría preferido estar esa mañana.

Arslan regresó con rapidez.

—Viene en una litera portada por esclavos. Se parece mucho a la que utilizaba Wen Chao.

—¿Cuántos esclavos? —replicó Gengis frunciendo el ceño. Los acompañantes del rey sobrepasarían en número a los suyos y la irritación se reflejó en su cara.

Ho Sa respondió antes que Arslan.

—Son eunucos, mi señor. Ocho hombres fuertes, pero no guerreros. No son distintos de las bestias de carga y se les prohíbe llevar armas.

Gengis reflexionó durante unos momentos. Si se marchaba antes de que llegara el rey, los hombres que se refugiaban en la ciudad creerían que había perdido los nervios. Tal vez incluso sus propios guerreros pensarán lo mismo. No se movió. Ho Sa llevaba una larga espada en su cinturón y los dos guardias estaban bien armados. Sopesó los riesgos y, al instante, los desterró de su mente. A veces, un hombre puede preocuparse en exceso sobre lo que podría suceder. Se rió entre dientes, sorprendiendo a Ho Sa, y, a continuación, se sentó para aguardar al rey.

Mientras se aproximaban al pabellón de seda, los portadores sostenían su preciosa carga a la altura de la cintura. Desde el interior, Gengis y sus tres acompañantes contemplaron con interés cómo depositaban el palanquín en el suelo. Seis de ellos se pusieron de pie en silencio, mientras los otros dos desenrollaban una larga alfombra de seda por encima del barro. Para asombro de Gengis, extrajeron unas flautas de madera del fajín que llevaban anudado a la cintura y empezaron a tocar una sutil melodía: las cortinas del palanquín se abrieron. Escuchar la música suspendida en la brisa transmitía una sensación extrañamente serena y Gengis observó con fascinación cómo Rai Chiang bajaba de la litera.

El rey era un hombre de constitución delgada, aunque vestía una armadura perfectamente ajustada a su tamaño. Las escamas habían sido pulidas con esmero para lograr el máximo lustre y el rey relucía bajo el sol. En la cadera llevaba una espada con empuñadura enjoyada y Gengis se preguntó si alguna vez la habría sacado de la funda en un arrebato de ira. Cuando Rai Chiang salió a la luz, la música se intensificó y Gengis admitió para sí que estaba disfrutando del espectáculo.

El rey de los Xi Xia hizo una señal con la cabeza a los dos guardias y avanzaron desde su posición en el pabellón para colocarse a su lado. Sólo entonces recorrió los pocos pasos que lo separaban del lugar donde lo esperaban Gengis y sus acompañantes, que se pusieron en pie para saludarlo:

—Señor khan —dijo Rai Chiang, inclinando la cabeza. Tenía un acento extraño y pronunció las palabras como si las hubiera memorizado sin comprenderlas.

—Majestad —respondió Gengis. Empleó la palabra Xi Xia que Barchuk le había enseñado. Vislumbró un destello de interés en los ojos del rey y se sintió complacido. Durante un fugaz instante, deseó que su padre estuviera vivo para ver a su hijo

reunirse con un rey en un país extranjero.

Los dos guardias tomaron posiciones enfrente de Kachiun y Arslan, evidentemente para estar preparados en caso de que surgiera algún problema. Los dos generales les devolvieron la mirada con expresión impasible. Eran meros espectadores en aquel encuentro, pero ninguno de ellos dejaría que lo cogieran por sorpresa. Si el rey había planeado matarlos, tampoco él sobreviviría al intento.

Arslan frunció el ceño ante un pensamiento que le había asaltado súbitamente. Ninguno de ellos había visto a un rey antes. Si fuera un impostor, el ejército de Yinchuan podría aplastar el pabellón por completo desde los muros y perder sólo unos cuantos hombres leales. Miró fijamente a Ho Sa para tratar de percibir si estaba más tenso de lo habitual, pero no mostraba ningún signo de estar preparándose para una destrucción inminente.

Rai Chiang comenzó a hablar en la lengua de su pueblo. Su voz era firme, como era de esperar en alguien tan acostumbrado a ejercer autoridad. Sostuvo la mirada de Gengis mientras pronunciaba su discurso y ninguno de los dos hombres parpadeó. Cuando el rey terminó de hablar, Ho Sa se aclaró la garganta y mantuvo una expresión cuidadosamente neutra mientras traducía sus palabras.

—¿Por qué saquean los uighurs las tierras de los Xi Xia? ¿No hemos sido justos con vosotros en nuestros tratos?

Barchuk hizo un ruido con la garganta al oír aquello, pero la mirada del rey no se separó de Gengis.

—Soy el khan de todas las tribus, majestad —respondió Gengis—, de los uighurs entre ellas. Hemos salido a conquistar tierras porque tenemos la fuerza para gobernar. ¿Qué otra razón hace falta?

El rey arrugó la frente mientras escuchaba la traducción de Ho Sa. Su respuesta fue mesurada, sin delatar ni un ápice su ira.

—¿Os quedaréis acampados en las inmediaciones de mi ciudad hasta el fin de los tiempos? Eso no es aceptable, señor khan. ¿No contempláis la posibilidad de negociar en la guerra?

Gengis se echó hacia delante, interesado.

—No negociaré con los Chin, majestad. Tu pueblo es mi enemigo desde tiempos inmemoriales y quiero ver vuestras ciudades reducidas a cenizas. Vuestras tierras son mías y las recorreré de arriba abajo tanto como guste.

Gengis esperó pacientemente hasta que Ho Sa hubo trasladado sus palabras al rey. Todos los hombres presentes en la tienda notaron la súbita animación que se produjo en los rasgos de Rai Chiang al oírlas. Se enderezó en su asiento y su voz adoptó un tono entrecortado. Con cautela, Gengis se puso alerta mientras aguardaba a que hablara Ho Sa, pero fue Barchuk quien se ocupó de la traducción.

—Dice que su pueblo no pertenece a la raza Chin —explicó Barchuk—. Si son ellos vuestros enemigos, ¿por qué os demoráis en el valle de los Xi Xia? Las grandes ciudades Chin se encuentran al norte y al este. —El rey volvió a hablar y Barchuk

asintió para sí—. Creo que no son los amigos que una vez fueron, mi señor khan. A este rey no le desagradaría que atacaras las ciudades Chin.

Gengis apretó los labios mientras meditaba.

—¿Por qué debería dejar un enemigo a mis espaldas? —inquirió.

Cuando le entendió, Rai Chiang habló de nuevo. Mientras escuchaba, Ho Sa había palidecido, pero tomó la palabra antes de que Barchuk comenzara a traducir.

—Deja tras de ti un aliado, señor khan. Si tu verdadero enemigo son los Chin, enviaremos los tributos a tus tribus mientras estemos ligados por el vínculo de la amistad. —Nervioso, Ho Sa tragó saliva con dificultad—. Mi rey te ofrece seda, halcones y piedras preciosas, provisiones y armaduras. —Respiró hondo y prosiguió—: Camellos, caballos, telas, té y mil monedas de bronce y plata que se te pagarán todos los años. Es una oferta que hace a un aliado, que no consideraría hacer a un enemigo.

Rai Chiang habló de nuevo, impaciente, y Ho Sa lo escuchó. Se quedó muy quieto mientras su rey hablaba y se atrevió a formular una pregunta. Rai Chiang hizo un brusco gesto con la mano y Ho Sa inclinó la cabeza, claramente trastornado.

—Además, mi rey te ofrece a su hija, Chakahai, como esposa.

Gengis parpadeó un par de veces, considerando la oferta. Se preguntó si la joven sería demasiado fea como para conseguir marido entre los Xi Xia. Las tribus recibirían con alegría el botín y disuadiría a los pequeños khanes de sus complots. La idea del tributo no era nueva para las tribus, aunque nunca habían tenido la oportunidad de solicitarlo de un enemigo realmente rico. Habría preferido ver destruida aquella ciudad de piedra, pero ninguno de sus hombres había logrado sugerir un plan plausible. Gengis se encogió de hombros. Si conseguía dar con uno en el futuro, regresaría. Hasta entonces, que creyeran que habían comprado la paz. Las cabras podían ser ordeñadas muchas veces y sacrificadas sólo una. Todo lo que tenía que hacer era obtener el mejor trato posible.

—Dile a tu amo que su generosidad es bien recibida —contestó con sarcasmo—. Si pudiera añadir a la oferta dos mil de sus mejores soldados, con buenas armaduras y buenas monturas, me marcharé de este valle antes de que cambie la luna. Mis hombres destruirán el fuerte que bloquea el paso del desierto. Los aliados no necesitan que ningún muro los separe.

Cuando Ho Sa empezó a traducir; Gengis se acordó del interés que Barchuk había expresado por las bibliotecas de los Xi Xia. Ho Sa hizo una pausa para escuchar a Gengis, que tomó de nuevo la palabra, interrumpiendo su discurso.

—Algunos de mis hombres aman el estudio —dijo Gengis—. Les gustaría tener la oportunidad de leer los manuscritos de los Xi Xia. —Ho Sa abrió la boca, pero Gengis continuó—: Pero no sobre filosofía. Sobre cuestiones prácticas, temas que puedan interesar a un guerrero, si es que tenéis alguno.

Mientras Ho Sa se esforzaba en repetir todo lo que había oído, la expresión de Rai Chiang era inescrutable. La reunión parecía haber concluido y, cuando Rai Chiang no

hizo ninguna contraoferta, Gengis reconoció su desesperación. Estaba a punto de levantarse, cuando decidió poner a prueba su suerte.

—Si quiero entrar en las ciudades de los Chin, necesitareé armas que sean capaces de derribar muros. Pregúntale a tu rey si puede incluir unas máquinas así junto con todo lo demás.

Ho Sa habló con nerviosismo, percibiendo la ira que se apoderaba de Rai Chiang a medida que iba entendiendo la petición. Al final habló a la vez que negaba con la cabeza.

—Mi rey dice que sería un tonto si hiciera algo así —tradujo Ho Sa, sin atreverse a mirar a Gengis a los ojos.

—Sí, sí que lo habría sido —contestó Gengis con una sonrisa—. El terreno se ha secado y podéis cargar los regalos en carros nuevos, con ejes bien engrasados para soportar un largo viaje. Puedes decirle a tu rey que su oferta me agrada. Le mostraré ese agrado a los Chin.

Ho Sa tradujo sus palabras y el rostro de Rai Chiang no exteriorizó ningún tipo de satisfacción. Todos los hombres se levantaron a un tiempo y Gengis y sus compañeros salieron delante, dejando a Rai Chiang y a Ho Sa solos con los guardias. Se quedaron observando cómo montaban y se alejaban los generales mongoles.

Ho Sa consideró la posibilidad de guardar silencio, pero había una pregunta que no podía dejar de hacer.

—Majestad, con lo que acabamos de hacer; ¿no hemos llevado la guerra hasta los Chin?

Rai Chiang se volvió hacia su oficial con una mirada glacial.

—Yenking está a miles de kilómetros de distancia, guardada por montañas y fortalezas que hacen que Yinchuan a su lado parezca un pueblo provinciano. No conseguirá tomar esas ciudades. —La boca del rey se tordo ligeramente, aunque su expresión se mantenía fría—. Además, el hecho de que nuestros enemigos se ataquen entre sí supone una ventaja para nosotros. ¿Dónde reside el peligro para los Xi Xia?

Ho Sa no había estado presente en la reunión de ministros y no reconoció aquellas palabras.

El humor de las tribus era casi el de un festejo. Sí, no habían conquistado la ciudad de piedra que se elevaba en la distancia, pero si los guerreros refunfuñaban por eso, sus familias estaban encantadas con la seda y el resto del botín que Gengis había conseguido para ellos. Había transcurrido un mes desde que se celebrara la reunión con el rey y los carros provenientes de la ciudad habían llegado. Algunas crías de camello bufaban y escupían entre los rebaños de ovejas y cabras. Barchuk había desaparecido en el interior de su ger con Kokchu y Temuge para descifrar la extraña escritura del pueblo Xi Xia. Rai Chiang les había entregado algunos pergaminos con el alfabeto Chin escrito bajo el suyo, pero era un asunto laborioso.

Por fin había llegado el invierno, aunque en aquel valle no era demasiado frío. Khasar y Kachiun habían empezado a entrenar a los guerreros que les había entregado Rai Chiang. Los soldados Xi Xia habían protestado por la pérdida de sus caballos, pero esos animales eran demasiado buenos para malgastarlos con hombres que no sabían montar tan bien como los niños mongoles, así que les dieron ponis excedentes de sus manadas. A medida que se sucedían las semanas y el aire se iba enfriando, fueron aprendiendo a manejar a esas malhumoradas y resistentes bestias en una línea de combate. El ejército se estaba preparando para ponerse en marcha, pero Gengis, agitado, aguardaba en su tienda a que Rai Chiang le mandara la última parte del tributo: su hija. Se sentía incapaz de predecir cómo se lo iba a tomar Borte. Confiaba en que, al menos, la princesa Xi Xia fuera atractiva.

Llegó el primer día de la luna nueva, en una litera muy similar a la que su padre había empleado para la reunión. Gengis observó la guardia de honor de cien hombres que la escoltaban en formación cerrada. Constató divertido que las monturas no eran de la elevada calidad que se había habituado a esperar. Rai Chiang no tenía ninguna intención de perder también esos caballos, ni siquiera para custodiar a su hija.

La litera fue depositada en el suelo a sólo unos pasos de Gengis, que esperaba ataviado con la armadura completa. Llevaba la espada de su padre en la cadera y la tocó para que le diera suerte, conteniendo su impaciencia. Se dio cuenta de que a los soldados de la ciudad no les hacía ninguna gracia entregar a la hija de su rey y Gengis les sonrió con auténtico placer deleitándose en su frustración. Como había solicitado, Ho Sa había abandonado la ciudad con ellos. Él, al menos, mantenía la expresión impertérrita que Gengis consideraba adecuada, sin dejar traslucir sus sentimientos.

Cuando la princesa descendió del palanquín, hubo un murmullo de aprobación entre los guerreros que se habían congregado para presenciar el último símbolo de su triunfo. Estaba vestida con seda blanca bordada de oro, y los rayos del sol la hacían brillar. Tenía el cabello recogido sobre la nuca con horquillas de plata y Gengis se quedó sin aliento ante la perfecta belleza de su blanca piel. En comparación con las mujeres de las tribus, parecía una paloma entre cuervos, aunque no pronunció ese pensamiento en voz alta. Cuando caminó hacia él, sus ojos eran dos oscuros lagos de desesperanza. No lo miró, sino que se inclinó con elegancia hacia el suelo con las muñecas cruzadas frente a sí.

Gengis sintió cómo se acrecentaba la cólera de los soldados de su padre el rey, pero hizo caso omiso de ellos. Si se movían, sus arqueros los matarían antes de que pudieran desenfundar la espada.

—Te doy la bienvenida a mi ger, Chakahai —dijo con suavidad.

Ho Sa murmuró una traducción, con una voz que era casi un susurro. Gengis alargó la mano para tocar su hombro y la princesa se levantó con el rostro cuidadosamente desprovisto de expresión. Carecía por completo de la nervuda energía que se daba por supuesta en las mujeres mongolas y, cuando un leve rastro de perfume alcanzó su nariz, notó que se estaba excitando.

—Creo que eres mucho más valiosa que todo el resto de los regalos de tu padre —continuó, honrándola delante de sus guerreros, a pesar de que ella no entendiera sus palabras. Ho Sa empezó a traducir, pero Gengis lo hizo callar con un brusco ademán.

Alargó su mano tostada por el sol, maravillándose ante el marcado contraste de color cuando le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo. Notó su miedo y también una fugaz ola de disgusto cuando su áspera piel rozó la suya.

—He salido ganando en el trato, chica. Me darás unos hijos perfectos —aseguró. Cierto que no podrían ser sus herederos, pero se sentía hipnotizado por ella. Se dio cuenta de que no podría tenerla en la misma ger que Borte y sus hijos. Una chica tan frágil como ella no sobreviviría. Haría que construyeran una tienda sólo para ella y los niños que tuviera.

Volvió en sí, percatándose de que llevaba mucho tiempo arrobado, en silencio, y las tribus estaban observando su reacción con creciente interés. Un buen grupo de guerreros sonrientes se dieron codazos los unos a los otros e intercambiaron susurros con sus amigos. Gengis levantó la mirada hacia el oficial que estaba junto a Ho Sa. Ambos habían palidecido de ira, pero cuando Gengis hizo un gesto indicando que retornaran a la ciudad, Ho Sa se giró con tanta rapidez como los demás. Entonces, el oficial le dio una orden y Ho Sa se quedó boquiabierto por la sorpresa.

—A ti te necesito, Ho Sa —le explicó Gengis, disfrutando al verle tan perplejo—. Tu rey te ha entregado a mí por un año.

Al comprender, Ho Sa convirtió su boca en una fina línea y con mirada resentida, observó cómo el resto de la escolta regresaba a la ciudad, dejándolo con aquella joven temblorosa que él mismo había entregado a los lobos.

Gengis se volvió hacia el viento del este, aspirando su aroma e imaginando las ciudades de los Chin en el horizonte. Estaban circundadas por murallas que no podía deruir y no volvería a poner en peligro a su pueblo por ignorancia.

—¿Para qué has pedido que me quede contigo? —preguntó Ho Sa de pronto, obligándose a sí mismo a romper el pesado silencio que Gengis parecía no notar.

—Quizá pueda llegar a hacer un guerrero de ti. —Gengis pareció encontrar la idea muy graciosa y se dio una palmada en la pierna. Ho Sa lo miró con frialdad hasta que Gengis se encogió de hombros—. Ya lo verás.

En el campamento se oía el trajín del ruido de las tribus desmontando las gers y preparándose para partir. Cuando llegó la medianoche, sólo la tienda del khan permanecía intacta sobre su enorme carromato, iluminada desde dentro por lámparas de aceite para que reluciera en la oscuridad y pudiera ser vista por todos los que se acomodaban entre mantas y pieles para dormir bajo las estrellas.

Gengis estaba encorvado sobre una mesa baja, entornando los ojos frente a un mapa. Había sido dibujado sobre un papel bastante grueso y, al menos, Ho Sa se dio

cuenta de que era una copia apresurada de la colección de Rai Chiang. El rey de los Xi Xia era un hombre demasiado astuto como para dejar que un mapa marcado con su sello cayera en manos del emperador Wei de los Chin. Incluso los letreros estaban escritos en lengua Chin, repetidos con esmero.

Gengis inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro mientras trataba de imaginarse las líneas y dibujos que representaban las ciudades como lugares reales. Era el primer mapa que veía en su vida, aunque, con Ho Sa presente, no tenía ninguna intención de revelar su inexperiencia.

Con un oscuro dedo, Gengis siguió una línea azul hacia el norte.

—Éste es el gran río del que han hablado los exploradores —dijo. Alzó sus pálidos ojos hacia Ho Sa, con expresión inquisitiva.

—El Huang He —respondió Ho Sa—. El río Amarillo. —A continuación, se detuvo, no queriendo resultar charlatán en compañía de los generales mongoles. La ger estaba repleta: Arslan, Khasar, Kachiun, otros que no conocía. Ho Sa había rehuido a Kokchu cuando Gengis se lo presentó. El flacucho chamán le recordó a los mendigos locos de Yinchuan y despedía un penetrante olor que impregnó el aire y que obligó a Ho Sa a respirar con inspiraciones cortas y poco profundas.

Todos los presentes observaron mientras Gengis llevaba el dedo más al norte y al este a lo largo del río hasta un símbolo diminuto, sobre el que dio un par de golpecitos.

—Esta ciudad de aquí está en la frontera con las tierras de los Chin —murmuró Gengis. Una vez más, miró a Ho Sa buscando confirmación y éste asintió a regañadientes.

—Baotou —dijo Kokchu, leyendo el rótulo escrito bajo el pequeño dibujo. Ho Sa no miró al chamán, su mirada fija en el khan, que sonrió.

—Estas marcas hacia el norte ¿qué son? —preguntó Gengis.

—Es una sección de la muralla exterior —respondió Ho Sa.

Gengis frunció el ceño, desconcertado.

—He oído hablar de eso. Los Chin se esconden de nosotros tras ella, ¿verdad?

Ho Sa contuvo su exasperación.

—No. Ninguna de las murallas se ha construido pensando en vosotros, sino para mantener separados los reinos de los Chin. Vosotros habéis atravesado la más endeble de las dos. No cruzaréis el muro interior que rodea Yenking. Nadie lo ha logrado jamás. —Gengis sonrió abiertamente al oír sus palabras, y luego se inclinó de nuevo sobre el mapa para seguir estudiándolo. Ho Sa lo observó, irritado por su tranquila confianza.

Una vez, cuando era pequeño, Ho Sa había viajado con su padre hasta el río Amarillo. El anciano le había mostrado la muralla que los Chin habían construido en el norte e, incluso entonces, había algunos agujeros en el muro y secciones que habían quedado reducidas a escombros. No se habían efectuado reparaciones en la fábrica desde hacía décadas. Mientras Gengis trazaba una línea con el dedo en el

pergamino, Ho Sa se preguntó cómo era posible que los Chin hubieran llegado a ser tan descuidados a la hora de preservar la paz en sus tierras. Su muro exterior era inútil. Tragó saliva, nervioso. Sobre todo ahora que las tribus lo habían superado ya, se dijo. Xi Xia era su punto débil y las tribus habían penetrado por el sur. La vergüenza lo consumía mientras estudiaba a Gengis, preguntándose qué estaría planeando.

—¿Vas a atacar Baotou? —soltó Ho Sa de repente.

Gengis negó con la cabeza.

—¿Y quedarme berreando de rabia a la puerta como aquí? No. Voy a dirigirme hacia las montañas Khenti, a mi hogar. Recorreré las colinas de mi infancia, saldré con mi águila a verla volar y desposaré a la hija de tu rey. —Su fiera expresión se suavizó al imaginarlo—. Mis hijos deberían conocer la tierra donde nací. Crecerán y se harán fuertes allí.

Ho Sa levantó la vista del mapa, confundido.

—Entonces, ¿por qué hablas de Baotou? ¿Por qué estoy yo aquí?

—He dicho que yo me voy a casa, Ho Sa. Pero tú no. Esta ciudad está demasiado lejos de aquí para temer a mi ejército. Tendrán las puertas abiertas y los mercaderes entraran y saldrán con total libertad. —Ho Sa vio que Arslan y Khasar le sonreían y se esforzó en concentrarse.

Gengis le dio unas palmadas en el hombro.

—Una ciudad amurallada como Baotou tendrá constructores, maestros en su oficio, ¿no? Hombres que comprendan hasta el último aspecto de la construcción de las defensas.

Ho Sa no contestó y Gengis se rió.

—Tu rey no me entregaría a esos hombres, pero tú los encontrarás allí, Ho Sa. Viajarás hasta Baotou con Khasar y mi hermano Temuge. Tres hombres pueden entrar donde un ejército no puede. Harás las preguntas necesarias hasta dar con hombres que sepan construir muros y conozcan todo tipo de trucos ingeniosos. Y me los traerás.

Ho Sa notó que todos le sonreían, divertidos ante su expresión desolada.

—O te puedo matar ahora mismo y pedirle a tu rey que envíe a otro —añadió Gengis con suavidad—. Un hombre siempre debe poder tener la última palabra a la hora de elegir entre la vida o la muerte. Todo lo demás se le puede arrebatar, pero nunca eso.

Ho Sa recordó cómo habían asesinado a sus compañeros para quedarse con sus caballos y no dudó ni por un momento que su vida dependía de una sola palabra.

—Estoy ligado a ti por la orden de mi rey —dijo por fin.

Gengis emitió un gruñido y se giró hacia el mapa.

—Entonces háblame de Baotou y sus murallas. Dime todo lo que hayas visto u oído sobre ella.

Al amanecer, el campamento estaba en silencio, pero una luz dorada y

parpadeante seguía iluminando la tienda del khan y, sobre la fría hierba, aquellos cuyas gers estaban cerca podían oír los murmullos de sus voces como distantes tambores de guerra.

X

Los tres jinetes se acercaron a la orilla del oscuro río y, mientras sus ponis bebían, desmontaron. Una pesada luna flotaba baja sobre las colinas y arrojaba una luz gris que iluminaba la amplia extensión de agua. Brillaba lo suficiente como para crear negras sombras tras ellos, que contemplaban las siluetas de varios botes que se balanceaban y crujían en la noche, anclados en la ribera.

Khasar sacó una bolsa de lino de debajo de la silla de montar. La larga jornada a caballo había ablandado la carne que guardaba en su interior y hundió la mano en la fibrosa masa, extrayendo un trozo y metiéndoselo en la boca. Olía a rancio, pero estaba hambriento y lo masticó sin darle importancia mientras observaba a sus compañeros. Temuge estaba tan fatigado que se tambaleaba un poco al lado de su hermano, con los párpados caídos por falta de sueño.

—Los barqueros se mantienen a distancia de la orilla por la noche —murmuró Ho Sa—. Recelan de los bandidos que atacan en la oscuridad y habrán oído hablar de vuestro ejército en el oeste. Deberíamos encontrar un lugar donde dormir y continuar por la mañana.

—Todavía no entiendo por qué quieres llegar a Baotou por río —dijo Khasar. Ho Sa se tragó su ira. Se lo había explicado una docena de veces desde que abandonaron a las tribus, pero era evidente que el apego del guerrero mongol a su poni era difícil de superar.

—Nos han dicho que no debemos llamar la atención, entrar en Baotou como mercaderes o peregrinos —contestó, sin perder la calma—. Los mercaderes no entran a caballo en la ciudad como la nobleza Chin y los peregrinos no poseen ni un solo caballo entre todos.

—Pero sería más rápido —replicó Khasar, tozudo—. Si el mapa que vi era preciso, podríamos atravesar el arco del río y estar allí en pocos días.

—Y también lograr que se enteraran todos los campesinos en sus tierras y todos los viajeros en los caminos —espetó Ho Sa. Sintió que Khasar se estiraba, ofendido por el tono que había empleado, pero llevaba ya mucho tiempo soportando sus quejas—. No creo que a tu hermano le guste la idea de cabalgar mil li a campo abierto.

Khasar resopló, pero quien respondió fue Temuge.

—Tiene razón, hermano. Este gran río nos llevará al norte, a Baotou, y nos perderemos entre las masas de viajeros. No quiero que tengamos que hacer frente a los suspicaces soldados Chin para entrar.

Khasar prefirió no responder antes de perder los estribos. Al principio, la idea de colarse entre los Chin le había parecido emocionante, pero Temuge cabalgaba como una vieja con las articulaciones hinchadas y no era compañía adecuada para un guerrero. Ho Sa era algo mejor, pero, ahora que Gengis estaba lejos, la furia que le producía la tarea encomendada lo había transformado en un compañero muy hosco. Era todavía peor cuando Temuge hacía que Ho Sa hablara en esa lengua de cloqueo

de gallinas y Khasar no podía intervenir. Le había pedido a Ho Sa que le enseñara algunas maldiciones e insultos, pero lo único que había hecho era lanzarle una mirada iracunda. Lejos de ser una aventura, el viaje se estaba convirtiendo en un concurso de peleas y quería que acabara lo antes posible. Cuando pensaba en tener que deslizarse lentamente en uno de esos sombríos botes se deprimía aún más.

—Podríamos hacer que los caballos cruzaran a nado esta noche, y luego... — empezó a decir.

Ho Sa emitió un sonoro suspiro irritado.

—¡Se lo llevaría la corriente! —exclamó—. Es el río Amarillo, mide todo un li de una orilla a otra y ésta es una zona estrecha. No es uno de vuestros arroyuelos mongoles. Aquí no hay balsas y para cuando hubiéramos llegado a Shizuishan para conseguir una plaza en una, ya habrían dado parte de nuestro progreso. Los Chin no son idiotas, Khasar. Tendrán espías guardando las fronteras. Tres hombres a caballo es algo demasiado interesante para no notarlo.

Khasar resopló mientras se metía otro trozo de cordero viejo en el carrillo y empezaba a chuparlo.

—El río no es tan ancho —insistió—. Podría clavar una flecha en el otro lado.

—No, no podrías —replicó Ho Sa al instante. Apretó los puños al ver que Khasar alargaba la mano hacia su arco—. Y no podríamos verla aterrizar con esta oscuridad.

—Pues entonces te lo demostraré por la mañana —contestó Khasar.

—Y eso ¿en qué nos iba a ayudar? —preguntó exasperado Ho Sa—. ¿Tú crees que los barqueros pasarían por alto a un arquero mongol arrojando flechas por encima del río? Pero ¿por qué te elegiría tu hermano para esta tarea?

Khasar dejó caer la mano que estaba a punto de agarrar el arco. Se volvió a mirar a Ho Sa bajo la luz de la luna. La verdad es que él mismo también se lo había preguntado, pero jamás lo admitiría delante de Ho Sa o de su estudioso hermano.

—Para proteger a Temuge, me imagino —dijo—. Está aquí para aprender la lengua de los Chin y asegurarse de que no nos traicionen cuando lleguemos a la ciudad. Tú estás aquí sólo para hablar algo que ya has demostrado suficientes veces hoy. Si nos atacan los soldados Chin, mi arco será más valioso que tu boca.

Ho Sa suspiró. No había sido su intención sacar el tema, pero le estaba costando controlar su genio y él también estaba agotado.

—Tendrás que dejar el arco aquí. Puedes enterrarlo en el fango del río antes del alba.

Al oírlo, Khasar se quedó mudo. Antes de tener ocasión de empezar a expresar su indignación, Temuge, que había visto cómo daba un respingo, posó una mano tranquilizadora en su hombro.

—Él conoce a esa gente, hermano, y hasta ahora ha cumplido su palabra. Debemos ir por el río y tu arco despertaría sospechas de inmediato. Tenemos bronce y plata para comprar mercancías por el camino para tener algo con lo que negociar en Baotou. Unos mercaderes nunca llevarían un arco mongol.

—Podríamos simular que vamos a venderlo —aventuró Khasar. En la penumbra, apoyó la mano sobre su arco, por donde estaba atado a su silla, como si tocarlo le confortara—. Soltaré a mi poni, de acuerdo, pero no voy a renunciar a mi arco, ni por todos los viajes secretos por el río. No me pongáis a prueba en este asunto, mi respuesta será la misma digáis lo que digáis.

Ho Sa empezó a discutir de nuevo, pero Temuge sacudió la cabeza, harto de los dos.

—Déjalo estar, Ho Sa —dijo—. Envolveré el arco en un trozo de tela y puede que nadie se dé cuenta. —Retiró la mano del hombro de Khasar y se alejó para liberar a su poni de la carga de la silla y las riendas. Llevaría su tiempo enterrarlas y no podía arriesgarse a quedarse dormido antes de haberlo hecho. Se volvió a preguntar por qué Gengis le habría elegido a él para acompañar a los dos guerreros. Había otros hombres en el campamento que hablaban la lengua de los Chin, como Barchuk de los uighurs, por ejemplo. Aunque quizá Barchuk fuera demasiado viejo, se dijo Temuge. Suspiró mientras desanudaba las cuerdas de su montura. Conociendo a su hermano como lo conocía, Temuge sospechaba que Gengis todavía albergaba esperanzas de hacer de él un guerrero. Kokchu le había mostrado un camino diferente y deseó que su maestro estuviera a su lado para ayudarlo a meditar antes de dormir.

Mientras dirigía el poni hacia la oscuridad de los árboles del río, Temuge oyó que sus compañeros reanudaban la pelea en agresivos susurros. Se preguntó si tenían alguna oportunidad de sobrevivir a ese viaje a la ciudad de Baotou. Cuando hubo enterrado la silla, ya tumbado, se esforzó en no pensar en esas voces crispadas mientras repetía las frases que Kokchu le había enseñado para apaciguarse. No lo tranquilizaron, pero el sueño llegó mientras estaba esperando a calmarse.

Por la mañana, Ho Sa levantó el brazo para llamar a otro bote que viraba contra el viento para navegar río arriba. El gesto había sido ignorado nueve veces, aunque sostenía en alto un monedero de cuero lleno de monedas y hacía tintinear su contenido. Los tres suspiraron aliviados cuando la última barca surcó las aguas hacia ellos. A bordo, seis rostros bronceados miraban con expresión desconfiada en su dirección.

—No les digáis nada —murmuró Ho Sa a Temuge, mientras aguardaban en el lodo a que la barca se acercara más. Tanto él como los dos hermanos llevaban unas simples túnicas con un cinturón que no les resultarían demasiado extrañas a los navegantes del río. Sobre un hombro, Khasar llevaba un rollo de tela de alforja que contenía su arco y su funda de cuero, junto con un carcaj lleno. Era la primera vez que veía un bote así a la luz del día, y se quedó mirándolo con cierto interés. La vela era casi tan alta como ancho era el bote, quizá unos doce metros de un extremo a otro. No veía de qué manera iba a poder aproximarse lo suficiente como para que ellos pudieran subirse a su pequeña cubierta.

—La vela parece el ala de un ave. Puedo verle los huesos —comentó.

Ho Sa se volvió bruscamente hacia él.

—Si me preguntan, diré que eres mudo, Khasar. No debes hablar con ninguno de ellos, ¿entiendes?

Khasar miró al soldado Xi Xia con cara de pocos amigos.

—Entiendo que quieres que pase varios días sin abrir la boca. Te lo advierto, cuando esto acabe, tú y yo vamos a ir a algún lugar tranquilo...

—¡Silencio! —ordenó Temuge—. Están lo bastante cerca para oírnos. —Khasar se calmó, aunque no separó los ojos de los de Ho Sa y asintió con expresión amenazante.

La barca maniobró para acercarse a la orilla y Ho Sa, sin esperar a sus compañeros, entró en las aguas poco profundas y las vadeó. Hizo caso omiso de la maldición que Khasar musitó a sus espaldas mientras unas fuertes manos lo ayudaban a subir.

El capitán del barco era un hombre bajo y nervudo que llevaba un trapo rojo atado en la frente para que el sudor no le entrara en los ojos. Ese pañuelo y un taparrabos marrón, del que sobresalían dos cuchillos que le golpeaban el muslo desnudo, eran las únicas prendas que llevaba. Por un instante, Ho Sa se preguntó si habrían caído en manos de una de las bandas de piratas que saqueaban las aldeas situadas a lo largo del río, pero era demasiado tarde para dudar.

—¿Podéis pagar? —exigió el capitán, golpeando a Ho Sa en el pecho con el dorso de la mano. Mientras arrastraban a Khasar y a Temuge a bordo, Ho Sa puso tres tibias monedas de bronce en la palma extendida. El hombrecillo miró a través del agujero abierto en el centro de cada una de ellas antes de ensartarlas en un cordón que llevaba bajo el cinturón.

—Soy Chen Yi —dijo y, cuando Khasar se enderezó, se le quedó mirando fijamente. El mongol le sacaba la cabeza al más alto de los miembros de la tripulación y lo observaba todo con el ceño fruncido, como si lo estuvieran ofendiendo. Ho Sa carraspeó y Chen volvió la vista hacia él, inclinando la cabeza hacia un lado—. Vamos hasta Shizuishan —informó Chen Yi. Ho Sa meneó la cabeza y buscó más monedas. Chen Yi lo miró con atención al oír el sonido del metal.

—Tres más si nos llevas a Baotou —ofreció Ho Sa, extendiendo las monedas.

El capitán cogió el dinero enseguida, y añadió las piezas a la línea que colgaba de su cintura con consumada destreza.

—Tres más por llegar hasta allí —contestó.

Ho Sa pugnó por no perder los estribos. Ya le había pagado más que suficiente por un pasaje hasta la ciudad. No estaba seguro de si aquel hombre le devolvería el dinero si decidía esperar a que apareciera otro bote.

—Ya te he dado suficiente —replicó con firmeza.

Los ojos de Chen Yi descendieron hasta donde Ho Sa guardaba el dinero bajo el cinturón y se encogió de hombros.

—Tres más o hago que os tiren por la borda —insistió.

Ho Sa se quedó muy quieto y notó que la confusión y la exasperación de Khasar

crecía a medida que la conversación se prolongaba. En cualquier momento soltaría alguna pregunta, estaba seguro.

—Me pregunto cuál será tu próximo lugar en la rueda de la vida... —murmuró Ho Sa, pero, para su sorpresa, Chen Yi no pareció inmutarse y simplemente se encogió de hombros. Ho Sa sacudió la cabeza, perplejo. Tal vez estaba demasiado acostumbrado al ejército, donde su autoridad no era jamás cuestionada. Chen Yi transmitía una seguridad en sí mismo que resultaba chocante si se consideraban sus harapos y la sucia barquichuela que capitaneaba. Ho Sa lo miró con hostilidad y le entregó el resto de las monedas.

—Los mendigos no van a Baotou —dijo Chen Yi alegremente—. Ahora, no estorbéis a mis hombres mientras manejamos el bote en el río. —Señaló hacia un montón de sacos de grano apilados en la popa, junto al timón, y Ho Sa vio que Khasar se acomodaba allí sin esperar a que expresara su acuerdo.

Chen Yi lanzó una ojeada desconfiada a Temuge y Khasar, pero las monedas que tintineaban en su cordón acallaban sus dudas. Dio orden de alzar la vela contra el viento, cruzando el río para dirigirse al norte, hacia su destino. Eran demasiados para la pequeña barca: estaban muy apretados y no había ningún tipo de camarote. Ho Sa supuso que la tripulación se tumbaba en la cubierta a dormir por la noche. Estaba empezando a relajarse cuando vio que Khasar se levantaba, se dirigía hasta la barandilla y orinaba en el río con un sonoro suspiro de alivio. Ho Sa alzó los ojos al cielo mientras el sonido del chorro de la orina chocando contra el agua parecía no acabar nunca.

Dos de los marineros señalaron con un dedo a Khasar e hicieron un chiste obsceno, palmeándose mutuamente en la espalda entre risotadas. Khasar se puso rojo y Ho Sa se movió con prontitud y se situó entre el guerrero y los miembros de la tripulación, advirtiéndole con un mirada airada. Los marineros los observaron sonrientes hasta que Chen Yi gritó una orden y ambos salieron disparados hacia la proa para levantar la vela.

—Perros amarillos —dijo Khasar cuando se fueron. Chen Yi estaba guiando la vela por encima de su cabeza cuando oyó sus palabras. A Ho Sa se le cayó el alma a los pies cuando el capitán retornó a su lado con paso lento.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Chen Yi.

Ho Sa respondió enseguida.

—Es musulmán. No habla ninguna lengua civilizada. ¿Quién puede entender el comportamiento de esa gente?

—No parece musulmán —respondió Chen Yi—. ¿Dónde está su barba? —Ho Sa sintió la mirada de la tripulación posada sobre ellos y todos tenían la mano cerca del cuchillo.

—Todos los mercaderes tienen secretos —prosiguió Ho Sa, sosteniendo la mirada de Chen Yi—. ¿Qué me importa la barba de un hombre si puedo comerciar con su riqueza? La plata habla su propia lengua, ¿o no?

Chen Yi esbozó una ancha sonrisa. Extendió la mano y Ho Sa puso una moneda de plata sobre ella, sin que su expresión dejara traslucir sus sentimientos.

—Sí que la habla, sí —coincidió Chen Yi, preguntándose cuántas monedas más llevaría ese guerrero en los bolsillos. Dijeran lo que dijeran que eran, esos tres no eran mercaderes. Con un movimiento brusco, Chen Yi señaló a Khasar con su mugriento pulgar.

—Entonces, ¿es tonto por confiar en ti? ¿Lo tirarás una noche por la borda tras haberlo degollado con una daga? —Ho Sa, incómodo, vio que el hombrecillo pasaba un dedo por su propia garganta, un gesto que Khasar observó con gran interés. Temuge también había fruncido el ceño y Ho Sa se preguntó cuánto de su rápida conversación habría entendido.

—Yo no traiciono a nadie una vez he dado mi palabra —contestó Ho Sa al capitán enseguida, tanto para Temuge como para todos los demás—. Y aunque no hay ninguna duda de que es un tonto, también es un luchador de gran habilidad. Ten cuidado de no insultarlo porque no sería capaz de detenerlo.

De nuevo, Chen Yi inclinó la cabeza hacia un lado, un gesto habitual en él. No confiaba en aquellos hombres que había aceptado a bordo, y al alto y estúpido parecía estar consumiéndole la furia. Por fin, se encogió de hombros. Todos los hombres dormían y, si le causaban algún problema, no serían los primeros pasajeros que había arrojado al río desde su pequeño bote. Después de señalar hacia el montón de sacos, les dio la espalda. Más aliviado de lo que podía expresar con palabras y Ho Sa se reunió con los otros dos en popa. Trató por todos los medios de dar la impresión de que el incidente no había sido tan tenso como había sido en realidad.

La actitud de Khasar no era en absoluto de disculpa.

—¿Qué le has dicho? —preguntó.

Ho Sa respiró hondo.

—Le he dicho que eres un viajero llegado de kilómetros y kilómetros de distancia. Pensé que quizá nunca hubiera oído hablar de los seguidores del Islam, pero ha conocido al menos uno en el pasado. Cree que estoy mintiendo, pero no hará excesivas preguntas. Aun así, explica por qué no sabes hablar la lengua de los Chin.

Khasar suspiró, satisfecho.

—Entonces ya no soy mudo —dijo, complacido—. No confiaba en poder mantener esa mentira. —Se volvió a colocar entre los sacos, empujando a Temuge para ponerse cómodo. Mientras la barca se deslizaba río arriba, Khasar cerró los ojos y Ho Sa pensó que se había quedado dormido.

—¿Por qué se pasó un dedo por la garganta? —inquirió Khasar sin abrir los ojos.

—Quería saber si pretendía matarte y arrojarte por la borda —espetó Ho Sa—. La idea se me ha pasado por la cabeza.

Khasar se rió entre dientes.

—Me está empezando a caer bien ese pequeñajo —replicó somnoliento—. Me alegro de que decidiéramos coger un bote.

Gengis atravesó el vasto campamento a la sombra de las montañas que había conocido de niño. Había nevado durante la noche y respiró una honda bocanada de aire helado, disfrutando al sentir cómo entraba en sus pulmones. Oyó el relincho de las yeguas llamando a sus machos y, en la distancia, a alguien que estaba cantando una nana a su bebé para que se durmiera. Con las familias a su alrededor, se sentía en paz y de buen humor. Era fácil recordar los días en los que su padre aún vivía y tanto él como sus hermanos lo ignoraban todo del mundo que los rodeaba. Sacudió la cabeza en la penumbra mientras consideraba las tierras que había visitado. El mar de hierba era más grande de lo que nunca había pensado y parte de él ansiaba ver cosas nuevas, incluso las ciudades de los Chin. Era joven y fuerte y gobernaba un inmenso ejército de hombres con capacidad para conquistar todo cuanto quisieran. Sonrió para sí al llegar a la tienda que había hecho construir para su segunda esposa, Chakahai. Era cierto que su padre se había dado por satisfecho con su madre, pero Yesugei era el khan de una pequeña tribu y no le habían entregado una hermosa mujer como tributo.

Gengis agachó la cabeza para entrar. Chakahai estaba aguardándolo y, bajo la luz de una única lámpara, vio sus ojos grandes y oscuros. Gengis no sabía cómo se había procurado dos chicas de su propio pueblo para que la sirvieran. Supuso que las habrían capturado sus guerreros y las habría comprado o habría negociado para obtenerlas. Cuando salieron sigilosamente de la ger, Gengis olió su perfume y se estremeció levemente al sentir el suave roce de la túnica de seda de una de ellas en su piel desnuda. Oyó cómo sus susurros fueron amortiguándose en la distancia y, al poco, estuvo solo con ella.

Chakahai se enderezó con aire orgulloso frente a él, con la barbilla levantada. Las primeras semanas habían sido duras para ella, pero Gengis había notado que tras sus brillantes ojos se escondía un espíritu refinado antes de que hubiera aprendido las primeras palabras de la lengua de las tribus. Caminaba como él habría esperado que caminara la hija de un rey y verla siempre le excitaba. Era algo extraño, pero su perfecta compostura era lo más fascinante de su belleza.

La princesa sonrió mientras él la recorría con la mirada, sabiendo que tenía toda su atención. Eligiendo el momento preciso, se arrodilló ante él, agachando la cabeza y luego la levantó de nuevo para comprobar que él seguía observando aquella exhibición de humildad. Gengis se rió ante el gesto y la cogió por la muñeca para que se volviera a levantar, elevándola en el aire para dejarla sobre la cama.

Le sostuvo la cabeza entre las dos manos y la besó, mientras le metía los dedos en el pelo negro. Ella gimió dentro de su boca y Gengis notó cómo sus manos le acariciaban suavemente muslos y cintura, despertando su sexualidad. La noche era cálida y no le importó esperar mientras ella se abría la túnica de seda y reveló su blancura hasta el plano vientre y el cinturón de seda y los pantalones de hombre que llevaba. Chakahai dio un grito ahogado mientras Gengis le besaba los pechos y los

mordía con suavidad. El resto de las ropas cayeron poco después y, mientras el campamento dormitaba a su alrededor el khan mongol tomó a la princesa de los Xi Xia y sus gemidos resonaron como un eco en la oscuridad.

XI

El barco de Chen Yi tardó una semana en arribar a Shizuishan, en la orilla occidental del Huang He. Los días eran grises y fríos y, en la popa, el agua, que serpenteaba cremosa y cargada de cieno, adquiría el color que daba su nombre al río. Durante un tiempo, una familia de delfines había viajado con ellos antes de que Khasar, nervioso, golpeará a uno con un remo y desaparecieran tan rápido como habían venido. Ho Sa se había formado su propia opinión del capitán del barco y sospechaba que la bodega estaba llena de bienes que no habían pagado impuestos, quizá incluso bienes de lujo por los que le pagarían succulentas cantidades al propietario. No tenía oportunidad de comprobar lo acertado de sus sospechas, porque la tripulación parecía no cansarse nunca de vigilar a los pasajeros. Probablemente habían sido contratados por un rico comerciante y no deberían haber puesto en peligro la carga subiendo pasajeros a bordo. A Ho Sa le daba la impresión de que Chen Yi era un hombre de mucha experiencia que conocía el río mucho mejor que los recaudadores de impuestos del emperador. Más de una vez se habían desviado de la ruta principal por un afluente, describiendo una amplia curva antes de retornar a ella. En la última de esas ocasiones, Ho Sa había divisado la sombra borrosa de una barcaza oficial flotando en medio de la corriente detrás de ellos. Aquella táctica convenía a sus necesidades y no hizo ningún comentario sobre la pérdida de tiempo, aunque dormía con el cuchillo preparado en la manga y con un sueño ligero, despertándose al oír el menor ruido.

Khasar roncaba a un volumen impresionante. Para irritación de Ho Sa, a la tripulación parecía caerle bien y ya le habían enseñado algunas frases que serían de escasa utilidad fuera de un burdel de puerto. Contuvo su rabia mientras miraba cómo Khasar echaba pulsos con tres de los marineros más corpulentos y ganaba un odre de un fuerte vino de arroz que se negó a compartir.

De los tres, era Temuge el que parecía disfrutar menos del apacible viaje. Aunque las aguas del río raramente estaban agitadas, la segunda mañana había vomitado por la borda, lo que le valió los abucheos de la tripulación. Por las noches los mosquitos se cebaban con él y cada mañana exhibía una nueva hilera de manchas rojas en los tobillos. Observaba la festiva camaradería de Khasar con los marineros con una tirante expresión de desaprobación, y no hizo ningún intento por unirse al grupo, a pesar de conocer mucho mejor la lengua que él. Ho Sa estaba deseando que el viaje terminara, pero Shizuishan era sólo una escala para reponer provisiones.

Mucho antes de que la ciudad estuviera a la vista, el río se llenó de pequeñas barcas que cruzaban de orilla a orilla y transportaban los cotilleos y las últimas noticias llegadas de más de mil kilómetros de distancia. Chen Yi no se dirigió a nadie en particular, pero, mientras amarraba su barca a un poste de madera cerca del puerto, todos y cada uno de los botes se fueron aproximando para intercambiar algunas palabras con él. Ho Sa se dio cuenta de que aquel hombrecito era muy conocido en el

río. Le hicieron varias preguntas sobre su pasaje, y Ho Sa sostuvo sus miradas curiosas. Sin duda su descripción recorrería todo el curso del río antes de que llegaran siquiera a ver Baotou. Empezó a pensar que toda la empresa estaba condenada al fracaso y desde luego Khasar, que profería terribles insultos a otros capitanes desde la proa, no ayudaba en absoluto. En diferentes circunstancias, podría haberse ganado una paliza o incluso un cuchillo en la garganta, pero Chen Yi se estaba riendo a carcajadas y había algo en la expresión de Khasar que, al parecer, hacía que no resultara ofensivo. En vez de ofenderse, le respondieron con injurias aún peores y Khasar cambió un par de monedas por algo de fruta fresca y de pescado antes de que se pusiera el sol. Ho Sa observó la escena, silencioso y enfadado, y le dio un buen puñetazo a un saco de grano para hacer un hueco en el que apoyar la cabeza y tratar de dormir.

Temuge se despertó al notar que algo había golpeado el costado del bote. El aire de la noche estaba plagado de insectos y él estaba muerto de sueño. Se revolvió somnoliento y le hizo una pregunta a Ho Sa. No recibió respuesta y cuando levantó la cabeza, vio que Ho Sa y su hermano estaban despiertos y tenían la vista clavada en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —susurró Temuge. Oyó un crujido y ruidos sordos de gente moviéndose, pero la luna todavía no había salido y se percató de que en realidad había estado dormido muy poco tiempo.

De repente los sorprendió una luz: un miembro de la tripulación retiró las muertecitas de una pequeña lámpara de aceite en la proa. Temuge vio el brazo del hombre iluminado por su luz dorada y, un instante después, la noche estalló en gritos y confusión. Khasar y Ho Sa se desvanecieron en la penumbra y Temuge se puso en pie, paralizado por el miedo. Desde los costados, varios cuerpos oscuros se abalanzaron contra el barco. Buscó a tientas su cuchillo, agachándose detrás de los sacos para que no lo vieran.

Oyó un chillido de dolor proveniente de algún lugar cerca de él y Temuge maldijo en voz alta, convencido de que habían sido descubiertos por los soldados imperiales. Chen Yi empezó a vociferar órdenes a su tripulación y a su alrededor se oyeron gruñidos y jadeos de hombres que luchaban entre sí en una oscuridad casi absoluta. Temuge se acuclilló, aguardando a que lo atacaran. Con los ojos entornados, vio la lamparita dorada balancearse en el aire, dejando una estela que permaneció en su retina. En vez de desaparecer con un silbido en el río, la oyó caer contra la madera. El aceite se derramó con un estallido de luz y Temuge, asustado, dio un grito ahogado.

Alguien había arrojado la lámpara hacia la cubierta de la segunda barca, que se sacudió violentamente cuando los hombres la abandonaron lanzándose por la borda de un salto. Como Chen Yi y su tripulación, la única prenda que tenían los asaltantes era una tira de tela atada a la cintura. Llevaban cuchillos tan largos como sus

antebrazos y luchaban emitiendo feroces gruñidos y maldiciones. A sus espaldas, las llamas crecieron alimentándose de la madera seca y Temuge pudo ver los cuerpos sudorosos enzarzados en la pelea, algunos de los cuales exhibían ya oscuros tajos que chorreaban sangre.

Mientras presenciaba la lucha horrorizado, Temuge oyó un sonido que conocía mejor que todos los demás, el del arco de doble curva. Se alzó bruscamente girando la cabeza y vio a Khasar de pie en la proa, disparando flecha tras flecha. Todos los proyectiles dieron en el blanco excepto una saeta, que se perdió en el agua cuando Khasar se agachó para esquivar una daga que volaba en su dirección. Un hombre muerto se desplomó boca abajo junto a Temuge, que se estremeció cuando el impacto le hundió más profundamente las plumas de la flecha en el pecho y la punta asomó por su espalda.

A pesar de Khasar, sus atacantes podrían haberlos reducido si las llamas no hubieran empezado a extenderse por su barco. Temuge vio a algunos de ellos salvar la distancia que separaba ambas embarcaciones de un salto y agarrar varios cubos de cuero. Pero también cayeron bajo las flechas de Khasar antes de poder extinguir el incendio.

Chen Yi cortó las dos gruesas maromas que unían a los dos barcos y se aferró a la barandilla de madera para alejar el otro barco de un fuerte empujón con las piernas. La embarcación empezó a deslizarse sobre las aguas negras sin control y Temuge vio numerosas sombras humanas luchando para sofocar las llamas que devoraban el barco. Pero era demasiado tarde y, en la distancia, se oyó el sonoro ruido de sus cuerpos al lanzarse al agua para salvarse.

El fuego tenía su propio sonido, un rugido que tosía y escupía y que fue amortiguándose a medida que la corriente se llevaba el barco incendiado río abajo. Una delgada lengua de chispas se elevó en la oscuridad, más alta que una vela. Por fin, Temuge se levantó, con el corazón palpitante. Dio un respingo cuando alguien se aproximó a él, pero era Ho Sa, que apestaba a humo y a sangre.

—¿Estás herido? —preguntó Ho Sa.

Temuge negó con la cabeza antes de darse cuenta de que, tras haber estado mirando a las llamas, su compañero no podía verlo en esa oscuridad.

—Estoy bien —murmuró Temuge—. ¿Quiénes eran éstos?

—Ratas de río, quizá, tratando de hacerse con lo que sea que Chen Yi guarde en su bodega. Criminales.

Se quedó callado cuando la voz de Chen Yi resonó en la oscuridad y la vela volvió a elevarse contra el viento. Temuge escuchó el siseo del agua: se alejaban de los puertos de Shizuishan y se adentraban en la parte más honda del canal. A otra orden de Chen Yi, la tripulación guardó silencio y la embarcación se deslizó sin ser vista a través de las aguas.

Tras lo que pareció un siglo, la luna se alzó en el cielo, pero sólo estaba en cuarto creciente y su luz teñía de plata el río, dibujando las sombras de los supervivientes.

Dos de los hombres de Chen Yi habían fallecido en la lucha y Temuge observó cómo los tiraban al agua desde la popa sin ningún tipo de ceremonia.

Chen Yi había retornado con Khasar para supervisar la tarea e hizo una inclinación de cabeza al ver a Temuge, con una expresión que resultaba ilegible en la penumbra. Temuge lo vio regresar a su puesto junto a la vela, pero a mitad de camino se detuvo, había tomado una decisión. Se paró delante de la silueta de Khasar y alzó la vista hacia él.

—Este mercader tuyo no es un seguidor del Islam —le dijo Chen Yi a Ho Sa—. Los musulmanes rezan continuamente y a éste no lo he visto ponerse de rodillas ni una sola vez.

Ho Sa se puso tenso mientras esperaba a que el capitán continuara hablando.

Chen Yi se encogió de hombros.

—Pero sabe luchar, como me dijiste. Puedo estar ciego durante la noche y durante el día, ¿comprendes?

—Comprendo —respondió Ho Sa. Chen Yi alargó la mano y palmeó a Khasar en el hombro. Imitó el sonido del arco con la boca, claramente satisfecho.

—¿Quiénes eran? —inquirió Ho Sa con suavidad.

Chen Yi se quedó callado unos instantes, considerando su respuesta.

—Unos idiotas y, ahora, unos idiotas muertos. No es asunto tuyo.

—Eso depende de si nos atacan otra vez antes de llegar a Baotou —contestó Ho Sa.

—Nadie conoce su destino, comerciante soldado, pero no creo que eso vaya a suceder. Han tenido una oportunidad para robarnos y la han desperdiciado. No nos cogerán una segunda vez. —Volvió a imitar el sonido del arco de Khasar y esbozó una ancha sonrisa.

—¿Qué es eso que guardáis en la bodega que querían robar? —preguntó Temuge de pronto. Había preparado las palabras con cuidado, pero aún así a Chen Yi los sonidos que emitió le resultaron extraños. Temuge estaba a punto de probar de nuevo cuando el hombrecillo respondió.

—Esos hombres eran curiosos y ahora están muertos. ¿Tú también eres curioso?

Temuge comprendió y se sonrojó, invisible en la oscuridad. Meneó la cabeza.

—No, no lo soy —replicó, mirando hacia otro lado.

—Tienes suerte de contar con amigos que luchen por ti —añadió Chai Yi—. No te he visto moverte durante el asalto. —Soltó una risita burlona y Temuge frunció el ceño. A pesar de no entender todas las palabras, había captado el tono despectivo de su voz, pero Chen Yi se giró hacia Khasar antes de darle ocasión de formular una respuesta y agarró a su hermano del brazo—. Tú. Meado de camello —dijo—, ¿quieres un trago? —Temuge vio los blancos dientes de su hermano cuando éste reconoció el nombre del licor. Chen Yi se lo llevó a la proa para brindar por la victoria. Para Ho Sa y Temuge, de pie uno al lado del otro, la tensión no se disipó.

—No estamos aquí para pelear contra piratas del río —dijo finalmente Temuge—.

Con un cuchillo nada más, ¿qué podía haber hecho?

—Duerme un poco, si puedes —respondió Ho Sa, con aspereza—. No creo que vayamos a hacer ninguna otra parada durante varios días.

Hacía un hermoso día de invierno en las montañas. Gengis había cabalgado con su esposa y sus hijos hasta un río que conocía de su infancia, lejos del campamento de las tribus. Jochi y Chagatai montaban sus propios ponis, mientras que Borte conducía a su montura con Ogedai y Tolui encaramados junto a ella en la silla.

Cuando se alejaron de los demás, Gengis se sintió más alegre. Conocía la tierra que pisaba su yegua y se había sorprendido al notar la oleada de emociones que le invadió el primer día de su llegada desde el desierto. Siempre había sabido que estaba atado a esas montañas, pero había comprobado asombrado que sentir la hierba de su infancia bajo los pies había hecho brotar lágrimas de sus ojos, de las que se deshizo enseguida, parpadeando.

Cuando era pequeño, una excursión así siempre había incluido un componente de peligro. Podía toparse con algún nómada solitario o con unos ladrones vagando por las colinas cerca del arroyo. Quizá todavía quedarán algunos que no se hubiesen unido a ellos en su viaje hacia el sur, pero una nación entera aguardaba sus órdenes en el cercano campamento y en las colinas ya no había rebaños ni pastores.

Desmontó con una sonrisa en los labios y observó satisfecho cómo Jochi y Chagatai ataban las riendas de sus monturas a unos arbustos. Las aguas poco profundas del río discurrían veloces a los pies de una empinada colina. Algunos fragmentos irregulares de hielo que se habían desgajado de las cumbres eran arrastrados por la corriente. Gengis alzó la vista hacia aquellas laderas, recordando a su padre y cómo había escalado la colina roja para conseguir águilas para él. Yesugei le había traído a ese mismo lugar y Gengis no había notado ninguna alegría en él, aunque tal vez la hubiese ocultado. Decidió no dejar que sus hijos vieran el inmenso placer que le producía haber regresado a esos valles y bosques que conocía tan bien.

Mientras ayudaba a bajar al suelo a sus dos pequeños y descendía ella misma, Borte no sonrió. Había habido pocas conversaciones fluidas entre ellos dos desde que se casara con la hija del rey Xi Xia y Gengis sabía que se habría enterado de sus visitas nocturnas a la ger de la joven. Borte no lo había mencionado, pero había una tirantez alrededor de su boca que parecía hacerse más profunda cada día. No pudo evitar compararla con Chakahai mientras se estiraba bajo la sombra de los árboles que inclinaban sus copas sobre el río ensombreciendo las aguas. Borte era alta, nervuda y fuerte; la joven Xi Xia era suave y flexible. Suspiró. Ambas podían despertar su deseo con la caricia adecuada, pero sólo una de ellas parecía querer hacerlo. Había pasado muchas noches con su nueva esposa mientras Borte se quedaba sola. Tal vez por eso había organizado ese viaje lejos de los guerreros y las familias, lejos de los ojos que siempre observaban y de los chismorreos que fluían como lluvia de abril.

Su mirada recayó en Jochi y Chagatai, que se acercaron a la orilla del arroyo y

contemplaron el discurrir del agua. Independientemente de cómo marchara la relación con su madre, no podía dejar que los chicos llegaran a adultos sin su supervisión ni permitir que fuera su madre quien los guiara. Recordaba muy bien la influencia que había ejercido Hoelun sobre su hermano Temuge y cómo había hecho de él un hombre débil.

Se dirigió hacia sus dos hijos mayores con amplias zancadas y reprimió el escalofrío que sintió al pensar en entrar en el agua helada. Evocó la ocasión en que había tenido que esconderse de sus enemigos en un lugar así, y recordó cómo se le entumeció el cuerpo hasta quedar inútil mientras la vida iba escapándosele poco a poco. Sin embargo, había sobrevivido y la experiencia lo había hecho más fuerte.

—Acerca a los otros dos —le pidió a Borte—. Quiero que me escuchen aunque sean demasiado pequeños para meterse. —Vio que Jochi y Chagatai cruzaban una mirada inquieta al confirmarse cuál era su intención. A ninguno de los dos les hacía ni pizca de gracia meterse en el gélido río. Jochi levantó la vista hacia Gengis con la misma mirada vacía e inquisitiva de siempre. De algún modo, esa mirada le puso de mal humor y retiró la vista cuando Borte trajo a Tolui y a Ogedai junto a la margen del arroyo.

Gengis notó los ojos de Borte posarse sobre él y aguardó hasta que se hubo alejado para sentarse junto a los ponis. Aunque desde allí siguió observándolos, al menos los chicos no se volverían hacia ella en busca de ayuda. Tenían que sentirse solos para probarse a sí mismos y para que él pudiera identificar sus fortalezas y sus debilidades. Se percató de que estaban nerviosos a su lado y se recriminó por todo el tiempo que había pasado separado de ellos. ¿Cuánto tiempo hacía desde que se atreviera a desafiar las hostiles miradas de su madre para jugar con alguno de ellos? Él recordaba a su propio padre con cariño pero ¿cómo le recordarían ellos? Se obligó a desterrar esos pensamientos de su mente y rememoró las palabras que pronunció su padre en ese mismo lugar, tantos años atrás.

—Habréis oído hablar de la expresión impasible del guerrero —le dijo a los chicos—. La expresión que adopta para no revelar nada a sus enemigos. Nace de una fuerza que no tiene nada que ver con los músculos o con lo hábil que seas tensando un arco. Es la dignidad esencial que significa que al enfrentarte a la muerte no sientes más que desprecio. Su secreto reside en que es más que una simple máscara. Aprender a adoptar esa expresión hace brotar la calma interior, gracias a la cual vencemos el miedo y nos hacemos con el control de nuestra propia carne.

Con unos pocos movimientos, se deshizo de la faja que sujetaba su deel y se quitó los pantalones y las botas, quedándose desnudo frente a la orilla. Su cuerpo estaba surcado de antiguas cicatrices y tenía el pecho más blanco que los brazos y las piernas, que estaban morenos y curtidos. Se enderezó sin ninguna vergüenza delante de ellos antes de caminar hacia el helado torrente, sintiendo que su escroto se encogía al tocar el agua.

Al sumergirse en el agua, se le agarrotaron los pulmones y cada inspiración le

costaba un gran esfuerzo. Su rostro no dejaba traslucir nada y miró a sus hijos sin expresión antes de meter la cabeza bajo el agua. A continuación, se echó hacia atrás y se quedó allí medio flotando, con las manos tocando los guijarros del lecho del río.

Los cuatro niños lo observaban fascinados. Su padre parecía estar completamente a sus anchas en el agua helada, y mantenía la cara tan calmada como antes. Pero su mirada conservaba su ferocidad y no pudieron sostenerla mucho tiempo.

Jochi y Chagatai intercambiaron una mirada, retándose el uno al otro. Jochi se encogió de hombros, se desnudó sin timidez, entró con amplias zancadas en el agua y se zambulló en el río. Gengis lo vio temblar de frío, pero el musculoso chico se volvió y le lanzó una mirada hostil a Chagatai, como si lo desafiara, aguardando. Apenas parecía ser consciente de la presencia de su padre o de la lección que pretendía darle.

Chagatai resopló desdeñoso, y empezó a quitarse la ropa. Con seis años, Ogedai era mucho más pequeño que sus hermanos. Él también empezó a desnudarse y Gengis vio que su madre se ponía en pie para llamarlo.

—Deja que se meta, Borte —dijo. Él vigilaría para impedir que su tercer hijo se ahogara, aunque no lo tranquilizaría diciéndolo en voz alta. El rostro de Borte se crispó de miedo cuando vio a Ogedai entrar en el agua sólo un paso por detrás de Chagatai. Eso dejó a Tolui solo y abatido en la orilla. Con enorme esfuerzo, él también comenzó a quitarse el deel. Gengis se rió, complacido ante esa demostración de valor. Habló antes de que Borte pudiera interferir.

—Tú no, Tolui. Quizá al año que viene, pero hoy no. Quédate ahí y escucha.

El alivio se reflejó claramente en el rostro del pequeño mientras se volvía a atar la tira en torno a la cintura con un pulcro nudo. Respondió a la sonrisa de su padre con otra y Gengis le guiñó el ojo, haciéndole sonreír de oreja a oreja.

Jochi había elegido una poza al borde del río donde el agua se remansaba. Miró a su padre con todo el cuerpo, excepto la cabeza, completamente sumergido y, mientras su padre hablaba a Tolui, logró controlar su respiración. Tenía la mandíbula apretada para reducir el castañeteo de sus dientes y los ojos destacaban en su rostro muy abiertos y oscuros. Como había hecho otras mil veces antes, Gengis se preguntó si era el padre de ese chico. Al no saberlo a ciencia cierta, había una barrera que le impedía sentir afecto por él. A veces, la barrera entre ellos se tambaleaba, porque Jochi estaba creciendo alto y fuerte, pero Gengis seguía preguntándose si los rasgos que tenía ante sí eran los del violador tártaro, los del hombre cuyo corazón había devorado en venganza. Era difícil amar una cara con esos ojos tan oscuros cuando los suyos propios tenían el color amarillo de los del lobo.

Chagatai era tan claramente hijo suyo que la comparación era dolorosa. Cuando se metió en el agua, el frío acentuó el tono pálido de sus ojos y Gengis tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su afecto o arruinaría ese momento. Se obligó a respirar profunda y lentamente.

—En un agua tan fría, un niño puede quedarse dormido cuando su corazón ha

latido seiscientas o setecientas veces. Hasta un hombre adulto puede perder el sentido si permanece sumergido un poco más de tiempo. Tu cuerpo empieza a morir comenzando por las manos y los pies. Sentiréis cómo se entumecen y se vuelven inútiles. Empiezas a pensar muy despacio y, si te quedas dentro del agua demasiado tiempo, ya no tendrás la energía o la voluntad para volver a salir. —Se detuvo un momento y los observó. Los labios de Jochi se habían puesto azules y todavía no había emitido ningún sonido. Chagatai parecía estar luchando contra el frío agitando los brazos y las piernas bajo el agua. Gengis vigilaba sobre todo a Ogedai, que trataba de remedar a sus hermanos mayores. El esfuerzo era demasiado grande para él y Gengis oyó el fuerte castañeteo de sus dientes. No podía mantenerlos allí mucho tiempo más y se planteó decirle a Ogedai que regresara a la orilla. No, su padre no lo había hecho, aunque el pequeño Temuge se había desmayado hacia el final y casi se ahoga.

—No me dejéis saber nada de lo que sentís —les dijo—. Quiero ver la expresión impasible que le mostraréis a los enemigos que os provoquen. Recordad que ellos también tienen miedo. Si alguna vez os habéis preguntado si erais el único cobarde en un mundo de guerreros, sabed que ellos también sienten lo mismo que vosotros, hasta el último hombre. Sabiéndolo, podéis ocultar vuestro propio miedo y avasallarlos con la mirada. —Los tres chicos se esforzaron en hacer desaparecer el miedo y el dolor de sus caras y, desde la orilla, el pequeño Tolui los imitó muy concentrado—. Respirad suavemente por la nariz para ralentizar los latidos de vuestro corazón. Vuestra carne es débil, pero no debéis escuchar sus gritos de ayuda. He visto a un hombre clavarse un cuchillo en la propia carne sin que brotara una sola gota de sangre. Dejad que esa fuerza entre en vosotros y respirad. No me mostréis nada y vaciaos.

Jochi comprendió enseguida lo que les decía y su aliento jadeante se ralentizó y alargó en una perfecta imitación del de su padre. Gengis hizo caso omiso de él y observó los esfuerzos de Chagatai por controlarse. Por fin lo logró, poco antes del momento en el que Gengis sabía que debía concluir el ejercicio antes de que se desmayaran en el agua.

—Vuestro cuerpo es como cualquier otro animal a vuestro cuidado —les dijo—. Clamará pidiendo comida y agua, calor y el alivio de su dolor. Conseguid la expresión impasible del guerrero y seréis capaces de hacer caso omiso de sus gritos.

Los tres muchachos se habían quedado entumecidos y Gengis decidió que ya era hora de sacarlos del agua. Suponía que tendría que cogerlos en brazos para dejarlos en la orilla y se puso en pie para agarrar al primero de ellos, pero Jochi se puso en pie por sí solo, con el cuerpo salpicado de manchas rosadas de sangre bajo la piel. Los ojos del pequeño no se separaron de los de su padre mientras Gengis tocó con una mano el brazo de Chagatai, sin querer levantarlo él después de que Jochi se las hubiera arreglado solo.

Chagatai se agitó adormilado, con la mirada vidriosa. Miró a Jochi, y al verlo de pie, cerró la boca y se levantó con esfuerzo, pero se resbaló en el blando fango bajo la

superficie del agua. Gengis percibió la animosidad entre ambos chicos y no pudo evitar recordar a Bekter; el hermano al que había matado tantos años atrás.

Ogedai no podía ponerse en pie por sí solo y los fuertes brazos de su padre lo devolvieron a la ribera para que se secara al sol. Gengis salió del arroyo con grandes zancadas y, mientras el agua resbalaba a chorros por su piel, sintió cómo la vida retomaba a sus miembros con un torrente de energía. Jochi y Chagatai se acercaron a él, dando pequeños gritos ahogados a medida que se les iban despertando manos y pies. Se percataron de que su padre seguía observándolos, y ambos comprendieron lo que deseaba y trataron de controlar sus cuerpos otra vez. Las manos les temblaban violentamente, pero se enderezaron bajo los rayos del sol y lo miraron, sin atreverse a hablar para que sus mandíbulas no empezaran a tiritar.

—¿Os ha matado? —les preguntó Gengis.

Yesugei les había hecho la misma pregunta y Khasar había respondido «Casi», haciendo que su padre estallara en carcajadas. Sus propios hijos no dijeron nada y se dio cuenta de que no tenía con ellos el mismo tipo de amistad que le había unido a Yesugei. Pasaría más tiempo con ellos, se prometió. La princesa Xi Xia era como un fuego que le encendía la sangre, pero intentaría no responder a esa llamada tan a menudo mientras los chicos se hacían hombres.

—Vuestro cuerpo no os gobierna —dijo, tanto para sí mismo como para ellos—. Es una bestia estúpida que no sabe nada de las cosas de los hombres. Es sólo el carro que os transporta. Vosotros lo controláis con vuestra voluntad y con el aliento que os atraviesa la nariz, cuando os pide que supliquéis como un perro. Cuando recibáis una flecha durante la batalla y el dolor sea abrumador os desharéis de él y, antes de caer, daréis muerte a vuestros enemigos.

Alzó la vista hacia la ladera, hacia los recuerdos de días tan inocentes y lejanos que apenas podía soportar evocarlos.

—Ahora llenaos la boca de agua y corred hasta la cumbre de esta colina y volved. Cuando regreséis, escupid el agua para demostrarme que habéis respirado como es debido. El primero que llegue aquí, comerá. Los demás se quedarán con hambre.

No era una prueba justa. Jochi era mayor y, a esa edad, incluso un solo año contaba. Gengis fingió no darse cuenta mientras los chicos cruzaban una mirada, considerando quién tenía más posibilidades de ganar. Bekter también había sido mayor entonces, pero Gengis había dejado atrás a su hermano, que se quedó jadeando en la ladera. Confiaba en que Chagatai hiciera lo mismo.

Chagatai se lanzó al agua sin previo aviso, zambulléndose con una gran salpicadura y metiendo la cara en la superficie para absorber un trago de agua. Ogedai iba sólo unos pasos por detrás. Gengis recordó cómo el agua se templó y espesó en su boca. Paladeó su sabor junto con los recuerdos.

Jochi no se había movido y Gengis se giró con expresión inquisitiva.

—¿Por qué no los sigues? —preguntó.

Jochi se encogió de hombros.

—Puedo vencerlos —dijo—. Ya lo sé.

Gengis se le quedó mirando fijamente, notando una rebeldía que no podía comprender. Ninguno de los hijos de Yesugei se había negado a realizar la tarea. El niño que Gengis fue había disfrutado de la oportunidad de humillar a Bekter. No conseguía entender a Jochi y sintió que perdía los estribos. Sus otros hijos estaban ya subiendo con esfuerzo la colina, cada vez más pequeños en la distancia.

—Tienes miedo —murmuró Gengis, aunque sólo lo dijo para ver si acertaba.

—No tengo miedo —respondió Jochi sin vehemencia mientras se agachaba para recoger su ropa—. ¿Me querrás más si los venzo? —Por primera vez, su voz tembló, atravesada de una honda emoción—. Yo creo que no.

Gengis miró al muchacho, estupefacto. Ninguno de los hijos de Yesugei habría osado hablarle de ese modo. ¿Cómo habría respondido su padre? Hizo una mueca al recordar las manos de Yesugei sujetándole con fuerza. Su padre no lo habría permitido. Durante un instante; consideró darle un buen coscorrón para que entrara en razón, pero entonces se percató de que eso era lo que Jochi estaba esperando y que se había puesto tenso para recibir el golpe. El impulso murió antes de haber nacido.

—Me sentiría orgulloso de ti —le contestó Gengis.

Jochi tembló, pero no de frío.

—Entonces, hoy correré —dijo. Su padre lo miró sin entender mientras tomaba un trago de agua del río y echaba a correr con rapidez y seguridad por el terreno irregular tras sus hermanos.

Cuando todo volvió a quedar en calma, Gengis llevó al pequeño Tolui hasta donde Borte aguardaba, sentada junto a los ponis. Su expresión era impenetrable y no lo miró a los ojos.

—Pasaré más tiempo con ellos —le aseguró, intentando comprender todavía qué había pasado con Jochi.

Borte alzó la vista y, por un momento, su rostro se suavizó al notar la confusión de su marido.

—No hay nada que desee más en este mundo que lo aceptes como a tus demás hijos —espetó.

Gengis resopló.

—Pero si lo acepto. ¿Cuándo lo he rechazado?

Borte se puso en pie para mirarlo a la cara.

—¿Cuándo le has cogido en tus brazos? ¿Cuándo le has dicho lo orgulloso que estás de él? ¿Crees que no ha oído los cuchicheos de los otros chicos? ¿Cuándo has mandado callar a esos idiotas con una muestra de afecto?

—No quería que se ablandara —respondió, preocupado. No sabía que había sido tan evidente y, por un momento, fue consciente de la dura vida a la que había obligado a vivir a Jochi. Sacudió la cabeza para despejarse. Su propia vida había sido más difícil aún y no podía amar al chico aunque se lo propusiese. Con cada nuevo año que pasaba, veía menos de sí mismo en esos ojos oscuros.

La risa de Borte interrumpió sus pensamientos. Pero no fue un sonido agradable.

—Lo peor es que es tan obviamente hijo tuyo, más que ninguno de los otros. Y, sin embargo, no eres capaz de verlo. Tiene la voluntad para enfrentarse a su propio padre, pero tú estás ciego. —Escupió en la hierba—. Si Chagatai hubiera hecho lo mismo, estarías sonriendo y diciéndome que el niño tiene el valor de su abuelo.

—Ya basta —ordenó Gengis en voz baja, harto de su voz y de sus críticas. El día se había estropeado, se había convertido en una burla de la alegría y la sensación de triunfo que recordaba cuando había llegado a aquel lugar con su propio padre y sus hermanos.

Borte lo fulminó con la mirada al notar su hosca expresión.

—Si vence a Chagatai en la carrera de la colina, ¿cómo reaccionarás? —le preguntó.

Soltó una maldición, con un humor tan agrio como la leche rancia. No se había planteado siquiera que Jochi pudiera ganar ya y supo que, si lo hacía, no abrazaría al chico con Borte mirando. Los pensamientos se agolparon sin control en su mente y se dio cuenta de que no tenía la más mínima idea de cómo iba a reaccionar si el muchacho conseguía llegar el primero a pesar de todo.

Temuge escuchó los gruñidos de Khasar con una expresión furiosa. Su hermano se había ganado la benevolencia de la tripulación por su respuesta al ataque. En los días posteriores a la terrible escena vivida en la oscuridad, Chen Yi hizo participar de forma regular al guerrero mongol en los momentos de camaradería del barco. Khasar había aprendido muchas expresiones en su lengua y, por las noches, compartía las raciones del fuerte licor que bebían y las bolas de arroz y gambas. El capitán del barco también parecía haberse ganado la simpatía de Ho Sa, mientras que Temuge permanecía resueltamente apartado. No le sorprendía ver a Khasar comportarse como un animal con los demás. Su perspicacia era muy limitada y Temuge deseó que su hermano pudiera darse cuenta de que no era más que un arquero enviado para proteger a su hermano menor. Al menos, Gengis sabía lo valioso que Temuge podía ser para él.

La noche antes de partir hacia el río, Gengis había hecho llamar a Temuge y le había pedido que recordara todos y cada uno de los detalles de los muros de Baotou, todas las características de las defensas. Si no regresaba con los mamposteros que habían construido la ciudad, sus conocimientos podrían ser todo lo que tuvieran para iniciar la campaña estival. Gengis confiaba en la memoria y la aguda inteligencia de Temuge, que a Khasar evidentemente le faltaba. Frustrado, Temuge había recordado la urgencia de su hermano al pasar junto a una barca con dos miembros femeninos en la tripulación y ver cómo Khasar agitaba un par de monedas de plata ante ellas, invitándolas a subir al barco.

En el barco no había ningún tipo de intimidad y Temuge tuvo que quedarse mirando fijamente hacia el agua para no tener que ver a las dos jóvenes desnudarse, recorrer a nado la distancia que los separaba y llegar brillantes y temblorosas a bordo

de su barco. Chen Yi había tirado el ancla a las profundas aguas para que las mujeres pudieran regresar cuando la tripulación hubiera terminado con ellas.

Temuge cerró los ojos al oír los pequeños chillidos que daba la segunda de las mujeres. Era ágil y de pechos pequeños, joven y atractiva, aunque no había mirado hacia él cuando aceptó la moneda de Khasar. Los sonidos que emitía sólo se interrumpieron cuando los envites de Khasar le hicieron abrir la mano un momento y la moneda salió rodando: la tripulación se echó a reír cuando la chica se lo quitó de encima de un empujón y salió a gatas detrás del dinero. Temuge observaba por el rabillo del ojo cómo Khasar aprovechaba su oportunidad y las risitas de la chica le hicieron maldecir entre dientes. ¿Qué pensaría Gengis de ese retraso en sus planes? Les habían encomendado una tarea de la máxima importancia para las tribus. Gengis lo había dejado bien claro. Sin saber cómo penetrar en las ciudades amuralladas de los Chin, los soldados imperiales nunca serían derrotados. Temuge se enfureció al recordarlo mientras esperaba a que Khasar terminara por segunda vez. Estaban desperdiciando todo el día pero sabía que si decía algo, su hermano se burlaría de él delante de los marineros. Temuge hervía de humillación en silencio. Aunque Khasar parecía haberlo olvidado, él recordaba muy bien por qué estaban allí.

Se estaba haciendo de noche cuando Borte vio que Jochi regresaba atravesando el río al frente de sus hermanos. Sus pies desnudos aún sangraban por la carrera cuando se detuvo ante ella, con el pecho palpitante. A Borte se le rompió el corazón al ver al chico buscando en vano a su padre con la mirada. Algo murió dentro de él cuando se dio cuenta de que Gengis no estaba allí. Escupió el agua de la boca y jadeó ruidosamente en el silencio del atardecer.

—Han venido a buscar a tu padre del campamento —mintió Borte, pero Jochi no la creyó. Su madre notó su dolor y ocultó la rabia que sentía contra su marido y contra ella misma por haberse peleado con él.

—Habrás ido a buscar a su nueva esposa, la extranjera —dijo Jochi de pronto. Borte se mordió el labio, sin responder. También en eso había perdido al hombre con el que se había casado. Con su hijo mayor confuso y herido frente a ella, era fácil odiar a Gengis por su egoísta ceguera. Decidió entrar en la ger de la mujer Xi Xia si no lo encontraba en otro sitio. Quizá ya no le importara su esposa, pero sí sus hijos y utilizaría eso para recuperarlo.

Chagatai y Ogedai llegaron tropezándose en la oscuridad y ambos escupieron el trago de agua como les había dicho su padre Sin su padre allí para presenciarse, la victoria estaba vacía y sus rostros asumieron una expresión perdida.

—Le contaré lo bien que corrísteis —dijo Borte, con los ojos brillantes de lágrimas.

Pero eso no les bastaba y los niños subieron a sus caballos para emprender el regreso a casa silenciosos y heridos.

XII

Ho Sa le dijo a los hermanos que para llegar a Baotou deberían recorrer varios kilómetros a pie desde el bullicioso puerto fluvial que la aprovisionaba. La ciudad era el último centro comercial entre el reino Chin del norte y el reino Xi Xia, y cuando viraron para adentrarse en esa zona, el río estaba repleto de barcas. Desde que abandonaron sus ponis habían transcurrido tres semanas y Temuge estaba harto de la lentitud del paso del tiempo, de las húmedas neblinas sobre el agua y de la dieta de arroz y pescado. Chen Yi y su tripulación bebían agua del río sin ponerse enfermos y Khasar parecía tener un estómago de hierro, pero las tripas de Temuge habían estado flojas tres días seguidos al final de los cuales el joven estaba totalmente abatido y tenía la ropa sucia. Nunca antes había visto o comido pescado y esas cosas cubiertas de escamas plateadas que sacaban del río no le infundían ninguna confianza. Los marineros parecían encantados cuando, tirando de unas delgadas cuerdas conseguían sacarlos del agua y los animales se retorcían y daban coletazos sobre la cubierta hasta que los hombres se abalanzaban sobre ellos y les machacaban la cabeza. Temuge había lavado las prendas manchadas mientras estaban amarrados, pero le seguían sonando las tripas y expulsaba aire fétido por ambos extremos de su cuerpo.

A medida que el río Amarillo, serpenteando, se iba adentrando entre las colinas, aparecían ante sus ojos más y más aves, que vivían de las sobras de los comerciantes y las tripulaciones. Temuge y Khasar se quedaron fascinados ante el impresionante número de hombres y embarcaciones que transportaban mercancías por el río y que, en aquel lugar, eran más que en ningún otro sitio que hubieran visto antes. Aunque Chen Yi parecía capaz de abrirse camino entre la aglomeración de barcas utilizando sólo la vela, muchos de los marineros llevaban largas pértigas para alejar a otros botes cuando se acercaban en exceso al suyo. Era un ambiente ruidoso y caótico, con cientos de mercaderes compitiendo a voces para vender desde pescado fresco hasta telas estropeadas por el agua que pudieran emplearse aún para las ropas más bastas. Un aire impregnado de aromas de extrañas especias los envolvió mientras Chen Yi maniobraba entre sus competidores, buscando un espacio para atracar durante la noche.

Chen Yi era todavía más conocido en aquellas aguas y Temuge observó con ojos entrecerrados cómo lo saludaban sus distintos amigos. A pesar de que la tripulación parecía haber admitido a Khasar como a uno de los suyos, Temuge no confiaba en el menudo capitán. Estaba de acuerdo con Ho Sa en que la bodega debía de estar llena de alguna mercancía de contrabando, pero el hombrecillo tal vez podría ganarse algunas monedas extra informando de su presencia a los soldados imperiales. La tensión corroía a los tres hombres por tener que permanecer a bordo sin saber si estaban a salvo.

Era obvio que no habían llegado al puerto de noche por casualidad. Chen Yi se

había retrasado en una curva del río, sin dignarse a contestar cuando Temuge lo presionó para que se diera prisa. Fuera lo que fuera lo que guardaba en su bodega, lo descargarían en la oscuridad, cuando los recaudadores de impuestos y sus soldados estuvieran menos alerta.

Enfadado, Temuge murmuró entre dientes. No le importaban nada los problemas de Chen Yi. Su tarea era llegar al puerto lo antes posible para dirigirse sin dilación a la ciudad. Ho Sa había dicho que el trayecto se podía recorrer en unas pocas horas y que el camino era bueno, pero tantas cosas y sonidos extraños a su alrededor estaban poniéndolo nervioso y quería ponerse en marcha de inmediato. Mientras buscaban un lugar donde amarrar y esperar su turno para descargar en el desvencijado puerto, también la tripulación dejaba traslucir su nerviosismo.

El puerto no resultaba en absoluto impresionante, consistía en unos cuantos edificios de madera que parecían tener que apoyarse los unos sobre los otros para no caerse. Era un lugar sórdido, construido pensando en el comercio y no en el confort. A Temuge eso le daba igual, pero vio a un par de soldados bien armados que no perdían de vista todo lo que se descargaba en el muelle y deseó que su atención no recayera sobre ellos.

Oyó que Chen Yi hablaba en voz baja a sus marineros y Temuge entendió que les estaba dando órdenes al verles agachar la cabeza con movimientos bruscos. Se esforzó en ocultar su irritación por tener que sufrir un nuevo retraso. Pronto, sus compañeros y él abandonarían el río y se alejarían de ese pequeño mundo que no lograba comprender. Durante un breve instante, se había preguntado si podría comprar manuscritos ilustrados en ese mercado fluvial, pero no parecía haber nadie que comerciara con ellos y los lingotes de plata o las figuritas talladas no le interesaban. Esos artículos se los ofrecían chicos de manos mugrientas que se aproximaban remando en barquichuelas de junco trenzado a todos los barcos que acababan de incorporarse al mercado. Temuge miró con expresión glacial a los pilluelos hasta que pasaron. Cuando Chen Yi se acercó a la popa a hablar con su pasaje, Temuge tenía un humor de perros.

—Tenemos que esperar hasta que haya un hueco en el muelle —afirmó—. Podréis marcharos antes de medianoche, o unas horas después. —Ante el fastidio de Temuge, el hombrecillo hizo una inclinación de cabeza a Khasar—. Si no comieras tanto, te haría miembro de mi tripulación —Khasar no le entendió, pero le dio una palmada a Chen Yi en el hombro como respuesta. Él también estaba impaciente por seguir adelante y el capitán percibió el ánimo de sus pasajeros—. Si queréis puedo encontraros plaza en algún carro para que os lleven a la ciudad. Será un precio justo.

Temuge vio que el hombre los observaba atentamente. No tenía ni idea de si el viaje a Baotou era fácil o no, pero sospechaba que un mercadea la profesión que él mismo había declarado, no rechazaría una oferta así. La idea de seguir viajando bajo la mirada recelosa de Chen Yi le incomodaba, pero esbozó una sonrisa forzada y le respondió en la lengua de los Chin.

—Nuestra respuesta es sí —contestó—, a menos que tardéis mucho en descargar vuestras mercancías.

Chen Yi se encogió de hombros.

—Tengo amigos aquí que pueden ayudarme. No tardaré mucho. Para ser comerciantes, me parece a mí que sois muy impacientes. —Lo dijo sonriendo, pero no les quitó los ojos de encima mientras hablaba, absorbiendo cada detalle de su reacción. Temuge se alegró de que Khasar no le entendiera. Su hermano era más fácil de leer que un mapa.

—Lo decidiremos más tarde —respondió Temuge, girando la cabeza para asegurarse de que Chen Yi notara que había dado la conversación por terminada. Puede que el hombrecillo se hubiera marchado, pero Khasar señaló a los soldados que había en el muelle.

—Pregúntale por esos hombres —le dijo a Ho Sa—. Queremos alejarnos de ellos y yo creo que él también. Pregúntale cómo piensa descargar sin que se den cuenta.

Ho Sa vaciló, sin decidirse a dejar que Chen Yi supiera que habían adivinado que su carga era ilegal o no había pagado impuestos. No sabía cómo iba a reaccionar. Antes de que empezara a hablar Khasar resopló.

—Chen Yi —dijo, señalando otra vez a los soldados.

El capitán alargó la mano y bajó el brazo de Khasar antes de que alguien pudiera notar el gesto.

—Tengo amigos en el puerto —replicó—. No tendremos problemas aquí. Baotou es mi ciudad, la ciudad donde he nacido, ¿entendéis?

Ho Sa tradujo y Khasar asintió.

—No deberíamos separarnos de este tipo, hermano —le indicó a Temuge—. No puede traicionarnos mientras descarga porque llamaría demasiado la atención sobre lo que sea que ha estado durante estas semanas bajo nuestros pies.

—Gracias por tu interés, Khasar —respondió Temuge, en tono ácido—. Ya he reflexionado sobre lo que tenemos que hacer. Aceptaremos su oferta de llevarnos a la ciudad y entrar en la ciudad junto a él Después de eso, encontraremos a los hombres que buscamos y regresaremos.

Habló sabiendo que Chen Yi no podía entenderle, pero aun así lo hizo con aprensión. Encontrar a los albañiles de Baotou era una parte del plan que no habían podido predecir desde el reino de los Xi Xia. Nadie sabía si sería fácil o difícil localizarlos, o qué peligros se presentarían en la ciudad. Aunque tuvieran éxito, Temuge no estaba seguro de cómo sacarían a unos prisioneros si un solo grito de socorro podía lanzar a los soldados sobre ellos. Pensó en la plata que Gengis le había entregado para hacerles más fácil el viaje.

—¿Volverás al río después, Chen Yi? —le preguntó—. Puede que no nos quedemos mucho en la ciudad.

Para su decepción, el capitán negó con la cabeza.

—Aquí está mi casa y tengo muchas cosas que hacer. No volveré a salir hasta

dentro de muchos meses.

Temuge recordó la elevada cantidad que Chen Yi les había exigido por el viaje, fingiendo que no quería tener que navegar hasta tan lejos.

—¿Así que ibas a venir aquí de todas formas? —preguntó, indignado.

Chen Yi sonrió de oreja a oreja.

—Los pobres no van a Baotou —contestó, riéndose. Temuge lo fulminó con la mirada mientras el capitán se reunía con paso tranquilo con su tripulación.

—No confío en él —murmuró Ho Sa—. No le preocupan los soldados del muelle. Transporta algo tan valioso como para sufrir un ataque armado y todos los barqueros de Baotou lo conocen. Esto no me gusta nada.

—Estaremos preparados —replicó Temuge, aunque al oír aquellas palabras le había invadido el pánico. Los hombres de los puertos y del río eran enemigos y confiaba en que pudieran pasar entre ellos sin ser vistos. Gengis había puesto sus esperanzas en ellos, pero en ocasiones daba la impresión de que les había encomendado una misión imposible.

La luna era una helada línea blanca y arrojaba sólo un pálido destello sobre las aguas. Temuge se preguntó si Chen Yi habría planeado su llegada con más cuidado todavía de lo que había notado. Al principio, la negrura de la noche fue un obstáculo cuando Chen Yi desató las cuerdas que los sujetaban a un poste del muelle y envió a dos miembros de la tripulación a popa a manejar el timón para virar. Mientras surcaba las aguas adelante y atrás, el propio Chen Yi utilizó una larga pértiga para abrirse camino entre las barcas del puerto. Varios hombres somnolientos le insultaron cuando el palo golpeó la madera haciendo un ruido sordo en la oscuridad. Temuge pensó que la luna se había desplazado en el cielo cuando por fin llegaron al muelle en sí, aunque Chen Yi apenas tenía una gota de sudor en el cuerpo.

El muelle estaba oscuro, a pesar de que algunos de los edificios de madera aún tenían luz en las ventanas y oyeron algunas risas provenientes del interior. El resplandor amarillo que despedían aquellas construcciones parecían ser todo cuanto Chen Yi necesitaba para orientarse en el puerto y fue el primero que se situó de un salto sobre la estructura de pilares de madera con una maroma en las manos para amarrar el barco. No había ordenado silencio pero ninguno de los marineros pronunció una sola palabra mientras desmontaban la vela. Hasta el sonido que hicieron al abrir las trampillas que daban a la bodega fue un ruido apagado.

Temuge expulsó un largo suspiro de alivio por haber llegado a tierra firme, pero, al mismo tiempo, sintió que el pulso se le aceleraba. Vislumbró unas cuantas sombras humanas, descansando o durmiendo y entornó los ojos para verlas mejor; preguntándose si eran mendigos, prostitutas o incluso informadores. Sin duda los soldados que había visto estarían preparados para reaccionar ante la posibilidad de que un barco atracara durante la noche. Temuge temía oír un súbito grito o el ruido de un grupo de hombres armados a la carrera que diera al traste con todo lo que habían logrado hasta entonces. Habían llegado hasta la ciudad que Gengis quería, o al menos

al lugar junto al río que estaba más próximo a ella. Tal vez precisamente por qué estaban tan cerca de su objetivo, estaba convencido de que todo quedaría en nada y adelantó a los demás a trompicones para saltar la borda del barco y llegar a los tablones, pero con las prisas dio un traspié. Fue Ho Sa quien lo sujetó por el brazo ayudándolo a recobrar el equilibrio, mientras Khasar desaparecía en la oscuridad.

Temuge deseaba más que ninguna otra cosa dejar atrás aquella barca y su tripulación, pero seguía preocupado porque Chen Yi los traicionara. Si el capitán del barco había captado el significado del hecho de que Khasar llevara un arco mongol, la información podría servirle para librarse de cualquier problema que se le presentara. En una tierra extraña, incluso con la ayuda de Ho Sa, les resultaría muy difícil poder escapar de una persecución, sobre todo si sabían que se dirigían a Baotou.

Un crujido surgió de la oscuridad y la mano de Temuge se movió hacia el cuchillo. Se obligó a relajarse al ver que se trataba de dos carros que se aproximaban tirados por unas mulas cuya respiración creaba una nube de niebla en el aire helado. Los carreteros descendieron, hablaron en voz baja con Chen Yi y uno de ellos soltó una risita mientras empezaban a descargar la pequeña barca. Temuge no pudo evitar aguzar la vista para ver qué sacaban de allí, pero no consiguió distinguir ningún detalle. Fuera lo que fuera lo que transportaban, a juzgar por los sonidos que emitieron los hombres al levantarlo, era algo pesado. Tanto Temuge como Ho Sa avanzaron de modo inconsciente, movidos por la curiosidad. Fue la voz de Khasar; que pasó junto a ambos con una masa negra sobre el hombro, la que se oyó en la oscuridad.

—Seda —susurró a Temuge—. He palpado el extremo de un rollo. —Lo oyeron gruñir al subir el peso al carro más próximo antes de regresar junto a ellos—. Si toda la mercancía es igual, hemos metido seda de forma clandestina en la ciudad.

Ho Sa se mordió el labio.

—¿En tanta cantidad? Debe de venir de Kaifeng o de la propia Yenking. Un cargamento así es muy valioso para defenderlo sólo con unos cuantos marineros.

—¿Cómo de valioso? —preguntó Khasar; alzando el volumen lo suficiente para hacer que el rostro de Temuge se crispara, aprensivo.

—Miles de lingotes de oro —respondió Ho Sa—. Suficiente para comprar cien barcos como éste y una mansión para guardarlos. Este Chen Yi no es ningún pequeño mercader ni un ladronzuelo. Si ha organizado este viaje para transportar la carga por el río sólo lo ha hecho para desviar la atención de aquéllos que pudieran querer robarla. Aun así, podría haberlo perdido si no hubiéramos estado a bordo. —Se quedó pensando un momento antes de continuar—. Si la bodega está llena, la carga sólo puede pertenecer a las reservas imperiales. No se trata de pagar impuestos o no. Lo someten a una estricta protección antes de la venta. Quizá ésta sea sólo la primera etapa en una ruta que la llevará a miles de kilómetros hasta su destino final.

—¿Y eso qué importa? —le preguntó Khasar—. Todavía tenemos que conseguir

entrar en la ciudad y es el único que se ha ofrecido a llevarnos.

Ho Sa respiró profundamente para ocultar un arrebató de ira.

—Si alguien está buscando esta seda, estaremos más en el punto de mira que si estuviéramos solos. ¿Entiendes? Entrar en Baotou con esto, podría ser nuestro mayor error. Si los guardias de la ciudad registran los carros, nos capturarán y nos torturarán hasta que les digamos todo lo que sabemos.

A Temuge le dio un vuelco el estómago al imaginárselo. Estaba a punto de ordenar a los demás que se alejaran de los muelles cuando Chen Yi apareció junto a él. Llevaba una lámpara con las puertecitas cerradas, pero el leve resplandor le iluminaba el rostro: su expresión estaba más tensa que nunca y su piel relucía por el sudor.

—Subid, todos vosotros —dijo. Temuge abrió la boca para inventar alguna excusa, pero la tripulación había abandonado el barco. Todos llevaban cuchillos en la mano y estaban listos para utilizarlos y Temuge no encontró ninguna frase que pudiera calmar su creciente temor. Habían dejado suficientemente claro que los pasajeros no podían marcharse sin más y adentrarse en la noche, no después de lo que habían visto. Maldijo a Khasar por ayudarlos con los rollos de tela. Quizá eso hubiera despertado aún más sus sospechas.

Chen Yi pareció percibir su incomodidad y le hizo un gesto con la cabeza.

—No os conviene entrar por vuestros propios medios en la ciudad en la oscuridad —aseguró—. No lo permitiré.

Temuge se estremeció y alargó la mano para ayudarse a subir a uno de los carromatos. Vio cómo la tripulación le hacía gestos a Ho Sa para que se encaramara al segundo, aunque permitieron que Khasar se acomodara al lado de su hermano. Desalentado, se dio cuenta de que Chen Yi los había separado de forma deliberada. Se preguntó si llegaría a ver Baotou o se desharían de él arrojándolo al camino con un tajo en la garganta. Al menos aún conservaban las armas. Khasar llevaba su arco envuelto en tela y Temuge tenía su pequeño cuchillo. Sin embargo sabía que él nunca conseguiría escapar si la huida dependía de su capacidad para luchar.

Los carros permanecían inmóviles cuando un suave silbido surgió de las sombras de los edificios del puerto. Chen Yi descendió de un ágil salto y respondió silbando a su vez. Temuge observó entre nervioso y fascinado cómo una forma negra salía de la sombra y se dirigía hacia el pequeño grupo. Era uno de los soldados de antes, u otro muy parecido. El hombre hablaba en voz baja y Temuge se esforzó para oír lo que decía. Vio que Chen Yi le entregaba una bolsa de cuero y oyó el gruñido de placer que emitió el soldado al notar lo pesada que era.

—Conozco a tu familia, Yan. Conozco tu pueblo, ¿entiendes? —dijo Chen Yi. El cuerpo del hombre se tensó, captando la implícita amenaza. No respondió—. Eres demasiado viejo para ser guardia del puerto —prosiguió Chen Yi—. Lo que tienes entre manos es suficiente para jubilarte con dinero, tal vez puedas comprar una granja, con esposa y gallinas. Quizá ya sea hora de que dejes los muelles de una vez.

El soldado asintió en la penumbra, apretando la bolsa contra su pecho.

—Si me cogen, Yan, tengo amigos que te encontrarán te escondas donde te escondas.

El hombre asintió de nuevo, con un movimiento brusco. Su miedo era evidente y Temuge se preguntó una vez más quién era ese Chen Yi, si es que ése era su verdadero nombre. Era obvio que nadie habría confiado un cargamento de seda imperial robada a un mero capitán de barco.

El soldado volvió a desaparecer entre los edificios, moviéndose deprisa para poner a salvo el tesoro que llevaba consigo. Chen Yi se encaramó al carro de nuevo y los carreteros chasquearon la lengua para ordenar a las mulas que avanzaran. Temuge palpó con los dedos debajo de él buscando el resbaladizo tacto de la seda, pero todo lo que tocó fue una tela áspera con una línea de puntadas muy gruesas. Habían cubierto la seda, pero esperaba que Chen Yi hubiera sobornado a más hombres en Baotou. Se sentía perdido, atrapado en una cadena de acontecimientos que no podía controlar. Un registro minucioso en las murallas de la ciudad y nunca volvería a ver las montañas Khenti. Como le había enseñado Kokchu, rezó a los espíritus rogándoles que lo guiaran a través de las oscuras aguas de los próximos días y lo mantuvieran a salvo.

Uno de los miembros de la tripulación se quedó atrás para llevar el barco de vuelta al río. Apenas podía controlarlo él solo y Temuge adivinó que planeaban hundirlo en algún lugar donde no hubiera oficiales que pudieran hacer preguntas indiscretas. Chen Yi no era del tipo de hombres que cometiera errores, y Temuge pensó en cuánto le gustaría saber si se encontraba ante un amigo o un enemigo.

A Temuge le pareció que el cálculo de la distancia de Baotou realizado por Ho Sa había sido correcto. La ciudad había sido construida a unos doce kilómetros del río, o veinticinco li, en la medida que utilizaban los Chin para las distancias. El camino era bueno, estaba pavimentado con piedras planas para que los comerciantes no tardaran demasiado tiempo en alcanzar la ciudad desde el río. La aurora era apenas visible en el este cuando Temuge alargó el cuello para otear en la penumbra y vio la negra sombra de las murallas de la ciudad acercándose. Suciedera lo que sucediera, tanto si se trataba de un registro de los carros que acabara llevándolos a la muerte como si conseguían entrar en Baotou sin ser descubiertos, sucedería pronto. Sintió que un sudor nervioso le empezaba a hacer cosquillas y se rasco las axilas. Aparte del peligro que rodeaba aquel momento, nunca antes había entrado en una ciudad de piedra. No podía desterrar de su mente la imagen de un hormiguero que se lo iba a tragar de algún modo mezclándolo con una masa bullente de extraños. La idea de su proximidad le hizo respirar entrecortadamente. Ya estaba asustado. Tuvo la impresión de que las familias de su propio pueblo estaban muy lejos. Temuge se apoyó en la oscura silueta que era su hermano, llegando casi a tocar su oreja con los labios para

que nadie pudiera oírlos.

—Si nos descubren en la entrada, o encuentran la seda, tenemos que escapar y buscar un escondite en la ciudad.

Khasar miró de reojo hacia Chen Yi, que estaba sentado en la parte delantera del carro.

—Confiemos en que no sea necesario llegar a eso. Nunca nos volveríamos a encontrar y creo que nuestro amigo es algo más que un simple contrabandista.

Cuando Chen Yi se giró para mirarlos, Temuge se echó hacia atrás sobre los sacos. En la creciente luz, la inteligencia que Temuge vio brillar en la mirada del hombrecillo le desconcertó y el joven miró hacia los muros de la ciudad, cada vez más nervioso.

Ya no estaban solos en el camino. La luz del alba revelaba una hilera de carros que se iban reuniendo delante de las puertas. Era evidente que muchas más personas habían pasado la noche junto al camino, aguardando a que les dieran permiso para entrar. Chen Yi los dejó atrás mientras empezaban a agitarse, haciendo caso omiso de esos hombres que bostezaban y habían perdido su puesto en la fila. Amplios campos del color del barro se extendían en la distancia. No quedaba arroz en las plantas, que había sido recogido para alimentar a la ciudad. Baotou se cernía sobre ellos y Temuge tragó saliva y alzó la vista una y otra vez hacia las grises piedras.

La puerta de la ciudad era una masiva construcción de madera y hierro, cuyas inmensas dimensiones buscaban tal vez impresionar a los viajeros. A cada lado se elevaban sendas torres de la mitad de altura de la puerta, unidas mediante una plataforma. Había soldados sobre ella y Temuge se dio cuenta de que desde allí disfrutaban de una visión muy clara de todo lo que acontecía debajo. Vio que iban armados con ballestas y se le encogió el estómago.

La puerta se abrió y Temuge dirigió hacia allí su atenta mirada: unos soldados tiraron de ambas hojas hacia atrás y bloquearon la entrada con una vara de madera a cuyo extremo había un contrapeso. Los carromatos más próximos no se movieron mientras los soldados tomaban posiciones, disponiéndose para iniciar el día. Los carreteros de Chen Yi tiraron con suavidad de las riendas, conteniendo a sus mulas. No parecían experimentar la inquietud que sentía Temuge y éste se esforzó en recordar cómo se adoptaba la expresión impasible que le enseñaron de niño. No podía permitir que los soldados lo vieran sudar en una mañana tan fría y se limpió la frente con las mangas.

Detrás de ellos, otro comerciante detuvo su carro y saludó alegremente a alguien que estaba a un lado del camino. La hilera de carromatos avanzó lentamente hacia el interior de la ciudad y Temuge vio que los soldados detenían a uno de cada tres carros y, con sequedad, intercambiaban unas cuantas palabras con los comerciantes. Habían levantado la vara de madera para dejar pasar al primer carro y no habían vuelto a bajarla. Temuge empezó a repetir las frases de relajación que había aprendido de Kokchu, confortándose con su familiar sonido. El sonido del viento. La tierra bajo los

pies. El alma de las colinas. La liberación de las cadenas.

El sol estaba ya muy alto en el horizonte cuando el primer carro de Chen Yi alcanzó la puerta. Temuge había estudiado el patrón de los registros y pensó que pasarían sin ser detenidos cuando el mercader que los precedía fue cacheado y lo dejaron pasar sin problemas. Presa de un terror cada vez más intenso, vio que los soldados miraban al impertérrito conductor de Chen Yi. Uno de ellos, que parecía estar más alerta que su adormilado compañero, dio un paso adelante.

—¿Qué venís a hacer a Baotou? —preguntó el soldado. Se dirigió al carretero, que empezó a divagar y Temuge sintió que el corazón le latía con fuerza. Entonces Chen Yi miró hacia la ciudad por encima de la cabeza del guardia. Más allá de la puerta se abría una plaza en la que se estaba celebrando un mercado que, aunque apenas acababa de amanecer, ya bullía lleno de actividad. Temuge vio que el capitán hacía un brusco gesto de asentimiento con la cabeza y de repente se produjo un estrépito entre los puestos que hizo que los soldados se giraran a mirar.

Repentinamente, toda la plaza se llenó de niños que corrían de un lado para otro gritando y zigzagueando para escapar de los dueños de los puestos. Sorprendido, Temuge vio que había columnas de humo elevándose de varios puntos distintos y oyó que los soldados maldecían y gritaban órdenes a sus compañeros. Algunos tenderetes fueron retirados y muchos más se desplomaron cuando alguien derribó de una patada el palo que sostenía sus toldos. Se oyeron gritos de «¡Al ladrón!» y el caos crecía por momentos.

El guardia de la puerta dio una palmada en el costado del carro de Chen Yi, aunque no quedó del todo claro si era una orden de que se quedaran parados o de que avanzaran. Con otros cinco soldados, se precipitó a intentar controlar lo que estaba a punto de transformarse en un disturbio callejero. Temuge se atrevió a echar una ojeada hacia arriba, pero los ballesteros estaban fuera del alcance de su vista. Rogó que ellos también se hubieran distraído y, cuando el conductor de Chen Yi chasqueó la lengua y entró en la ciudad, se obligó a sí mismo a fijar la vista al frente.

El fuego ardía cada vez con más furia en la placita a medida que, uno tras otro, los tenderetes fueron presa de las llamas, crepitando entre los chillidos de los vendedores. Temuge alcanzó a ver imágenes fugaces de soldados corriendo, pero los niños eran rápidos y ya estaban escurriéndose en diversos refugios y callejones, algunos con mercancías robadas en las manos.

Chen Yi no dirigió ni una sola mirada a la caótica escena que se estaba desarrollando en la ciudad mientras sus dos carros salían de la plaza y entraban en una calle más tranquila. Los sonidos fueron disminuyendo a sus espaldas y Temuge se desplomó sobre los sacos, limpiándose de nuevo el sudor de la frente.

No podía haber sido una coincidencia, lo sabía. Chen Yi había hecho una señal. Una vez más, Temuge se preguntó sobre la identidad del hombre con el que se habían

topado en el río. Con un cargamento tan valioso en su bodega, tal vez lo que le había movido a aceptarlos no habían sido en absoluto aquel par de monedas extra. Tal vez lo único que quería era unos cuantos hombres más para defenderlo.

El carro avanzó lentamente por un laberinto de calles, girando una y otra vez y entrando en senderos cada vez más estrechos entre las casas. Temuge y Khasar se sintieron encerrados entre los edificios, construidos tan cerca unos de otros que el sol naciente no alcanzaba a borrar las sombras entre ellos. En tres ocasiones, otros carros habían tenido que echar marcha atrás hacia callejones secundarios para dejarlos pasar y, cuando el sol estuvo más alto, las calles se llenaron de más gente de la que Temuge o Khasar pudieran creer que existiera. Temuge vio docenas de tiendas que vendían comida caliente en tazones de barro. Le costaba imaginar poder encontrar comida siempre que tuviera hambre, sin tener que matar o cazar para conseguir carne. Los trabajadores matutinos se apiñaban en torno a los comerciantes, que comían con los dedos y se limpiaban la boca en un paño antes de regresar a la muchedumbre. Muchos de ellos llevaban monedas de bronce enhebradas en una cuerda o un alambre. Aunque Temuge tenía alguna idea del valor de la plata, nunca había presenciado el intercambio de monedas por bienes y miraba boquiabierto cada nueva maravilla. Vio a ancianos escribas redactando mensajes como pago, pollos a la venta que no dejaban de graznar estantes repletos de cuchillos y a hombres que los afilaban en piedras girantes que sostenían entre las piernas. Vio a hombres tiñendo telas con las manos manchadas de azul o de verde, vio a mendigos y vendedores de amuletos contra la enfermedad. Todas las calles estaban abarrotadas, eran ruidosas y vibraban llenas de vida y, para su sorpresa, Temuge estaba encantado.

—Esto es fantástico —masculló entre dientes.

Khasar lo miró de reojo.

—Hay demasiada gente y la ciudad apesta —replicó.

Temuge miró hacia otro lado, irritado con su necio hermano, que era incapaz de apreciar lo emocionante que era aquel lugar. Durante un momento, casi se olvidó del miedo que le atenazaba. Parte de él aún seguía esperando que se oyera un grito en algún sitio, como si los guardias de la puerta pudieran haberlos seguido hasta tan lejos en el laberinto de Baotou. Pero el grito no llegó y Temuge vio que Chen Yi se iba relajando mientras continuaban girando y girando cada vez más lejos de las murallas, desapareciendo en el palpitante corazón de la ciudad.

XIII

Los dos carros avanzaron retumbando sobre las calles de piedra hasta llegar a un par de sólidas puertas de hierro que se abrieron en cuanto se detuvieron frente a ellas. Los carromatos entraron en cuestión de instantes y las puertas se cerraron tras ellos. Temuge miró hacia atrás y se mordió el labio cuando vio que cubrían los barrotes con unas portezuelas de madera que bloqueaban la visión de los transeúntes.

Después del ajetreo y la presión de verse rodeados de tantas personas, aquello habría sido un alivio si no fuera por la sensación de estar encerrados. La ciudad lo había dejado aturdido y abrumado por su complejidad. Aunque excitaba sus sentidos, les exigía demasiado, y le hacía añorar las desiertas planicies, aunque sólo para tomar una bocanada de aire antes de zambullirse de nuevo en la ciudad. Sacudió la cabeza un par de veces para despejarla, sabiendo que necesitaba tener la mente alerta para afrontar lo que estuviera por llegar.

Los carromatos crujieron y se bambolearon cuando los hombres bajaron de un salto, y Chen Yi empezó a darles órdenes. Temuge descendió para reunirse con Khasar, sintiendo que su nerviosismo retomaba con toda su intensidad. Parecía que Chen Yi se hubiese olvidado de sus pasajeros. Un nutrido grupo de hombres salió al trote de los edificios, cada pareja con un rollo de seda sobre los hombros, y la preciosa carga no tardó demasiado en desaparecer en el interior de la casa. Temuge se maravilló una vez más ante la extensa telaraña de contactos que Chen Yi parecía tener en la ciudad.

No había ninguna duda de que la casa que rodeaba el patio pavimentado pertenecía a un hombre rico, se dijo Temuge. Desentonaba con el laberinto de viviendas amontonadas que habían atravesado para llegar allí, aunque quizá había otras casas similares igual de bien escondidas. Un solo piso cubierto con un tejado de tejas rojas se extendía a su alrededor por todos los lados, aunque la parte que miraba a la puerta de entrada se elevaba en apuntados vértices en un segundo nivel. Temuge se admiró ante el esfuerzo que debían de haber realizado para colocar tantos cientos o miles de tejas. No pudo evitar comparar ese edificio con las gers de fieltro y mimbre en las que había vivido toda su vida y sintió una punzada de envidia. ¿De qué lujos había disfrutado su pueblo en las estepas? De ninguno.

En los cuatro lados, el tejado sobresalía más allá de los muros, sustentado por columnas de madera pintadas de rojo, lo que daba lugar a un claustro de forma alargada. Había hombres armados en todas las esquinas y Temuge empezó a ser consciente de que eran prisioneros de la voluntad de Chen Yi. Escapar de ese lugar no debía de ser tarea fácil.

Cuando acabaron de vaciar los carros, los conductores se los llevaron y Temuge se quedó en medio del patio junto a Ho Sa y Khasar sintiéndose vulnerable bajo la mirada de aquellos extraños. Se dio cuenta de que Khasar tenía la mano dentro del

rollo de tela que envolvía su arco.

—No podemos escapar luchando —susurró a Khasar que dio un respingo al escuchar sus propios pensamientos en voz alta.

—No veo que nadie vaya a abrirnos las puertas para que nos marchemos —respondió Khasar en voz igualmente baja.

Chen Yi había desaparecido dentro de la casa y todos ellos se sintieron aliviados al verlo regresar. Se había puesto una túnica negra de manga larga, así como unas sandalias de cuero. Temuge vio que el hombrecillo llevaba una espada curva en la cadera y que el peso de esa arma era para él algo habitual.

—Ésta es mi jia: mi hogar —dijo Chen Yi. Temuge se quedó estupefacto, aunque no lo mostró—. Sois bienvenidos aquí. ¿Queréis comer conmigo?

—Tenemos asuntos que tratar en la ciudad —respondió Ho Sa haciendo un ademán hacia la puerta.

Chen Yi frunció el ceño. En sus maneras no quedaba rastro del afable capitán de barco. Parecía haberse deshecho de ese papel por completo y los miraba con expresión severa y las manos cruzadas a la espalda.

—Debo insistir. Tenemos muchas cosas de las que hablar. —Sin esperar su respuesta, regresó a la casa con amplias zancadas y el pequeño grupo lo siguió. Mientras entraba en la sombra del patio, Temuge se quedó mirando la puerta por encima del hombro. Cuando pensó en el tremendo peso de las tejas acumuladas sobre su cabeza, tuvo que contener un escalofrío. Ho Sa no parecía estar preocupado en absoluto, pero Temuge se imaginó que las gigantescas vigas se rompían y se desplomaban, aplastándolos a todos. Repitió entre dientes una de las salmodias de Kokchu, buscando la calma que no lograba recobrar.

A la casa principal se accedía atravesando una puerta de madera recubierta de bronce pulido sobre el que se habían realizado una serie de perforaciones ornamentales que formaban distintos dibujos. Temuge reconoció las siluetas de varios murciélagos grabadas en el metal y se preguntó cuál sería su significado. Antes de que pudiera hacer ningún comentario al respecto, pasaron a la habitación más recargada de decoración que había visto jamás. Khasar adoptó la expresión impasible del guerrero para no parecer sorprendido, pero Temuge se quedó con la boca abierta ante la opulencia de la casa de Chen Yi. Para hombres nacidos en gers, aquello era asombroso. El aire olía a algún extraño incienso y, sin embargo, a aquellos hombres que habían crecido en el viento y las montañas les pareció que estaba levemente viciado. Temuge no pudo evitar lanzar miradas intermitentes hacia el techo, consciente en todo momento del inmenso peso que tenía sobre la cabeza. También Khasar parecía sentirse incómodo e hizo crujir sus nudillos en el silencio.

Había sofás y sillas colocados delante de paneles de ébano y seda pintada que dejaban pasar la luz de las otras estancias de la casa. Todo parecía haber sido

construido en madera con colores a juego, para resultar agradable a la vista. Columnas de madera pulida y brillante se elevaban por toda la estancia, uniéndose a las vigas transversales. El suelo también estaba compuesto de miles de segmentos, pulido hasta el punto de que parecía resplandecer. Tras la suciedad de las calles de la ciudad, la habitación resultaba limpia y acogedora y la madera dorada transmitía una sensación de calidez. Temuge se fijó en que Chen Yi se había cambiado las sandalias que llevaba y se había puesto unas limpias en la puerta. Ruborizándose, Temuge dio marcha atrás para hacer lo mismo. Mientras se estaba quitando las botas, un sirviente se aproximó y se arrodilló frente a él para ayudarle a ponerse un par limpio de fieltro blanco.

Temuge vio líneas ininterrumpidas de humo blanco ascender desde unos platos de cobre situados en una mesa tallada apoyada contra la pared más lejana de la estancia. No comprendía qué podía merecer un signo tal de devoción, pero Chen Yi agachó la cabeza ante el pequeño altar y murmuró una oración de agradecimiento por haber retornado sano y salvo al hogar.

—Vives rodeado de una inmensa belleza —dijo Temuge con cuidado, esforzándose en pronunciar correctamente los sonidos.

Chen Yi inclinó la cabeza hacia un lado en ese gesto que ya les era familiar, un hábito que había sobrevivido a la transformación.

—Eres generoso —contestó—. A veces pienso que era más feliz cuando era joven, transportando mercancías por el río Amarillo. Entonces no tenía nada, pero la vida era más sencilla.

—¿Y cuál es tu profesión ahora, para poseer tanta riqueza? —preguntó Ho Sa.

Chen Yi asintió con la cabeza en su dirección, en vez de responder.

—Querréis daros un baño antes de comer —dijo—. Todos tenemos el olor del río pegado en el cuerpo. —Hizo un gesto de que lo siguieran y los tres intercambiaron miradas mientras los guiaba a través de otro patio. Tanto Temuge como Khasar se enderezaron de manera apenas perceptible cuando sintieron la luz del sol sobre ellos y se libraron por un momento de las pesadas vigas. Desde allí se oía el murmullo del agua y Khasar se acercó a un estanque en el que unos peces se agitaban perezosamente bajo su sombra. Chen Yi no había notado que se habían detenido, pero cuando se dio media vuelta y vio que Khasar había empezado a desnudarse, se rió encantado.

—¡Vas a matar a mis peces! —exclamó—. Avanza un poco más, más adelante hay baños para vosotros.

Khasar se encogió de hombros, irritado, metiéndose la túnica otra vez por los hombros. Siguió a Temuge y a Ho Sa, haciendo caso omiso del regocijo que se había pintado en el rostro del soldado Xi Xia.

Al fondo del segundo patio, vieron unas puertas abiertas y volutas de vapor elevándose en el cálido aire. Chen Yi les indicó que entraran con un ademán.

—Haced lo que haga yo —les dijo—. Os gustará.

Se desnudó rápidamente dejando al descubierto el cuerpecito nervudo y cubierto de cicatrices que tan bien habían llegado a conocer en el barco. Temuge se fijó en las dos piscinas de agua que estaban excavadas en el suelo; de una de ellas brotaba el vapor en olas lentas y perezosas. Él se habría dirigido hacia éste, pero Chen Yi lo notó y negó con la cabeza, así que Temuge se quedó observando cómo dos esclavos se aproximaban y Chen Yi alzaba los brazos. Para asombro de Temuge, cada uno de ellos volcó un cubo de agua sobre su amo y, a continuación, con las manos envueltas en unos paños, le frotaron el cuerpo con una sustancia que hacía espuma hasta que Chen Yi estuvo blanco y resbaladizo. Volcaron otra vez cubos de agua sobre él y sólo entonces entró en la piscina con un gruñido de placer.

Con cierto nerviosismo, Temuge tragó saliva y dejó caer al suelo la túnica. Estaba tan sucia como él mismo y la idea de que unos extraños lo restregaran no le hacía ninguna gracia. Cerró los ojos mientras le vaciaban los cubos de agua en la cabeza y los mantuvo firmemente cerrados mientras le frotaban esas ásperas manos que parecían aporrearle el cuerpo, haciendo que se bamboleara de un lado para otro. El agua de los últimos cubos estaba helada y emitió un grito ahogado.

Temuge entró con precaución en el agua caliente. Sintió cómo se le relajaban los músculos de la espalda y los muslos y, al encontrar un asiento de piedra bajo la superficie, expresó su apreciación con un suave sonido gutural. La sensación era exquisita. ¡Así es como debía vivir un hombre! A sus espaldas, Khasar se quitó de encima bruscamente las manos de los asistentes cuando trataron de frotarlo con los paños. Se quedaron paralizados ante su reacción, pero uno de ellos lo intentó de nuevo. Sin previo aviso, Khasar le pegó un puñetazo en la sien, tirándolo contra las duras baldosas.

Chen Yi se echó a reír a carcajadas. Gritó una orden y los esclavos se apartaron. El que había caído al suelo se levantó con cautela, con la cabeza gacha, mientras Khasar cogía uno de los paños y se restregaba el cuerpo hasta que el trapo se puso negro. Temuge miró hacia otro lado cuando Khasar levantó una pierna, la apoyó en un saliente de piedra de la pared y se limpió los genitales. Concluyó el proceso volcándose un cubo de agua por encima, sin dejar de mirar con aire hostil al hombre que había golpeado.

Khasar le devolvió el cubo y murmuró algo que hizo que el esclavo se pusiera tenso y apretara la mandíbula. Ho Sa soportó el proceso sin tantos aspavientos y ambos entraron juntos en la piscina, Khasar maldiciendo en dos idiomas mientras se agachaba para acomodarse en el agua.

Los cuatro permanecieron allí sentados un rato, sin hablar; hasta que Chen Yi se puso en pie y se zambulló en la otra alberca. Con gesto frustrado, los otros tres lo imitaron, cansados de tanta rutina y tanto retraso. En la segunda piscina, Khasar soltó un soplido al comprobar lo fría que estaba el agua y, a continuación, se sumergió entero y salió con un rugido, sintiendo la energía renovada despertando su cuerpo. Ninguno de los mongoles se había bañado antes en agua caliente, pero la gélida

zambullida no era peor que los ríos de su hogar. Temuge se volvió a mirar con añoranza la piscina humeante, pero se quedó donde estaba.

Para cuando se habían acomodado en el agua fría, Chen Yi ya había salido y los esclavos lo estaban secando con unas toallas. Khasar y Temuge no se entretuvieron y salieron detrás de él, Khasar boqueando como un pez fuera del agua. Los dos esclavos no se acercaron a él esta vez, sino que le entregaron un retazo grande de tela áspera para que se secase él mismo. Lo hizo con movimientos vigorosos, y su piel adquirió un aspecto saludable y tonificado. Se había quitado el cordel que le sujetaba la melena y sus largos mechones negros se movían como látigos a izquierda y derecha.

Temuge miró hacia el lamentable montón de ropa sucia que era su túnica y ya había alargado la mano hacia ella cuando Chen Yi dio unas palmadas y los asistentes aparecieron en la habitación trayendo prendas limpias. Deshacerse del hedor del barco era un verdadero placer se dijo Temuge, acariciando la suave tela. Mientras regresaban a la parte delantera de la casa para comer, todo lo que podía hacer era conjeturar sobre lo que les habría preparado Chen Yin.

La comida era abundante, aunque las miradas de Khasar y Temuge buscaron en vano una pieza de cordero entre los distintos platos.

—¿Esto qué es? —preguntó Khasar y cogió un pedazo de carne blanca con los dedos.

—Serpiente en salsa de jengibre —respondió Chen Yi. Señaló otro de los boles—. El perro lo conocéis, seguro.

Khasar asintió.

—Cuando atravesamos una época difícil... —contestó, introduciendo los dedos en una sopa para coger otro bocado. Sin hacer ningún gesto de desagrado, Chen Yi levantó un par de delgados palos de madera y les enseñó a los mongoles a sujetar una porción de alimento entre ellos. Sólo Ho Sa se sentía cómodo con los palillos y el rostro de Chen Yi enrojeció un poco al ver que tanto a Khasar como a Temuge se les caían una y otra vez los trozos de carne y de arroz sobre el mantel. Les volvió a mostrar la manera correcta de cogerlos, pero esta vez puso los pedazos de comida en las fuentes que los mongoles tenían frente a ellos para que pudieran cogerlos con los dedos.

Khasar logró mantener la calma. Lo habían frotado, bañado y vestido con ropas que picaban. Estaba rodeado de cosas nuevas que no comprendía y bajo la superficie hervía de ira. Cuando se cansó de pelearse con aquellos extraños palitos y los hundió en posición vertical en un tazón de arroz, Chen Yi se rió entre dientes, y los sacó de allí con un gesto rápido y diestro.

—Es un insulto dejarlos en esa posición —dijo Chen Yi— aunque no podías saberlo. —Khasar encontró que la fuente de brochetas de saltamontes era más fácil de

manejar y mordió uno de los insectos fritos con manifiesto placer.

—Esto está mejor —replicó, masticando con aplicación.

Temuge estaba dispuesto a imitar todo lo que hiciera Chen Yi y mojó las bolas de masa frita en agua salada antes de metérselas en la boca. Cuando acabó con todos los saltamontes, Khasar alargó la mano hacia un montón de naranjas y cogió dos. Tras escupir un trozo de piel, peló la primera con los pulgares y se relajó visiblemente mientras arrancaba pedazos de pulpa y se los comía. Ambos hermanos estaban esperando que Chen Yi empezara a hablar y cada vez estaban más impacientes.

Cuando todos los demás habían terminado de comer Chen Yi observó los esfuerzos de Khasar para comerse la naranja y colocó sus palillos sobre la mesa, sin decir nada mientras los esclavos retiraban los platos de comida hasta que no quedó ni rastro. Cuando estuvieron solos de nuevo, se echó hacia atrás en su sofá. Sus ojos perdieron la languidez que habían adoptado mientras se bañaban y comían y recuperaron la vivacidad del capitán de barco que conocían del río.

—¿Por qué habéis venido a Baotou? —le preguntó a Temuge.

—Para comerciar —contestó Temuge al instante—. Somos comerciantes.

Chen Yi negó con la cabeza.

—Los comerciantes no llevan un arco mongol consigo ni lo disparan como tu hermano. Perteneceís a ese pueblo. ¿Qué os ha traído a las tierras del emperador?

Temuge tragó con dificultad mientras intentaba pensar. Chen Yi había adivinado que eran mongoles muchos días atrás y no los había delatado, pero no conseguía confiar en aquel hombre, sobre todo después de tantas experiencias extrañas y confusas.

—Perteneceemos a las tribus del gran khan, sí —admitió—, pero hemos venido a iniciar relaciones comerciales entre nuestros dos pueblos.

—Yo soy un mercader. Presentadme a mí vuestras ofertas —replicó Chen Yi. La expresión de su rostro seguía siendo inescrutable, pero Temuge percibió la viva curiosidad de aquel hombrecillo.

—Ho Sa te preguntó quién eras para poseer tantas riquezas —dijo Temuge con lentitud, eligiendo las palabras—. Eres el propietario de una casa como ésta y tienes esclavos, pero asumiste el papel de contrabandista en el río y has sobornado a los guardias y organizado una maniobra de distracción para poder cruzar la puerta de la ciudad. ¿Quién eres que te hace ser digno de nuestra confianza?

Chen Yi los estudió con mirada fría.

—Soy un hombre a quien le inquieta la idea de veros deambular por su ciudad dando tumbos y metiendo la pata. ¿Cuánto tardarían los soldados imperiales en capturaros? ¿Y cuánto tiempo pasaría a partir de ese momento hasta que les contarais todo lo que habéis visto?

Aguardó mientras Temuge le traducía sus palabras a su hermano.

—Dile que si nos matan o nos hacen prisioneros, Baotou quedará arrasada —intervino Khasar mientras abría la segunda naranja en dos y sorbía una de las

desgarradas mitades—. Gengis vendrá a por nosotros dentro de un año. Sabe dónde estamos y este hombrecillo vera su preciosa casa devorada por las llamas. Dile eso.

—Más vale que te quedes callado, hermano, si queremos salir de aquí con vida.

—Déjalo hablar —dijo Chen Yi—. ¿Cómo reducirían mi ciudad a cenizas si os matan?

Temuge comprobó con horror que Chen Yi hablaba la lengua de las tribus. Tenía un fuerte acento, pero pronunciaba con suficiente claridad y ambos pudieron entenderle. Se quedó paralizado al pensar en todas las conversaciones que Chen Yi habría oído durante las semanas que habían tardado en alcanzar Baotou.

—¿Cómo has aprendido nuestra lengua? —preguntó con brusquedad, olvidando su miedo por un momento.

Chen Yi soltó una risita aguda que intranquilizó aún más a los tres hombres que había sentado a su mesa.

—¿Creíais que habíais sido los primeros viajeros que han llegado a las tierras de los Chin? Los uighurs han recorrido la ruta de la seda. Algunos se han quedado aquí. —Dio una palmada y otro hombre entró en la sala. Estaba tan limpio como ellos y vestía una sencilla túnica Chin, pero su rostro era mongol y la anchura de sus hombros reflejaba que había aprendido a usar un arco en su infancia. Khasar se levantó para saludarlo, dándole un apretón de manos y golpeándole la espalda con el puño. El extraño sonrió de oreja a oreja ante aquella bienvenida.

—Es agradable ver una cara de verdad en esta ciudad —dijo Khasar.

El recién llegado pareció sentirse casi abrumado al escuchar esas palabras.

—Para mí también —contestó, tras lanzar una breve mirada a Chen Yi—. ¿Cómo están las estepas? Llevo muchos años sin volver a casa.

—Siguen igual —respondió Khasar. De repente le asaltó un pensamiento y su mano descendió hacia donde solía estar su espada—. ¿Este hombre es un esclavo?

Chen Yi alzó la vista sin muestra alguna de turbación.

—Por supuesto. Quishan era comerciante, pero decidió jugarse su dinero conmigo.

El mongol se encogió de hombros.

—Es verdad. No seré un esclavo toda la vida. Unos cuantos años más y habré pagado mi deuda. Luego, creo que volveré a las estepas y me buscaré una esposa.

—Búscame cuando vayas a hacerlo. Te ayudaré en tu nuevo comienzo —le prometió Khasar. Chen Yi observó cómo Quishan inclinaba la cabeza ante él y cuando Khasar aceptó el gesto como si no fuera nada nuevo para él, su mirada se endureció.

—Explícame otra vez cómo va a arder mi ciudad —dijo.

Temuge abrió la boca, pero Chen Yi alzó la mano.

—No, no confío en ti. Tu hermano fue sincero cuando creía que no podía comprenderle. Deja que sea él quien lo cuente todo.

Khasar miró de reojo a Temuge, disfrutando al máximo la frustración de su

hermano. Se detuvo unos instantes para elegir sus palabras. Puede que Chen Yi los mandara matar cuando conociera sus planes. Situó la mano junto a un pequeño cuchillo que había escondido entre los pliegues de su túnica.

—Una vez pertenecemos a la tribu de los Lobos —comenzó Khasar, por fin—, pero mi hermano ha reunido a todas las tribus. El reino de Xi Xia es nuestro primer súbdito, aunque le seguirán otros. —Ho Sa se revolvió incómodo al oír sus palabras, pero ninguno de ambos interlocutores le prestó atención. Khasar hablaba sin mover ni un músculo, mirando a Chen Yi fijamente a los ojos—. Es posible que muera aquí, esta noche, pero si eso sucede, mi pueblo se lanzará sobre los Chin y destruirá vuestras magníficas ciudades, una a una, piedra a piedra.

El rostro de Chen Yi había adoptado una expresión tensa mientras lo escuchaba. Su dominio de la lengua se reducía al conocimiento que necesitaba para comerciar y habría sugerido que volvieran a comunicarse en su propio idioma, si no hubiera parecido una debilidad.

—Las noticias viajan con rapidez por el río —dijo, negándose a responder a la mortífera intensidad de Khasar—. He oído hablar de la guerra en Xi Xia, aunque no de que vuestro pueblo resultara vencedor. Entonces, ¿el rey ha fallecido?

—Estaba vivo cuando yo me marché —contestó Khasar—. Pagó un tributo y entregó a su hija. Una hermosa joven, me pareció a mí.

—No has respondido a mi pregunta, lo único que has hecho es proferir amenazas —le recordó Chen Yi—. ¿Qué os ha traído aquí, a mi ciudad?

Khasar notó el leve énfasis que Chen Yi había puesto en la palabra «mi». Él carecía de la sutileza necesaria para jugar con las palabras o tejer una red de mentiras que Chen Yi pudiera creer.

—Necesitamos hombres expertos en la construcción —contestó Khasar. Oyó el fuerte suspiro que emitió Temuge a su lado, pero hizo caso omiso de él—. Necesitamos conocer los secretos de vuestras ciudades. El propio gran khan es quien nos ha enviado. Baotou es sólo un lugar en un mapa que no tiene verdadera importancia.

—Es mi hogar —murmuró Chen Yi, pensativo.

—Te lo puedes quedar —añadió Khasar, presintiendo que era el momento adecuado para hablar así—. Baotou quedará intacta si informamos de tu ayuda.

Aguardó a que Chen Yi, con la frente perlada de sudor, sopesara su propuesta. Un grito suyo y la estancia se llenaría de hombres armados, no tenía ninguna duda. Era verdad que Gengis arrasaría la ciudad en venganza, pero Chen Yi no podía saberlo a ciencia cierta. Perfectamente podía tratarse de una fanfarronada o una mentira.

Fue Quishan quien rompió el silencio. Había palidecido mientras escuchaba las palabras de Khasar y habló en voz baja, lleno de admiración.

—¿Las tribus se han unido? —preguntó—. ¿También los uighurs?

Khasar asintió con la cabeza, sin dejar de mirar a Chen Yi.

—La cola azul forma parte del estandarte del gran khan. Los Chin nos han

oprimido durante mucho tiempo, pero eso se ha terminado. Vamos a combatir, hermano.

Chen Yi observó con atención la cara de Quishan, notando la asombrada esperanza que se dibujaba en su expresión ante tales noticias.

—Os propongo un trato —dijo de pronto—. Sea lo que sea lo que necesitáis, os lo daré yo. Informaréis de ello a vuestro khan y le diréis que hay aquí un hombre en el que puede confiar.

—¿Y para qué puede servirnos un contrabandista? —respondió Khasar. Temuge casi gimió mientras su hermano continuaba—. ¿Cómo puedes tú negociar el destino de una ciudad?

—Si fracasáis, o mentís, no habré perdido nada. Si estáis diciendo la verdad, necesitaréis aliados, ¿no? —replicó Chen Yi—. Tengo poder aquí.

—¿Traicionarías a la corte imperial? ¿A tu propio emperador? —inquirió Khasar. Había hecho esa pregunta para poner a prueba a Chen Yi y se quedó estupefacto al ver al hombrecillo escupir en el lustroso suelo.

—Ésta es mi ciudad. Todo lo que ocurre aquí llega a mis oídos. No siento ningún aprecio por los nobles que creen que todos los hombres pueden correr delante de sus carros como animales. He perdido familiares y amigos a manos de sus soldados, he visto a algunos de mis seres queridos ahorcados por negarse a delatarme. ¿Qué me importa lo que les pase a esos hombres?

Mientras hablaba, se había puesto de pie y Khasar se levantó a su vez, directamente frente a él.

—Siempre cumplo mi palabra —dijo Khasar—. Si digo que esta ciudad será tuya, será tuya cuando conquistemos las tierras Chin.

—¿Puedes hablar en nombre del khan? —preguntó Chen Yi.

—Es mi hermano. Puedo hablar en su nombre —contestó Khasar. Temuge y Ho Sa eran meros espectadores del diálogo entre ambos hombres que se miraban a los ojos con intensidad y fijeza.

—En el barco ya sabía que eras un guerrero —aseguró Chen Yi—. Eres un espía nefasto.

—Y yo sabía que eras un ladrón, pero uno bueno —respondió Khasar. Chen Yi se rió y se dieron un firme apretón de manos.

—Cuento con un amplio grupo de hombres dispuestos a hacer lo que les pida. Os daré lo que necesitéis y me aseguraré de que retornéis sanos y salvos con vuestro pueblo —dijo Chen Yi. Se sentó y pidió vino, mientras Temuge empezaba a hablar. Era incapaz de entender cómo aquel comerciante había llegado a confiar en Khasar pero no importaba. Tenían un aliado en Baotou.

Cuando cayó la noche, Khasar, Ho Sa y Temuge aceptaron la oferta de dormir unas cuantas horas antes de la larga noche que tenían ante sí y se retiraron a unas

habitaciones a las que se accedía a través del segundo patio. Chen Yi no había vuelto a necesitar más de unas pocas horas de sueño desde los días en los que tenía que huir de los soldados por los callejones de Baotou... siglos atrás. Se sentó con Quishan y dos de sus guardias y hablaron en voz baja mientras movían fichas de marfil sobre un tablero de mah-jong. Quishan permaneció largo tiempo en silencio, moviendo las fichas en su mano y haciendo que entrechocaran con suaves chasquidos. Conocía a Chen Yi desde hacía casi diez años y había visto florecer su implacable deseo de poder en aquel tiempo. El menudo comerciante había aplastado a otros tres líderes de bandas de delincuentes de Baotou y no había exagerado al decirle a Khasar que en la ciudad sucedían pocas cosas que no llegaran a sus oídos.

Quishan se descartó de una ficha y observó cómo la mano de Chen Yi se situaba sobre ella. Era obvio que aquel hombre al que había llegado a llamar su amigo no estaba concentrado en el juego, estaba pensando en otra cosa. Quishan se preguntó si debería elevar las apuestas y liquidar un poco más de su deuda. Decidió no hacerlo, recordando otras partidas en las que Chen Yi le había hecho confiarse con exactamente la misma estrategia y luego le había ganado de forma consistente.

Vio que Chen Yi finalmente tomaba otra ficha y el juego siguió dando la vuelta a la mesa, hasta que uno de los guardias exclamó «Pung», haciéndole maldecir entre dientes.

Mientras el guardia mostraba tres fichas casadas, Chen Yi puso la mano extendida sobre la mesa.

—Basta por esta noche. Estás mejorando, Han, pero ya prácticamente ha llegado vuestro turno de vigilancia en la puerta.

Ambos guardias se levantaron e hicieron una pequeña inclinación de cabeza. Habían sido rescatados de los peores barrios de la ciudad, y eran fuertes y leales al hombre que lideraba el Tong. Quishan se quedó, intuyendo que Chen Yi deseaba hablar.

—Estás pensando en los recién llegados —dijo Quishan mientras recogía las fichas que habían dispuesto sobre la mesa durante el juego. Chen Yi asintió, mirando fijamente hacia la oscuridad a través de las traslúcidas puertas. La noche había refrescado y se preguntó qué le depararían las horas que estaban por llegar.

—Son gente extraña, Quishan. Te lo he dicho antes. Los subí a bordo para proteger mi seda cuando tres de mis hombres cayeron enfermos. Quizá me guiaban mis ancestros cuando tomé esa decisión. —Suspiró y se frotó los ojos, cansado—. ¿Te fijaste en cómo Khasar tomaba nota de las posiciones de los guardias? Sus ojos no se detenían ni un momento. En el barco pensé que nunca lo había visto relajado, pero tú eres igual. Quizá todo tu pueblo sea así.

Quishan se encogió de hombros.

—La vida es una lucha, amo. ¿No es eso lo que creen también los budistas? En las llanuras de mi hogar, los débiles mueren pronto. Siempre ha sido así.

—Nunca he visto a nadie disparar un arco con tanta destreza como él. En una

oscuridad casi completa, en un barco que se bamboleaba, mató a seis hombres sin vacilar. ¿Sois todos tan hábiles en tu pueblo?

Quishan, con manos rápidas, empezó a meter las fichas de mah-jong en el estuche de cuero.

—Yo no lo soy, pero los uighurs valoran el estudio y el comercio más que ninguna otra tribu. Los Lobos son famosos por su ferocidad. —Hizo una pausa y sus manos se detuvieron—. Es casi increíble que las tribus hayan llegado a reunirse bajo un solo hombre, un solo khan. Debe de ser un hombre extraordinario.

Quishan cerró el estuche con un chasquido y se echó hacia atrás en la silla. Le apetecía beber algo para asentar su estómago, pero Chen Yi nunca permitía el alcohol cuando la noche requería que tuvieran la mente despejada.

—¿Vas a darle la bienvenida a mi pueblo cuando se presenten ante las murallas de la ciudad?, preguntó Quishan con voz suave. Sintió que la mirada de Chen Yi se posaba en él, pero no alzó la vista de sus manos, que había apoyado sobre la mesa con los dedos entrelazados.

—¿Crees que he traicionado a mi ciudad? —le preguntó Chen Yi.

Quishan levantó la mirada, advirtiendo la oscura ira que reflejaba el rostro del hombre en quien había llegado a confiar a lo largo de los años.

—Todo esto es nuevo. Tal vez este nuevo khan sea destruido por los ejércitos del emperador y los que se hayan declarado aliados suyos sufran el mismo destino que él. ¿Has considerado esa posibilidad?

Chen Yi resopló.

—Por supuesto, pero he vivido demasiado tiempo con una bota pisándome el cuello, Quishan. Esta casa, mis esclavos, todos aquéllos que me siguen son sólo lo que los ministros del emperador no han descubierto gracias a que son perezosos y corruptos. Ni siquiera merecemos su atención, como las ratas de sus almacenes. A veces, envían a un hombre para dar ejemplo y ahorcan a varios cientos. A veces incluso capturan a personas que son valiosas para mi O a las que amo. —Mientras hablaba, la expresión del rostro de Chen Yi permanecía imperturbable, pero Quishan sabía que estaba pensando en su hijo, que era sólo un chiquillo cuando lo capturaron en una redada en los puertos dos años atrás. El propio Chen Yi había bajado el cuerpo de donde colgaba acariciado por la brisa del río.

—Pero un fuego no sabe a quién quema —dijo Quishan—. Estás invitando a las llamas a entrar en tu casa, en tu ciudad. ¿Quién sabe cómo acabará todo?

Chen Yi guardó silencio. Sabía tan bien como Quishan que podían hacer desaparecer a los tres extraños sin grandes problemas. Siempre había cadáveres, desnudos y abotargados, flotando a la deriva en el río Amarillo. Las muertes nunca serían relacionadas con él Y, sin embargo, Chen Yi había visto algo en Khasar que había despertado una sed de venganza que había permanecido enterrada desde la mañana en la que recibió en sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo.

—Deja que venga este pueblo tuyo de arcos y caballos. Los juzgo más por lo que

sé de ti que por las promesas de unos hombres que no conozco. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí?

—Nueve años, amo —contestó Quishan.

—Y has mantenido tu palabra de honor de que pagarías tu deuda. ¿Cuántas veces podrías haber escapado y regresado junto a tu pueblo?

—Tres veces —admitió Quishan—. Tres veces en las que pensé que podría estar lejos de aquí antes de que te pusieran al corriente de mi huida.

—Estaba al tanto de esas ocasiones —respondió Chen Yi—, sabía que un capitán de barco te había hecho la primera oferta. Trabajaba para mí. No habrías llegado muy lejos sin que te cortaran el cuello.

Quishan frunció el ceño al recibir esa información.

—Entonces, me pusiste a prueba.

—Por supuesto. No soy ningún tonto; Quishan. Nunca lo he sido. Deja que las llamas entren en Baotou. Me alzaré de las cenizas cuando hayan concluido. Deja que los soldados imperiales se quemen los penachos en ellas y me sentiré contento. Me sentiré feliz por fin.

Chen Yi se puso en pie y estiró brazos y espalda, haciendo crujir los huesos de la columna con un sonido que resonó en el silencio de las estancias.

—Eres un jugador Quishan, por eso llevas tanto tiempo trabajando para mí. Yo nunca lo he sido. He hecho mía esta ciudad, pero aún tengo que agachar la cabeza cuando veo a uno de los favoritos del emperador pavoneándose sobre sus caballos por las calles. Por mis calles, Quishan, y aun así agacho la cabeza y meto el pie en la suciedad de las alcantarillas para retirarme de su camino.

La mirada de Chen Yi se perdió en la oscuridad exterior, los ojos carentes de expresión.

—Ahora voy a mantener la cabeza alta, Quishan, y las fichas caerán como lo quiera el destino.

XIV

Cuando llegó la medianoche, una lluvia torrencial empezó a caer sobre la ciudad de Baotou. El aguacero invadía las calles y el constante martilleo contra las tejas sonaba como un trueno lejano. Mientras iba distribuyendo las espadas entre sus hombres, Chen Yi parecía sentirse complacido con el cambio de tiempo. Hasta los mendigos se encogerían en los portales mientras siguiera lloviendo. Era un buen presagio.

Cuando salieron a la oscuridad exterior, Khasar y Ho Sa repasaron atentamente la calle, mirando a izquierda y a derecha para comprobar si alguien los observaba. La luna estaba oculta tras negros nubarrones y sólo ocasionalmente, cuando las nubes la dejaban a la vista en su veloz carrera por los cielos, arrojaba su pálida luz. Temuge había dado por supuesto que el agua lavaría las calles y eliminaría parte del hedor que desprendía la ciudad, pero descubrió que, por el contrario, la pestilencia del aire había cobrado intensidad, y el olor a inmundicia humana se propagaba en la humedad del ambiente y penetraba en sus pulmones, provocándole náuseas. Las alcantarillas habían rebosado y Temuge vio cosas oscuras y resbaladizas que no podía nombrar pasar a trompicones arrastradas por la corriente. Se estremeció, súbitamente consciente de la agobiante presencia de masas humanas a su alrededor. Sin Chen Yi, no habría sabido por dónde empezar la búsqueda en el laberinto de casas y tiendas, amontonadas unas encima de otras en todas direcciones.

Otros dos hombres de Chen Yi se les habían unido en la puerta. Aunque no había toque de queda oficial, si todavía quedaba algún soldado en las calles sin duda le daría el alto a un grupo de diez hombres. Chen Yi encargó a uno de ellos la tarea de adelantarse a explorar cada cruce de caminos por el que iban a pasar y dio instrucciones a otros dos hombres de que se quedaran atrás para comprobar si los seguían. Temuge no podía evitar tener la sensación de que iba camino de una batalla. Mientras miraba cómo diluviaba, jugueteaba con la mojada empuñadura de la espada que Chen Yi había insistido en que llevara, deseando no tener que sacarla de su funda. Cuando se pusieron en marcha, avanzando al trote, estaba temblando. Las puertas se cerraron tras ellos con un sonoro ruido metálico, pero ninguno de ellos se volvió.

En algunas calles, los aleros de las casas garantizaban una delgada franja de terreno seco. Chen Yi redujo el trote al paso al recorrer esas zonas para evitar que el sonido de veinte pies a la carrera hiciera que los inquilinos de esas casas se asomaran a las ventanas. La ciudad no estaba totalmente a oscuras, ni totalmente dormida. Temuge vio alguna luz ocasional que salía de las forjas y los almacenes, que seguían funcionando durante la noche. A pesar de las precauciones de Chen Yi, Temuge estaba seguro de que sentía ojos observándolos según pasaban.

En la penumbra, Temuge perdió la noción del tiempo hasta tener la sensación de que llevaban media noche corriendo. La disposición de las calles no seguía ningún

patrón fijo, era un laberinto serpenteante que en ocasiones no estaba formado más que por estrechos senderos cubiertos de denso barro que salpicaba a su paso, cubriéndolos hasta la rodilla. Temuge estaba sin resuello al poco de empezar la marcha y más de una vez alguien le había agarrado el brazo en la oscuridad y le había impulsado hacia delante para obligarle a mantener el paso. Maldijo entre dientes cuando, por culpa de uno de esos tirones de manga, metió el pie en un sumidero y algo blando y frío se le quedó enganchado entre los dedos de los pies. Confió en que fuera fruta podrida y no algo peor, pero no se detuvo.

El batidor regresó sólo una vez para indicarle a Chen Yi que debían tomar una ruta distinta de la que llevaban. Temuge rogó para que los soldados estuvieran pasando la noche en el calor de sus cuarteles en vez de estar muertos de frío y empapados por la lluvia como estaba él.

Por fin, Chen Yi mandó parar al jadeante grupo a la sombra de la propia muralla de la ciudad. Temuge la distinguió en la oscuridad: una masa de una negrura más intensa que lo demás. Al otro lado se extendía el mundo que conocía y fue consciente de la sensación de protección que proporcionaba a la ciudad. Una muralla como ésa había sido de gran ayuda al rey de Xi Xia en Yinchuan. Ni todos los guerreros que Gengis había reunido habían conseguido abrir una brecha en una mole así. Se prolongaba en la distancia, alzándose imponente sobre una amplia calle de viviendas bastante semejantes al hogar del propio Chen Yi. Estas casas, no obstante, no estaban escondidas en los barrios bajos, sino que se erguían bien separadas unas de otras y en la brisa llegaba desde ellas el aroma de jardines en plena floración. Incluso el trazado de las calles había cambiado en esa área de Baotou. Atravesaron al trote una cuadrícula de islas, cada una de ellas separada de la ciudad por puertas y muros. Temuge luchaba por recobrar el aliento. Casi se ahogó cuando Khasar le dio una palmada en el hombro, con aspecto de estar tan cómodo como si acabara de retornar de un paseo nocturno.

Los dos mensajeros que se habían quedado atrás llegaron corriendo y negando con la cabeza. Nadie los seguía. Chen Yi no se detuvo a descansar, sino que les ordenó en susurros que se mantuvieran fuera de la vista mientras se acercaba a la puerta más próxima. Su mirada recayó en Temuge, que se recuperaba apoyando las manos en las rodillas y se acercó para hablarle al oído.

—Habrá guardias. Despertarán a su amo y yo hablaré con él. No pronuncies ninguna amenaza en mi ciudad, mongol. El propietario se sentirá nervioso al ver a un grupo de extraños aparecer tan tarde en su casa y no quiero que nadie saque sus armas.

Chen Yi dio media vuelta y se alisó la túnica negra con las manos mientras se dirigía a la puerta. Le acompañaban dos de sus hombres y el resto del grupo se echó hacia un lado situándose donde no pudieran verlos. Khasar agarró a Temuge de la manga y lo arrastró hacia él antes de que pudiera protestar.

Fue el mismo Chen Yi quien aporreó la puerta con fuerza y Temuge vio que una

luz amarilla le iluminaba el rostro cuando un cuadrado sujeto con bisagras se abrió en la madera.

—Dile a tu amo que tiene una visita por cuestiones imperiales —anunció Chen Yi con voz firme—. Despiértalo si está dormido.

Temuge no pudo oír la respuesta, pero, tras lo que le pareció un siglo, el cuadrado se volvió a abrir y un nuevo rostro se asomó ante Chen Yi.

—No te conozco —dijo el dueño de la casa con claridad.

Chen Yi se quedó muy quieto.

—El Tong Azul te conoce a ti, Lian. Esta noche pagarás tus deudas.

La puerta se abrió de inmediato, pero Chen Yi no atravesó el umbral.

—Si tienes ballesteros apostados esperándonos, Lian, será la última noche de tu vida. He traído a varios hombres conmigo, pero las calles son peligrosas. No te alarmes y todo irá bien.

Con voz temblorosa, el rostro invisible murmuró una respuesta. Sólo entonces se giró Chen Yi hacia los demás y les indicó con un ademán que lo siguieran.

Temuge notó el terror que sentía aquel hombre al que habían hecho salir de la cama. Los hombros de Lian eran casi tan anchos como los de Khasar, pero estaba temblando visiblemente y mantuvo la mirada gacha ante Chen Yi mientras éste entraba en su casa con amplias zancadas.

Sólo había un guardia en la puerta y él también evitó mirar directamente a los recién llegados. La confianza de Temuge aumentó y empezó a mirar a su alrededor con interés en cuanto cerraron la puerta de la calle. La carrera a través de la lluvia y la oscuridad había quedado atrás y estaba disfrutando del servilismo con el que había reaccionado el maestro de obras de Baotou.

Lian, con el cabello revuelto por el sueño, se erguía con expresión pasmada ante Chen Yi.

—Haré que preparen comida y bebida —murmuró, pero Chen Yi negó con la cabeza.

—No será necesario. Llévame a algún sitio donde podamos hablar en privado. — Chen Yi echó un vistazo al patio de la casa. El albañil había prosperado bajo el poder imperial. Además de ocuparse de las reparaciones de la muralla, era responsable de la construcción de tres cuarteles y de la pista de carreras erigida en pleno corazón del distrito imperial. Y, sin embargo, su casa era sencilla y elegante. La mirada de Chen Yi se clavó en el único guardia y descubrió que estaba muy cerca de una campana que pendía de una viga.

—No te conviene que tu hombre llame a los soldados, Lian. Dile que se aleje de esa campana o creeré que pones en duda mi palabra.

El maestro de obras hizo una señal con la cabeza al soldado, que hizo una mueca y adoptó una nueva posición cerca del edificio principal. La lluvia arreció, cayendo con fuerza sobre el pequeño patio. Su frescor pareció hacer que el dueño de la casa volviera en sí y los guió al interior, mientras escondía su miedo encendiendo una a

una todas las lámparas. Temuge vio cómo le temblaba la mano cuando acercaba la vela a una mecha tras otra, alumbrando la estancia más de lo necesario, como si la luz pudiera hacer desaparecer su miedo.

Chen Yi se acomodó en un duro sofá mientras aguardaba a que el albañil acabara de dar vueltas por la habitación. Khasar, Ho Sa y Temuge se quedaron de pie, juntos, observando la escena fascinados, en silencio. Los guardias de Chen Yi adoptaron posiciones detrás de su amo y Temuge vio cómo los ojos de Lian pasaban de uno a otro, registrando la implícita amenaza.

Por fin, vio que no podía retrasar la conversación por más tiempo. Se sentó frente a Chen Yi con las manos entrelazadas para ocultar sus temblores.

—He pagado mi diezmo al Tong —dijo—. ¿Era poco?

No, no lo era —respondió Chen Yi. Se detuvo un momento para retirarse el agua de lluvia de la cara, pasándose la mano por el pelo y arrojando las gotas al suelo de madera. La mirada de Lian las siguió—. No es eso lo que me trae hasta ti.

Antes de que Chen Yi pudiera continuar Lian habló de nuevo, incapaz de contenerse.

—¿Son los trabajadores, entonces? He empleado a todos los hombres que he podido, pero dos de los que me enviaste no querían trabajar. Los otros se quejaban de que no hacían lo que les correspondía. Iba a despedirlos esta mañana, pero si deseas que se queden...

Mientras estudiaba al maestro de obras, Chen Yi parecía haber sido esculpido en mármol.

—Son los hijos de unos amigos. Se quedarán, pero no estoy aquí por eso.

El constructor, desalentado, se encorvó ligeramente en su asiento.

—Entonces no lo entiendo —replicó.

—¿Cuentas con alguien que pueda hacerse cargo del mantenimiento de la muralla?

—Mi propio hijo, señor.

Chen Yi se quedó muy quieto hasta que el maestro de obras alzó la vista y lo miró.

—No soy ningún señor Lian. Soy un amigo que debe pedirte un favor.

—Lo que quieras —contestó Lian nervioso, esperándose lo peor.

Chen Yi asintió, complacido.

—Llamarás a tu hijo y le dirás que debe hacerse cargo del trabajo durante un año, quizá dos. He oído hablar muy bien de él.

—Es un gran hijo —coincidió Lian de inmediato—. Escuchará a su padre.

—Eso es muy sensato, Lian. Dile que estarás fuera durante ese tiempo, tal vez buscando una nueva fuente de mármol en una cantera en algún sitio lejano. Invéntate la mentira que te parezca, pero que no le quede ninguna sospecha. Recuérdale que las deudas del padre son las tuyas cuando tú no estás y explícale qué diezmo debe pagarle al Tong si desea trabajar. No quiero tener que recordárselo yo mismo.

—Hecho —asintió Lian. Temuge vio que tenía la frente perlada por el sudor y notó que el corpulento constructor reunía valor para hacer una pregunta.

—Le diré a mi esposa y a mis hijos lo mismo, pero ¿puedo yo conocer la verdad? Chen Yi se encogió de hombros e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cambiaría eso algo, Lian?

—No, señor. Perdóname por...

—No importa. Acompañarás a estos amigos míos fuera de la ciudad. Necesitan tu pericia, Lian. Lleva tus herramientas y, cuando hayas concluido el trabajo, me aseguraré de que seas recompensado por ello.

Abatido, el maestro de obras asintió y Chen Yi se puso en pie bruscamente.

—Habla con tus seres queridos, Lian, y luego ven a verme.

El constructor dejó solo al grupo y desapareció en la oscuridad de la casa. Los demás se relajaron un poco y Khasar se acercó a una cortina de seda y utilizó la tela para secarse la lluvia de rostro y cabellos. Temuge oyó el llanto distante de un niño cuando Lian informó a los suyos de lo que le acababan de decir.

—No sé qué habríamos hecho si tú no hubieras estado aquí para ayudarnos —le dijo Ho Sa a Chen Yi.

El jefe del Tong esbozó una leve sonrisa.

—Habríais dado tumbos por mi ciudad metiendo la pata una y otra vez hasta que los soldados os hubieran capturado. Quizá me hubiera acercado a ver a los espías extranjeros empalados o ahorcados. Los dioses son caprichosos, pero, esta vez, estaban con vosotros.

—¿Has pensado en cómo lo sacamos de la ciudad? —preguntó Temuge. Antes de que Chen Yi pudiera responder, regresó Lian. Tenía los ojos enrojecidos, pero caminaba erguido y parte de su miedo había desaparecido. Vestía un abrigo de tela gruesa y encerada para protegerse de la lluvia y sobre uno de sus hombros llevaba un paquete de cuero enrollado al que se aferraba como si le confortara.

—Ya he cogido mis herramientas —le dijo a Chen Yi—. Estoy listo.

Dejaron la casa atrás y, de nuevo, Chen Yi adelantó a un hombre para que vigilara las patrullas de soldados. La lluvia había disminuido y Temuge vislumbró fugazmente la estrella polar a través de las nubes. Chen Yi no les había explicado nada, pero empezaron a correr en dirección al oeste por un camino que discurría paralelo al muro y a Temuge no le quedó más remedio que seguirlos.

De la oscuridad que se extendía ante ellos brotó un grito y el grupo se detuvo como un solo hombre.

—Esconded las espadas —susurró Chen Yi. Temuge tragó saliva, nervioso, y oyó pasos que se acercaban por el camino empedrado. Esperaba ver regresar a su batidos pero, en vez de eso, oyeron el sonido de las pesadas sandalias con suela de hierro de la guardia imperial y Chen Yi revisó con ojos veloces los alrededores, registrando todas las posibles rutas de escape.

—Quietos ahí —ordenó una voz en la oscuridad. Temuge estaba lo bastante cerca

de Chen Yi para ver cómo su rostro se crispaba.

Ante ellos aparecieron seis soldados provistos de armadura liderados por un hombre ataviado con un casco con un penacho de duras cerdas. Temuge gimió para sí al ver sus ballestas. Los hombres de Chen Yi tenían pocas oportunidades de salir airosos en un combate. Sintió que el pánico le subía como ácido por la garganta y empezó a retroceder sin darse cuenta. Fue la férrea mano de Khasar la que lo mantuvo en su sitio.

—¿Dónde está vuestro capitán? —exigió Chen Yi—. Lujan puede responder por mí. —Vio que tenían agarrado por el pescuezo a su hombre que se debatía tratando de liberarse, pero Chen Yi no lo miró.

El oficial del penacho frunció el ceño al percibir el tono y se adelantó un paso.

—Lujan no está de servicio hoy. ¿Qué os lleva a recorrer las calles corriendo en la oscuridad?

—Lujan te lo explicará —insistió Chen Yi. Se pasó la lengua por los labios, nervioso—. Me dijo que su nombre nos serviría de salvoconducto.

El oficial se giró y miró de reojo al desafortunado que mantenían agarrado por el cuello.

—Nadie me ha informado de eso. Vamos juntos al cuartel y le preguntaremos.

Chen Yi suspiró.

—No. No vamos a hacer eso —contestó y se lanzó como una flecha sobre el oficial clavándole en la garganta la daga que había ocultado en el puño. El oficial se desplomó con un grito entrecortado. Desde atrás, los soldados dispararon al instante sus ballestas hacia el grupo. Alguien aulló y, a continuación, los hombres de Chen Yi se abalanzaron sobre los soldados, asestándoles tajos terribles con sus espadas.

Khasar desenvainó la espada que le habían dado y rugió con toda la fuerza de sus pulmones. Su bramido hizo retroceder al soldado más próximo al mongol, que le pegó un tremendo golpe, adelantando su antebrazo para machacarle la cara con él. El impacto tiró al soldado al suelo y Khasar lo dejó atrás, embistiendo y golpeando a diestro y siniestro con los codos, los pies o la cabeza: cualquier cosa con la que pudiera derribar a sus enemigos. Los que habían lanzado sus flechas sólo podían alzar las ballestas para tratar de defenderse. La hoja de Khasar hizo trizas una de aquellas armas antes de hundir su filo en el cuello de otro soldado. En la oscuridad, sentía que se deslizaba entre sus enemigos como una brisa, vio una rodilla expuesta y le dio una patada, notando el crujido del hueso al romperse. Los soldados se movían con torpeza bajo el peso de sus armaduras, y Khasar era más ágil y veloz y se alejaba girando de cada amenaza presintiéndola antes de que estuviera sobre él. Sintió que alguien lo agarraba por detrás y le sujetaba el brazo en el que blandía la espada. Echó la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas y golpeó con los codos al agresor, que le gratificó soltando un gruñido de dolor y cayendo de espaldas.

Temuge chilló cuando uno de los soldados se estrelló contra él. Agitó a lo loco su propia espada, con los brazos debilitados por el terror. En algún lugar empezó a sonar

una campana. Cuando registró el sonido, sintió que alguien lo levantaba y empezó a gritar hasta que Ho Sa le dio una bofetada.

—En pie. Ya se ha terminado —anuncio Ho Sa, violento por la vergüenza ajena. Temuge le agarró del brazo para ponerse en pie y se quedó mirando con fijeza la imagen de Khasar rodeado de cuerpos despedazados.

—¿Y a esto le llamas soldados, Chen Yi? —preguntó Khasar—. Se mueven como ovejas lisiadas.

Chen Yi seguía aturdido mientras miraba cómo Khasar colocaba sin inmutarse la punta de la espada en el pecho de un hombre que aún se movía, buscando un hueco entre las escamas antes de apoyar todo su peso sobre ella. Apenas podía creer la velocidad a la que había visto moverse al guerrero mongol. Sus propios guardias eran hombres elegidos por su destreza, pero Khasar había hecho que parecieran granjeros. Se dio cuenta de que había sentido deseos de defender a los soldados de su ciudad, por mucho que los odiara.

—Hay seis cuarteles en la ciudad, cada uno de ellos con quinientos o más de estas ovejas lisiadas —respondió—. Ha sido suficiente.

Khasar empujó uno de los cuerpos con el pie.

—Los guerreros de mi pueblo se los comerán vivos —aseguró. Entonces su rostro se crispó de dolor y se llevó la mano a la clavícula. La sacó manchada de sangre, que se disolvió rápidamente en la lluvia y se le escurrió entre los dedos.

—Tienes un corte —dijo Temuge.

—Estoy demasiado acostumbrado a luchar con armadura, hermano, y ya no detengo los golpes. —Irritado, Khasar le dio una patada al casco del oficial que estaba a sus pies y lo hizo salir volando para caer dando botes en el empedrado.

Los hombres de Chen Yi sujetaban a dos de los suyos, que colgaban de sus brazos exangües, rodeados de un charco de sangre y agua. Chen Yi los examinó, palpando con los dedos las puntas de las flechas que sobresalían de sus pechos. Pensó de prisa para reorganizar sus planes, frustrados por el encuentro con los soldados.

—Ningún hombre puede escapar a la rueda —declaró—. Dejadlos aquí para que los encuentren. Mañana, los oficiales imperiales querrán exhibir algún cadáver ante la muchedumbre.

Los esbirros de Chen Yi dejaron caer a los dos muertos, cuyos cuerpos quedaron despatarrados sobre los adoquines. Temuge vio que los demás estaban heridos y jadeaban como perros al sol. Entonces Chen Yi se volvió hacia él y su rabia se transformó en desprecio.

—Te has salvado por el momento, miedica, pero nos buscarán por toda la ciudad. Si no consigo sacaros de aquí esta noche, os quedaréis aquí hasta la primavera.

Las mejillas de Temuge ardían de humillación. Todo el grupo lo miraba fijamente y Khasar retiró la vista. Chen Yi enfundó su espada y reinició el trote camino de las murallas. El batidor había sobrevivido a la sangrienta pelea y se adelantó de nuevo.

La entrada occidental era más pequeña que la que habían atravesado cuando llegaron desde el río. Temuge se sintió desalentado cuando vio unas luces que se acercaban y se oyeron gritos. Fuera quien fuera el ciudadano que hubiera hecho sonar la campana de alarma, los soldados habían salido de sus cuarteles y a Chen Yi le estaba resultando difícil evitar que los vieran. Se dirigió hacia un oscuro edificio cercano a la entrada y aporreó la puerta para que lo dejaran entrar. Temuge ya podía oír el sonido metálico de hombres armados alcanzándolos cuando la puerta se abrió y se precipitaron hacia el interior de la vivienda. De un portazo, cerraron de inmediato la puerta a sus espaldas.

—Manda unos hombres a las ventanas superiores —le dijo Chen Yi al hombre que había abierto la puerta—. Diles que nos informen de lo que ven. —Se puso a maldecir entre dientes y Temuge no se atrevió a hablar con él. Al ver el feo tajo que recorría toda la clavícula de Khasar, se olvidó de su pánico y le pidió a uno de los hombres de Chen Yi una aguja y un poco de hilo de tripa de gato. Sin emitir más que un par de gruñidos, su hermano observó cómo Temuge le cosía la piel dejando una línea irregular. La sangre y la lluvia habían limpiado la herida, así que no creía que se infectara. Mantenerse activo le ayudaba a calmar su palpitante corazón y le impedía pensar sin parar en que los estaban persiguiendo.

Uno de los hombres del piso de arriba los llamó con voz áspera y susurrante, apoyado sobre una barandilla.

—La puerta está cerrada y han levantado una barricada. Veo unos cien soldados, aunque la mayoría se están moviendo de aquí para allá. Hay treinta guardando la puerta.

—¿Tienen ballestas? —preguntó Chen Yi, alzando la vista hacia él.

—Veinte, tal vez más.

—Entonces estamos atrapados. Registrarán la ciudad de arriba abajo buscándonos —dijo y se volvió hacia Temuge—. Ya no puedo ayudaros más. Si me encuentran, me matarán y el Tong Azul tendrá un nuevo jefe. Tengo que irme.

El maestro de obras, Lian, no había luchado junto a los demás. Desarmado, se había retirado hacia los sumideros en cuanto empezó la pelea. Fue él quien respondió a Chen Yi, con una voz que retumbó en el abatido silencio.

—Conozco una salida —aseguró—. Si no os importa mancharos un poco las manos.

—¡Hay soldados en la calle! —susurró el oteador hacia ellos—. Están llamando a las puertas, registrando las casas.

—Dinos dónde está, Lian —le instó Chen Yi—. Si nos cogen, tampoco tú te salvarás.

El constructor asintió con la cabeza, con expresión adusta.

—Tenemos que irnos ya. No está lejos de aquí.

Las lámparas de grasa de oveja ardían y chisporroteaban arrojando una pálida luz amarillenta sobre la estancia, mientras Gengis se enfrentaba a una hilera de seis hombres de rodillas. Todos ellos tenían las manos atadas a la espalda. Todos ellos habían adoptado la expresión impasible del guerrero, ocultando su terror ante el khan. Gengis caminaba arriba y abajo con amplias zancadas. Estaba en el lecho de Chakahai cuando le habían hecho llamar y se había levantado lleno de furia, aun después de ver que era Kachiun quien pronunciaba su nombre en la oscuridad.

Los seis hombres eran hermanos, desde el más joven, que era poco más que un niño, hasta los mayores, que eran guerreros adultos con esposas e hijos.

—Cada uno de vosotros me juró lealtad —exclamó Gengis. Al empezar a hablar se encolerizó y estuvo tentado de cortarles la cabeza a los seis.

—Uno de vosotros ha matado a un niño uriankhai. Que hable y sólo morirá él. Si no habla, pondrá en peligro la vida de todos vosotros. —Desenvainó lentamente la espada de su padre asegurándose de que oyeran el siseante sonido. En el exterior del círculo de lámparas, notó la presencia de una multitud cada vez mayor, que se habían despertado con el deseo de presenciar cómo se hacía justicia. No los defraudaría. Gengis se acercó al más joven de los hermanos y alzó como una pluma la pesada espada sobre él.

—Puedo encontrar al asesino, mi señor —dijo Kokchu con voz suave desde la oscuridad. Los hermanos levantaron la vista y observaron al chamán penetrar en la penumbra, con una mirada terrible—. Sólo tengo que poner la mano en la cabeza de todos ellos y sabré cuál es el que buscas.

Los hermanos empezaron a temblar visiblemente mientras Gengis asentía y guardaba su espada.

—Haz tu magia, chamán. El niño ha aparecido descuartizado. Dime quién ha sido.

Kokchu hizo una profunda reverencia y se situó frente a los hermanos, que no se atrevieron a mirarlo a los ojos. Presintiendo su proximidad, sus rostros se crisparon en muecas tirantes y temblorosas.

Gengis observó fascinado cómo Kokchu apoyaba ligeramente la mano en la cabeza del primer hombre y cerraba los ojos. Las palabras en la lengua chamánica brotaron de su boca como una líquida y vibrante letanía. Uno de los hermanos se estremeció con una violenta sacudida y casi se cayó de bruces antes de erguirse con esfuerzo.

Cuando Kokchu retiró la mano, el primer hermano se bamboleó, pálido y aturdido. El gentío que aguardaba fuera del círculo había aumentado y había cientos de voces murmurando en la oscuridad. Kokchu pasó al segundo hombre e inspiró profundamente con los ojos cerrados.

—El niño... —dijo—. El niño vio... —Se quedó muy quieto y todo el

campamento contuvo el aliento mientras lo observaban. Por fin, Kokchu se sacudió, como si se liberara de un inmenso peso—. Uno de estos hombres es un traidor señor. Lo he visto. He visto su rostro. Mató al niño para que no te contara lo que había visto.

Dando un brusco paso adelante, Kokchu se dirigió al cuarto hombre de la fila, el mayor de los hermanos. Alargó la mano con un brusco movimiento y sus dedos se retorcieron largos y delgados entre el cabello negro de aquel hombre.

—¡Yo no maté al niño! —gritó el hermano, debatiéndose.

—Si mientes, los espíritus te arrebatarán el alma —susurró Kokchu en el tenso silencio—. Ahora, vuelve a mentir y muéstrale a tu khan el destino de los traidores y los asesinos.

Mientras gritaba, el guerrero tenía el rostro desfigurado por el terror.

—¡Yo no lo maté! ¡Lo juro! —Bajo la mano de Kokchu, fue presa de unas súbitas convulsiones y la multitud gritó asustada. Todos observaron horrorizados cómo ponía los ojos en blanco y se le abría la mandíbula, desencajada. Cayó hacia un lado, liberándose de ese tacto terrible entre espantosas sacudidas y espasmos. Su vejiga expulsó un gran chorro de orina humeante sobre la hierba congelada.

Kokchu se quedó mirando hasta que el hombre dejó de agitarse y sus ojos en blanco quedaron reluciendo bajo el resplandor de las lámparas. El silencio era inmenso, llenaba el campamento. Sólo Gengis fue capaz de romperlo e incluso él tuvo que hacer un esfuerzo para superar la sensación de admiración y pavor que le atenazaba.

—Corta las ligaduras de los otros hombres —ordenó—. La muerte del niño ya ha hallado respuesta. —Kokchu inclinó la cabeza ante él y Gengis envió a la muchedumbre a sus casas, donde aguardarían atemorizados a que retornara la luz del sol.

XV

Las campanadas de alarma resonaban por todo Baotou mientras ellos corrían a través de la noche, siguiendo a Lian. Además, la oscuridad estaba desapareciendo en algunas zonas a medida que más y más gente se iba despertando y encendía las lámparas en todas las puertas. Corrían atravesando círculos de luz en los que las gotas de lluvia refulgían como motas doradas para, a continuación, pasar de nuevo a la negrura nocturna.

Los soldados no los habían visto marcharse, aunque se habían librado por poco. Era evidente que Lian conocía bien la zona y, como una flecha, avanzaba entre los pequeños callejones detrás de las casas de los ricos sin ninguna vacilación. La mayoría de los guardias imperiales habían aparecido en el área de las puertas, pero ahora estaban ocupando gradualmente el centro de la ciudad, reduciendo las posibilidades de huida de los criminales que habían asesinado a los suyos.

Temuge seguía corriendo, jadeando penosamente a cada paso. Avanzaban siguiendo el trazado del muro, aunque en ocasiones Lian se alejaba de él para evitar pasar por patios abiertos y encrucijadas de calles. Khasar trotaba a su lado vigilando a izquierda y a derecha por si aparecían los soldados. Después de la pelea, cada vez que Temuge lo había mirado se lo había encontrado sonriendo, aunque Temuge sospechaba que era la sonrisa del idiota que no era capaz de imaginar las consecuencias de ser capturado. Su propia imaginación era suficientemente brutal por los dos y se estremeció mientras corría al imaginarse unos hierros al rojo abrasando su piel.

Lian hizo un alto cerca de una sección de la muralla que parecía más tranquila. Habían dejado atrás las masas de soldados moviéndose como hormigas de aquí para allá, pero las campanas de alarma habían hecho salir a los portales a numerosas personas que espiaban temerosas a los hombres que corrían.

Lian se giró hacia ellos, resoplando.

—Están reparando la muralla por aquí. Podemos escalar por las cuerdas de las cestas de escombros. Esta noche no encontraréis otro modo de salir de Baotou.

—Enséñame dónde están —dijo Chen Yi. Lian echó una ojeada a las pálidas caras que los observaban desde todas las ventanas que había a su alrededor. Nervioso, tragó saliva y asintió, guiándolos al lugar donde podrían tocar las antiguas piedras de la muralla de la ciudad.

Las cuerdas yacían enrolladas y, en la oscuridad, distinguieron las formas bulbosas de las blandas cestas utilizadas para transportar los escombros hasta la cima, desde donde los arrojaban hacia el núcleo de la muralla. Tres de las cuerdas estaban tirantes y Chen Yi agarró una de ellas con una exclamación complacida.

—Lo has hecho bien, Lian. ¿No hay escalas?

—Por la noche las guardan bajo llave —contestó Lian—. Podría romper los cerrojos fácilmente, pero nos retrasaría.

—Entonces esto nos servirá. Coge esta cuerda y muéstranos qué debemos hacer.

El constructor dejó caer el paquete de las herramientas al suelo y empezó a trepar, gruñendo por el esfuerzo. Era difícil juzgar la altura del muro en la oscuridad, pero a Temuge le pareció enorme cuando miró hacia arriba. Apretó los puños en la oscuridad, deseando desesperadamente no volver a ser humillado delante de Khasar. Conseguiría escalarlo. El pensamiento de que lo alzarán como a un saco de martillos era demasiado horrible para plantárselo siquiera.

Ho Sa y Khasar subieron juntos, aunque Khasar se volvió hacia Temuge antes de iniciar el ascenso. Seguro que pensaba que su endeble hermano se resbalaría y caería sobre Chen Yi como un castigo divino. Temuge lo miró con expresión airada hasta que Khasar sonrió y subió como una rata, haciendo que pareciera sencillo a pesar de su herida.

—Vosotros esperaréis aquí —murmuró Chen Yi a sus hombres—. Yo subiré con ellos y, cuando estén al otro lado sanos y salvos, regresaré con vosotros. Alguien tendrá que tirar de las cuerdas desde el otro lado.

Le pasó una gruesa cuerda a Temuge y observó cómo empezaba a ascender, alzándose por el muro con brazos temblorosos. Chen Yi meneó la cabeza, exasperado.

—No te caigas, miedica —dijo. Al ser tan menudo, Chen Yi subió a toda prisa y dejó a Temuge ascendiendo solo en la oscuridad. Le ardían los brazos y el sudor se le metía en los ojos, pero se obligó a trepar por la áspera piedra, pendiendo sobre los hombros de Chen Yi. Arriba apenas había luz y casi se soltó asustado cuando unas fuertes manos lo agarraron y lo arrastraron hasta la cima.

Temuge se quedó allí tendido, jadeante, olvidado por los demás y enormemente aliviado. Mientras los demás miraban la ciudad, su corazón latía con fuerza en el pecho. Debajo de ellos, los hombres de Chen Yi habían soltado las cestas de escombros y Khasar y Lian tiraron de las cuerdas con rapidez, lanzándolas hacia el otro lado.

El muro tenía tres metros de ancho en la parte superior y la cuerda pasaba por encima, muy tensa. Lian maldijo entre dientes al darse cuenta de que las cuerdas no llegarían hasta el suelo del exterior de la ciudad.

—Tendremos que saltar el último trecho y esperemos que nadie se rompa una pierna —dijo.

Faltaba por subir la última cuerda. Fue golpeando la pared hasta arriba con el fardo de las herramientas de Lian, el arco de Khasar y tres espadas que iban envueltos juntos. Lian lo hizo descender por el exterior del muro y se detuvo, aguardando a que Chen Yi diera la siguiente orden.

—Idos ya —apremió Chen Yi—. Tendréis que ir andando a menos que logréis encontrar algún sitio donde comprar mulas.

—No pienso montar en mula —aseguró Khasar de inmediato. ¿No hay ponis que merezca la pena robar en esta tierra?

—Es demasiado arriesgado. Tu pueblo está en el norte, a menos que pretendas retornar pasando por el reino Xi Xia. No está más que a unos cientos de li de aquí, pero habrá guarniciones de soldados imperiales en cada camino y en cada paso. Sería mejor que os dirigierais hacia el oeste a través de las montañas, viajando sólo de noche.

—Ya veremos —dijo Khasar—. Adiós, ladronzuelo. No olvidaré que nos has ayudado. —Se acuclilló en el mismo borde del muro y luego se dejó resbalar hasta quedar sujeto por los codos antes de alargar la mano hacia la oscilante cuerda. Ho Sa siguió a Khasar despidiéndose de Chen Yi con una mera inclinación de cabeza y Temuge también se habría marchado sin decir una sola palabra si el hombrecillo no le hubiera puesto la palma de la mano en el hombro.

—Tu khan ya tiene lo que deseaba. Tendrá que cumplir las promesas hechas en su nombre.

Temuge asintió enérgicamente. Le era indiferente si Gengis reducía Baotou a cenizas.

—Por supuesto —asintió—. Somos un pueblo honorable. —Chen Yi observó cómo se descolgaba, tan desgarrado y débil como antes. Cuando el líder del Tong Azul se quedó solo sobre el muro, suspiró. No se fiaba de Temuge, con su inquieta mirada y su obvia cobardía. En Khasar había percibido un espíritu afín: un hombre implacable, pero que confiaba en que compartiera su sentido del honor y de la deuda. Se encogió de hombros y se giró hacia su ciudad. No podía estar seguro. No disfrutaba de la emoción del juego y nunca había entendido a los que la amaban.

—Las fichas están sobre la mesa —murmuró—. ¿Quién sabe adonde irán a parar?

Cuando amaneció el décimo día, los cuatro hombres estaban polvorientos y tenían los pies doloridos. Al no estar acostumbrado a caminar, Khasar había empezado a cojear y acompañaba a los demás en su penosa marcha con un humor de perros. Cuando estuvieron fuera del alcance de Chen Yi, Lian había hecho unas cuantas preguntas y, a continuación, también se había sumido en un adusto silencio. Caminaba con sus herramientas sobre el hombro y aunque compartió las liebres que Khasar había matado con el arco, no hizo ningún intento de unirse a las conversaciones cuando los demás planeaban la ruta a seguir. Un viento penetrante los obligaba a avanzar con una mano frunciendo la tela de las túnicas para sujetarlas.

Khasar había propuesto tomar el camino más corto hacia el norte. Temuge había protestado y había sido ignorado, pero Ho Sa le había hecho cambiar de opinión al describir los fuertes Chin y la muralla que protegían el imperio de los invasores. Aunque se había desmoronado en varios puntos, todavía había suficientes guardias como para suponer una amenaza para un grupo de sólo cuatro hombres. La única ruta segura era dirigirse hacia el oeste a lo largo de las orillas del río Amarillo hasta que alcanzaran las montañas que se extendían al norte y al sur del reino Xi Xia y el

desierto de Gobi.

Al finalizar el décimo día, Khasar había insistido en entrar en una aldea Chin para hacerse con unos ponis. Su hermano y él aún llevaban una pequeña fortuna en plata y oro, al menos una cantidad suficiente para impresionar a unos campesinos que nunca habrían visto un nivel así de riqueza. Sólo encontrar un mercader que estuviera dispuesto a cambiar unas cuantas monedas de plata por otras de bronce ya les resultó imposible. Se marcharon con las manos vacías y se pusieron en marcha cuando cayó la noche, reacios a permanecer mucho tiempo en un sitio.

Cuando salió la luna, los cuatro hombres, fatigados, se habían adentrado en unos pinares y avanzaban muy despacio por sendas de animales tratando de no perder de vista las estrellas para orientarse. Por primera vez en su vida, Temuge era consciente de su propio olor a sudor y suciedad y deseó tener otra oportunidad de bañarse al estilo Chin. Evocaba su primera experiencia en una ciudad con nostalgia, recordando la pulcritud de la casa de Chen Yi. Le daban igual los mendigos, o las masas de gente que pululaban como moscas sobre carne en mal estado. Era el hijo y el hermano de un khan y nunca caería en un estatus tan bajo. Descubrir que los hombres ricos podían vivir con el lujo que había visto en Baotou había sido una revelación y le hizo algunas preguntas a Lian mientras caminaban en la oscuridad. El maestro de obras pareció sorprenderse de que Temuge supiera tan poco de la vida urbana, sin llegar a entender realmente que cada nuevo dato era como agua cayendo en un alma seca. Le explicó a Temuge que disponían de escuelas para aprendices y de universidades, a las que acudían grandes pensadores para intercambiar ideas y discutir sin que hubiera derramamiento de sangre. Como experto en construcción, le contó cómo se estaban instalando sumideros incluso en las zonas más pobres de la ciudad, aunque la corrupción había paralizado las obras durante más de doce años. Temuge absorbió toda la información y, mientras avanzaban, soñaba que estaba paseando junto a hombres cultivados en patios soleados y que debatían grandes cuestiones con las manos a la espalda. Luego, tropezó con una raíz o una piedra y Khasar se rió de él, lo que hizo añicos las imágenes.

Entonces Khasar se detuvo en medio del sendero sin previo aviso, haciendo que Ho Sa chocara contra su espalda. El soldado Xi Xia tenía demasiada experiencia y veteranía como para romper el silencio. Lian también paró, confuso, y Temuge alzó la cabeza saliendo bruscamente de sus pensamientos y quedándose sin aliento del susto. No los habrían localizado, ¿verdad? Habían visto un puesto de guardia en un camino hacía dos días y lo habían evitado con un amplio rodeo. ¿Habrían dado orden de capturar a los fugitivos? Temuge sintió una punzada de desesperación, convencido de repente de que Chen Yi los había delatado a cambio de su vida. Es lo que Temuge habría hecho y fue presa del pánico en aquella oscuridad en la que empezó a ver enemigos en cada sombra.

—¿Qué pasa? —siseó Temuge a la espalda de su hermano.

Khasar giró la cabeza a un lado y a otro, intentando localizar el sonido.

—He oído voces. Ahora el viento ha cambiado, pero antes las he oído.

—Deberíamos descender hacia el sur unos cuantos kilómetros para esquivarlos —susurró Ho Sa—. Si nos están buscando, podemos utilizar los bosques para hacer una pausa de un día.

—Los soldados no acampan en los bosques —dijo Khasar— porque, si alguien quiere atacar, resulta demasiado fácil arrastrarse sigilosamente hasta el objetivo. Seguiremos adelante, pero más despacio. Tened las armas preparadas.

Lian sacó un martillo de mango largo del fardo donde guardaba las herramientas y se lo colocó sobre el otro hombro enganchado por la cabeza. Temuge miró fijamente a Khasar cada vez más enfadado.

—¿Y qué nos importa a nosotros qué otras personas haya en el bosque? —preguntó en tono airado—. Ho Sa tiene razón, deberíamos dar un rodeo para evitar toparnos con ellos.

—Si tienen caballos, merece la pena que nos arriesguemos. Creo que va a nevar y estoy cansado de tanto caminar —contestó Khasar. Sin decir nada más, continuó avanzando con paso sigiloso, obligándolos a seguir adelante. Temuge maldijo en silencio. Hombres como Khasar no pasearían por las avenidas de la ciudad de su imaginación. Tal vez guardarían las murallas, mientras que otros hombres mejores que él serían tratados con el honor y la dignidad que merecían.

Mientras caminaban por la estrecha senda, vislumbraron el resplandor de una hoguera a través de los árboles y todos pudieron captar los ruidos que el fino oído de Khasar había percibido antes. Unas carcajadas resonaron con claridad en el aire nocturno y Khasar sonrió de oreja a oreja al oír relinchar a una yegua.

Los cuatro hombres se aproximaron furtivamente a la luz. El ruido que producían al moverse quedaba encubierto por los gritos y alegres voces de los desconocidos. Cuando estuvieron suficientemente cerca, Khasar se tendió boca abajo y espió a través de las ramas un pequeño claro rodeado por viejas raíces enredadas y retorcidas sobre sí mismas.

Vio una mula que estaba tirando de la faja de cuero que la sujetaba a una rama. Khasar descubrió complacido que también había tres ponis de largas greñas atados al borde del claro. Eran pequeños y delgados, y tenían la cabeza gacha. La mirada de Khasar se endureció cuando descubrió las blancas líneas de numerosas cicatrices en sus ancas y, a continuación, desató su arco y empezó a colocar flechas entre las zarzas.

Había cuatro hombres alrededor del fuego y tres de ellos estaban hostigando al cuarto, que era una figura menuda envuelta en una túnica de color rojo oscuro. Su cráneo rapado relucía sudoroso a la luz de las llamas. Los otros no tenían armadura, pero llevaban un cuchillo metido en el cinturón y uno de ellos había dejado apoyado sobre un árbol un arco corto. Continuaron divirtiéndose con una expresión cruel en el rostro, abalanzándose sobre el hombrecillo para golpearlo y retirándose luego como una flecha. Tenía los rasgos amoratados e hinchados, pero uno de los otros hombres

sangraba abundantemente por la nariz y no se reía como hacían sus amigos.

Bajo la atenta mirada de Khasar, el que sangraba por la nariz cogió un palo y golpeó con vigor al hombre menudo, que se tambaleó por la fuerza del impacto. El porrazo resonó en todo el claro y Khasar esbozó una sonrisa lobuna mientras encordaba su arco sin necesidad de mirar. Apartándose de la luz, retornó hasta donde estaba Ho Sa arrastrándose como una serpiente y le habló en un volumen casi inaudible.

—Necesitamos sus caballos. No tienen pinta de soldados y puedo derribar a dos con el arco si tú te lanzas sobre el tercero. Hay un cuarto, un joven con la cabeza como un huevo, que sigue luchando, pero que no tiene ninguna oportunidad contra esos tres.

—Tal vez sea un monje —aventuró Ho Sa—. Son hombres resistentes, a pesar de que dedican toda su vida a mendigar y a orar. No deberías infravalorarlo.

Khasar alzó la vista, divertido.

—Yo me he pasado toda la infancia aprendiendo a utilizar las armas desde que amanecía hasta que se ponía el sol. Todavía tengo que encontrarme con uno de tu pueblo que sea un digno rival para mí.

Ho Sa hundo el ceño, meneando la cabeza.

—Si es un monje, estará tratando de no matar a sus atacantes. Los he visto hacer una demostración de sus habilidades ante mi rey.

Khasar soltó un suave resoplido.

—Sois un pueblo extraño. Soldados que no saben pelear y hombres santos que son luchadores expertos. Dile a Lian que tenga el martillo listo para partir algún cráneo después de que yo dispare.

Khasar regresó lentamente a su posición anterior y se puso de rodillas con cuidado. Descubrió sorprendido que el hombre de la nariz rota estaba tirado en el suelo, retorciéndose de dolor. Los otros dos lo miraban, y su ruidosa alegría se había trocado en un lúgubre silencio. El joven monje se erguía muy derecho a pesar de los golpes recibidos y Khasar le oyó hablar con voz serena a sus torturadores. Uno de ellos se mofó de él y arrojó a un lado su palo para extraer la siniestra daga de su cinturón.

Khasar tensó su arco y, ante el leve crujido de la madera, el monje miró hacia él a través del fuego, adoptando súbitamente una postura ágil, como si estuviera listo para alejarse de un salto. Los otros no habían notado nada y uno de ellos se abalanzó sobre el monje con la daga en alto para clavársela en el pecho.

Khasar expulsó aire y lanzó la flecha, que se clavó en la axila del bandido, derribándolo. Los otros se giraron hacia allí y Lian y Ho Sa se levantaron de un salto. Con rapidez, el monje se aproximó al hombre que quedaba en pie y le asestó un golpe en la cabeza que lo tiró sobre la hoguera, antes de que Ho Sa y Lian se abalanzaran hacia ellos con un alarido. Sin embargo, el monje hizo caso omiso de ellos, sacó a su atacante a rastras de las llamas y le dio unas palmadas en algunos mechones de

cabello que habían empezado a echar humo. El hombre estaba inconsciente, pero su peso no pareció suponer ningún problema para el monje.

Cuando terminó, se enderezó y se giró hacia los recién llegados, haciendo una inclinación de cabeza. El hombre que sangraba por la nariz empezó a gimotear, entre aterrorizado y dolorido. Khasar preparó otra flecha mientras se aproximaba, con Temuge pisándole los talones.

El monje vio lo que Khasar pretendía hacer y se precipitó hacia delante, interponiéndose entre Khasar y la figura que se retorció en el suelo. El cráneo rapado le hacía parecer poco mayor que un muchacho.

—Apártate —ordenó Khasar al monje.

Las palabras no provocaron ningún cambio en la expresión del joven, que sólo se movió para cruzar los brazos mientras clavaba la mirada en la flecha.

—Dile que se aparte, Ho Sa —ordenó Khasar, apretando los dientes por el esfuerzo de mantener el arco tendido—. Dile que necesitamos su mula, pero que puede seguir su camino cuando yo haya matado a este hombre.

Ho Sa habló y Khasar notó que la expresión del monje se iluminaba al oír palabras que conocía. Siguió un vertiginoso diálogo y, al no ver ningún signo de que fuera a cesar, Khasar maldijo en lengua Chin, disminuyendo la tensión de la cuerda.

—Dice que no nos necesita y que no tenemos derecho a matar a un hombre, porque su vida no nos pertenece —tradujo por fin Ho Sa—. También ha dicho que no nos va a dar su mula, porque no es suya, sino que se la han prestado.

—¿Es que no ve el arco que tengo en la mano? —inquirió Khasar impaciente y lo alzó con ademán brusco en dirección al monje.

—Aunque lo estuvieras apuntando con doce arcos, le traería sin cuidado. Es un hombre santo y no siente temor.

—Un muchacho santo, con una mula para Temuge —replicó Khasar—. A menos que quieras cabalgar en el mismo caballo que mi hermano...

—No me importa —replicó Ho Sa de inmediato y volvió a hablar con el monje, haciendo tres pequeñas reverencias en el curso de la conversación. Al final el muchacho asintió enérgicamente, mirando a Khasar.

—Dice que puedes llevarte los ponis —explicó Ho Sa—. Él se quedará aquí para atender a los heridos.

Khasar sacudió la cabeza, incapaz de comprender.

—¿Me ha dado las gracias por rescatarlo?

Ho Sa no se inmutó.

—No necesitaba que lo rescatáramos.

Khasar miró al monje con el ceño fruncido y él sostuvo su mirada con expresión tranquila.

—A Gengis le encantaría este chico —dijo Khasar de repente—. Pregúntale si quiere venir con nosotros.

Ho Sa habló de nuevo y el joven negó con la cabeza, sin retirar sus ojos de

Khasar.

—Dice que la labor del Buda puede llevarle por extraños caminos, pero que su lugar está entre los pobres.

Khasar resopló.

—Los pobres están en todas partes. Pregúntale cómo sabe que ese Buda no quería que lo encontráramos en este lugar.

Ho Sa asintió y, mientras traducía las palabras de Khasar, el interés del monje se fue incrementando visiblemente.

—Quiere saber si Buda es conocido entre los hombres y mujeres de tu pueblo —dijo Ho Sa.

Khasar esbozó una ancha sonrisa.

—Dile que creemos en el padre cielo, sobre nosotros, y en la madre tierra, bajo nuestros pies. El resto es lucha y dolor antes de la muerte.

Se rió al ver a Ho Sa parpadear perplejo al oír cuál era su filosofía.

—¿Eso es lo único en lo que creéis? —preguntó Ho Sa.

Khasar lanzó una breve mirada a Temuge.

—Hay algunos tontos que también creen en los espíritus, pero la mayoría de nosotros creemos en un buen caballo y un brazo derecho poderoso. No conocemos a ese Buda.

Cuando Ho Sa retransmitió el discurso, el joven monje hizo una inclinación de cabeza y se dirigió con amplias zancadas hacia su mula. Khasar y Temuge observaron cómo se subía de un salto a su grupa y el animal empezaba a bufar y dar coces.

—Menuda bestia malhumorada —espetó Khasar—. ¿Se viene con nosotros el chico?

Ho Sa aún parecía asombrado mientras hacía un gesto de asentimiento.

—Sí. Dice que ningún hombre puede adivinar cuál será su camino, pero que quizá tengas razón al decir que hemos sido guiados hasta él.

—Muy bien —respondió Khasar—. Pero dile que no dejaré a mis enemigos vivos y que no debe volver a interferir en mis decisiones. Dile que si lo hace, le cortaré su calva cabecita en ese mismo instante.

Cuando el monje escuchó sus palabras, se echó a reír a carcajadas, golpeándose el muslo.

Khasar lo miró con el ceño fruncido.

—Soy Khasar de los Lobos, monje —se presentó, señalándose el pecho con el pulgar—. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Yao Shu! —contestó, golpeándose dos veces con el puño en su propio pecho como saludo. La acción pareció divertir al joven y se rió tanto que tuvo que enjugarse las lágrimas de los ojos. Khasar no le quitaba ojo de encima.

—Monta, Ho Sa —dijo por fin—. La yegua alazana es para mí. Por lo menos se ha acabado la caminata.

Al poco tiempo todos estaban subidos a lomos de un caballo. Tras desabrochar la

silla y tirarla al suelo, Ho Sa y Temuge montaron al mismo animal. Los bandidos supervivientes se habían mantenido en silencio durante la conversación, conscientes de que sus vidas pendían de un hilo. Observaron cómo se alejaban aquellos desconocidos y sólo cuando estuvieron seguros de que estaban solos, se incorporaron y maldijeron su suerte.

Cuando la partida de cinco hombres llegó al paso que separaba el reino Xi Xia del extremo meridional del desierto, lo encontró vacío y desguarnecido. En las montañas Khenti, a miles de kilómetros al norte; el invierno estaría arreciando, dispuesto a apoderarse de la tierra durante muchos meses. Incluso en el puerto soplaba un gélido vendaval que parecía estar disfrutando de su recién obtenida libertad. Ya no había fuerte que convirtiera el paso en un lugar de quietud, sino que ahora el viento soplaba constantemente y el aire estaba cargado de polvo y arena.

Al llegar al paso, Khasar y Temuge desmontaron y recordaron los primeros esfuerzos emprendidos para tomar el fuerte y cómo habían acabado en un baño de sangre. Gengis había logrado que su desmantelamiento se llevara a cabo con eficiencia. Algunos bloques inmensos yacían en la arena, en el mismo lugar donde habían caído, pero todas las demás piedras habían sido retiradas. Sólo unos cuantos agujeros cuadrados en las escarpadas paredes marcaban el sitio donde antes se aseguraban maderos y tirantes, pero por lo demás era como si el fuerte nunca hubiera existido. Ya no había ninguna barrera que frenara la llegada de las tribus desde el sur y ese hecho infundió en Khasar un sentimiento de orgullo.

Recorrió a pie el paso junto a Temuge, alzando la vista hacia las altas paredes que se elevaban a ambos lados. El monje y el maestro de obras los observaron sin comprender, ya que ninguno de ellos había conocido el lugar cuando el imponente fuerte de piedra negra bloqueaba el paso y el reino Xi Xia vivía en su espléndido aislamiento.

Ho Sa miró hacia el sur, girando su poni para contemplar los campos vacíos de su hogar. En la distancia se distinguían algunas manchas negras que mostraban los puntos donde habían quemado las cosechas podridas y habían echado las cenizas de nuevo a la tierra. Estaba seguro de que en las aldeas habría hambrunas, tal vez incluso en Yinchuan. Meneó la cabeza, desalentado.

Llevaba ausente casi cuatro meses y se alegraba de la perspectiva de reencontrarse con sus hijos y esposa. Se preguntó cuál habría sido el destino del ejército después de la aplastante derrota a manos del gran khan. Las tribus habían hecho añicos una antigua paz y su rostro se crispó al recordar tanta destrucción. En aquellos meses había perdido amigos y compañeros y el resentimiento retomaba fácilmente a la superficie. La humillación final había sido ver cómo el rey entregaba a su hija a aquellos bárbaros. Ho Sa se estremeció al pensar en que una mujer como ella se había visto obligada a vivir en sus apestosas tiendas, rodeada de ovejas y cabras.

Mientras Ho Sa observaba fijamente el valle, se dio cuenta extrañado de que echaría de menos la compañía de Khasar. Pese a su tosquedad y a su constante uso de la violencia, Ho Sa podía rememorar el viaje y sentir un cierto orgullo. Ningún otro miembro de los Xi Xia podría haber entrado de forma clandestina en la ciudad Chin y regresar con vida con un maestro de obras para Gengis. Ciertamente que Khasar casi había hecho que lo mataran en una aldea por beber demasiado vino de arroz. Ho Sa se frotó una costra del costado donde un soldado le había rozado las costillas con el filo de su cuchillo. Aquel hombre ni siquiera estaba apostado allí, sino que había ido al lugar a visitar a la familia. Cuando se le pasó la borrachera, Khasar era incapaz de recordar la pelea y no pareció darle ninguna importancia. En ciertos momentos era el hombre más irritante que Ho Sa había conocido en su vida, pero su insensato optimismo había calado en el soldado Xi Xia y se preguntó con inquietud si sería capaz de retornar a la rígida disciplina del ejército real. El tributo anual tenía que ser transportado a través del desierto y Ho Sa decidió que se presentaría voluntario para ponerse al frente de los guardias encargados de realizar ese viaje, sólo para ver las tierras de las que eran originarias las tribus.

Khasar regresó hacia donde aguardaban sus compañeros. Se sentía lleno de júbilo ante la idea de ver su hogar de nuevo y entregarle a Gengis su presa. Sonrió abiertamente a todo el grupo, mostrando lo complacido que estaba. Todos se hallaban cubiertos de polvo y de mugre y las arrugas de su cara estaban negras. Yao Shu había empezado a aprender el idioma de las tribus de Ho Sa. Lian no tenía buen oído para las lenguas, pero él también había memorizado unas cuantas palabras útiles. Todos ellos inclinaron la cabeza con aire vacilante, devolviéndole el saludo a Khasar sin saber muy bien cuál era el motivo de su buen humor.

Ho Sa sostuvo la mirada de Khasar mientras éste se aproximaba hacia él. Se sentía sorprendido por la presión que le oprimía el pecho al pensar en que iba a separarse de esa extraña compañía y no conseguía encontrar las palabras para expresarlo. Khasar habló antes de que hubiera logrado dar con una frase adecuada.

—Mira bien esto, Ho Sa. Pasaré mucho tiempo antes de que vuelvas a ver tu hogar.

—¿Qué? —exclamó Ho Sa, arrancado abruptamente de su serenidad.

Khasar se encogió de hombros.

—Tu rey te entregó a nosotros durante un año. Han pasado menos de cuatro meses y pasarán posiblemente otros dos antes de que llegemos a las montañas. Te necesitaremos para que hagas de intérprete con el constructor y para enseñar al monje a hablar correctamente. ¿Creías que te ibas a quedar aquí? ¡Sí, lo creías! —Khasar pareció encantado al ver la expresión amargada que apareció por un momento en el rostro de Ho Sa—. Vamos a regresar a las estepas, Ho Sa. Atacaremos unas cuantas colinas con los trucos o artes que nos haya enseñado el constructor y, cuando estemos listos, iremos a la guerra. Quizá entonces nos seas tan útil que le pida a tu rey que nos preste tus servicios durante un año o dos más. Yo creo que estaría dispuesto a reducir

tu precio del tributo si le pedimos que te entregue a nosotros.

—Estás haciendo esto para torturarme —espetó Ho Sa.

Khasar soltó una risita.

—Puede que un poco sí, pero eres un guerrero que conoce a los Chin. Te necesitaremos a nuestro lado cuando vayamos a guerrear contra ellos.

Ho Sa miró a Khasar con expresión furiosa. El guerrero mongol le dio una palmadita jovial en la pierna antes de alejarse y gritar por encima del hombro:

—Tenemos que sacar agua de los canales para almacenarla. Después de eso pondremos rumbo al desierto y a casa, donde nos esperan las mujeres y el botín. ¿Qué más puede pedir un hombre? Te encontraré incluso una viuda para que te caliente la cama, Ho Sa. Si no fueras tan terco, te darías cuenta de que te estoy haciendo un favor.

Khasar volvió a subirse al caballo, guiándolo hasta donde Lian estaba ayudando a Temuge a encaramarse a la silla y se inclinó hacia su hermano para hablarle.

—Las estepas nos están llamando, hermano. ¿Lo sientes?

—Sí, lo siento —respondió Temuge. De hecho, tenía tantas ganas de reunirse con las tribus como Khasar aunque sólo porque ahora sabía mucho mejor que antes qué podían ganar con sus conquistas. Mientras su hermano soñaba con luchar y saquear la imaginación de Temuge se llenaba de ciudades y de toda la belleza y poder que representaban.

SEGUNDA PARTE
AÑO MCCXI

Xin-Wei

(Tallo celestial de metal. Rama terrenal de los corderos).

Dinastía Chin: Emperador Wei

XVI

Ataviado con su armadura completa, Gengis observaba la destrucción de la ciudad de Linhe. Cuando su ejército se desplegó alrededor de las murallas, los campos de arroz habían quedado convertidos en una húmeda masa marrón a lo largo de docenas de kilómetros en todas direcciones. No corría ni un soplo de brisa y su estandarte de nueve colas de caballo colgaba lado mientras el sol se ponía sobre el ejército que había traído a aquel lugar.

A ambos lados de él, sus vasallos aguardaban órdenes y sus caballos piafaban inquietos. Junto a Gengis, un sirviente sujetaba una yegua castaña, pero el khan todavía no estaba listo para montar.

Muy cerca de la expectante columna, una tienda de tela de color rojo sangre se agitaba en el viento. En ochenta kilómetros a la redonda, sus tropas habían aplastado toda resistencia hasta que sólo la ciudad permanecía intacta, como Yinchuan, cuando sirvió de refugio al rey Xi Xia. Habían encontrado vacíos los fuertes y guarniciones de los caminos, ya que los soldados Chin se habían retirado ante un ejército contra el que nunca podrían competir. Por delante de ellos avanzaba el miedo de la invasión y los extremos del control Chin se iban replegando a medida que progresaban, dejando las ciudades desiertas. Ni siquiera los enormes muros habían sido un obstáculo para las catapultas y escalas de su pueblo. Gengis había disfrutado al ver vastas secciones de muralla destruidas y convertidas en escombros mientras practicaban con sus nuevas máquinas de guerra. Sus hombres habían arrollado a los defensores en cada lugar por el que pasaban, quemando los puestos de guardia de madera con una especie de furioso rencor. Los Chin eran incapaces de rechazarlos. Todo lo que podían hacer era huir o morir.

Llegaría un día en que las cosas no serían tan sencillas, Gengis estaba seguro de ello: cuando se alzara un general que supiera comandar a los Chin, o cuando las tribus llegaran a la propia Yenking. Pero hoy no era ese día.

Xamba había caído en siete días y Wuyuan había desaparecido bajo las llamas en sólo tres. Gengis observó cómo las piedras arrojadas desde las catapultas arrancaban pedazos de la muralla de Linhe y sonrió para sí, satisfecho. El maestro de obras que sus hermanos le habían traído le había mostrado un nuevo modo de hacer la guerra y ya nunca más lo detendrían unos muros. Durante dos años, su pueblo había construido catapultas y había aprendido los secretos y debilidades de los altos muros Chin. Sus hijos habían crecido, altos y fuertes y había estado allí para presenciar la entrada en la edad adulta del mayor. Era suficiente. Ahora había regresado ante los enemigos de su pueblo con la lección bien aprendida.

Aunque estaba algo retirado de las hileras de catapultas, oía claramente el retumbar de los impactos en el aire inmóvil. Los soldados Chin del interior no se atreverían a abandonar los muros para enfrentarse a sus huestes y, si lo hacían, agradecería esa oportunidad para terminar la batalla temprano. No les serviría de nada

ahora que había plantado la tienda roja. Esquirla a esquirla, las murallas iban siendo derribadas con las piedras arrojadas por grupos de hombres sudorosos. Lian le había enseñado unos planos de una máquina aún más terrible. Gengis se la imaginó, viendo de nuevo el enorme contrapeso que Lian decía que lanzaría las rocas a una distancia de casi cien metros con una fuerza arrolladora. El maestro de obras Chin había hallado su vocación en el diseño de armas para un jefe que apreciaba su habilidad. Gengis había descubierto que comprendía los diagramas de Lian como si ese conocimiento hubiese estado en su interior desde siempre. La palabra escrita seguía siendo un misterio para él, pero la fuerza y la fricción, las palancas, los bloques de piedra y las cuerdas se dibujaban con instantánea claridad en su mente. Haría que Lian construyera su máquina gigante para atacar Yenking.

Y, sin embargo, la ciudad del emperador Chin no era como Linhe, no podrían someterla con unos cuantos proyectiles. Gengis gruñó al recordar los fosos y los inmensos muros que había descrito Lian, tan gruesos en la base como siete hombres tumbados uno detrás de otro. Las murallas de Xamba se habían desplomado sobre los túneles que habían excavado por debajo de su base, pero las torres de la fortaleza de Yenking habían sido erigidas sobre piedra y no podían socavarse así. Le haría falta algo más que catapultas para destruir la ciudad del emperador, pero disponía de otras armas, y con cada nueva victoria sus guerreros eran más diestros.

Al principio, Gengis había pensado que se resistirían a adoptar su nuevo papel de manipuladores de máquinas. Hasta entonces, su pueblo nunca había funcionado bien como infantería, pero Lian había introducido entre ellos la idea de la ingeniería y Gengis descubrió que muchos hombres comprendían la disciplina de fuerzas y de pesos. Se había mostrado complacido por contar con guerreros que sabían destruir las defensas de una ciudad y, bajo su mirada satisfecha, se habían esponjado de orgullo.

Gengis sonrió al ver caer hacia fuera una parte del muro. Tsubodai había puesto a mil hombres a trabajar ante las murallas de Linhe. El ejército principal había formado columnas en el exterior de las cuatro puertas de la ciudad, esperando para lanzarse hacia la primera brecha que vieran abrirse en el muro. Gengis vio a Tsubodai caminando a grandes zancadas entre los hombres que manejaban las distintas catapultas, dirigiendo los disparos. Todo era tan nuevo para ellos que Gengis se enorgullecía de lo bien que se habían adaptado las tribus a la situación. Ojalá su padre estuviera vivo para verlo.

En la distancia, Tsubodai ordenó que adelantaran las barricadas de madera, protegiendo a sus guerreros, que embistieron contra las piedras debilitadas con largas picas en forma de gancho. Los arqueros de la ciudad no podían disparar sin arriesgar sus propias vidas y, aun cuando lo lograban, sus flechas se clavaban en la madera, desperdiciadas.

Bajo la atenta mirada de Gengis, un grupo de defensores asomaron la cabeza y volcaron un recipiente de hierro por la cima del muro. Muchos de ellos cayeron atravesados por flechas mongolas, pero siempre había otros hombres para ocupar su

puesto. Gengis frunció el ceño al comprobar que habían logrado empapar de un líquido negro a una decena de piqueros. Los guerreros se agacharon tras su escudo de madera, pero, momentos más tarde, los soldados Chin lanzaron antorchas hacia ellos, incendiando el aceite, y el rugido de las llamas superó los gritos que lanzaban sus hombres mientras se ahogaban con los pulmones abrasados.

Gengis oyó a los guerreros que lo rodeaban jurar y maldecir. Los piqueros quemados de Tsubodai avanzaron a trompicones hacia los otros grupos, interrumpiendo el fluido ritmo del ataque. En la confusión, los arqueros Chin ensartaron a todos los que salieron de su propio escudo para proteger a sus compañeros o para poner fin a su agonía.

Tsubodai bramó nuevas órdenes y los grupos de los escudos retrocedieron lentamente, abandonando a los guerreros que se retorcían ante ellos hasta consumirse. Gengis asintió aprobador cuando las catapultas comenzaron a silbar de nuevo. Había oído hablar del aceite que ardía, aunque nunca lo había visto utilizado de esa manera. Prendía con mucha mayor velocidad que la grasa de oveja de las lámparas mongolas y decidió hacerse con unas reservas. Puede que todavía quedara algo de aceite en Linhe cuando cayera. Su mente repasó los miles de detalles que necesitaba recordar cada día hasta que sintió que le iba a estallar la cabeza.

Bajo el muro yacían los cadáveres oscuros y humeantes de sus hombres y unos lejanos vítores resonaron dentro de la ciudad. Gengis aguardaba a que Tsubodai abriera una brecha en el muro, cada vez más impaciente. La luz no duraría mucho más y, en el crepúsculo, Tsubodai tendría que ordenar a sus hombres que se replegaran.

Cuando las catapultas cantaron de nuevo, Gengis se preguntó cuántos hombres habrían perdido en el asalto. No importaba. Tsubodai comandaba a sus guerreros menos experimentados y necesitaban curtirse para la guerra. En los años que había pasado en las montañas Khenti, ocho mil muchachos más habían alcanzado la edad adulta y se habían unido a su ejército de jinetes mongoles. La mayoría de ellos cabalgaban junto a Tsubodai y se hacían llamar los Jóvenes Lobos para honrar a Gengis. Tsubodai casi le había suplicado para que les permitiera ser los primeros en el asalto de Linhe, pero Gengis ya había planeado que fueran esos jóvenes los que lideraran el ataque. Junto con su nuevo general, debían ser iniciados.

Los gritos de los heridos llegaban hasta Gengis transportados por el viento y, sin darse cuenta, golpeó rítmicamente la protección de la muñeca contra las láminas metálicas de sus muslos. Cayeron otras dos secciones del muro. Vio cómo se desplomaba una torrecilla de piedra, arrojando un grupo de arqueros casi a los pies de los jubilosos guerreros de Tsubodai. Las murallas de Linhe parecían ahora una dentadura rota y Gengis supo que el fin estaba próximo. Sus hombres acercaron al muro unas escaleras provistas de ruedas, mientras los equipos de las catapultas se retiraban por fin, agotados y triunfantes.

Gengis sintió cómo a su alrededor se enardecían los ánimos cuando los Jóvenes

Lobos de Tsubodai cargaron sobre los defensores, oscureciendo la pálida piedra gris con sus ágiles cuerpos al iniciar el ascenso. Sus mejores arqueros, hombres capaces de atravesar un huevo a cien pasos, cubrían el asalto desde abajo. Los soldados Chin que se asomaban a los muros caían hacia atrás con el cuerpo repleto de flechas temblorosas.

Gengis hizo un enérgico gesto de asentimiento para sí y tomó las riendas de su yegua para montar. El animal bufó, percibiendo su excitado estado de ánimo. Miró a derecha e izquierda, observando los parientes rostros de sus vasallos y las filas y columnas de guerreros que rodeaban la ciudad en un inmenso círculo. Había creado ejércitos dentro de ejércitos, de modo que cada uno de sus generales comandaba un tumán de diez mil hombres y actuaba de forma independiente. Arslan estaba fuera de su vista, situado con su ejército detrás de Linhe, pero Gengis podía ver el estandarte de Jelme ondeando en la brisa.

El sol caía sobre todos ellos tiñéndolos de un bruñido tono dorado y naranja, arrojando largas sombras. Gengis buscó a sus hermanos, listos para cabalgar hacia las puertas este y oeste si eran las que primero se abrían. Tanto Khasar como Kachiun estarían encantados de ser los primeros en las calles de Linhe.

A su lado, la formidable figura de Tolui, que una vez fue vasallo de Eeluk de los Lobos, sólo le mereció una ojeada fugaz, aunque Gengis notó que el guerrero se erguía lleno de orgullo. Lo rodeaban muchos viejos amigos, que respondían a su mirada con una breve inclinación de cabeza. La primera línea de la columna tenía un ancho de sólo veinte caballos, con jinetes que rondaban los treinta años de edad, como él mismo. Gengis vio cómo se echaban hacia delante en sus sillas de montar, ansiosos por atacar la ciudad, y su pecho se colmó de optimismo y confianza.

De una docena de puntos en el interior de Linhe se elevaban girantes volutas de humo semejantes a los signos distantes de una tormenta en las estepas. Gengis observaba y esperaba con las manos temblando ligeramente por la tensión.

—¿Me permites bendecirte, gran khan? —dijo una voz que conocía, interrumpiendo sus pensamientos. Gengis se volvió e hizo un gesto de aproximarse a su chamán personal, el primero entre los hombres que caminaba por los senderos de la oscuridad. Kokchu se había deshecho de los andrajos que vestía en la época en que servía al khan naimano. Ahora llevaba una túnica de seda azul oscuro, sujeta con un fajín dorado. En las muñecas llevaba unas tiras de cuero de las que pendían como adorno algunas monedas Chin, que tintinearón cuando levantó los brazos ante Gengis. Éste inclinó la cabeza con expresión neutra, notando el frío tacto de la sangre de oveja con la que Kokchu le dibujó unas líneas en las mejillas. Sintió cómo le invadía una oleada de calma y mantuvo la cabeza gacha mientras Kokchu recitaba una oración a la madre tierra.

—Recibiré agradecida la sangre que derrames sobre ella, mi señor tanto como si las propias lluvias se tiñeran de rojo.

Gengis dejó salir una bocanada de aire con suavidad, complacido al percibir el

terror en los hombres que lo rodeaban. Todos y cada uno de ellos eran guerreros desde su nacimiento, habían sido curtidos en el fuego y la batalla desde los primeros años de vida, pero seguían enmudeciendo y abandonando sus chácharas cada vez que Kokchu se presentaba entre ellos. Gengis había notado cómo el temor hacia él se incrementaba y lo había utilizado para disciplinar a las tribus, otorgando poder a Kokchu con su auspicio.

—¿Debo ordenar que desmantelen la tienda roja, mi señor? —preguntó Kokchu—. Se está poniendo el sol y la tela negra está lista para sustituirla.

Gengis se detuvo a considerarlo. Había sido el propio Kokchu el que sugirió ese método para sembrar el terror en las ciudades de los Chin. El primer día, se plantaba una tienda blanca en el exterior de sus murallas para mostrar con su mera presencia que no había soldados que pudieran salvarlos. Si no abrían las puertas al atardecer al amanecer se levantaba la tienda roja y Gengis transmitía así la promesa de que todos los hombres de la ciudad morirían sin excepción. Al tercer día, una tienda negra significaba que habría muerte sin fin, sin piedad, para todo ser vivo que encontraran tras las murallas.

Las ciudades del este aprenderían la lección y Gengis se preguntó si se rendirían antes así, como afirmaba Kokchu. El chamán sabía cómo emplear el miedo. Sería difícil impedir que los hombres saquearan con tanta ferocidad a los que se entregaban como a los que se resistían, pero la idea le gustaba. La velocidad era clave y si las ciudades caían sin luchar, podría avanzar aún más deprisa. Inclino la cabeza ante el chamán, honrándolo con su gesto.

—El día aún no ha terminado, Kokchu. Las mujeres vivirán sin sus maridos. Las que sean demasiado viejas o feas para nosotros harán correr la voz sobre nuestra fuerza y el miedo se propagará por sus tierras.

—Como deseas, mi señor —dijo Kokchu, con ojos brillantes. Gengis sintió que sus propios sentidos se reanimaban. Necesitaba hombres inteligentes a su lado si quería recorrer los caminos que su imaginación le trazaba.

—¡Mi señor khan! —exclamó un oficial, llamándolo. Gengis giró la cabeza de inmediato y vio que la puerta norte se abría bajo la embestida de los jóvenes guerreros de Tsubodai. Los defensores seguían luchando y observó cómo caían varios hombres de Tsubodai mientras se esforzaban por mantener la ventaja obtenida. Por un lado vio entrar al galope en su campo de visión a los diez mil de Khasar y comprendió que la ciudad se había abierto al menos en dos puntos. Kachiun seguía inmóvil en la puerta este y tenía que contentarse con observar con frustración cómo sus hermanos avanzaban con sus tropas.

—¡Adelante! —bramó Gengis, clavando sus talones en los flancos de su montura. Al sentir el viento en el rostro, recordó las carreras por las estepas de su hogar en días distantes. Alzó con esfuerzo una larga lanza de madera de abedul en la mano derecha, otra innovación. Sólo algunos de los hombres más fuertes habían empezado a entrenar con ellas, pero la moda se estaba extendiendo entre las tribus. Con la punta

levantada, Gengis se lanzó con un rugido hacia la ciudad rodeado de sus leales guerreros.

Habría otras ciudades, lo sabía, pero esas primeras plazas serían siempre las más dulces en su memoria. A galope tendido, atravesó enardecido junto a sus hombres las puertas de Linhe, derribando a su paso a los defensores Chin, cuyos cadáveres quedaron desperdigados en el suelo como hojas ensangrentadas.

Temuge atravesó la noche, oscura como boca de lobo, en dirección a la ger de Kokchu. Desde la puerta, oyó el sonido ahogado de un llanto proveniente del interior; pero no se detuvo. No había luna en el cielo y Kokchu le había dicho que era en ese momento cuando tendría más fuerza y capacidad para aprender. A lo lejos, las hogueras seguían ardiendo en la cáscara destripada de Linhe, pero el campamento estaba en silencio después de la destrucción.

Cerca de la tienda del chamán había otra, tan baja y achaparrada que Temuge tuvo que ponerse de rodillas para entrar. Una única lámpara cubierta arrojaba un pálido resplandor y el aire estaba cargado de gases, lo que hizo que Temuge se mareara tras respirar allí apenas unos segundos. Kokchu estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un suelo de arrugada seda negra. Todos los objetos del interior habían sido regalos de Gengis y Temuge sintió que la envidia se mezclaba con el miedo que despertaba en él aquel hombre.

Le habían llamado y había acudido. Su papel no era hacer preguntas y cuando se sentó y cruzó las piernas frente al chamán, vio que Kokchu tenía los ojos cerrados y que su respiración no era más que un leve murmullo en su pecho. Temuge se estremeció en aquel ominoso silencio, imaginando oscuros espíritus flotando en el humo que llenaba sus pulmones. Procedía del incienso que ardía en un par de platillos de latón y se preguntó de qué ciudad habrían sido robados. Las tiendas de su pueblo exhibían objetos extraños en esos días sangrientos y pocos eran capaces de identificarlos todos.

Una nube demasiado densa de humo penetró en la garganta de Temuge haciéndole toser. Vio que una sacudida atravesaba el pecho desnudo de Kokchu y sus ojos se abrieron sin expresión, mirándolo sin verlo. Cuando enfocó de nuevo la mirada, el chamán le sonrió con los ojos ocultos bajo una oscura sombra.

—No has venido a mí durante todo un ciclo lunar —dijo Kokchu, con la voz enronquecida por el humo.

Temuge retiró la mirada.

—Estaba inquieto. Algunas de las cosas que me dijiste eran... perturbadoras.

Kokchu soltó una risita, una tos seca en su garganta.

—Así como los niños recelan de la oscuridad, los hombres recelan del poder. Los tiente y a la vez los consume. Nunca es un juego que se deba practicar con ligereza.
—Posó su mirada en Temuge hasta que el joven alzó la cabeza con el rostro crispado.

Los ojos fijos de Kokchu despedían un brillo de una extraña intensidad, y Temuge pensó que tenía las pupilas más grandes y oscuras que nunca.

—¿Para qué has venido esta noche —murmuró Kokchu—, sino para sumergir tus manos en la oscuridad una vez más?

Temuge respiró hondo. El humo ya no parecía irritarle los pulmones y se sintió exaltado, casi seguro de sí.

—He oído decir que identificaste a un traidor mientras yo estaba en Baotou. Mi hermano el khan me lo ha contado. Me dijo que le maravilló la forma en la que sacaste a aquel hombre de la hilera de guerreros arrodillados.

—Muchas cosas han cambiado desde entonces —dijo Kokchu encogiéndose de hombros—. Pude oler la culpa, hijo mío. Es algo que podrías aprender. —Kokchu hizo acopio de voluntad para mantener la concentración de sus pensamientos. Estaba habituado al humo y podía inhalar mucho más que su joven acompañante sin sentir su efecto, pero aun así veía destellos de luz en los bordes de su campo de visión.

Temuge sintió cómo se disolvían todas sus preocupaciones en la compañía de aquel extraño hombre que olía a sangre a pesar de sus nuevas prendas de seda. Las palabras salieron como un torrente de su boca, inconsciente de que estaba farfullando.

—Gengis dijo que habías puesto tu mano sobre el traidor y que habló en la lengua más antigua del mundo —susurró Temuge—. Dijo que el hombre gritó y murió delante de todos sin que tuviera herida alguna.

—¿Y te gustaría poder hacer lo mismo, Temuge? No hay nadie más aquí y conmigo no debes sentir vergüenza. Pronuncia las palabras. ¿Es eso lo que quieres?

Temuge se encorvó ligeramente y dejó caer las manos al suelo cubierto de seda sintiéndola resbalar entre sus dedos con una nitidez extraordinaria.

—Es lo que quiero.

La sonrisa de Kokchu se amplió al oírle y dejó a la vista sus encías oscurecidas. No conocía la identidad del traidor y ni siquiera sabía si había habido un traidor entre aquellos hombres. La mano que había apoyado en el cuero cabelludo ocultaba dos minúsculos colmillos y una bolsa de veneno cubierta de cera. Cazar a la malvada y diminuta víbora que buscaba le había llevado muchas noches, y se arriesgó incluso a que la pequeña bestia lo mordiera a él. Comenzó a reírse otra vez al recordar el terror y la admiración en el rostro del khan cuando la víctima se retorció con sólo rozarlo. La cara del moribundo estaba casi negra hacia el final, pero las dos marcas gemelas de sangre estaban bien tapadas bajo su pelo. Kokchu lo había elegido debido a la joven Chin que había tomado por esposa. La muchacha había excitado la lujuria del chamán al pasar junto a su tienda cuando iba a por agua, pero luego lo había rechazado, como si fuera una de su pueblo y no una esclava. Se rió con más fuerza al recordar que había visto en los ojos del marido que había comprendido su elección justo antes de que la muerte se llevara ese pensamiento junto con todo lo demás. A partir de ese momento, Kokchu había sido temido y honrado en el campamento. Ninguno de los demás chamanes de las tribus osaba cuestionar su posición, no

después de tal exhibición de poder. No experimentaba ningún sentimiento de culpa por haberlos engañado. Su destino era estar al lado del khan de la nación cuando éste triunfara sobre sus enemigos. Si tenía que matar a mil hombres para lograrlo, consideraría que era un precio que merecía la pena pagar.

Vio que Temuge tenía los ojos vidriosos debido al asfixiante humo que llenaba la tienda. Kokchu cerró la mandíbula, haciendo a un lado su regocijo. Necesitaba tener la mente clara para convertir al joven en su prisionero, atando su voluntad con unos lazos tan resistentes que nunca más pudiera liberarse.

Lentamente, Kokchu alargó la mano hacia la pequeña vasija de pasta negra y espesa que tenía a su lado y levantó un dedo en el que se reconocían algunas semillas diminutas mezcladas con aquella pasta reluciente. Lo dirigió a Temuge y, tras abrirle la boca sin encontrar resistencia, le untó la lengua con ella.

Tenía un sabor amargo y Temuge se atragantó, pero antes de que pudiera escupir, sintió una extraña insensibilidad extendiéndose velozmente por sus miembros. Oyó voces susurrantes a su espalda y giró bruscamente la cabeza a un lado y a otro con los ojos vidriosos, buscando el origen del sonido.

—Sueña los más oscuros sueños, Temuge —dijo Kokchu, satisfecho—. Yo te guiaré. O no, todavía mejor. Te daré los míos.

Había rayado el alba antes de que Kokchu saliera tambaleándose de su ger con un sudor ácido impregnando su túnica. Temuge estaba inconsciente sobre el suelo de seda y seguiría dormido durante la mayor parte del día que acababa de comenzar. El propio Kokchu no había llegado a probar la pasta, no había querido arriesgarse a balbucear ante Temuge, porque no estaba del todo seguro de cuánto recordaría el joven al despertar. No deseaba ponerse en manos del otro, no ahora que el futuro le sonreía. Inhaló hondas bocanadas de aire helado y sintió cómo la cabeza se le despejaba del aturdimiento provocado por el humo. Podía percibir su olor dulce brotando de sus poros y se rió para sí mientras regresaba a su tienda y abría la puerta de un golpe.

La joven Chin estaba arrodillada donde la había dejado, en el suelo junto a la estufa. Era increíblemente hermosa, pálida y delicada. Sintió que su deseo por ella se inflamaba de nuevo y se maravilló por su propia energía. Tal vez fueran los restos del humo en sus pulmones.

—¿Cuántas veces me has desobedecido y te has levantado? —preguntó en tono autoritario.

—No, no te he desobedecido —respondió ella, temblando visiblemente.

Kokchu alargó la mano para alzarle la barbilla, pero las manos se le resbalaron con torpeza del rostro de la mujer y se encolerizó. El gesto se transformó en un golpe que la tiró de espaldas.

El chamán jadeó mientras ella se incorporaba con dificultad y se volvía a

arrodillar. Justo cuando el chamán se estaba desatando el fajín de su deel, la joven levantó la cabeza. Tenía sangre en la boca y Kokchu notó que su labio inferior había empezado a hincharse, lo que excitó tremendamente su deseo.

—¿Por qué me haces daño? ¿Qué más quieres? —le preguntó ella con los ojos brillantes de lágrimas.

—Poder sobre ti, pequeña —contestó, sonriendo—. ¿Qué otra cosa quiere un hombre sino eso? Está en la sangre de todos nosotros. Si pudiéramos, todos seríamos tiranos.

XVII

Yenking, la ciudad del emperador, se quedó en silencio en las horas que precedían el amanecer aunque más por un exceso de comida y bebida en el Festival de los Faroles que porque sus habitantes temieran al ejército mongol. Cuando se puso el sol, el emperador Wei se subió a una plataforma para que la muchedumbre que se agolpaba a su alrededor pudiera verlo, y mil bailarines habían creado un estruendo capaz de despertar a los muertos con címbalos y cuernos. Se había encaramado a ella con los pies desnudos, mostrando su humildad ante el pueblo, mientras millones de voces repetían «¡Diez mil años! ¡Diez mil años!», y el clamor había atravesado como una ola toda la ciudad. En el Festival de los Faroles la noche quedaba desterrada: la ciudad relucía como una joya, con una miríada de llamas iluminando faroles fabricados con cuerno cocido o cristal. Incluso los tres grandes lagos estaban iluminados y sus negras superficies estaban cubiertas de pequeños botes, cada uno de los cuales llevaba una antorcha. La esclusa del gran canal, que se extendía a lo largo de tres mil li hasta la ciudad meridional de Hangzhou, estaba abierta y los botes atravesaban la noche deslizándose por sus aguas como un río de fuego, llevando la luz consigo. Mientras soportaba el ruido y el humo de los fuegos artificiales que estallaban y resonaban contra los grandes muros, el joven pensó que le agradaba ese simbolismo. Había tantos cohetes que toda la ciudad estaba cubierta en el blanco humo de la pólvora y el mismo aire tenía un sabor amargo. Muchos niños serían engendrados esa noche, ya fuera por la fuerza o por placer. Habría más de cien asesinatos y los propios lagos acogerían a docenas de borrachos en sus oscuras profundidades, ahogados mientras intentaban cruzarlos a nado. Pasaba lo mismo todos los años.

El emperador había sufrido durante los cánticos de adoración, sacudido por el clamor elevado en su nombre que se escuchaba a todo lo largo de las murallas y más allá. Incluso los mendigos, los esclavos y las putas lo aclamaban ese día y encendían sus destartaladas casas gastando para ello su precioso aceite. Lo soportó todo, aunque, a veces, la mirada que posaba sobre sus cabezas era distante y fría mientras planeaba aplastar al ejército que había osado penetrar en sus tierras.

Los campesinos no sabían nada de la amenaza y ni siquiera los vendedores de noticias tenían demasiada información. El emperador Wei se había ocupado de que los chismosos guardaran silencio y, aunque su arresto había preocupado a aquellos que estaban atentos a ese tipo de gestos, el festival había proseguido con su habitual entusiasmo, un festejo desenfrenado de bebida y luz y bullicio. Los borrachos y los danzarines hicieron pensar al emperador en gusanos retornándose dentro de un cadáver. Mientras ellos celebraban llenos de alegría, sus mensajeros imperiales le habían entregado noticias desalentadoras. Más allá de las montañas, las ciudades estaban en llamas.

Cuando el amanecer encendió el horizonte, los gritos y los cánticos se

extinguieron finalmente en las calles, devolviéndole la paz. El último de los pequeños botes de madera iluminados había desaparecido en dirección al campo y sólo se oían unos cuantos petardos retumbando en la distancia. El emperador Wei se había recogido en sus habitaciones privadas y estaba contemplando el paisaje del calmado y oscuro corazón del lago Songhai, rodeado de cientos de grandiosas mansiones. Los más poderosos de sus nobles se agrupaban en torno a la masa central de sus negras aguas, a la vista del hombre de quien procedía su poder. Podía nombrar a todos los miembros de las familias de alta alcurnia, que luchaban y se esforzaban como abejas enjoradas por hacerse con la administración de su imperio del norte.

El humo y el caos del festival se evaporó como la niebla matutina sobre los lagos. Ante aquella escena de antigua belleza, era difícil asimilar la amenaza del oeste. Y, sin embargo, habría guerra y el joven deseó que su padre siguiera vivo. El anciano había dedicado su vida a aplastar el más mínimo síntoma de desobediencia en los rincones más remotos del imperio e incluso más allá. El emperador Wei había aprendido mucho a su lado, pero era muy consciente de que la posición era absolutamente nueva para él. Ya había perdido varias ciudades que habían pertenecido a las tierras Chin desde el gran cisma que dividió el imperio en dos mitades trescientos siglos atrás. Sus antepasados habían conocido la época dorada, mientras que él tenía pocas posibilidades de devolver al imperio su antigua gloria.

Sonrió irónicamente al imaginarse cómo habría reaccionado su padre al enterarse de que las hordas mongolas habían entrado en las tierras de su familia. Habría recorrido los pasillos del palacio preso de furia, empujando a los esclavos para que se apartaran de su paso, mientras convocaba al ejército. Su padre nunca había perdido una batalla y su seguridad en la victoria habría levantado los ánimos de todos.

El emperador Wei despertó sobresaltado de su ensoñación cuando alguien carraspeó suavemente a sus espaldas. Se volvió desde la alta ventana y vio a su primer ministro haciendo una reverencia hasta el suelo.

—Su majestad imperial, el general Zhi Zhong está aquí como pidió.

—Hazlo pasar y asegúrate de que nadie nos molesta —respondió el emperador alejándose del hermoso amanecer y tomando asiento. Echó un vistazo a sus habitaciones privadas, comprobando que no había nada fuera de lugar. Su escritorio estaba libre del revoltijo de mapas y papeles, y ocultó cuidadosamente su ira mientras aguardaba al hombre que le libraría de las tribus. No pudo evitar pensar en el rey Xi Xia y la carta que le había enviado hacía tres años. Avergonzado, recordó la maldad que destilaban sus palabras y el placer que había sentido enviándolas. ¿Quién podía saber que la amenaza mongola era algo más que un puñado de guerreros vociferantes? Su pueblo nunca había temido a aquellas tribus, que podían ser masacradas cada vez que se producía alguna agitación en su seno. El emperador Wei se mordió la cara interior del labio mientras reflexionaba sobre el futuro. Si no podía derrotarlos con rapidez, tendría que sobornar a los tártaros para que atacaran a sus antiguos enemigos. El oro Chin podía comprar tantas batallas como arcos y lanzas.

Recordó las palabras de su padre con afecto y una vez más deseó que estuviera allí para darle consejo.

El general Zhi Zhong era un hombre de inmensa presencia física, con la constitución de un luchador. Llevaba perfectamente afeitada y aceitada la poderosa cabeza, que relució cuando hizo una reverencia ante él. El emperador Wei sintió que su cuerpo se enderezaba automáticamente al verlo entrar el legado de muchas horas en el campo de entrenamiento. Le tranquilizó ver de nuevo esa mirada feroz y esa inmensa cabeza, a pesar de lo que le había hecho temblar cuando sólo era un muchacho.

Cuando Zhi Zhong se levantó, el emperador descubrió que su mirada tenía un brillo asesino y volvió a sentirse como un niño. Se esforzó por mantener la voz firme mientras hablaba. Un emperador no podía mostrar debilidad.

—Están viniendo hacia aquí, general. He leído los informes.

Zhi Zhong sopesó al joven de piel tersa que tenía ante sí y deseó que el que estuviera allí fuera su padre. El anciano ya habría actuado, pero la rueda de la vida se lo había llevado y éste era el chico con el que tenía que tratar. El general apretó ambos puños, y se puso muy derecho ante él.

—No tienen más de sesenta y cinco mil guerreros, majestad imperial. Su caballería es excelente y todos son arqueros de extraordinaria destreza. Además, han aprendido el arte del asedio y poseen armas de gran potencia. Han alcanzado un nivel de disciplina que nunca había visto en mis previos encuentros con ellos.

—¡No me hables de sus habilidades! —espetó el joven emperador—. Dime más bien cómo los aplastaremos.

El general Zhi Zhong no reaccionó ante la aspereza del tono. Su silencio era crítica suficiente y el emperador tuvo que animarle con un gesto a que continuara, con un rubor coloreando sus pálidas mejillas.

—Para derrotar al enemigo, tenemos que conocerlo, mi señor, Hijo del Cielo —pronunció el título para ayudarlo a mantener el control, para que el emperador no se olvidara de su estatus en una época de crisis.

El general Zhi Zhong esperó a que el emperador hubiera frenado el temblor de su boca y hubiera dominado su miedo. Por fin, continuó.

—En el pasado habría buscado debilidades en su alianza pero no creo que esa táctica funcione en este caso.

—¿Por qué no? —exclamó Wei. ¿Es que aquel hombre no pensaba decirle cómo derrotar a las tribus? De niño, había soportado muchos sermones del canoso general y parecía que no se iba a librar de ellos ni ahora que tenía un imperio a sus pies.

—Ninguna fuerza mongola había superado antes el muro exterior. Todo lo que podían hacer era aullar frente a la muralla. —Se encogió de hombros—. No es la barrera que una vez fue y estos mongoles no han sido rechazados por una fuerza superior como habría sucedido en el pasado. En consecuencia, se han vuelto más audaces. —Hizo una pausa, pero su emperador no volvió a hablar. La mirada hostil

del general perdió parte de su fiereza. Quizá el muchacho estaba empezando a comprender cuándo mantener la boca cerrada—. Hemos torturado a sus exploradores, majestad imperial. Más de una docena en los últimos días. Hemos perdido algunos hombres para conseguir traerlos vivos, pero ha merecido la pena para conocer al enemigo. —El general frunció el ceño al recordarlo—. Están unidos. No puedo predecir si la alianza se desmoronará con el tiempo, pero al menos este año son fuertes. Tienen ingenieros, algo que nunca pensé que vería. Y aún hay algo más: la riqueza Xi Xia los respalda. —El general se detuvo y su rostro reflejó el desprecio que le merecían sus antiguos aliados—. Será un placer para mí llevar el ejército al valle de los Xi Xia, majestad imperial, cuando hayamos terminado aquí.

—Los exploradores, general —le urgió el emperador Wei, con creciente impaciencia.

—Hablan de ese Gengis como de un elegido de los dioses —continuó el general—. No pude encontrar entre sus filas ni rastro de algún grupo que no lo apoyara por completo, pero no abandonaré la búsqueda. Ya he conseguido persuadirlos antes con promesas de poder y riqueza.

—Dime cómo piensas vencerlos, general —exclamó el emperador Wei—, o encontraré a otro que lo haga.

Ante esas palabras, la boca de Zhi Zhong se convirtió en una delgada línea en su rostro.

—Puesto que la muralla exterior está rota, no podemos defender las ciudades alrededor del río Amarillo, señor —contestó—. Esa zona es demasiado plana y en ese terreno tienen todas las ventajas. Su majestad imperial debe reconciliarse con la idea de perder esas ciudades y replegar a nuestros hombres.

El emperador Wei meneó la cabeza con frustración, pero el general insistió.

—No debemos permitir que sea él quien elija las batallas. Linhe caerá como Xamba y Wuyuan han caído. Baotou, Hohhot, Jining, Xicheng... todas están en su camino. No podemos salvar esas ciudades, sólo vengarlas.

El emperador Wei se puso en pie, furioso.

—¡Las rutas comerciales quedarán cortadas y nuestros enemigos sabrán que somos débiles! Te he hecho llamar para que me digas cómo salvar las tierras que he heredado, no para presenciar cómo son arrasadas junto a mí.

—No podemos salvarlas, majestad imperial —afirmó Zhi Zhong con firmeza—. Yo también lloraré por los muertos cuando esto termine. Viajaré a todas esas ciudades y me embadurnaré la piel con sus cenizas y haré ofrendas como expiación. Pero las perderemos. He dado órdenes de retirar a nuestros soldados de todas esas plazas. Servirán mejor aquí a su majestad imperial.

El joven emperador se quedó sin habla. Su mano derecha agitaba nerviosamente el forro de su túnica. Con un inmenso esfuerzo de voluntad, consiguió calmarse.

—Mide tus palabras cuando hables conmigo, general. Necesito una victoria y si me dices una vez más que tengo que renunciar a las tierras de mi padre, ordenaré que

te corten la cabeza ahora mismo.

El general sostuvo la airada mirada del emperador. No vio en él ninguna huella de la debilidad que había percibido en el pasado. Durante un instante, le recordó a su padre, y eso le agradó. Tal vez la guerra haría que la fortaleza de su linaje saliera a la superficie como ninguna otra cosa lo había hecho hasta el momento.

—Puedo reunir casi doscientos mil soldados para combatir contra ellos, majestad imperial. El imperio sufrirá hambrunas al desviar las reservas y provisiones hacia el ejército, pero la guardia imperial mantendrá el orden en Yenking. Nosotros elegiremos el campo de batalla, un terreno en el que los jinetes mongoles no puedan arrollarnos. Juro ante el Hijo de los Cielos por la memoria del propio Lao Tse que los destruiré completamente. He entrenado personalmente a muchos de nuestros oficiales y puedo afirmar ante su majestad que no fallarán.

El emperador alzó una mano para hacer pasar a un esclavo que aguardaba en la puerta y aceptó el vaso de agua fresca que le ofrecía. No le preguntó al general si deseaba beber algo, ni siquiera se le pasó por la cabeza, aunque era tres veces mayor que él y la mañana era calurosa. El agua de la Fuente de Jade era sólo para la familia imperial.

—Eso es lo que quería oír —dijo, agradecido, y bebió un trago de agua—. ¿Dónde tendrá lugar la batalla?

—Cuando las ciudades hayan caído, avanzarán hacia Yenking. Sabrán que esta ciudad es la residencia del emperador y se dirigirán hacia aquí. Los detendré en la cadena montañosa que se eleva en el oeste, en el paso de Yuhung, el que ellos llaman «la Boca del Tejón». Es suficientemente estrecho como para obstaculizar el paso de sus caballos y conseguiremos acabar con todos ellos. Nunca llegarán a esta ciudad, lo juro.

—No podrían tomar Yenking, aunque fracasaras —contestó el emperador, con seguridad. El general Zhi Zhong lo miró, preguntándose si habría salido alguna vez de la ciudad en la que había nacido. El general carraspeó suavemente.

—No habrá ocasión de comprobarlo. Los destruiré allí y, cuando el invierno haya concluido, viajaré a su patria y borraré de la faz de la tierra hasta el último de sus vástagos. Nunca se recuperarán de ese ataque.

El emperador sintió que recobraba el optimismo al oír esas palabras. No tendría que presentarse avergonzado ante su padre en la tierra de los muertos. No tendría que expiar su fracaso. Por un instante, volvió a pensar en las ciudades que conquistarían los mongoles, imaginándose una visión de sangre y llamas. La desterró con esfuerzo de su mente y tomó otro sorbo de agua. Las reconstruiría. Cuando el último de esos mongoles hubiera sido descuartizado, o clavado en uno de los árboles de su imperio, reconstruiría esas ciudades y su pueblo sabría que el emperador aún era poderoso, aún era bienamado por los cielos.

—Mi padre dijo que siempre habías caído como un martillo sobre sus enemigos —añadió el emperador, y su cambio de humor había suavizado su tono de voz.

Alargó la mano y agarró el hombro de Zhi Zhong, cubierto por una sólida armadura —. Recuerda las ciudades perdidas cuando tengas por fin la oportunidad de hacerlos sufrir. En mi nombre, págales con su misma moneda.

—Como desee su majestad imperial —respondió Zhi Zhong, haciendo una profunda reverencia.

Ho Sa caminaba a través del vasto campamento perdido en sus pensamientos. Durante casi tres años, su rey le había dejado en manos del khan mongol y había veces en las que tenía que esforzarse para recordar al oficial Xi Xia que había sido. En parte, eso se debía a que los mongoles lo aceptaban sin reparos. Khasar parecía sentir simpatía por él y Ho Sa pasaba muchas noches bebiendo airag en su ger, servido por sus dos esposas Chin. Sonrió con gesto irónico mientras avanzaba. Habían sido noches excelentes. Khasar era un hombre generoso y no le importaba prestarle sus mujeres a un amigo.

Ho Sa se detuvo un momento a inspeccionar un haz de flechas nuevas, apilado junto a otros cientos de haces bajo una rígida estructura de cuero y palos. Eran perfectas, como esperaba. Aunque los mongoles se mofaban de las normas que él había tenido que obedecer en el reino Xi Xia, trataban sus arcos como a un hijo y sólo se ciaban por satisfechos con la máxima calidad.

Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que le gustaban las tribus, aunque todavía añoraba el té de su hogar, tan distinto de la porquería salada que bebían los mongoles para protegerse del frío. ¡El frío! Ho Sa nunca había vivido un invierno tan duro como ese primer invierno en las estepas. Había seguido todos los consejos que le habían dado para mantenerse con vida y, aun así, había sufrido terriblemente. Meneó la cabeza al recordarlo y se preguntó qué haría cuando su rey le hiciera llamar para que regresara a su patria, lo que sin duda sucedería algún día. ¿Se marcharía? Gengis lo había ascendido poniéndole al mando de cien hombres bajo las órdenes de Khasar, y Ho Sa estaba disfrutando de la camaradería del grupo de oficiales. Todos ellos podrían haber sido comandantes en el reino Xi Xia, estaba seguro. Gengis no habría ascendido a ningún necio y Ho Sa se sentía orgulloso de su promoción. Cabalgaba en el ejército más grande del mundo, como guerrero y como líder. Ser depositario de confianza no era una cuestión fútil para un hombre.

La ger de la segunda esposa del khan era diferente de todas las demás tiendas del inmenso campamento. Las paredes estaban recubiertas de seda Chin y, cuando Ho Sa entró, el aroma de jazmín le sorprendió una vez más. No tenía ni idea de cómo había logrado conseguirlo Chakahai, pero en los años que había estado fuera de su hogar no se había quedado de brazos cruzados. Sabía que otras esposas Xi Xia y Chin se reunían en su ger con regularidad. Cuando uno de los maridos se lo prohibió a su mujer, Chakahai se atrevió a plantear el problema a Gengis. El khan no había hecho nada, pero a partir de entonces la esposa Chin había sido libre para visitar a la

princesa Xi Xia. Sólo había sido necesaria una palabra en el lugar adecuado.

Ho Sa sonrió al inclinarse ante ella, aceptando que las manos de las dos muchachas Chin le tomaran por los hombros para quitarle la túnica exterior. Incluso eso era algo nuevo. Los mongoles se vestían sólo para protegerse del frío y no se paraban a pensar en lo que era correcto o no.

—Bienvenido a mi hogar; paisano —dijo Chakahai, inclinándose a su vez—. Me alegro de que estés aquí. —Habló en lengua Chin, pero el acento era el del hogar de Ho Sa. El guerrero suspiró al oír aquellos tonos, sabiendo que Chakahai lo hacía para complacerlo.

—Eres la hija de mi rey, la esposa de mi khan —contestó—. Soy tu siervo.

—Eso está bien, Ho Sa —contestó— pero también somos amigos, espero.

Ho Sa volvió a hacer una reverencia, más profunda que la anterior. Cuando se enderezó tomó el recipiente de té verde oscuro que le ofrecieron e inhaló su aroma con gusto.

—Claro que lo somos, pero ¿qué es esto? No he olido... —volvió a inhalar hondo, haciendo que el cálido olor llegara a sus pulmones. Entonces le invadió la nostalgia de su hogar y la fuerza de su añoranza hizo que se tambalara.

—Mi padre envía un poco con su tributo todos los años, Ho Sa. Las tribus han dejado que se quede seco, aunque ésta es la tanda más fresca.

Ho Sa se sentó con cuidado, sosteniendo el tazón contra el pecho mientras bebía.

—Has sido muy amable al pensar en mí; —No la presionó, pero no sabía por qué le había hecho llamar ese día. Era consciente de que no podían pasar demasiado tiempo juntos. A pesar de que hubiera sido natural que dos Xi Xia se buscaran, un hombre no visitaba a la mujer de un khan si no existía alguna razón para ello. En dos años, se habían encontrado apenas media docena de veces.

Antes de que ella tuviera ocasión de responder entró otro hombre en la tienda. Yao Shu entrelazó sus manos y se inclinó ante la dama. Ho Sa observó divertido que el monje también recibía un tazón de auténtico té y suspiraba encantado al percibir su aroma. Sólo cuando Yao Shu finalizó la ceremonia de saludo, Ho Sa frunció el ceño. Si era peligroso reunirse en privado con la esposa de un khan, aún más peligroso era ser acusado de conspiración. Su preocupación aumentó cuando las dos pequeñas esclavas inclinaron la cabeza y salieron dejándolos a los tres solos. Ho Sa empezó a ponerse de pie, sin acordarse ya del té.

Chakahai le puso una mano en el hombro para sujetarlo, de modo que no podía moverse sin obligarla a soltarlo, así que se volvió a sentar, incómodo, y ella lo miró a los ojos. Los ojos de Chakahai destacaban grandes y oscuros en su pálida tez. Era hermosa y a su alrededor no había rastro de la rancia grasa de oveja de los mongoles. Ho Sa no pudo evitar que un leve escalofrío le recorriera la espina dorsal al sentir el roce de sus frescos dedos sobre la piel.

—Te he pedido que vinieras, Ho Sa. Eres mi huésped y sería un insulto que te marcharas, ¿no? Dímelo, todavía no comprendo del todo los modales que

corresponde mostrar en una ger. —Era una reprimenda además de una mentira. Comprendía perfectamente las sutilezas del estatus mongol. Ho Sa se recordó a sí mismo que aquella mujer había crecido siendo sólo una de las numerosas hijas de su rey. A pesar de su belleza, no era inocente respecto a los asuntos de la corte. Se echó hacia atrás y se obligó a beber un sorbo de té—. Aquí nadie puede oírnos —dijo Chakahai con ligereza, incrementando su agitación—. Tienes miedo de estar participando en una conspiración, Ho Sa, pero no se trata en absoluto de eso. Soy la segunda esposa del khan, la madre de uno de sus hijos y de su única hija. Tú eres un oficial de su confianza y Yao Shu ha sido el tutor de los otros hijos de mi marido en habilidades lingüísticas y marciales. Nadie se atrevería a propagar ningún rumor sobre ninguno de nosotros. Si lo hicieran, haría que les cortaran la lengua.

Ho Sa miró a la cara a la delicada joven que era capaz de pronunciar una amenaza así. No sabía si tenía poder para hacer algo así. ¿Cuántas amistades había cultivado en este campamento con su estatus? ¿Cuántos esclavos Chin y Xi Xia? Era posible. Se obligó a sí mismo a sonreír, aunque había frialdad en su interior.

—Bien, entonces, aquí estamos. Tres amigos, bebiendo té. Me acabaré mi taza, majestad, y luego me marcharé.

Chakahai suspiró y su expresión se suavizó. Para estupefacción de ambos hombres, brillantes lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Tengo que estar siempre sola? ¿Tenéis que sospechar de mí incluso vosotros? —susurró, haciendo un obvio esfuerzo por controlarse. Ho Sa nunca alargaría la mano hacia un miembro de la corte Xi Xia, pero a Yao Shu no le paralizaba esa inhibición. El monje le puso un brazo alrededor de los hombros y dejó que la princesa apoyara la cabeza en su pecho.

—No estás sola —dijo Ho Sa con suavidad—. Entiendes que tu padre me ha puesto al servicio de tu marido. Por un momento, pensé que tal vez pretendías conspirar contra él. ¿Por qué si no nos convocarías aquí y mandarías a las niñas que se retiraran?

La princesa de los Xi Xia se incorporó y colocó un mechón de cabello en su lugar. Ho Sa tragó saliva, impresionado por su belleza.

—Eres el único hombre de mi hogar en este campamento —replicó—. Yao Shu es el único Chin que no es un soldado. —Sus lágrimas parecían haber desaparecido definitivamente y su voz se iba fortaleciendo a medida que hablaba—. No traicionaré a mi marido, Ho Sa, ni por ti ni por mil como tú. Pero tengo niños y son las mujeres las que deben pensar en el porvenir. ¿Nos quedaremos los tres tranquilamente sentados observando cómo es arrasado el Imperio Chin? ¿Contemplaremos cómo es destruida la civilización sin decir nada? —Se volvió hacia Yao Shu que la escuchaba con mucha atención—. ¿Qué le sucedería a tu budismo, amigo mío? ¿Permitirás que sea arrollado por los cascos de los caballos de estas tribus?

Al oír esas palabras, Yao Shu habló por primera vez, con expresión preocupada.

—Si mis creencias pudieran arder señora, no confiaría en ellas, ni viviría de

acuerdo con ellas. Sobrevivirán esta guerra contra los Chin, aunque los propios Chin no sobrevivan. Los hombres luchan para llegar a ser emperadores o reyes, pero éstos son sólo nombres. No importa qué hombre ostenta esos nombres. Los campos seguirán necesitando que los labren. Los pueblos seguirán llenos de vicio y corrupción. —Se encogió de hombros—. Ningún hombre puede saber qué nos deparará el futuro. Tu marido no ha planteado ninguna objeción a que sus hijos sean enseñados por mí. Quizá las palabras de Buda arraiguen en uno de ellos, pero es necio tratar de ver un futuro tan lejano.

—Tiene razón, majestad —afirmó Ho Sa con voz calmada—. Has hablado así movida por el miedo y la soledad, ahora lo veo. No me había parado a pensar en lo duro que esto tiene que ser para ti. —Respiró profundamente, sabiendo que estaba jugando con fuego, pero a la vez embriagado por ella—. En mí tienes a un amigo, como has dicho.

Entonces Chakahai sonrió y en sus ojos brillaron de nuevo las lágrimas. Alargó las manos y cada uno de ellos tomó una, sintiendo la frialdad de sus dedos en los suyos.

—Tal vez haya sentido miedo —dijo—. He imaginado que la ciudad de mi padre fuera invadida y mi corazón ha sufrido por el emperador Chin y su familia. ¿Creéis que podrán sobrevivir a esta guerra?

—Todos los hombres tienen que morir —respondió Yao Shu antes de que Ho Sa pudiera hablar—. Nuestras vidas no son más que un pájaro que pasa volando por una ventana iluminada y luego se pierde nuevamente en la oscuridad. Lo que importa es que no causemos dolor. Una buena vida defiende a los débiles y, al hacerlo, enciende una luz en la oscuridad que iluminará muchas vidas que aún están por llegar.

Ho Sa miró al solemne monje, viendo cómo relucía su cabeza afeitada. No estaba de acuerdo con sus palabras y casi se estremeció al imaginarse una vida tan seria y desprovista de gozo. Prefería una filosofía más sencilla como la de Khasar: el padre cielo no le habría dado fuerza si no quisiera que la utilizara. Si un hombre podía levantar una espada, debería usarla y no podía encontrar mejor oponente que los débiles, había menos posibilidades de que te destriparan cuando estuvieras distraído. No pronunció esas palabras en voz alta y se alegró al ver que Chakahai se relajaba y hacía un gesto de asentimiento hacia el monje.

—Eres un buen hombre, Yao Shu. Lo presentía. Los hijos de mi marido aprenderán mucho de ti, estoy segura. Quizá un día todos ellos tengan un corazón budista.

Entonces se puso de pie de repente y Ho Sa casi tira los posos de su té, ya frío. Depositó el tazón a un lado y volvió a hacer una inclinación de cabeza ante ella, contento de que la extraña reunión hubiera llegado a su fin.

—Pertenece a una antigua cultura —dijo Chakahai con voz suave—. Creo que podemos influir en una nueva cultura a medida que ésta se desarrolla. Si somos cuidadosos, nos beneficiará a todos.

Ho Sa contempló de nuevo sorprendido a la princesa de su pueblo, antes de iniciar los rituales de cortesía que le llevarían al exterior de la tienda, con Yao Shu detrás de él. Ambos se miraron en silencio un momento antes de tomar caminos separados y perderse en el campamento.

XVIII

La habitual calma y el orden que reinaba en los cuarteles imperiales de Baotou habían sido interrumpidos por el ajetreo de los soldados que amontonaban sus equipos en los carros. Las ordenes de Yenking habían llegado durante la noche y el comandante, Lujan, no había perdido el tiempo. No debían dejar nada de valor para los mongoles y lo que no pudieran llevar consigo debía ser destruido. Ya había ordenado a un grupo de hombres que se hicieran con un martillo cada uno: las reservas excedentes de flechas y lanzas se estaban destruyendo con metódica eficiencia.

Había sido difícil dar la orden de evacuación y desde que recibiera ese mandato no había podido conciliar el sueño. Los soldados que protegían Baotou de bandoleros y tongs de criminales habían permanecido en la ciudad durante casi cuatro años. Muchos tenían allí sus familias y Lujan había tratado en vano de obtener el permiso para sacarlas de allí también.

La carta del general Zhi Zhong había llegado en manos de un mensajero imperial, perfectamente sellada. Lujan sabía que se arriesgaba a ser degradado o a un destino aún peor por permitir que los hombres que tuvieran mujer e hijos reunieran a sus familias, pero no podía dejarlos a merced del enemigo. Vio otro grupo de muchachos acomodarse en un carro mirando a su alrededor con ojos asustados. Baotou era cuanto conocían y, en una sola noche, les habían ordenado que lo abandonaran todo y se desplazaran con rapidez al acuartelamiento más próximo.

Lujan suspiró para sí. Al tener que movilizar a tanta gente, había sido imposible mantener su marcha en secreto. Sin duda las esposas habían avisado a sus amigas y las noticias se habían propagado en olas que habían avanzado durante la noche. Quizá ése era el motivo por el que en las órdenes no se incluía evacuar a las familias de los soldados.

Podía oír a la muchedumbre congregándose en el exterior de las puertas de los cuarteles. Meneó la cabeza sin darse cuenta. No podía salvarlos a todos y no desobedecería las órdenes que le habían dado. Sintió vergüenza ante su propio alivio por no tener que permanecer en el camino del ejército mongol y trató de no oír las voces llenas de confusión y terror que se elevaban en las calles.

Ya había salido el sol y temió haberse retrasado demasiado. Si no hubiera hecho venir a las familias de sus hombres, habrían podido salir sin ser notados al amparo de la oscuridad. Tal como estaban las cosas, tendrían que pasar entre una muchedumbre hostil a plena luz del día. Se armó de valor para comportarse de manera implacable ahora que la decisión había sido tomada. Si los ciudadanos se rebelaban, se produciría un derramamiento de sangre, quizá se produjera una pelea constante hasta la puerta del río, a cuatrocientos pasos de los cuarteles. El día anterior no le había parecido tan lejana. Deseó que se hubiera presentado otra solución, pero su camino estaba marcado y pronto sería hora de partir.

Dos de sus hombres pasaron junto a él a la carrera para cumplir alguna orden de última hora. Ninguno de ellos saludó a su comandante y Lujan percibió su ira. Seguro que ambos mantenían a alguna prostituta o tenían amigos en la ciudad. Todos los tenían. Habría disturbios cuando se marcharan, con los tongs libres para actuar a su antojo en las calles. Algunos de aquellos criminales eran como perros salvajes a los que sólo mantenía bajo control la amenaza de la fuerza. Cuando los soldados se hubieran ido, se arrojarían ávidamente sobre la ciudad hasta que los enemigos llegaran y los redujeran a todos a cenizas.

Ese pensamiento le produjo una cierta satisfacción, aunque seguía sintiéndose avergonzado. Intentó despejar su mente, concentrarse en el problema de sacar de la ciudad la columna de soldados y carros. Había situado a varios ballesteros a lo largo de la ruta, con órdenes de disparar a la multitud si los atacaban. Si eso fracasaba, estaba casi seguro de que los piqueros podrían contener a la turba el tiempo suficiente para que pudieran abandonar Baotou. En cualquier caso, sería terrible y cruel y no podía enorgullecerse de sus planes.

Otro de sus soldados pasó corriendo a su lado y Lujan se dio cuenta de que era uno de los que había apostado en las puertas de los cuarteles. ¿Habrían comenzado ya los desórdenes?

—Señor, hay un hombre que desea hablarte. Le he dicho que se marchara a su casa, pero me ha dado esto y me ha dicho que aceptarías verlo.

Lujan observó la pequeña pieza de concha azul marcada con el sello personal de Chen Yi. Hizo una mueca. No deseaba reunirse con él, pero los carros ya estaban casi listos y los hombres se habían alineado frente a la puerta. Asintió, quizá impulsado por la vergüenza.

—Hazlo entrar por la puerta pequeña y asegúrate de que nadie pase por la fuerza aprovechando la ocasión. —El soldado se alejó rápidamente y Lujan se quedó a solas con sus pensamientos. Chen Yi moriría con el resto y nadie se enteraría del acuerdo que habían mantenido a lo largo de los años. Les había beneficiado a ambos, pero Lujan no lamentaría verse libre de la influencia de aquel hombrecillo. Hizo un esfuerzo para librarse de la fatiga y el soldado regresó con el líder del Tong Azul.

—No puedo hacer nada por ti, Chen Yi —comenzó a decir Lujan cuando el soldado regresó corriendo a situarse en su puesto—. Mis órdenes son retirarme de Baotou y unirme al ejército que se está reuniendo delante de Yenking. No puedo ayudarte.

Chen Yi se le quedó mirando fijamente y Lujan notó que llevaba una espada en la cadera. Tendrían que habérsela confiscado en la puerta, pero ninguna de las rutinas estaban siendo aplicadas aquel día.

—Pensé que me mentirías —aseguró Chen Yi— que me dirías que salías a realizar unas maniobras o para entrenar a los soldados. No te habría creído, por supuesto.

—Supongo que habrás sido uno de los primeros a los que les llegó la noticia

anoche —aventuró Lujan encogiéndose de hombros—. Debo obedecer las órdenes.

—¿Permitirás que prendan fuego a Baotou? —preguntó Chen Yi—. Después de tantos años diciéndonos que sois nuestros protectores ¿echáis a correr en cuanto se presenta una auténtica amenaza?

Lujan notó que se ruborizaba.

—Soy un soldado, Chen Yi. Cuando mi general me dice que marche, marchó. Lo siento.

El rostro de Chen Yi estaba rojo, aunque Lujan no podía distinguir si se debía a la ira o al esfuerzo de haber corrido hacia el cuartel. Sintió la fuerza de su mirada y apenas pudo sostenerla.

—Veo que has permitido que tus hombres pongan a sus esposas e hijos a salvo —señaló Chen Yi—. Tu propia mujer y tus hijos no sufrirán cuando lleguen los mongoles.

Lujan retiró la vista y la fijó en la columna. Ya había varias caras giradas hacia él, aguardando que les diera la orden de ponerse en marcha.

—He sobrepasado mi autoridad incluso en eso, amigo mío.

Chen Yi emitió una especie de gruñido con la garganta.

—No llames «amigo» a un hombre al que vas a abandonar a merced de sus asesinos. —Su ira resultó evidente en aquel momento y Lujan no fue capaz de mirarlo a los ojos mientras proseguía—. La rueda volverá a girar, Lujan. Tus amos pagarán por su crueldad como tú pagarás por esta vergüenza.

—Debo marcharme —dijo Lujan, con la vista fija en la lejanía—. Podrías vaciar la ciudad antes de que llegaran los mongoles. Muchos podrían salvarse si tú lo ordenas.

—Tal vez lo haga, Lujan. Después de todo, no habrá otra autoridad en Baotou cuando vosotros os marchéis. —Ambos hombres sabían que era imposible evacuar a la población de Baotou. El ejército mongol estaba a menos de dos días de camino. Aunque llenaran hasta la última barquita disponible y utilizaran el río para escapar sólo habría sitio para unos pocos. El pueblo de Baotou sería aniquilado mientras huían. Al imaginarse los campos de arroz tiñéndose de rojo por la sangre derramada, Lujan dejó salir un largo suspiro. Ya se había demorado demasiado.

—Buena suerte —murmuró, lanzando una mirada fugaz a los ojos de Chen Yi. No podía comprender el triunfo que vio brillando en ellos y estuvo a punto de volver a hablar pero se lo pensó mejor. Se dirigió a grandes zancadas hacia el frente de la columna, donde un hombre sostenía su caballo. Ante la mirada de Chen Yi, las puertas del cuartel se abrieron y los de la primera fila se enderezaron mientras la multitud quedaba en silencio.

Las calles estaban flanqueadas por gente que los observaba atentamente. Habían dejado el camino libre para los soldados imperiales y sus carros, pero sus rostros estaban llenos de odio y, a gritos para que el gentío le oyera, Lujan dio orden a sus ballesteros de que se prepararan y salió al trote. El silencio era muy tenso y el

comandante suponía que de un momento a otro les lanzarían una descarga de insultos. Sus hombres palpaban las espadas y las picas con nerviosismo, intentando no ver la cara de ninguna persona conocida mientras abandonaban el cuartel. La misma escena se estaría produciendo en otros cuarteles y ese grupo se encontraría con la segunda y tercera columna fuera de la ciudad antes de desplazarse hacia el este, hacia Yenking, y el paso de la Boca del Tejón. Baotou quedaría indefensa por primera vez en su historia.

Chen Yi observó cómo se marchaba la columna de guardias, dirigiéndose hacia la puerta del río. Lujan no podía saber que gran parte de la muchedumbre estaba formada por sus propios hombres, que estaban allí para mantener el orden e impedir que ciudadanos más imprudentes mostraran su disgusto ante la retirada del ejército. No quería que Lujan se retrasara, pero no había podido resistirse a ver su vergüenza en persona antes de que se marchara. Lujan había sido una voz comprensiva en la guarnición durante muchos años, aunque no habían llegado a ser amigos. Chen Yi sabía que para él habría sido duro recibir la orden de partir; y disfrutó hasta el último instante de su humillación. Le había costado un gran esfuerzo ocultar su íntima satisfacción. No habría ninguna voz discrepante cuando llegaran los mongoles, no habría soldados con orden de luchar hasta la muerte. La traición del emperador había puesto Baotou en manos de Chen Yi en una sola mañana.

Frunció el ceño, concentrado, cuando la columna de soldados alcanzó la puerta del río y Lujan pasó bajo la sombra de las desiertas plataformas de los arqueros. Todo dependía del honor de los dos hermanos mongoles a los que había ayudado. Deseó poder saber a ciencia cierta si Khasar y Temuge eran dignos de confianza o si vería su querida ciudad destruida. La multitud que aguardaba en los cuarteles observaba la retirada de los soldados sumidos en un silencio extraño e inquietante; y Chen Yi ofreció unas oraciones a los espíritus de sus antepasados. Recordando a su siervo mongol, Quishan, pronunció una última oración al padre cielo de ese curioso pueblo, pidiendo su ayuda en los próximos días.

Apoyándose en el travesaño superior de un cerco para cabras, Gengis sonrió al ver pasar a su hijo Chagatai lanzando gritos de alegría mientras recorría al galope todo el campamento. Esa mañana le había dado una armadura especialmente confeccionada para ajustarse al tamaño de un niño de diez años. Chagatai era demasiado joven para unirse a los guerreros en la batalla, pero estaba encantado con la armadura y cabalgaba sin cesar alrededor del campamento en un poni nuevo para que lo vieran los adultos. Muchos hombres sonrieron al verle blandiendo su arco y alternando carcajadas y gritos de guerra.

Gengis estiró la espalda, pasando una mano por la gruesa tela de la tienda blanca que había levantado frente a los muros de Baotou. Era distinta de las gers de su pueblo, para que los de la ciudad la reconocieran y suplicaran a sus líderes que se

rindieran. Aunque era dos veces más alta que su propia gran ger, no estaba construida con tanta solidez como la suya y temblaba con el viento. Observó cómo sus paredes entraban y salían como si respiraran. A ambos lados de la tienda se elevaban sendos estandartes cuyas crines blancas ondeaban con cada ráfaga y, semejantes a látigos, restallaban sobre los altos palos como si hubieran cobrado vida.

Baotou permanecía cerrada ante ellos y Gengis se preguntó si sus hermanos no se habrían equivocado al juzgar a ese Chen Yi. Los exploradores habían informado de que la columna de soldados había abandonado la ciudad el día anterior. Algunos de los guerreros más jóvenes se habían acercado lo suficiente para matar a algunos de ellos con sus arcos desde la distancia antes de ser repelidos. Si habían calculado bien las cifras de efectivos, en la ciudad no quedaba ningún soldado para defenderla y Gengis sintió que su ánimo se sosegaba. De un modo u otro, aquella ciudad caería como las demás.

Había hablado con el maestro de obras de Baotou y éste le había asegurado que Chen Yi no habría olvidado su acuerdo. La familia de Lian seguía estando dentro de las murallas que había ayudado a construir y tenía múltiples razones para desear que se sometieran pacíficamente al invasor. Gengis miró la tienda blanca. Tenían hasta la puesta del sol para rendirse, de lo contrario al día siguiente verían levantarse la tienda roja. Entonces no los salvaría ningún acuerdo.

Gengis sintió unos ojos posados sobre él y se giró hacia su hijo mayor Jochi, al otro lado del remolino de cabras. El chico lo observaba en silencio y, pese a lo que le había prometido a Borte, Gengis sintió que reaccionaba ante su mirada como ante un desafío. Sostuvo la mirada de Jochi con frialdad hasta que Jochi se vio obligado a bajar la vista. Sólo entonces Gengis le habló.

—Dentro de un mes es tu cumpleaños. Haré que fabriquen otra armadura para ti.

Jochi frunció los labios con gesto desdeñoso.

—Cumpliré doce años. No faltará mucho para que pueda cabalgar junto a los guerreros. No tiene sentido entretenerse con juegos de niños mientras llega ese momento.

Gengis estuvo a punto de perder los estribos. Su oferta había sido generosa. Le habría respondido, pero el regreso de Chagatai distrajo a ambos. El chico llegó rugiendo sobre su poni y bajó al suelo de un salto, dando un mínimo traspié y recuperando el equilibrio agarrándose al cercado de madera, para después atar las riendas a un poste con rapidez. Las cabras balaron asustadas en el redil y se apiñaron al lado contrario, alejándose de él. Gengis no pudo evitar sonreír ante la sencilla alegría de Chagatai, aunque sintió que la mirada de Jochi volvía a posarse en él, siempre vigilante.

Chagatai señaló con un gesto hacia la silenciosa ciudad de Baotou, a poco más de un kilómetro de distancia.

—¿Por qué no atacamos ese lugar, padre? —preguntó, echando una breve mirada a Jochi.

—Porque tus tíos hicieron una promesa a un hombre de esa ciudad —respondió Gengis con paciencia—. A cambio de entregarnos al maestro de obras que nos ha ayudado a conquistar todas las demás, esta ciudad seguirá en pie. —Hizo una pausa—. Si se rinden hoy.

—¿Y mañana? —preguntó Jochi de repente—. ¿Otra ciudad y luego otra más? —Cuando Gengis se volvió hacia él, Jochi se estiró—. ¿Vamos a pasarnos toda la vida conquistando estos lugares uno por uno?

Gengis sintió que la sangre le subía a la cabeza ante el tono que había utilizado el chico, pero entonces recordó la promesa que le había hecho a Borte de tratar a Jochi como al resto de sus hermanos. Su esposa no parecía comprender la forma en que le pinchaba a la menor oportunidad... No obstante, necesitaba que hubiera paz en el seno de su propia ger. Esperó un momento hasta haber controlado su genio.

—Lo que estamos haciendo aquí no es ningún juego —replicó—. No he decidido aplastar estas ciudades Chin porque me gusten las moscas y el calor de estas tierras. Estoy aquí, vosotros estáis aquí, porque su pueblo nos ha atormentado durante generaciones. El oro Chin ha enfrentado a cada tribu con todas las demás durante más tiempo de lo que nadie puede recordar. Y cuando ha reinado la paz entre nosotros durante una generación, nos han echado a los tártaros encima como perros salvajes.

—Ahora no pueden hacerlo —contestó Jochi—. Los tártaros están desunidos y nuestro pueblo es una nación, como tú dices. Somos demasiado fuertes. ¿Es entonces la venganza lo que nos mueve? —El muchacho no miraba a su padre directamente a los ojos y sólo se atrevió a mirarlo por el rabillo del ojo cuando Gengis se giró hacia otro lado, pero en su mirada brillaba un interés genuino.

Su padre resopló.

—Para ti, la historia son sólo historias. Ni siquiera habías nacido cuando las tribus estaban desperdigadas. No conociste aquella época y tal vez no puedes comprenderlo. Sí, esto es en parte una venganza. Nuestros enemigos deben aprender que no pueden aplastarnos sin que una tormenta caiga sobre ellos. —Desenfundó la espada de su padre y la volvió hacia el sol, haciendo que la reluciente superficie dibujara una línea dorada en el rostro de Jochi.

—Ésta es una buena espada, fabricada por un maestro. Pero si la enterrara bajo tierra, ¿cuánto tiempo mantendría su filo?

—Vas a decir que las tribus son como la espada —dijo Jochi, sorprendiéndolo.

—Quizá —contestó Gengis, irritado por esa interrupción de su discurso. El chico era demasiado listo, y eso no le beneficiaba—. Todo lo que he obtenido puede perderse, quizá por culpa de un solo hijo necio, que no tiene paciencia para escuchar a su padre. —Jochi esbozó una ancha sonrisa al oír esas palabras y Gengis se percató de que le había reconocido como hijo aun cuando lo que pretendía era borrar esa expresión arrogante de su cara.

Gengis abrió la puerta del redil y entró con la espada en ristre. Las cabras se alejaron como pudieron de él, subiéndose las unas sobre las otras y balando sin parar.

—Tú que eres tan inteligente, Jochi, dime qué pasaría si las cabras me atacaran.

—Las matarías a todas —respondió con presteza Chagatai a sus espaldas, intentando participar en esa competición de voluntades. Gengis no se volvió mientras escuchaba a Jochi.

—Te arrollarían —contestó Jochi—. Entonces ¿somos cabras que se han unido para formar una nación? —Al chico la idea pareció resultarle graciosa y Gengis se encolerizó y agarró a Jochi con una mano, lo pasó por encima de la cerca y lo arrojó despatarrado entre los animales, que echaron a correr presa del pánico, algunos de ellos intentando saltar la valla.

—Somos el lobo, muchacho, y el lobo no pregunta qué pasa con las cabras que mata. No considera cuál es el mejor modo de emplear su tiempo hasta que su boca y sus patas no están rojas de sangre y ha derrotado a todos sus enemigos. Y si vuelves a burlarte de mí, te enviaré a que te unas a ellos.

Jochi se levantó con dificultad y su rostro adoptó la fría expresión de una máscara. Con Chagatai, la disciplina habría tenido la aprobación como resultado, pero Gengis y Jochi se quedaron mirándose fijamente en un tenso silencio, y ninguno de los dos quería ser el primero en ceder. Jochi vio por el rabillo del ojo que, a un lado, Chagatai sonreía disfrutando de su humillación. En el fondo, Jochi no era más que un niño y sus ojos se llenaron de ardientes lágrimas de frustración mientras bajaba la vista y se encaramaba al cercado para salir del redil.

Gengis respiró hondo y empezó a buscar un modo de suavizar la ira que lo había invadido.

—No debes pensar en esta guerra como algo que hacemos antes de retornar a nuestra apacible vida. Piensa que somos guerreros, si hablar de espadas y lobos te resulta demasiado extravagante. Si dedico mi juventud a destruir la fuerza del emperador Chin, consideraré que cada día es una dicha. Su familia ha gobernado durante suficiente tiempo ya y ahora es el momento del auge de mi familia. No soportaremos que sus frías manos nos manipulen por más tiempo.

Jochi jadeaba, pero se controló para hacer una última pregunta.

—Entonces ¿esto no terminará nunca? ¿Aun cuando seas un anciano canoso, seguirás buscando otros enemigos contra los que luchar?

—Si queda alguno —contestó Gengis—. No puedo dejar sin terminar lo que he empezado. Si alguna vez nos desalentamos, si alguna vez vacilamos, se abalanzarán sobre nosotros en mayor número de lo que puedas imaginar.

Se esforzó para pensar en algo que pudiera levantarle el ánimo al chico.

—Pero, para entonces, mis hijos serán suficientemente mayores para cabalgar hacia nuevas tierras y someterlas al poder mongol. Serán reyes. Comerán comida grasienta, tendrán espadas adornadas con piedras preciosas y se olvidarán de lo que me deben.

Khasar y Temuge habían caminado hasta más allá del final del campamento para observar las murallas de Baotou. El sol estaba bajo en el horizonte, pero el día había sido caluroso y ambos estaban sudando en el espeso aire. Nunca sudaban en las altas montañas de su hogar, donde la suciedad caía como polvo de su piel reseca. En las tierras de los Chin, sus cuerpos acababan despidiendo un olor nauseabundo y las moscas los atormentaban constantemente. Temuge, en particular, tenía un aspecto pálido y enfermizo y le dolía el estómago mientras recordaba la última vez que había visto la ciudad. Había pasado demasiadas noches en la ger cargada de humo de Kokchu y algunas de las cosas que había presenciado le inquietaban todavía. Se le cerró la garganta y tosió. La tos pareció empeorar su estado y se mareó.

Khasar observó cómo se recuperaba sin un ápice de conmiseración.

—No respiras bien, hermanito. Si fueras un poni, te descuartizaría para alimentar a las tribus.

—No entiendes nada, como siempre —respondió Temuge con voz débil y limpiándose la boca con el dorso de la mano. Estaba perdiendo el color de las mejillas y, bajo la luz del sol, su tez tenía un aspecto cerúleo.

—Entiendo que te estás matando para besarle los pies a ese mugriento chamán —contestó Khasar—. He notado que incluso estás empezando a oler como él.

Temuge habría hecho caso omiso de las pullas de su hermano, pero cuando alzó la vista vio en los ojos de Khasar un recelo que no había visto nunca. Lo había percibido en otros que lo asociaban con el chamán del gran khan. No era exactamente miedo, a menos que fuera miedo a lo desconocido. En esas ocasiones había pensado que no era más que despreciable ignorancia de unos necios, pero ver esa misma cautela en Khasar fue extrañamente agradable.

—He aprendido mucho de él, hermano —contestó—. A veces he visto cosas que me han atemorizado.

—Las tribus murmuran muchas cosas sobre él, pero nunca es nada bueno —añadió Khasar con suavidad—. He oído que se queda con los bebés cuyas madres no los quieren. Y nunca se los vuelve a ver. —No miraba a Temuge mientras hablaba, prefería fijar la mirada en los muros de Baotou—. Dicen que mató a un hombre con sólo tocarlo.

Cuando se recobró del ataque de tos que le había doblado en dos, Temuge se enderezó lentamente.

—He aprendido a convocar a la muerte de ese modo —mintió—. Anoche, mientras dormías. Fue un proceso doloroso y por eso toso hoy, pero la carne se recuperará y seguiré guardando ese conocimiento.

Khasar miró de reojo a su hermano, intentando discernir si estaba diciendo la verdad.

—Estoy seguro de que es algún tipo de truco —afirmó. Temuge le sonrió y, al

tener las encías manchadas de negro, su expresión fue terrible.

—No es necesario tener miedo de lo que sé, hermano —replicó Temuge con suavidad—. El conocimiento no es peligroso. Sólo los hombres lo son.

Khasar resopló.

—Ése es el tipo de discurso infantil que te enseña, ¿no? Hablas como el monje budista, Yao Shu. Al menos, ése no siente ninguna admiración por Kokchu. Cada vez que se encuentran es como si fueran carneros que se hubieran internado en el territorio del otro.

—Ese monje es tonto —soltó Temuge—. No debería estar instruyendo a los hijos de Gengis. Puede que uno de ellos llegue a ser khan un día y ese «budismo» los hará débiles.

—No si es ese monje quien se lo enseña —repuso Khasar con una sonrisa—. Puede partir tablas con las manos, que es bastante más de lo que Kokchu puede hacer. A mí me gusta, aunque apenas pronuncia una palabra sensata.

—Puede partir tablas —repitió Temuge, imitando la voz de su hermano—. Por supuesto, típico que te haya impresionado algo así. ¿Acaso evita que los espíritus oscuros entren en el campamento durante las noches sin luna? No, él hace leña para el fuego.

Sin poder evitarlo, Khasar se dio cuenta de que se estaba enfadando. Había algo en esa nueva seguridad de Temuge que le desagradaba, aunque no habría sabido expresar en palabras por qué.

—Nunca he visto ninguno de esos espíritus Chin que Kokchu afirma alejar de nosotros. Pero sé muy bien que puedo utilizar la leña. —Se rió burlón cuando Temuge se puso rojo de rabia y notó que a él también le empezaba a hervir la sangre—. Si tuviera que elegir entre ellos, preferiría mil veces a alguien que sabe luchar como lucha el monje, y ya me arreglaría yo por mi cuenta si tuviera que enfrentarme con los espíritus de los campesinos Chin muertos.

Furioso, Temuge levantó el brazo para golpear a su hermano y, para su sorpresa, Khasar se encogió. El hombre que se lanzaría contra un grupo de soldados sin vacilar retrocedió un paso ante su hermano pequeño y se llevó la mano a la espada. Por un instante, Temuge casi se echó a reír. Deseó que Khasar viera lo gracioso que era eso, y recordó que una vez habían sido amigos, pero entonces sintió una frialdad deslizarse en su interior y se regocijó, exultante, del miedo que había visto en él.

—No te burles de los espíritus, Khasar, ni de los hombres que pueden controlarlos. Tú no has caminado por los senderos oscuros cuando la luna ha desaparecido ni has visto lo que yo he visto. Habría muerto muchas veces si Kokchu no hubiera estado allí para guiarme de vuelta a la tierra.

Khasar sabía que su hermano lo había visto reaccionar ante una mera palma abierta y el corazón batía con fuerza en su pecho. Parte de él no creía que el pequeño Temuge supiera algo que él ignoraba, pero los misterios existían y en los festejos había visto a Kokchu clavarse cuchillos en la carne sin derramar ni una sola gota de

sangre.

Khasar se quedó mirando fijamente a su hermano, lleno de frustración, antes de dar media vuelta y regresar a grandes zancadas hacia las tiendas de su pueblo, hacia el mundo que conocía. Al quedarse solo, Temuge sintió deseos de lanzar un grito de triunfo.

Cuando se volvió hacia Baotou, las puertas de la ciudad se abrieron y a sus espaldas resonaron los cuernos de aviso en todo el campamento. Los guerreros ya estarían corriendo en dirección a sus caballos. Que corrieran, se dijo, embriagado por la victoria que había obtenido sobre su hermano. El mareo había pasado y caminó con paso confiado hacia la puerta abierta. Se preguntó si Chen Yi habría apostado arqueros en las murallas, listo para traicionarlos. No le importaba. Se sentía invulnerable y sus pies avanzaban ligeros sobre el pedregoso suelo.

XIX

La ciudad de Baotou estaba en silencio cuando Chen Yi dio la bienvenida a Gengis en su casa. Ho Sa acompañaba al khan y Chen Yi hizo una profunda reverencia ante él, reconociendo que había cumplido sus promesas.

—Sé bienvenido en mi casa —dijo Chen Yi en la lengua de las tribus, inclinándose de nuevo cuando tuvo a Gengis frente a sí por primera vez. Al acercársele, Gengis, más alto incluso que Khasar lo hizo parecer aún más pequeño de lo que era. El khan iba ataviado con una armadura completa y llevaba una espada en la cadera. Chen Yi podía sentir su fuerza interior, la más poderosa que había percibido nunca. Gengis no respondió a la bienvenida formal, sino que lo saludó con una breve inclinación de cabeza y entró con amplias zancadas en el patio. Chen Yi tuvo que moverse con rapidez para poder adelantarlo y guiarlo hacia el edificio principal de su casa y, con las prisas, no vio que Gengis echaba una mirada fugaz al inmenso tejado y tenía que armarse de valor para entrar. Ho Sa y Temuge le habían descrito la mansión, pero seguía sintiendo curiosidad por ver cómo vivía un hombre rico en el corazón de una ciudad.

En el exterior, las calles estaban vacías, ni siquiera había mendigos. Todos los habitantes se habían atrincherado para protegerse de los guerreros que merodeaban por las calles, espiando a través de las puertas y buscando objetos de valor. Gengis había dado orden de dejar la ciudad intacta, pero ninguno de sus hombres pensaba que eso incluyera las reservas de vino de arroz, y los iconos de dioses que las gentes de Baotou guardaban en sus hogares eran especialmente populares. Los mongoles consideraban que la protección de sus gers nunca podía ser excesiva y recogían todas las estatuillas que parecían apropiadamente poderosas.

Una guardia de honor de guerreros esperaba a la puerta de la ciudad, pero, en realidad, Gengis podría haberse paseado solo por cualquier parte de ella. El único peligro potencial era el que representaban los hombres que él mismo lideraba.

Chen Yi tuvo que esforzarse para ocultar su nerviosismo mientras Gengis recorría el interior de su casa, examinando sus objetos. El khan parecía tenso y Chen Yi no sabía cómo iniciar la conversación. Había despedido a sus guardias y sirvientes para la reunión y la casa estaba extrañamente vacía.

—Me complace que mi maestro de obras te fuera de utilidad, mi señor —dijo Chen Yi para romper el silencio. Gengis estaba inspeccionando un jarrón negro lacado y no levantó la vista mientras lo devolvía a su sitio. Parecía demasiado grande para la estancia, como si en cualquier momento pudiera agarrar las vigas y echar abajo toda la casa. Chen Yi se dijo que era su reputación lo que le hacía parecer tan poderoso, pero en ese momento Gengis volvió sus pálidos ojos amarillos hacia él y sus pensamientos se congelaron.

Gengis pasó un dedo por unas figuras en un jardín que decoraban el jarrón y

luego se giró hacia su anfitrión.

—No debes temerme, Chen Yi. Ho Sa dice que eres un hombre que ha hecho mucho con muy poco, un hombre a quien nadie le ha dado nada y que, sin embargo, ha logrado sobrevivir y enriquecerse en este lugar. —Chen Yi echó una breve mirada a Ho Sa al oír las palabras, pero la expresión del soldado Xi Xia no le dio ninguna pista. Por una vez en su vida, Chen Yi se sintió perdido. Le habían prometido Baotou, pero no sabía si el khan mantendría su palabra. Lo que sí sabía era que cuando un vendaval destruye la casa de un hombre, todo lo que puede hacer es encogerse de hombros y saber que ése era su destino y que no podía enfrentarse a él. Conocer a Gengis era eso para él. Las normas que había conocido durante toda su vida ya no servían. A una sola orden del khan mongol, Baotou sería arrasada.

—Soy un hombre rico —coincidió Chen Yi. Antes de que pudiera continuar, sintió que los ojos de Gengis se posaban sobre él, con súbito interés. El khan cogió de nuevo el jarrón lacado y empezó a gesticular con él. En sus manos, parecía increíblemente frágil.

—¿Qué es la riqueza, Chen Yi? Eres un hombre de ciudades, de calles y de casas. ¿Qué es lo que valoras? ¿Esto?

Habló con rapidez y Ho Sa le dio a Chen Yi un poco de tiempo para reflexionar traduciéndole las palabras de Gengis. Chen Yi le lanzó al soldado una mirada agradecida.

—Se han invertido mil horas de trabajo para fabricar ese jarrón, señor. Cuando lo miro, me produce placer.

Gengis hizo girar el jarrón en sus manos. Parecía vagamente decepcionado y Chen Yi miró de nuevo a Ho Sa. El soldado arqueó las cejas, indicándole que siguiera hablando.

—Pero eso no es riqueza, señor —prosiguió Chen Yi—. He pasado hambre y conozco el valor del alimento. He pasado frío y conozco el valor del calor.

Gengis se encogió de hombros.

—Una oveja sabe eso también. ¿Tienes hijos? —Conocía la respuesta, pero seguía queriendo comprender a ese hombre que venía de un mundo tan diferente al suyo.

—Tengo tres hijas, señor. A mi hijo me lo quitaron.

—Entonces, ¿qué es la riqueza, Chen Yi?

A medida que iba respondiendo las preguntas, Chen Yi se fue calmando hasta estar totalmente sereno. No sabía qué quería el khan, así que respondió honestamente.

—La venganza es la riqueza, señora para mí. La capacidad para llegar hasta mis enemigos y destruirlos. Eso es la riqueza. Tener a hombres que matan y mueren por mí es la riqueza. Mis hijas y mi esposa son mi riqueza. —Con gran delicadeza, tomó el jarrón de las manos del khan y lo dejó caer al suelo de madera. Se hizo añicos contra la madera pulida—. Todo lo demás no vale nada, señor.

Gengis esbozó una fugaz sonrisa. Khasar había dicho la verdad cuando afirmaba

que Chen Yi no se dejaba intimidar.

—Creo que si hubiera vivido en una ciudad, habría llevado la vida que tú llevas, Chen Yi. Aunque no habría confiado en mis hermanos conociéndolos como los conozco.

Chen Yi no contestó que sólo había confiado en Khasar, pero Gengis pareció leerle el pensamiento.

—Khasar habla bien de ti. No haré que incumpla su palabra, dada en mi nombre. Baotou es tuya. Es sólo una etapa en el camino hacia Yenking para mí.

—Me haces muy feliz, señor —respondió Chen Yi, casi temblando de alivio—. ¿Tomarás una copa de vino conmigo? —Gengis asintió y la inmensa tensión que cargaba la habitación se disipó por fin. Ho Sa se relajó visiblemente mientras Chen Yi, con un gesto automático, miró a su alrededor buscando un sirviente y no encontró a ninguno. Con ceremoniosidad, recogió las tazas él mismo y se marchó haciendo crujir bajo sus sandalias los fragmentos de valiosa cerámica que una vez adornaron la casa de un emperador. Mientras servía el vino de arroz, la mano le temblaba ligeramente. Sólo cuando las tres tazas estuvieron servidas, Gengis se sentó. Ho Sa se acomodó a su lado con un crujido de su armadura. Agachó un poco la cabeza en dirección a Chen Yi cuando sus ojos se encontraron de nuevo, como si hubiera aprobado algún tipo de examen.

Chen Yi sabía que el khan no se habría sentado si no quisiera algo más de él. Observó su rostro chato y oscuro cuando Gengis aceptó la taza de sus manos. Chen Yi se dio cuenta de que también el khan se sentía incómodo y estaba tratando de elegir sus palabras.

—Baotou debe parecerle pequeña —aventuró Chen Yi mientras Gengis daba un sorbo al vino de arroz, deteniéndose a paladear un sabor que nunca antes había probado.

—Nunca había estado en el interior de una ciudad, excepto para incendiarla —contestó Gengis—. Ver una así, tan tranquila, es una experiencia extraña para mí. —Vacío la taza y se la rellenó él mismo. Después le ofreció la botella primero a Chen Yi y luego a Ho Sa.

—Una más, pero es un licor potente y quiero tener la cabeza despejada —respondió Chen Yi.

—Es pis de caballo —contestó Gengis resoplando—, aunque me gusta la sensación de calor que transmite.

—Haré que envíen cien botellas a tu campamento, señor —dijo Chen Yi de inmediato.

El líder mongol le observó por encima del borde de su taza y asintió.

—Eres generoso.

—No es mucho a cambio de la ciudad en la que nací —contestó Chen Yi.

Gengis pareció relajarse al oírle decir eso y se echó hacia atrás en el sofá.

—Eres un hombre inteligente, Chen Yi. Khasar me dijo que eras tú quien

gobernaba la ciudad incluso cuando los soldados estaban aquí.

—Puede que haya exagerado un poco, señor. Mi autoridad actúa sobre todo sobre las castas más bajas: los trabajadores del puerto y los comerciantes. Los nobles viven una vida diferente y sólo en contadas ocasiones he encontrado el modo de echarle el lazo a su poder.

Gengis gruñó. No podía expresar la incomodidad que le producía estar sentado en una casa como ésa, rodeada de otras mil más. Casi podía sentir el peso de los demás seres humanos que las habitaban. Khasar tenía razón: para alguien que se había criado en los limpios vientos de las estepas, la ciudad tenía un olor hediondo.

—¿Entonces los odias, a esos nobles? —preguntó Gengis.

No era una pregunta casual y Chen Yi consideró su respuesta con cuidado. En la lengua de las tribus carecía de las palabras que quería utilizar así que habló en su propio idioma y dejó que Ho Sa tradujera.

—La mayoría de ellos viven existencias tan distantes que no pienso en ellos, señor. Sus jueces se vanaglorian de ser quienes hacen cumplir las leyes del emperador, pero no tocan a los nobles. Si yo robo, pueden cortarme las manos o me pueden dar latigazos hasta que muera. Si un noble me roba, no se hará justicia. Aunque me haya quitado una hija o un hijo, no puedo hacer nada. —Aguardó con paciencia a que Ho Sa terminara de hablar, sabiendo que había mostrado sus sentimientos con claridad bajo la mirada atenta de Gengis—. Sí, los odio —afirmó.

—Había varios cuerpos colgando de las puertas de los cuarteles cuando entré —dijo Gengis—. Dos o tres docenas. ¿Eran órdenes tuyas?

—Saldé antiguas deudas, señor, antes de que llegaras.

Gengis asintió, rellenando las tazas de ambos.

—Un hombre siempre debe saldar sus cuentas pendientes. ¿Hay muchos que piensan como tú?

Chen Yi sonrió con amargura.

—Más de los que puedo contar, señor. Los nobles Chin son una élite que gobierna a un grupo de personas de número muy superior al suyo. Sin su ejército no tendrían nada.

—Si sois muchos, ¿por qué no os levantáis contra ellos? —preguntó Gengis con sincera curiosidad.

Chen Yi suspiró, usando de nuevo la lengua Chin y hablando a gran velocidad.

—Los panaderos, los albañiles y los barqueros no forman un ejército, señor. Las familias nobles actúan de forma despiadada ante cualquier signo de rebelión. Ha habido tentativas de derrocarlos en el pasado, pero tienen espías entre el pueblo y hasta una colección de armas hace que envíen a sus soldados contra nosotros. Si alguna vez se desatara una rebelión, llamarían al emperador y su ejército nos atacaría. Pueden pasar por la espada a poblaciones enteras o reducir aldeas a cenizas. He tenido noticias de cosas así a lo largo de mi vida. —Vaciló, consciente, mientras Ho Sa repetía sus palabras, de que al khan aquellos actos no le parecerían tan terribles.

Chen Yi casi alzó la mano para detener al soldado Xi Xia, pero al final se quedó quieto. Al fin y al cabo, Baotou estaba salvada.

Gengis evaluó al hombre que tenía frente a sí, fascinado. Había introducido a la fuerza la idea de la nación en las tribus, pero no era compartida por hombres como Chen Yi, todavía no. Todas las ciudades eran gobernadas por el emperador Chin, pero no querían que los liderara, ni se sentían parte de su familia. Era evidente que los nobles recibían su potestad del emperador. También era evidente que Chen Yi los odiaba por su arrogancia, su riqueza y su poder. Ese conocimiento podía serle útil.

—He sentido su mirada sobre mi propio pueblo, Chen Yi —dijo Gengis—. Nos hemos unido en una sola nación para defendernos de ellos, no, para destruirlos.

—¿Y gobernaréis como ellos? —preguntó Chen Yi, percibiendo la dureza de su tono antes de poder contenerse. Se dio cuenta de que sentía una peligrosa libertad hablando con el khan. La cautela y el freno habituales que existían en su lengua eran una endeble protección bajo aquella mirada amarilla. Pero Gengis se rió, haciéndole sentir un gran alivio.

—Todavía no he pensado en lo que pasará después de las batallas. Tal vez sea vuestro gobernador. ¿No es ése el derecho del conquistador?

Chen Yi inspiró profundamente antes de responder.

—Gobernar, sí, pero ¿caminará el guerrero de más bajo rango de tu ejército como un emperador entre los que habéis derrotado? ¿Se mofará de ellos y les robará lo que se le antoje aunque no se lo haya ganado?

Gengis lo miró fijamente.

—¿Los nobles son familia del emperador? Si me preguntas si mi familia tomará cuanto les plazca, por supuesto que lo harán. Los fuertes deciden, Chen Yi. Los que no son fuertes sueñan con hacerlo. —Hizo una pausa, tratando de comprender—. ¿Querías que atara a mi pueblo con ridículas normas?

Chen Yi volvió a respirar hondo. Había pasado toda su vida rodeado de espías y falsedad, de una protección recubierta de más protección contra el día en que el ejército del emperador lo expulsara con fuego y sangre de la ciudad. Ese día no había llegado. En vez de eso, se encontraba frente a alguien con quien podía hablar con libertad absoluta. Nunca volvería a tener esa oportunidad.

—Comprendo lo que has dicho, pero ¿pasará ese derecho de hijos a nietos y más allá? Cuando algún cruel pelele mate a un niño dentro de cien años, ¿nadie podrá protestar porque lleva tu sangre?

Gengis permaneció inmóvil. Tras una larga pausa, meneó la cabeza.

—No conozco a estos nobles Chin, pero mis propios hijos gobernarán después de mí, si son suficientemente fuertes. Quizá dentro de cien años mis descendientes sigan teniendo el poder y sean esos nobles a los que desprecias. —Se encogió de hombros, vaciando su taza—. La mayoría de los hombres son como corderos, no son como nosotros. —Hizo un gesto con la mano para acallar la respuesta de Chen Yi—. ¿Lo dudas? ¿Cuántos en esta ciudad pueden igualarte en influencia, poder incluso antes de

que yo viniera? La mayoría no pueden mandar... la idea les aterroriza. Y, sin embargo, para los que son como tú y como yo no hay mayor gozo que saber que nadie nos prestará ayuda. La decisión es sólo nuestra. —Hizo un gesto brusco con la taza. Chen Yi rompió el sello de cera de otra botella y volvió a llenar las tazas.

El silencio se había llenado de tensión. Para sorpresa de ambos hombres, fue Ho Sa quien lo rompió.

—Tengo hijos —dijo—. Hace tres años que no los veo. Cuando crezcan, se unirán al ejército como su padre. Cuando los otros hombres sepan que son mis hijos, esperarán más de ellos. Se alzarán con más rapidez que un hombre sin nombre y eso me produce satisfacción. Es por eso por lo que trabajo duro y soporto cualquier cosa.

—Nunca serán nobles, esos soldados hijos tuyos —contestó Chen Yi—. Un chico de las grandes casas les ordenaría que arriesgaran sus vidas en un incendio sólo para salvar un jarrón como el que he roto esta noche.

Gengis frunció el ceño, perturbado ante esa imagen.

—¿Harías que todos los hombres fueran iguales?

Chen Yi se encogió de hombros. Sus pensamientos giraban por el vino y no se dio cuenta de que hablaba en la lengua Chin.

—No soy tonto. Sé que no hay ley para el emperador, o para su familia. Toda ley procede de él y del ejército que le sirve. No puede estar sujeto por la ley como los demás hombres. Sin embargo, para el resto, los miles de parásitos que se alimentan de su mano, ¿por qué debería permitirseles que roben y asesinen sin castigo? —Vació su taza mientras Ho Sa traducía, asintiendo como si estuviera de acuerdo.

Gengis estiró la espalda, deseando por primera vez que Temuge estuviera allí para argumentar en su lugar. Había querido hablar con Chen Yi para comprender a esa extraña raza que vivía en las ciudades. En vez de eso, el hombrecillo había hecho que le diera vueltas la cabeza.

—Si uno de mis guerreros desea casarse —respondió Gengis—, busca a un enemigo y lo mata, haciéndose con sus posesiones. Luego le da esos caballos y cabras al padre de la chica. ¿Es eso asesinato y robo? Si lo prohíbo, haría que mis guerreros se convirtieran en hombres débiles. —Estaba algo mareado, pero se sentía a gusto. Volvió a llenar las tres tazas.

—Pero ¿ese guerrero roba en su propia familia, en su propia tribu? —preguntó Chen Yi.

—No. Sería un criminal, un ser despreciable si lo hiciera —contestó Gengis. Incluso antes de que Chen Yi hablara de nuevo, ya sabía adonde quería llegar.

—Entonces, ¿qué pasa con vuestras tribus ahora que están unidas? —dijo Chen Yi, echándose hacia delante—. ¿Qué harás si todas las tierras de los Chin llegan a ser tuyas?

Era una idea embriagadora. Era cierto que Gengis ya había prohibido que los jóvenes se robaran entre sí, y había ofrecido regalos de sus propios rebaños para los matrimonios. Era una solución que no podría mantener durante mucho tiempo. Lo

que Chen Yi sugería era sencillamente una extensión de esa paz, aunque abarcaría tierras tan vastas que era difícil de imaginar.

—Pensaré en ello —aseguró, arrastrando un poco las palabras—. Ese tipo de pensamientos son demasiado grandes para devorarlos de una sentada. —Sonrió—. Sobre todo mientras el emperador Chin sigue sano y salvo en su ciudad y nuestra conquista apenas ha comenzado. Quizá al año que viene yo mismo no sea más que un montón de huesos desperdigados en la tierra.

—O quizá hayas aplastado a los nobles en sus fuertes y ciudades —replicó Chen Yi—, y tengas la oportunidad de cambiarlo todo. Eres un hombre con visión de futuro. Me lo has demostrado al perdonar Baotou.

Gengis meneó la cabeza, algo adormilado.

—Siempre cumplo mi palabra. Cuando todo lo demás esté perdido, siempre quedará eso. Pero si no hubiera salvado Baotou, habría sido otra ciudad.

—No entiendo —respondió Chen Yi.

Gengis volvió su mirada hacia él.

—Las ciudades no se rendirán si entregarlas no supone ningún beneficio para ellas. —Alzó un puño apretado y los ojos de Chen Yi lo siguieron—. Aquí tengo la amenaza de una terrible masacre, peor que nada que puedan imaginar. Una vez levanto la tienda roja, saben que perderán a todos los hombres que encontremos dentro de los muros de la ciudad. Cuando ven la tienda negra, saben que morirán también las mujeres y los niños. —Sacudió la cabeza—. Si todo cuanto ofrezco es la muerte, no tienen más elección que luchar hasta el último hombre. —Dejó caer el puño y alargó la mano para coger otra vez la taza, que Chen Yi llenó con manos temblorosas—. Si perdono a una ciudad, aunque sólo sea una, se correrá la voz de que no es necesario que luchen. Pueden elegir rendirse cuando plantemos la tienda blanca. Por eso no he destruido Baotou. Por eso vives todavía.

Gengis recordó la otra razón que le había movido a reunirse con Chen Yi. Su mente parecía haber perdido su habitual agudeza y pensó que tal vez no debería haber bebido tanto.

—¿Tenéis mapas en esta ciudad? ¿Mapas de las tierras que se extienden hacia el este?

Chen Yi se sintió aturdido tras escuchar las significativas palabras de Gengis. El hombre que tenía ante él era un conquistador al que no detendrían los débiles nobles Chin ni sus corruptos ejércitos. De repente se estremeció, viendo un futuro invadido de llamas.

—Hay una biblioteca —contestó, tartamudeando un poco—. Su acceso me ha estado prohibido hasta ahora. No creo que los soldados la destruyeran antes de marcharse.

—Necesito mapas —respondió Gengis—. ¿Me acompañas a revisarlos? ¿Me ayudarás a planificar la destrucción de tu emperador?

Chen Yi había bebido al mismo ritmo que Gengis y sus pensamientos giraban

como un remolino en su mente. Pensó en su hijo muerto, ahorcado por nobles que no se dignarían ni a mirar siquiera a un hombre de baja cuna. Hagamos que cambie el mundo, pensó. Hagamos que arda.

—Él ya no es mi emperador, señor. Todo lo que alberga esta ciudad es tuyo. Haré lo que pueda. Si deseas escribas para redactar las nuevas leyes, te los enviaré.

Gengis asintió, borracho.

—La escritura —contestó, con desprecio— encierra las palabras.

—Las hace reales, señor. Las hace perdurar.

La mañana después de su encuentro con Chen Yi, Gengis se despertó con un dolor de cabeza que le martilleaba de tal modo las sienas que no salió de su ger en todo el día excepto para vomitar. No podía recordar gran cosa de lo sucedido después de que trajeran la sexta botella, pero las palabras de Chen Yi iban retomando a su memoria a intervalos y las discutió con Khasar y Temuge. Su pueblo sólo había conocido el mandato de un khan, en el que toda la justicia procedía del juicio de un hombre. Tal como estaban las cosas, Gengis podría pasarse todo el día resolviendo enfrentamientos y castigando los crímenes cometidos en las tribus. Ya era demasiado para él y, sin embargo, no podía permitir que los pequeños khanes retomaran su papel, si no quería arriesgarse a perderlo todo.

Cuando Gengis dio por fin la orden de avanzar, era extraño dejar atrás una ciudad sin ver las llamas agitándose en el horizonte a sus espaldas. Chen Yi les había entregado mapas de las tierras Chin que se extendían hasta el mar oriental, tierras más valiosas que nada de lo que habían conquistado hasta entonces. Aunque Chen Yi se quedó en Baotou, Lian, el maestro de obras, había accedido a acompañar a Gengis hasta Yenking. Lian parecía considerar las murallas que protegían la ciudad del emperador como un reto personal a su capacidad y se había presentado ante Gengis para ofrecerse a ir con ellos antes de que tuvieran ocasión de pedirselo. Su hijo no había arruinado el negocio en su ausencia y Gengis pensó para sí que, probablemente, las opciones de Lian fueran unirse al ejército invasor o prepararse para la jubilación.

La larga marcha continuó a través de las tierras Chin. La masa central de carros y gers avanzaba despacio, pero siempre iba rodeada de decenas de miles de jinetes que buscaban la más mínima oportunidad para ganarse los elogios de sus comandantes. Gengis había permitido que partieran mensajeros desde Baotou a otras ciudades en su ruta hacia las montañas al oeste de Yenking y la decisión enseguida dio fruto. El emperador había retirado la guarnición de Hohhot y, sin soldados para reforzar su coraje, la ciudad se rindió sin que se disparara una sola flecha y, a continuación, les entregó dos mil hombres jóvenes para que los entrenaran en el arte de los asedios y del ataque con picas. Chen Yi había demostrado lo valioso de esa acción con su propio ejemplo: había seleccionado a los mejores soldados de su ciudad para que acompañaran a los mongoles y aprendieran las técnicas de la guerra. Es verdad que

no tenían caballos, pero Gengis los puso bajo el mando de Arslan como infantería y aceptaron la nueva disciplina sin rechistar.

La guarnición de Jining se había negado a obedecer la orden del emperador y sus puertas permanecieron cerradas. Después de levantar la tienda negra al tercer día, Jining había sucumbido, pasto de las llamas. Otras tres ciudades se habían rendido después de eso. Los hombres jóvenes y fuertes eran tomados como prisioneros, conducidos como rebaños de ovejas. Sencillamente, eran demasiados para poder utilizarlos como soldados sin que su número superara el de los guerreros de las tribus. Gengis no los quería, pero no podía dejar tantos hombres a sus espaldas. Su gente conducía a una masa inmensa de personas por las tierras y, cada día, quedaban cadáveres en su estela. Cuando las noches fueron haciéndose más frías, los prisioneros Chin se apiñaban unos contra otros y cuchicheaban, creando un susurro constante que resonaba fantasmagórico en la oscuridad.

Había sido uno de los veranos más calurosos que ninguno de ellos había conocido. Los ancianos dijeron que el invierno sería gélido y Gengis no sabía si debía seguir avanzando hacia la capital o dejar la campaña para el año siguiente.

Las montañas que se elevaban delante de Yenking ya estaban a la vista y sus batidores salían en pos de los observadores enviados por el emperador cuando los veían aparecer en la distancia. Aunque sus caballos eran veloces, algunos de los exploradores Chin fueron atrapados y cada uno de ellos añadía nuevos detalles a la imagen de la ciudad que Gengis se estaba construyendo.

Una mañana que el suelo se había congelado durante la noche, se sentó sobre un montón de sillas de montar y se quedó mirando fijamente el pálido sol mientras se elevaba sobre la cadena de empinados y verdes riscos envueltos en niebla que protegían Yenking de él. Más altos que las cumbres que se alzaban entre Gobi y Xi Xia, hacían incluso que las montañas que recordaba de casa le parecieran menos impresionantes. No obstante, los observadores capturados hablaban del paso conocido como La Boca del Tejón y sintió que estaba siendo atraído hacia él. El emperador había congregado a sus efectivos allí, apostando por una única fuerza que hacía parecer pequeño al ejército que Gengis había desplazado hasta ese lugar. Todo podría terminar allí y todos sus sueños quedarían reducidos a cenizas.

Se rió para sí al pensarlo. Fuera lo que fuera lo que le deparara el futuro, se enfrentaría a ello con la cabeza alta y su espada en ristre. Lucharía hasta el final y, si caía frente a sus enemigos, su vida habría sido una vida bien vivida. Parte de él sentía una punzada de dolor al pensar que sus hijos no sobrevivirían mucho a su muerte, pero alejó de sí esa debilidad. Sus hijos construirían sus propias vidas como él mismo había hecho. Si eran arrastrados por el viento de los grandes acontecimientos que estaban produciéndose, ése sería su destino. No podía protegerlos de todo.

En la ger que se elevaba a sus espaldas oyó berrear a uno de los hijos de Chakahai. No podía distinguir si era el niño o la niña. Su rostro se iluminó al pensar en la niña que, aunque apenas se sostenía sola, avanzaba hacia él tambaleándose

para apoyar su cabeza con afecto contra su pierna cada vez que lo veía. Había notado los terribles celos que habían invadido a Borte cuando presenció ese sencillo acto y suspiró al recordarlo. Conquistar ciudades enemigas era mucho menos complicado que las mujeres de su vida, o los hijos que le daban.

Por el rabillo del ojo vio aproximarse a su hermano Kachiun, caminando a grandes zancadas por uno de los senderos del campamento bajo el sol matutino.

—¿Te has escondido aquí? —exclamó Kachiun. Gengis asintió, dando un par de palmadas a su lado en las sillas de montar. Kachiun se sentó y le entregó a Gengis uno de los dos bolsillos calientes de cordero y pan sin levadura que traía, rebosantes de grasa humeante. Gengis lo tomó agradecido. Olía la nieve en el aire y deseó que llegaran los meses fríos.

—¿Dónde está Khasar esta mañana? —preguntó Gengis, arrancando un trozo de pan con los dedos y metiéndoselo en la boca.

—Ha salido con Ho Sa y los Jóvenes Lobos para enseñarles a cargar contra grupos de prisioneros. ¿Lo has visto? ¡Les da picas a los prisioneros! Ayer perdimos tres hombres.

—Me lo han contado —afirmó Gengis. Khasar utilizaba pequeños grupos de prisioneros para entrenar. A Gengis le sorprendía qué pocos estaban dispuestos a participar, a pesar de prometerles una pica o una espada. Sin duda era mejor morir así que en una apatía indiferente. Se encogió de hombros. Los jóvenes de las tribus tenían que aprender a luchar, como habrían hecho antes contra su propio pueblo. Khasar sabía lo que se hacía, Gengis estaba casi seguro.

Kachiun lo observaba en silencio, con una sonrisa irónica en los labios.

—Nunca preguntas por Temuge —dijo.

El rostro de Gengis se crispó. Su hermano pequeño le inquietaba y parecía que Khasar se había peleado con él. En realidad, Gengis tenía que reconocer que no conseguía que le interesaran las cosas que despertaban el entusiasmo de Temuge en los últimos tiempos. Se rodeaba de pergaminos Chin que iba llevándose de las ciudades, y los leía incluso en la oscuridad, a la luz de una lámpara.

—Entonces, ¿por qué estás aquí sentado? —preguntó Kachiun para cambiar de tema.

Su hermano resopló.

—¿Ves a esos hombres que están aguardando cerca de aquí?

—He visto a uno de los hijos woyela, al mayor —admitió Kachiun. A sus penetrantes ojos nunca se les escapaba nada.

—Les he dicho que no se me acerquen hasta que me levante. Cuando lo haga, vendrán a acribillarme con preguntas y demandas, como hacen todas las mañanas. Quieren que decida cuál de ellos tiene derecho a quedarse con un potro, porque uno es el dueño de la yegua y otro del semental. Luego, querrán que encargue una nueva armadura a algún trabajador del metal que resulta que es familiar suyo. La cosa no tiene fin. —Gruñó al pensar en ello—. Tal vez tú pudieras entretenerlos el tiempo

suficiente para que pueda escapar.

Kachiun sonrió al ver el aprieto en el que estaba su hermano.

—Y yo que pensaba que nada podía asustarte —dijo—. Nombra a algún otro hombre para que trate con ellos. Debes estar libre para planear la guerra con tus generales.

Gengis asintió a regañadientes.

—Ya me lo has sugerido antes, pero ¿en quién podría confiar para ocupar esa posición? Con un solo gesto, tendría más poder que ningún otro hombre de las tribus.

A ambos se les ocurrió la respuesta al mismo tiempo, pero fue Kachiun quien habló.

—Temuge se sentiría honrado de asumir esa tarea. Lo sabes.

Gengis no contestó y Kachiun continuó como si no percibiera ninguna objeción.

—Es menos probable que te robe él que otros hombres o que abuse de su posición. Dale un título como «Maestro de Comercio». En pocos días tendrá organizado el campamento. —Al ver que su hermano no parecía convencido, Kachiun probó otro enfoque—. También le obligaría a pasar menos tiempo con Kokchu.

Gengis alzó la vista al oír esas palabras y vio que los hombres que esperaba a su alrededor daban un paso adelante pensando que tal vez fuera a levantarse. Recordó su conversación con Chen Yi en Baotou. Parte de él quería tomar él mismo todas las decisiones, pero era cierto que había una guerra que tenía que ganar.

—Muy bien —dijo, con reticencia—, dile que el puesto es suyo durante un año. Le enviaré a tres guerreros que han quedado mutilados en combate para que lo ayuden. Les dará algo que hacer. Quiero que uno de ellos sea tu confidente, Kachiun, y te informe sólo a ti. Nuestro hermano tendrá muchas oportunidades para quedarse con algo de lo que pasa por sus manos. Un poco no hace daño a nadie, pero si es codicioso, quiero saberlo. —Se detuvo un momento—. Y asegúrate de que comprende que Kokchu no debe tener nada que ver con su nuevo papel. —Suspiró—. Si se niega, ¿a quién más tenemos?

—No se negará —afirmó Kachiun con seguridad—. Es un hombre de ideas, hermano. Este puesto le dará la autoridad que necesita para gobernar el campamento.

—Los Chin tienen jueces para aprobar las leyes y dirimir en las disputas —dijo Gengis, mirando hacia la distancia—. Me pregunto si nuestro pueblo aceptaría alguna vez a ese tipo de hombres entre nosotros.

—¿Si no fueran de tu propia familia? —preguntó Kachiun—. Tendría que ser un hombre muy valiente para atreverse a poner fin a las venganzas de las tribus, independientemente del título que le otorgaras. De hecho, mandaré otra docena de guardias para que protejan a Temuge. Nuestro pueblo podría llegar a mostrar su resentimiento con una flecha en la espalda. Al fin y al cabo, él no es su khan.

Gengis se burló.

—Seguro que sus espíritus oscuros la atraparían en el aire. ¿Has oído las historias

que han surgido en torno a él? Es peor que con Kokchu. A veces me pregunto si mi chamán sabe lo que ha creado.

—Pertenece a un linaje de khanes, hermano. Somos líderes en todos los puestos que ocupamos.

Gengis le dio unas palmadas en la espalda.

—Averiguaremos si el emperador Chin piensa lo mismo que tú. Quizá ordene a su ejército que se rinda cuando nos vea acercarnos.

—Entonces, ¿será este año? ¿En invierno? Creo que no tardará mucho en empezar a nevar.

—No podemos quedarnos aquí si no hay mejores pastos. Tengo que tomar la decisión con prontitud, pero no me gusta la idea de alejarme del ejército que han apostado en la Boca del Tejón sin desafiarlos. Nosotros podemos soportar un nivel de frío que a ellos los ralentizará e inutilizará.

—Pero habrán fortificado el paso, habrán sembrado el terreno de pinchos de metal, habrán excavado trincheras... todo lo que se les haya ocurrido —repuso Kachiun—. No será fácil para nosotros.

Gengis volvió sus pálidos ojos hacia su hermano y Kachiun retiró la mirada, posándola en las montañas que se atreverían a atravesar.

—Son tan arrogantes, Kachiun. Cometieron el error de dejarme saber dónde están —dijo Gengis—. Quieren que nos enfrentemos a ellos en el punto donde son más fuertes, donde nos están esperando. Su muro no impidió mi avance. Sus montañas y su ejército tampoco lo harán.

Kachiun sonrió. Sabía cómo funcionaba la mente de su hermano.

—Veo que has situado a todos los exploradores en las faldas de las montañas. Sería raro si pensaras arriesgarlo todo en un solo ataque a través del paso.

Gengis sonrió con ironía.

—Creen que sus montañas son demasiado altas para cruzarlas escalando, Kachiun. Otro de sus muros rodea la cadena montañosa y han dejado las cumbres más altas sin muralla, como protección natural, porque las consideran demasiado elevadas para los hombres. —Resopló—. Para los soldados Chin, tal vez, pero nosotros nacimos en la nieve. Recuerdo a mi padre sacándome de la ger desnudo cuando sólo tenía ocho años. Podemos soportar su invierno y cruzar ese muro interior.

Kachiun también había gimoteado a la puerta de la tienda de su padre, gritando que lo dejaran regresar al interior de la ger. Era una antigua costumbre que muchos creían que fortalecía a los niños. Kachiun se preguntó si Gengis habría hecho lo mismo con sus propios hijos y, al mismo tiempo que formulaba esa pregunta en su mente, supo que sí. Su hermano no permitiría que sus hijos fueran débiles, aunque podía acabar con ellos en el proceso de fortalecerlos.

Gengis acabó la comida y se chupó los dedos en los que la grasa había empezado a solidificar.

—Los exploradores encontraran rutas alrededor del paso. Cuando los Chin estén temblando dentro de sus tiendas, nos abalanzaremos sobre ellos desde todos los lados. Sólo entonces, Kachiun, atacaré la Boca del Tejón, empujando a su propia gente delante de mí.

—¿A los prisioneros? —preguntó Kachiun.

—No podemos alimentarlos —respondió Gengis—. Aún pueden sernos de utilidad si reciben las flechas y proyectiles de nuestros enemigos. —Se encogió de hombros—. Será una muerte más rápida que esperar a morirse de hambre.

Tras decir eso, Gengis se puso en pie y miró hacia las pesadas nubes que transformarían la llanura Chin en un desierto de hielo y nieve. El invierno era siempre una época de muerte, en la que sólo los más fuertes sobrevivían. Suspiró al percibir movimiento por el rabillo del ojo. Los hombres que lo esperaban lo habían visto levantarse y se aproximaron enseguida, por si acaso cambiaba de opinión. Gengis los miró con cara de pocos amigos.

—Diles que vayan a ver a Temuge —ordenó a Kachiun, alejándose con amplias zancadas.

Los dos exploradores estaban hambrientos. Hasta las gachas de queso y agua que llevaban empaquetadas se habían congelado mientras escalaban hasta lo alto del paso de la Boca del Tejón. Al norte y al sur, la segunda muralla de los Chin se extendía a través de las montañas. No era tan inmensa como la muralla que las tribus habían cruzado para entrar en las tierras de los Chin, pero ésta estaba entera, no habían dejado que se desmoronara a lo largo de los siglos como la otra. Preservada por el hielo, serpenteaba a través de valles distantes, destacando como una culebra gris en la blancura del terreno. En otros tiempos la construcción habría maravillado a los exploradores mongoles, pero a esas alturas simplemente se encogieron de hombros. Los ejércitos Chin no habían tratado de construir su muro hasta el punto más elevado de las cumbres pensando que nadie podría sobrevivir en las rocas y las pendientes de hielo sólido, tan frío a esa altura que la sangre sin duda se helaría. Se equivocaban. Los exploradores superaron el nivel de la muralla y penetraron en un mundo de hielo y nieve, buscando un camino por encima de las montañas.

La nieve recién caída había llegado a las llanuras, descendiendo en remolinos desde las nubes de tormenta que rodeaban los picos y cegándolos. Había momentos en que los vendavales abrían un agujero en la blancura, revelando el paso y las patas de araña del muro interior que se alargaba en la distancia. Desde esa altura ambos podían ver la mancha negra del ejército Chin en el extremo más lejano. Su propio pueblo había desaparecido de su vista sobre las estepas, pero ellos también estaban allí, esperando a que los exploradores regresaran.

—No se puede pasar —gritó Taran por encima del viento—. Tal vez Beriakh y los otros hayan tenido más suerte. Deberíamos volver. —Taran podía sentir el hielo en sus huesos, los cristales en sus articulaciones. Estaba seguro de que estaba próximo a la muerte y le costaba no mostrar su miedo. Su compañero, Vesak, simplemente gruñó, sin mirarlo. Ambos formaban parte de un grupo de diez, uno de los muchos que habían partido hacia las montañas para encontrar un modo de atacar la retaguardia del ejército Chin. Aunque se habían separado de sus compañeros durante la noche, Taran seguía confiando en el instinto de Vesak para encontrar una ruta, pero el frío, demasiado atroz para poder soportarlo, le estaba paralizando.

Vesak era un hombre mayor de más de treinta años, mientras que Taran todavía no había cumplido los quince años. Los demás hombres de su grupo decían que Vesak conocía al general de los Jóvenes Lobos, que saludaba a Tsubodai como un viejo amigo cada vez que se encontraban. Tal vez fuera cierto. Como Tsubodai, Vesak pertenecía a la tribu uriankhai, que había vivido en las zonas más al norte, y no parecía notar el frío. Taran se deslizó por una pendiente helada, y estuvo a punto de caer. Logró sujetarse clavando su cuchillo con fuerza en una fisura, pero su mano casi se resbala de la empuñadura cuando frenó con una sacudida. Sintió la mano de Vesak

en su hombro, luego el veterano salió al trote de nuevo y Taran lo siguió tambaleándose, intentando aguantar su ritmo.

El chico mongol estaba perdido en su propio mundo de sufrimiento y esfuerzos por resistir cuando vio que Vesak se había detenido delante de él. Habían seguido la cresta oriental, tan resbaladiza y peligrosa que Vesak los había unido a ambos con una cuerda para que pudieran salvarse mutuamente. Sólo el tirón que sacudía su cintura impedía que Taran se quedara dormido mientras continuaba avanzando, e incluso recorrió cinco pasos antes de darse cuenta de que Vesak se había acuclillado. Taran se agachó contra el suelo con un gemido apenas ahogado, mientras el hielo de su deel se desprendía en afiladas esquirlas. Llevaba guantes de piel de oveja, pero, cuando se llevó a la boca un puñado de nieve y empezó a chuparla, sus dedos seguían estando congelados. La sed era lo que más recordaba de las tentativas previas de escalar los picos. Una vez que el agua de su botella se congelaba, todo lo que tenían era la posibilidad de derretir la nieve. Pero nunca era suficiente para satisfacer su reseca garganta.

Mientras estaba allí agazapado, se preguntó cómo conseguirían los ponis sobrevivir en el hogar cuando los ríos se transformaban en hielo. Los había visto pastando en la nieve y parecía bastarles. Aturdido y agotado, abrió la boca para preguntárselo a Vesak. El experimentado explorador le echó una breve mirada y le hizo señas de que se callara.

Taran sintió que sus sentidos se agudizaban y su corazón empezó a salir de su aletargamiento. Ya habían estado cerca de los exploradores Chin en anteriores ocasiones. Fuera quien fuera quien comandara el ejército del paso, había ordenado salir a muchos de ellos para observar y entregar informes. La tormenta hacía difícil ver más de unos pocos pasos por delante y las altas cumbres se habían convertido en una competición mortal entre las dos fuerzas. El hermano mayor de Taran se había tropezado con uno de ellos, casi cayendo sobre él. Taran recordó la oreja que su hermano había traído como prueba y lo envidió. Se preguntó si alguna vez tendría la oportunidad de conseguir su propio trofeo y pavonearse lleno de orgullo entre los demás guerreros. Menos de un tercio de ellos habían sido iniciados con una muerte y se sabía que Tsubodai elegía a sus oficiales entre los miembros de ese grupo más que entre aquéllos que aún no habían demostrado su valor. Taran no tenía ni espada ni arco, pero su cuchillo estaba afilado e hizo girar sus entumecidas muñecas para mantenerlas flexibles.

Con un agudo dolor en las rodillas, se arrastró hacia Vesak, sabiendo que el aullido del viento cubriría cualquier sonido que pudiera hacer al moverse. Escudriñó la blancura tratando de vislumbrar lo que su compañero había visto. Vesak era como una estatua y Taran hizo cuanto pudo por imitar su inmovilidad, aunque el frío penetraba en él desde el suelo y lo hacía estremecerse constantemente.

Allí. Algo se había movido en el blanco. Los exploradores Chin llevaban ropas claras que se fundían con la nieve, lo que les hacía casi invisibles. Taran rememoró

las historias que le habían relatado los guerreros más viejos. Decían que, cuando la nieve caía en veloces remolinos, las montañas escondían algo más que simples hombres. Deseó que se tratara sólo de leyendas que se habían inventado para asustarlo, pero aferró su cuchillo con fuerza. A su lado, Vesak alzó el brazo, señalando. Él también había visto la sombra.

Fuera lo que fuera, no había vuelto a moverse. Vesak se aproximó a él para hablar en susurros y, al hacerlo, Taran vio la figura de un hombre levantarse de un salto de un banco de nieve con una ballesta en las manos.

El instinto de Vesak funcionó bien. Vio cómo se abrían los ojos de Taran y se tiró al suelo, girando sobre sí mismo al hacerlo para alejarse. Taran oyó el restallido de la saeta sin verla y de pronto había sangre en la nieve y Vesak gritaba de rabia y de dolor. El frío desapareció al instante y Taran se puso en pie, haciendo caso omiso de la figura de su amigo, que se retorció en el suelo. Le habían enseñado a reaccionar ante una ballesta y su mente quedó en blanco mientras se lanzaba hacia delante: sólo disponía de unos instantes antes de que el hombre tirara otra vez de la cuerda para disparar.

Taran se resbaló en el traicionero terreno, mientras la cuerda que le sujetaba a Vesak serpenteaba por la nieve tras de él. No tenía tiempo para cortarla. Vio que el explorador Chin estaba forcejeando con su arma y se lanzó sobre él, derribándolo. La ballesta salió volando por los aires y Taran se encontró enzarzado en un abrazo con un hombre más fuerte que él.

Lucharon en un silencio jadeante, solos y helados. Taran había aterrizado sobre el soldado y trataba desesperadamente de aprovechar la ventaja. Golpeaba con rodillas y codos, mientras su enemigo le sujetaba la mano que sostenía el cuchillo con ambas manos. Taran lo estaba mirando fijamente a los ojos cuando descargó la cabeza con fuerza contra su nariz, sintió cómo se rompía y oyó el grito de dolor de su rival. Todavía no había soltado la mano del puñal y le pegó una y otra vez, golpeando con la frente su sanguinolenta cara. Logró colocar su antebrazo libre bajo la barbilla del hombre y apretó la garganta expuesta. En aquel momento, el soldado le soltó la muñeca y clavó los dedos en los ojos de Taran, intentando cegarlos. Taran arrugó el rostro y le pegó otro cabezazo sin mirar.

Todo terminó tan rápido como había empezado. Taran abrió los ojos y vio que los ojos del soldado Chin se dirigían hacia arriba sin ver. Le había hundido el cuchillo casi sin notarlo y seguía sobresaliendo de su túnica forrada de piel. Taran yacía resollando en el aire enrarecido, incapaz de respirar normalmente. Escuchó que Vesak lo llamaba y se percató de que el sonido llevaba un tiempo oyéndose. Se esforzó por adoptar la expresión impasible del guerrero, haciendo acopio de disciplina. No quería quedar en vergüenza delante de Vesak.

Con un tirón, extrajo el cuchillo y se separó del cadáver. La cuerda se le había enredado en los pies durante el combate y se libró de ella dando patadas al aire. Vesak volvió a llamarlo, y esta vez su voz sonó más débil. Taran no podía quitar los ojos del

hombre que había matado, pero no se paró a pensar. Tardó unos momentos en tirar de la pesada cuerda que rodeaba al soldado para enrollarla en su propio cuerpo. Sin ella el cadáver parecía más pequeño y Taran se fijó en la sangre que había salpicado la nieve: un círculo de gotas rojas dibujaba la forma de la cabeza en el lugar donde había estado apoyada. Sentía cómo la sangre se le iba resecaando en la piel y se frotó el rostro con brusquedad, con súbito asco. Cuando volvió a mirar a Vesak, vio que su compañero se había arrastrado hasta conseguir adoptar la posición de sentado y lo estaba observando. Taran lo saludó con una inclinación de cabeza, luego alargó la mano para cortarle una oreja al primer hombre muerto por su mano.

Tras meter el truculento pedazo de carne en una bolsa, se dirigió hacia Vesak tambaleándose, aún aturdido. La lucha había hecho desaparecer el frío de su cuerpo, pero de repente retornó con intensidad y se percató de que estaba tiritando y de que los dientes le castañeteaban cada vez que dejaba de apretar las mandíbulas.

Vesak tenía el rostro tirante por el dolor y jadeaba. La flecha le había alcanzado en el costado, por debajo de las costillas. Taran vio que el extremo negro de la saeta todavía sobresalía y la sangre había empezado a congelarse y a asemejarse a cera roja. Alargó un brazo para ayudar a Vesak a ponerse en pie, pero el guerrero negó con la cabeza con gesto fatigado.

—No puedo ponerme en pie —murmuró Vesak—. Déjame aquí sentado mientras tú sigues adelante.

Taran sacudió la cabeza con energía, negándose a aceptarlo. Levantó a Vesak, aunque su peso era excesivo para él. Vesak gruñó y Taran cayó con él, desplomándose de rodillas sobre la nieve.

—No puedo ir contigo —dijo Vesak, jadeando—. Déjame morir. Sigue el rastro de ese soldado lo mejor que puedas. Venía de más arriba, ¿entiendes? Tiene que haber un modo de atravesar.

—Podría arrastrarte sobre la túnica del soldado, como si fuera un trineo —replicó Taran. Le parecía increíble que su amigo se estuviera dando por vencido y empezó a extender el abrigo sobre la nieve. Las piernas casi se le doblaron al hacerlo y tuvo que apoyarse en una roca, esperando a que regresaran sus fuerzas.

—Debes encontrar el camino de vuelta, chico —susurró Vesak—. No vino desde nuestro lado de la montaña. —Respiraba a intervalos más largos cada vez y mantenía los ojos cerrados. Taran miró más allá de él, hacia donde yacía el soldado en un charco de sangre. De repente recordó la pelea y el estómago se le revolvió violentamente, haciendo que se doblara hacia delante sacudido por unas arcadas. No tenía nada sólido dentro que pudiera vomitar aunque expulsó un chorro de un denso líquido amarillo que dejó unas líneas dibujadas en la nieve. Se restregó la boca, furioso consigo mismo. Vesak no lo había visto. Se volvió hacia su compañero, a los copos que estaban posándose sobre sus facciones. Taran lo sacudió, pero no hubo respuesta. Estaba solo y el viento ululaba llamándolo.

Un rato después, Taran se levantó tambaleándose y regresó hacia donde el

soldado Chin había estado acechándolos. Por primera vez, Taran miró más allá del cadáver y, de pronto, recobró por completo las fuerzas. Cortó la cuerda con su cuchillo y a continuación, avanzó a trompicones, escalando de forma temeraria y resbalándose varias veces. No había sendero, pero el terreno le pareció sólido cuando lanzó unos cuantos puñetazos contra la nieve y se encaramó por una pendiente. Aquel aire enrarecido lo obligaba a respirar entrecortadamente pero, de improviso, el viento se calmó y se encontró al abrigo de una inmensa roca de granito. La cumbre seguía estando mucho más arriba, pero no necesitaba alcanzarla: algo más adelante, vio una única cuerda por donde el soldado había trepado hasta ese punto. Vesak tenía razón. Había una forma de pasar al otro lado y la preciosa muralla interior de los Chin había resultado ser una defensa tan fallida como la otra.

El cuerpo de Taran estaba entumecido por el frío y sus pensamientos avanzaban con lentitud. Por fin, asintió para sí y luego emprendió el regreso pasando por donde estaban los dos hombres muertos. No fracasaría. Tsubodai estaba esperando noticias.

A sus espaldas, empezó a nevar copiosamente y los blancos copos fueron cubriendo los cadáveres y borrando todos los signos de lo sucedido hasta que el escenario de la sangrienta lucha quedó helado y perfecto una vez más.

Bajo la nieve, el campamento no permanecía en silencio. Los generales de Gengis hacían que sus hombres lo cruzaran a caballo, practicando maniobras y tiro con arco para endurecerse. Los guerreros llevaban las manos y la cara cubiertas de grasa de oveja y entrenaban durante horas disparando flechas contra muñecos de paja a galope tendido, desde unos diez pasos de distancia. Los hombres de paja se encojían y saltaban una y otra vez, y los niños se precipitaban sobre ellos para arrancarles las flechas, calculando el tiempo que tenían antes de que el siguiente jinete apareciera al principio de la calle.

Los prisioneros que habían capturado en las ciudades seguían siendo miles, a pesar de los juegos de guerra en los que Khasar los había hecho participar. Eran una sola masa, que se sentaba o permanecía de pie en la franja exterior al círculo de las tiendas. A pesar de que sólo unos cuantos pastores vigilaban a aquellos hombres hambrientos, no se escapaban. En los primeros días, algunos salieron huyendo pero todos los guerreros sabían seguir el rastro de una oveja perdida y regresaban trayendo sólo sus cabezas, que arrojaban hacia lo alto en dirección a la muchedumbre de prisioneros como aviso para los demás.

Una nube de humo se cernía sobre todas las gers, que tenían los fogones encendidos. Las mujeres cocinaban los animales sacrificados y destilaban airag negro para calentar a sus esposos. Cuando los guerreros estaban entrenando, comían y bebían más de lo habitual, tratando de añadir una capa de grasa a sus cuerpos para protegerse del frío. Era difícil lograrlo pasando doce horas a caballo cada día, pero Gengis había dado la orden y casi un tercio de los rebaños había muerto para

satisfacer el hambre de sus hombres.

Tsubodai llevó a Taran a la gran ger en cuanto el joven explorador le transmitió su informe. Gengis estaba allí con sus hermanos Khasar y Kachiun y salió de la tienda al oír que Tsubodai se aproximaba. El khan notó que el chico que acompañaba a Tsubodai estaba exhausto y se tambaleaba un poco en el frío. Tenía círculos negros en torno a los ojos y parecía que no había comido en varios días.

—Ven conmigo a la ger de mi esposa —dijo Gengis—. Te meterá carne caliente en el estómago y podremos hablar. —Tsubodai hizo una inclinación de cabeza y Taran intentó hacer lo mismo, sobrecogido por el hecho de estar ante el mismo khan. Siguió trotando a ambos hombres mientras Tsubodai le hablaba a Gengis del paso que Vesak y él habían encontrado. Mientras hablaba, el chico echó una mirada hacia las montañas, sabiendo que el cadáver congelado de Vesak estaba en alguna parte allí arriba. Quizá la primavera lo dejara de nuevo a la vista. Taran tenía demasiado frío y estaba demasiado cansado para pensar y, cuando por fin estuvo a cobijo del viento, tomó un tazón del grasiento estofado en las manos entumecidas y empezó a engullirlo con el rostro sin expresión.

Gengis observó al chico, divertido por su apetito voraz y por el modo en que lanzaba miradas de envidia al águila del khan. El ave roja tenía puesta la capucha, pero desde su percha se giraba hacia el recién llegado y parecía observarlo a su vez.

Borte no se alejaba del explorador, rellenándole el tazón en cuanto lo vaciaba. Le dio también un odre de airag negro, que lo hizo toser y resoplar, pero luego asintió agradecido cuando el color retornó de nuevo a sus heladas mejillas.

—¿Encontraste un paso hacia el otro lado? —le preguntó Gengis cuando los ojos vidriosos de Taran hubieron recobrado la viveza.

—Fue Vesak, señor. —De pronto, un pensamiento se le vino a la mente, rebuscó con dedos rígidos y torpes en su bolsillo y por fin extrajo algo que era claramente una oreja. La sostuvo en alto con orgullo.

—Maté a un soldado que estaba esperándonos allí.

Gengis cogió la oreja de sus dedos y la examinó antes de devolvérsela.

—Eso ha estado muy bien —alabó, con paciencia—. ¿Podrías volver a encontrar el camino?

Taran asintió, agarrando la oreja como si fuera un talismán. Habían sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo y estaba abrumado. De nuevo fue consciente de que estaba hablando con el hombre que había formado la nación de las tribus. Sus amigos nunca creerían que había hablado con el khan en persona mientras Tsubodai lo observaba como un padre orgulloso.

—Sí, señor.

Gengis sonrió y su mirada se perdió en la lejanía. Hizo un gesto con la cabeza a Tsubodai, viendo su propio triunfo reflejado en sus ojos.

—Entonces, vete a dormir, muchacho. Descansa y come hasta hartarte, luego vuelve a dormir. Necesitarás estar fuerte para guiar a mis hermanos. —Palmeó a

Taran en el hombro, haciendo que se tambaleara.

—Vesak era un buen hombre, señor —dijo Tsubodai—. Yo lo conocía bien.

Gengis miró al joven guerrero que había designado para liderar a diez mil hombres. Vio una pena profunda en sus ojos y comprendió que Vesak pertenecía a su misma tribu. Aunque había prohibido que se hablara de las antiguas familias, había vínculos que estaban muy arraigados.

—Si podemos encontrar su cadáver, haré que lo bajen al campamento y que se le rindan los honores merecidos —dijo—. ¿Tenía esposa, hijos?

—Sí señor —contestó Tsubodai.

—Me aseguraré de que no pasen penalidades —respondió Gengis—. Nadie les robará su rebaño ni obligará a su esposa a ir a la tienda de otro hombre.

El alivio de Tsubodai fue manifiesto.

—Gracias, señor —replicó. Dejó a Gengis para que comiera con su mujer y volvió a exponer a Taran al viento del exterior, cogiéndolo por la nuca para expresar su orgullo.

Dos días después, cuando Khasar y Kachiun reunieron a sus hombres, la tormenta seguía rugiendo. Cada uno de los dos generales aportaba cinco mil guerreros a los que, tras dejar atrás sus caballos, Taran guiaría por las cumbres en una sola fila. Gengis no había perdido el tiempo en esos dos días: había ordenado confeccionar miles de copias de los muñecos de paja, madera y tela con los que entrenaban los arqueros y colocarlos en los ponis que no tenían jinete. En la remota posibilidad de que los exploradores Chin fueran capaces de distinguir algo en las llanuras azotadas por las ventiscas, no notarían que el número de hombres había disminuido.

Khasar estaba frente a su hermano, se estaban frotando mutuamente grasa en la cara antes de acometer la ardua subida que tenían por delante. A diferencia de los exploradores, sus hombres irían cargados con sus arcos y espadas, así como con cien flechas que llevaban dentro de dos pesados carcajes atados a la espalda. En total, los diez mil hombres llevaban un millón de flechas: habían invertido dos años de trabajo en confeccionarlas y eran su posesión más preciada. Sin bosques de abedules donde obtener más madera, no podían reponerlas.

Habían tenido que envolver todo lo que transportaban en trapos aceitados como protección contra la humedad y se movían con rigidez bajo las capas extra, sacudiendo los pies contra el suelo y dando palmas con las manos enguantadas para calentarse en el frío viento.

Taran, muy orondo por el hecho de ser él quien guiara a los hermanos del khan, estaba tan nervioso y lleno de entusiasmo que apenas podía mantenerse quieto. Cuando estuvieron listos, Khasar y Kachiun hicieron un gesto con la cabeza al chico y se volvieron a mirar a la columna de hombres que cruzaría las montañas a pie. El ascenso sería rápido y duro, una prueba cruel incluso para los que estaban más en

forma. Los hombres sabían que si los batidores Chin los veían, tendrían que alcanzar el paso antes de que dieran parte de su maniobra. Todo el que cayera, sería abandonado.

El viento golpeaba las filas cuando Taran arrancó, girándose hacia atrás al sentir los ojos de todos posados en él. Khasar notó su nerviosismo y sonrió, compartiendo ese momento de excitación con su hermano Kachiun. Era el día más frío del invierno hasta la fecha, pero los hombres estaban de buen humor. Estaban deseando aplastar al ejército que los aguardaba al otro lado del paso. Y se deleitaban aún más pensando en saltar sobre ellos por detrás, echando por tierra sus ingeniosas defensas. El propio Gengis había acudido para verlos marchar.

—Tienes hasta el amanecer del tercer día, Kachiun —le había dicho Gengis a su hermano—. Entonces entraré por el paso.

Hasta la mañana del segundo día no llegaron al lugar entre las cumbres donde Vesak había perdido la vida. Taran desenterró el cadáver de su amigo del montón de nieve que lo cubría, retirando la nieve de las grisáceas facciones en un silencio sobrecogedor.

—Podríamos dejar una bandera en su mano para marcar el camino —murmuró Khasar a Kachiun, haciéndolo sonreír. La fila de guerreros se extendía por la ladera de la montaña y la tormenta parecía estar amainando, pero no apremiaron al joven explorador mientras sacaba una franja de tela azul y envolvía con ella el cuerpo de Vesak, entregándoselo al padre cielo.

Taran se puso en pie y agachó la cabeza un momento antes de subir a la carrera el último tramo de terreno helado que llevaba hasta la pendiente descendente. La columna pasó junto a la figura congelada y todos los hombres se volvieron a mirar el rostro del guerrero muerto y murmuraron unas pocas palabras de saludo u oración.

Tras dejar el elevado puerto a sus espaldas, Taran pisaba terreno desconocido y el paso se redujo de forma frustrante. La luz del sol se difundía en todas direcciones deslumbrándolos y dificultando el avance directo hacia el este. Cuando el viento revelaba las montañas a alguno de los dos lados, Khasar y Kachiun observaban atentamente el paisaje y tomaban nota mental de algunos detalles del terreno.

A mediodía, calcularon que habían hecho la mitad del recorrido de descenso, con los dos fuertes gemelos todavía a mucha distancia por debajo de su posición.

Una caída a plomo de más de quince metros volvió a retrasarlos, aunque hallaron unas viejas cuerdas que marcaban el lugar por donde había escalado el soldado Chin. Después de haber pasado varios días a la intemperie, los cordones trenzados estaban quebradizos y ataron otros nuevos antes de bajar con el máximo cuidado. Los que llevaban guantes se los guardaron en el deel para el descenso y, al poco, se dieron cuenta de que los dedos se les estaban quedando blancos y tiesos a una alarmante velocidad. La congelación era una preocupación seria para hombres que planeaban utilizar sus arcos. Mientras trotaban por las abruptas pendientes, todos los guerreros abrían y cerraban los puños, o bien metían las manos en las axilas dejando que las mangas de sus túnicas se balancearan libremente.

Muchos se resbalaron en el hielo y las caídas más duras fueron las de los que habían escondido las manos en los deel. Se levantaban con movimientos rígidos, los rostros contraídos contra el viento mientras otros pasaban por su lado sin mirarlos. Todos y cada uno de ellos estaban solos y todos se pusieron en pie como pudieron para no quedarse atrás.

Fue Taran quien dio un grito de aviso cuando el sendero se dividió en dos. Bajo la espesa manta de nieve, una de las sendas era poco más que una arruga en la blanca superficie, pero serpenteaba en otra dirección y el muchacho no sabía cuál era la que los llevaría hasta abajo.

Khasar se aproximó a él, alzando la mano para indicar a los que estaban a sus espaldas que debían detenerse. La fila de hombres se extendía casi hasta donde yacía el cadáver de Vesak. No podían retrasarse y un solo error a esas alturas podría significar una muerte lenta, atrapados y exhaustos en una ruta sin salida.

Khasar mordisqueó una pielecilla de sus labios escareados y miró a Kachiun buscando inspiración. Su hermano se encogió de hombros.

—Deberíamos seguir avanzando hacia el este —dijo Kachiun con voz cansada—. El sendero lateral lleva de vuelta a los fuertes.

—Podría darnos otra oportunidad de sorprenderlos por atrás —respondió Khasar, mirando fijamente a lo lejos. El sendero desaparecía de la vista sólo veinte pasos más adelante perdiéndose en un remolino de viento y nieve.

—Gengis quiere que estemos detrás de los Chin tan pronto como sea posible —le recordó Kachiun. Taran observaba el diálogo fascinado, pero ambos hermanos hacían caso omiso del chico.

—Pero Gengis no sabía que podía haber otro camino que condujera justo hasta detrás de los fuertes —dijo Khasar—. Merece la pena echar un vistazo, por lo menos.

Kachiun negó con la cabeza, irritado.

—Sólo tenemos una noche más en este lugar sin vida, porque al amanecer se pone en marcha. Si te pierdes, podrías congelarte y morir.

Khasar miró el rostro preocupado de su hermano y sonrió de oreja a oreja.

—Ya veo que estás seguro de que sería yo el que fuera. Podría ordenarte que fueras tú el que tomara ese camino.

Kachiun suspiró. Gengis no había puesto a ninguno de los dos al mando y pensó que no hacerlo era un error tratándose de Khasar.

—No, no podrías —replicó con paciencia—. Voy a seguir contigo o sin ti. No te detendré si decides probar a ir por el otro camino.

Khasar asintió, pensativo. A pesar de la ligereza de su tono, sabía a qué riesgos se enfrentaba.

—Aguardaré aquí y me quedaré con los últimos mil. Si no lleva a ninguna parte, daré media vuelta y os alcanzaré por la noche. —Se estrecharon brevemente la mano y, a continuación, Kachiun y Taran se volvieron a poner en marcha, dejando a Khasar allí e instando a los guerreros a que aceleraran el paso.

Contar a nueve mil hombres avanzando con lentitud le llevó mucho más tiempo de lo que había imaginado. Cuando los últimos mil aparecieron ante él, casi se había hecho de noche. Khasar se dirigió a uno de los guerreros y lo tomó del hombro, gritando para hacerse oír sobre el ulular del viento.

—Ven conmigo —le ordenó. Sin esperar respuesta, tomó el otro sendero, hundiéndose casi hasta la cadera en la esponjosa nieve virgen. Los fatigados hombres que caminaban tras él lo siguieron sin cuestionar la orden, entumecidos por el frío y el sufrimiento.

Sin tener a su hermano para conversar, Kachiun pasó en silencio muchas de las

restantes horas de luz. Taran seguía guiándolos, aunque no conocía el camino mejor que cualquiera de los otros. El descenso era un poco más abierto en aquella zona de las montañas y, unas horas más tarde, el aire que respiraban parecía estar menos enrarecido. Kachiun se dio cuenta de que no necesitaba aspirar las bocanadas de aire con tanta energía para llenar sus pulmones y pudieron ver las estrellas por primera vez en varios días, brillantes y perfectas detrás de las nubes a la deriva.

A medida que avanzaba la noche, el frío se fue acentuando, pero no se detuvieron, sino que recuperaron fuerzas mientras caminaban comiendo la carne seca que transportaban en pequeñas bolsitas. La primera noche habían dormido en las laderas, dentro de zanjales individuales que cada hombre había excavado para sí a semejanza de los lobos. Kachiun sólo había conseguido conciliar el sueño durante unas pocas horas y ahora estaba desesperadamente cansado. Sin saber cuánto faltaba para alcanzar al ejército Chin, no se atrevía a permitir que sus hombres tomaran otro descanso.

La pendiente empezó a suavizarse un tiempo después. Había pálidos abedules mezclados con pinos negros, tan abundantes en algunas zonas que ya no caminaban sobre la nieve, sino sobre hojas muertas. Kachiun se sintió confortado al verlas porque eran un indicio de que estaban cerca del final de su viaje. No obstante, era imposible saber si habían pasado junto a los soldados Chin sin verlos o seguían caminando en paralelo a la Boca del Tejón.

También Taran estaba pasando un mal rato y Kachiun vio cómo hacía girar sus brazos cada cierto tiempo: era un viejo truco de los exploradores para que la sangre bajara hasta la punta de los dedos y no se congelaran y ennegrecerán. Kachiun lo imitó y ordenó que hicieran correr la voz de hacer lo mismo en toda la fila. A pesar del dolor que sentía en cada uno de sus músculos, se rió al imaginarse a toda la fila de adustos guerreros agitando los brazos como pajaritos.

La luna, llena y reluciente, se elevó en el riel por encima de las montañas, iluminando la cansada columna en su pesado progreso. El pico que habían escalado se alzaba imponente a sus espaldas... otro mundo. Kachiun se preguntó cuántos de sus hombres habrían caído en esos altos pasos y habrían tenido que ser abandonados allí como Vesak. Esperaba que alguno de los guerreros hubiera tenido suficiente sentido común como para coger el carcaj del muerto antes de que lo cubriera la nieve. Debería haberse acordado de dar esa orden y farfulló irritado para sí mientras caminaba. Faltaba mucho para que amaneciera y sólo podía confiar en encontrar el camino que los llevaría hasta el ejército Chin antes de que Gengis atacara. Mientras daba amplias zancadas sobre la nieve, sus pensamientos vagaban, deteniéndose un momento en Khasar y luego en sus hijos, que aguardaban su regreso en el campamento. A veces, se perdía en ensoñaciones y creía estar en una cálida ger hasta que despertaba con un respingo para descubrir que seguía caminando. Al hermano del khan no lo dejarían tirado a un lado del camino para que muriera tras quitarle los carcajes llenos de flechas. Kachiun podía dar gracias aunque sólo fuera por eso.

Tenía la impresión de llevar toda la vida caminando cuando emergieron de una

pequeña arboleda y, a unos pasos por delante de él. Taran, de repente, se agazapó. Kachiun lo imitó y, a continuación, avanzó con sigilo notando cómo protestaban sus rodillas. A sus espaldas oyó algunas maldiciones ahogadas cuando sus hombres fueron chocando unos contra otros a la luz de la luna, despertando de sus ambulantes trances por el súbito alto. Kachiun miró a su alrededor mientras seguía avanzando a gatas. Se hallaban en una pendiente suave, un valle de perfecta blancura que parecía continuar hasta el infinito. Al otro extremo, las montañas volvían a elevarse en riscos tan escarpados que dudaba de que nadie los escalara jamás. A su izquierda, el paso de la Boca del Tejón terminaba en una amplia zona llana a menos de dos kilómetros de donde estaban. La visión de Kachiun parecía más penetrante de lo que solía ser bajo la luz de la luna y abarcó la totalidad del vacío, hermoso y mortífero paisaje. Un océano de tiendas y estandartes se extendía a partir del final del paso. El humo se elevaba en volutas desde el campamento uniéndose a la niebla que rodeaba las cumbres y el olor a madera quemada que flotaba en el aire fue captado por los sentidos de Kachiun, que empezaban a salir de su letargo.

Consternado, gruñó para sí. Los Chin habían reunido un ejército tan vasto que no se veía su fin. La Boca del Tejón daba paso a unas llanuras de hielo y nieve que formaban una especie de hondonada circundada de altos picos: allí comenzaba el camino que llevaba a la ciudad del emperador. Los soldados Chin la cubrían por completo y llegaban todavía más allá, ocupando incluso la siguiente llanura. Las blancas montañas ocultaban su extensión total, pero, aun así, tenían más hombres de los que Kachiun había visto nunca. Gengis no sabía cuántos eran y, en unas pocas horas, emprendería con calma la marcha hacia el paso.

Con una súbita punzada de terror, Kachiun se preguntó si sus hombres serían visibles desde el campamento. Los exploradores Chin tenían que estar patrullando la zona. Serían tontos si no lo hicieran y ahí estaba él, con una columna de guerreros que se alargaba hasta el blanco refugio de las montañas. Necesitaban la ventaja de la sorpresa y casi la había arruinado. Dio una palmada a Taran en la espalda agradeciéndole el aviso y el chico sonrió encantado.

Kachiun organizó sus planes e hizo correr la voz a lo largo de la fila. Los hombres de la retaguardia retrocederían la distancia suficiente para evitar que el alba los revelara a aquéllos de sus rivales que tuvieran la vista más aguda. Kachiun alzó la mirada hacia el cielo despejado y deseó que cayera más nieve para cubrir su rastro. El amanecer estaba próximo y confió en que Khasar hubiera llegado a salvo a su destino. Con lentitud y esfuerzo, la hilera de guerreros empezó a retroceder por la pendiente en dirección a los árboles que habían dejado atrás. Mientras escalaba, a Kachiun le vino a la memoria un recuerdo de su infancia: había estado escondido con su familia en una hendidura en las colinas de su hogar, a un paso de morir de hambre y de frío a cada instante. Una vez más, se escondería, pero en esta ocasión saldría de su refugio rugiendo y Gengis cabalgaría feroz a su lado.

En silencio, elevó una plegaria al padre cielo rogando para que Khasar también

hubiera sobrevivido y no estuviera a punto de morir congelado en alguna alta pendiente, perdido y solo. La imagen hizo que Kachiun esbozara una ancha sonrisa. No era tan fácil detener a su hermano. Si alguien podía conseguirlo, ése era él.

Una y otra vez Khasar hizo gestos a los hombres que lo seguían para que se callaran. La tormenta había cesado y, cuando se retiraron las móviles nubes, pudo ver las estrellas sobre sus cabezas. La luna iluminaba las yermas pendientes y vio que se encontraba al borde de una garganta que caía en picado. Cuando divisó la negra torre de uno de los fuertes Chin, se quedó un instante sin aliento: los fuertes estaban prácticamente a sus pies, pero separados por un abismo negro en el que se elevaban rocas tan afiladas que la nieve apenas se había posado sobre ellas. Enormes ventisqueros se amontonaban en torno al fuerte donde habían caído tras resbalar desde lo alto de los peñascos y Khasar se preguntó si sus hombres serían capaces de llevar a cabo ese descenso final. El propio fuerte había sido construido en un risco situado directamente frente al paso, y sin duda estaba repleto de armas para aplastar a cualquiera que vieran atravesándolo. Pero no esperarían sufrir un ataque desde los peñascos que se elevaban a sus espaldas.

Al menos tenían la luz de luna. Regresó con sus hombres, que estaban empezando a apiñarse. El viento se había convertido en un leve gemido y pudo dar sus órdenes en un susurro, empezando por decirles que comieran y descansaran mientras hacían pasar hacia delante las cuerdas que transportaban. Estos últimos mil procedían del tumán de Kachiun y Khasar no los conocía, pero los oficiales se presentaron ante él y aceptaron sus órdenes con un mero asentimiento. La voz corrió con rapidez y el primer grupo de diez comenzó a atar varias cuerdas, enrollándolas cerca del borde. Tenían las manos entumecidas por el frío y, al ver la torpeza con la que hacían los nudos, Khasar se preguntó si no estaría enviándolos a todos a la muerte.

—Si caéis, guardad silencio —susurró al primer grupo— o vuestro grito despertará al fuerte que tenemos debajo. Puede que lograrais sobrevivir, incluso, si caéis sobre una capa gruesa de nieve. —Uno o dos de ellos sonrieron ante esas palabras, echando una ojeada al abismo y meneando la cabeza—. Yo iré primero —dijo Khasar.

Se quitó los guantes de piel, haciendo una mueca de frío al coger la maroma. Había descendido peores pendientes, se dijo, aunque nunca cuando estaba cansado y con frío. Se obligó a adoptar una expresión de seguridad en sí mismo mientras daba unos tirones de la cuerda. Los oficiales la habían atado al tronco de un abedul caído y parecía estar sólidamente sujeta. Khasar se aproximó de espaldas al borde y trató de no pensar en el precipicio que se abría a sus pies. No había ninguna duda de que nadie podría sobrevivir a una caída.

—No más de tres hombres por cuerda —ordenó mientras emprendía la bajada. Se descolgó tan lejos como pudo y empezó a bajar por la piedra helada—. Atad más

cuerdas entre sí o tardaremos toda la noche en llegar abajo.

Daba órdenes para ocultar su propio nerviosismo, esforzándose en mantener la expresión impasible y no dejar traslucir su miedo. Los guerreros se congregaron en torno al borde para observarlo hasta que, por fin, llegó al final del saliente y saltó. El hombre que estaba más cerca comenzó a anudar dos cuerdas para iniciar el segundo descenso y uno de ellos hizo un gesto con la cabeza a sus amigos, se tumbó sobre el estómago y agarró la temblorosa cuerda que había sostenido a Khasar. Él también desapareció por el abismo.

Gengis aguardaba con impaciencia a que llegara el amanecer. Había enviado a varios exploradores al paso con instrucciones de acercarse tanto como fuera posible, de modo que algunos retornaron con flechas de ballesta hundidas en la armadura. El último de ellos había regresado al campamento al ponerse el sol con dos astiles sobresaliendo de su espalda. Uno de los virotes había atravesado las capas de hierro, y un rastro de sangre recorría su pierna y los jadeantes flancos de su poni. Dada la importancia de las noticias que pudiera darle, Gengis escuchó el informe del explorador antes de enviarlo a que le curaran las heridas.

El general Chin había dejado el paso abierto. Antes de que el batidor tuviera que retroceder a causa de la lluvia de proyectiles, había visto dos grandes fuertes elevándose sobre la franja de terreno que se extendía más abajo. Gengis estaba seguro de que los soldados que los ocupaban estaban dispuestos a matar a cualquiera que tratara de cruzar por ese camino. El hecho de que el paso no estuviera bloqueado le preocupaba: sugería que el general deseaba que intentara un ataque frontal y que confiaba en poder obligar al ejército mongol a avanzar hacia sus hombres y ser aplastados en aquella posición, en la que tenían todas las de perder.

En su punto más abierto, el paso tenía casi dos kilómetros de anchura, pero a la altura de los fuertes, los muros de roca se estrechaban hasta no dejar un hueco de más de doce pasos entre ellos. Sólo la idea de encontrarse encerrado allí, incapaz de cargar, provocó una sensación de náuseas en el estómago de Gengis que reprimió en cuanto la identificó. Había hecho todo cuanto estaba en su mano y sus hermanos atacarían tan pronto como pudieran ver con suficiente claridad como para acertar a sus blancos. No los haría volver, ni siquiera si se le ocurría un plan mejor en el último momento. No estaban a su alcance, ocultos por las montañas y la nieve.

Al menos la tormenta había amainado. Gengis alzó la vista hacia las estrellas, que revelaron el masivo grupo de prisioneros que había conducido hasta la boca del paso, apiñados entre sí para darse calor. Avanzarían delante de su ejército, absorbiendo las flechas y saetas de los Chin. Si los soldados derramaban aceite ardiendo desde los fuertes, los prisioneros se llevarían la peor parte.

El aire nocturno estaba helado, pero no podía dormir e inspiraba hondas bocanadas para que el frescor llegara a sus pulmones. El alba estaba próxima. Otra

vez, revisó mentalmente sus planes, pero no podía hacer nada más. Sus hombres habían comido bien, mejor de lo que lo habían hecho en meses. Los que irían en cabeza al entrar en el paso eran guerreros veteranos que llevaban buenas armaduras. En las primeras filas había puesto hombres con lanzas, en parte para ayudarlos a hacer avanzar a los prisioneros. Los Jóvenes Lobos de Tsubodai irían detrás de él y luego los guerreros de Arslan y Jelme, veinte mil que no echarían a correr por muy atroz que llegara a ser la lucha.

Gengis desenfundó la espada de su padre y observó cómo resplandecía la cabeza de lobo de la empuñadura a la luz de las estrellas. Arremetió contra el vacío con ella, exhalando un gruñido. A su alrededor, el campamento estaba en silencio, aunque siempre había ojos que observaban. Realizó la serie de ejercicios corporales que Arslan le había enseñado, que estiraba los músculos a la vez que los fortalecía. El monje Yao Shu le estaba enseñando una disciplina similar a sus hijos, para endurecer sus cuerpos como una herramienta más. Gengis sudaba mientras blandía su espada siguiendo los movimientos de las secuencias. Su espada ya no era tan veloz como una vez lo fuera, pero ahora era más fuerte y poderosa y él seguía siendo ágil a pesar de las cicatrices dejadas por tantas antiguas heridas.

No quería esperar a que amaneciera. Se planteó ir a buscar a una mujer, sabiendo que lo ayudaría a quemar parte de su nerviosa energía. Su primera esposa, Borte, estaría durmiendo en la ger rodeada de sus hijos. Su segunda esposa aún estaba amamantando a su bebé. La idea le animó: imaginó sus blancos pechos rebosantes de leche.

Envainó su espada mientras recorría el campamento a grandes zancadas en dirección a la tienda de Chakahai, ya excitado ante la perspectiva. Se rió para sí mientras caminaba. El cálido cuerpo de una mujer y una batalla. Estar vivo en una noche como aquélla era algo maravilloso.

En su tienda, el general Zhi Zhong daba sorbos a una taza de vino de arroz caliente, incapaz de dormir. El invierno había caído sobre las montañas y se dijo que posiblemente pasaría los meses más fríos en el campo con su ejército. El pensamiento no le desagradaba del todo. Tenía once hijos de tres esposas en Yenking y, cuando estaba en casa, siempre había algo que exigía su atención. En comparación, las rutinas del campamento le resultaban relajantes, quizá porque había convivido con ellas toda su vida. En la oscuridad, oyó las contraseñas murmuradas del cambio de guardia y le embargó una sensación de paz. Siempre le había costado conciliar el sueño y sabía que era parte de la leyenda que contaban los soldados sobre él, que pasaba noche tras noche sentado sin dormir y que siempre se podían ver las lámparas ardiendo en la tienda del comandante a través del grueso tejido. A veces dormía con las lámparas encendidas para que los guardias pensaran que no necesitaba descansar. Consideraba que no había nada de malo en alentar su admiración. Los hombres

necesitaban ser dirigidos por alguien que no dejaba entrever ninguna de sus debilidades.

Pensó en el vasto ejército que lo rodeaba y en los preparativos que había llevado a cabo. Sólo sus regimientos de espadas y picas sobrepasaban en número a los guerreros mongoles. De hecho, sólo para alimentar a tantos hombres habían vaciado los almacenes de Yenking. Los mercaderes habían gemido, incrédulos, al ver los documentos firmados por el emperador pero no tenían alternativa. El recuerdo lo hizo sonreír. Aquellos gordos vendedores de grano pensaban que eran el corazón de la ciudad. A Zhi Zhong le había divertido recordarles dónde residía el verdadero poder. Sin el ejército, sus hermosas casas no valían nada.

La manutención de doscientos mil hombres durante todo el invierno arruinaría a los campesinos a lo largo de miles de kilómetros al este y al sur. Zhi Zhong meneó la cabeza al imaginárselo. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para pensar en intentar dormir. ¿Qué elección tenía? Nadie combatía en invierno, pero no podía dejar el paso desprotegido. Hasta el joven emperador comprendía que podían pasar meses antes de que la batalla comenzara. Cuando llegaran los mongoles en la primavera, él todavía estaría allí. Zhi Zhong se preguntó distraídamente si su khan tendría el mismo problema de suministro que él. Lo dudaba. Probablemente, los hombres de las tribus se comían entre sí y lo consideraban una exquisitez.

El frío de la noche se había ido filtrando en su tienda y empezó a tiritar. Se envolvió mejor las mantas alrededor de los enormes hombros. Nada había vuelto a ser lo mismo desde que falleciera el anciano emperador. Zhi Zhong le había brindado su lealtad de manera absoluta, lo había reverenciado. El mundo realmente se había sacudido cuando por fin murió, mientras dormía, a causa de una larga enfermedad. Meneó la cabeza con tristeza. El hijo no era el padre. Para la generación del general sólo podía haber un emperador. Ver en el trono del imperio a un muchacho tan joven, cuya valía no había sido demostrada por ninguna prueba, corroía los cimientos de toda su vida. Era el fin de una era y tal vez debería haberse retirado tras su muerte. Ésa habría sido una reacción adecuada y digna. En vez de hacerlo, se había quedado a ver cómo se establecía el nuevo emperador y entonces se habían presentado los mongoles. Su retiro tendría que esperar un año más, al menos.

El rostro de Zhi Zhong se crispó al notar el frío penetrándole hasta los huesos. Recordó que los mongoles no sentían el frío. Parecían ser capaces de soportarlo como los zorros salvajes, con una mera capa de piel sobre la piel desnuda. Le desagradaban: no construían nada, no alcanzaban meta ninguna en sus breves vidas. El viejo emperador los había mantenido en su sitio, pero el mundo había cambiado y ahora osaban amenazar las puertas de la gran ciudad. No mostraría ninguna compasión cuando acabara la batalla. Si dejaba que sus hombres se desfogaran libremente en los campamentos mongoles, la sangre de las tribus sobreviviría en mil niños mal nacidos. No permitiría que se reprodujeran como piojos y volvieran a amenazar Yenking. No descansaría hasta que el último de ellos yaciera muerto y sus

tierras estuvieran vacías. Los destrozaría y, en el futuro, si otra raza se atrevía a levantarse de nuevo contra los Chin, quizá recordara a los mongoles y abandonara sus planes y ambiciones con el rabo entre las piernas. Ésa era la única respuesta que merecían. Quizá ése podría ser su legado cuando se retirara, una venganza tan sangrienta y definitiva que creara un eco que resonara en los siglos que estaban por venir. Sería la muerte de toda una nación. Sería una especie de inmortalidad y esa idea le gustaba. Los pensamientos se agolpaban en su mente mientras el campamento dormía. Decidió dejar las lámparas encendidas y se preguntó si conseguiría conciliar el sueño aunque fuera unos minutos.

Cuando la primera luz del alba apareció tras las montañas, Gengis alzó la vista hacia las nubes que envolvían las altas cumbres. En las planicies que se extendían al pie de las montañas aún se demoraba la oscuridad y, al admirar ese paisaje, sintió que su corazón se regocijaba. El ejército de prisioneros que conduciría a través del paso se había quedado en silencio. Sus guerreros habían formado detrás de sus vasallos y sus dedos tamborileaban en las lanzas y arcos mientras esperaban sus órdenes. Sólo mil hombres permanecerían en retaguardia para proteger a las mujeres y a los niños del campamento. No había ningún peligro. Toda amenaza había sido localizada y eliminada de las llanuras.

Gengis sujetó con fuerza las riendas de su yegua marrón oscuro. A la primera luz del alba, los jóvenes tamborileros habían empezado a marcar el ritmo que, para Gengis, era el sonido de la guerra. Mil tambores aguardaban en las filas con los instrumentos atados a sus pechos. El estruendo retomaba de las montañas en un eco que hizo que su pulso se acelerara. Sus hermanos estaban en algún lugar, allí delante, medio congelados tras la larga caminata por los senderos de las cumbres. Más allá de ellas se extendía la ciudad que había derramado a la progenie de los Chin entre las gentes de su pueblo durante mil años, sobornándolos y asesinandolos como a una manada de perros cuando les convenía. Sonrió para sí ante esa imagen, preguntándose qué opinaría de ella su hijo Jochi.

El sol había ascendido cubierto por las nubes. Entonces, en un instante, las planicies quedaron bañadas de luz dorada y Gengis sintió su cálido roce en la cara. Alzó la vista del suelo. Había llegado la hora.

XXII

Mientras Kachiun aguardaba, el amanecer empezó a dibujar en el suelo los dedos de sombra de los árboles. Aun cuando Gengis avanzara a través del paso tan rápido como fuera posible, tardaría en llegar hasta el principal ejército Chin. A su alrededor, los hombres de Kachiun preparaban sus arcos y sacaban las flechas de sus atestados carcajes. Doce hombres habían fallecido en los altos puertos de las montañas: les había estallado el corazón mientras trataban de saciar sus pulmones con ese aire enrarecido. Otros mil se habían marchado con Khasar, pero, aun sin ellos, casi novecientos mil saetas podrían caer sobre el enemigo cuando llegara el momento.

Kachiun había buscado en vano un lugar en el que formar a sus filas de modo que quedaran ocultas a la vista de los Chin: sus hombres estarían expuestos en el valle y sólo dispondrían de sus lluvias de flechas para resistir una carga. Al pensarlo, en el rostro de Kachiun se pintó una mueca de preocupación.

El campamento Chin estaba prácticamente en calma en el frío de la madrugada. La nieve había borrado las marcas de su llegada y las pálidas tiendas aparecían heladas y hermosas, convertidas en un lugar de calma que no hacía sospechar el gran número de soldados que albergaban. Kachiun se preciaba de tener una vista muy penetrante, pero no se percibía ni un solo signo de que supieran que Gengis por fin se había puesto en camino. La guardia había cambiado al amanecer y cientos de hombres regresaron a sus tiendas para comer algo y dormir mientras otros ocupaban su lugar. No había ningún pánico en ellos, todavía.

A regañadientes, Kachiun tuvo que admitir que respetaba al general que estaba al mando del distante campamento. Justo antes del alba, había enviado a algunos jinetes a explorar el valle, que recorrieron de principio a fin antes de regresar. Era obvio que no creían tener a ningún enemigo tan cerca y Kachiun había oído cómo se llamaban los unos a los otros con despreocupación, mirando apenas hacia los picos y las laderas de las montañas. Sin duda pensaban que pasar el invierno tan seguros y protegidos del frío, rodeados de tantas espadas, era una misión muy fácil.

Kachiun se sobresaltó cuando uno de los oficiales le tocó el hombro y le puso un paquete de carne y pan entre las manos. Estaba cálido y húmedo en la zona que había permanecido en contacto con la piel de alguien, pero Kachiun tenía un hambre voraz: dio las gracias con una indicación de cabeza mientras hundía los dientes en la comida. Necesitaría que sus fuerzas estuvieran al máximo de su capacidad. Aunque todos ellos fueran hombres que llevaban practicando el tiro con arco desde la infancia, disparar cien flechas a toda velocidad les dejaría los hombros y los brazos terriblemente doloridos. Ordenó en un susurro a sus hombres que formaran parejas mientras esperaban y utilizaran el peso del otro para soltar los músculos y mantener el frío a raya. Todos los guerreros conocían los beneficios de ese ejercicio y ninguno de ellos quería fallar cuando llegara la hora de combatir.

El campamento Chin seguía en silencio. Nervioso, Kachiun tragó el último pedazo de pan y se llenó la boca de nieve hasta conseguir suficiente humedad para que se deslizara garganta abajo. Tenía que elegir a la perfección el momento de su ataque. Si avanzaba antes de que Gengis estuviera a la vista, el general Chin podría desviar parte de su inmenso ejército para derribar a los arqueros de Kachiun. Si salía tarde, Gengis perdería la ventaja de un segundo ataque y quizá fuera asesinado.

A Kachiun empezaban a dolerle los ojos de tanto esforzarse por distinguir lo que sucedía en la distancia. Ni por un momento se planteó dejar de mirar.

Los prisioneros empezaron a gemir cuando fueron conducidos hacia el paso, presintiendo lo que les aguardaba allí. Las primeras filas de jinetes mongoles les bloqueaban la retirada para que no tuvieran más alternativa que seguir trotando hacia delante. Gengis vio a unos cuantos jóvenes escabullirse entre dos de sus guerreros. Miles de ojos observaron su tentativa de huida con ansioso interés y luego volvieron la vista, desesperados, cuando fueron decapitados con rápidos mandobles.

El ruido creado por los tambores, los caballos y los hombres empezó a rebotar en las altas paredes del paso cuando entraron en su abrazo rocoso. Mucho más adelante, los exploradores Chin regresaban a su campamento a la carrera a llevar la noticia del ataque a su general. El enemigo sabría que llegaba, pero su victoria no dependía de la sorpresa.

La horda de prisioneros avanzaba pesadamente sobre el pedregoso suelo mirando a derecha e izquierda con temor en busca del primer indicio de los arqueros Chin. Con más de treinta mil hombres caminando delante de los jinetes mongoles, el progreso era lento. Algunos prisioneros, exhaustos, se desplomaban en el suelo. Cuando los jinetes alcanzaban su altura, los empalaban con sus lanzas, tanto si estaban fingiendo como si no, mientras que los demás eran espoleados con gritos y silbidos exactamente iguales a los que utilizaban para mover los rebaños de cabras en su hogar. Ese sonido tan familiar resultaba siniestro en aquel lugar. Gengis echó una última mirada a sus filas, tomando nota mentalmente de las posiciones de sus generales de confianza antes de posar la vista al frente, deseoso de combatir. El paso tenía tres kilómetros de largo y no daría marcha atrás.

Por fin, Kachiun percibió una agitación frenética en el campamento Chin. Gengis estaba en marcha y la noticia había llegado hasta su general. La caballería cruzó al trote entre las tiendas y Kachiun notó que las monturas eran de calidad superior a las que les había visto utilizar anteriormente. Tal vez el emperador guardara las mejores líneas de sangre para el ejército imperial. Esos caballos eran más grandes que los ponis que conocía y su pelo brillaba en el sol del amanecer mientras los jinetes formaban para partir hacia la Boca del Tejón.

Kachiun vio varios regimientos de ballesteros y piqueros dirigirse con presteza hacia las primeras filas y su rostro se crispó contrariado al darse cuenta del inmenso

número de soldados a los que se enfrentaban. Al cargar contra tantos hombres, el ejército de su hermano podía quedar rodeado por la masa de enemigos Chin. Su táctica favorita de envolver al enemigo era imposible en un espacio tan estrecho.

Kachiun se volvió hacia los hombres situados a sus espaldas y encontró todas las miradas clavadas en él, aguardando a escuchar una palabra de sus labios.

—Cuando dé la orden, salid a la carrera. Formaremos tres filas atravesando el valle, tan cerca de ellos como nos permitan llegar. No podréis oírme por el ruido de los arcos, así que haced que corra la voz de que debéis lanzar veinte flechas y luego esperar. Alzaré y haré caer el brazo para indicaros que lancéis veinte más.

—Su caballería lleva coraza, nos arrollarán —dijo un hombre a su lado, mirando hacia el valle, más allá de Kachiun. Todos ellos eran jinetes. La idea de enfrentarse a pie a una carga iba en contra de todo lo que conocían.

—No —respondió Kachiun—. Nada en el mundo puede enfrentarse a mis hombres cuando están armados con un arco. Las primeras veinte flechas provocarán el pánico entre ellos. Luego, avanzaremos. Si cargan, como sin duda harán, atravesaremos la garganta de todos sus hombres con una larga flecha.

Volvió la vista hacia el valle para observar de nuevo el campamento Chin. Ahora daba la impresión de que alguien le hubiera dado una patada a un hormiguero. Gengis se acercaba.

—Que vaya corriendo la voz de que los hombres estén preparados —murmuró Kachiun. De pronto su frente se cubrió de sudor. Sus cálculos tenían que ser perfectos—. Sólo un poco más. Cuando avancemos, hacedlo a toda velocidad.

Cuando casi habían llegado a la mitad del paso, los prisioneros llegaron a la altura de los primeros grupos de ballesteros. Los soldados Chin habían adoptado posiciones en varios salientes rocosos situados a unos quince metros por encima del suelo. Los primeros que los vieron fueron los cautivos y, al instante, los que estaban en las líneas exteriores trataron de cambiar de posición, retrasando el avance de todos los demás al comprimir el centro. Los soldados Chin no podían fallar y lanzaron varios proyectiles zumbantes hacia donde los hombres se agolpaban. Cuando los aullidos se elevaron y resonaron en el paso, las tres primeras filas que iban con Gengis levantaron los arcos. Todos ellos podían acertarle a un pájaro en el ala o a tres hombres en hilera a galope tendido. Cuando tuvieron los blancos a tiro, las flechas rasgaron el aire y los soldados cayeron sobre las cabezas de los que pasaban por debajo. Las grietas ensangrentadas entre las rocas fueron quedando atrás a medida que los guerreros continuaron avanzando, obligando a los prisioneros a emprender el trote a trompicones.

Sólo un poco más abajo se toparon con dos enormes salientes de roca que dejaban un estrecho paso entre ellas. Con los mongoles gritando y azuzándolos con las lanzas por detrás, los prisioneros entraron por esa boca de embudo a la carrera y dando traspiés. Todos pudieron ver los dos enormes fuertes que se cernían sobre el único camino posible. Eso era el punto más interior del paso que los exploradores habían logrado ver antes de retornar a caballo al campamento. Después de allí comenzaba un

terreno desconocido y nadie sabía qué podían esperar.

Khasar estaba sudando. Los mil hombres habían tardado mucho en descender por sólo tres cuerdas y, a medida que más y más guerreros iban llegando sanos y salvos a tierra firme, se había sentido tentado de abandonar a los otros. El grosor de la nieve era tal que los hombres se hundían hasta la cintura al moverse por la zona y ya no creía que ese sendero hubiera sido una ruta de caza para los hombres del fuerte, a menos que, más adelante, hubiera unos escalones excavados en la roca que no hubiera descubierto. Sus hombres habían conseguido llegar a la parte trasera del fuerte, pero, en la oscuridad, no lograba ver ningún modo de entrar. Como su gemelo al otro lado del paso, el fuerte había sido concebido para ser inexpugnable para todo el que pasara por la Boca del Tejón. Quizá los soldados Chin tuvieran que ser izados con cuerdas hasta el interior no podía saberlo.

Tres de sus hombres habían caído mientras descendían y, contra toda expectativa, uno de ellos había sobrevivido, aterrizando en un montón de nieve tan hondo que el guerrero, aturdido, tuvo que ser desenterrado por sus compañeros. Los otros dos no tuvieron tanta suerte y se estrellaron contra la roca desnuda. Ninguno de ellos había emitido ningún ruido, y el único sonido que se escuchaba era el ulular de los búhos que retomaban a sus nidos.

Cuando amaneció, Khasar había logrado que los hombres avanzaran por la espesa nieve: los primeros progresaban muy despacio, pero a su paso la iban apisonando para los siguientes. El fuerte se alzaba negro e imponente sobre sus cabezas y Khasar, frustrado, maldijo entre dientes, convencido de que le había quitado una décima parte de sus efectivos a las tropas de Kachiun para nada.

De repente, se topó con un sendero que se cruzaba en su camino y le invadió una oleada de excitación. Cerca de allí descubrieron una gigantesca pila de leña, escondida de la vista del que atravesara el paso. Era lógico que los guerreros Chin cogieran la madera de las laderas situadas a su espalda. Uno de los hombres de Khasar encontró un hacha de mango largo hundida en un tronco. La hoja estaba bien aceitada y exhibía sólo unas mínimas manchas de óxido. Al verla, esbozó una ancha sonrisa, sabiendo que eso significaba que tenía que haber una entrada.

Khasar se quedó inmóvil al oír ruido de pasos y las voces quejumbrosas de los prisioneros a lo lejos. Gengis se aproximaba y todavía no tenía forma alguna de ayudar a sus hermanos.

—Se acabaron las precauciones —le dijo a los guerreros que lo rodeaban—. Tenemos que entrar en ese fuerte. Adelantaos y encontrad la puerta que utilizan para meter la leña.

A continuación, echó a correr y sus hombres lo siguieron, preparando sus espadas y sus arcos mientras avanzaban.

El general Zhi Zhong estaba en el centro de un remolino de mensajeros, repartiendo órdenes en cuanto sus hombres le transmitían las noticias. No había dormido, pero su mente centelleaba de energía e indignación. Aunque la tormenta había pasado, el aire seguía siendo gélido y el hielo cubría el paso, así como todos los riscos que lo circundaban. Las espadas se resbalarían de las manos heladas. Los caballos se caerían y el frío le arrebataría las fuerzas a todos sus soldados. El general observó pensativo la leña que se había preparado para cocinar; pero que no había llegado a encenderse. Podría haber ordenado que trajeran comida caliente, pero la situación de alarma se había presentado antes de que el ejército comiera y ahora no había tiempo. Nadie iba a la guerra en invierno, pensó, burlándose de la certidumbre que había abrigado durante la noche.

Había defendido el final del paso durante meses mientras las tropas mongolas arrasaban las tierras que se extendían más allá de las montañas. Sus hombres estaban listos. Cuando los mongoles estuvieran a su alcance, se encontrarían con mil ballestas disparando una tras otra y eso era sólo el principio. Zhi Zhong se estremeció al sentir el azote del viento, que atravesaba rugiendo todo el campamento. Los había atraído hacia el único lugar donde no podrían emplear las tácticas de la guerra en las estepas. La Boca del Tejón protegería sus flancos mejor que cualquier ejército humano. Que vengan, que vengan... se dijo.

Gengis miró hacia delante entornando los ojos mientras los prisioneros pasaban en tropel entre los dos fuertes. El paso estaba tan atestado de prisioneros que su propio ejército se encontraba muy lejos de las primeras filas y apenas podía distinguir qué estaba pasando. En la distancia, oyó los gritos resonando en el aire helado y vio una súbita llamarada elevarse en el cielo. Los prisioneros más retrasados también la vieron y, aterrorizados, vacilaron en su avance frenando el progreso de la avalancha que precedía a los jinetes mongoles. Sin que fuera necesario que lo ordenara, sus hombres los atacaron con las lanzas y les obligaron a continuar caminando en dirección a las fauces que se abrían entre los fuertes. No importaba con qué armas contaran los Chin, era difícil parar a treinta mil cautivos. Algunos de ellos habían sobrepasado ya el punto de estrechamiento de los peñascos y habían seguido corriendo hacia delante. Gengis continuó avanzando con su caballo con la esperanza de que, para cuando llegaran a la altura de los fuertes, se les hubieran terminado las reservas de aceite y flechas. Había cadáveres a izquierda y derecha, y se hacían cada vez más numerosos a medida que se aproximaba a la zona más estrecha del paso.

Alzando la mirada, Gengis vio que había arqueros apostados en los fuertes pero, para su sorpresa, parecían estar apuntando al otro lado del paso, disparando flecha tras flecha hacia sus propios hombres. Era incapaz de entenderlo y sintió una punzada de inquietud ante aquel inesperado desarrollo de los acontecimientos. Aunque parecía una bendición, no le gustaba que lo sorprendieran mientras estaba encerrado en un

lugar como aquél. Tenía la impresión de que las rocas lo presionaban, le urgían a seguir avanzando.

Cuando estuvo más cerca de los fuertes, oyó el estruendo de las catapultas, un sonido, ahora sí, que conocía bien y que comprendía. Más adelante, vio una humareda atravesando el aire y una estela de fuego propagándose por los muros del fuerte que se elevaba a su izquierda. Los arqueros se desplomaban en llamas desde sus plataformas y, desde el otro lado del paso, se elevaron unas exclamaciones de júbilo. Gengis sintió que el corazón le daba un vuelco. Sólo podía haber una explicación para aquello y ordenó a gritos que estrecharan la columna para pasar por el lado derecho de la Boca del Tejón, tan lejos de la parte izquierda como fuera posible.

Kachiun o Khasar habían tomado el fuerte. Fuera quien fuera el que estuviera allí arriba, Gengis le colmaría de honores cuando acabara la batalla, si los dos seguían con vida para entonces.

Más y más cadáveres yacían despatarrados en medio del paso, de manera que su caballo tenía que pisar sobre ellos para pasar y relinchaba agitado. El corazón de Gengis batió sobresaltado cuando una franja de sombra se cruzó por delante de su rostro. Ya casi había llegado a la altura de los fuertes, al corazón del matadero diseñado por unos nobles Chin que habían muerto hacía ya muchos años. Miles de prisioneros habían perdido la vida y había zonas donde el suelo apenas se veía debido a la cantidad de cadáveres. Y, sin embargo, su andrajosa vanguardia había seguido adelante y ahora corría presa del terror. Las tribus mongolas apenas habían sufrido bajas y Gengis se sentía exultante. Pasó bajo el fuerte situado a su derecha y gritó a todo pulmón al grupo de guerreros que había logrado irrumpir en el bastión Chin. No podían oírlo. Él mismo apenas podía oír su propia voz.

Se echó hacia delante en la silla, deseando poner su montura al galope. Era difícil mantenerse al trote mientras las flechas volaban por el aire, pero se controló y levantó la palma extendida para indicar a sus hombres que se tranquilizaran. El interior de uno de los fuertes estaba ardiendo y las llamas salían por los orificios realizados para disparar. Cuando Gengis miró hacia lo alto, una plataforma de madera cayó envuelta en llamas y se estrelló contra el suelo. Los caballos relincharon angustiados y algunos se desbocaron y salieron corriendo detrás de los prisioneros.

Gengis se puso en pie sobre la silla para ver qué les aguardaba más adelante. Tragó saliva al ver una oscura línea al final del paso. Allí el paso era tan estrecho como entre ambos fuertes: una perfecta defensa natural. No había modo de atravesarlo sin pasar por donde se encontraba el ejército del emperador Chin. Los prisioneros ya estaban alcanzando ese punto y Gengis oyó las descargas de los virotes de las ballestas resonar como un trueno, un ruido tan fuerte en ese espacio confinado que cada disparo hería sus oídos.

Presa del pánico, los prisioneros se volvieron locos e intentaron huir, pero cada hombre era atravesado por múltiples proyectiles que hacían que giraran sobre sí

mismos antes de desplomarse. Habían caído bajo una granizada de hierro y Gengis enseñó los dientes, sabiendo que pronto sería su turno.

El mensajero del general había empalidecido de terror y seguía temblando por lo que había visto. Nada a lo que se hubiera enfrentado durante su carrera hasta aquel momento le había preparado para la carnicería que se estaba produciendo en el paso.

—Han tomado uno de los fuertes, general —dijo—, y han girado las catapultas para atacar el otro.

El general Zhi Zhong miró con expresión tranquila a aquel hombre; irritado por sus muestras de pánico.

—Los fuertes sólo habrían mermado los efectivos de un ejército tan numeroso —le recordó—. Los detendremos aquí. —El emisario pareció recobrar la confianza al percibir la serena compostura del general y exhaló un largo suspiro.

Zhi Zhong esperó a que el mensajero se controlara y luego hizo señas a uno de los soldados que estaban más cerca.

—Saca de aquí a este hombre y azótale la espalda hasta arrancarle la piel —mandó. El mensajero se quedó boquiabierto al escuchar la orden—. Cuando haya aprendido a ser valeroso, puedes parar el castigo, o bien tras sesenta golpes con la vara, lo que antes suceda.

El emisario agachó la cabeza, avergonzado, y, cuando fue conducido al exterior por primera vez esa mañana, Zhi Zhong se quedó solo. Maldijo entre dientes un momento antes de salir de su tienda con grandes zancadas, deseoso de obtener más información. Para entonces ya sabía que los mongoles habían obligado a sus prisioneros Chin a caminar delante de ellos, de modo que habían gastado sus armas defensivas con su propia gente. Al mismo tiempo que buscaba modos de enfrentarse a ella, Zhi Zhong tuvo que admitir para sí que era una táctica admirable. Decenas de miles de hombres desarmados podían ser tan peligrosos como un ejército si alcanzaban sus líneas.

Arruinarían el efecto de los regimientos de ballesteros que había distribuido a lo largo del paso. Ordenó a un soldado que aguardaba órdenes que enviara nuevos carros de proyectiles hacia el frente y se quedó observando cómo partían pesadamente con su carga.

El khan había actuado con astucia, pero los prisioneros sólo servirían de escudo mientras estuvieran vivos y Zhi Zhong no había perdido la confianza en la victoria. Los mongoles tendrían que luchar por cada centímetro de terreno. Sin espacio para maniobrar, serían atraídos hacia sus hombres, que los aniquilarían.

Esperó, preguntándose si debería aproximarse a la primera línea. Desde la posición más retrasada en la que se encontraba, vio nubes de humo negro elevarse desde el fuerte capturado y volvió a maldecir. Era una pérdida humillante, pero al emperador no le importaría una vez que hasta el último de los guerreros mongoles

hubiera caído.

Zhi Zhong confiaba en que muchos de ellos hubieran muerto bajo la lluvia de flechas de sus soldados antes de abrirles un sendero que los dirigiera hacia su ejército, para forzarlos a apiñarse más aún. Entonces avanzarían a la carrera hacia ese hueco y se encontrarían con que los atacaban desde todos los frentes, con su vanguardia envuelta en una masa de soldados veteranos. Era una buena táctica. La alternativa era bloquear el paso por completo. Había hecho planes para aplicar ambas estrategias y sopesó una frente a la otra. Ordenó a su corazón palpitante que se calmara y mostró una expresión de confianza a los hombres que lo rodeaban. Con mano firme, tomó una jarra de agua y se sirvió una copa, de la que empezó a beber dando pequeños sorbos mientras observaba lo que sucedía en el paso.

Por el rabillo del ojo, vio movimiento en el valle cubierto de nieve. Miró hacia allí y, durante un instante, se quedó paralizado. Oscuras hileras de hombres estaban brotando del final del bosque, formando una fila de ataque bajo sus ojos.

Zhi Zhong arrojó al suelo la copa mientras los mensajeros atravesaban el campamento a la carrera para informarle de lo que estaba sucediendo. Nadie podía escalar las cumbres. Era imposible. A pesar de su estupefacción, no vaciló y empezó a dar órdenes antes de que los emisarios hubieran llegado hasta él.

—¡Regimientos de caballería del uno al veinte, a formar! —rugió—. Defended el flanco izquierdo y acabad con esos hombres. —Varios jinetes se precipitaron hacia el paso para transmitir las órdenes y la mitad de su caballería comenzó a separarse del ejército principal. El general observó cómo se formaban las líneas mongolas, cuyos hombres avanzaban hacia él a grandes zancadas a través de la nieve. No se permitió dejarse llevar por el pánico. Habían escalado las montañas a pie y estarían agotados. Sus jinetes los arrollarían.

Le dio la impresión de que los veinte mil jinetes imperiales tardaban un siglo en colocarse en formación en el flanco izquierdo y para entonces, las líneas mongolas ya se habían detenido. Zhi Zhong apretó los puños mientras las órdenes iban pasando de regimiento a regimiento y por fin sus soldados salieron al trote hacia el enemigo que aguardaba en la nieve. No veía más de diez mil guerreros, como mucho. La infantería no tenía nada que hacer frente a una carga disciplinada. Serían destruidos.

Ante la atenta mirada de su general, los jinetes aceleraron y elevaron las espadas por encima de sus cabezas. Zhi Zhong, con la boca seca, se obligó a sí mismo a mirar hacia el paso. Habían llevado delante de sus tropas un escudo de prisioneros, habían tomado uno de los fuertes y le habían flanqueado pasando a través de las montañas. Si eso era todo lo que tenían, aún podía derrotarlos. Por un instante, su certidumbre vaciló y consideró dar la orden de bloquear el paso. No, todavía no habían llegado hasta ese punto. Su respeto por el khan mongol había aumentado enormemente, pero el general seguía sintiéndose confiado mientras su caballería se lanzaba valle abajo con gran estruendo.

XXIII

A los novecientos pasos, la caballería Chin emprendió el galope tendido. Demasiado pronto, pensó Kachiun, que aguardaba, calmado, junto a sus nueve mil hombres. Al menos el valle no era tan ancho como para permitirles flanquearlo sin esfuerzo. Sentía crecer el nerviosismo de los guerreros que lo rodeaban. Ninguno de ellos se había enfrentado jamás a una carga a pie y ahora eran conscientes de cómo debían de sentirse sus enemigos. El sol relucía en la armadura y las espadas Chin que blandían los jinetes, listas para abrir una brecha en sus líneas.

—¡Recordad esto! —gritó Kachiun—. Estos hombres nunca se han enfrentado a nosotros en combate. No saben lo que podemos hacer. Una flecha para derribarlos y otra para matarlos. Elegid a vuestros hombres y a mi señal ¡disparad veinte!

Se acercó el arco a la oreja y sintió la fuerza de su brazo derecho. Por eso había entrenado durante años, fortaleciendo sus músculos hasta que tuvieron la dureza del acero. Su brazo izquierdo era mucho menos vigoroso y el bulto del músculo en su hombro derecho le hacía adquirir un aspecto asimétrico cuando tenía el torso desnudo. Sintió cómo temblaba el suelo cuando el tropel de jinetes estuvo más cerca. Cuando se encontraban a seiscientos pasos, echó una ojeada a lo largo de sus líneas, arriesgándose a mirar a los hombres de retaguardia. Todos tenían los arcos tendidos, listos para lanzar sus mortíferos proyectiles contra el enemigo.

Los soldados Chin iban aullando mientras avanzaban y sus gritos llenaban el valle, estrellándose contra las silenciosas líneas mongolas. Estaban bien armados y llevaban escudos, lo que los protegería de muchas de las flechas. Kachiun registró todos los detalles mientras se abalanzaban sobre ellos a una velocidad terrorífica. El alcance máximo de sus disparos eran cuatrocientos metros y dejó que lo atravesaran indemnes. A trescientos metros, vio por el rabillo del ojo que sus hombres lo miraban, aguardando su orden para disparar.

A doscientos metros, la línea de caballos era como un muro. Kachiun notó el mordisco del miedo y, en ese mismo momento, dio la orden.

—¡Derribadlos! —bramó, a la vez que soltaba su propia flecha con un rugido. Nueve mil saetas siguieron a la suya al instante; restallando al surcar el aire.

La carga se tambaleó como si hubieran caído en una zanja. Los hombres salieron disparados de las sillas y los caballos se desplomaron. Los que venían detrás chocaron contra ellos a galope tendido y, para entonces, Kachiun ya tenía lista la segunda flecha en la cuerda y estaba tensándola. Otra lluvia de flechas barrió a los soldados que llegaban.

Los jinetes Chin no podrían haber frenado aunque hubieran entendido qué estaba pasando. Las primeras filas se derrumbaron y los que saltaron sobre los caballos caídos se encontraron con otra descarga de saetas que se les clavaban a tanta velocidad que no llegaban ni a verlas. Las riendas les eran arrancadas violentamente

de los dedos y, aun cuando las armaduras o los escudos los salvaban de la muerte, la fuerza de los tres o cuatro impactos que recibía cada soldado los arrojaba indefectiblemente al suelo.

Kachiun iba contando en voz alta según lanzaba, apuntando a los rostros desprotegidos de los soldados Chin que se levantaban aturdidos. Si no podía verles la cara, disparaba al pecho y confiaba en que la pesada punta de la flecha atravesara las escamas de hierro. Al alargar la mano hacia la flecha número quince notó cómo sus hombros empezaban a arder. Los jinetes Chin se habían estrellado a toda velocidad contra un martillo y no habían logrado aproximarse más. Kachiun palpó el suelo y descubrió que había usado sus veinte saetas.

—¡Treinta pasos adelante, conmigo! —bramó y avanzó al trote. Sus hombres lo siguieron, sacando el otro paquete de flechas de los carcajes. Los soldados Chin los vieron avanzar mientras miles de ellos seguían atravesando con esfuerzo las líneas de cadáveres. Muchos habían caído sin sufrir ninguna herida cuando sus caballos habían tropezado contra la masa de hombres y animales agonizantes. Los oficiales ordenaron a gritos que montaran de nuevo y los soldados chillaron aterrorizados al ver que los mongoles se dirigían hacia ellos.

Kachiun levantó el puño derecho y la línea se detuvo. Vio que uno de sus propios oficiales le daba un coscorrón tan fuerte a un muchacho que le hizo tambalearse.

—¡Si veo que le das a otro caballo, te mataré yo mismo! —exclamó el oficial. Kachiun se rió entre dientes.

—¡Veinte más! ¡Apuntad a los hombres! —gritó y la orden fue repetida a lo largo de la línea. La caballería Chin se había recuperado del primer impacto y vio a sus oficiales, tocados con penachos, instarles a que avanzaran. Kachiun apuntó a uno de ellos que se giraba sobre su montura blandiendo una espada en el aire.

Otras nueve mil flechas siguieron a la de Kachiun, que se hundió en el cuello de su blanco. A esa distancia, podían seleccionar a sus presas y la lluvia de flechas resultó devastadora. Una irregular segunda carga se desintegró bajo las silbantes saetas y el pánico empezó a recorrer las filas de los soldados Chin. Unos pocos hombres, indemnes, emergieron del caos al galope, con los escudos erizados de flechas. Aunque le dolió dar esa orden, Kachiun exclamó «¡Caballos!» y, a su alrededor, los animales se desplomaron con un chasquido de huesos rotos.

Diez flechas partían cada sesenta latidos sin dar respiro a sus rivales. Los más valerosos de ellos murieron con rapidez y dejaron sólo en pie a los débiles y asustados, que intentaban hacer dar media vuelta a sus monturas para regresar hacia sus propias filas. Las líneas que venían detrás se encontraron bloqueadas por caballos desbocados sobre los que colgaban sin vida los cuerpos de sus jinetes, atravesados por las certeras flechas.

Cuando disparó su cuadragésima flecha, Kachiun sintió el dolor lacerante de su hombro mientras aguardaba a que sus hombres lo imitaran. El valle que se extendía ante ellos estaba cubierto por un remolino de cadáveres y sangre, una mancha roja de

cascos y soldados sacudiéndose en la nieve. Era imposible que pudieran cargar y, a pesar de que los oficiales Chin seguían chillando para que se levantaran y se abrieran paso hacia ellos, no había modo de que reunieran el ímpetu suficiente una vez más.

Kachiun echó a correr hacia delante sin dar ninguna orden y sus hombres lo siguieron. Contó veinte pasos, luego su excitación superó a su juicio y avanzó otros veinte más de manera que se acercó peligrosamente a la masa de hombres y caballos destrozados. Apenas cien metros separaban ahora a los dos ejércitos. Kachiun clavó otras veinte flechas en la prístina nieve y cortó el nudo que las mantenía unidas. Los soldados Chin aullaron aterrorizados al ver que los arcos volvían a tensarse frente a ellos. El pánico se propagó por sus filas y, cuando cayó la siguiente descarga de flechas, se desmoronaron.

Al principio, la retirada empezó lentamente y murieron tanto hombres que intentaban alejarse como aquéllos que eran empujados por los otros para avanzar. Los mongoles dispararon sus saetas metódicamente contra todo lo que veían moverse. Los oficiales cayeron enseguida y Kachiun lanzó un grito salvaje al ver que comenzaba la huida en desbandada. Los que aún no habían alcanzado la línea del frente fueron empujados a un lado con violencia y se contagiaron de ese miedo y de esa sangre.

—¡Más despacio! —ordenó Kachiun a sus hombres. Lanzó su flecha número cincuenta mientras consideraba acercarse aún más a los soldados para completar la aplastante derrota. Entonces se obligó a actuar con precaución, aunque su deseo era salir corriendo tras ellos. Había tiempo, se dijo. El ritmo del ataque se redujo como había ordenado y la precisión se incrementó todavía más de manera que cientos de hombres se desplomaron con más de una flecha hundida en el cuerpo. Sesenta, y ahora los carcajes colgaban ligeros a sus espaldas.

Kachiun hizo una pausa. La caballería había sido aniquilada y muchos jinetes se alejaban corriendo a rienda suelta. Todavía podían volver a formar y, aunque no temía que lanzaran otra carga, identificó una oportunidad de arrollarlos abalanzándose sobre sus líneas. Sabía que acercarse era peligroso. Si los soldados Chin alcanzaban a sus hombres, el día aún podía terminar con un resultado a su favor. Kachiun observó los rostros sonrientes que lo rodeaban y respondió con una carcajada.

—¿Venís conmigo? —preguntó. Las voces de sus hombres se elevaron en gritos de regocijo y triunfo y Kachiun avanzó con grandes zancadas, sacando otra flecha de su carcaj. Esta vez la mantuvo en la cuerda mientras se dirigían hasta las primeras líneas de los vencidos. Muchos de ellos aún vivían y algunos de los mongoles recogieron sus valiosas espadas dedicando unos momentos preciosos a deslizarlas bajo la faja de sus deels. Kachiun estuvo a punto de ser arrollado por un caballo que atravesó la línea al galope. Alargó la mano para asir las riendas y falló, pero dos de sus hombres lo detuvieron un poco más abajo. Había cientos de animales sin jinete y logró agarrar otro que, bufando y dando un respingo, había echado a correr al ver a la sólida línea de arqueros. Kachiun calmó a la bestia frotándole el morro mientras

observaba cómo formaban de nuevo los soldados Chin. Les había demostrado lo que su gente podía hacer con los arcos. Quizá era el momento de enseñarles lo que podían hacer a lomos de un caballo.

—¡Coged espadas y montad! —gritó. Una vez más, la orden se repitió y vio a sus hombres correr alegres entre los muertos para montarse de un salto en las sillas de los caballos Chin. Eran más que suficientes, aunque algunas de las monturas seguían teniendo los ojos desorbitados por el terror y estaban salpicadas de la sangre de su anterior jinete. Entonces, Kachiun se subió de un brinco a la silla y se puso de pie sobre los estribos para observar lo que hacía el enemigo. Deseó que Khasar estuviera allí para ver aquello. Su hermano habría disfrutado de la oportunidad de cargar contra el ejército Chin con sus propios caballos. Lanzó un bramido desafiante y clavó los talones en su montura, echándose hacia delante cuando el animal, con un salto, se lanzó al galope.

Cuando Gengis llegó cabalgando sobre los caídos, se encontró con que al final del paso reinaba el caos. Las ballestas de los soldados Chin habían acabado con casi todos sus prisioneros, y medio millón de virotes yacían bajo sus pies en pilas inestables. Y, sin embargo, algunos de ellos habían alcanzado a la carrera las filas de los Chin, impulsados por el loco arrojo que les infundía el terror. Gengis les había visto recoger armas y barricadas con las manos sangrientas.

La ordenada descarga de proyectiles se tornó esporádica cuando los últimos de ellos atravesaron atropelladamente las líneas. Cientos de hombres se abrieron paso a través de la primera fila, dando codazos y patadas a los soldados en su desesperación. Cuando encontraban un arma, la usaban para repartir golpes salvajes a su alrededor hasta que alguien acababa con ellos.

Al avanzar, Gengis notó que varios virotes pasaban zumbando junto a él y se hundió en su silla cuando uno voló demasiado cerca de su cabeza. El vasto ejército Chin se encontraba frente a él; se dijo que había hecho todo cuanto había podido. El espacio del paso se amplió a medida que se aproximaba a él y se dio cuenta de que sólo uno de los lados era una pared de roca. Desde atrás, había pensado que el espacio entre las paredes era una enorme puerta, pero al verlo de cerca, observó que los Chin habían alzado un inmenso tronco de árbol que pendía en vertical a una costado. Había tensas cuerdas descendiendo desde lo alto y Gengis se percató de que podían dejarlo caer para bloquear el propio paso, cercenando su ejército por la mitad. Si caía, estaba perdido. Le invadió el pánico y su avance se ralentizó, tambaleante, hasta detenerse por completo junto a una montaña de cadáveres. Gengis lanzó un grito de frustración y se preparó para ser aplastado o ver caer el árbol. Llamó por su nombre a varios guerreros que se habían adelantado y les ordenó que prosiguieran a pie, señalándoles el gigantesco tronco que pondría fin a todas sus esperanzas. Al momento, empezaron a tratar de alcanzar las cuerdas y cortarlas.

Al otro lado del ensanchamiento, Gengis veía arremolinarse las líneas Chin: algo iba mal. Se arriesgó a alzarse sobre los estribos para ver qué pasaba. Los últimos

prisioneros estaban tirando de las barricadas de mimbre que protegían a los soldados Chin mientras éstos recargaban sus armas. Gengis contuvo el aliento cuando sus guerreros se unieron a los exhaustos prisioneros, con las espadas en ristre como relucientes líneas en el sol. Las ballestas habían quedado mudas por fin y Gengis vio que varios brazos se agitaban pidiendo más.

Por fin se les habían agotado los viotes, como esperaba. El suelo estaba ennegrecido por las pequeñas y feas saetas de hierro y todos los cuerpos despatarrados estaban repletos de ellas. Si se libraban del árbol, aún podría abrir una brecha en las filas Chin. Gengis desenvainó la espada de su padre, notando cómo la presión cedía de repente como una presa rompiéndose. A sus espaldas, los mongoles alzaron sus lanzas o largas espadas y clavaron los talones en sus monturas forzándolas a salvar los montones de muertos de un salto. Las restantes barricadas fueron derribadas a patadas. Gengis pasó bajo la sombra del enorme árbol y, arrastrado por la ola de guerreros, prosiguió sin detenerse hacia el ejército del emperador Chin.

La línea de jinetes horadó las filas de soldados Chin, abriendo una profunda brecha. Cada metro que avanzaban aumentaba el riesgo, puesto que ya no sólo había hombres frente a ellos, sino también en los flancos. Gengis iba asestando tajos a todo lo que se movía con un estilo de carnicero que era capaz de mantener durante horas. Frente a él vio cómo una línea de caballería chocaba, presa del pánico, contra sus propias líneas y las desbarataba por completo. Con tantos filos agitándose a su alrededor, no podía permitirse volverse para mirar el árbol. Sólo cuando otra línea golpeó la caballería a galope tendido alzó finalmente la vista, reconociendo a sus propios hombres sobre los caballos Chin. Entonces gritó con voz ronca, percibiendo el creciente pánico y la confusión de sus enemigos. Detrás de él, los impotentes regimientos de ballesteros estaban siendo destruidos por sus hombres que abrían un camino cada vez más profundo en las apretadas filas. No habría sido suficiente sin la carga del flanco, pero Gengis observó cómo sus jinetes causaban estragos en las líneas Chin: los mejores jinetes del mundo peleando con salvaje violencia contra sus enemigos.

Una espada golpeó a su montura en la garganta, abriendo un profundo corte que salpicó de sangre los rostros de los soldados en lucha. Gengis notó cómo el animal se tambaleaba y desmontó de un salto, derribando a dos hombres al caer sobre ellos con todo su peso.

En ese instante perdió su percepción de la batalla y sólo pudo continuar la lucha a pie, confiando en que hubieran hecho bastante. Más y más de sus guerreros estaban saliendo en tropel del paso, arrojándose contra el centro de la batalla... El ejército mongol golpeaba como un puño acorazado y las filas Chin se tambaleaban a punto de caer.

Todo cuanto el general Zhi Zhong podía hacer era observar boquiabierto cómo los mongoles abrían una brecha en las líneas del frente de su ejército. Había visto cómo

aplastaban a su caballería y la hacían huir en desbandada hacia el ejército principal, propagando el pánico entre las filas. Podría haberlos tranquilizado, estaba seguro, pero entonces los malditos mongoles los habían perseguido a lomos de caballos robados. Cabalgaban con asombrosa habilidad, manteniéndose en perfecto equilibrio mientras lanzaban tandas de flechas al galope. Vio un regimiento de espadas desmoronarse y, luego, las primeras filas del paso se replegaron y una nueva oleada de ellos se abalanzó sobre sus soldados que, a su lado, parecían niños con espadas.

El general emitió un grito ahogado, con la mente en blanco. Sus oficiales lo miraban esperando órdenes, pero estaban sucediendo demasiadas cosas a demasiada velocidad y se quedó paralizado. No, todavía podía recuperarse. Más de la mitad de su ejército aún no se había enfrentado al enemigo y otros veinte regimientos de caballería seguían esperando más abajo en la línea. Pidió que le trajeran su caballo y montó.

—¡Bloquead el paso! —gritó y sus mensajeros salieron corriendo a través de la línea en dirección al frente. Sus hombres estaban preparados para obedecer esa orden, si es que aún vivían. Si podía frenar el avance de los mongoles que entraban por el paso, podría rodear y destruir a aquellos guerreros que tan temerariamente cabalgaban entre sus propias líneas. Había hecho izar el árbol como último recurso, pero se había convertido en su única oportunidad para ganar algún tiempo y poder reagruparse.

Tsubodai vio a Gengis abandonar con gran estruendo el extremo del cañón, con el caballo al galope. Sintió que la terrible presión empezaba a ceder a su alrededor a medida que más y más hombres seguían a su khan a través del paso. Los Jóvenes Lobos de Tsubodai aullaban excitados. Muchos de ellos seguían tan encajados entre hombres y caballos que les era imposible moverse. El empuje de la palpitante masa humana había incluso hecho dar la vuelta a algunos guerreros que se esforzaban ahora por regresar a las primeras líneas del combate.

Tsubodai había perdido de vista a Gengis cuando vio, por encima de su cabeza, cómo se tensaba una de las cuerdas: varios hombres tiraban de ella. Alzó la vista y comprendió al instante que ese árbol que se zarandeaba en lo alto podía caer y separarlo de los que habían atravesado el paso.

Sus hombres no habían percibido el peligro y espoleaban a sus monturas para que avanzaran, lanzando animados gritos como los muchachos que eran. Tsubodai maldijo entre dientes cuando vio cómo se tensaba otra de las cuerdas. El árbol era enorme, pero no tardarían mucho en bajarlo.

—¡Objetivos allí! —rugió, indicándoles a sus hombres dónde se encontraban a la vez que tensaba y disparaba su arco más rápido de lo que lo había hecho nunca. Su primera flecha atravesó a uno de los Chin en la garganta y se desplomó, soltando la cuerda y derribando en su caída a dos de sus compañeros. Se destensó, pero otros

soldados corrieron a cumplir la orden de Zhi Zhong y el árbol empezó a ladearse. Los Jóvenes Lobos respondieron con un enjambre de flechas, abatiendo a docenas de hombres. Era demasiado tarde. Los últimos soldados Chin dejaron caer el inmenso tronco justo encima de ellos, con un estruendo cuyo eco resonó en todo el paso. Tsubodai estaba a menos de veinte metros de la llanura que se abría al otro lado cuando se desplomó. Su caballo retrocedió asustado y tuvo que tirar de las riendas para controlarlo.

Incluso los pocos prisioneros que aún seguían con vida salieron de su sangriento frenesí al oír el ruido. Ante el estupefacto horror de Tsubodai, el silencio se extendió por las apretadas filas durante un momento antes de que se escuchara un único y terrible aullido de un guerrero cuyas piernas habían quedado aplastadas bajo el tronco. El costado del árbol bloqueaba el paso hasta la altura de un hombre. Ningún caballo podría saltarlo. Tsubodai sintió miles de ojos volverse de forma automática hacia él, pero no sabía qué hacer.

El estómago le dio un vuelco cuando vio brotar de detrás de la barrera las líneas de picas de los soldados Chin. Los que se atrevieron a asomar el rostro fueron derribados por las flechas, pero sus armas permanecieron en su sitio: una línea de pesado hierro semejante a una dentadura que se extendía a lo largo del tronco. Tsubodai, con la garganta seca, tragó saliva.

—¡Hachas! —bramó Tsubodai—. ¡Hachas, aquí!

No sabía cuánto tiempo tardarían en cortar un tronco tan inmenso. Hasta que lo consiguieran, su khan estaba atrapado al otro lado.

XXIV

Gengis vio caer el árbol y rugió lleno de ira, arrancándole la cabeza a un hombre con un único tajo brutal. Estaba rodeado de un mar de estandartes rojos y dorados que ondeaban con un sonido de aves aleteando. Luchaba solo, con desesperación. Todavía no se habían dado cuenta de quién era. Sólo los que estaban más cerca de él trataban de acabar con ese guerrero endemoniado que gruñía y los golpeaba como un loco. Se movía veloz entre ellos, girando una y otra vez y acercándose y alejándose con celeridad, utilizando cada pieza de su armadura como un arma; cualquier cosa con tal de mantenerse con vida. A su paso iba dejando una estela de dolor. No se detenía ni un instante. Detenerse significaría morir entre esas huestes de banderas.

Los Chin percibieron la repentina incertidumbre de sus enemigos y lanzaron un grito desafiante: habían recuperado la confianza. Gengis alcanzó a ver una vasta fuerza de caballería totalmente fresca llegar por el flanco en un estrepitoso galope. Había perdido de vista a su hermano Kachiun, se había quedado sin caballo y se encontraba rodeado de enemigos. Había polvo por todas partes y sabía que la muerte le aguardaba apenas un suspiro más allá.

Mientras su desesperación iba en aumento, un jinete llegó hasta él abriéndose paso salvajemente entre los soldados e izó al khan por detrás con la pura fuerza de sus brazos. Era el luchador Tolui.

Jadeante, Gengis le dio las gracias al inmenso guerrero mientras hundían sus hojas en los hombres que se arrojaban gritando sobre ellos. Los viroles de las ballestas rebotaban tamborileantes contra sus armaduras y Tolui gruñó al sentir que las placas que las conformaban, de un grosor de un dedo, se quebraban por los impactos y muchas de ellas caían rotas al suelo.

—¡Hombres a mí! ¡Defended al khan! —bramó Tolui por encima de las cabezas del enjambre de soldados Chin. Vio un caballo sin jinete y dirigió su montura hacia él. Cuando Gengis se abalanzó hacia la silla vacía, recibió un corte en el muslo y lanzó un aullido de dolor. Reaccionó dando una salvaje patada, que rompió la mandíbula de su atacante. La punzada hizo que sus sentidos, aturdidos por la desesperación, despertaran y, sin dejar de asestar golpe tras golpe, miró a su alrededor para obtener una impresión general del campo de batalla.

Reinaba el caos: no parecía que los Chin lucharan con ningún tipo de formación, como si la abrumadora cantidad de soldados fuera suficiente para obtener la victoria. Sin embargo, desde el este, su general estaba reinstaurando el orden. La caballería del flanco alcanzaría a los hombres de Gengis mientras combatían en aquel hervidero de soldados. Gengis meneó la cabeza para deshacerse de la sangre que le cubría los ojos. No recordaba que lo hubieran herido, pero le escoda el cuero cabelludo y había perdido el casco de un golpe. Notó el sabor de la sangre en la boca y escupió mientras le rajaba el cuello a otro soldado.

—¡El khan! —gritó Tolui, y su voz retumbó en todos los rincones del paso. Kachiun lo oyó y respondió agitando la espada. No podía llegar hasta su hermano y muchos de sus hombres ya estaban muertos, destrozados. Contaba tal vez con cinco mil de sus originales nueve mil. Todos sus carcajes estaban vacíos y se encontraban demasiado lejos de la Boca del Tejón y del khan.

Kachiun alzó su espada y luego la llevó hacia atrás, haciendo un largo corte en el lomo de su propio caballo. La sangre empezó a manar mientras el animal aullaba y salía disparado, empujando a cuantos hombres estaban en su camino y haciendo que salieran volando por los aires. Kachiun gritó a su vez, lanzando un llamado desesperado a sus hombres para que lo siguieran, manteniéndose a duras penas sobre la silla, apenas capaz de guiar al animal herido. Cruzó a toda velocidad entre los soldados Chin, atacando a todo el que estaba al alcance de su espada. El caballo corría como loco y, de pronto, Kachiun oyó cómo se le rompía el esternón al chocar contra un obstáculo: salió volando por encima de la cabeza del animal y golpeó a alguien con su armadura. Oyó el grito de otro de sus guerreros a sus espaldas y Kachiun, aturdido y dolorido, se aferró al brazo que le tendían y subió a lomos del caballo, colocándose detrás del jinete.

Los cinco mil luchaban como si hubieran perdido la cabeza, sin pararse a pensar en su propia seguridad. Los que estaban encajados entre sus enemigos hirieron a sus propios caballos como había hecho Kachiun, haciendo que salieran disparados dando coces y bufando a través de la abierta llanura entre las montañas. Tenían que alcanzar a Gengis antes de que lo mataran.

Kachiun sintió cómo la segunda montura se tambaleaba y estuvo a punto de caerse otra vez. De algún modo el animal logró enderezarse y, con los ojos desorbitados por el terror, fue guiado por el joven mongol a través de las líneas hasta entrar en campo abierto. Había caballos sin jinete por todas partes y Kachiun saltó hacia uno de ellos sin pensar, sacándose casi el brazo al agarrar las bridas. Entonces salió de la batalla haciendo una curva para tratar de controlar el pánico del caballo y, a continuación, lo condujo hacia la lucha. Sus hombres lo habían seguido, aunque no podían quedar más de tres mil después de aquella salvaje carga a través del corazón del ejército Chin.

—¡Cabalgad! —gritó Kachiun, sacudiendo la cabeza para despejarla. Apenas podía ver nada y, debido al primer impacto contra el suelo, sentía que le iba a estallar la cabeza. Mientras galopaba junto al borde del ejército para unirse a su hermano, le daba la impresión de que se le estaba hinchando toda la cara. A casi un kilómetro de distancia, la retaguardia de la caballería de Zhi Zhong se dirigía hacia el paso para cerrarlo con veinte mil caballos y hombres totalmente descansados. Kachiun sabía que eran demasiados, pero no aminoró el paso. Alzó la espada mientras galopaba, haciendo caso omiso del dolor y mostrándole al viento sus dientes teñidos de rojo.

No más de mil hombres habían atravesado el paso antes de que el árbol cayera. La mitad de ellos ya estaban muertos y el resto se apiñaban en torno a su khan,

dispuestos a defenderlo hasta el último hombre. Los soldados Chin se arremolinaban a su alrededor como un nido de avispas, pero los guerreros peleaban como posesos y, una y otra vez, Gengis volvía la vista atrás y lanzaba miradas fugaces al tronco que bloqueaba el paso. Sus hombres habían nacido para la guerra, todos y cada uno de ellos eran más hábiles que los soldados Chin que morían subidos a sus estribos. Todos sus carcajes estaban vacíos, pero un gran número de sus hombres manejaban a sus monturas como si fueran una sola criatura. Los ponis sabían cuándo dar un paso atrás ante la embestida de una hoja y cuándo dar una coza y hundir el pecho de cualquiera que se atreviera a acercarse demasiado. Como una isla en un mar embravecido, los jinetes mongoles cruzaban por delante del ejército Chin, que era incapaz de acabar con ellos. Los virotes de las ballestas golpeaban contra su armadura, pero las filas de los regimientos estaban demasiado apretadas como para poder disparar salvas de flechas. Nadie quería aproximarse a aquellos adustos guerreros y a sus filos enrojecidos. Los que cabalgaban junto a Gengis estaban cubiertos de sangre resbaladiza y tenían las espadas pegadas a las manos. Eran hombres difíciles de matar. Sabían que su khan estaba con ellos y que sólo tenían que aguantar hasta que el tronco fuera cortado. Con todo, aunque los mongoles abatían a diez o a veinte por cada hombre de los suyos que caía, sus cifras empezaron a mermar. Más y más comenzaron a echar la vista atrás, hacia el paso, con mirada sombría y creciente desesperación, mientras continuaban luchando.

Jelme y Arslan llegaron juntos al lugar donde el paso había quedado bloqueado y notaron la palidez del rostro de Tsubodai. El joven general saludó con la cabeza a sus superiores en rango.

—Necesitamos más hombres en el tronco —exclamó Jelme—. A este ritmo tardaremos horas en cortarlo.

Tsubodai le lanzó una mirada fría y adusta.

—El mando es tuyo, general. Sólo estaba esperando a que llegaras al frente. — Sin añadir nada más, se alejó con su caballo de ambos hombres y respiró hondo para gritar a sus soldados con voz estentórea.

—¡Lobos, desmontad! —bramó—. ¡Coged arcos y espadas! ¡A pie! ¡Conmigo!

Cuando Jelme y Arslan se hicieron cargo de los grupos de hacheros, Tsubodai se subió al tronco con la espada en ristre y miró a los soldados Chin y sus afiladas armas desde lo alto antes de derribar una pica de una patada y saltar sobre ellos. Sus hombres lo siguieron en una enorme y caótica carga que derribó a sus propios hacheros. Habían recobrado las fuerzas y estaban furiosos ante las triquiñuelas de los Chin. Además, nunca dejarían que su joven general fuera solo a salvar al khan.

Gengis alzó la vista cuando los Jóvenes Lobos se unieron a la batalla. Se abalanzaron

sobre los sorprendidos Chin desde atrás, abriendo una gran brecha en sus filas. Aquellos que resultaron heridos parecían no sentirlo y mantenían la mirada fija en Tsubodai, que seguía adentrándose entre sus enemigos a toda velocidad. Había visto al khan y su brazo todavía no había sido puesto a prueba ese día. Atacó a los Chin con una fila que no tenía más de doce hombres, jóvenes guerreros que se movían con tanta rapidez que era imposible frenarlos. Abrieron un camino hacia Gengis dejando a su paso una estela de muertos.

—¡Te estaba esperando! —le gritó Gengis a Tsubodai—. ¿Qué quieres de mí esta vez?

El joven general soltó una carcajada al verlo con vida y siguió riéndose mientras agachaba la cabeza para esquivar una espada y destripaba al hombre que la sostenía. Extrajo la hoja con un fuerte tirón y, al cambiar de posición, pisoteó a un cadáver. El ejército Chin se tambaleaba, pero seguía habiendo tantos soldados que incluso los diez mil de Tsubodai podían llegar a verse completamente rodeados. Desde uno de los flancos del gran ejército de los Chin brotó el sonido de los cuernos de la caballería y Gengis se giró en la silla mientras las filas Chin se reagrupaban y abrían un paso para la carga. Los guerreros mongoles se miraron unos a otros cuando la caballería Chin empezó a galopar a través de sus propias filas. Jadeante, Gengis sonrió enseñando los dientes mientras sus hombres formaban a su alrededor.

—Ésos son buenos caballos —dijo—. Cuando acabemos, seré el primero en elegir con cuál me quedo. —Los que lo oyeron, se rieron y, entonces, como un solo hombre, espolearon a sus monturas para pasar al medio galope, inclinándose sobre las sillas. Dejaron a Tsubodai solo defendiendo el terreno en torno al paso e iniciaron el galope con sus ponis justo antes de que las dos fuerzas se encontraran, enzarzándose en combate.

El comandante de la caballería Chin murió en el primer instante del encuentro con los jinetes mongoles. Bajo el estruendo de los cascos, también sus hombres iban siendo derribados de sus sillas. Los que lograron asestar un golpe, no hallaron más que el aire vacío: los mongoles los esquivaron, hundiéndose en sus asientos o haciéndose a un lado. Habían practicado toda su vida para ese momento. Gengis siguió avanzando al galope, adentrándose más y más en las filas de los jinetes, sintiendo que el brazo que empuñaba la espada ardía como el fuego. Los Chin no se acababan nunca y recibió un corte por encima de la cadera en un punto en el que se le había roto la armadura. Otro impacto le echó hacia atrás haciendo que, durante un instante, viera el pálido cielo balanceándose sobre él. Se recuperó y no llegó a caer; no podía permitírselo. Oyó gritos y supo que los jinetes de Kachiun habían caído sobre la caballería Chin desde atrás; se preguntó si llegaría a encontrarse con su hermano en medio de la batalla o moriría antes de poder volver a verlo. Había tantísimos enemigos... Ya no confiaba en sobrevivir, lo que hizo que su ánimo se aligerara y convirtió ese galopar entre sus enemigos en un momento de puro gozo. Era fácil imaginar a su padre cabalgando a su lado. Quizá por fin se sintiera orgulloso

de él. Sus hijos no podían haber elegido un final mejor.

A sus espaldas, el árbol había sido finalmente cortado en tres. El ejército mongol fue entrando poco a poco en las heladas llanuras, con expresiones hoscas y listos para vengar a su khan. Jelme y Arslan iban en cabeza y padre e hijo estaban dispuestos para la lucha. Observaron las banderas y estandartes Chin ondeando a lo lejos.

—No cambiaría mi vida, Jelme, si pudiera retroceder en el tiempo —le gritó Arslan a su hijo—. Volvería a estar aquí.

—¿En qué otro sitio ibas a estar; viejo? —respondió Jelme con una sonrisa. Colocó una flecha en la cuerda del arco y respiró hondo antes de disparar la primera saeta hacia las filas enemigas.

Lleno de frustración, Zhi Zhong observó cómo se desbloqueaba el paso y veinte mil soldados avanzaban como una tromba, listos para la lucha. Los dioses no le habían servido al khan en bandeja. La propia caballería de Zhi Zhong combatía contra la pequeña fuerza del khan, mientras que se lanzaba contra los Chin otro grupo enemigo semejante a un tigre que le desgarrara la panza a un ciervo mientras corría. Los mongoles no parecían comunicarse, y, sin embargo, colaboraban en el campo de batalla, mientras que el propio Zhi Zhong era el único centro de mando de sus soldados. Se frotó los ojos y se quedó mirando fijamente las nubes de polvo mientras se desarrollaba la batalla.

El caos reinaba entre sus piqueros; algunos de ellos habían huido de la llanura y sus figuras eran ya pequeñas motas distantes entre las colinas. ¿Estaba todavía a tiempo de salvar la batalla? Se habían acabado todos los trucos: ahora todo se reducía a una lucha en una planicie y aún seguía contando con la superioridad numérica.

Dio nuevas órdenes a sus mensajeros y los siguió con la mirada mientras galopaban a través del campo de batalla. Flecha tras flecha, los mongoles del paso estaban derribando a sus hombres, abriendo una brecha en pleno centro del ejército que los esperaba. La implacable precisión del atacante estaba obligando a sus filas a replegarse, haciendo que se agruparan en vez de mantenerse separados como debían. Zhi Zhong se enjugó el sudor de la frente cuando vio que algunos jinetes enemigos aplastaban a sus piqueros como si estuvieran desarmados. Todo cuanto podía hacer era observar, paralizado, mientras los mongoles se dividían en grupos de cien y atacaban desde todos los ángulos con sus arcos, despedazando a su ejército.

No pasó ni un momento antes de que uno de aquellos grupos de saqueadores lo localizara allí arriba, dirigiendo la batalla. Zhi Zhong vio cómo se iluminaban sus rostros al distinguir los inmensos estandartes de guerra que rodeaban su tienda. Con la vista clavada en ellos, vio una docena de arcos orientarse hacia él y a varios jinetes tirando de las riendas para hacer que sus monturas giraran. Estaban demasiado lejos, ¿verdad? Cientos de sus guardias personales se interponían en su camino, pero no podían detener las flechas y, de repente, el general fue presa del pánico. Eran demoníacos esos hombres de las estepas. Lo había probado todo y seguían avanzando. Muchos de ellos habían sido heridos en la lucha, pero no parecían sentir

el dolor cuando tensaron sus arcos con las manos sangrientas y espolearon a sus caballos, dirigiéndolos hacia él.

Una flecha descendente le golpeó el pecho, clavándose en su armadura y arrancándole un aullido de dolor. Como si el sonido liberara su miedo, de pronto perdió los nervios y llamó a gritos a sus guardias, a la vez que hacía que su caballo se volviera a la fuerza y se agachaba sobre la silla de montar. Otras flechas silbaron por encima de su cabeza y mataron a varios hombres a su alrededor. Ante la perspectiva de su propia muerte, la mente del general Zhi Zhong se vació y su confianza se desmoronó. Clavó los talones en su montura y el caballo salió al galope entre las filas, dejando atrás a su guardia.

No miró los ojos desorbitados en los rostros de sus soldados cuando vieron que los abandonaba. Muchos arrojaron al suelo sus armas y echaron a correr sin más, imitando su ejemplo. Algunos que no se movieron con suficiente rapidez fueron derribados por su caballo. Se le empañaron los ojos con el helado viento y todo lo que sabía era que necesitaba escapar de aquellos mongoles de rostro cruel que tenía a la espalda. Detrás de él, su ejército huía en desbandada total y la matanza continuaba. El ejército de Gengis siguió arrollando a los soldados imperiales, asesinando hasta que se les agotaron los brazos y de las bocas de sus caballos salía saliva blanca y espumosa.

Los oficiales de más graduación intentaron tres veces que sus hombres volvieran a formar y cada una de sus tentativas fracasó cuando Gengis, aprovechando la ampliación del terreno, envió salvajes cargas sobre ellos. Cuando Jelme hubo disparado la última de sus flechas, las lanzas funcionaron bien a máxima velocidad, y derribaron a sus blancos por la fuerza del impacto. Gengis había visto al general Chin salir huyendo y ya no sentía las terribles heridas que había recibido. El sol se elevó sobre la masacre y, a mediodía, las huestes del emperador se habían transformado en sangrientas montañas de muertos, mientras los supervivientes se dispersaban en todas direcciones y eran perseguidos.

Mientras Zhi Zhong cabalgaba, su mente perdió el aturdimiento que le había acobardado. Los sonidos de la batalla fueron perdiéndose en la distancia mientras galopaba por el camino que llevaba a Yenking. Se volvió una única vez hacia la turbulenta masa de combatientes y sintió el amargo sabor de la vergüenza y la rabia en su garganta. Algunos de sus guardias personales se habían hecho con una montura para seguir a su general, leales a pesar de su fracaso. Sin una palabra, formaron a su alrededor de modo que una sombría falange de casi cien jinetes emprendió el camino hacia las puertas de la ciudad imperial.

Zhi Zhong reconoció a uno de los hombres que cabalgaba a su lado, un oficial de alto rango de Baotou. Al principio no conseguía recordar su nombre y no pudo dejar de asombrarse ante el torbellino de pensamientos que llenaba su mente. La ciudad

crecía rápidamente ante ellos y le fue necesario un enorme esfuerzo de voluntad para recuperar la calma y tranquilizar los latidos de su corazón. Lujan. Por fin se acordó: el nombre de aquel hombre era Lujan.

Sudoroso dentro de su armadura, el general miró los altos muros y el foso que circundaban la ciudad. Tras el caos y el derramamiento de sangre, transmitía una sensación somnolienta y pacífica, despertando poco a poco al nuevo día. Zhi Zhong había adelantado a todos los mensajeros y el emperador todavía ignoraba la catástrofe que se había producido a sólo treinta kilómetros de distancia.

—¿Quieres ser ejecutado, Lujan? —preguntó al hombre que galopaba a su lado.

—Tengo familia, general respondió. Su rostro estaba pálido, consciente de lo que les esperaba.

—Entonces, escúchame y sigue mis órdenes —contestó Zhi Zhong.

El general fue reconocido desde la distancia y la puerta exterior descendió sobre la extensión de agua. Zhi Zhong se giró en la silla para repartir órdenes a voz en grito entre los hombres que lo acompañaban.

—El emperador debe ser informado —exclamó con brusquedad—. Podemos contraatacar con la guardia de la ciudad.

Vio que las palabras tenían un poderoso efecto en aquellos hombres derrotados, que hizo que se enderezaran en sus sillas. Seguían confiando en que su general pudiera salvar parte del desastre. Al entrar en la ciudad, Zhi Zhong transformó su cara en una máscara y el sonido de los cascos en las calles pavimentadas resonó con fuerza en sus oídos. Había perdido. Peor había salido huyendo.

El palacio imperial era una gigantesca construcción que se elevaba en el interior de la ciudad, rodeado por jardines de gran belleza. Zhi Zhong se dirigió a la puerta más próxima, que lo llevaría a una sala de audiencias. Se preguntó si el joven emperador estaría siquiera despierto a esa hora. Bueno, muy pronto estaría despierto y alerta, en cuanto recibiera las noticias.

Los guardias se vieron forzados a desmontar en la puerta exterior avanzando con amplias zancadas hacia el interior a lo largo de un ancho camino flanqueado de limeros. Varios sirvientes le salieron al paso y, a continuación, atravesaron una serie de salas. Antes de que pudieran llegar a presentarse ante el emperador, los soldados de la guardia del emperador les bloquearon el paso.

Al entregar su espada y aguardar a que se retiraran a un lado, Zhi Zhong no dejó entrever sus emociones. Sus soldados se quedarían en las salas exteriores mientras él estaba dentro. Imaginó cómo el emperador Wei era despertado en ese mismo momento, sus esclavos revoloteando a su alrededor e informándole de que el general había regresado. Los rumores inundarían el palacio, aunque todavía no sabían nada. El alcance total de la tragedia se asimilaría más tarde, pero el emperador debía ser informado antes.

Pasó mucho tiempo antes de que Zhi Zhong viera cómo las puertas de la cámara de audiencias se abrían ante él y cruzara el suelo de madera en dirección a la figura

que estaba sentada al otro extremo de la estancia. Como había supuesto, la cara del emperador aún estaba hinchada por el sueño y su cabello había sido trenzado con tantas prisas que algunos mechones estaban descolocados.

—¿Qué es tan importante? —inquirió el emperador Wei, con voz tensa.

Por fin, el general se sintió calmado y respiró profundamente mientras se arrodillaba.

—Su majestad imperial me honra —dijo. Entonces levantó la cabeza y los ojos que miraron desde debajo de las pobladas cejas hicieron que el joven emperador, asustado, agarrara la parte delantera de su túnica con la mano crispada. Eran ojos de loco.

Zhi Zhong se puso en pie despacio, recorriendo la sala con la vista. El emperador había despedido a sus ministros para escuchar la comunicación privada de su general. Había seis esclavos en la estancia, pero a Zhi Zhong no le importaba. Transmitirían la noticia a la ciudad como hacían siempre. Emitió un largo suspiro. Durante un tiempo, su mente había estado llena de confusión, pero ya se había aclarado.

—Los mongoles han atravesado el paso —intervino, por fin—. No he podido contenerlos. —Vio que el emperador palidecía: su piel adoptó un tono céreo bajo la luz que entraba por las altas ventanas.

—¿El ejército? ¿Nos han obligado a retirarnos? —preguntó con voz autoritaria el emperador Wei, alzándose y colocándose a su lado.

—Ha sido arrollado, majestad imperial.

Los ojos del general taladraron al joven que tenía ante sí pero, esta vez, no retiró la mirada.

—Serví bien a tu padre, majestad imperial. Con él, habría obtenido la victoria. Contigo, un hombre inferior, he fracasado.

El emperador Wei abrió la boca estupefacto.

—¿Vienes a verme con esta noticia y te atreves a insultarme en mi propio palacio?

El general suspiró. No tenía espada, pero extrajo un largo cuchillo de debajo de su armadura, donde lo había mantenido escondido. Al verlo, el joven emperador dio un grito ahogado, súbitamente aterrado.

—Tu padre no me habría permitido llegar hasta él, majestad imperial. Habría sabido que no debía confiar en un general que regresa de una derrota. —Zhi Zhong se encogió de hombros—. Al fallarte, me he hecho merecedor de la muerte. ¿Qué otra elección tengo, sino ésta?

El emperador tomó una honda bocanada de aire para llamar a voces a sus guardias. Zhi Zhong se lanzó contra él y le atenazó la garganta con una mano, ahogando el grito. Sintió las manos del joven golpeando su armadura, pero el muchacho era débil y su fuerza no disminuyó ni un ápice, al contrario. Podría haberlo estrangulado en aquel mismo momento, pero habría sido una deshonra para el hijo de un gran hombre, así que, en vez de eso, buscó el lugar apropiado en el pecho del

emperador mientras éste se sacudía y retorció y le hundió la hoja en el corazón.

Las manos se desplomaron y sólo entonces notó el escozor de los arañazos de sus mejillas. En torno a la hoja, la sangre manchó la tela de la túnica y el general izó al emperador para volver a sentarlo en su trono.

Los esclavos estaban chillando, pero Zhi Zhong, inmóvil frente al cadáver del joven emperador los ignoró. No había tenido elección, se dijo a sí mismo.

La puerta exterior se abrió de par en par y los guardias del emperador irrumpieron en la sala. Alzaron sus armas y Zhi Zhong se giró para enfrentarse a ellos, viendo cómo las figuras de sus hombres iban llenando el pasillo que había a sus espaldas. Lujan había seguido las órdenes recibidas y su armadura ya estaba ensangrentada. No tardaron demasiado en acabar con el último de ellos.

Respirando agitadamente, Lujan miró asombrado el blanco rostro del emperador muerto.

—Lo has matado —dijo, atónito—. ¿Qué hacemos ahora?

El general miró a los hombres exhaustos y manchados de sangre que habían introducido el hedor de la batalla en un lugar como aquél. Tal vez, más tarde, llorara por todo lo que había perdido, por todo lo que había hecho, pero no era el momento.

—Le decimos al pueblo que el emperador ha muerto y que la ciudad debe cerrarse y fortificarse. Los mongoles vienen hacia aquí. Es lo único que podemos hacer.

—Pero ¿quién será ahora el emperador? ¿Uno de sus hijos? —preguntó Lujan. Su rostro estaba blanco como el papel y no volvió a mirar a la figura despatarrada en el trono.

—El mayor sólo tiene seis años —repuso Zhi Zhong—. Cuando se haya celebrado el funeral, ordena que lo hagan venir ante mí. Gobernaré en calidad de regente suyo.

Lujan miró al general de hito en hito.

—Ave al nuevo emperador —susurró, y los que lo rodeaban repitieron sus palabras. En un estado casi de trance, Lujan se inclinó hasta que su frente tocó el suelo de madera. Los demás soldados lo imitaron y el general Zhi Zhong sonrió.

—Diez mil años —dijo con suavidad—. Diez mil años.

El humo oleoso se extendía a lo largo de kilómetros y el cielo ardía, negro, sobre las montañas. Al final, muchos de los Chin se habían rendido, pero las tribus habían perdido demasiados de los suyos para considerar siquiera la clemencia. La matanza había proseguido durante días en torno al paso: aquéllos que aún lo deseaban salieron a buscar hasta el último de los soldados huidos y los mataron como si de las marmotas de su hogar se tratase.

Con las picas y los mástiles de las banderas, habían encendido hogueras inmensas: todo cuanto quedaba de los Chin era la comida y los muertos. Las familias habían entrado poco a poco en el paso detrás de los guerreros, trayendo carros y forjas con las que fundir las cabezas de las picas y obtener el acero. Los víveres fueron arrastrados hasta bancos de nieve para que se mantuvieran frescos.

No hubo recuento de los cadáveres de los Chin, ni tampoco era necesario. Nadie que viera las montañas de carne desgarrada las olvidaría jamás. Los niños y las mujeres ayudaron a despojar a los cuerpos de la armadura y cualquier objeto de valor. Sólo un día después de la batalla, el hedor era espantoso y el aire estaba plagado de moscas que crepitaban y se quemaban en las volutas de humo de las fogatas.

En las inmediaciones, Gengis esperaba a sus generales. Quería ver la ciudad que había enviado un ejército así contra él. Kachiun y Khasar se unieron a él con sus caballos, volviéndose a mirar, estupefactos, el inmenso campo de sangre y llamas que se extendía ante sus ojos. Las fogatas dibujaban sombras temblorosas sobre las montañas del valle y también el ánimo de las tribus se apaciguó mientras cantaban en voz baja por sus muertos.

Los tres hermanos aguardaron en silencio mientras los hombres que Gengis había reunido llegaban hasta ellos trotando, con la espalda erguida. Tsubodai fue el primero en acudir, pálido y orgulloso, con varias puntadas negras con muy mal aspecto recorriéndole el brazo izquierdo. Después reconocieron a Jelme y Arslan: dos oscuras siluetas cabalgando juntas recortándose contra las hogueras. Ho Sa y Lian el albañil fueron los últimos en llegar. Sólo Temuge se quedó atrás para trasladar el campamento a un río a dieciséis kilómetros hacia el norte. Las llamas arderían durante varios días más, aun cuando las tribus ya no estuvieran allí alimentándolas. Las moscas se estaban multiplicando y a Temuge le asqueaba el constante zumbido y el hedor de la descomposición de los cadáveres.

A Gengis le resultó muy difícil apartar la vista de la llanura. Lo que estaba viendo era la muerte de un imperio, estaba seguro. Nunca había estado tan cerca de la derrota y la destrucción como en la batalla del paso. La experiencia había dejado huella en él y sabía que siempre podría cerrar los ojos y evocar esos recuerdos. Ocho mil de sus hombres habían sido envueltos en un sudario blanco y llevados a la cumbre de la montaña. Lanzó una ojeada hacia donde yacían, como dedos de hueso en la nieve, distantes. Los halcones y los lobos desgarraban ya su carne. Se había quedado solo el

tiempo suficiente para asistir al entierro celeste, para honrarlos a ellos y a sus familias.

—Temuge queda al mando del campamento —informó a sus generales—. Vayamos ahora a ver esa Yenking y a ese emperador. —Clavó los talones en su caballo y éste echó a correr con una sacudida. Los demás lo siguieron, como siempre habían hecho.

Erigida sobre una amplia planicie, Yenking era, con mucho, la mayor construcción que ninguno de ellos había visto jamás. Mientras iba creciendo ante él, Gengis recordó las palabras de Wen Chao, el diplomático Chin que había conocido algunos años atrás. Le había dicho que los hombres podían construir ciudades como montañas. Yenking era uno de esos lugares.

Las piedras que la conformaban eran de color gris oscuro y medía más de quince metros desde el lecho de roca hasta la cima. Gengis ordenó a Lian y a Ho Sa que dieran la vuelta a la ciudad para contar las torres de madera, todavía más altas. Cuando regresaron, habían recorrido más de ocho kilómetros e informaron de la existencia de casi mil torres, que sobresalían como espinas a lo largo de las murallas. Aún más inquietantes fueron las descripciones de enormes arcos situados sobre las almenas, manejados por soldados silenciosos y vigilantes.

Gengis estudió a Lian con la esperanza de descubrir en él algún signo de que el albañil no se sintiera intimidado, pero su cuerpo se encorvaba sobre la silla. Como los mongoles, nunca había visitado la capital y no se le ocurría ningún modo de romper muros de ese tamaño.

En las esquinas del inmenso rectángulo, cuatro fuertes se elevaban separados de las murallas principales. Un ancho foso se abría entre los fuertes y los muros y otro más lo rodeaba por el exterior. Un enorme canal era la única brecha en las propias murallas. Discurría a través de una gigantesca compuerta de hierro que, a su vez, estaba protegida por plataformas para arqueros y catapultas. El canal se extendía hacia el sur más lejos de lo que ninguno de ellos alcanzaba a ver. Todo en Yenking tenía una escala que superaba los límites de la imaginación y Gengis se sentía incapaz de ingeniar una manera para abrirse paso por esas puertas.

Al principio, Gengis y sus generales se situaron tan cerca de Yenking como habían estado de Yinchuan o de algunas otras ciudades del oeste. Entonces, un potente sonido atravesó el aire de la tarde y un borrón oscuro pasó a toda velocidad por su lado, haciendo que el caballo de Kachiun se tambaleara con el impacto de su estela.

Gengis casi se cayó de su asiento cuando su propia montura se puso sobre dos patas y sólo pudo mirar asombrado a la saeta medio hundida en el blando suelo, más parecida a un tronco de árbol pulido que a una flecha.

Sin una palabra, sus generales se retiraron hasta donde la temible arma no podía alcanzarlos y su ánimo se hundió todavía más al comprender que se trataba de otra pieza de las defensas. Aproximarse más de quinientos pasos era invitar a que los

atacaran con aquellos gigantescos astiles de punta de hierro. Sólo pensar que uno de ellos golpeará a un grupo de jinetes resultaba espeluznante.

Gengis se volvió en la silla hacia el hombre que había logrado abrir una brecha en murallas menores.

—¿Podemos tomar este lugar, Lian? —preguntó. El albañil no se atrevió a mirarlo a los ojos y paseó la mirada por la ciudad. Por fin, meneó la cabeza.

—Ninguna otra ciudad tiene una muralla con una parte superior tan ancha —respondió—. Desde esa altura, sus proyectiles siempre llegarán más lejos que nada que yo pueda construir. Si levantamos terraplenes de piedra, podría proteger las catapultas de contrapeso, pero si yo puedo llegar hasta ellos, desde luego que ellos también podrán llegar hasta mí y hacerlas astillas.

Frustrado, Gengis lanzó una mirada airada a Yenking. Haber llegado tan lejos y, sin embargo, tener que rehusar en el último obstáculo era exasperante. Tan sólo el día anterior había estado felicitando a Khasar por haber tomado el fuerte del paso y a Kachiun por su talento en la carga. En aquel momento había creído que su pueblo era imparable, que la conquista siempre sería sencilla. Sin duda, su ejército lo creía. Sus soldados susurraban que el mundo era suyo. Frente a Yenking, casi podía sentir la burla del emperador ante tal ambición.

Al girarse hacia sus hermanos, Gengis mantuvo la expresión impasible.

—Las familias encontrarán buenas tierras para pastar por aquí. Habrá tiempo para planear un ataque contra la ciudad.

Khasar y Kachiun asintieron con aire inseguro. Ellos también podían ver cómo la gran conquista arrolladora se había detenido a los pies de Yenking. Como el propio Gengis, se habían habituado a aquel excitante ritmo de conquistar ciudades. Los carros de su pueblo estaban ahora tan cargados de oro y riquezas que se les rompían los ejes en cualquier viaje largo.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en hacer que una ciudad así se quede sin alimento? —preguntó Gengis de repente.

Lian no sabía más que los demás, pero no quería admitir su ignorancia.

—He oído que en Yenking viven más de un millón de súbditos del emperador. Alimentar a tantos es difícil de imaginar, pero dispondrán de vastos graneros y almacenes. Después de todo, debe de hacer meses que saben que vendríamos. —Vio que Gengis fruncía el ceño y se apresuró—: Podrían ser tres años, incluso cuatro, señor.

Khasar gimió en voz alta al oír el cálculo, pero el rostro del más joven de ellos, Tsubodai, se iluminó.

—Ya no tienen ejército para rechazar un asedio, señor. No necesitarías que nos quedáramos todos aquí. Si no podemos tirar abajo los muros, quizá nos permitas saquear este nuevo territorio. Tal y como están las cosas, ni siquiera tenemos mapas de las zonas que se extiendan más allá de Yenking.

Gengis miró a su general y vio el hambriento brillo de sus ojos. Su propio humor

mejoró.

—Eso es verdad. Si tengo que esperar hasta que el emperador no sea más que piel y huesos, al menos mis generales no estarán ociosos. —Extendió el brazo y lo desplazó a través del paisaje que se desdibujaba en la distancia, mayor de lo que cualquiera de ellos era capaz de imaginar.

—Cuando las familias se hayan asentado, ven a verme con una dirección y podrás partir hacia allí. No desperdiciaremos el tiempo aquí adormilándonos y poniéndonos gordos.

Tsubodai sonrió y su entusiasmo encendió el de los demás, sustituyendo el sombrío ánimo de unos momentos antes.

—Como desees, mi señor —respondió.

Con su brillante armadura negra, el general Zhi Zhong caminaba arriba y abajo mientras esperaba, crispado, que los ministros del emperador se unieran a él en la sala de coronación. La mañana era apacible y oyó claramente los ásperos graznidos de las urracas en el exterior. Sin duda, si las veían, los augures hallarían un mensaje en aquellos pendencieros pájaros.

El funeral del emperador Wei se había prolongado casi diez días durante los cuales la mitad de los habitantes de la ciudad se desgarraron las ropas y se restregaron cenizas por la piel antes de que su cuerpo fuera incinerado. Zhi Zhong había tenido que sufrir las interminables oraciones de las familias nobles. Ni uno solo de ellos había mencionado la forma en que había fallecido el emperador, no bajo la fulminante mirada de Zhi Zhong y ante sus guardias, que no separaban la mano de la empuñadura de sus espadas. Le había arrancado la cabeza a la rosa imperial, cortándola de un solo golpe de modo que todo lo demás quedara en pie.

Los primeros días habían sido caóticos, pero después de que tres ministros fueran ejecutados por expresar su opinión, cualquier asomo de resistencia se desmoronó y el grandioso funeral se llevó a cabo exactamente igual que si el joven emperador hubiera perecido mientras dormía.

Había sido útil descubrir que los nobles del Gobierno habían hecho planes para la ocasión mucho antes de que fuera necesario. El Imperio Chin ya había sobrevivido a épocas de agitación e incluso al regicidio antes. Tras el espasmo inicial de indignación, habían retornado a sus rutinas casi con alivio. Los campesinos de la ciudad no sabían nada, excepto que el Hijo del Cielo había abandonado su carne mortal. Ignorantes de la verdadera situación, aullaban por las calles de la ciudad, ciegos en su histeria y su dolor.

El joven hijo del emperador no había llorado cuando se enteró del deceso de su padre. Al menos en eso, el emperador Wei había preparado bien a su familia. La madre del muchacho tenía suficiente sentido común como para saber que cualquier protesta significaría su propia muerte, de modo que había permanecido en silencio durante el funeral, pálida y hermosa mientras observaba cómo el cuerpo de su marido quedaba reducido a cenizas. Cuando la pira funeraria se hundió bajo el rugido de las

llamas, Zhi Zhong tuvo la sensación de que ella lo había mirado, pero cuando alzó la vista, la cabeza de ella estaba agachada, rogando para que la voluntad de los dioses fuera magnánima. Mi voluntad, pensó el general, aunque el resultado iba a ser más o menos el mismo.

El general rechinó los dientes, irritado, mientras caminaba. En primer lugar el funeral había durado más de lo que habría creído posible y después le habían dicho que la coronación duraría otros cinco días. Era exasperante. La ciudad estaba de luto y ninguno de los campesinos trabajaba mientras se desarrollaban esos grandes acontecimientos. Había soportado las interminables pruebas con los modistos para marcar con sus nuevos trajes su posición como señor regente. Incluso había aguantado sin decir nada mientras los ministros, nerviosos, lo sermoneaban sobre sus nuevas responsabilidades. Y durante todo ese tiempo, el khan mongol merodeaba como un lobo junto a la puerta, vigilando la ciudad.

En su tiempo libre, Zhi Zhong había ascendido las escaleras una docena de veces hasta distintos lugares de la muralla para observar cómo las asquerosas tribus se asentaban en tierras imperiales. En ocasiones había creído percibir el olor del cordero rancio y la leche de cabra en la brisa. Era mortificante haber sido derrotado por esos ovejeros, pero no tomarían Yenking. Los emperadores que habían construido la ciudad la habían concebido para hacer una demostración de su poder. No caería con facilidad, se dijo Zhi Zhong.

Por las noches, seguían despertándole pesadillas en las que soñaba que era perseguido, en las que el zumbido de las flechas horadaba sus oídos como persistentes mosquitos. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Nadie había creído que los mongoles pudieran escalar las altísimas cumbres para flanquear su ejército. Zhi Zhong ya no se sentía avergonzado por la derrota. Los dioses no habían estado de su lado y, sin embargo, habían puesto en sus manos la regencia de la ciudad. Observaría cómo el ejército de los mongoles se hacía añicos contra las murallas y, cuando estuvieran destrozados y ensangrentados, tomaría la cabeza de su khan en sus propias manos y la enterraría en la más honda letrina de la ciudad.

Ese pensamiento le animó mientras esperaba a que apareciera ante él el emperador niño. En algún lugar en la distancia oyó el retumbar de los gongs anunciando al pueblo la presencia de un nuevo Hijo del Cielo.

Las puertas de la sala de coronación se abrieron para revelar el rostro sudoroso de Ruin Chu, el primer ministro.

—¡Mi señor regente! —exclamó al ver a Zhi Zhong—. ¡No llevas puesto tu traje! Su majestad imperial estará aquí en cualquier momento. —Después de ocuparse durante días de organizar el funeral y la coronación, parecía estar a punto del colapso. Zhi Zhong encontraba irritante al obeso hombrecillo y se deleitó anticipando el impacto que sus palabras tendrían sobre él.

—Lo he dejado en mis habitaciones, ministro. No lo necesitaré hoy.

—Cada instante de la ceremonia ha sido planificado, señor regente. Tienes que...

—No me digas que «tengo que» hacer algo —atajó Zhi Zhong—. Trae al chico aquí y ponle una corona en la cabeza. Recitad, cantad, encended velas de incienso, lo que queráis, pero dime una sola palabra más sobre lo que yo «tengo que» hacer y haré que te corten la cabeza.

El ministro lo miró boquiabierto, luego bajó los ojos, temblando visiblemente. Sabía que el hombre que tenía frente a sí había asesinado al emperador. El general era un traidor brutal y Ruin Chu no dudaba de que estaría dispuesto a derramar sangre incluso el día de una coronación. Se retiró caminando hacia atrás y haciendo reverencias hasta llegar a las puertas, que abrió para salir. Zhi Zhong oyó el lento ritmo de la procesión y aguardó en silencio mientras el ministro se unía a ella. Se rió entre dientes mientras oía cómo el ritmo se aligeraba.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, el séquito que rodeaba al niño de seis años que iba a convertirse en emperador tenía una clara expresión de terror. Zhi Zhong vio que el chaval lo estaba llevando bien pese a lo poco que había dormido a lo largo de los anteriores días.

La procesión se ralentizó de nuevo al pasar junto a Zhi Zhong en dirección al trono dorado. Los monjes budistas agitaban incensarios, llenando el aire de humo blanco. También ellos se pusieron nerviosos al comprobar que el general vestía su armadura: era el único hombre que llevaba una espada en la estancia. Los siguió con paso altivo cuando el hijo del emperador Wei ocupó su lugar en el trono. Era sólo el principio de la última fase. Sólo recitar los títulos llevaría hasta el mediodía.

Zhi Zhong observó con gesto agrio mientras los ministros se acomodaban, situándose como pavos reales en torno al centro de la ceremonia. El incienso le dio sueño y no pudo evitar pensar en los mongoles en la llanura que se extendía frente a la ciudad. Al principio, había comprendido que los rituales eran necesarios, una manera de mantener el orden después del asesinato del emperador. La ciudad podría haber entrado en erupción sin una mano fuerte que la gobernara y había sido preciso para permitir a los nobles disponer del consuelo de sus tradiciones. Ahora estaba harto de ellas. La ciudad estaba en calma en su congoja y los mongoles habían empezado a construir catapultas gigantes y a elevar muros de piedra para proteger las armas.

Con una exclamación de impaciencia, Zhi Zhong avanzó unos pasos, interrumpiendo la monótona voz de un sacerdote. Paralizado, el niño se quedó mirando a esa figura de armadura negra. Zhi Zhong cogió la corona imperial del dorado cojín de seda. Era sorprendentemente pesada y al tocarla, por un segundo, sintió una punzada de respeto ante la idea de que estuviera en sus manos. Había asesinado al último hombre que se la había ceñido.

La colocó con firmeza en la cabeza del último emperador.

—Xuan, eres el emperador, el Hijo del Cielo —dijo—. Espero que gobiernes con sabiduría. —Ignoró la expresión escandalizada en las caras de los hombres que lo rodeaban—. Soy tu regente, tu mano derecha. Hasta que tengas veinte años me

obedecerás en todo, sin hacer preguntas. ¿Comprendes?

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas. Apenas podía entender lo que estaba sucediendo, pero tartamudeó una respuesta.

—Co... comprendo.

—Entonces ya está. Que el pueblo lo celebre y se regocije. Yo voy a las murallas.

Zhi Zhong dejó a los estupefactos ministros a sus espaldas con su tarea, abrió las puertas de par en par y salió del palacio a grandes zancadas. Al estar construido en alto en una de las orillas del lago Songhai, que alimentaba el gran canal, la vista desde la parte superior de las escaleras le permitía observar la ciudad, donde los súbditos aguardaban las noticias. Todas las campanas tañerían y los campesinos estarían borrachos durante días. Respiró hondo mientras vigilaba los oscuros muros. Al otro lado, sus enemigos trataban de encontrar un punto débil en la ciudad. Nunca conseguirían entrar.

Desde su asiento, Temuge contemplaba con ojos soñadores a tres hombres que, años atrás, habían sido khanes entre el pueblo. Notaba su arrogancia en cada una de sus acciones, controlando apenas el desdén que sentían por él. ¿Cuándo entenderían que no tenían ningún poder en el nuevo orden que su hermano había creado? Sólo había un gurkhan, un hombre superior a todos los demás. Su propio hermano estaba sentado ante ellos y, sin embargo, se atrevían a hablar con Temuge como si fueran sus iguales.

Mientras las tribus levantaban sus gers en la llanura que se extendía frente a Yenking, Temuge se había deleitado haciendo esperar a los hombres por puro placer. Gengis le había demostrado que confiaba en él otorgándole el título de maestro del comercio, aunque había sido el propio Temuge el que definiera las funciones del cargo, ante una hosca oposición. Le encantaba el poder del que disfrutaba y recordar cuánto había hecho esperar a Kokchu antes de recibirlo el día anterior todavía lo hacía sonreír. Para cuando Temuge finalmente le permitió entrar en la ger del khan, el chamán estaba pálido de ira. El hecho de que Gengis le hubiera dejado utilizarla para su trabajo significaba que le daba su aprobación, un gesto que no les pasó desapercibido a los peticionarios. No tenía ningún sentido apelar a Gengis si no les gustaba una resolución que se había tomado en su nombre. Temuge se había asegurado de que lo comprendieran. Si Kokchu quería reunir un grupo de hombres para explorar un antiguo templo situado a más de cien de kilómetros de allí, era a Temuge a quien competía aprobar la petición e inspeccionar el botín.

Temuge entrelazó las manos frente a él, escuchando distraídamente a aquellos antiguos khanes. El padre de los woyela se apoyaba en dos de sus hijos, incapaz de sostenerse por sí solo. Habría sido un gesto de cortesía ofrecerle una silla, pero Temuge no era de los que olvida las viejas heridas. Siguieron de pie entonando su cantinela sobre el pasto y la madera mientras él dejaba que su mirada se perdiera en

la distancia.

—Si no permites que los rebaños se desplacen a nuevos pastos sin uno de tus pequeños permisos —decía el woyela en ese momento—, estaremos sacrificando animales sanos porque se morirán de hambre. —Había engordado desde que Gengis le cortara los tendones de las piernas. Temuge se regodeó viendo cómo la cara se le ponía roja de rabia y posó la mirada en él con indolencia, sin responder. Ninguno de ellos sabía leer o escribir recordó con satisfacción. Los permisos habían sido una buena idea: pequeños vales hechos con madera de pino en los que se había grabado a fuego el símbolo de un lobo. Había ordenado a varios hombres que recorrieran el campamento pidiendo que les enseñaran esos vales a aquellos guerreros que vieran talando árboles o trocando parte de un botín o haciendo otras muchas cosas. El sistema todavía no era perfecto, pero Gengis lo había apoyado en su decisión de hacer volver a los que protestaban, cuyas caras palidecían de miedo.

Cuando los hombres acabaron su perorata, Temuge se dirigió a ellos con tanta amabilidad como si estuvieran hablando del tiempo. Se había dado cuenta de que el tono suave contribuía a incrementar su ira y le divertía provocarles de esa manera.

—En toda nuestra historia, nunca nos hemos reunido tantos hombres en un lugar —dijo, meneando la cabeza en un ademán de leve reproche—. Tenemos que estar organizados si queremos prosperar. Si os dejo que taléis los árboles siempre que los necesitéis, no quedará ninguno para el próximo invierno. ¿Comprendéis? Tal y como lo he establecido, obtenemos la madera sólo de bosques que se encuentren a más de tres días de viaje a caballo y, a continuación, arrastramos los troncos hasta aquí. Exige tiempo y esfuerzo, pero veréis los beneficios de esa estrategia el año que viene.

Por mucho que su suave discurso les irritara, lo delicioso era que no podían encontrarle defectos a su lógica. Eran hombres de arco y espada y Temuge había descubierto que podía llevarlos por donde quería con su inteligencia superior ahora que tenían que escucharlo.

—Pero ¿y el pasto? —preguntó el tullido khan woyela—. No podemos mover ni una cabra sin que uno de tus mutilados exija un vale para demostrar que tenemos tu aprobación. Las tribus están cada vez más inquietas al verse gobernadas por una mano desconocida.

Temuge sonrió al furioso hombre cuyo peso estaba empezando a cansar a los hijos que lo sostenían a ambos lados.

—Ah, pero si ya no hay tribus, woyela. ¿Es que aún no has aprendido esa lección? Creía que lo recordarías todos los días. —Hizo un gesto y un sirviente Chin le colocó una taza de airag en la mano.

Temuge había elegido a su personal entre los Chin que Gengis había reclutado en las ciudades. Algunos de ellos habían sido sirvientes de familias nobles y sabían cómo tratar a un hombre de su posición. Cada día comenzaba con un baño caliente en una bañera de hierro construida especialmente para ese propósito. Era el único hombre del campamento que lo hacía y, por primera vez en su vida, podía oler a los

de su propio pueblo. Arrugó la nariz al pensarlo. Así es como debería vivir un hombre, se dijo, dando sorbos mientras los woyela esperaban.

—Éstos son tiempos nuevos, caballeros. No podemos movernos de aquí hasta que la ciudad caiga, lo que significa que la cuestión del pasto debe gestionarse con cuidado. Si no ejerzo algún tipo de control, no quedará ni una brizna de hierba en el suelo cuando llegue el verano y entonces, ¿qué haremos? ¿Queréis que miles de kilómetros separen a mi hermano de sus rebaños? Seguro que no. —Se encogió de hombros—. Puede que estemos un poco hambrientos al final del verano. Quizá parte del rebaño tenga que ser sacrificado si la tierra no puede alimentar a tantas bestias. ¿No he enviado a mis hombres a buscar sal para curar la carne? El emperador pasará hambre antes que nosotros.

Los hombres se le quedaron mirando, inmersos en una muda frustración. Podían mencionar diversos ejemplos de cómo su control se había extendido por el vasto campamento. Tenía una respuesta para cada uno de ellos. Lo que no podían expresar era su irritación por tener que obedecer a cada paso a una nueva norma de Temuge: los agujeros de las letrinas no debían excavarse demasiado cerca de los arroyos; los ponis sólo podían aparearse de acuerdo con una lista de líneas de sangre que Temuge mismo había elaborado, sin consultar a nadie; un hombre que tuviera un semental y una espléndida yegua ya no podía hacer que la cubriera sin tener antes que rebajarse a pedirle permiso... A todos les fastidiaba la nueva situación y el descontento se estaba propagando por el campamento.

No se atrevían a quejarse abiertamente, no mientras Gengis apoyara a su hermano. Si el khan hubiera escuchado sus quejas, le habría restado autoridad a Temuge y habría convertido su cargo en una burla. Temuge era consciente de ello: conocía a su hermano mejor que ellos. Una vez que Gengis le otorgó el puesto, no haría nada que pudiera interferir. Temuge se deleitaba en la oportunidad de mostrar cuánto podía alcanzar un hombre inteligente si no se le cortaban las alas.

—Si eso era todo, tengo que ver a muchos otros peticionarios esta mañana —dijo Temuge—. Tal vez ahora comprendáis por qué es difícil verme. Siempre me encuentro con alguien que se pasaría todo el día hablando antes de comprender lo que tenemos que hacer aquí; en lo que tenemos que convertirnos.

No les había concedido nada y su rabiosa frustración fue como un vino fresco para él. No pudo resistirse a hurgar un poco más en la herida.

—Si hay algo más que queráis comentar, estoy ocupado, pero, por supuesto, encontraré tiempo para escucharos.

—Nos escuchas, pero no nos oyes —replicó el khan con voz cansada.

Temuge extendió las manos para indicar que lo sentía.

—Me parece que no todo el mundo que se presenta ante mi comprende totalmente los problemas que me plantean. Incluso hay veces que se realizan negocios sin descontar el diezmo del khan para entregármelo.

Miró fijamente al viejo khan que colgaba de los brazos de sus hijos mientras

hablaba y en la febril mirada del anciano se reflejó la vacilación. ¿Cuánto sabía Temuge? Había rumores de que pagaba a algunos hombres para que actuaran como espías y le informaran de cada transacción que se producía, de todo trato y de todo intercambio de riqueza. Nadie sabía cuál era el verdadero alcance de su influencia.

Temuge suspiró y meneó la cabeza como si se sintiera decepcionado.

—Confiaba en que serías tú mismo quien lo mencionara sin que yo te dijera nada, woyela. ¿No vendiste una docena de yeguas a uno de nuestros reclutas Chin? —Sonrió, como alentándolo—. He oído que el precio era muy bueno, aunque las yeguas no eran de la mejor calidad. Todavía no he recibido el diezmo de dos caballos que le debes a mi hermano, aunque supongo que me lo entregarás al ponerse el sol. En tu opinión, ¿es ésa una suposición razonable?

El khan de los woyela se preguntó quién le habría traicionado. Un momento después, asintió y Temuge esbozó una sonrisa radiante.

—Estupendo. Tengo que darte las gracias por haber abandonado este tiempo a aquéllos que aún te tratan como a una autoridad. Si surge alguna otra cosa que necesite mi atención, recuerda que siempre estoy aquí.

No se levantó cuando se volvieron para salir de la tienda del khan. Uno de los que no había hablado se dio media vuelta hacia él con una expresión de ira no disimulada y Temuge decidió hacer que lo vigilaran. Lo temían, tanto por su papel de chamán como porque sabían que, tras él, estaba su hermano. Kokchu le había dicho la verdad a ese respecto: ver el miedo en los ojos de otro hombre era tal vez el sentimiento más maravilloso que existía. Producía una sensación de fuerza y ligereza que sólo otra cosa en el mundo le hacía experimentar: la pasta negra que le facilitaba Kokchu.

Había otros hombres aguardando para verlo, algunos que él mismo había convocado. Consideró la perspectiva de pasar un insulso atardecer en su compañía y, en un impulso caprichoso, decidió que no le apetecía. Volvió la cabeza hacia un sirviente.

—Prepara una taza de airag caliente con una cucharada de mi mediana —ordenó. La pasta negra le haría tener visiones llenas de color y, después, dormiría toda la tarde, dejando que esperaran por él. Estiró la espalda al imaginarlo, satisfecho con su jornada de trabajo.

XXVI

Fueron necesarios dos meses para construir terraplenes de piedra y madera con los que proteger las grandes máquinas de guerra. Las catapultas que Lian había diseñado se habían fabricado en los bosques que crecían al este. Con sus enormes vigas aún pegajosas de savia, se elevaban como perturbadores monstruos a casi dos kilómetros de los muros de la ciudad. Cuando los terraplenes que servirían de parapeto estuvieron terminados, las llevarían rodando hasta el seno de su protectora sombra. Era una labor lenta y fatigosa, pero, en ciertos aspectos, la confianza de las huestes mongolas se había incrementado con el tiempo: ningún ejército había salido de las murallas para atacarlos. Había un lago de agua dulce al norte de la ciudad y las orillas estaban repletas de pájaros que podían cazar durante los meses de invierno. Eran los señores de la llanura Chin. Y, sin embargo, vivir era todo cuanto podían hacer cuando se habían acostumbrado a la rápida conquista y victoria, a descubrir nuevos territorios cada día. Ese súbito alto en su ritmo comenzaba a envenenar el ambiente de camaradería que reinaba entre las tribus. Ya se habían producido varias luchas a cuchillo provocadas por antiguas rencillas. Dos hombres y una mujer habían sido hallados muertos en la orilla del lago; se desconocía quiénes habían sido los asesinos.

El ejército esperaba nervioso a que la ciudad empezara a pasar hambre. Gengis no estaba del todo convencido de que los terraplenes de piedra pudieran proteger las pesadas catapultas, pero necesitaba algo que mantuviera a su pueblo entretenido. Al menos haciéndolos trabajar hasta el agotamiento se mantenían en forma y estaban demasiado cansados para discutir. Los exploradores se habían encontrado con una colina de pizarra, a menos de un día de viaje a caballo de Yenking. Los guerreros extraían la piedra con el entusiasmo que ponían en todas las tareas, rompiéndola con cuñas y martillos para luego izar los bloques hasta los carros. La experiencia de Lian era vital allí y apenas abandonó la cantera en aquellas semanas. Les enseñó cómo cuajar las piedras con una pasta de caliza quemada y los inmensos parapetos crecían a diario. Gengis había perdido la cuenta de cuántas veces había visto pasar los lentos y pesados carros por delante de su ger aunque Temuge llevaba un cuidadoso registro en sus reservas de pergamino robado, cada vez más escasas.

Los contrapesos que Lian había diseñado eran redes de cuerda llenas de grandes piedras que se colgaban de las palancas de las máquinas. Dos hombres se habían aplastado las manos durante la construcción, y sufrieron terribles dolores cuando Kokchu les cercenó los miembros destrozados. El chamán les había frotado las encías con una pasta densa y arenosa para amortiguar el dolor, pero aun así habían aullado de dolor. El trabajo continuó, vigilado siempre desde los muros de Yenking. Gengis no había podido hacer nada para impedir que los enormes arcos de guerra fueran trasladados a lo largo de las murallas para orientarlos contra sus propias armas. Equipos de sudorosos miembros de la guardia imperial construían nuevos nidos para

ellos, trabajando tantas horas como los propios guerreros mongoles.

Fueron necesarios cientos de hombres fuertes para conducir las catapultas hasta las barreras situadas frente a Yenking. Bajo la nieve que caía sobre la llanura, Gengis observaba con frustración cómo los ingenieros Chin preparaban siete grandes arcos y empezaban a lanzar proyectiles de punta de hierro que golpearon los parapetos. Las catapultas respondieron con dos rocas que chocaron contra los muros, haciendo que una nube de esquirlas saliera volando por los aires. Las armas Chin quedaron intactas.

Tardaron un siglo en recolocar las enormes palancas de Lian. En ese tiempo, los arcos del muro sacudieron los parapetos una y otra vez. Antes de que las catapultas estuvieran listas para disparar por segunda vez contra la ciudad, aparecieron unas grietas en las barreras que habían construido las tribus: poco después quedaron completamente destruidas. Con cada golpe estallaban varias piedras, que caían como un chaparrón sobre Lian y sus hombres en forma de esquirlas. Muchos de ellos se tiraron al suelo, agarrándose las manos y la cara, tras retroceder tambaleantes bajo las incesantes salvas. Lian resultó indemne y se quedó mirando callado y sombrío cómo sus parapetos eran destrozados y sus máquinas quedaban expuestas.

Durante un momento, pareció que las catapultas sobrevivirían, pero entonces un impacto directo golpeó la llanura, seguido casi al instante por otros tres más. A medida que los equipos de las murallas se habían ido cansando, el ritmo había disminuido, pero cada golpe tenía una fuerza tremenda. Varios guerreros fallecieron intentando arrastrar las máquinas fuera del alcance de los proyectiles. En un momento estaban allí sudando y gritando y, al momento siguiente, se habían convertido en manchas de sangre sobre la madera, y en el aire que los rodeaba flotaba una nube de nieve y polvo.

Era imposible rescatar nada. La garganta de Gengis emitió un sordo gruñido mientras observaba los cuerpos y los maderos rotos. Estaba suficientemente cerca de la ciudad para oír los vítores que se elevaron en su interior y sintió que la rabia le inundaba al tener que reconocer que Lian no se había equivocado. Sin protección, no podían igualar el alcance de las armas que jalonaban las murallas y cualquier artefacto que construyeran acabaría destrozado por los impactos de sus proyectiles. Gengis se había planteado fabricar altas torres con ruedas y dirigirlas hacia la ciudad, quizá incluso recubrirlas de hierro, pero las pesadas saetas las atravesarían, del mismo modo que sus propias flechas horadaban las armaduras. Si sus expertos en metal construían torres que pudieran resistir los impactos, serían demasiado pesadas para poder desplazarlas. Era desesperante.

Gengis caminaba arriba y abajo mientras unos cuantos guerreros valerosos enviados por Tsubodai recogían a los heridos y los sacaban del alcance de los proyectiles. Sus hombres creían que era capaz de tomar Yenking como había tomado otras ciudades. Ver las extraordinarias construcciones de Lian reducidas a astillas no ayudaría a elevar la moral en el campamento.

Mientras Gengis observaba cómo los Jóvenes Lobos arriesgaban sus vidas,

Kachiun se aproximó y desmontó. La expresión de su hermano era inescrutable, aunque Gengis creyó detectar la misma honda irritación ante su fracaso.

—Fuera quien fuera el que construyera esta ciudad pensó bien en sus defensas —dijo Kachiun—. No lograremos tomarla por la fuerza.

—Entonces se morirán de hambre —exclamó Gengis—. He levantado la tienda negra delante de Yenking. No habrá piedad.

Kachiun asintió, estudiando a su hermano mayor con atención. Gengis nunca estaba en su mejor momento cuando lo obligaban a permanecer inactivo. En esos momentos, los generales se movían con precaución a su alrededor. A lo largo de los anteriores días, Kachiun había visto cómo el mal humor abandonaba a Gengis cuando se elevaron los terraplenes, fabulosamente fuertes. Todos ellos se habían sentido llenos de seguridad en sí mismos, pero ahora resultaba evidente que el comandante Chin sólo había aguardado a que arrastraran las nuevas armas hasta una posición en la que estuvieran a tiro. Fuera quien fuera, era un hombre paciente, y los enemigos pacientes eran los más peligrosos.

Kachiun sabía que Gengis era capaz de dejarse llevar por el impulso de una decisión precipitada. En ese momento, aún seguía escuchando a sus generales, pero a medida que avanzara el invierno, Gengis se sentiría tentado de intentar prácticamente cualquier cosa y las tribus podían sufrir las consecuencias de esa decisión.

—¿Qué opinas de mandar a algunos hombres que escalen los muros durante la noche? —preguntó Gengis, como un eco de los pensamientos de Kachiun—. Cincuenta o cien de ellos, para incendiar algunas partes de la ciudad.

—Podemos escalar esos muros —respondió Kachiun con cuidado—. Pero ahí arriba hay una patrulla Chin cada dos pasos. Antes dijiste que sería una inútil pérdida de hombres.

Gengis se encogió de hombros, irritado.

—Entonces teníamos catapultas. Puede que merezca la pena probar, a pesar de todo.

Gengis volvió sus pálidos ojos hacia su hermano. Kachiun sostuvo su mirada, sabiendo que su hermano querría saber la verdad.

—Lian dijo que la ciudad tenía más de un millón de habitantes —le recordó Kachiun—. A aquéllos a los que mandáramos les darían caza como a perros salvajes y se convertirían en la diversión de los soldados.

Como respuesta, Gengis gruñó, adusto y desesperado. Kachiun buscó una manera de alegrarle.

—Quizá haya llegado el momento de enviar a los generales a saquear las tierras, como dijiste que harías. Es obvio que aquí no vamos a conseguir una victoria rápida y hay otras ciudades en este país. Que tus hijos vayan con ellos, para aprender nuestro olvido.

Kachiun vio que la duda cruzaba el rostro de su hermano y pensó que le comprendía. Los generales eran hombres en los que Gengis confiaba: podían actuar

sin su supervisión. Tenían una lealtad a prueba de fuego, pero hasta aquel momento la guerra se había luchado bajo la mirada de Gengis. Enviarlos lejos, quizá a miles de kilómetros de distancia, no era una orden que Gengis pudiera dar a la ligera. Había dado su aprobación más de una vez, pero, llegado el momento de hacerlos partir, de algún modo, la orden definitiva no había sido pronunciada.

—¿Es la traición lo que temes, hermano? —preguntó Kachiun con suavidad—. ¿De dónde llegaría? ¿De Arslan y su hijo Jelme, que han estado con nosotros desde el principio? ¿De Khasar o de Tsubodai, que te venera? ¿De mí?

Gengis esbozó una sonrisa tensa al pensarlo. Alzó la vista hacia las murallas de Yenking, que seguían intactas ante él. Con un suspiro, se dio cuenta de que no podía mantener a tantos hombres activos en esa planicie durante tres largos años. Antes de que transcurriera ese plazo, estarían enfrentándose entre sí como perros salvajes, haciéndole el trabajo al propio emperador Chin.

—¿Envío a todo el ejército? Tal vez me quede aquí yo solo y desafíe a los Chin animándolos a que salgan.

Kachiun se rió entre dientes al imaginárselo.

—A decir verdad, lo más probable es que piensen que era una trampa y que te dejaran ahí —contestó—. Y, sin embargo, si yo fuera el emperador entrenaría a todo hombre capaz para convertirlo en un guerrero, creando un ejército desde dentro. No puedes dejar demasiados pocos hombres para guardar Yenking, o lo considerarían una oportunidad para atacar.

Gengis resopló.

—No se puede hacer un guerrero en unos cuantos meses. Que se entrenen esos panaderos y mercaderes. Agradecería la oportunidad de demostrarles qué significa nacer guerrero.

—Con voz de trueno, sin duda, y quizá un pene como un rayo —dijo Kachiun con la expresión seria. Tras un momento de silencio, ambos estallaron en carcajadas.

Gengis se había librado del mal humor que le había invadido tras la destrucción de las catapultas. Kachiun casi podía ver cómo subía la energía en su interior mientras pensaba en el futuro.

—He dicho que los haría salir, Kachiun, aunque todavía es pronto. No sabemos si otras ciudades tratarán de ayudar a Yenking y puede que necesitemos a todos nuestros hombres aquí. —Se encogió de hombros—. Si la ciudad no ha caído en primavera, haré partir a los generales y serán libres de iniciar la caza.

El ánimo de Zhi Zhong era meditabundo mientras miraba por la alta ventana de la cámara de audiencia del palacio veraniego. Apenas había hablado con el emperador niño desde el día en que le había coronado. Xuan estaba en algún lugar del laberinto de pasillos y habitaciones que habían conformado la residencia oficial de su padre y Zhi Zhong casi no se había acordado de él.

Los soldados habían vitoreado a su general cuando las catapultas mongolas fueron destruidas esa mañana. Se habían vuelto hacia Zhi Zhong para buscar su aprobación y se la había mostrado haciendo una breve inclinación de cabeza a su oficial antes de descender con grandes zancadas los escalones que llevaban a la ciudad. Sólo en privado había apretado el puño en silencioso triunfo. No era suficiente para eliminar el recuerdo de la Boca del Tejón, pero era una especie de victoria y los asustados ciudadanos necesitaban algo para superar su desesperación. Zhi Zhong se burló para sus adentros recordando los informes de suicidios. Cuatro hijas de familias de alta alcurnia habían sido encontradas muertas en sus estancias en cuanto las noticias de la derrota del ejército habían llegado hasta Yenking. Las cuatro se conocían y, al parecer, habían preferido un final digno a la violación y la destrucción que consideraron inevitable. Otras once habían tomado el mismo camino en las semanas siguientes y a Zhi Zhong le había preocupado que esa nueva moda por la muerte pudiera extenderse por toda la ciudad. Enlazó las manos a la espalda, inspeccionando las casas de los nobles a través del lago. Hoy habría mejores noticias. Quizá entonces vacilaran con sus puñales de marfil y su desprecio por su habilidad. Yenking aún podía resistir a los invasores.

El señor regente se dio cuenta de que estaba cansado y hambriento. No había comido desde la mañana y en el día se habían celebrado tantas reuniones que ya no podía recordar cuántas. Todo hombre con autoridad en Yenking parecía necesitar su aprobación y su consejo. Como si él pudiera predecir mejor que los demás qué iba a suceder durante los próximos meses. Frunció el ceño al pensar en el suministro de alimento y echó un vistazo a una mesa auxiliar sobre la cual se apilaban los pergaminos formando una pirámide. Cada vez que comían, los ciudadanos de Yenking estaban un poco más cerca de su propia derrota. Ese simple hecho podía dejar en ridículo sus defensas, pero había sido el propio Zhi Zhong quien había vaciado los almacenes de la ciudad para alimentar al ejército. Le irritaba pensar en los mongoles consumiendo los víveres que él había reunido en el paso a lo largo de un año, pero no tenía sentido recordar las malas decisiones del pasado. Después de todo, el emperador y él habían creído que detendrían a los mongoles antes de que pudieran vislumbrar siquiera la ciudad imperial.

Zhi Zhong apretó los labios: los mercaderes de Yenking no eran unos necios. En toda la ciudad se había impuesto ya el racionamiento. Incluso el mercado negro se había hundido cuando comprendieron que el asedio podría no acabar con rapidez. Sólo unos cuantos seguían vendiendo comida a cambio de pingües beneficios. El resto había comenzado a almacenar reservas para sus propias familias. Como todos los de su ralea, tratarían de capear el temporal para luego engordar y hacerse ricos de nuevo cuando todo recomenzara.

Zhi Zhong tomó nota mentalmente de que debía ordenar que los comerciantes más acaudalados se presentaran ante él. Sabía cómo aplicar el tipo de presión que les haría revelar sus almacenes secretos. Sin ellos, dentro de un mes los campesinos

estarían comiendo gatos y perros... ¿Y después de eso? Hizo crujir su cuello con cansancio. Después de eso, estaría atrapado en esa ciudad con un millón de personas desesperadamente hambrientas. Sería el infierno en la Tierra.

La única esperanza era que los mongoles no aguardaran fuera de las murallas eternamente. Se dijo a sí mismo que se cansarían del asedio y se dirigirían a otras ciudades con peores defensas. Zhi Zhong se frotó los ojos, aliviado de que sólo los esclavos que lo rodeaban pudieran ver su debilidad. En realidad, nunca en su vida había trabajado tanto como en ese nuevo puesto. Apenas dormía y cuando por fin se permitía un descanso, sus sueños estaban llenos de planes y estratagemas. La noche anterior no había dormido en absoluto: había permanecido hasta el amanecer al lado de los equipos de arqueros.

Sonrió con los labios apretados mientras evocaba de nuevo la destrucción de las máquinas mongolas. Ojalá hubiera podido ver el rostro del khan en ese preciso momento. Se sintió tentado de convocar a sus ministros para celebrar una última reunión antes de bañarse y acostarse. No, no mientras en sus ojos brillara algo más que la derrota cuando lo miraban. Les dejaría todo ese día, un día en el que había abierto una grieta en la imagen de invencibilidad del khan mongol.

Zhi Zhong se retiró de la ventana y, a través de los oscuros corredores se dirigió a la estancia donde el emperador Wei se había bañado todas las noches de su vida. Suspiró anticipando el placer del baño al llegar a la puerta y entró en una habitación en cuyo centro había una piscina a nivel de suelo. Los esclavos habían calentado el agua para su ritual y volvió a hacer crujir los huesos del cuello mientras se preparaba para sentir cómo las preocupaciones del día se iban disolviendo suavemente.

Los esclavos desvistieron a Zhi Zhong con tranquila eficiencia mientras él contemplaba a las dos jóvenes que esperaban en la piscina para ungirle la piel con aceites. En silencio, felicitó al emperador Wei por su buen gusto. Su hijo desaprovecharía las esclavas de la casa imperial, al menos durante unos años más.

Desnudo, Zhi Zhong se introdujo en el agua, disfrutando de la sensación de espacio que transmitían los altos techos. Escuchó caer las gotas de agua y cómo resonaba su eco y empezó a relajarse mientras las chicas enjabonaban su piel con suaves cepillos. Su tacto le reavivaba. Poco después, sacó a una de la piscina y la tendió de espaldas sobre las frías baldosas. Sus pezones se endurecieron ante ese frescor repentino. Sólo la parte inferior de sus piernas quedó sumergida en el agua caliente mientras él la tomaba en silencio. Estaba bien entrenada y empezó a acariciarle la espalda con las manos mientras jadeaba bajo el hombre que gobernaba la ciudad. Por unos instantes, su compañera observó a la pareja que se apareaba con desapasionado interés, luego continuó enjabonándole la espalda y presionó sus pechos contra él haciéndolo gemir de placer. Sin abrir los ojos, Zhi Zhong alargó su mano hacia la de ella y la guió hacia donde los cuerpos se unían para que pudiera sentir cómo penetraba a su compañera. Se pegó a él con habilidad profesional y él sonrió, y su mente se fue calmando gradualmente a pesar de que su cuerpo se tensara

y temblara. Gobernar Yenking tenía sus compensaciones.

Tres noches después de la destrucción de las catapultas mongolas, dos hombres descendieron sin ser vistos por las murallas de Yenking, dejándose caer sin hacer ningún ruido cuando quedaban un par de metros. Las cuerdas desaparecieron por encima de sus cabezas izadas por los guardias del señor regente.

En la oscuridad, uno de los hombres miró de reojo al otro, controlando su nerviosismo. No le gustaba la compañía de ese asesino y se alegraría mucho cuando sus caminos se separaran. Su propia misión era un cometido que ya le había encomendado antes el emperador Wei y se regodeó ante la perspectiva de introducirse a hurtadillas entre los reclutas Chin que trabajaban sin descanso para el khan mongol. Para un hombre, los traidores merecían la muerte, pero él les sonreiría y trabajaría tanto como ellos mientras recopilaba información. A su manera, sabía que su contribución sería tan valiosa como la de cualquiera de los soldados que vigilaban las murallas. El señor regente necesitaba toda la información posible sobre las tribus y el espía no subestimaba su propia importancia.

Nadie le había dado el nombre del asesino, quizá tan bien protegido como el suyo. Aunque habían estado uno junto al otro dentro de las murallas, el hombre vestido de oscuro no había pronunciado ni una sola palabra. El espía no había podido resistir observarlo mientras comprobaba sus armas, atando y asegurando las pequeñas dagas de su oficio mientras esperaban. Sin duda, Zhi Zhong había pagado una fortuna en oro por el servicio, un servicio que, con toda probabilidad, supondría la muerte para el propio asesino a sueldo.

Era extraño estar allí agazapado junto a un hombre que esperaba morir esa misma noche y que, sin embargo, no mostraba ningún temor. El espía se estremeció levemente. No querría estar en su lugar y le costaba entender cómo podía pensar un hombre así. ¿Qué devoción podía inspirar una lealtad tan fanática? Por muy peligrosas que hubieran sido sus propias misiones en el pasado, siempre había confiado en regresar junto con sus amos, a su hogar.

En su oscura vestimenta, el asesino era poco más que una sombra. Su compañero sabía que no respondería aun cuando se atreviera a susurrarle una pregunta. Estaba concentrado, su vida ya no era suya. No se permitiría una distracción. En completo silencio subieron en un pequeño bote de madera y utilizaron una pértiga para cruzar el negro foso. Una cuerda colgaba por la parte trasera para que pudieran tirar de él desde las murallas y esconderlo, o hundirlo. No habría ninguna huella de ellos que pudiera causar sospechas cuando despuntara el día.

En la orilla opuesta, ambos se agacharon al oír el cascabeleo de un arnés. Los exploradores mongoles eran eficientes, pero no podían vislumbrar lo que ocultaba cada lago de oscuridad y, por otra parte, buscaban una demostración de fuerza, no dos hombres aguardando para entrar furtivamente en su campamento. El espía sabía

dónde habían plantado sus tiendas los reclutas Chin, que imitaban los hogares de sus nuevos amos sin ninguna vergüenza. Existía la posibilidad de que lo descubrieran y de que, entonces, él también fuera asesinado, pero era un riesgo que se contraponía a su habilidad y no dejó que la idea le perturbara. Volvió a mirar al asesino y, en esta ocasión, vio que su cabeza se giraba hacia él. Retiró la mirada, avergonzado. Durante toda su vida había oído hablar de la secta, hombres que entrenaban a todas horas para perfeccionar su destreza al matar. No tenían honor en el sentido que los soldados entendían el honor. El espía había representado el papel de soldado suficientes veces como para conocer su credo y sintió una punzada de desagrado al pensar en un hombre que sólo vivía para matar. Había visto los frascos de veneno que llevaba guardados y el garrote de alambre que había atado con pericia alrededor de su muñeca.

Se decía que las víctimas de los asesinos eran su sacrificio a los dioses de la oscuridad. Su propia muerte era la prueba definitiva de su fe y les garantizaba un lugar elevado en la rueda de la vida. El espía volvió a estremecerse, lamentando que su trabajo le hubiera puesto en contacto con un ser tan destructivo.

Los sonidos de los exploradores mongoles se fueron extinguiendo y el espía, sorprendido, dio un respingo al notar que alguien le tocaba suavemente el brazo. El asesino le puso una jarra pegajosa en la mano. Olía a grasa rancia de cordero y todo cuanto pudo hacer el espía fue mirarla con expresión confundida.

—Restriégate la piel con ella —murmuró el asesino—. Por los perros.

Cuando el espía comprendió, levantó la vista, pero la negra figura ya estaba alejándose sin hacer ningún ruido y se desvaneció en la oscuridad. El espía agradeció a sus antepasados el regalo mientras se frotaba la piel con aquella porquería. Al principio pensó que había sido un gesto de amabilidad, pero luego consideró más probable que el asesino no quisiera que el campamento se despertara mientras llevaba a cabo su propia misión. Al pensarlo, se sintió humillado y se sonrojó. Ojalá no hubiera más sorpresas esa noche.

Cuando se hubo serenado, se puso en pie y trotó a través de la oscuridad en dirección a un destino que se había marcado mientras todavía había luz. Sin su sombrío compañero, sintió que su confianza comenzaba a retornar. Poco tiempo después, se encontraría entre los reclutas Chin, charlando y hablando como si los hubiera conocido muchos años atrás. Lo había hecho antes, cuando el emperador dudó de la lealtad de un gobernador provincial. Dejó a un lado ese pensamiento al darse cuenta de que debía estar en posición antes de que el asesino atacara o podrían capturarlo e interrogarlo. Se dirigió con paso tranquilo hacia el campamento dormido, saludando a un guerrero mongol que salió a orinar en medio de la noche. El hombre le respondió adormilado en su gutural lengua sin esperar que le comprendiera. Un perro levantó la cabeza cuando pasó, pero sólo gruñó suavemente al notar su olor. El espía sonrió, invisible en la oscuridad. Estaba dentro.

El asesino se aproximó a la gran ger del khan, moviéndose a través de la oscuridad como un espectro. El líder mongol había sido un necio al revelar su localización a todos los que vigilaban las murallas de Yenking. Era el tipo de error que un hombre sólo comete una vez, cuando no sabía nada del Tong Negro. El asesino no sabía si los mongoles regresarían a sus montañas y llanuras cuando su khan muriera. No le importaba. En una solemne ceremonia, su amo había puesto en sus manos un pergamino atado con una cinta de seda negra: entregaba la vida de su esclavo en un vínculo de sangre. No importaba lo que sucediera, no regresaría con sus hermanos. Si fracasaba, se quitaría la vida antes que dejarse capturar y arriesgarse a revelar los secretos de la orden. Las comisuras de sus labios se tensaron lúgubrementemente en un gesto divertido. No fracasaría. Los mongoles eran pastores de ovejas: buenos con el arco, pero meros niños frente a un hombre con su entrenamiento. Había escaso honor en ser elegido para matar incluso a un khan de esas tribus apestosas, pero no se paró a considerarlo. Su honor procedía de la obediencia y de lograr una muerte perfecta.

Nadie lo vio llegar a la gran tienda situada sobre un carro, que relucía blanca en la oscuridad, cerniéndose sobre él mientras la rodeaba con sigilo, buscando a los guardias. Había dos hombres en las inmediaciones. Podía oírlos respirar en su aburrida inmovilidad, esperando a sus relevos. Desde los muros de Yenking había sido imposible discernir los detalles y no sabía con qué frecuencia se cambiaba la guardia cada noche. Una vez que hubiera llevado la muerte a aquel lugar tendría que actuar con rapidez.

Perfectamente inmóvil, el asesino observó cómo uno de los hombres se alejaba y daba una vuelta a la ger del khan. El guerrero no estaba alerta y, para cuando se dio cuenta de que había alguien acechando en la sombra, ya era demasiado tarde. El guardia sintió que algo parecido a un látigo se enroscaba en su cuello y se hundía en su garganta, cercenando su grito. Un suspiro de aire ensangrentado salió de sus pulmones y el otro guardia, susurrando, le preguntó algo, sin sentirse alarmado todavía. El asesino dejó en el suelo al primero y avanzó hacia la esquina del carro, abalanzándose con presteza sobre el segundo cuando dio la vuelta. Éste también murió sin emitir ni un sonido y él asesinó lo abandonó donde cayó, cruzando con rapidez en dirección a las escaleras que llevaban a la tienda. Era un hombre menudo y apenas crujieron bajo su peso.

En la oscuridad del interior, oyó la lenta respiración de un hombre inmerso en un sueño profundo. El asesino se deslizó con ligereza por el suelo. En perfecto equilibrio, llegó adonde yacía la figura durmiente y se acuclilló junto a la cama baja. Estaban solos. Extrajo un cuchillo afilado cuyo metal había sido ennegrecido con hollín aceitoso para que no brillara.

Bajó una mano hacia la fuente de la respiración para encontrar la boca, que tapó. Cuando el durmiente se sacudió, veloz como un rayo, le cortó la garganta con el cuchillo. El gemido se apagó al instante y los espasmos del cuerpo se detuvieron. El asesino aguardó hasta que volvió a reinar el silencio, respirando superficialmente

para no inspirar demasiado el hedor a heces procedente del cadáver. En la negrura, no podía ver el rostro del hombre que había matado y utilizó los dedos para recorrer sus rasgos: frunció el ceño. Aquel hombre no olía como los guerreros que hacían guardia en el exterior de la tienda. Sus manos temblaron un poco mientras exploraban la boca abierta y los ojos, y ascendían hasta el pelo.

El asesino maldijo para sí cuando palpó la trenza aceitada de su propio pueblo. Sólo podía tratarse de un siervo, alguien que merecía la horca por ayudar a los mongoles con su servicio. El asesino se sentó sobre sus talones mientras consideraba qué hacer a continuación. Sin duda el khan estaría cerca, se dijo. Había varias tiendas apiñadas en torno a la más grande. Una de ellas contendría al hombre que buscaba. El asesino recuperó la compostura recitando un mantra aprendido en su entrenamiento que le transmitió una calma instantánea. Todavía no se había ganado el derecho a morir.

XXVII

Al entrar en otra de las tiendas, oyó la respiración de varias personas. La oscuridad era absoluta, pero cerró los ojos y se concentró en los sonidos. Había cinco personas durmiendo en ese pequeño espacio, todas ellas inconscientes de la presencia del desconocido que los estudiaba. Cuatro tenían una respiración muy superficial y el asesino hizo una mueca: niños. La otra persona era probablemente su madre, aunque sin luz no podía estar seguro. Un solo chispazo obtenido con pedernal y acero bastaría, pero era un riesgo. Si se despertaban, no podría matarlos a todos antes de que dieran la voz de alarma. Tomó la decisión con prontitud.

Un rápido golpe produjo un destello que iluminó momentáneamente la ger, suficiente para revelar cinco cuerpos dormidos. Ninguno de ellos tenía la envergadura de un hombre adulto. ¿Dónde estaba el khan?

El asesino dio media vuelta para marcharse, consciente de que el tiempo corría. No pasaría mucho tiempo antes de que descubrieran los cadáveres de los guardias. Cuando los encontraran, la apacible noche estallaría en mil pedazos.

Uno de los niños resopló en su sueño y el ritmo de la respiración cambió. El asesino se quedó paralizado. Esperó un siglo hasta que la inspiración y la espiración se alargaron de nuevo y luego caminó con paso liviano hasta la puerta de la tienda. Había engrasado las bisagras y se abrió sin un solo ruido.

Se enderezó, cerró la puerta a sus espaldas y giró la cabeza despacio para elegir la siguiente ger. Con la excepción de la insolente tienda negra que miraba hacia la ciudad y la que estaba situada sobre el carro, todas las demás eran exactamente iguales.

El asesino oyó un ruido detrás de él y sus ojos se dilataron al darse cuenta de que era el tipo de sonido ahogado que precede a un grito. Cuando el grito comenzó ya se estaba moviendo, alejándose como una flecha hacia las profundas sombras. No entendía las palabras que resonaban como un eco a través de la noche, pero la respuesta fue casi inmediata. De todas las gers que alcanzaba a ver empezaron a salir a trompicones guerreros con el arco y la espada en ristre.

El que había gritado cuando su sueño fue interrumpido por la silenciosa presencia de aquel hombre en su hogar era Jochi. Sus tres hermanos se despertaron sobresaltados al oír el grito y, todos al mismo tiempo, empezaron a lanzar preguntas a la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó Borte por encima del ruido, retirando las mantas de un tirón.

Jochi ya estaba en pie, en la oscuridad.

—Había alguien aquí —contestó—. ¡Guardias!

—¡Despertarás a todo el campamento! —exclamó Borte—. No ha sido más que una pesadilla.

No podía ver su rostro cuando le respondió.

—No, lo he visto.

Chagatai se levantó y se situó junto a su hermano. En la distancia resonó el sonido de los cuernos dando la alarma y Borte maldijo entre dientes.

—Reza para que tengas razón, Jochi, o tu padre hará que te arranquen la piel a tiras.

Jochi abrió la puerta y salió sin molestarse en contestar. Los guerreros pululaban alrededor de las tiendas buscando un intruso aun antes de saber que había uno. Tragó con dificultad, deseando no haber soñado aquella figura.

Chagatai salió con él, con el pecho desnudo y unos pantalones como único abrigo contra el frío. La luz de las estrellas arrojaba cierta claridad sobre el campamento, pero reinaba una confusión total y en dos ocasiones los agarraron con ferocidad sólo para soltarlos después al reconocerlos.

Jochi vio a su padre llegar a grandes zancadas entre las gers: había desenfundado la espada, pero la llevaba hacia abajo en una mano.

—¿Qué sucede? —preguntó—, al notar su nerviosismo, su mirada se detuvo en Jochi. El muchacho se puso a temblar bajo aquella mirada directa, súbitamente convencido de que los había despertado a todos por nada. Sin embargo, negó esa evidencia en su interior, negándose a verse avergonzado delante de su padre.

—Había un hombre en la tienda. Me desperté y lo vi cuando abría la puerta para salir.

Gengis resopló, pero antes de que pudiera responder otras voces retumbaron en la noche.

—¡Aquí! ¡Dos muertos!

Gengis perdió el interés por sus hijos y soltó un sonoro gruñido ante la idea de que uno de sus enemigos estuviera recorriendo libremente el campamento.

—¡Encontradlo! —bramó. Vio a Kachiun llegar a la carrera con una larga espada en la mano. Khasar venía a poca distancia y los tres hermanos se reunieron tratando de poner orden en el caos.

—Cuéntame —dijo Kachiun al detenerse, con el rostro aún hinchado por el sueño.

Gengis se encogió de hombros, él mismo tenso como la cuerda de un arco.

—Jochi ha visto a un hombre en su ger y dos guardias han muerto. Hay alguien entre nosotros. Hay que encontrarlo.

—¡Gengis!

Oyó a Borte decir su nombre y se volvió hacia ella. Por la esquina del ojo, vio cómo una oscura sombra se movía de repente al oírlo.

Gengis giró y alcanzó a ver fugazmente al asesino abalanzándose sobre él. Blandió su espada y el hombre se hizo a un lado, retorciéndose como una serpiente,

para levantarse con puñales en las manos tras hacer un volatín. Gengis supo que los lanzaría antes de que pudiera golpearlo de nuevo y saltó hacia la oscura figura, derribándolo. Un pinchazo de dolor le tocó la garganta y, al instante siguiente, sus hermanos estaban apuñalando al asesino, hundiendo las hojas en su cuerpo con tanta fuerza que se clavaron en el suelo. El enemigo no emitió ningún sonido.

Gengis se esforzó en levantarse, pero el mundo nadaba a su alrededor con blanda pereza y su visión estaba extrañamente desenfocada.

—Me ha herido... —dijo aturdido y cayó de rodillas. Oyó los pies del asesino golpear contra el suelo cuando sus hermanos le clavaron las rodillas en el pecho, destrozándole las costillas. Gengis se llevó una mano al cuello y luego miró, parpadeando, sus dedos ensangrentados. Su mano era terriblemente pesada y se echó para atrás en la tierra seca, todavía confuso.

Vio el rostro de Jelme surgir ante él, moviéndose despacio. Gengis miró fijamente hacia arriba, incapaz de oír lo que le decía. Vio que Jelme alargaba la mano hacia él y tiraba de la tela que le cubría la herida del cuello. Cuando volvió a hablar su voz pareció estallar en los oídos de Gengis, casi silenciando el torrente de susurros que le ensordecían. Jelme recogió el puñal del asesino y maldijo la mancha oscura que recorría su filo.

—La hoja está envenenada —intervino Jelme, y su propio miedo se reflejaba en Kachiun y Khasar, que miraban estupefactos a su hermano. El general no volvió a hablar, sino que se agachó y, poniendo la boca en el cuello de Gengis, empezó a chupar la sangre que fluía. Estaba caliente y sabía amarga y a Jelme le sacudieron algunas arcadas antes de escupirla a un lado. No se detuvo a pesar de que las manos de Gengis, que había perdido las fuerzas, le golpeaban con debilidad la cara cada vez que se retiraba.

Jelme oía el llanto de los hijos más pequeños del khan, sufriendo al ver a su padre allí tendido, próximo a la muerte. Sólo Jochi y Chagatai permanecían mudos, observando cómo Jelme escupía sangre hasta que la parte delantera de su deel estuvo cubierta de una mancha oscura y reluciente.

Kokchu se abrió paso entre la multitud, parándose, alarmado, al ver a su khan en el suelo. Se arrodilló junto a Jelme y puso las manos en el pecho de Gengis buscando el latido de su corazón. Latía a increíble velocidad y, durante un momento, Kokchu no logró percibir latidos individuales. El sudor brotaba de todos los poros del cuerpo del khan y su piel estaba roja y caliente al tacto.

Jelme succionaba y escupía y la sangre manaba. El general sentía que se le estaban durmiendo los labios y se preguntó si el veneno entraría en él. No importaba. Pensó en ello como si estuviera observando a otra persona actuando ante él. La sangre chorreaba de sus labios cuando cogía aliento cada vez que escupía.

—No debes sacarle demasiada sangre —le advirtió Kokchu, que no había retirado sus huesudas manos del pecho del khan— o estará demasiado débil para resistir el veneno que quede en sus venas. —Jelme lo miró con ojos vidriosos antes de asentir y

hundir la cara en la ardiente piel una vez más. Sus propias mejillas se habían sonrojado al contacto con ese calor y continuó porque detenerse significaba ver morir a su khan.

Kokchu notó cómo el corazón de Gengis daba un salto y temió que pudiera pararse bajo sus manos. Necesitaba al hombre que había logrado que las tribus le tuvieran tanto respeto, especialmente ahora que Temuge le había abandonado. Kokchu empezó a rezar en voz alta, convocando a los espíritus por sus antiguos nombres. Llamó al linaje del propio khan con un torrente de sonidos. Llamó a Yesugei, incluso a Bekter, el hermano que Gengis había matado. Los necesitaba a todos para mantener al khan fuera de su reino. Kokchu sintió cómo todos se reunían cuando salmodió sus nombres, presionándole de tal manera que sus oídos se llenaron de susurros.

El corazón se sacudió de nuevo y Gengis emitió un grito ahogado: sus ojos abiertos miraron al frente sin ver. Kokchu notó que el agitado pulso se normalizaba, ralentizándose de repente como si en el interior se hubiera cerrado una puerta. Se estremeció en el frío, pensando que, por unos momentos, el futuro de las tribus había estado en sus manos.

—Ya basta, su corazón late con más fuerza —dijo con voz ronca. Jelme se echó para atrás y se sentó. Como habría hecho con un caballo herido, el general hizo una pasta de tierra y saliva y la colocó sobre la herida, presionando con la mano. Kokchu se asomó para observar el proceso y el alivio le inundó al ver que el flujo de sangre se reducía a un delgado hilillo. Ninguna de las venas principales había resultado seccionada y comenzó a regocijarse al pensar que Gengis aún podría sobrevivir.

Una vez más, Kokchu empezó a rezar en voz alta, obligando a los espíritus de los muertos a atender al hombre que había formado una nación con las tribus. No querían que un hombre así estuviera entre ellos mientras hiciera avanzar a su pueblo. Lo supo con una certeza que le asustó. Los hombres y las mujeres observaron asombrados cómo Kokchu pasaba sus manos por encima de aquella forma sin fuerzas recogiendo hilos invisibles, como si sus dedos, al recorrer su cuerpo, envolvieran al khan en una telaraña de espíritus y fe.

Kokchu alzó la vista hacia Borte que se balanceaba, en estado de choque, con los ojos enrojecidos. Hoelun también estaba allí, y su rostro había adquirido una extrema palidez mientras recordaba la muerte de otro khan muchos años atrás. Con un gesto, Kokchu les indicó que se acercaran.

—Los espíritus lo mantienen aquí, por ahora —les dijo, con los ojos brillantes—. Yesugei está aquí, con su padre Bartan. Bekter está aquí para sostener al khan, su propio hermano. —Se estremeció, helado, y los ojos se le pusieron vidriosos durante un momento—. Jelme ha extraído gran parte del veneno, pero el corazón se agita indeciso: a veces late con fuerza, a veces débilmente. Necesita descanso. Si quiere comer dadle sangre y leche para que se fortalezca.

Kokchu ya no podía sentir el hondo frío de los espíritus apiñándose a su

alrededor, pero habían hecho su trabajo. Gengis todavía vivía. Llamó a los hermanos del khan para que lo llevaran a la ger. Kachiun salió de su trance para ordenar que el campamento fuera registrado en busca de algún otro enemigo que todavía estuviera escondido. Después de eso, junto con Khasar, cargaron a su hermano al hombro y lo llevaron a la tienda de Borte.

Jelme se quedó allí, de rodillas, meneando la cabeza, preocupado. Su padre, Arslan, se agachó hacia él justo cuando el joven general vomitaba en el suelo ensangrentado.

—Ayudadme con él —ordenó Arslan, levantando a su hijo. El rostro de Jelme estaba flácido y todo su peso cayó sobre su padre antes de que dos guerreros avanzaran hacia ellos y lo sujetaran colocándole los brazos sobre sus hombros.

—¿Qué le pasa? —preguntó Arslan a Kokchu.

El chamán retiró la vista de la tienda de Gengis. Con los dedos, le abrió los ojos a Jelme al máximo y los observó con atención. Las pupilas aparecían grandes y oscuras y Kokchu maldijo con voz suave.

—Es posible que haya tragado algo de sangre y que el veneno haya penetrado en él también. —Kokchu metió la mano bajo la empapada túnica de Jelme y palpó su pecho—. No puede haber sido mucho y es un hombre fuerte. Manténlo despierto si puedes. Haz que camine. Te traeré un bebedizo de carbón para él.

Arslan asintió. Se dirigió hacia uno de los guerreros que sostenían a Jelme y ocupó su lugar, poniéndose el brazo de su hijo en torno al cuello como si se abrazaran. Con la ayuda del otro guerrero, comenzó a caminar con Jelme entre las gers, hablándole mientras avanzaban.

La creciente multitud de guerreros, mujeres y niños se quedaron allí. No volverían a acostarse hasta que estuvieran seguros de que su khan viviría. Kokchu se giró para marcharse, movido por la urgencia de hacer una pasta de carbón que pudiera absorber el veneno que Jelme había ingerido. A Gengis no le serviría de mucho, pero traería un cuenco para él también. Cuando se aproximó al círculo de rostros que habían estado observando la escena, se retiraron para dejarlo pasar y fue entonces cuando vio a Temuge, que se abría paso a empujones hacia la primera fila. Un destello de maldad se encendió en los ojos de Kokchu.

—Llegas demasiado tarde para ayudar al khan —reprochó Kokchu con suavidad cuando Temuge estuvo más cerca—. Sus hermanos han matado al asesino y Jelme ha logrado impedir su muerte.

—¿Asesino? —exclamó Temuge, mirando a los que lo rodeaban y notando el dolor y el miedo en sus rostros. Su vista se posó en la figura vestida de negro que yacía despatarrada en el suelo y tragó saliva, horrorizado.

—Algunos asuntos deben tratarse a la manera antigua —le dijo Kokchu—. No pueden computarse o escribirse en una de tus listas.

Temuge reaccionó al desprecio del chamán como si le hubiera pegado.

—¿Tú te atreves a hablarme así? —inquirió. Kokchu se encogió de hombros y se alejó con paso amplio. No había podido resistirse a provocarlo, aunque sabía que lo lamentaría. Esa noche, la muerte había paseado por el campamento y Kokchu estaba en su elemento.

La muchedumbre se fue apiñando más y más a medida que los que acababan de llegar empujaban hacia delante ansiosos por recibir noticias. Se encendieron antorchas por todo el campamento mientras aguardaban el amanecer. El cuerpo del asesino yacía aplastado y roto en el suelo y lo miraban fijamente presa del terror; no queriendo aproximarse demasiado.

Cuando Kokchu regresó con dos cuencos de denso líquido negro, pensó que se parecían a un rebaño de yaks camino del matadero, abatidos, con la mirada entristecida, pero incapaces de comprender. Arslan le sujetó la mandíbula a su hijo y le inclinó la cabeza mientras Kokchu vertía el amargo líquido en su boca. Jelme se atragantó y tosió, salpicando de negras gotas la cara de su padre. Había recobrado la consciencia en parte en el tiempo que Kokchu había tardado en moler el carbón y el chamán no se demoró a su lado. Le puso el cuenco semivacío a Arslan en la mano libre y se dirigió hacia el otro. Gengis no podía morir, no a la sombra de la ciudad de Yenking. Al considerar el futuro, Kokchu sintió que le invadía un terror frío. Reprimió su temor al entrar en la minúscula ger; agachando la cabeza para pasar bajo el dintel. La confianza era parte de su oficio y no dejaría que lo vieran tan agitado.

Al rayar el alba, Khasar y Kachiun salieron, ciegos a los miles de ojos que se clavaron en ellos. Khasar recogió su espada, que seguía hincada en el pecho del muerto, y le propinó una patada a la cabeza del asesino, que colgaba a un lado, antes de enfundar la hoja.

—¿Vive el khan? —preguntó alguien.

Khasar posó una mirada fatigada sobre ellos, sin saber quién había hablado.

—Vive —contestó. Sus palabras se repitieron en un murmullo hasta que todos fueron informados.

Kachiun recogió su propia espada de donde había caído y alzó la cabeza al oír sus susurros. En la tienda se había sentido impotente al no poder ayudar a su hermano y quizá por eso su mal humor estalló al verlos allí.

—¿Dormirán nuestros enemigos mientras nosotros seguimos aquí reunidos? —gritó Kachiun—. No. Id a vuestras gers y esperad noticias. Bajo su feroz mirada, los guerreros fueron los primeros que se dieron la vuelta y se abrieron paso entre la aglomeración de mujeres y niños, que también empezaron a retirarse, mirando hacia atrás mientras se alejaban.

Kachiun se situó junto a Khasar como si estuvieran custodiando la tienda donde yacía Gengis. Había llegado la segunda esposa del khan, Chakahai, con el rostro

transformado en una máscara de pálido miedo. Todos los hombres habían mirado a Borte para ver cómo reaccionaba, pero ella, simplemente, había saludado a la mujer Xi Xia con una inclinación de cabeza, aceptando su presencia. En el silencio, Kachiun podía oír la cantinela de la salmodia que Kokchu entonaba en la tienda. Durante un momento, sintió que no quería volver al fétido interior, abarrotado de aquellos que amaban a su hermano. En cierto modo, sentía que su propio dolor quedaba debilitado por la presencia de los demás. Respiró hondo y el frío aire le despejó la mente.

—No podemos hacer nada más —dijo—. Falta poco para que amanezca y hay cosas que tenemos que hablar. Ven conmigo, Khasar; caminemos un rato.

Khasar lo siguió y ambos se alejaron hacia donde no pudieran oírlos. Tardaron bastante en salir del campamento y empezar a pisar la hierba helada, que crujió bajo sus pasos.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —preguntó Khasar por fin y detuvo a su hermano poniéndole una mano en el brazo.

Kachiun se volvió hacia él, con una expresión de oscura furia.

—Esta noche hemos fallado. No hemos mantenido el campamento a salvo. Debería haber considerado que el emperador enviaría algún asesino contra Gengis. Debería haber dispuesto más guardias para vigilar las murallas.

Khasar estaba demasiado cansado para discutir.

—Ahora no puedes hacer nada para cambiarlo —dijo—. Si te conozco bien, algo así nunca volverá a suceder.

—Una vez podría ser suficiente —exclamó Kachiun—. ¿Qué pasaría si Gengis muriera?

Khasar movió la cabeza a un lado y a otro. No quería pensar en ello. Al verlo vacilar Kachiun lo agarró por los hombros, casi sacudiéndolo.

—¡No lo sé! —gritó Khasar—. Si muere, regresaremos a casa, a las montañas Khenti y lo entregaremos a los halcones y a los buitres. Es un khan, ¿qué quieres que diga?

Kachiun dejó caer las manos.

—Si hacemos eso, el emperador presumirá de haber obtenido una gran victoria sobre nosotros. —Casi parecía que estuviera hablando para sí mismo y Khasar no lo interrumpió. No podía ni imaginar el futuro si Gengis no estaba allí—. El emperador vería a nuestro ejército retirarse —prosiguió Kachiun en tono grave—. Un año más tarde, todas las ciudades Chin sabrían que nos habían hecho retroceder.

Khasar seguía sin decir nada.

—¿Es que no lo ves, hermano? —preguntó Kachiun—. Lo perderíamos todo.

—Podríamos volver —respondió Khasar bostezando. ¿Había llegado a dormir algo? No estaba seguro.

Kachiun resopló.

—A los dos años, serían ellos quienes nos estarían atacando a nosotros. El emperador ha visto lo que podemos hacer y no cometerá los mismos errores otra vez. Nosotros mismos hemos creado esa oportunidad, Khasar. No puedes herir a un oso y salir corriendo: saldrá en tu busca para darte caza.

—Gengis vivirá —aseguró Khasar con terquedad—. Es demasiado fuerte para caer.

—¡Abre los ojos, hermano! —contestó Kachiun—. Gengis puede morir como cualquier otro hombre. Y si muere, ¿quién liderará las tribus? ¿O nos quedaremos mirando cómo se separan de nuevo? ¿No ves lo fácil que se lo pondríamos al ejército Chin cuando viniera tras nosotros?

En la distancia, Khasar vio la primera luz rosada del amanecer detrás de Yenking. Le dio la bienvenida al día tras una noche que había creído que no tendría fin. Kachiun tenía razón. Si Gengis moría, la nueva nación se haría pedazos. Los antiguos khanes afirmarían su autoridad sobre las enfrentadas tribus. Sacudió la cabeza para despejarla.

—Entiendo lo que dices —le dijo a Kachiun—. No soy tonto. Quieres que te acepte como khan.

Al oír aquello, Kachiun se quedó totalmente inmóvil. No había otro camino, pero si Khasar no podía verlo, el nuevo día comenzaría con un derramamiento de sangre cuando estallara una lucha entre las tribus que decidieran marcharse y las que permanecieran leales. Gengis los había unido. Al primer signo de debilidad, los khanes probarían el sabor de la libertad y pelearían para conservarla.

Kachiun respiró hondo, y habló con voz calmada.

—Sí, hermano. Si Gengis muere hoy, las tribus necesitarán una mano fuerte que los sujete por el cuello.

—Soy mayor que tú —respondió Khasar con suavidad—. Tengo a mi mando a tantos guerreros como tú.

—Tú no estás hecho para liderar la nación. Lo sabes. —El corazón de Kachiun latía a toda velocidad por la tensión del esfuerzo de hacer que Khasar comprendiera la situación—. Si crees que sí eres el adecuado, prestaré el juramento de lealtad ante ti. Los generales seguirán mis órdenes y arrastrarán a los khanes con ellos. No voy a pelearme contigo por esto, Khasar; no cuando hay tanto en juego.

Khasar se frotó los ojos para alejar el cansancio mientras pensaba en lo que le había dicho Kachiun. Sabía cuánto tenía que haberle costado a Kachiun hacer la oferta. La idea de liderar las tribus era embriagadora, algo con lo que nunca antes había soñado. Le tentaba. Pero sin embargo, no era él quien había visto qué peligros acechaban a su frágil nación y esa falta de previsión era como una espina que se le había quedado hundida en la carne y le preocupaba. Los generales recurrirían a él esperando que resolviera sus problemas, para que les mostrara un camino a través de las dificultades que ellos no pudieran ver. Tendría incluso que planificar batallas en

las que el triunfo o la derrota dependerían de su palabra.

El orgullo de Khasar se debatía con el convencimiento de que su hermano estaba mejor capacitado para liderar. No tenía ninguna duda de que Kachiun le brindaría su apoyo absoluto si se convirtiera en khan. Gobernaría a su pueblo y nadie sabría jamás que esa conversación había tenido lugar. Como Gengis lo había sido antes que él, sería el padre de todos ellos. Sería el responsable de mantenerlos a todos con vida en su lucha frente a un antiguo imperio concentrado en destruirlos.

Cerró los ojos, dejando que las relucientes visiones desaparecieran de su mente.

—Si Gengis muere, seré yo quien te preste juramento de lealtad, hermanito. Tú serás el khan.

Kachiun suspiró, agotado y aliviado. El futuro de su pueblo había pendido de la confianza que Khasar tuviera en él.

—Si muere, haré que todas las ciudades Chin queden arrasadas por el fuego, comenzando por Yenking —aseguró Kachiun. Ambos hombres miraron hacia los imponentes muros de la ciudad, unidos por su deseo de venganza.

Zhi Zhong se erguía sobre una de las plataformas donde reposaban los arcos, elevado sobre la llanura y el campamento mongol. Soplaban una fría brisa y sus manos, aferradas a la barandilla de madera, estaban entumecidas. Llevaba horas allí, observando a las tribus con la esperanza de descubrir un signo de que el asesino había tenido éxito.

Sólo un poco después, su vigilia se había visto recompensada: varios puntos de luz habían brotado súbitamente de las gers y Zhi Zhong se había agarrado con más fuerza a la barandilla, haciendo que los nudillos se le pusieran blancos mientras entrecerraba los ojos para escrutar la distancia. Multitud de sombras negras atravesaron a la carrera las parpadeantes zonas de luz y las esperanzas de Zhi Zhong crecieron, imaginando cómo se iba propagando el pánico.

—Morid —susurró, solo en la torre de vigilancia.

XXVIII

Gengis abrió los ojos enrojecidos y encontró a su lado a sus dos esposas y a su madre. Se sentía terriblemente débil y las venas del cuello le palpitaban con fuerza. Se llevó la mano hacia allí, pero Chakahai impidió que estropeará el vendaje sujetándole a tiempo la muñeca. Su mente estaba aletargada y se quedó mirándola fijamente tratando de recordar qué había sucedido. Recordaba estar junto a su tienda y a los guerreros corriendo arriba y abajo a su alrededor. Recordaba que era de noche y que, en la ger, reinaba la oscuridad y sólo una pequeña lámpara luchaba contra la negrura. ¿Cuánto tiempo había pasado? Parpadeó despacio, sintiéndose desorientado. La cara de Borte estaba pálida, unas oscuras ojeras rodeaban sus ojos y tenía una expresión preocupada. Vio cómo le sonreía.

—¿Por qué... estoy aquí? —preguntó. Tenía sólo un hilo de voz y tuvo que esforzarse para pronunciar las palabras.

—Te envenenaron —dijo Hoelun—. Un asesino a sueldo de los Chin te hizo un corte y Jelme te sacó el veneno succionando la sangre sucia de la herida. Te salvó la vida. —No mencionó la parte de Kokchu. Había soportado su salmodia, pero no le permitió quedarse ni había dejado que nadie más entrara en la tienda, porque quienes vieran a Gengis postrado siempre recordarían a su hijo así y eso socavaría su poder. Como esposa y madre de un khan, Hoelun conocía bastante las mentes humanas como para saber lo importante que era cuidar esos detalles.

Con un inmenso esfuerzo, Gengis se incorporó apoyándose en los codos. Como si hubiera estado esperando precisamente ese momento, el dolor de cabeza empezó a martillearle el cráneo.

—Un cubo —gimió, inclinándose hacia delante.

Hoelun reaccionó con prontitud y logró ponerle un balde de cuero bajo la barbilla para que vaciara el estómago: un líquido negro que vomitó con una serie de dolorosos espasmos. Vomitar acentuó su dolor de cabeza hasta límites casi insoportables, pero aunque ya no le quedaba nada dentro, era incapaz de detenerse. Por fin, se dejó caer en la cama, poniéndose la mano sobre los ojos para protegerse de la tenue luz que parecía horadarle la cabeza.

—Bebe esto, hijo mío —pidió Hoelun—. Sigues estando débil debido a la herida.

Gengis miró el cuenco que su madre sostenía frente a sus labios. Dio dos tragos de la mezcla de sangre y leche, notando un sabor agrio en la lengua, y luego alejó de sí el tazón con la mano. Le daba la impresión de que tenía los ojos llenos de arenilla y el corazón le latía violentamente en el pecho, pero su mente empezaba a despejarse por fin.

—Ayúdame a levantarme y a vestirme. No puedo seguir aquí tumbado, sin saber qué está pasando.

Para su irritación, cuando intentó alzarse, Borte lo obligó a tenderse de nuevo. Estaba demasiado débil para rechazarla y se planteó llamar a uno de sus hermanos.

Era desagradable sentirse tan desvalido y Kachiun no haría caso omiso de sus órdenes.

—No lo recuerdo —dijo con voz ronca—. ¿Capturamos al que me hizo esto?

Las tres mujeres se miraron. Fue su madre la que contestó.

—Está muerto. Han pasado dos días, hijo mío. Durante todo ese tiempo, has estado muy cerca de la muerte. —Mientras hablaba, sus ojos se llenaron de lágrimas y Gengis se quedó mirándola fijamente, desconcertado. Sin previo aviso, la ira se apoderó de su mente: había estado sano y en forma y, de repente, se despertaba encontrándose en ese estado. Alguien le había hecho daño: ese asesino que habían mencionado. La furia entró en su organismo como el humo cuando trató de levantarse una vez más.

—¡Kachiun! —llamó, pero su voz apenas resonó fuera de su garganta.

Las mujeres se precipitaron a aliviarlo, poniéndole un paño húmedo sobre la frente cuando volvió a colocar la cabeza sobre las mantas, sin que la mirada de odio hubiera desaparecido de sus ojos. No recordaba otra ocasión en la que sus dos esposas hubieran estado juntas en la misma ger. La idea le resultó incómoda, como si fueran a hablar sobre él. Necesitaba...

El sueño se apoderó de él sin avisar y las tres mujeres se relajaron. Era la tercera vez que se despertaba en dos días y, cada una de las veces, había hecho las mismas preguntas. Se sentían aliviadas al comprobar que no recordaba cómo le habían tenido que ayudar a orinar en el cubo o cómo le cambiaban las mantas cuando sus tripas habían expulsado un líquido negro y brillante, librando su cuerpo del veneno. Tal vez fuera por el carbón que había traído Kokchu, pero hasta su orina estaba más oscura de lo que las mujeres la habían visto nunca. Había surgido cierta tensión en la ger cuando el cubo estuvo lleno. Ni Borte ni Chakahai se habían movido para vaciarlo, aunque los ojos de ambas se posaron varias veces sobre él y se desafiaban mutuamente con la mirada. Una de ellas era la hija de un rey y la otra era la primera esposa del propio Gengis. Ninguna de ellas cedió. Al final, fue Hoelun quien lo sacó de la tienda, de mal humor, mirando enfadada a las dos mujeres.

—Esta vez parecía estar algo más fuerte —dijo Chakahai—. Sus ojos estaban limpios.

Hoelun asintió y se frotó la cara con la mano. Todas ellas estaban exhaustas, pero sólo se marchaban de la ger para retirar la basura o para traer más tazones de sangre y leche.

—Sobrevivirá. Y aquéllos que lo atacaron lo lamentarán. Mi hijo puede ser compasivo, pero esto no se lo perdonará. Más les valdría estar muerto.

El espía se movía con rapidez a través de la oscuridad. La luna se había ocultado detrás de las nubes: tenía poco tiempo. Se había hecho un hueco entre los miles de reclutas Chin. Como había previsto, nadie sabía si un hombre era de Baotou, o de Linhe o de otra de las demás ciudades. Podría haber pasado por un residente de cualquiera de ellas. Había sólo un puñado de oficiales mongoles entrenando a los

urbanitas Chin para adiestrarlos como guerreros. No era considerada una labor muy honorable. Había sido bastante fácil para él dirigirse hacia un grupo y presentarse para que le asignaran una tarea. El oficial mongol apenas lo había mirado cuando le entregó un arco y le ordenó unirse a una docena de arqueros.

Cuando vio los vales de madera cambiando de manos en el campamento, le había preocupado que se tratara de indicios de un cierto control burocrático. No habría sido posible unirse a un regimiento Chin de esa manera, ni siquiera aproximarse sin que lo detuvieran numerosas veces para identificarlo. Los soldados Chin sabían lo peligroso que era que hubiera espías entre ellos y habían desarrollado diversas técnicas para complicarles el trabajo.

El espía sonrió para sí al pensarlo. Allí no había contraseñas o códigos. Su única dificultad residía en obligarse a mostrar tanta ignorancia como los demás. El primer día había cometido un error al clavar una flecha en el mismo centro de la diana. Todavía no sabía lo inútiles que eran los campesinos con los que estaba trabajando y cuando los demás dispararon, ninguno lo hizo tan bien como él. Entonces, el oficial mongol se había acercado a él con grandes zancadas, indicándole con señas que disparara otra flecha, pero el espía había escondido su temor. Se había cuidado de hacerlo mal después de aquello y el guerrero había perdido el interés, disimulando apenas el desagrado que le producía su escasa habilidad.

Aunque todos los guardias se quejaban cuando les tocaba hacer una guardia en medio de la noche, el intento de asesinato había producido una reacción en cadena en todo el campamento. Los oficiales mongoles insistían en mantener un perímetro vigilado para evitar otro ataque, incluso en la sección del campamento que albergaba a los reclutas Chin. El espía se había presentado voluntario para la última guardia, desde medianoche hasta el amanecer, lo que le situó al borde del campamento y sin compañía. Aun en esas circunstancias, abandonar su posición era un riesgo, pero tenía que ponerse en contacto con su amo o todos sus esfuerzos habrían sido en vano. Le habían ordenado recabar información, enterarse de algo. A partir de ahí, lo que hicieran con ella era asunto suyo.

Corrió descalzo en la oscuridad, alejando de su mente la idea de que hubiera un oficial que controlara si sus guardias estaban despiertos. No podía controlar su destino y sin duda oiría la alarma si descubrían que se había ido. En realidad, tenía una contraseña que podía gritar al llegar al muro y su gente sólo tardaría unos momentos en lanzar una cuerda y después estaría a salvo una vez más.

Algo se movió a su derecha y se dejó caer al suelo, controlando su aliento y quedándose absolutamente inmóvil mientras agudizaba sus sentidos. Desde que el khan había sido atacado, los exploradores cabalgaban durante toda la noche, por turnos, más alerta que nunca. Patrullar en la oscura ciudad era una tarea imposible, pero eran rápidos y silenciosos, y serían letales si lo capturaban. Mientras estaba allí tendido, el espía se preguntó si habría otros asesinos dispuestos para atentar contra el khan si sobrevivía al primer intento de asesinato.

Fuera quien fuera el jinete, no vio nada. El espía oyó cómo el hombre chasqueaba suavemente la lengua a su poni, pero los sonidos se desvanecieron y, a continuación, volvió a salir corriendo rápido como el rayo. Todo dependía de la velocidad.

Bajo las nubes, los muros de la ciudad se veían negros y tuvo que recurrir a su memoria para encontrar el lugar correcto. Contó diez torres de vigilancia desde la esquina sur y corrió hasta el foso. Se tendió boca abajo para tocar el borde y sonrió al notar la aspereza de la barca de mimbre y cuero que habían dejado allí atada para él. No quiso mojarse y en la oscuridad se arrodilló con cuidado en su interior; cruzó el foso con unos cuantos golpes de remo. Sin una sola luz, tenía que hacerlo todo palpando: salió de la barca y enrolló la cuerda alrededor de una roca. No podía permitir que el pequeño bote se alejara flotando.

El foso no llegaba hasta los muros que se alzaban imponentes frente a él. Un ancho pasillo de piedra circundaba toda la ciudad, húmedo y recubierto de un moho resbaladizo. En los días de verano, había visto a los nobles organizar carreras de caballos allí y apostar fuertes sumas a que su favorito sería el primero en regresar al punto de partida. Lo cruzó deprisa y tocó su ciudad natal: el gesto de apoyar brevemente la palma en el muro que significaba estar a salvo y en casa.

En lo alto, tal vez una docena de hombres se agazapaban en silencio tras las almenas. Aunque no dirían nada, le comprendían y, en esos fugaces momentos, la tensión que sentía se desvaneció y sólo quedó de ella la sensación de su ausencia.

Recorrió el suelo rápidamente con las manos, buscando un guijarro. Por encima de su cabeza, las nubes atravesaban veloces el cielo. Estudió con atención la posición de la luna. Dentro de un instante, se abriría un claro en las nubes y para entonces ya tenía que haber superado las murallas. Dio un golpecito con la piedra en el muro y en el silencio de la noche, el sonido retumbó con fuerza. Oyó cómo la cuerda se deslizaba hacia él antes de verla caer. Empezó a escalar y, al mismo tiempo, lo izaron desde dentro, de manera que subió a gran velocidad.

Al poco, el espía se encontró en lo alto de las murallas de Yenking. Un equipo de arqueros enrollaba la cuerda, preparándose para tirarla de nuevo. Había una figura junto a ellos y el espía se inclinó ante ella.

—Habla —dijo el hombre, recorriendo el campamento mongol con la vista.

—El khan ha sido herido. No pude acercarme demasiado, pero sigue con vida. Los rumores vienen y van por el campamento y nadie sabe quién tomará el control si muere.

—Uno de sus hermanos —respondió con suavidad su superior y el espía se paró en seco, preguntándose cuántos hombres más estarían recopilando información para él.

—Puede ser, o bien las tribus se separarán y quedarán al mando de los antiguos khanes. Es un buen momento para atacar.

Su amo siseó para sí, irritado.

—No quiero escuchar tus conclusiones, sino sólo lo que has averiguado. Si

tuviéramos un ejército, ¿acaso crees que el señor regente se contentaría con quedarse sentado detrás de las murallas?

—Lo siento —contestó el espía—. Tienen víveres suficientes para varios años gracias a lo que han cogido de las reservas del ejército en la Boca del Tejón. Me he topado con una facción que desea volver a intentar entrar utilizando más catapultas contra los muros, pero son pocos y ninguno de ellos tiene influencia.

—¿Qué más? Dame algo que pueda decirle al señor regente —dijo su amo, agarrándole el hombro con fuerza.

—Si el khan muere, volverán a sus montañas. Todos los hombres dicen eso. Si vive, podrían quedarse aquí durante años.

Su amo juró entre dientes, maldiciéndolo. El espía lo soportó, bajando la mirada y clavándola en sus pies. Sabía que no había fracasado. La tarea que le habían encomendado era traer información fidedigna y eso era lo que había hecho.

—Encuéntrame a alguien que podamos comprar. Con oro, con miedo, lo que sea. Encuentra a alguien en ese campamento que pueda hacer que el khan desmonte la tienda negra. Mientras esté ahí, no podemos hacer nada.

—Sí, amo —respondió el espía. Su superior se alejó y le ordenaron que se marchara: la cuerda ya descendía serpenteante la muralla. Bajó casi tan rápido como había ascendido y, poco después, estaba atando la barca en la otra orilla y cruzando la hierba con paso ligero en dirección a su puesto. Alguien la guardaría y los mongoles no se percatarían de nada.

Era difícil observar las nubes y, al mismo tiempo, estar alerta de lo que sucedía en el terreno que se extendía a su alrededor. El espía era bueno en su trabajo, o nunca lo habrían elegido. Siguió corriendo y, cuando la luna rompió la barrera de nubes e iluminó la planicie, él ya estaba en cuclillas, escondido tras unos matorrales, todavía fuera del campamento principal. Bajo la luz plateada, pensó en los hombres que rodeaban al khan. No Khasar, ni Kachiun. Ni tampoco uno de los generales. Todo cuanto ellos querían era ver Yenking destruida, piedra por piedra. Por un momento, consideró abordar a Temuge. Al menos no era un guerrero. El espía sabía muy poco sobre el maestro de comercio. Las nubes oscurecieron la tierra una vez más y salió disparado hacia la primera línea de centinelas. Se reincorporó en su puesto como si no lo hubiera abandonado en absoluto y cogió su arco y cuchillo antes de ponerse un par de sandalias de cuerda. De repente, al oír que alguien se aproximaba, se puso rígido y se enderezó como cualquier otro guardia.

—¿Alguna novedad, Ma Tsin? —preguntó Tsubodai desde la oscuridad en la lengua de los Chin.

Le costó un gran esfuerzo controlar su respiración para responder.

—Nada, general. Es una noche tranquila. —El espía respiró silenciosamente por la nariz, a la espera de algún signo de que su ausencia había sido descubierta.

Tsubodai gruñó una respuesta y se alejó a grandes zancadas para hacer la misma comprobación con el siguiente hombre en la línea. Cuando se encontró solo, el sudor

brotó de la piel del espía. El mongol había utilizado el nombre que había dado. ¿Sospechaban de él? Creía que no. Sin duda el joven general había hablado con su oficial antes de iniciar la ronda. Los otros guardias se asombrarían ante tal proeza memorística, pero el espía sólo sonrió en la oscuridad. Conocía demasiado bien los ejércitos para dejarse impresionar por los trucos de los oficiales.

Mientras hacia la guardia y permitía que su palpitante corazón se calmara, consideró el argumento que sustentaba la orden que había recibido. Sólo podía tratarse de la rendición. ¿Por qué otra razón podía el señor regente querer que la tienda negra fuera desmontada sino para ofrecer un tributo por Yenking? Sin embargo, si el khan lo averiguaba, sabría que estaban a punto de desmoronarse y se regocijaría al intuir que el final del asedio estaba cerca. Mientras meditaba sobre ello, el espía sacudió la cabeza, sintiendo cómo el temor le paralizaba. El ejército se había llevado todas las reservas de la ciudad y las había perdido ante el enemigo en el paso. Yenking había pasado hambre casi desde el principio y Zhi Zhong estaba más desesperado de lo que nadie sabía.

Entonces afloró su orgullo: había sido elegido para la tarea porque era tan hábil como cualquier asesino o soldado, más útil que cualquiera de ellos. Tenía tiempo para encontrar a alguien que valorara más el oro que a su khan. Siempre había alguien. En apenas unos días, el espía se había enterado de que había khanes que habían sido despojados de su poder y estaban llenos de rencor. Tal vez podría hacer que uno de ellos viera que había más valor en el tributo que en la destrucción. Volvió a considerar a Temuge, preguntándose por qué su instinto regresaba a él. Asintió para sí mismo en la oscuridad, deleitándose en el desafío que su misión suponía para su destreza, cuando tanto estaba en juego.

Cuando Gengis se despertó de nuevo el tercer día, Hoelun había salido a buscar comida. Formuló las mismas preguntas, pero esta vez no se tuvo que echar para atrás en la cama. Su vejiga estaba llena hasta el punto de producirle dolor y, con un balanceo, sacó las piernas de las mantas, apoyando los pies con firmeza antes de intentar ponerse en pie. Chakahai y Borte lo ayudaron a llegar al poste central de la ger; enroscándole los dedos alrededor del palo hasta que estuvieron seguras de que no se iba a caer. Situaron el cubo donde el arco de su orina lo alcanzaría y se retiraron.

Parpadeó mirando a sus esposas, extrañado de verlas juntas.

—¿Os vais a quedar ahí las dos mirando? —preguntó. Por alguna razón que no podía comprender, ambas sonrieron—. Salid —les dijo, y consiguió aguantar a duras penas hasta que abandonaron la tienda y pudo vaciar su vejiga. Arrugó la nariz al percibir el hedor de la orina, cuyo color distaba mucho de ser saludable.

—¡Kachiun! —llamó de repente—. ¡Ven a verme! —Oyó que le respondía un grito de alegría y esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Sin duda los khanes habrían estado aguardando a ver si moría. Se aferró con fuerza al poste mientras meditaba

sobre el mejor modo de recuperar el poder sobre el campamento. Había tanto que hacer...

La puerta volvió a golpear girando sobre sus goznes cuando Kachiun entró en la ger pese a las protestas de las esposas de su hermano.

—He oído cómo me llamaba —estaba diciendo Kachiun, abriéndose paso entre ellas con tanta suavidad como podía. Se quedó callado cuando vio que su hermano se había puesto en pie por fin. Gengis llevaba sólo unos pantalones mugrientos y estaba más pálido y delgado de lo que nunca lo había visto.

—¿Me ayudas a vestirme, Kachiun? —le pidió Gengis—. Tengo las manos demasiado débiles para hacerlo yo solo.

Kachiun tenía los ojos llenos de lágrimas y Gengis parpadeó.

—¿No estarás llorando? —preguntó estupefacto—. Por todos los espíritus, estoy rodeado de mujeres.

Kachiun se rió, secándose los ojos antes de que Chakahai o Borte lo vieran.

—Qué alegría verte en pie, hermano. He estado a punto de darte por perdido.

Gengis bufó. Seguía estando débil y no soltó el poste central de la tienda para no caerse y humillarse a sí mismo.

—Manda a alguien a por mi armadura y comida. Mis esposas casi me matan de hambre con su descuido.

Fuera, se oía ya la buena nueva circulando por el campamento, transmitida con gritos más y más altos. Estaba despierto. Vivía. El bullicio pronto se convirtió en un estruendo que llegó incluso a los muros de Yenking e interrumpió a Zhi Zhong, que celebraba un consejo con sus ministros.

El general se quedó paralizado en medio del debate cuando oyó aquel sonido y notó cómo un nudo frío se formaba en su estómago.

Cuando Gengis salió por fin de la tienda-hospital, las tribus se congregaron a su alrededor para vitorearlo, golpeando sus armaduras con los arcos. Kachiun permaneció junto a él por si acaso se tambaleaba.

Pero Gengis caminó muy estirado hacia la gran ger sobre el carro, subiendo los escalones sin mostrar un solo signo de debilidad.

En cuanto pisó el interior de la tienda, al liberar a su extenuado cuerpo del sostén de su férrea voluntad, estuvo a punto de caer al suelo. Kachiun convocó a los generales, dejando a su hermano solo, sentado en una posición erguida que le resultaba dolorosa.

Cuando ocuparon sus puestos, Kachiun notó que el rostro de Gengis seguía teniendo una palidez enfermiza y que, a pesar del frío, el sudor perlaba su frente. Un nuevo vendaje envolvía el cuello de Gengis, como un collar. Su cara estaba tan delgada que la forma de su cráneo quedaba a la vista y, al dar la bienvenida a cada uno de sus hombres, relucía en sus ojos un brillo febril.

Cuando se acomodó en su sitio junto a Arslan y Tsubodai, Khasar sonrió al ver su expresión de halcón. Jelme fue el último en llegar y Gengis le indicó con un ademán que se aproximara. Pensó que sus piernas no lo sostendrían si se levantaba, pero Jelme hincó una rodilla en el suelo ante él y Gengis le apretó el hombro con fuerza.

—Kachiun me ha dicho que te viste afectado por el veneno que sacaste de mi cuerpo —le dijo.

Jelme negó con la cabeza.

—No fue nada —aseguró.

Gengis no sonrió al oírle, pero Khasar sí.

—Hemos compartido la misma sangre, tú y yo —afirmó—. Eso te convierte en mi hermano, tanto como Khasar o Kachiun o Temuge.

Jelme no contestó. La mano que descansaba en su hombro estaba temblando y podía ver el fuego que ardía en los ojos hundidos de su khan. Pero vivía.

—Coge un quinto de mis rebaños, cien rollos de seda y una docena de arcos y espadas de la mejor calidad. Te honraré ante las tribus, Jelme, por lo que has hecho.

Jelme inclinó la cabeza, sintiendo la orgullosa mirada de Arslan sobre él. Gengis retiró la mano y miró en derredor a los hombres que habían sido convocados en su nombre.

—Si hubiera muerto, ¿quién de vosotros habría liderado las tribus? —Las miradas se giraron hacia Kachiun y su hermano asintió con la cabeza. Gengis sonrió, preguntándose cuántas conversaciones se habría perdido mientras dormía como los muertos. Había pensado que tal vez fuera Khasar, pero no había humillación en su clara mirada. Kachiun había sabido cómo tratarlo.

—No haber planificado algo así ha sido una estupidez —les dijo Gengis—. Tomad lo que ha pasado como una advertencia. Cualquiera de nosotros puede caer y, si eso sucede, los Chin percibirán nuestra debilidad y atacarán. Cada uno de vosotros debe nombrar a un hombre en quien confíe para sustituirlo. Y otro para que sustituya a ese hombre. Estableceréis una línea de mando desde los cargos superiores hasta el último de los soldados para que todos sepan que tienen un líder, independientemente de cuántos guerreros mueran a su alrededor. No volverán a pillarnos desprevenidos.

Lo atravesó una ola de debilidad e hizo una pausa para dejar que pasara. La reunión tendría que ser corta.

—Para mí mismo, aceptaré vuestra voluntad y nombraré a Kachiun como sucesor hasta que mis hijos sean mayores. Khasar lo seguirá. Si todos nosotros caemos, será Jelme quien gobierne las tribus y contraataque en nuestro nombre.

Uno a uno, los hombres que mencionó fueron inclinando la cabeza, aceptando la nueva orden con una sensación de alivio. Gengis no podía saber lo cerca que habían estado del caos mientras él yacía herido. Todos los antiguos khanes habían reunido a los que habían sido sus hombres a su alrededor y una lealtad más antigua había tomado precedencia frente a los tumanes y sus generales. De un solo plumazo, el asesino los había hecho retroceder a los primitivos vínculos de sangre.

Su cuerpo había sido herido, pero Gengis no había perdido la capacidad de comprender a las tribus. Podía nombrar a cincuenta hombres que se habrían alegrado de verse libres de su gobierno si fallecía. Nadie habló mientras Gengis consideraba el futuro, sabiendo que tenía que restablecer las estructuras del ejército que había conquistado las ciudades Chin. De otro modo, se escindirían y acabarían siendo destruidos.

—Kachiun y yo hemos hablado de enviar al ejército a realizar incursiones fuera de aquí. Antes me resistía a hacerlo pero ahora es necesario que separemos las tribus. Algunas habrán olvidado el juramento que prestaron ante mí y sus generales. Debemos recordárselo. —Observó los rostros de los generales que lo rodeaban. Ninguno de ellos era débil, pero, con todo, necesitaban que él los liderara, que él les diera autoridad. Quizá Kachiun los habría mantenido unidos si hubiera muerto, pero no podía saberlo a ciencia cierta—. Cuando os vayáis, haced que los tumanes formen en la llanura, donde puedan ser vistos desde las murallas. Hagamos que vean, primero, nuestra fuerza y, después, nuestro desprecio por ellos cuando os marchéis. Que tengan miedo de lo que puedan hacer tantos hombres cuando toméis otras ciudades. —Se volvió hacia Tsubodai, viendo la excitación brillando en su mirada—. Te llevarás a Jochi, Tsubodai. Te respeta. —Gengis se quedó pensativo un momento—. No quiero que lo trates como a un príncipe. Es un muchacho difícil y arrogante y tienes que liberarlo de esos defectos por la fuerza. No tengas miedo de castigarlo en mi nombre.

—Como deseas, señor —respondió Tsubodai.

—¿Adónde iréis? —preguntó Gengis, curioso.

Tsubodai no vaciló. Había meditado muchas veces su respuesta desde que tuvo lugar la batalla de la Boca del Tejón.

—Al norte, señor. Más allá de los territorios de caza de mi antigua tribu, los uriankhai, y más lejos aún.

—Muy bien. ¿Kachiun?

—Me quedaré aquí, hermano. Veré caer esta ciudad —respondió Kachiun.

Gengis sonrió al ver la adusta expresión en la cara de su hermano.

—Tu compañía es bienvenida. ¿Jelme?

—Hacia el este, señor —contestó Jelme—. Nunca he visto el océano y no sabemos nada de esas tierras.

Gengis suspiró al pensar en ello. Él también había nacido en el mar de hierba y la idea era tentadora. No obstante, antes vería caer Yenking.

—Llévate a mi hijo Chagatai, Jelme. Es un buen chico que puede que llegue a ser khan cuando haya crecido. —Su general asintió con solemnidad, todavía abrumado por el honor que Gengis le había rendido.

Tan sólo el día anterior, todos ellos estaban nerviosos, a la espera de ver qué efecto tendría en las tribus la noticia de que Gengis había fallecido. Oírle dar órdenes había restaurado su confianza. Como susurraban las tribus, era indudable que los

espíritus amaban a su khan. Jelme sintió cómo crecía su orgullo y su intento de mantener una expresión impasible se diluyó en una ancha sonrisa.

—Quiero que te quedes conmigo, Arslan, para que estés a mi lado cuando la ciudad se rinda obligada por el hambre —continuó Gengis—. Quizá entonces regresemos poco a poco al hogar y disfrutemos de unos cuantos años cabalgando en paz por las estepas.

Khasar chasqueó la lengua suavemente.

—El que está hablando es un enfermo, hermano. Cuando estés bien, querrás seguirme al sur y tomar las ciudades Chin como fruta madura, una a una. ¿Recuerdas al embajador Wen Chao? Yo iré a Kaifeng y al sur. Me gustaría ver su cara cuando me vea de nuevo.

—Al sur pues, Khasar. Mi hijo Ogedai tiene apenas diez años de edad, pero aprenderá más contigo que quedándose aquí mirando los muros. Sólo me quedaré con el pequeño Tolui. Adora al monje budista que trajiste con Ho Sa y Temuge.

Entonces me llevaré también a Ho Sa —contestó Khasar—. De hecho, podría llevarme a Temuge a algún lugar donde no cause más problemas.

Gengis consideró la idea. No estaba tan sordo como simulaba a las quejas sobre su hermano menor.

—No. Es bastante útil. Se interpone entre yo y mil preguntas estúpidas y eso es una ventaja. —Khasar bufó al oír eso, dejando claro lo que opinaba. Gengis continuó con cuidado, paladeando las nuevas ideas como si su enfermedad le hubiera liberado la mente—. Temuge lleva tiempo queriendo enviar pequeños grupos a conocer otras tierras. Quizá tenga razón al pensar que la información que puedan recopilar nos será útil. Al menos, esperar a que vuelvan disminuirá el tedio de este lugar maldito. —Asintió para sí—. Elegiré a los hombres y ellos también se irán cuando os marchéis los demás. Partiremos en todas direcciones.

En aquel momento sintió que se le acababa la energía, de forma tan repentina como había llegado y cerró los ojos para controlar una oleada de mareo.

—Ahora, dejadme todos excepto Kachiun. Haced que formen vuestros tumanes y decidle adiós a vuestras esposas y amantes. Estarán a salvo conmigo, a menos que sean muy atractivas.

Esbozó una sonrisa suave cuando se levantaron, satisfecho de ver que estaban visiblemente más seguros que cuando llegaron. Cuando Kachiun se quedó a solas en la gran ger; Gengis dejó que la animación le abandonara y de pronto su aspecto fue el de un hombre mayor.

—Tengo que descansar Kachiun, aunque no quiero regresar a esa tienda que huele a enfermedad. ¿Puedes poner a un guardia en la puerta para que pueda dormir y comer aquí? No quiero que me vean.

—Claro, hermano. ¿Puedo enviar a Borte para desvestirte y alimentarte? Ya ha visto lo peor.

Gengis se encogió de hombros, y habló con voz débil.

—Mejor manda a mis dos esposas. Sea la que sea la paz que han firmado, no durará si muestro alguna preferencia por una u otra. —Sus ojos estaban ya vidriosos. El esfuerzo de una única reunión le había llevado al límite del agotamiento y le temblaban las manos, que había posado en su regazo. Kachiun se giró para marcharse.

—¿Cómo conseguiste que Khasar aceptara que tú me sucedieras? —murmuró Gengis a su espalda.

—Le dije que podría llegar a ser khan —respondió Kachiun—. Creo que la idea le aterrorizo.

XXIX

Pasaron otros seis días antes de que los generales reunieran a sus hombres en cuadrados de diez mil, listos para partir. En esencia, cada tumán era una partida de saqueo a enorme escala, algo que todos ellos conocían bien. Y, sin embargo, un tamaño así requería organización y Temuge y su cuadro de hombres mutilados se ocuparon de recopilar víveres, monturas de refresco, armas, así como de sus listas. Por una vez, los oficiales no se quejaron de la interferencia. Delante de ellos se extendían unas tierras que nadie de su pueblo había visto jamás. Cuando fijaron la mirada en la dirección que sus generales habían elegido, los hombres sintieron una fuerte ansia de conocer mundo.

El ánimo de los que se quedaban no era tan jovial y Gengis dependía de Kachiun para mantener la disciplina mientras se recuperaba. La táctica había funcionado sorprendentemente bien y su hermano no tenía más que lanzar una mirada a la gran ger del khan para que los que discutían enmudecieran. Nadie quería molestar a Gengis mientras recobraba las fuerzas. El mero hecho de que estuviera vivo le había arrebatado a los antiguos khanes el poder que habían ido adquiriendo en el campamento. Con todo, el padre de los woyela fue uno de los que había exigido ver a Gengis, sin importarle las consecuencias. Kachiun le había visitado en su propia tienda y, después de eso, el khan woyela no había vuelto a abrir la boca. Sus hijos irían con Khasar hacia el sur y él se quedaría solo con unos sirvientes como único apoyo para ponerse en pie cada día.

La nieve había caído la noche antes, pero la mañana era luminosa y el cielo envolvía Yenking en un azul deslumbrante. Formando gigantescos cuadrados sobre la helada llanura, los guerreros esperaban órdenes, listos para montar mientras sus ponis mordisqueaban la nieve. Sus oficiales estaban revisando las líneas y el equipo aunque había muy pocos hombres lo suficientemente descuidados como para olvidarse algo, no cuando sus vidas dependían de ello. Muchos reían y bromeaban entre sí. Llevaban toda la vida desplazándose por la piel de la tierra y la parada obligatoria en Yenking había sido antinatural para ellos. Habría ciudades menos formidables en su camino y cada tumán transportaba varias catapultas en una docena de carros y hombres entrenados para utilizarlas. Los carrromatos los retrasarían, por supuesto, pero todos recordaban Yinchuan, en el reino Xi Xia. No tendrían que aullar frente a muros distantes, sino que romperían las puertas de las ciudades y harían caer a sus pequeños reyes desde lo alto. Era una perspectiva alentadora y el ambiente era el de un día festivo de verano.

Los últimos artículos que entregó Temuge fueron las tiendas de color blanco, rojo y negro, tres para cada uno de los generales. La confianza de los guerreros se incrementó al verlas enrolladas y cargadas, atadas con largas cuerdas. Como mínimo, la presencia de las tiendas mostraba su intención de derrotar a todos aquellos que se les opusieran. Su fuerza les daba ese derecho.

Además de los tumanes, Gengis había creado diez grupos de veinte guerreros para explorar nuevas tierras. Al principio, los concibió como partidas de saqueo, pero Temuge le había persuadido de dotarlos de cargamentos de oro y regalos procedentes de distintos botines. Temuge había hablado con el oficial de cada uno de los grupos para cerciorarse de que comprendían que su tarea era observar y aprender, e incluso sobornar. Temuge los había llamado diplomáticos, un término que había aprendido de Wen Chao, muchos años atrás. Con ello, como en muchos otros casos, Temuge había creado algo nuevo para las tribus. Él sabía el valor de algo así aun cuando los demás implicados no fueran capaces de verlo. De hecho, sus hombres estaban mucho menos animados que los que tenían la misión de conquistar ciudades.

Gengis se había quitado los vendajes del cuello, dejando a la vista una gruesa postilla sobre una magulladura de color amarillo y negro. Respiró hondo inhalando el aire frío y tosió en su mano sintiendo un ataque de debilidad. No estaba, ni con mucho, recuperado, pero él también desearía poder cabalgar junto a los demás, aun junto a aquellos que planeaban hablar y espiar más que saquear. Al pensarlo, lanzó una mirada irritada a Yenking, que se agazapaba como un sapo sobre la planicie. Sin duda el emperador Chin estaba en lo alto de las murallas en ese mismo momento, observando ese extraño movimiento de hombres y caballos. Gengis escupió en el suelo en dirección a la ciudad. Se habían ocultado tras los soldados en la Boca del Tejón y ahora se ocultaban tras las murallas. Se preguntó cuántas estaciones más resistirían y su humor se agrió.

—Los hombres están listos —dijo Kachiun, tras llegar hasta él a caballo y desmontar—. Podemos dar gracias a los espíritus, a Temuge no se le ha ocurrido ninguna otra cosa que pudiera irritarlos aún más. ¿Tocarás tú mismo el cuerno?

Gengis miró el pulido cuerno que colgaba del cuello de su hermano. Meneó la cabeza.

—Antes me despediré de mis hijos —dijo—. Tráelos a mi presencia. —Señaló con un gesto una amplia manta extendida en el suelo sobre la que había una botella de airag negro y cuatro vasos.

Kachiun inclinó la cabeza y se subió a la silla de un salto, hincó los talones en el animal para que se pusiera al galope y cruzó a través de las formaciones de hombres a la espera. Tenía que recorrer un largo trecho hasta llegar a sus sobrinos. Todos los guerreros allí reunidos tenían dos caballos a su lado de manera que la manada era inmensa y sus bufidos y relinchos resonaban con estruendo en el silencio de la mañana.

Gengis aguardó pacientemente hasta que Kachiun regresó con Jochi, Chagatai y Ogedai. Su hermano se situó a un lado para dejar que los chicos se aproximaran a su padre y se quedó observando por el rabillo del ojo a Gengis, sentado con las piernas cruzadas, y a los tres muchachos, acomodados frente a él sobre la áspera manta. En silencio, les sirvió a cada uno una taza del poderoso licor y ellos las tomaron formalmente en su mano derecha, apoyando la izquierda en el codo para mostrar que

no llevaban armas.

Gengis los estudió y no encontró nada criticable en su actitud y modales. Jochi llevaba una nueva armadura, ligeramente grande para su tamaño. Chagatai seguía teniendo la que le habían dado. Sólo Ogedai llevaba el tradicional deel acolchado: a los diez años era demasiado pequeño para justificar una armadura de hombre, a pesar de la gran cantidad que habían cogido de la Boca del Tejón. El niño observaba la taza de airag con cierto recelo, pero bebió con los otros, sin cambiar la expresión.

—Mis pequeños lobos —comenzó Gengis con una sonrisa—. Cuando os vuelva a ver, todos vosotros seréis hombres. ¿Habéis hablado con vuestra madre?

—Sí —contestó Jochi. Gengis se giró hacia él y se asombró al notar la profunda hostilidad de su mirada. ¿Qué había hecho para merecerla?

Devolviéndole a Jochi su oscura mirada, Gengis habló con todos ellos.

—Cuando salgáis de este campamento, no seréis príncipes. Se lo he dejado claro a vuestros generales. Mis hijos no recibirán ningún tratamiento especial. Viajaréis como cualquier otro guerrero del pueblo y cuando tengáis que luchar, no habrá nadie que os salve por ser quienes sois. ¿Entendéis?

Sus palabras parecieron absorber todo su entusiasmo y sus sonrisas palidecieron. Uno a uno, asintieron. Jochiapuró su bebida y la dejó sobre la manta.

—Si llegáis hasta el puesto de oficial —continuó Gengis—, será sólo porque habéis demostrado que pensáis con más rapidez, que sois más diestros y más valientes que los hombres que os rodean. Nadie quiere ser liderado por un tonto, aunque ese tonto sea mi hijo.

Hizo una pausa, dejando que asimilaran la idea. Su mirada se detuvo en Chagatai.

—Sin embargo, sois mis hijos y espero que la sangre fluya honesta y verdadera en cada uno de vosotros. Los otros guerreros pensarán en la siguiente batalla, o en la última. Vosotros pensaréis en la nación que podríais gobernar. Espero de vosotros que encontréis hombres en los que podáis confiar y que trabéis vínculos con ellos. Espero que os esforcéis más y de forma más implacable de lo que nadie podría. Cuando estéis asustados, escondedlo. Nadie más lo sabrá y sea cuál sea la causa del miedo, pasará. La gente recordará cómo os comportéis.

Había tanto que decirles... Resultaba gratificante comprobar que incluso Jochi estaba pendiente de cada una de sus palabras, pero ¿qué otro podía decirles cómo gobernar si no lo hacía su propio padre? Ése era su último deber para con los chicos antes de que se convirtieran en hombres.

—Cuando estéis cansados, jamás lo comentéis y los demás pensarán que estáis hechos de hierro. No permitáis que ningún otro guerrero se burle de vosotros, aunque sea de broma. Es algo que los hombres hacen para ver quién tiene la fuerza necesaria para enfrentarse a ellos. Mostradles que no os dejáis acobardar y si eso significa veros obligados a luchar, bueno, eso es lo que tenéis que hacer.

—¿Y si es un oficial el que se burla de nosotros? —preguntó Jochi con suavidad. De inmediato, Gengis volvió la mirada hacia él.

—He visto a algunos hombres quitarle importancia al asunto con una sonrisa o agachando la cabeza, o incluso dan unos brincos para que los demás se rían más fuerte. Si hacéis eso, nunca estaréis al mando. Aceptad las órdenes que os dan, pero mantened la dignidad. —Se quedó pensativo un momento—. A partir del día de hoy, dejáis de ser unos niños. También tú, Ogedai. Si tenéis que pelear aunque sea contra un amigo, derribadlo tan rápido y con tanta fuerza como podáis. Matad si tenéis que hacerlo o perdonad la vida... pero cuidado con hacer que un hombre quede en deuda con vosotros. Despertará su resentimiento más que ninguna otra cosa. Cualquier guerrero que alce el puño contra vosotros debe saber que está jugándose la vida y que perderá. Si no podéis ganar en el primer momento, vengaos si es lo último que vais a hacer. Viajáis con hombres que sólo respetan una fuerza superior a la suya, a hombres más duros que ellos mismos. Por encima de todo, respetan el éxito. Recordadlo.

Su adusta mirada recorrió sus rostros y vio que, sintiendo la frialdad de sus palabras, Ogedai se estremeció. Sin embargo, mientras proseguía, Gengis no sonrió.

—Nunca os permitáis ablandaros o llegará un día en que un hombre os lo quitará todo. Escuchad a aquéllos que saben más que vosotros y sed el último que hable en todas las conversaciones, hasta que esperen por vosotros para mostrarles el camino. Y tened cuidado de los individuos débiles que se aproximen a vosotros por vuestro nombre. Elegid a aquéllos que van a seguirlos con tanto cuidado como a vuestras esposas. Si hay una habilidad que me haya puesto al frente de nuestro pueblo, es ésa. Puedo ver la diferencia entre un guerrero bravucón y un hombre como Tsubodai, o Jelme, o Khasar.

El fantasma de una burla rozó la boca de Jochi antes de poder retirar la mirada y Gengis se negó a dejar que se notara su irritación.

—Una cosa más antes de que os vayáis. Sed precavidos a la hora de esparcir vuestra semilla. —Jochi se ruborizó y Chagatai se quedó boquiabierto. Sólo Ogedai pareció no entender. Gengis continuó—: Los muchachos que pasan toda la noche jugando con sus partes se hacen débiles, se obsesionan con las necesidades de su cuerpo. Mantened las manos quietas y tratad el deseo como cualquier otra debilidad. La abstinencia os hará fuertes. Tendréis esposas y amantes cuando llegue el momento.

Mientras los tres muchachos callaban ante él, avergonzados, Gengis desató su espada y su funda. No lo había planeado, pero parecía lo adecuado y quería hacer algo que los chicos recordaran.

—Cógela, Chagatai —dijo. Puso la espada envainada en las manos de su hijo. Chagatai casi la dejó caer de la sorpresa y la alegría. Gengis observó cómo levantaba la empuñadura con la cabeza de lobo para que reflejara el sol y luego, lentamente extraía la hoja que su padre había llevado consigo durante toda su juventud. Los ojos de los demás no se despegaban del brillante metal, relucientes de envidia.

—Mi padre, Yesugei, la llevaba el día que murió —dijo Gengis con suavidad—. Su padre encargó que la hicieran en un momento en el que los Lobos eran los enemigos de todas las demás tribus. Ha segado vidas y ha visto el nacimiento de una nación. Asegúrate de no deshonrarla.

Chagatai hizo una inclinación de cabeza desde su posición, abrumado.

—No lo haré, señor —contestó.

Gengis no miró el rostro blanco de Jochi.

—Ahora, marchaos. Cuando regreséis junto a vuestros generales, haré sonar el cuerno. Nos veremos de nuevo cuando seáis hombres y podamos encontrarnos en pie de igualdad.

—Estoy deseando que llegue ese día, padre —replicó Jochi, de repente. Gengis elevó su pálida mirada hacia él, pero no dijo nada. Cuando se alejaron de él al galope, cabalgando sobre el duro terreno, los chicos no hablaron entre sí y no se volvieron.

Cuando Gengis estuvo de nuevo a solas con Kachiun, notó la mirada de su hermano clavada en él.

—¿Por qué no le has dado la espada a Jochi? —preguntó Kachiun.

—¿A un bastardo tártaro? —soltó Gengis—. Veo a su padre devolviéndome la mirada cada vez que nos encontramos.

Kachiun meneó la cabeza, entristecido por el hecho de que Gengis pudiera tener tanta visión en todos los demás asuntos, pero estar tan ciego a ese respecto.

—Somos una extraña familia, hermano —aseguró—. Si nos dejás tranquilos, nos debilitamos y nos ablandamos. Si nos planteas un reto, si nos haces odiar, crecemos lo suficiente para contraatacar. —Gengis lo miró con expresión inquisitiva y Kachiun suspiró—. Si realmente querías debilitar a Jochi, deberías haberle dado a él la espada —continuó Kachiun—. Ahora te verá como un enemigo y se fortalecerá hasta ser duro como el hierro, tal como hiciste tú. ¿Es eso lo que pretendías?

Gengis parpadeó, perplejo ante lo que acababa de oír. Kachiun veía las cosas con una dolorosa claridad y fue incapaz de encontrar una respuesta.

Kachiun se aclaró la garganta.

—Tus consejos han sido muy interesantes, hermano —dijo—. Sobre todo la parte sobre no esparcir su semilla.

Gengis no le hizo caso, concentrado en observar cómo las distantes figuras se reincorporaban a los cuadradas de guerreros.

—No parece que a Khasar le hiciera demasiado daño —añadió Kachiun.

Gengis se rió entre dientes, alargando la mano hacia el cuerno de Kachiun. Entonces se puso en pie e hizo sonar una nota larga y grave a través de la llanura. Antes de que el sonido se extinguiera por completo, los tumanes se pusieron en movimiento con estrépito: su pueblo partía hacia la conquista. Deseó poder estar entre ellos, pero todavía tenía que ver caer Yenking.

Temuge gruñó mientras su siervo liberaba sus hombros de los problemas del día con un masaje. El pueblo Chin parecía tener una idea de la civilización que nadie entre las tribus podía igualar. Sonrió con gesto somnoliento ante la idea de pedirle a un guerrero que le trabajara los músculos de las pantorrillas con aceite. O bien lo tomaría como un insulto o bien lo golpearía como a un vellón de lana.

Al principio, había lamentado la pérdida de su primer siervo, que hablaba muy poco y, de hecho, apenas conocía la lengua mongol. No obstante, había transmitido a Temuge la sensación de un día estructurado, de modo que los acontecimientos parecían fluir a su alrededor sin tensión. Temuge se había ido acostumbrando a despertarse después del amanecer y darse un baño. A continuación, su siervo lo vestía y preparaba un desayuno ligero. Leía los informes de sus hombres hasta el final de la mañana y entonces comenzaba los asuntos del día en sí. En un primer momento, haber perdido un hombre así bajo la daga de un asesino le había parecido una tragedia.

Temuge lanzó un suspiro de placer mientras el nuevo siervo le masajeara un músculo en concreto, hundiendo profundamente los pulgares. Quizá no fuera una pérdida tan grave, después de todo. El viejo Sen no sabía nada de aceites y masajes, aunque su presencia había sido relajante, mientras que el nuevo hablaba siempre que Temuge se lo permitía, explicando cualquier aspecto de la sociedad Chin que llamara la atención a Temuge.

—Eso está muy bien, Ma Tsin —murmuró—. El dolor ha desaparecido casi por completo.

—Muchas gracias, mi amo —respondió el espía. No le gustaba frotarle la espalda, pero en una ocasión había pasado casi un año como guardia en un burdel y sabía cómo relajaban las chicas a sus clientes—. He visto marcharse a los ejércitos esta mañana, amo —añadió como si no tuviera importancia—. Nunca he visto tantos caballos y tantos hombres en un solo lugar.

Temuge gruñó.

—El hecho de que estén lejos hace mi vida más sencilla. Ya me he hartado de sus quejas y sus peleas. Creo que mi hermano también.

—No tengo ninguna duda de que traerán oro para el khan —continuó el espía. Siguió golpeando los pesados músculos de la espalda de Temuge hasta encontrar otro nudo que trabajar con sus duros dedos.

—Ya no necesitamos más —murmuró Temuge—. Ya tenemos varios carros de monedas y sólo parecen interesarles a los reclutas Chin.

El espía se detuvo un momento. Ése era un aspecto de la mente mongola que le confundía. Temuge ya estaba relajado, pero siguió trabajando, intentando entender.

—¿Es verdad entonces que no buscáis la riqueza? —preguntó—. Lo he oído decir.

—¿Qué haríamos con ella? Mi hermano ha acumulado oro y plata porque hay

algunos que miran con codicia ese tipo de tesoros. Pero ¿para qué sirve? La auténtica riqueza no se encuentra en blandos metales.

—Sin embargo, podríais comprar caballos con ella, armas, incluso tierras —persistió el espía. Sintió cómo Temuge se encogía de hombros bajo sus manos.

—¿A quién? Un montón de monedas haría que un hombre nos entregara sus caballos, pero nosotros se los arrebatamos. Si tiene tierras, son nuestras de todos modos, y cabalgaremos por ellas a voluntad.

El espía parpadeó, irritado. Temuge no tenía ningún motivo para mentirle, pero el soborno no sería muy fácil si estaba diciendo la verdad. Probó una vez más, aun sospechando que era inútil.

—En las ciudades Chin, se pueden comprar casas enormes junto a un lago con oro, exquisitas comidas e incluso miles de siervos. —Se esforzó en pensar en más ejemplos. Para alguien que había nacido en una sociedad que empleaba las monedas, resultaba difícil explicar algo tan obvio—. Con oro se puede incluso comprar influencia y favores de los hombres poderosos, mi señor. Raras piezas de arte, quizá como regalo para vuestras esposas. Hace que todo sea posible.

—Comprendo —respondió Temuge, irritado—. Ahora, permanece en silencio.

El espía casi se dio por vencido. El hermano del khan no lograba captar el concepto. A decir verdad, aquello le hacía darse cuenta de la naturaleza artificial de su propio mundo. Era verdad que el oro era demasiado blando para ser utilizado para cualquier fin real. ¿Cómo había llegado a ser considerado tan valioso?

—¿Y si quisieras el caballo de uno de los guerreros de las tribus, amo? Digamos que es un caballo mejor que todos los demás.

—Si aprecias tus manos, no volverás a hablar —soltó Temuge. El espía siguió trabajando en silencio durante un tiempo y Temuge suspiró—. Le daría cinco caballos de calidad inferior, o dos esclavos capturados, o seis arcos, o una espada fabricada por un hombre hábil, lo que quisiera dependiendo de mis necesidades. —Temuge se rió para sí mientras se iba quedando dormido—. Si le dijera que tengo una bolsa llena de un valioso metal con el que podría comprar otro caballo, me diría que probara suerte con algún otro idiota.

Temuge se incorporó. El cielo vespertino estaba claro. Bostezó: había tenido un día lleno de ajetreo, organizando la partida de tantos hombres.

—Creo que me tomaré unas cuantas gotas de mi medicina esta noche, Ma Tsin, para ayudarme a dormir.

El espía ayudó a Temuge a ponerse la túnica de seda. Los aires de su nuevo amo le divertían, pero no podía evitar sentirse frustrado. El poder de los pequeños khanes había quedado sofocado cuando Gengis dio la orden de formar los tumanes. En realidad, no había perdido nada: ninguno de ellos tenía auténtica influencia en el campamento. El espía había renunciado a esa línea de actuación y había reaccionado con rapidez para reemplazar al sirviente ejecutado por el asesino. Moverse a esa velocidad daba lugar a la aparición de numerosos peligros y sentía la presión crecer

día a día. Seguía pensando que Temuge era un individuo vano y superficial, pero no había encontrado nada que pudiera tentarlo para traicionar a los suyos, ni tampoco tenía ningún candidato mejor. La tienda negra tenía que ser desmontada, pero Gengis no podía averiguar la agonía que sufría Yenking. El espía se dijo que el señor regente le había impuesto una tarea casi imposible.

Perdido en sus propios pensamientos, el espía preparó el bebedizo de airag caliente y añadió una cucharada de la negra pasta del chamán que sacó, raspando, de una vasija. Cuando Temuge no lo miraba, lo olió, preguntándose si se trataba de un opiáceo. Los nobles fumaban opio en las ciudades y parecían estar muy apegados a sus pipas, como Temuge parecía estarlo a aquella bebida.

—Casi se han terminado las reservas, amo —dijo.

Temuge suspiró.

—Entonces, tendré que pedirle más al chamán.

—Iré yo a verlo, amo. No deberías preocuparte de nimiedades así.

—Eso es verdad —contestó Temuge, satisfecho. Aceptó la taza y dio un sorbo, cerrando los ojos de placer—. Ve, pero no le digas nada de lo que haces para mí. Kokchu no es un hombre agradable. Por ningún concepto le digas nada de lo que has visto y oído en esta ger.

—Sería más fácil si pudieras comprarle la pasta con monedas de oro, amo —replicó el espía.

Temuge respondió sin abrir los ojos.

—Kokchu no quiere vuestro oro. Creo que lo único que le interesa es el poder. —Apuró la taza, torciendo la cara al paladear los amargos posos, pero volcándola por completo a pesar de todo para no desperdiciar ni una sola gota. La idea de que la vasija estuviera vacía le perturbaba de forma extraña. La necesitaría de nuevo por la mañana.

—Ve a verlo esta noche, Ma Tsin. Si puedes, intenta descubrir cómo hace la pasta, para poder prepararla tú mismo. Se lo he preguntado antes, pero me lo esconde. Creo que disfruta de seguir manteniendo un cierto control sobre mí. Si puedes, averigua el secreto, no lo olvidaré.

—Como desees, amo —respondió el espía. Debía regresar al muro esa noche, para informar pero tenía tiempo para ver al chamán antes. Cualquier cosa podía resultar útil y, hasta el momento y mientras Yenking pasaba hambre, había conseguido muy poco en el campamento.

Ese verano era el más apacible que Gengis podía recordar. Si no hubiera sido por la amenazante presencia de la ciudad, que llenaba su mirada todos los días, habría sido un tiempo reposado y relajante. Los intentos del khan para recuperar su forma física se vieron obstaculizados por una persistente tos que le hacía perder el resuello y que no hizo sino empeorar a medida que las temperaturas fueron bajando. Kokchu había pasado a ser un visitante habitual de su ger; le llevaba jarabes de miel y hierbas tan amargas que Gengis apenas podía tragárselos. El alivio que le daban era sólo temporal y Gengis perdió peso de manera alarmante, hasta el punto de que se le veían los blancos huesos bajo la piel de aspecto cetrino y enfermizo.

A lo largo de los meses fríos, Yenking estuvo siempre al borde de su vista, estática y sólida, mofándose de su presencia en esas tierras. Había pasado casi un año desde que se hiciera con la victoria en la batalla de la Boca del Tejón. Había momentos en los que habría dado cualquier cosa por poder volver a casa y recuperar las fuerzas en las limpias colinas y arroyos de su hogar.

Inmerso en el letargo que había hecho presa de todos ellos, Gengis apenas levantó la vista cuando Kachiun oscureció la puerta de la gran ger. Cuando vio la expresión de su hermano, se enderezó con esfuerzo.

—Estás deseando contarme algo, Kachiun. Dime que es algo importante.

—Creo que lo es —respondió Kachiun—. Los exploradores del sur dicen que una columna de liberación se dirige hacia aquí. Hasta cincuenta mil soldados y un inmenso rebaño de ganado de primera calidad.

—Entonces Khasar no se topó con ellos —contestó Gengis, animándose—. O vienen desde algún lugar fuera de su ruta. —Ambos sabían que los ejércitos podían cruzarse aunque sólo los separara un valle. Las tierras eran más vastas de lo que era posible imaginar y su vastedad hacía soñar a aquellos hombres que se veían obligados a permanecer en un lugar más tiempo del que nunca habían estado.

Kachiun se sintió aliviado al descubrir una chispa del antiguo placer en Gengis. El veneno que corría por sus venas había debilitado a su hermano mayor, cualquiera podía verlo. Cuando trató de continuar hablando, un ataque de tos le robó el aliento, tiñéndole de rojo la cara y obligándolo a aferrarse al poste central de la ger.

—La ciudad intentará desesperadamente que pasen —dijo Kachiun por encima del áspero sonido—. Me pregunto si llegaremos a lamentar haber enviado fuera a la mitad de nuestros hombres.

Gengis sacudió la cabeza en silencio antes de lograr por fin aspirar una bocanada limpia de aire. Se dirigió a la puerta por delante de Kachiun y escupió una enorme flema en el suelo, haciendo muecas mientras se esforzaba en aclarar su garganta.

—Mira esto —dijo con voz ronca, cogiendo una de las ballestas Chin que habían traído de la Boca del Tejón.

Kachiun siguió la mirada de su hermano hasta una diana de paja que había a unos

trescientos metros en un sendero. Gengis lanzaba flechas durante horas todos los días para recuperar la fuerza y se había mostrado fascinado por los mecanismos de las armas Chin. Mientras Kachiun observaba, apuntó con cuidado y apretó el gatillo tallado, disparando una saeta negra que surcó el aire con un silbido. Se quedó corta y Kachiun sonrió, comprendiendo al instante. Sin una palabra, cogió uno de los arcos de su hermano, seleccionó una flecha de un carcaj y llevó la cuerda hasta su oreja antes de enviarla de modo certero al centro del escudo de paja.

La sangre había desaparecido de las mejillas de Gengis, que hizo una inclinación de cabeza mirando a su hermano.

—Avanzarán despacio debido a los víveres que llevan a la ciudad. Coge a tus hombres y diríglos a sus líneas, recorriéndolas arriba y abajo sin cesar, pero sin acercaros lo suficiente como para que os alcancen. Mermaid sus filas un poco y yo haré el resto cuando lleguen.

Mientras Kachiun recorría el campamento al galope, la noticia que habían traído los exploradores viajaba aún más deprisa. Todos los guerreros que había en el campamento estuvieron listos en los escasos momentos que tardaron en correr hacia sus ponis y recoger sus armas de las paredes de las tiendas.

Con poderosos gritos, Kachiun repartió las órdenes entre sus oficiales superiores y ellos fueron informando a los demás, haciendo que muchos hombres se detuvieran en seco en su camino. La nueva forma de guerrear seguía siendo muy semejante a la de una banda de saqueo, pero la estructura de mando era suficientemente sólida como para que grupos de diez hombres se reunieran y recibieran instrucciones. Muchos tuvieron que volver a sus ger para coger otro carcaj de cincuenta flechas por orden de Kachiun antes de precipitarse a formar en el gigantesco cuadrado de diez mil hombres. El propio Kachiun marcaba la línea más lejana cabalgando arriba y abajo, con un estandarte de seda dorada serpenteando detrás de él.

Una vez más, consultó con los exploradores que habían avistado la columna de liberación y pasó el ondeante estandarte a un mensajero de la primera fila, un muchacho que no tendría más de doce años. Kachiun observó las filas mientras formaban y se sintió satisfecho. Cada hombre llevaba dos pesados carcajes atados a los hombros. No necesitaban provisiones para una incursión relámpago y sólo los arcos y las espadas golpeaban sus muslos y sillas de montar.

—Si dejamos que penetren en la ciudad —bramó, colocando su caballo en posición —, tardaremos otro año entero en hacerla caer. Detenedlos y, tras restarle el diezmo del khan al botín, sus monturas y sus armas serán vuestras.

Los guerreros que lo oyeron mostraron con un rugido su contento ante la promesa. Kachiun alzó el brazo derecho para luego bajarlo, indicando el avance. Las líneas avanzaron en perfecta formación: una destreza fruto de meses de entrenamiento en la llanura que se extendía delante de la ciudad, cuando no había

enemigos contra los que luchar. Los oficiales gritaron órdenes por puro hábito pero, de hecho, las líneas continuaban avanzando sin ningún fallo. Por fin habían logrado controlar su entusiasmo bélico, aun después de una espera tan prolongada.

La columna estaba a unos sesenta kilómetros al sur de Yenking cuando los exploradores se toparon con ellos. En el tiempo que le había tomado a Kachiun regresar, la lenta masa de hombres y animales habían acortado esa distancia a sólo veinte. Sabiendo que habían sido avistados, habían forzado al máximo el avance de sus rebaños, pero eso fue todo cuanto pudieron hacer antes de ver aparecer la nube de polvo que levantaban los guerreros dirigiéndose hacia ellos.

El oficial superior Sung Li Sen, siseó entre dientes al ver por primera vez al enemigo. Había reunido casi cincuenta mil guerreros al norte y este de Kaifeng para liberar la ciudad imperial. La columna era inmensa, lenta y pesada debido a la larguísima hilera de carros y bueyes que se extendía por el camino. Lanzó una mirada de reojo a los cuadrados de caballería que protegían sus flancos y le hizo una señal con la cabeza a su comandante por encima de las cabezas de los hombres. La batalla tardaría en estallar.

—¡Primera posición! —exclamó y su voz de mando fue repitiéndose a todo lo largo de las lentas filas. Las órdenes que le habían dado estaban perfectamente claras. No se detendría hasta llegar a Yenking. Si el enemigo entablaba batalla, se enfrentaría contra los guerreros mientras seguía avanzando hacia la ciudad, evitando ser retrasado por las escaramuzas. La idea le hizo fruncir el ceño. Habría preferido una orden general de aplastar a los guerreros de las tribus y preocuparse de aprovisionar Yenking cuando los mongoles estuvieran tendidos sin vida ante él.

A lo largo de la vasta serpiente de hombres, se veían elevarse las picas que llevaban los soldados como las púas de un erizo. Mil ballestas se prepararon para disparar y Sung Li Sen asintió para sí. Ahora veía las líneas de jinetes mongoles con más claridad y se enderezó en la silla, consciente de que sus hombres necesitaban ver en él un ejemplo de coraje. Pocos de ellos se habían desplazado antes tan al norte y todo lo que sabían de esos salvajes mongoles era que el emperador había solicitado ayuda de sus ciudades meridionales. Sung Li Sen sintió cómo crecía su curiosidad cuando los jinetes se dividieron en dos por una línea invisible, como si su propia columna fuera una punta de lanza a la que no se atrevieran a aproximarse. Vio que pasarían por ambos lados de sus hombres y esbozó una pequeña sonrisa: era lo que más le convenía para poder cumplir sus propias órdenes. El camino hacia Yenking estaba abierto y no pensaba detenerse.

Kachiun retrasó el galope hasta el último instante posible antes de inclinarse hacia el viento y gritarle a su montura para que alargara el paso. Cuando se irguió sobre los

estribos, se deleitó en el sonido de trueno que retumbaba a su alrededor. A lo largo de la distancia que lo separaba de sus enemigos, al principio le pareció que se acercaban con lentitud y, a continuación, todo se precipitó velozmente hacia él. Su corazón latía con fuerza cuando llegó a la columna Chin y lanzó al aire su primera flecha. Vio cómo los virotes Chin salían volando para caer en la hierba, inútiles. Si seguían cabalgando a lo largo de la interminable columna serían intocables y Kachiun, lleno de gozo, se rió sonoramente al darse cuenta y siguió lanzando flecha tras flecha. Con cinco mil hombres a los dos lados de la columna, casi no necesitaba apuntar: fustigó la columna con rápidos golpes.

La caballería Chin apenas logró ponerse a pleno galope antes de ser aniquilados sin excepción, derribados brutalmente de sus monturas. Kachiun esbozó una ancha sonrisa cuando vio que no había muerto ninguno de los caballos de sus rivales. Sus hombres estaban siendo cuidadosos, en especial ahora que habían visto qué pocos jinetes habían traído los Chin al campo de batalla.

Una vez vencida la caballería, Kachiun fue eligiendo sus blancos con precisión, apuntando a todo oficial que veía. En sesenta segundos su tumán disparó cien mil flechas contra la columna. A pesar de la brillante armadura Chin, miles cayeron mientras caminaban, haciendo que los que los seguían se tropezaran con sus cadáveres.

Kachiun oyó el mugido nervioso y asustado del ganado y, con regocijo, vio cómo el rebaño salía en estampida, aplastando a más de cien soldados Chin y abriendo una brecha en la columna antes de perderse en la distancia. Había alcanzado el final de la cola y prosiguió un poco, preparándose para dar la vuelta. Las saetas de las ballestas repiqueteaban contra su pecho, casi sin fuerzas. Después de meses de tedioso entrenamiento, era simplemente maravilloso tener un enemigo contra el que luchar y, mejor aún, un enemigo que no podía tocarlos sino sólo morir. Deseó haberlo sabido y haber traído más flechas. Sus dedos palparon el vado en el primer carcaj y comenzó a lanzar sus últimas cincuenta flechas, derribando a un portaestandartes Chin con la primera de ellas.

El viento hacía que a Kachiun le lagrimearan los ojos. Había causado suficientes bajas en la columna como para poder ver al otro lado el segundo grupo de cinco mil hombres del flanco este. Ellos también cabalgaban con impunidad, golpeando a voluntad. Otros sesenta segundos y cien mil flechas salieron de sus arcos. Los soldados Chin no podían ocultarse y la bien formada columna empezó a desintegrarse. Algunos hombres que caminaban junto a los carromatos se arrojaron debajo de ellos para protegerse mientras sus compañeros morían a su alrededor. Un fuerte aullido de terror brotó de los piqueros y ya no quedaban oficiales vivos que pudieran hacerlos formar de nuevo u ordenarles que continuaran avanzando camino de Yenking.

Kachiun empezó su segunda ronda, esta vez a demasiada distancia de la columna para desperdiciar proyectiles con un disparo. Las líneas dieron media vuelta con la

facilidad que dan incesantes horas de entrenamiento y los nuevos carcajes se fueron vaciando con rapidez. Kachiun galopó a toda velocidad a lo largo de las líneas, volviendo la vista hacia la hilera de muertos que iban dejando atrás mientras la columna seguía adelante a través de la tormenta. Los soldados habían mantenido la disciplina, aunque el ritmo de avance estaba disminuyendo. Varios hombres vociferaban órdenes para sustituir a los oficiales muertos, sabiendo que el pánico era una invitación a la destrucción total.

Kachiun gruñó para sí, admitiendo a regañadientes la admiración que le inspiraban: había visto muchos ejércitos que se habrían hundido ante algo así. Llegó al inicio de la columna y regresó a la línea interior una vez más, sintiendo que le ardían los hombros al tensar de nuevo el arco mientras cabalgaba a galope tendido. Imaginó el rostro de su hermano cuando los desordenados restos de la columna alcanzaran la bienvenida que habían preparado en Yenking. Kachiun soltó una violenta carcajada al imaginárselo, notando un creciente escozor en los dedos al buscar a tientas una flecha en su aljaba casi vacía. Como mucho le quedaban diez, pero de pronto el pánico volvió a propagarse por las filas Chin, que se estremecieron. Las saetas de las ballestas no habían parado de volar y Kachiun debía tomar una decisión. Notaba la mirada de sus hombres sobre él aguardando la orden que les permitiría desenvainar las espadas y hacer pedazos la columna. A todos se les estaban acabando las flechas y cuando partió la última lluvia de proyectiles, su trabajo había terminado. Conocían las órdenes tan bien como él mismo, pero seguían observándolo con ojos esperanzados.

Kachiun tensó la mandíbula. Yenking estaba muy lejos y, sin duda, Gengis lo perdonaría si eliminaba toda la columna por sí mismo. Sentía lo cerca que estaban de caer. Todo lo que había aprendido a lo largo de los años de guerra hacía que ese instante clave fuera algo que casi podía oler.

Hizo una mueca, mordiéndose la mejilla por dentro mientras a su alrededor el momento llegaba a su punto culminante. Por fin, meneó la cabeza y dibujó un amplio círculo en el aire con el puño. Todos los oficiales que estaban a la vista repitieron el gesto y las líneas se retiraron, alejándose de la destrozada columna.

Kachiun miró cómo sus hombres formaban en líneas jadeantes, llenos de júbilo. Los que todavía tenían flechas las dispararon con el máximo esmero, matando soldados a voluntad. Kachiun percibió su frustración cuando frenaron sus monturas al final de la columna y la vieron alejarse de ellos. Muchos de los guerreros palmearon el cuello de sus animales y clavaron la mirada en sus oficiales, furiosos porque no les permitían concluir la masacre. No tenía sentido y Kachiun tuvo que hacer caso omiso de las quejas que empezaron a brotar de todos los lados.

Cuando la columna se distanció de ellos, muchos de los soldados se giraron aterrorizados, convencidos de que serían atacados desde atrás. Kachiun dejó que se alejaran un poco más y luego hizo avanzar a su poni. Ordenó que las alas derecha e izquierda se adelantaran para envolver la parte trasera de la columna y hacer que

continuara avanzando hacia Yenking.

A sus espaldas, a lo largo de casi dos kilómetros, se extendía un rastro de cadáveres salpicado de banderines ondeantes y de picas amontonadas. Kachiun envió a cien guerreros a saquear los cuerpos y a matar a Los heridos, pero su mirada no se separó de la columna que se dirigía hacia su expectante hermano.

No fue hasta la caída de la tarde cuando la maltrecha columna avistó la ciudad cuya liberación había sido el motivo de su partida. En ese punto, los soldados Chin que habían sobrevivido a la matanza caminaban con la cabeza gacha y el ánimo hundido después de llevar tanto tiempo la muerte a la espalda. Cuando vieron a otros diez mil guerreros cortándoles el paso, hombres descansados con más lanzas y arcos, de sus bocas brotó un alarido de puro sufrimiento. La columna se desordenó de nuevo cuando vacilaron, sabiendo que no podrían abrirse paso luchando. Sin una señal, por fin pararon, y Kachiun alzó un puño para indicar a sus hombres que no se aproximaran demasiado. En la creciente oscuridad, esperó a que su hermano avanzara. Se sintió satisfecho de no haberle negado a Gengis aquel momento cuando vio que se alejaba a caballo del tumán de guerreros y se acercaba a medio galope a través de la hierba.

Los soldados Chin lo observaron con ojos apagados, jadeando, exhaustos por el ritmo que les habían forzado a adoptar. Los carros con sus cargamentos de objetos y víveres, adelantados por la marea de guerreros presurosos, se habían ido quedando atrás y Kachiun mandó a algunos hombres que se separaran del grupo para investigar su contenido.

En una exhibición deliberada, constatando el deplorable estado de ánimo de la columna, Gengis cabalgó a lo largo de uno de sus lados, muy cerca de los soldados. Kachiun oyó el murmullo de satisfacción que se elevó entre sus hombres ante la muestra de valor del khan. Tal vez todavía corriera el riesgo de que las ballestas lo derribaran de la silla, pero Gengis no miró a los Chin mientras pasaba, aparentemente ignorante de los miles de hombres que volvían los ojos hacia él desde debajo de sus humilladas frentes.

—No me has dejado demasiados, hermano —dijo Gengis. Kachiun notó que estaba pálido y sudoroso tras el esfuerzo de cabalgar toda esa distancia. En un impulso, Kachiun desmontó y se postró de hinojos ante su hermano, tocando su pie con la frente.

—Ojalá hubieras estado allí para ver las caras de sus oficiales —contestó Kachiun—. Realmente somos lobos en un mundo de ovejas, hermano.

Gengis asintió, pero su fatiga le impedía compartir la alegría de Kachiun.

—No veo provisiones aquí —dijo.

—Las han dejado todas atrás, incluyendo el mejor rebaño de bueyes que vas a ver en tu vida.

Al oír eso, Gengis se animó.

—Hace mucho tiempo que no como ternera. Los asaremos delante de Yenking

para que el aroma de la carne pase flotando por encima de las murallas. Lo has hecho bien, hermano. ¿Acabamos con ellos? —Ambos se giraron hacia la lúgubre columna de soldados, ahora redonda a menos de la mitad del tamaño original.

Kachiun se encogió de hombros.

—Son demasiadas bocas que alimentar, a menos que les des los víveres que han traído a estos parajes. Déjame intentar desarmarlos primero, puede que si no entablen batalla.

—¿Crees que se rendirán? —preguntó Gengis. Sus ojos brillaron al oír la sugerencia de su hermano, conmovido por el evidente orgullo de Kachiun. Entre todas las cualidades posibles, las tribus reverenciaban a aquellos generales que podían ganar con su ingenio antes que con la fuerza.

Kachiun se encogió de hombros de nuevo.

—Vamos a ver.

Reunió una docena de hombres que sabían hablar la lengua Chin y los envió a cabalgar arriba y abajo de la columna a tan poca distancia como lo había hecho el propio Gengis, ofreciéndoles firmar la paz si deponían sus armas. Sin duda, fue decisivo el hecho de que estuvieran prácticamente agotados después de todo un día de ser perseguidos por un enemigo que atacaba con un poder impresionante sin sufrir ni una sola baja: su moral estaba por los suelos y Gengis sonrió al oír el ruido de las armas al caer.

Casi había anochecido cuando los silenciosos soldados entregaron la última de las numerosas picas, ballestas y espadas. Gengis había llevado miles de carcajes repletos a los hombres de Kachiun y los mongoles esperaban en calmada anticipación mientras el sol doraba las llanuras.

Antes de que se apagara la última luz, un cuerno resonó a través de la planicie y veinte mil arcos se tensaron. Los soldados Chin aullaron, horrorizados por la traición, pero el sonido fue ahogándose a medida que las descargas se sucedieron una tras otra, sin cesar hasta que estuvo tan oscuro que no se podía ver.

Cuando se alzó la luna, cientos de bueyes fueron sacrificados y asados en la llanura mientras, sobre los muros de la ciudad, Zhi Zhong paladeaba el sabor amargo de su propia saliva, presa de la más absoluta desesperación. En Yenking, estaban comiéndose a los muertos.

Cuando el banquete estaba en pleno apogeo, el espía vio que el chamán, borracho, se levantaba y avanzaba tambaleante entre las gers. Se levantó como una sombra para seguirlo y dejó a Temuge durmiendo pesadamente tras haber devorado una sangrienta pierna de ternera. Los guerreros estaban cantando y bailando alrededor de las hogueras y los jóvenes tamborileros tocaban un potente ritmo que silenciaba el leve ruido de sus pasos. El espía no perdió de vista a Kokchu mientras éste se detenía a orinar en el sendero, hurgándose en la ropa, torpe y medio adormilado, y lo oyó maldecir en la oscuridad al salpicarse los pies, pero, cuando se sumergió en la profunda oscuridad que se abría entre dos carros, dejó de ver a su presa. No se

precipitó, adivinando que volvía para estar con la joven esclava que tenía viviendo con él en su tienda. Mientras caminaba, pensó en lo que iba a decirle al chamán. En su última visita a las murallas, había oído que el señor regente había comenzado una lotería de muerte en la ciudad: un miembro de cada familia de campesinos debía meter la mano en una vasija de arcilla tan profunda como su brazo. Los que sacaban una teja blanca eran sacrificados para alimentar al resto. Todos los días se producían escenas de inimaginable dolor y sufrimiento.

Estaba así perdido en sus pensamientos cuando, al dar la vuelta a la esquina de una ger, vio una sombra moverse: alguien lo golpeó haciéndolo caer contra uno de sus lados y el espía soltó un grito de horror y dolor. Las abrazaderas de mimbre crujieron contra su espalda y notó el frío de una hoja en la garganta cortándole la respiración.

Cuando Kokchu habló, su voz sonaba grave y firme, sin ningún signo de la formidable borrachera que el espía había presenciado antes.

—Has estado observándome toda la noche, esclavo. Ahora, sígueme a casa. ¡Chist! —siseó Kokchu cuando el espía levantó automáticamente los brazos, asustado.

—Si te mueves, te corto la garganta —susurró Kokchu en su oído—. Conviértete en una estatua, esclavo, mientras te registro. —El espía hizo lo que le decía, soportando que las manos huesudas de Kokchu recorrieran su cuerpo. El chamán seguía sujetando la hoja junto a su cuello y no logró llegar hasta los tobillos. Encontró una pequeña daga y la arrojó hacia la oscuridad sin mirar; pero no descubrió el puñal que llevaba en la bota y el espía dejó salir un lento suspiro de alivio.

Las dos figuras se elevaban entre las gers, escondidos de la luna y de los festejantes guerreros.

—¿Por qué querría seguirme un esclavo, me pregunto yo? Vienes a pedirme la pasta de tu amo y me haces unas cuantas preguntas inocentes mientras tus pequeños ojos lo recorren todo. ¿Eres un espía de Temuge o bien otro asesino? Si ése es el caso, hicieron mal eligiéndote.

El espía no respondió, aunque apretó la mandíbula ante ese ataque contra su orgullo. Sabía que apenas había mirado al chamán durante toda la noche y no pudo por menos que maravillarse ante una mente que producía un constante estado de sospecha. Sintió que la presión del cuchillo en su cuello aumentaba y soltó las primeras palabras que le vinieron a la mente.

—Si me matas, no sabrás nada —dijo.

Kokchu permaneció largo tiempo en silencio, asimilando lo que acababa de oír. El espía giró los ojos sin mover la cabeza para ver la expresión del chamán y encontró una mezcla de curiosidad y malicia.

—¿Qué es lo que debería saber, esclavo? —preguntó Kokchu.

—Nada que te gustara que alguien más oyera —contestó el espía. Dejó a un lado

su habitual cautela, sabiendo que su vida dependía de ese momento. Kokchu era muy capaz de matarlo sólo para quitarle a Temuge uno de sus apoyos—. Déjame hablar y no lo lamentarás.

Notó un empujón y avanzó dando un traspié. Aun en la oscuridad, sentía la presencia de Kokchu a su espalda. El espía valoró distintos modos de desarmarlo sin matarlo, pero se obligó a sí mismo a relajarse. Puso las manos detrás de la cabeza y permitió que Kokchu lo condujera hacia su ger.

Le hizo falta valor para agacharse y cruzar el umbral con el chamán sosteniendo la hoja del cuchillo contra su espalda, pero el espía había llegado demasiado lejos como para fingir que sus palabras no habían sido más que un mal chiste. Sabía qué oferta tenía que hacer. El propio señor regente se había reunido con él en la muralla la última vez. Respiró hondo y empujó la pequeña puerta.

Una muchacha de gran belleza estaba arrodillada junto a la puerta abierta. Una lámpara iluminó sus rasgos cuando alzó la vista hacia él y el espía sintió que su pecho se tensaba al pensar que esa delicada joven tenía que esperar por el chamán como un perro. Ocultó su ira mientras Kokchu le indicaba que se marchara para que se quedaran solos. Ya en la puerta, la muchacha intercambió una última mirada con su compatriota y Kokchu se rió entre dientes.

—Creo que le gustas, esclavo. Me estoy cansando de ella. Puede que se la dé a tus oficiales Chin. Podrías probarla cuando ellos hubieran acabado de enseñarle humildad. —El espía ignoró sus palabras y se sentó en una cama baja, de manera que sus manos quedaran con naturalidad junto a sus tobillos. Si la reunión se torcía, aún podía matar al chamán y regresar a las murallas antes de que los demás lo averiguaran. Ese pensamiento le dio una confianza que Kokchu intuyó y que le hizo fruncir el ceño.

—Estamos solos, esclavo. No te necesito ni tampoco necesito saber nada que tengas que decirme. Habla rápido o te entregaré a los perros mañana por la mañana.

El espía inspiró lenta y profundamente, preparando las palabras que podían hacer que muriera torturado antes de que saliera el sol. No había sido él quien había elegido el momento, sino los cadáveres de Yenking. Ahora, o bien estaba en lo cierto respecto al chamán, o bien estaba muerto.

Enderezó la espalda y apoyó una mano en la rodilla, mirando con dureza a Kokchu con una leve expresión de desaprobación. El chamán lo fulminó con la mirada al percibir cómo en un instante había dejado de ser un esclavo asustado para convertirse en un guerrero lleno de dignidad.

—Soy un hombre de Yenking —dijo el espía con suavidad—. Un hombre del emperador.

Los ojos de Kokchu se agrandaron. El espía asintió con la cabeza mirándolo.

—Ahora mi vida está realmente en tus manos. —Un impulso repentino le hizo

sacar la daga de su bota y colocarla en el suelo a sus pies. Kokchu hizo un gesto de reconocimiento ante ese acto de fe pero no bajó su propia arma.

—El emperador debe de estar desesperado o enloquecido por el hambre —replicó Kokchu con voz suave.

—El emperador es un niño de siete años de edad. El general que tu khan derrotó está al mando de la ciudad ahora.

—¿Él te envió aquí? ¿Por qué? —le preguntó Kokchu, con auténtica curiosidad. Antes de que el espía pudiera contestar; Kokchu respondió su propia pregunta—: Porque el asesino fracasó. Porque quiere que las tribus se marchen antes de que el pueblo muera de hambre o se alce contra él y arrase la ciudad.

—Así es —confirmó el espía—. Aun cuando el general deseara pagar un tributo por la ciudad, la tienda negra se eleva frente a las murallas. No tiene más remedio que aguantar otros dos años, o incluso más... —El rostro del espía no reveló ni una sombra de la desesperada mentira: Yenking caería en un mes, tres como mucho.

Por fin, Kokchu retiró el cuchillo. El espía no sabía cómo interpretar su acción. El señor regente le había lanzado entre los lobos para hacer una oferta. Todo cuanto poseía era el instinto que le decía que Kokchu habitaba entre las tribus, pero no pertenecía a ellas. Ese tipo de hombres estaban abiertos a una propuesta así, pero sabía que su vida podía concluir en unos pocos segundos. Un único arrebató de lealtad en el chamán, un único grito, podía hacer que todo terminara. Gengis sabría que había logrado derrotar a Yenking y la joya del imperio se habría perdido para siempre. El espía notó que su piel se perlaba de sudor pese al aire helado. Continuó antes de que Kokchu pudiera contestar.

—Si vuelven a levantar la tienda blanca, mi emperador pagará un tributo que haría llorar a cien reyes. Suficiente seda para forrar los caminos que llevan a vuestra patria, gemas, esclavos, obras sobre una magia muy poderosa, sobre ciencia y medicina, marfil, hierro, madera... —Había visto cómo los ojos de Kokchu relucían cuando pronunció la palabra magia, pero continuó con su lista sin vacilar—... papel, jade, miles y miles de carros cargados de riquezas. Suficiente para fundar un imperio si el khan lo desea. Suficiente para construir vuestras propias ciudades.

Todo lo que tendrá igualmente cuando la ciudad caiga murmuró Kokchu.

El espía meneó la cabeza con firmeza.

—Al final, cuando la derrota fuera inevitable, la ciudad sería quemada desde dentro. Debes saber que digo la verdad cuando afirmo que tu khan sólo encontrará cenizas y dos años más de espera en esta llanura. —Hizo una pausa, intentando en vano deducir el efecto que estaban produciendo sus palabras. Kokchu permanecía inmóvil como una estatua, escuchando casi sin respirar.

—¿Por qué no le has hecho esta misma propuesta al propio khan? —preguntó Kokchu.

Ma Tsin sacudió de nuevo la cabeza, súbitamente cansado.

—No somos ningunos niños, chamán, ni tú ni yo. Déjame hablar claro. Gengis ha

levantado la tienda negra y todos sus hombres saben que significa la muerte. Sería una ofensa contra su orgullo aceptar el tributo del emperador y, por lo que he visto, antes preferiría quemar Yenking. Sin embargo, ¿y si es otro hombre, alguien en quien confiara, el que le diera la noticia en privado? Podría sugerir que se trataba de una muestra de clemencia, quizá, inspirada por las personas inocentes que sufren en la ciudad.

El espía vio con asombro que la mera idea hacía que Kokchu estallara en sonoras carcajadas.

—¿Clemencia? Gengis lo consideraría debilidad. Nunca conocerás a otro hombre que comprenda el miedo en la guerra tan bien como el khan al que sigo. No podrías tentarle con algo así.

Sin poder evitarlo, el espía notó que le invadía una oleada de ira ante el tono de burla del chamán.

—Entonces, dime cómo evitar que destruya Yenking o mátame y entrégame a tus perros. Te he dicho todo lo que sé.

—Yo podría hacer que cambiara de opinión —aseguró Kokchu con suavidad—, le he mostrado lo que puedo hacer.

—En el campamento te tienen miedo —respondió el espía enseguida, aferrando su huesudo brazo—. ¿Eres el hombre que necesito?

—Sí —contestó Kokchu. Hizo una mueca al ver el alivio del espía Chin—. Ahora sólo queda que pongas precio a mi ayuda en este pequeño negocio. Me pregunto cuánto vale esta ciudad para tu emperador. ¿Qué precio debería ponerle a su vida?

—Lo que pidas formará parte del tributo pagado al khan —respondió el espía. No se atrevía a creer que aquel hombre estuviera jugando con él. ¿Acaso le quedaba otra opción aparte de hacer lo que el chamán quisiera?

Entonces Kokchu se quedó callado unos momentos, valorando al hombre que estaba sentado ante él, tan derecho, en la cama.

—En el mundo hay magia verdadera, esclavo. La he sentido y la he utilizado. Si tu pueblo sabe algo de ese arte, tu emperador niño guardará ese saber en su preciosa ciudad —dijo por fin—. Nunca se aprende suficiente ni aunque se vivan cien vidas. Quiero conocer todos los secretos que haya descubierto tu pueblo.

—Hay muchos secretos, chamán: desde el arte de fabricar papel y seda hasta el polvo que arde, la brújula, un aceite que no se extingue. ¿Qué deseas saber?

Kokchu gruñó.

—No regatees conmigo. Los quiero todos. ¿En vuestras ciudades hay hombres que se dediquen a ese tipo de artes?

El espía asintió.

—Sacerdotes y doctores de muchas órdenes.

—Haz que recopilen todos sus secretos para entregármelos, como un regalo entre colegas. Diles que no se dejen nada fuera o le contaré a mi khan una visión sangrienta y volverá para quemar vuestras tierras desde la llanura hasta el mismísimo mar.

¿Entiendes?

El espía liberó su lengua y respondió, tan aliviado que se sintió débil. Oyó voces en algún lugar próximo y se apresuró, tratando desesperadamente de concluir la conversación.

—Así lo haré —susurró—. Cuando vea elevarse la tienda blanca, el emperador se rendirá. —Se quedó pensativo un momento y luego volvió a hablar. El volumen de las voces provenientes del exterior se incrementó.

—Si nos traicionas, chamán, todo lo que deseas saber quedará destruido por el fuego. En la ciudad hay suficiente polvo que arde para reducir las piedras a gravilla.

—Una valiente amenaza —contestó Kokchu, burlón—. Me pregunto si tu pueblo tendría realmente voluntad suficiente para hacer algo así. Te he oído, esclavo. Has cumplido con tu misión. Ahora, vuelve a tu ciudad y espera a que aparezca la tienda blanca junto a tu emperador. Llegará a su debido tiempo.

El espía deseaba hacerle ver al chamán que debía darse prisa, hacerle comprender que debía actuar con rapidez. La precaución detuvo su lengua: pensó que confesarlo sólo serviría para debilitar su posición. Simplemente, al chamán no le importaba que en la ciudad hubiera gente muriendo a diario.

—¿Qué pasa ahí fuera? —exclamó Kokchu, molesto por los gritos que se oían en el exterior de la ger. Le hizo señas al espía de que saliera y lo siguió. Bajo la luz de la luna, todo el mundo estaba observando fijamente la ciudad y ambos hombres dirigieron su mirada hacia los muros.

Las jóvenes ascendieron despacio los escalones de piedra, vestidas de blanco, el color de la muerte. Estaban esqueléticas e iban descalzas, pero no temblaban. El frío no parecía tocarlas en absoluto. Los soldados que guardaban las murallas se echaron para atrás, presa de un miedo supersticioso, y nadie les impidió pasar. Miles de muchachas se iban reuniendo en lo alto de la ciudad. Decenas de miles. Hasta el viento se redujo a un susurro sobre Yenking. Reinaba un silencio perfecto.

El estrecho pasillo que rodeaba la ciudad estaba helado y brillaba blanco y duro a unos quince metros por debajo de ellas. Casi como una sola, las mujeres de Yenking se situaron al borde mismo de las murallas. Algunas se tomaban de las manos, otras estaban solas, con la mirada fija en la oscuridad. A lo largo de los kilómetros que medían los muros de la ciudad, iluminada por la luz lunar, se extendía una hilera de mujeres que miraba hacia abajo.

El espía contuvo la respiración y empezó a susurrar una oración que no había recordado durante años, una oración de la época en la que aún no había olvidado su verdadero nombre. Se le rompía el corazón al ver el sufrimiento de su pueblo y su ciudad.

A todo lo largo de las murallas había figuras de blanco semejantes a una hilera de fantasmas. Los guerreros mongoles, al ver que se trataba de mujeres, las llamaron a

gritos, riendo y mofándose de las distantes figuras. El espía sacudió la cabeza para no oír esos bastos sonidos y las lágrimas brotaron de sus ojos. Muchas de las jóvenes se cogieron de la mano cuando miraron desde lo alto al enemigo que había llegado hasta las mismas puertas de la ciudad del emperador.

Mientras el espía observaba paralizado por el dolor; las mujeres saltaron al vacío. Los guerreros enmudecieron, asombrados. Desde la distancia, sus figuras cayeron como una lluvia de pétalos blancos e incluso Kokchu meneó la cabeza, atónito. Otras tantas miles ocuparon su lugar sobre las murallas y se arrojaron hacia la muerte sin un solo grito: sus cuerpos se quebraron contra las duras piedras del terreno circundante.

—Si nos traicionas, la ciudad y todo lo que alberga desaparecerán destruidos por el fuego —susurró el espía al oído del chamán, con la voz ronca por el pesar.

Kokchu ya no tenía ninguna duda de que así sería.

El invierno avanzó y muchos niños nacieron dentro de las gers, muchos de ellos hijos de hombres ausentes: guerreros que habían partido con los generales o con alguno de los grupos de diplomáticos que Temuge había creado. Tras la captura de la columna de abastecimiento, había comida fresca en abundancia y el inmenso campamento disfrutaba de un periodo de paz y prosperidad desconocido hasta entonces. Kachiun mantenía en forma a los guerreros con constantes entrenamientos en la llanura en torno a Yenking, pero se trataba de una falsa paz y pocos eran los hombres que no volvieran la vista hacia la ciudad numerosas veces al día, a la espera.

Gengis sufrió debido al frío por primera vez en su vida. Tenía poco apetito, pero obligándose a comer ternera y arroz, había logrado recubrirse de una capa de grasa. A pesar de que estaba menos demacrado, la tos persistía, robándole el resuello y enfureciéndole. Para un hombre que nunca había conocido la enfermedad, era terriblemente frustrante aceptar que su propio cuerpo lo traicionara. De todos los hombres del campamento, él era el que más a menudo miraba a la ciudad y deseaba su ruina.

Fue en medio de una noche azotada por remolinos de nieve cuando Kokchu se presentó ante él. Por alguna razón, la tos empeoraba por la noche y Gengis se había acostumbrado a que el chamán lo visitara antes del alba para llevarle una bebida caliente. Estando las tiendas tan próximas las unas a las otras, todos los que se encontraban a su alrededor podían oír sus ásperos ladridos.

Gengis se incorporó al oír cómo sus guardias le daban el alto a Kokchu. El intento de asesinato no se repetiría, no con seis buenos hombres rodeando la gran ger por turnos todas las noches. Se quedó mirando la oscuridad hasta que Kokchu entró y encendió una lámpara que colgaba del techo. Por un momento, Gengis fue incapaz de hablarle. Los espasmos sacudieron su pecho, enrojeciendo su rostro. El ataque pasó, como siempre, dejándole boqueando para meter aire en los pulmones.

—Bienvenido a mi hogar; Kokchu —susurró con voz ronca—. ¿Qué nuevas hierbas me traes esta noche?

Puede que se lo estuviera imaginando, pero el chamán parecía extrañamente nervioso. El sudor relucía en la frente de Kokchu y Gengis se preguntó si él también habría caído enfermo.

—Nada de lo que tengo te hará mejorar señor. He probado con todo lo que conozco —dijo—. Me preguntaba si habría alguna otra cosa que te esté impidiendo recuperarte.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Gengis. Le picaba la garganta y, rabioso, tragó con fuerza para acallar el picor, una acción que ahora formaba parte de sus maneras habituales, de modo que tragaba saliva constantemente.

—El emperador ha enviado asesinos, señor. Quizá tenga otros métodos para

atacarte, métodos que no pueden ser vistos y eliminados.

Gengis consideró sus palabras, interesado.

—¿Crees que en su ciudad tiene magos trabajando para él? Si lo mejor que saben hacer es provocar tos, no les tengo miedo.

Kokchu negó con la cabeza.

—Una maldición podría matarte, señor Tendría que haberlo considerado.

Gengis recostó la espalda sobre la cama, cansado.

¿En qué estás pensando?

Con un gesto, Kokchu le indicó a su khan que se levantara y miró hacia otro lado para no tener que ver los esfuerzos de Gengis.

—Si eres tan amable de venir a mi ger, señor. Invocaré a los espíritus y veré si estás marcado por algún trabajo de magia negra de la ciudad.

Gengis entornó los ojos, pero asintió.

—Muy bien. Ordena a uno de mis guardias que vaya a buscar a Temuge para que se una a nosotros.

—No es necesario, señor. Tu hermano no es muy hábil en estos temas...

Gengis tosió, un sonido que transformó en un gruñido de rabia hacia su debilitado cuerpo.

—Haz lo que te digo, chamán, o vete de aquí —contestó. Kokchu apretó los labios e hizo una breve inclinación de cabeza.

Gengis siguió a Kokchu hasta la diminuta tienda y se quedó aguardando en la nieve y el viento mientras Kokchu se agachaba y penetraba en su interior. Temuge no tardó mucho en llegar, acompañado del guerrero que lo había despertado para hacerlo venir. Gengis llevó a su hermano a un lado, donde Kokchu no podía oírlo.

—Parece que tengo que dejar que utilice conmigo su humo y sus rituales, Temuge. ¿Confías en él?

—No —soltó Temuge, todavía irritable porque hubieran interrumpido su descanso.

Gengis sonrió de oreja a oreja al ver la expresión cáustica de su hermano a la luz de la luna.

—Eso pensaba y por eso estás aquí. Me acompañarás, hermano, y lo observarás durante todo el proceso mientras esté en su ger. —Le hizo un gesto al guerrero que esperaba cerca y éste se aproximó con presteza.

—Vigila esta tienda, Kuyuk, que no se acerque nadie que pueda molestarnos.

—Como desees, mi señor —respondió el guerrero con una inclinación de cabeza.

—Y si Temuge o yo no salimos, tu misión es matar al chamán —ordenó Gengis. Notó la mirada de Temuge posarse sobre él y se encogió de hombros.

—Soy un hombre desconfiado, hermano.

Inhalando una profunda bocanada de aire helado, Gengis dominó el picor de su garganta y entró en la tienda del chamán, con Temuge a su zaga. Apenas había sitio para tres personas en un espacio tan reducido, pero se sentaron en el suelo cubierto de

seda con las rodillas tocándose y esperaron a ver qué podía hacer Kokchu.

Kokchu encendió conos de polvo en platillos dorados repartidos por el suelo. Los conos centellearon y chisporrotearon, produciendo una espesa nube de humo narcótico. Cuando las primeras volutas alcanzaron a Gengis, su cuerpo se dobló en dos presa de un ataque de tos. Cada vez que inspiraba, el ataque empeoraba y Kokchu se puso claramente nervioso temiendo que el khan se desmayara. Por fin, Gengis inspiró aire sin toser y sintió frescura en su torturada garganta, como el agua de un arroyo en un día caluroso. Inspiró otra vez, y otra, deleitándose en la sensación de letargo que le inundaba.

—Mucho mejor —admitió, clavando en el chamán los ojos enrojecidos.

Kokchu estaba en su elemento, a pesar de la dura mirada de Temuge posada sobre él. Sacó la vasija de la pasta negra y, tras tomar un poco en los dedos, los alargó hacia la boca de Gengis. Dio un respingo cuando una mano le aferró la muñeca, deteniéndolo.

—¿Qué es eso? —preguntó Gengis, con desconfianza.

Kokchu tragó saliva. No le había visto moverse.

—Te ayudará a romper los vínculos de la carne, señor. Sin esto, no puedo llevarte por los senderos.

—Yo lo he tomado —dijo de repente Temuge, con los ojos más brillantes que antes—. No hace daño.

—Esta noche no lo tomarás —contestó Gengis, haciendo caso omiso de la decepción de su hermano—. Quiero que observes, Temuge, eso es todo.

Gengis abrió la boca y soportó que los dedos del chamán, con sus uñas negras, le frotaran la pasta en las encías. Al principio, no percibió ningún efecto, pero cuando Gengis estaba a punto de comentar eso mismo, se dio cuenta de que la mortecina luz de la lámpara del chamán era ahora más brillante. Se quedó mirándola, maravillado, y la luz creció hasta llenar la pequeña ger, bañándolos a todos en oro.

—Dame la mano —susurró Kokchu—, y camina conmigo.

Temuge observó receloso cómo los ojos de su hermano se ponían en blanco y se desplomaba hacia atrás. El propio Kokchu había cerrado los ojos y Temuge se sintió extrañamente solo. Hizo una mueca al ver cómo se abría la boca de Gengis, ennegrecida por la pasta. El silencio se prolongó y Temuge perdió parte de la tensión que sentía al recordar sus propias visiones en esa pequeña tienda. Su mirada vagó hasta posarse en la vasija de pasta negra y, puesto que los dos hombres se encontraban en un profundo trance, volvió a ponerle la tapa y la hizo desaparecer dentro de su deel. Durante un tiempo, su sirviente, Ma Tsin, le había conseguido un suministro con regularidad antes de desvanecerse en el aire. Hacía mucho que Temuge había dejado de preguntarse dónde habría ido, aunque sospechaba que Kokchu había tenido algo que ver en su desaparición. Podría encontrar a otros sirvientes entre los soldados Chin que Gengis había aceptado en su ejército, pero ninguno tan diestro como él.

Temuge no tenía modo de calcular el paso del tiempo. Estuvo sentado durante una eternidad en perfecta quietud y luego la voz de Kokchu, áspera y distante, lo sacó de sus ensoñaciones. Las palabras llenaron la ger y Temuge se alejó muy despacio del torrente de sílabas sin sentido. El sonido también hizo que Gengis se revolviere y abriera un par de ojos vidriosos mientras Kokchu empezaba a hablar más alto y más rápido.

Sin previo aviso, el chamán se derrumbó y soltó la mano de Gengis. Gengis sintió cómo sus dedos resbalaban de los suyos y parpadeó despacio, aún atrapado en las redes del opiáceo.

Kokchu quedó tendido de costado, con las babas goteando de su boca. Temuge lo miró con aversión. De repente, el parloteo de sonidos extraños cesó y Kokchu, sin abrir los ojos, habló con una voz firme y grave.

—Veo una tienda blanca delante de las murallas. Veo al emperador hablando con sus soldados. Los hombres lo señalan y le suplican. Es sólo un niño y las lágrimas ruedan por sus mejillas.

El chamán guardó silencio y Temuge se inclinó sobre él, temiendo que su inmovilidad significara que su corazón había fallado. Tocó levemente el hombro del chamán y, cuando lo hizo, Kokchu dio un respingo y empezó a retorcerse y a emitir ruidos sin significado alguno. De nuevo se quedó callado y la voz grave volvió a hablar.

—Veo tesoros, un tributo. Miles de carros y esclavos. Seda armas, marfil. Montañas de jade, suficientes para llenar el cielo entero. Suficientes para construir un imperio. ¡Cómo brilla!

Temuge aguardó a ver qué más decía, pero eso fue todo. Su hermano se había desplomado contra el muro sujeto con abrazaderas de mimbre de la tienda y roncaba suavemente. La respiración de Kokchu se relajó y sus puños apretados se abrieron: él también se había quedado dormido. Una vez más, Temuge estaba solo, atónito ante lo que acababa de oír. ¿Recordaría alguno de los dos hombres aquellas palabras? Su propio recuerdo de las visiones era, con mucho, fragmentario, pero se acordaba de que Kokchu no se había llevado la pasta negra a la boca. Sin duda le diría al khan todo lo que había visto.

Temuge sabía que no podría despertar a su hermano zarandeándolo. Dormiría durante horas, hasta mucho después de que el campamento se hubiera levantado a su alrededor. Temuge meneó la cabeza, fatigado. El segundo año se aproximaba y Gengis estaba harto del asedio. Era posible que aprovechara cualquier ocasión que se le presentara. El rostro de Temuge se crispó en una mueca. Si la visión de Kokchu era cierta, Gengis recurriría a él en el futuro, en todos los asuntos.

Temuge se planteó cortarle el cuello a Kokchu mientras dormía. Tratándose de un hombre que tenía escarceos con la magia negra, su muerte no sería muy difícil de explicar. Temuge se imaginó diciéndole a Gengis que una línea roja había aparecido en la garganta de Kokchu mientras él lo observaba todo, horrorizado. Sería Temuge

quien le diría a Gengis lo que el chamán había visto.

Temuge sacó su cuchillo despacio, sin hacer ningún ruido. La mano le temblaba ligeramente, pero se persuadió de que debía actuar. Se inclinó sobre el chamán y, en ese momento, los ojos de Kokchu se abrieron de pronto, alertado por un sexto sentido. Con un brusco ademán del brazo, hizo que la daga saliera despedida y la atrapó en los pliegues de su túnica.

Temuge habló enseguida.

—Entonces, ¿estás vivo, Kokchu? Por un momento pensé que habías sido poseído. Estaba dispuesto a matar a cualquier espíritu que te hubiera sacado de tu cuerpo.

Kokchu se incorporó, con la mirada agudizada y alerta. Un gesto de burla se dibujó en su rostro.

—Eres demasiado temeroso, Temuge. No hay ningún espíritu que pueda hacerme daño. —Ambos sabían qué había pasado realmente en ese momento, pero, por diversas razones, ninguno de ellos deseaba que la verdad saliera a la luz. Se quedaron mirándose fijamente el uno al otro, como enemigos y, por fin, Temuge asintió.

—Haré que el guardia lleve a mi hermano de vuelta a su ger —dijo—. ¿Crees que su tos mejorará?

Kokchu negó con la cabeza.

—No he podido encontrar ninguna maldición. Llévatelo, si es lo que deseas. Tengo que pensar en lo que los espíritus me han revelado.

Temuge sintió el deseo de ofender la vanidad del chamán con un comentario mordaz, pero no se le ocurrió nada y se agachó para salir de la tienda y avisar al guardia para que recogiera a su hermano. La nieve se arremolinaba a su alrededor mientras el fornido guerrero levantaba a Gengis y se lo cargaba sobre los hombros. En el rostro de Temuge se reflejaba la amargura y el rencor: el auge de Kokchu no traería nada bueno, de eso estaba seguro.

El repiqueteo de unas sandalias sobre el duro suelo despertó bruscamente a Zhi Zhong. Sacudió la cabeza para despejarse y desoyó el espasmo del hambre, que no lo abandonaba ni un segundo. Incluso la corte del emperador sufría la hambruna. El día anterior Zhi Zhong había comido sólo un tazón de sopa aguada. Se había dicho a sí mismo que las finas rodajas de carne que flotaban en ella eran el último de los caballos del emperador, sacrificado meses atrás. Deseó que fuera verdad. Como soldado había aprendido a no rechazar jamás un pedazo de carne, aunque estuviera podrida.

Cuando entró un sirviente, echó a un lado las mantas y alargó la mano hacia su espada, poniéndose en pie.

—¿Quién eres tú que me molestas a estas horas? —exigió saber Zhi Zhong. Afuera seguía estando oscuro y se sentía como drogado, atrapado aún en el pesado

sueño de su cuerpo agotado. Bajó su espada cuando el sirviente se arrojó al suelo y tocó el suelo de piedra con la frente.

—Mi señor regente, has sido convocado a la presencia del Hijo del Cielo —dijo el hombre sin alzar la vista. Zhi Zhong frunció el ceño, sorprendido. El emperador niño, Xuan, nunca antes se había atrevido a llamarlo. Contuvo la ola de ira que le invadió hasta que supiera más y llamó a sus esclavos para que lo vistieran y bañaran.

El sirviente se puso a temblar visiblemente al oír la llamada.

—Mi señor; el emperador dijo que vinieras enseguida.

—¡Xuan aguardará cuanto yo quiera! —exclamó Zhi Zhong, aterrorizando aún más al siervo—. ¡Espérame fuera! El sirviente se puso en pie con dificultad y Zhi Zhong consideró ponerle en marcha con un puntapié.

Sus propios esclavos entraron y, a pesar de su respuesta, Zhi Zhong los instó a que se apresuraran. Decidió no bañarse y únicamente ordenó que le ataran la larga melena a la espalda con un broche de bronce, dejando que cayera sobre su armadura. Podía oler su propio sudor y su humor se agrió aún más mientras se preguntaba si los ministros del emperador estarían detrás de ese llamamiento.

Cuando abandonó sus estancias, con el sirviente trotando delante de él, observó el gris amanecer desde todas las ventanas abiertas. Era su momento favorito del día, aunque, una vez más, sintió un retortijón en el estómago.

Encontró al emperador en la cámara de audiencias en la que Zhi Zhong había matado a su padre. Cuando pasó entre los guardias, se preguntó si alguien se lo habría contado al muchacho que estaba sentado en la misma silla donde el asesinato se perpetró.

Los ministros estaban presentes, reunidos como una bandada de pájaros de colores brillantes. Ruin Chu, el primero entre ellos, se hallaba a la derecha de Xuan, que ocupaba el trono, lo que hacía que su diminuto cuerpo pareciera más pequeño todavía. El primer ministro parecía nervioso y desafiante al mismo tiempo, y Zhi Zhong sintió que le picaba la curiosidad mientras se acercaba e hincaba una rodilla en el suelo.

—El Hijo del Cielo me ha convocado y he acudido a su llamado —dijo con claridad en el silencio. Vio que la mirada de Xuan se clavaba en la espada que llevaba en la cadera y adivinó que el chico sabía muy bien qué le había pasado a su padre. Si ése era el caso, entonces la elección de habitación era una declaración y Zhi Zhong dominó su impaciencia hasta saber qué era lo que había dado nueva confianza a los pájaros del emperador.

Para su sorpresa, fue el propio Xuan el que habló.

La ciudad se muere de hambre, señor regente —dijo. La voz le temblaba ligeramente, pero se fue afirmando a medida que proseguía—. Con la lotería, quizá haya muerto hasta un quinto de la población, incluyendo a las mujeres que se lanzaron desde las murallas.

Ante la mención de ese vergonzoso incidente, Zhi casi saltó, pero sabía que tenía

que haber algo más para que Xuan se hubiera atrevido a convocarlo ante su presencia.

—Los muertos no están enterrados, con tantas bocas que alimentar —continuó el emperador— y tenemos que soportar la vergüenza de elegir entre comernos a los nuestros o unimos a ellos.

—¿Por qué me has hecho llamar? —preguntó Zhi Zhong de repente, cansado de los aires que se estaba dando el niño. Ruin Chu lanzó un grito ahogado ante su descaro al atreverse a interrumpir al emperador. Zhi Zhong posó en él una mirada perezosa: le traía sin cuidado su opinión.

El chico se echó hacia delante en el trono, reuniendo valor.

—El khan mongol ha vuelto a levantar una tienda blanca en la llanura. El espía que enviaste ha tenido éxito y por fin podemos pagar un tributo.

Zhi Zhong apretó su puño derecho, abrumado. No era la victoria que había deseado, pero la ciudad pronto se convertiría en la tumba de todos ellos. Aun así, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para dibujar una sonrisa en su rostro.

—Entonces, su majestad sobrevivirá. Iré a las murallas a ver esa tienda blanca, y luego mandaré un mensaje al khan. Hablaremos de nuevo.

Vio el desprecio pintado en las caras de los ministros y los odió por ello. Todos y cada uno de ellos consideraban que él era el artífice del desastre que había sufrido Yenking. Unida al alivio, la vergüenza de la rendición recorrería cada rincón de la ciudad. Desde el alto cortesano al más humilde pescador todos sabrían que el emperador había tenido que pagar un tributo. Con todo, vivirían y se librarían de la trampa para ratones en la que se había convertido Yenking. Una vez que los mongoles hubieran cobrado su sangriento dinero, la corte podría viajar hacia el sur y reunir fuerzas y aliados en las ciudades meridionales. Tal vez logran incluso el apoyo del Imperio Sung situado en las tierras más al sur, apelando a sus vínculos de sangre para aplastar al invasor. Habría más batallas con las hordas mongolas, pero nunca volverían a permitir que el emperador quedara atrapado. En cualquier caso, vivirían.

La sala de audiencias estaba fría y Zhi Zhong se estremeció, dándose cuenta de que llevaba un tiempo allí de pie, en silencio, mientras el emperador y sus ministros observaban. No tenía palabras que pudieran aliviar el amargo dolor de lo que tenía que hacer y trató de no dejarse afectar por la inmensa carga. No tenía ningún sentido esperar a que toda la ciudad se muriera de hambre para que los mongoles pudieran entonces escalar las murallas y encontraran sólo muertos al otro lado. Con el tiempo, los Chin volverían a ser fuertes. La idea de disfrutar de los suaves lujos del sur le animó un poco: allí habría comida y un ejército.

—Es la decisión correcta, Hijo del Cielo —dijo, haciendo una profunda reverencia antes de abandonar la habitación.

Cuando se hubo marchado, uno de los esclavos que había estado aguardando junto a la pared avanzó un paso. Los ojos del emperador niño se movieron rápidos hacia él y donde antes sólo había nerviosismo brillaban ahora el rencor y la ira.

El esclavo se enderezó sutilmente, alterando la postura de su cuerpo. Su cabeza estaba totalmente desprovista de pelo, ni siquiera tenía cejas ni pestañas, y relucía gracias a algún rico unguento. Se había quedado mirando fijamente hacia el lugar por donde había desaparecido el señor regente como si pudiera ver a través de las pesadas puertas de la cámara.

—Déjalo vivir hasta que se haya pagado el tributo —ordenó Xuan—. Después de eso, debe tener una muerte tan dolorosa como sea posible. Por su fracaso y por mi padre.

El maestro del Tong Negro de asesinos hizo una respetuosa reverencia ante el niño que gobernaba el imperio.

—Así será, majestad imperial.

XXXII

Fue extraño ver cómo las puertas de Yenking se abrían por fin. El cuerpo de Gengis se tensó sobre la silla de montar mientras contemplaba cómo el primer carro, cargado hasta los topes, atravesaba pesadamente el umbral. El hecho de que fueran hombres en vez de bestias quienes tiraban de él revelaba el estado en que se encontraba la ciudad. Después de tantos meses soñando con ese momento, le resultaba difícil no hincar los talones en su caballo y atacar. Se dijo que había tomado la decisión correcta y miró a Kokchu, a su derecha, que montaba un poni del mejor linaje de las tribus.

Kokchu no pudo reprimir una sonrisa al ver que su profecía se confirmaba. Cuando le había descrito a Gengis los detalles de su visión, cuando la tienda negra todavía se alzaba ante la ciudad, Gengis le había prometido lo mejor del tributo si llegaban a recibirlo. No sólo su poder e influencia en las tribus se había acrecentado, sino que sería más rico de lo que nunca había soñado. Su conciencia estaba tranquila mientras observaba cómo sacaban el tesoro de un imperio. Había mentido a su khan y quizá le había privado de una sangrienta victoria, pero desde luego Yenking había caído y Kokchu era el artífice del triunfo mongol. Mientras los carros se aproximaban, treinta mil guerreros lanzaron vítores hasta quedarse roncos. Sabían que estarían vistiendo prendas de seda verde antes de que acabara el día y, para hombres que vivían del saqueo, aquélla era una visión que podrían relatar a sus nietos. Habían obligado a un emperador a inclinarse ante ellos y todo lo que la inexpugnable ciudad podía hacer ahora era vomitar sus riquezas, derrotada.

Mientras esperaban, a través de las puertas abiertas, los generales pudieron vislumbrar el interior de la ciudad por primera vez: un camino que se perdía en la distancia. Gengis tosió en su puño y observó cómo salía el tributo: una larga lengua alrededor de la cual pululaban numerosos Chin en lo que era casi una operación militar. Los hombres encargados de la tarea se tambaleaban y, cuando intentaban descansar, los oficiales Chin los azotaban salvajemente hasta que se movían o morían.

Cientos de carromatos estaban ahora en la llanura, colocados en nítidas líneas mientras sus sudorosos equipos regresaban a la ciudad a buscar más. Temuge había ordenado a algunos guerreros que llevaran la cuenta del total, pero el caos ya reinaba por doquier y Gengis se rió entre dientes al verlo trotar de aquí para allá con la cara roja, dando órdenes mientras recorría una nueva calle de riquezas, surgida de la nada en la planicie.

—¿Qué harás con el tributo? —preguntó Kachiun, a su lado.

Gengis alzó la vista, saliendo de sus pensamientos. Se encogió de hombros.

—¿Cuánto puede transportar un hombre sin que el peso le haga demasiado lento para la lucha?

Kachiun soltó una carcajada.

—Temuge quiere que construyamos nuestra propia capital, ¿te lo ha dicho? Está diseñando los planos de un lugar que se parece bastante a una ciudad Chin.

Gengis resopló al oírlo y, a continuación, se dobló sobre la silla con un ataque de tos que lo dejó sin aliento. Kachiun siguió hablando como si no hubiera sido testigo de su debilidad.

—No podemos enterrar el oro sin más, hermano. Deberíamos hacer algo con él.

Cuando Gengis pudo contestar; se le había olvidado la aguda respuesta que habría dado.

—Tú y yo hemos recorrido las calles de los hogares Chin, Kachiun. ¿Recuerdas el olor? Cuando pienso en el hogar, pienso en limpios arroyos y valles cubiertos de blanda y dulce hierba, no en una ocasión para simular que somos nobles Chin encerrados detrás de unos muros. ¿No hemos demostrado que los muros te debilitan? —Señaló con un ademán la hilera de carros que seguía saliendo de Yenking para reafirmar su argumento. Más de mil habían abandonado ya la ciudad y aún podía ver que la fila se prolongaba en el interior a lo largo del camino de entrada.

—Entonces no habrá muros —dijo Kachiun—. Nuestros muros serán los guerreros que ves a tu alrededor más fuertes que ninguna construcción de piedra y pasta de cal.

Gengis lo miró, con expresión burlona.

—Veo que Temuge puede ser muy persuasivo —aseguró.

Kachiun retiró la mirada, avergonzado.

—No me interesan sus visiones de plazas de mercado y casas de baños. Habla de lugares de aprendizaje, de hombres de medicina entrenados para curar las heridas de los guerreros. Piensa en una época en la que no estemos en guerra. Nunca hemos tenido ese tipo de cosas, pero eso no significa que no debamos tenerlas jamás.

Ambos hombres fijaron la vista en los carros durante un momento. Aun empleando todos y cada uno de los caballos de repuesto de los tumanes, tendrían grandes dificultades para mover un botín tan grande. Lo más natural era soñar con las posibilidades que ofrecía.

—Apenas soy capaz de imaginar la paz —dijo Gengis—. Nunca la he conocido. Todo lo que quiero es regresar a casa y recuperarme de esta enfermedad que me atormenta. Cabalgar todo el día y fortalecerme de nuevo. ¿Qué más que construyera ciudades en mis estepas?

Kachiun meneó la cabeza.

—Ciudades no. Somos jinetes, hermano. Eso nunca cambiará. Pero quizá una capital, una única ciudad para la nación que hemos creado. Tal y como lo explicó Temuge, puedo imaginar amplios campos de entrenamiento para nuestros hombres, un lugar donde nuestros hijos puedan vivir y no tengan que conocer nunca el miedo que nosotros conocimos.

—Se ablandarían —contestó Gengis—. Acabarían siendo tan débiles e inútiles como los Chin y, un día, llegará algún otro cabalgando, enjuto, duro y peligroso. Y

entonces, ¿dónde estará nuestro pueblo?

La mirada de Kachiun recorrió las decenas de miles de guerreros que caminaban o cabalgaban a través del vasto campamento. Sonrió y sacudió la cabeza.

—Somos lobos, hermano, pero incluso los lobos necesitan un lugar donde dormir. No quiero las calles empedradas de Temuge, pero tal vez podamos crear una ciudad de gers, una ciudad que podamos desplazar cuando se agote el pasto.

Gengis le escuchó ahora con más interés.

—Eso está mejor. Pensaré en ello, Kachiun. Habrá tiempo suficiente en el camino de vuelta a casa y, como tú dices, tampoco podemos enterrar todo este oro.

Para entonces, miles de esclavos habían salido junto con los carros y, con aspecto abatido, se habían situado formando una fila. Muchos de ellos eran chicos y chicas jóvenes, entregados por el emperador en propiedad al khan victorioso.

—Podrían construirla para nosotros —sugirió Kachiun, señalándolos con un ademán. Y cuando tú y yo seamos viejos, tendríamos un lugar tranquilo para morir.

—Te he dicho que pensaré en ello, hermano. ¿Quién sabe qué tierras habrán encontrado Tsubodai, Jelme y Khasar? Quizá nos unamos a ellos para conquistarlas y nunca necesitemos otro lugar donde dormir que no sea un caballo.

Kachiun sonrió ante las palabras de su hermano, sabiendo que no debía presionarlo más.

—Mira todo esto —dijo—. ¿Te acuerdas de cuando éramos sólo nosotros? —No hizo falta que añadiera nada más. Había habido un tiempo en la vida de ambos en el que la muerte estaba a sólo un suspiro de distancia y todo hombre era un enemigo.

—Lo recuerdo —asintió Gengis. Frente a las imágenes de su infancia, la llanura con sus carros y los grupos de guerreros yendo y viniendo resultaba impresionante. Cuando estaba recorriendo la escena con la vista, Gengis descubrió la figura del primer ministro del emperador que avanzaba hacia él al trote. Suspiró para sí al anticipar otra tensa conversación con aquel hombre. El representante del emperador simulaba buena voluntad, pero en cada una de sus esquivas miradas era evidente que las tribus le desagradaban. También se sentía nervioso entre caballos, lo que, a su vez, ponía nerviosos a los animales.

Bajo la mirada de Gengis, el ministro Chin hizo una profunda reverencia ante él antes de desenrollar un pergamino.

—¿Qué es eso? —preguntó Gengis en la lengua Chin antes de que Ruin Chu pudiera empezar a hablar. Chakahai le había enseñado, premiando su progreso de maneras muy imaginativas.

El ministro pareció aturullarse, pero se recuperó con rapidez.

—Es la lista de lo que incluye el tributo, mi señor khan.

—Dásela a mi hermano, Temuge. Él sabrá qué hacer con ella.

El ministro se sonrojó y comenzó a enrollar el pergamino en un apretado tubo.

—Pensé que querías comprobar que el tributo incluye exactamente lo acordado, mi señor —dijo.

Gengis frunció el ceño, mirándolo.

—No me había planteado la posibilidad de que alguien pudiera ser tan estúpido como para no entregar lo que ha prometido, Ruin Chu. ¿Estás diciendo que tu pueblo no tiene honor?

—N-no, mi señor... —tartamudeó Ruin Chu.

Gengis agitó una mano para hacerlo callar.

—Entonces, mi hermano lo revisará. —Se quedó pensativo un momento, observando la fila de carros cargados por encima de la cabeza del ministro.

—Todavía no he visto a tu amo presentando la rendición oficial, Ruin Chu. ¿Dónde está?

El rostro de Ruin Chu se puso todavía más colorado mientras consideraba cómo responder. El general Zhi Zhong no había sobrevivido a la noche anterior y el corpulento ministro había sido convocado en sus estancias al amanecer. Se estremeció al recordar las llagas y marcas del cadáver. No había sido una muerte fácil.

—El general Zhi Zhong no ha sobrevivido a estos difíciles momentos, mi señor — dijo por fin.

Gengis posó en él una mirada sin expresión.

—¿Qué me importa uno más de vuestros soldados? No he visto a tu emperador. ¿Cree acaso que me llevaré su oro y me marcharé sin haber puesto los ojos sobre él?

La boca de Ruin Chu se movió, pero de ella no brotó ningún sonido.

Gengis se aproximó más a él.

—Vuelve a Yenking, ministro, y tráelo aquí. Si no está aquí a mediodía, ni todas las riquezas del mundo podrían salvar tu ciudad.

Ruin Chu tragó saliva, claramente asustado. Había confiado en que el khan mongol no pidiera ver a un niño de siete años. ¿Sobreviviría el pequeño Xuan a la reunión? No podía estar seguro. Los mongoles eran crueles y no había nada que no estuvieran dispuestos a hacer. Y, sin embargo, no había elección y el primer ministro hizo una reverencia todavía más profunda que la anterior.

—Como desees, mi señor.

Cuando el sol se elevó en el cielo, la gran caravana de tesoros se detuvo para permitir que la litera del emperador saliera a la llanura. Lo acompañaban cien hombres con armadura que caminaban a ambos lados del palanquín transportado por esclavos. Avanzaban en un sombrío silencio y, al verlos, los mongoles guardaron silencio a su vez y empezaron a seguir al grupo que se dirigía hacia donde Gengis esperaba con sus generales. No se había levantado ninguna tienda especial para el emperador pero Gengis no pudo impedir sentirse impresionado al contemplar las filas Chin que marchaban hacia él. La verdad era que el muchacho no había desempeñado ningún

papel en la historia de las tribus y, aun así, era el símbolo de todo aquello contra lo que se habían unido. Gengis llevó la mano a la empuñadura de una de las espadas de Arslan, que colgaba de su cintura. Cuando la forjaron, era el khan de menos de cincuenta hombres en un campamento de nieve y hielo. Nunca habría soñado entonces que el emperador de los Chin se presentaría ante él obedeciendo sus órdenes.

Cuando la bajaron, con increíble delicadeza, la litera refulgió bajo el sol. Los esclavos se irguieron junto a las varas del palanquín, mirando fijamente hacia delante. Gengis observó fascinado cómo Ruin Chu levantaba unas pequeñas cortinas y un niño salía a la hierba. Llevaba una chaqueta verde, larga, recamada con joyas, sobre unos pantalones negros. El cuello alto hacía que el chico mantuviera levantada la cabeza. No había temor en sus ojos cuando se encontró con los del khan y Gengis sintió una punzada de admiración ante el coraje del niño.

Gengis avanzó un paso y percibió la dura mirada de los soldados sobre él.

—Ordena a esos hombres que se retiren, Ruin Chu —mandó con suavidad. El ministro inclinó la cabeza y dio la orden. Gengis permaneció inmóvil y rígido mientras los oficiales le fulminaban con la mirada y se retiraban unos pasos, a regañadientes. La idea de que pudieran proteger al pequeño en pleno corazón del campamento mongol era ridícula, pero Gengis percibió la intensa lealtad que les unía a él. Cuando se alejaron, no volvió a pensar en su presencia y se acercó al emperador.

—Bienvenido a mi campamento —dijo en la lengua Chin. El muchacho alzó la vista sin responder y Gengis notó el temblor de sus manos.

—Tienes todo lo que querías —soltó de repente Xuan, con voz aguda y crispada.

—Quería que el asedio concluyera —contestó Gengis—. Ésta es una manera de concluirlo.

El niño levantó la cabeza todavía más y, bajo el sol, parecía un reluciente maniquí.

—¿Nos vas a atacar?

Gengis negó con la cabeza.

—Ya os he dicho que siempre cumplo mi palabra, hombrecito. Creo que tal vez si fuera tu padre quien estuviera ante mí ahora, me lo plantearía. Hay muchos en mi pueblo que aplaudirían esa estrategia. —Hizo una pausa para tragar saliva y aliviar el picor de su garganta, pero no pudo evitar que una áspera tos lograra escapar de su pecho. Irritado, comprobó que un audible sonido sibilante persistía mientras continuaba hablando—. He matado lobos. No cazaré conejos.

—No siempre seré tan joven, mi señor khan —replicó el pequeño—. Puede que lamentos dejarme con vida.

Gengis sonrió ante esa precoz exhibición de arrogancia aunque hizo que el rostro de Ruin Chu se crispara. Con un suave movimiento, Gengis desenfundó su espada y apoyó la punta en el hombro del niño, tocando el cuello de la chaqueta.

—Todas las grandes ciudades tienen enemigos, emperador. Los tuyos oirán que

tuviste mi espada en el cuello y ni todos los ejércitos y ciudades de los Chin podrían retirar esa hoja. Con el tiempo, comprenderás por qué eso me da más satisfacción de la que me reportaría matarte. —Otro ataque de tos hizo que su garganta se contrajera y se limpió la boca con la mano libre—. Te he ofrecido la paz, chico. No puedo decir que no volveré, o que mis hijos y sus generales no estarán aquí dentro de unos años. He comprado la paz por un año, quizá dos o tres. Eso es más de lo que tu pueblo le ha dado nunca al mío. —Con un suspiró, envainó la espada—. Una cosa más, chico, antes de que regrese a las tierras de mi infancia.

—¿Qué más quieres? —contestó Xuan. Su cara había adoptado una palidez enfermiza cuando la hoja se retiró de su cuello, pero su mirada permanecía fría.

—Arrodíllate ante mí, emperador y me marcharé —dijo Gengis. Para su sorpresa, los ojos del niño se llenaron de lágrimas de rabia.

—¡Nooooo!

Ruin Chu se acercó, nervioso, agachándose sobre el hombro del emperador.

—Hijo del Cielo, debes hacerlo —susurró. Gengis no volvió a hablar y, por fin, los hombros del niño, derrotado, se hundieron. Mientras se arrodillaba ante el khan, fijó la mirada, ciega, en el vacío.

Gengis dejó que la brisa le acariciara y disfrutó de un largo momento de silencio antes de hacerle un gesto a Ruin Chu para que ayudara al niño a levantarse.

—No olvides este día, emperador, cuando seas mayor —intervino Gengis, con suavidad. El muchacho no contestó y Ruin Chu le guió de vuelta a la litera y se aseguró de que entraba en ella y quedaba a salvo. La columna formó a su alrededor e inició la marcha de regreso a la ciudad.

Gengis la contempló mientras se alejaba. El tributo había sido pagado y su ejército esperaba su orden para moverse. Nada más lo ataba a aquella llanura maldita que le había traído debilidad y frustración desde el mismo momento en que puso el pie en ella.

—Vámonos a casa —le dijo a Kachiun. Los cuernos resonaron en la planicie y las vastas huestes de su pueblo iniciaron la marcha.

La afección del pecho de Gengis empeoró en las primeras semanas de viaje. Su piel abrasaba y sudaba constantemente, por lo que tenía sarpullidos en la ingle y las axilas, allí donde tenía vello que pudiera infectarse. Le dolía cada vez que tomaba aire y, todas las noches, respiraba con dificultad y nunca conseguía aclararse la garganta. Añoraba los frescos y limpios vientos de las montañas de su hogar y, pese a ser una insensatez, se pasaba todo el día sobre su caballo, mirando el horizonte.

Hacía un mes que habían abandonado Yenking, los alrededores del reino del desierto estaban a la vista y las tribus hicieron un alto junto a un río para recoger agua para el viaje. Fue allí donde los últimos exploradores que Gengis había dejado atrás entraron cabalgando en el campamento. Dos de ellos no se unieron a sus amigos en torno a las

fogatas sino que se dirigieron directamente a la tienda de su khan.

Kachiun y Arslan estaban allí con Gengis y los tres hombres salieron para oír el informe final. Los dos exploradores desmontaron con movimientos anquilosados bajo la mirada de sus superiores. Ambos estaban cubiertos de una capa de polvo y tierra y Gengis intercambió una mirada con su hermano y tragó saliva para acallar el picor de su torturada garganta.

—Mi señor khan —comenzó uno de los exploradores. Se tambaleó y Gengis se preguntó qué podría haber hecho que aquel hombre cabalgara hasta el agotamiento.

El emperador se ha marchado de Yenking, señor, en dirección al sur. Lo acompañaban más de mil hombres.

—¿Ha huido? —preguntó Gengis, incrédulo.

—Hacia el sur señor. La ciudad ha quedado abierta, abandonada tras su partida. No me quedé para ver cuántas personas habían sobrevivido en su interior. El emperador tomó muchos carros y esclavos y a todos sus ministros.

Nadie habló mientras aguardaban a que Gengis acabara de toser en su puño cerrado, mientras luchaba con ansia por coger aire.

—Le di la paz —dijo Gengis por fin—. Y, sin embargo, le grita al mundo que mi palabra no tiene ningún valor para él.

—¿Qué importa, hermano? —comenzó a decir Kachiun—. Khasar está en el sur. Ninguna ciudad se atrevería a darle refugio...

Gengis lo hizo callar con un gesto furioso.

—No volveré a ese lugar, Kachiun. Pero por todo se paga un precio. Ha roto la paz que le ofrecía y ha corrido a unirse a sus ejércitos en el sur. Ahora, tú le enseñarás cuál es la consecuencia.

—¿Hermano? —preguntó Kachiun.

—¡No, Kachiun! Ya me he cansado de tantos juegos. Regresa con tus hombres a la llanura y préndele fuego a Yenking, que quede reducida a cenizas. Ése es el precio que me pagará.

Ante la furia de su hermano, todo lo que Kachiun podía hacer era aceptar su voluntad: inclinó la cabeza.

—Como deseas, mi señor —dijo.

NOTA HISTÓRICA

La naturaleza ha dejado esa característica en la sangre, que todos los hombres serían tiranos si pudieran.

DANIEL DEFOE

Nunca podremos saber cuál fue exactamente la fecha de nacimiento de Gengis. Dada la naturaleza nómada de las tribus mongolas, el año y el lugar de su nacimiento nunca quedaron marcados. Además, las tribus pequeñas registran los años de acuerdo con los acontecimientos locales, lo que hace difícil hallar la coincidencia con los calendarios de la época. Sólo conocemos las fechas con cierta precisión a partir del momento en el que Gengis entra en contacto con otras partes del mundo. Invadió la región Xi Xia, situada al sur del desierto de Gobi, en el año 1206 y fue proclamado khan de todas las tribus ese mismo año. En los calendarios chinos, ése era el año del Fuego y del Tigre, al final de la era Taihe. Puede que sólo tuviera veinticinco años o que ya hubiera cumplido los treinta y ocho cuando unificó a su pueblo. No me he detenido a retratar los años de guerra y alianzas durante los cuales fue uniendo poco a poco a las grandes tribus bajo su mando porque, por muy interesante que fuera ese proceso, su historia siempre ha tenido un alcance más amplio. A todos aquéllos que deseen saber más sobre ese periodo, les recomiendo la *Historia secreta de los mongoles*, traducida al español por Laureano Ramírez Bellerín.

La alianza naimana fue la última coalición de envergadura que se resistió a ser absorbida por la nueva nación. El khan de los naimanos subió realmente al monte Nakhu, ascendiendo más y más por sus laderas a medida que el ejército de Gengis avanzaba hacia él. Gengis le dio a sus vasallos la oportunidad de salvar la vida, pero se negaron y hasta el último de ellos fue ejecutado. El resto de los guerreros y familias se unieron a sus propias fuerzas.

Kokchu era un poderoso chamán, también conocido como Teb-Tenggeri. Se sabe muy poco sobre cómo adquirió su influencia entre las tribus. Tanto Hoelun como Borte se quejaron a Gengis sobre él en diversos momentos. Su capacidad para influir sobre Gengis se convirtió en fuente de preocupación para aquellos que rodeaban al khan. El propio Gengis creía en un único padre cielo: un deísmo respaldado por el mundo de los espíritus del chamanismo. Kokchu sigue siendo una especie de enigma. Una ley de las tribus establecía que estaba prohibido derramar sangre real o la de un hombre sagrado. Todavía no he terminado de narrar su historia.

Cuando las tribus se fueron reuniendo en respuesta al llamado de Gengis, el khan de los uighurs escribió una declaración de lealtad casi idéntica a la que he incluido aquí. No obstante, en el incidente de la paliza que recibe Khasar y de Temuge cayendo de rodillas por un puñetazo de sus atacantes estuvieron implicados los hijos del clan de los khong-khotan y no Los woyela.

Es cierto que Gengis inundó la llanura de los Xi Xia y se vio obligado a retirarse ante la subida de las aguas. Aunque la retirada le debió de resultar humillante, la destrucción de las cosechas llevó al rey a la mesa de negociaciones y, con el tiempo, dio un nuevo súbdito al pueblo mongol. No era el primer encuentro de Gengis con la idea del pago de un tributo. Las tribus mongolas eran conocidas por ese método de negociador, aunque nunca a esa escala. Es interesante considerar qué haría Gengis con la riqueza de los Xi Xia y, más tarde, con la propia ciudad del emperador. No estaba habituado a tener posesiones personales más allá de las que podía transportar en su caballo. Podemos suponer que el tributo impresionó a las tribus y fue visto como un signo de la hegemonía de su khan, pero, en otros sentidos, tuvo escaso uso práctico.

Es posible que la suerte de los Xi Xia hubiera sido distinta si el príncipe Wei del Imperio Chin hubiera respondido a la llamada de auxilio. Su mensaje (traducido) era: «El hecho de que nuestros enemigos se ataquen entre sí nos beneficia. ¿Dónde reside el peligro para nosotros?».

Cuando Gengis rodeó la Gran Muralla China, lo hizo únicamente por casualidad. Su camino hacia Yenking a través de las tierras Xi Xia sorteaba limpiamente la muralla. Sin embargo, es importante comprender que la muralla sólo suponía un obstáculo sólido en las montañas en torno a Yenking (más tarde conocida como Peking y, en la actualidad, como Beijing). En otras zonas, la muralla estaba en ruinas, o no era más que un muro de tierra con algún puesto de guardia ocasional. En siglos posteriores, la muralla fue completada y convertida en una barrera continua contra las invasiones.

Merece la pena destacar que la pronunciación occidental de los topónimos chinos es siempre una aproximación, en la que se utiliza un alfabeto extranjero para crear el mismo sonido. Así, Xi Xia en ocasiones aparece como Hsi-Hsia, y Chin se escribe a veces Jin o incluso Kin.

En algunos textos, podemos leer Song en vez de Sung. He llegado a encontrar hasta veintiún grafías para Gengis, desde los exóticos Gentchiscan y Tchen-Kis (según el Padre Hue) hasta los más prosaicos Jingis, Chinggis y Jengiz. La palabra

mongola «ordo» u «ordu» significa campamento o cuartel general. De ahí ha derivado la palabra «horda». Algunos diccionarios atribuyen a «chamán» un origen mongol y el nombre de los gurkhas de Nepal bien podría provenir de la palabra «gurkhan» o khan de khanes.

Gengis tuvo cuatro hijos legítimos. Como sucede con todos los nombres mongoles, hay diferencias en la ortografía, de modo similar a como la palabra Shakespeare se escribe en ocasiones Shaksper; o Boadicea como Boudicca. Jochi aparece a veces como Juji, Chagatai como Jagatai, Ogedai como Ogdai. Su último hijo fue Tolui, en ocasiones escrito Tule.

Además de la princesa Xi Xia, Gengis solía aceptar esposas de sus enemigos derrotados. Uno de sus últimos decretos convertía en legítimos a todos sus hijos, aunque parece que la resolución no afectó al derecho de herencia de sus propios hijos.

Las ciudades amuralladas fueron siempre un problema para Gengis. Cuando atacó Yenking, la ciudad estaba rodeada de aldeas fortificadas que contenían graneros y un arsenal. Había fosos circundando los muros de la ciudad y las propias murallas tenían una base de un grosor de unos quince metros y una altura similar. La ciudad poseía trece puertas bien construidas y lo que sigue siendo el canal más largo del mundo: más de mil quinientos kilómetros en dirección sur y este hasta Hangzhou. El comienzo de la mayoría de las capitales mundiales tuvo lugar junto a las orillas de un gran río. Beijing fue construida en torno a tres grandes lagos: Biehei al norte, Zhonghai (o Songhai) en el centro y Nanhai al sur. Es muy posible que se trate del más antiguo asentamiento humano que ha estado poblado de manera continuada a lo largo de los siglos, ya que se han encontrado pruebas arqueológicas de la existencia de habitantes que datan de hace medio millón de años (el hombre de Pekín, como a veces se le llama).

Cuando se produjo el ataque de Gengis en el paso de la Boca del Tejón, Yenking había atravesado un periodo de crecimiento cuyo resultado fue una muralla de ocho kilómetros de circunferencia y una población de un cuarto de millón de hogares o, aproximadamente, un millón de personas. Es posible imaginar que hubiera medio millón más que no aparecieran en ningún recuento oficial. Entonces, la famosa Ciudad Prohibida en el interior de los muros y el Palacio de Verano del emperador (destruido por soldados británicos y franceses en 1860) todavía no habían sido construidos. En la actualidad, la ciudad posee una población de aproximadamente quince millones de personas y se puede cruzar con el coche por el paso que una vez fuera el escenario de una de las batallas más sangrientas de la historia. Ésa es también

una fecha conocida: 1211. Para entonces Gengis había sido el líder de su pueblo durante cinco años. Su fuerza física estaba en un momento de plenitud y luchó junto a sus hombres. Es poco probable que tuviera mucho más de cuarenta años, pero puede que sólo tuviera treinta, como ya he mencionado anteriormente.

La batalla del paso de la Boca del Tejón es considerada una de las mayores victorias de Gengis. Viendo que su rival los superaba enormemente en número y que apenas podían maniobrar, Gengis mandó algunos hombres a flanquear al enemigo escalando unas montañas que los Chin consideraban infranqueables. Los jinetes mongoles hicieron que la caballería Chin regresara en desbandada a sus propias líneas e, incluso diez años más tarde, el terreno que rodeaba aquel lugar seguía plagado de esqueletos por espacio de casi cincuenta kilómetros. Con el consabido problema de la pronunciación, el paso es conocido en obras anteriores como Yuhung, que viene a significar Tejón.

Al perder la batalla, el general Zhi Zhong regresó, en efecto, a la ciudad y dio muerte al joven emperador. A continuación, nombró a un nuevo Hijo del Cielo mientras él gobernaba como regente.

La ciudad de Yenking fue construida para ser inexpugnable y había casi mil torres de vigilancia en las murallas. Cada una de ellas estaba defendida por enormes ballestas que podían lanzar grandes flechas a una distancia de aproximadamente un kilómetro. Poseían asimismo catapultas tipo trebuchet (también llamadas catapultas de contrapeso) capaces de disparar cargas pesadas a cientos de metros por encima de las murallas. Tenían pólvora, que habían empezado a utilizar con fines bélicos recientemente, aunque se cree que en aquel momento formaba parte del sistema de defensa. Es posible que sus catapultas lanzaran vasijas de arcilla llenas de petróleo destilado, es decir; de gasolina. Asaltar una fortaleza de ese tipo habría destrozado al ejército mongol, por lo que decidieron devastar los campos que la rodeaban para hacer que Yenking se rindiera por falta de alimento.

El asedio se prolongó cuatro años y, para cuando abrieron las puertas y se rindieron en 1215, los habitantes de Yenking se habían visto impelidos a comerse a sus propios muertos. Gengis aceptó la rendición junto con un tributo de un valor inimaginable. A continuación, retornó a las praderas de su juventud, como haría a lo largo de toda su vida. Cuando se levantó el sitio, el emperador huyó al sur. Aunque él mismo no regresó, Gengis envió un ejército a la ciudad a vengarse. Hubo partes de Yenking que estuvieron ardiendo durante todo un mes.

Pese al odio que sentía por los Chin, no sería Gengis el que presenciara su ocupación y sometimiento definitivo, sino que ese triunfo recaería en sus hijos y su nieto Kublai. En la cúspide de su éxito, Gengis se marchó de China en dirección al oeste. Es cierto

que los gobernantes islámicos se negaron a reconocer su autoridad, pero era un visionario demasiado firme para reaccionar sin pensar. Es un dato curioso, que normalmente se relata en las historias, que abandonara China cuando estaba a punto de caer a sus pies. Quizá se debiera simplemente al hecho de que el desafío del *Sha* de Jwarizm, Ala-ad-Din Muhammad, distrajo su atención y le hizo olvidarse de su odio. Gengis no era el tipo de hombre que deja un desafío sin respuesta. De hecho, parece que se deleitaba con ellos.

Gengis comprendió el concepto de naciones y de leyes y poco a poco fue desarrollando su propio código, llamado la Yasa.

Si los grandes, los líderes militares y los líderes de los numerosos descendientes del gobernante que nacerán en el futuro no cumplieran estrictamente la Yasa, entonces el poder del Estado quedaría destruido y llegaría a su fin. No importa cómo busquen a Gengis Khan, no lo encontrarán.

Gengis Khan

En este párrafo, vemos al visionario que fue capaz de soñar que podía crear una nación a partir de una serie de tribus dispersas y comprender lo que implicaba gobernar unas tierras tan vastas.

El sistema de la tienda blanca, la tienda roja y la tienda negra fue utilizado por Gengis tal y como he descrito. Era una especie de sistema de propaganda concebido para hacer que el miedo acelerara la rendición de las ciudades. Puesto que el pasto era siempre una cuestión difícil para los rebaños mongoles, era importante evitar en lo posible los asedios prolongados. No armonizaban ni con el temperamento ni con el estilo de guerrear de Gengis, en el que la velocidad y la movilidad eran factores centrales. De modo similar empujar a los enemigos hacia una ciudad para hacer que agoten sus recursos es una muestra de implacable sentido común. En ciertos aspectos, Gengis representaba el colmo del pragmatismo, pero merece la pena mencionar un rasgo de la forma de combatir de los mongoles: la venganza. La frase «Hemos perdido muchos hombres buenos» se empleaba a menudo para justificar un ataque total tras un revés.

También estaba muy dispuesto a probar nuevas técnicas y armas, como por ejemplo la lanza larga. El arco siempre sería el arma favorita de la caballería mongola, pero

empleaban la lanza exactamente de la misma forma que los caballeros medievales, como un arma pesada contra la infantería y contra otros jinetes, con excelentes resultados.

El engaño es otra noción clave a la hora de comprender muchas de las victorias mongolas. Gengis y los hombres que servían bajo su mando consideraban que una lucha directa era casi deshonrosa y que las victorias obtenidas mediante la astucia brindaban un honor mucho mayor al vencedor, por lo que siempre buscaban una manera de engañar al enemigo al que se enfrentaban, ya fuera fingiendo la retirada, escondiendo sus reservas o incluso montando muñecos de paja sobre los caballos de repuesto para crear la ilusión de que tenían unas reservas de las que en realidad carecían. Puede resultar interesante recordar que Baden-Powell utilizó exactamente la misma estrategia en su defensa de Mafeking siete siglos después, con campos de minas falsos, enviando a sus hombres a tender un alambre de espino invisible y todo tipo de trucos y artimañas. Hay cosas que nunca cambian.

El incidente en el que Jelme succionó la sangre del cuello de Gengis es interesante. No ha sobrevivido ninguna mención al veneno, pero ¿de qué otro modo podría explicarse tal acción? No es necesario succionar la sangre coagulada de una herida en el cuello. No necesita ayuda para sanar y, de hecho, ese acto podría hacer estallar las paredes de la arteria que ya estarían debilitadas por el corte. El incidente histórico tuvo lugar antes de lo que yo lo he situado en el libro, pero era tan extraordinario que no podía evitar incluirlo. Es el tipo de incidente que tiende a ser reescrito a lo largo de la historia, aunque tal vez una tentativa de magnicidio parcialmente exitosa fuera considerada deshonrosa.

Un hecho recogido en las historias que no he utilizado es la ocasión en la que un miembro de la tribu que había sido desterrado y estaba muriéndose de hambre capturó al hijo menor de Gengis, Tolui, y sacó un cuchillo. No podemos saber qué pretendía porque fue asesinado enseguida por Jelme y otros. Ese tipo de hechos podría explicar por qué, cuando más tarde los mongoles entraron en contacto con los asesinos árabes originales, no cejaron hasta que consiguieron acabar con ellos.

Gengis distaba mucho de ser invulnerable y fue herido en multitud de ocasiones durante sus batallas. Sin embargo, la suerte siempre estuvo de su lado y sobrevivió una y otra vez... haciéndose quizá merecedor de la creencia que sus hombres tenían de que estaba bendecido y predestinado para la conquista.

Una nota sobre las distancias recorridas: una de las principales ventajas del ejército mongol era que podría presentarse prácticamente en cualquier sitio para un ataque sorpresa. Hay datos bien probados de que cubrían casi mil kilómetros en nueve días, a ciento diez kilómetros diarios, o jornadas más extremas de doscientos veinte kilómetros al día en las que el jinete aún era capaz de continuar. En las más largas se realizaban cambios de ponis, pero Marco Polo habla de mensajeros mongoles que cubrían cuatrocientos kilómetros entre el amanecer y la oscuridad. En invierno, los ponis, increíblemente resistentes, se dejaban libres. Comían suficiente nieve para satisfacer su sed y eran capaces de cavar en ella para encontrar su sustento debajo. Cuando el monje franciscano Juan de Plano Carpini cruzó las planicies para visitar a Kublai Khan, que en aquel momento se encontraba en Karakorum, los mongoles le aconsejaron cambiar sus caballos por ponis mongoles a menos que quisiera ver cómo se morían de hambre. Con los ponis no existía esa preocupación. Los caballos occidentales han sido criados por su fuerza bruta en razas como el caballo de tiro Suffolk Punch, o por su velocidad, para las carreras. Nunca han sido criados buscando que fueran resistentes.

El incidente de la lluvia de pétalos es verdadero: hasta sesenta mil muchachas prefirieron lanzarse desde los muros de Yenking antes que verla caer ante el invasor.

CONN IGGULDEN



CONN IGGULDEN, londinense, nacido en 1971, estudió en la St. Martin's School y en la Taylor's School, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la St. Gregory's Roman Catholic School de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Irrumpió con fuerza en la escena literaria con *Emperador*, una serie de gran éxito sobre Julio César. Dentro del género de no ficción, su obra *El libro peligroso para los chicos*, escrita en colaboración con su hermano, fue el best seller del año en Reino Unido.

La serie *Conquistador*, sobre Gengis Khan y sus descendientes, una apasionante saga épica iniciada con *El lobo de las estepas* le ha reportado un gran éxito internacional.

Vive en Hertfordshire con su esposa y sus hijos.